

TESIS DOCTORAL

Programa de Doctorado en Historia Contemporánea



Roque Barcia Martí (1821-1885)

Una biografía intelectual de un republicano federal

Presentada por:

Ester García Moscardó

Dirigida por:

Dr. Jesús Millán García-Varela

Dra. María Cruz Romeo Mateo

Noviembre, 2018

Resumen: Esta Tesis doctoral tiene como objeto analizar la trayectoria de la democracia republicana en la segunda mitad del siglo XIX desde la experiencia del escritor federal Roque Barcia Martí (Sevilla, 1821 – Madrid, 1885). Propagandista de extraordinaria popularidad, las posibilidades de que un desarrollo vital, profesional y político como el suyo cristalizara en las décadas centrales del siglo XIX tiene que ver tanto con la articulación de la esfera pública liberal, en el marco de la construcción del Estado-nación postrevolucionario, como con su vinculación a la democracia republicana desde el Bienio Progresista. Su *conversión* a la democracia republicana y federal supuso su integración en una cultura política de oposición, pero capaz de desafiar las concepciones políticas y sociales del liberalismo hegemónico. El auge de Barcia como propagandista radicalmente antimonárquico y anticlerical, pero evangélico, corrió en paralelo a la extensión del republicanismo en los años de la crisis final de la monarquía isabelina. Con la *explosión federal* del Sexenio Democrático su figura alcanzó una dimensión enorme, si bien su éxito como escritor contrasta con su escasa capacidad para la política práctica. Instigador de la escalada cantonal del verano de 1873, la accidentada cancelación de la etapa constituyente federal supuso su caída política y el final de su carrera como escritor público. El estudio de la cultura política republicana desde la biografía de Roque Barcia ofrece perspectivas de análisis muy útiles para estudiar tanto los conceptos de democracia que se articularon a mediados del siglo XIX en España como el tipo de liderazgos que se confrontaron en el marco de la I República, así como para observar las posibilidades de democratización del sistema liberal y sus dificultades de afirmación en la práctica.

Riassunto: Questa tesi di dottorato ha l'obiettivo di analizzare il percorso della democrazia repubblicana nella seconda metà dell'Ottocento dalla prospettiva dello scrittore federale Roque Barcia Martí (Siviglia, 1821 – Madrid, 1885). Propagandista di straordinaria popolarità, le possibilità che una traiettoria vitale, professionale e politica come la sua si sviluppasse nei decenni centrali del secolo sono da mettere in relazione sia con l'articolazione della sfera pubblica liberale, nel contesto della costruzione dello Stato-nazione post-rivoluzionario, sia con il suo legame con la democrazia repubblicana a partire dal Biennio Progressista. La *conversione* di Barcia alla democrazia repubblicana e federale vide la sua integrazione in una cultura politica di opposizione, ma capace di sfidare le concezioni politiche e sociali del liberalismo egemonico. Il successo del Barcia propagandista radicalmente antimonarchico e anticlericale – e però evangelico – corse in parallelo con l'estensione del repubblicanesimo negli anni della crisi finale della monarchia di Isabella II. Con l'*esplosione federale* del Sessennio Democratico la sua figura assunse una dimensione enorme, sebbene il suo successo di scrittore fosse in contraddizione con le sue evidenti difficoltà nell'ambito della politica pratica. Istigatore della svolta cantonale dell'estate 1873, l'accidentata neutralizzazione della tappa costituente federale significò per lui la caduta politica e la fine della carriera di scrittore pubblico. Lo studio della cultura politica repubblicana a partire dalla biografia di Roque Barcia offre prospettive di analisi molto utili per studiare tanto i concetti di democrazia che si andarono articolando nella Spagna di metà Ottocento, quanto le tipologie di leadership che si confrontarono nel contesto della Prima Repubblica. Esso consente inoltre di osservare le possibilità, e le difficoltà pratiche, del processo di democratizzazione del sistema liberale.

«Vagabundeeé mentalmente durante varias semanas, buscando la manera de empezar. Toda vida es inexplicable, me repetía. Por muchos hechos que se cuenten, por muchos datos que se muestren, lo esencial se resiste a ser contado. Decir que fulanito nació aquí y fue allá, que hizo esto y aquello, que se casó con esta mujer y tuvo estos hijos, que vivió, que murió, que dejó tras de sí estos libros o esta batalla o ese puente, nada de eso nos dice mucho. Todos queremos que nos cuenten historias, y las escuchamos del mismo modo que las escuchábamos de niños. Nos imaginamos la verdadera historia dentro de las palabras y para hacer eso sustituimos a la persona del relato, fingiendo que podemos entenderle porque nos entendemos a nosotros mismos. Esto es una superchería. Existimos para nosotros mismos, quizá, y a veces incluso vislumbramos quiénes somos, pero al final nunca podemos estar seguros, y mientras nuestras vidas continúan, nos volvemos cada vez más opacos para nosotros mismos, más y más conscientes de nuestra propia incoherencia. Nadie puede cruzar la linde que le separa de otro por la sencilla razón de que nadie puede tener acceso a sí mismo».

Paul Auster, *La habitación cerrada*

Índice

<i>Agradecimientos</i>	3
<i>Introducción</i>	5
<i>Capítulo 1. Orígenes y formación de un literato de provincias</i>	35
Una familia de escribanos públicos	37
Las desgraciadas circunstancias del hijo de un patriota	58
Un literato de provincias	75
<i>Capítulo 2. El Autor de los Viajes</i>	87
Un viaje a Italia	90
El Autor de los Viajes	121
<i>Capítulo 3. Epifanía demócrata</i>	153
¿Qué haremos?	159
El Dios y el diablo del partido progresista	175
«Si la mentira es la enfermedad, la verdad es el remedio único	187
¿Un Cristo pequeño, enfermo y flaco?	221
<i>Capítulo 4. Los años terribles</i>	231
Tiempos de desgracia: lo que las mujeres no comprenden	233
Excursio literario	255
Hombre de partido	268
De Portugal a <i>La Gloriosa</i>	291
<i>Capítulo 5. Dar acción a las ideas</i>	305
¿Buscáis un México y un noventa y tres?	310
El evangelista del pueblo	332
Transigir es ralear	350
La Constituyente que nada constituyó	367
<i>Epílogo</i>	389
<i>Conclusioni</i>	401
<i>Conclusiones</i>	419
<i>Anexo</i>	437
<i>Fuentes</i>	445
<i>Bibliografía</i>	452

Agradecimientos

Son muchas las deudas de gratitud que he contraído durante los años que he trabajado en esta tesis. En primer lugar, quiero agradecer a mis directores, Jesús Millán y María Cruz Romeo, la confianza, el apoyo y la inestimable ayuda que me han prestado durante todo este tiempo. Su grado de implicación y de compromiso con mi trabajo ha dado seguridad a mis pasos, cuando a duras penas sabía hacia dónde andaba.

El Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Valencia ha sido mi segunda casa mientras he disfrutado de una Ayuda FPU del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. No hubiese podido llegar hasta aquí si no hubiese contado con ese soporte. Además, agradezco a Jesús Millán y a Ferran Archilés que me incluyeran en sus respectivos proyectos de investigación, «Las bases del Estado-nación y la trayectoria de la sociedad civil en la España del siglo XIX, 1840-1880» y «Crear la nació. Cultura i discursos nacionals a l'Espanya Contemporània», lo que me permitió ampliar mi labor investigadora y enriquecer mi tesis. Quiero agradecer también al profesor Jordi Canal su amabilidad y disposición durante mi estancia en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*; su ayuda y orientación encaminaron mi trabajo por los archivos parisinos. De la misma manera, el profesor Alberto Mario Banti me acogió con toda atención en la *Università di Pisa*. Debo agradecer a Pietro Finelli su interés por mi investigación y su ayuda en la búsqueda bibliográfica, así como que me abriera las puertas de la *Domus Mazziniana*.

Este camino no hubiese sido el mismo sin el apoyo de mis compañeros de doctorado. A Mélanie le debo el impulso de embarcarme en esto; con Javi, Vega, Quique, Francesco y Emanuele he compartido tiempo, espacio e inquietudes dentro y fuera de la facultad. De manera muy especial, a la *crew* del Aula 2 le debo más que un agradecimiento. Vicent, que empezamos juntos el doctorado y hemos compartido el

ritmo, a veces enloquecido, de estos últimos cuatro años; Laura, Pau, Natxo, Itziar, Jorge, Àlex. Gracias por el tiempo, las conversaciones, las críticas, los planes, las risas y tantas cosas más.

Finalmente, mis amigos y mi familia son los que me han sostenido durante todo este tiempo, cuando he estado y, sobre todo, cuando no he estado. Si alguien ha sufrido todos los inconvenientes de hacer una tesis sin gozar de ninguno de sus beneficios, han sido ellos. Mi infinito agradecimiento, en este caso, se parece un poco a una disculpa.

Introducción

La Tesis doctoral que aquí se presenta tiene como objeto analizar la trayectoria de la democracia republicana en la segunda mitad del siglo XIX desde la experiencia del escritor federal Roque Barcia Martí (Sevilla, 1821 – Madrid, 1885). Poeta, viajero y literato en su juventud, empezó a despuntar como figura destacada del republicanismo desde su *conversión* a la democracia en el Bienio Progresista. A lo largo de su agitada vida pública fue autor prolífico, propagandista, revolucionario, exiliado, diputado a Cortes en 1869, 1871 y 1873, senador en 1872 y cabecilla del Cantón de Cartagena. El desenlace del episodio cantonal supuso su caída política y su condena al ostracismo por parte de sus antiguos compañeros de partido. El inmediato exilio parisino y su retiro a la vida privada –de manera más o menos voluntaria– pusieron el punto final a una larga carrera como escritor público demócrata, republicano y federal que le había granjeado una extraordinaria popularidad. El tiempo vital que define este recorrido enmarca el tiempo histórico de la conflictiva construcción del Estado-nación liberal en España y la lucha de las diferentes culturas políticas, entre ellas la republicana, por hegemonizar el poder en el contexto postrevolucionario. Como se argumentará en las páginas que siguen, el análisis de su trayectoria, brevemente referida, constituye una vía de acceso a problemas historiográficos que van más allá de las circunstancias particulares de un individuo concreto y que se relacionan, en última instancia, con los grandes procesos que hicieron emerger la contemporaneidad. En este caso, el estudio de la cultura política republicana desde la biografía de Roque Barcia ofrece perspectivas de análisis muy útiles para explorar, en el contexto español de la segunda mitad del siglo XIX, las posibilidades de democratización de los sistemas liberales y sus dificultades prácticas.

Historia biográfica y culturas políticas

Es ya casi un lugar común señalar el auge de la historia biográfica en los últimos años¹. Una búsqueda rápida en cualquier biblioteca universitaria da cuenta de la buena cantidad de biografías y repertorios o diccionarios biográficos que vienen publicándose en los últimos quince años². La introducción de las perspectivas postestructuralistas y culturales en la disciplina histórica han revitalizado una manera de hacer historia que, si bien ha despertado un interés constante entre el público no especializado, no ha corrido la misma suerte en el ámbito de la investigación académica. El predominio del análisis estructural en la disciplina relegó durante largo tiempo a la biografía a un segundo plano, ya que se consideraba un género poco adecuado para acceder al conocimiento histórico³. La reducción de la historia a un simple relato de acontecimientos, el sesgo elitista –y de género– de la documentación, las pretensiones de cierre coherente de la trayectoria vital en torno a una razón última de la existencia, la linealidad impuesta por la ordenación cronológica del relato o el peligroso deslizamiento hacia la narrativa ficcional serían, a grandes rasgos, algunos de los elementos constitutivos de la *ilusión biográfica*, como la calificó Pierre Bourdieu en un influyente texto⁴. A esto se podría añadir las prevenciones ante el ensalzamiento de lo individual sobre lo colectivo y, por lo tanto, las dudas acerca de la representatividad social de la vida objeto de estudio.

¹ Tomo el concepto de *historia biográfica* propuesto por Sabina Loriga: «aquella que se guía por una serie suficientemente formulada, pero también suficientemente flexible, de problemas históricos generales y que trata de explicar la singularidad de una vida individual sin someterla por ello a un relato que la trascienda o anule». BURDIEL, Isabel y FOSTER, Roy (eds.): “Introducción”, en BURDIEL, Isabel y FOSTER, Roy (eds.): *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, p. 11.

² Para lo que aquí interesa, y en relación con el siglo XIX, entre las más recientes podemos encontrar SHUBERT, Adrián: *Espartero, el Pacificador*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018; LA PARRA LÓPEZ, Emilio: *Fernando VII: un rey deseado y detestado*, Barcelona, Tusquets, 2018; HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo: *Manuel Ruiz Zorrilla. Con los Borbones, jamás*, Madrid, Marcial Pons, 2016; SERRANO GARCÍA, Rafael: *Fernando de Castro (1814-1874): un obrero de la humanidad*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2010; PRO RUIZ, Juan: *Bravo Murillo: política de orden en la España liberal*, Madrid, Síntesis, 2006; BURDIEL, Isabel: *Isabel II: una biografía (1830-1904)*, Madrid, Taurus, 2010; ID.: *Isabel II, no se puede reinar inocentemente*, Madrid, Espasa Calpe, 2004; BURDIEL, Isabel y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.): *Liberales eminentes*, Madrid, Marcial Pons, 2004; BURDIEL, Isabel y PÉREZ LEDESMA, Manuel (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000; SERRANO GARCÍA, Rafael (coord.): *Figuras de La Gloriosa. Aproximación biográfica al Sexenio Democrático*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2006.

³ Un recorrido histórico por las diferentes formas de entender y practicar la biografía en DOSSE, François: *La apuesta biográfica*, Valencia, PUV, 2007; LORIGA, Sabina: *Le petit x. De la biographie à l'histoire*, Paris, Éditions du Seuil, 2010. Ver también el monográfico, coordinado por Isabel Burdieu, “Los retos de la biografía”, *Ayer*, 93 (2014).

⁴ BOURDIEU, Pierre: “L’illusion biographique”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 62-63 (1986), pp. 69-72.

Todos estos supuestos comunes acerca de la historia biográfica, entendida como la más conservadora de las opciones metodológicas, ha llevado a algunos críticos incluso a cuestionar la legitimidad intelectual de esta manera de hacer historia⁵.

No pretendo recoger aquí las respuestas que se han elaborado a las objeciones referidas –baste recordar que, como ha argumentado Isabel Burdiel, «los problemas básicos de la biografía y de la historia son sustancialmente comunes»⁶–, sino abordar algunos aspectos que me permitan precisar los supuestos teórico-metodológicos que sustentan la investigación que aquí se presenta. Ante las dudas que se han podido plantear acerca de la capacidad de la biografía –especialmente, la orientada a cuestiones políticas– para superar viejas maneras de hacer historia, se propone aquí un enfoque renovado, derivado de los nuevos paradigmas culturales. Este estudio se inserta, por lo tanto, en la corriente de renovación de la historia política que viene produciéndose en los últimos años, especialmente en lo relativo a los debates suscitados en torno a la autonomía de *lo político* y al *retorno del sujeto* como agente histórico. La introducción de la perspectiva cultural en la disciplina ha propiciado una renovación en los estudios historiográficos en la que toman protagonismo los marcos simbólicos, culturales, que dotan de significado y organizan las percepciones de la realidad y de la experiencia. Desde esta óptica, el análisis de los lenguajes, los discursos y los conceptos políticos permite la identificación de los recursos culturales empleados para su elaboración, en forma de imaginarios sociales y de pautas de razonamiento y argumentación. Constituyen un conjunto de formas simbólicas a través de las cuales las personas se relacionan con el mundo, construyen los significados y dan sentido a sus acciones. En este sentido, la identidad y la experiencia se articulan desde de la incorporación, por parte de los individuos o los grupos, de una serie de discursos que median entre la conciencia de los sujetos y la realidad⁷.

⁵ DAVIS, J. C.: “Decadencia final de una necesidad cultural: la biografía y su credibilidad intelectual”, en DAVIS, J. C. y BURDIEL, Isabel (eds.): *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, Universidad de Valencia, 2005, pp. 31-47.

⁶ BURDIEL, Isabel: “Historia política y biografía: más allá de las fronteras”, *Ayer*, 93 (2014), pp. 47-83.

⁷ CABRERA, Miguel Ángel: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001, *passim*; ID.: “Lenguaje, experiencia e identidad. La contribución de Joan Scott a la renovación teórica de los estudios históricos”, en Cristina BORDERÍAS (ed.): *Joan Scott y las políticas de la historia*, Barcelona, Icaria, 2006, pp. 233-257; SCOTT, Joan W.: “La experiencia como prueba”, en CARBONELL, Núria y TORRAS, Meri (eds.): *Feminismos literarios*, Madrid, Arco Libros, 1999, pp. 77-112.

Asumiendo este marco general, las posibilidades analíticas de la biografía como observatorio de procesos políticos se amplían a partir de la extensión del concepto de *lo político*, entendido a la vez como marco discursivo y como práctica política⁸. Se trata de una conceptualización que subraya la historicidad de la categoría: lejos de constituir un objeto dado que encierre un significado intrínseco, la comprensión y la experiencia de lo político se construyen discursivamente, a través de los lenguajes disponibles en cada contexto concreto. Esta nueva manera de entender lo político se vincula con la renovación del concepto de *cultura política*, formulado inicialmente en el marco académico estadounidense a mediados del siglo XX, lo que ha dado lugar a la apertura de uno de los campos de investigación más dinámicos de los últimos años. Hay que decir que el concepto de cultura política, reformulado desde la década de 1990 por autores como Keith M. Baker, Serge Berstein o Jean-François Sirinelli, ha dado lugar a debates muy intensos en torno a su utilización e implicaciones⁹. Para lo que aquí interesa, el concepto de cultura política que se va a manejar es cercano al propuesto por Berstein y Sirinelli desde el campo de la historia política, con algunas precisiones. Estos autores proponen «una guía de lectura de lo político a través de la cultura política», entendida como una especie de código y un conjunto de referentes formalizado dentro de un partido, una familia o una tradición política, que permite definir una forma de identidad del individuo que participa de ella¹⁰. El objetivo es comprender la diversidad de comportamientos y actitudes políticas que observan los individuos que comparten un mismo contexto histórico, por lo que subrayan la pluralidad de culturas políticas que compiten en un mismo marco espacial y temporal. Es un planteamiento especialmente

⁸ ROSANVALLON, Pierre: *Por una historia conceptual de lo político*, Buenos Aires-México DF, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 15-20; BURDIEL, Isabel: “Historia política y biografía...”, pp. 55-62.

⁹ Para sus diferentes acepciones, ver ALMOND, Gabriel A. y VERBA, Sydney: “La cultura política” en ALMOND, Gabriel A. *et alii*: *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona, Ariel, 1992, pp. 171-201; BAKER, Keith Michael, “El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa”, *Ayer*, nº 62, 2006, pp. 89-110; BERSTEIN, Serge: “La cultura política”, en RIOUX, Jean-Pierre y SIRINELLI, Jean-François: *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1999, pp. 389-405; ID.: “Nature et fonction de les cultures politiques”, en BERSTEIN, Serge (dir.): *Les cultures politiques en France*, París, Seuil, 1999, pp. 7-91. Para una valoración comparativa y crítica de las diferentes conceptualizaciones, ver CABRERA, Miguel Ángel: “La investigación histórica y el concepto de cultura política”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (CSIC), 2010, pp. 19-86 y DE DIEGO ROMERO, Javier: “El concepto de cultura política en ciencia política y sus implicaciones para la historia”, *Ayer*, nº 61, 2006, pp. 133-266. Una propuesta de utilización flexible del concepto en SIERRA, María, “La cultura política en el estudio del liberalismo y sus conceptos de representación”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María (eds.): *Culturas políticas...*, pp. 235-261.

¹⁰ BERSTEIN, Serge: “La cultura política”..., pp. 390-392.

adecuado, por lo tanto, para abordar el estudio del republicanismo y su lucha por hegemonizar el espacio público en el Estado-nación liberal postrevolucionario.

De esta propuesta interesa destacar, además, su doble caracterización como fenómeno individual y colectivo, vinculado a la construcción de identidades políticas en torno a determinados marcos simbólicos-discursivos y prácticas en los que se reconocen quienes participan de una cultura política determinada. Aquí convendría precisar algunas cuestiones. Por un lado, es necesario subrayar que las culturas políticas no constituyen un todo coherente y homogéneo, perfectamente delimitado, como se desprende del planteamiento de Berstein y Sirinelli. Al contrario, su propia diversidad interna y sus contornos imprecisos llaman la atención, precisamente, sobre su carácter conflictivo, escenificado en las luchas internas por hegemonizar significados y espacios de poder¹¹. Por otro, se puede completar la formulación profundizando en la definición de los mecanismos que constituyen la identidad política, que los autores no acaban de precisar. En este sentido, interesa destacar el potencial de las narrativas para fijar temporalmente las identidades en un contexto concreto. A esto se puede añadir, tal y como ha propuesto Joan W. Scott, la valoración del poder de la fantasía para articular marcos de identificación colectiva y retrospectiva, aspecto este clave para generar identidades en torno a las lecturas del pasado histórico¹². En esto, la integración de aspectos políticos y culturales –especialmente literarios– resulta fundamental para el estudio de los procesos de definición individual, de construcción de la identidad política y su relación con otras esferas de definición identitaria. Finalmente, si bien ha sido un lugar común considerar que la esfera política se regía por la razón, creo que resulta imprescindible abordar el papel que desempeñan las emociones tanto en la formación de identidades y vínculos políticos como en la propia comprensión de lo político. No se

¹¹ Tomo el concepto de *cultura* de Willian H. Sewell, que la entiende más como un repertorio de competencias –una caja de herramientas– que organiza la práctica que como una estructura. A partir de esta noción, considero que el propio concepto de cultura política implica una variedad de recursos y soluciones posibles que cancela cualquier pretensión de encontrar en ellas un todo homogéneo y coherente. En SEWELL, William H.: “The concept(s) of culture”, en BONNELL, Victoria E. y HUNT, Lynn: *Beyond the cultural turn: new directions in the study of society and culture*, Berkeley, University of California Press, 1999, pp. 35-61; BURDIEL, Isabel: “Historia política y biografía...”, p. 60.

¹² Desde una perspectiva biográfica, me parece especialmente útil la *identidad narrativa* y su vinculación con los modelos literarios propuesta por Paul Ricoeur en RICOEUR, Paul: *Sí mismo como otro*, Madrid, Siglo XXI, 1996, esp. pp. 106-172; JOYCE, Patrick: *Democratic subjects: the self and the social in nineteenth-century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, esp. pp. 148-158; SCOTT, Joan W.: “El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad”, *Ayer*, 62 (2006), pp. 111-138. Una reflexión crítica de la *identidad* como categoría de análisis en ciencias sociales en BRUBAKER, Rogers y COOPER, Frederick: “Beyond identity”, *Theory and Society*, 29 (2000), pp. 1-47.

trata tanto de abordar su estudio como un campo específico, tal y como fue propuesto por Carol y Peter Stearns a mediados de la década de 1980, sino más bien como una perspectiva a integrar en la investigación histórica, que permita profundizar en las formas en las que los sentimientos y emociones se convierten en referentes para la acción política¹³.

Como ya se ha señalado, desde este concepto cultural de lo político se busca comprender los comportamientos y las actitudes de los agentes históricos, en relación con el significado que le dan al contexto político, a su experiencia y a sus propias acciones. Es una aproximación que difumina las clásicas barreras entre la historia social, la historia cultural y la historia política desde una crítica a la formulación de esas esferas como ámbitos de experiencia separados. Además, trascender los ámbitos de la acción institucional y gubernamental permite poner el foco en otro tipo de agentes políticos históricos diferentes a los tradicionales *grandes hombres*, o a las grandes opciones políticas, vinculados al gobierno; al tiempo, abre el análisis a los diferentes discursos, identidades y acciones que pugnan en la esfera pública por definir y construir el ámbito de lo político. Así pues, el ensanchamiento del campo político que se viene comentando abre nuevas perspectivas de análisis que permiten repensar el valor heurístico de las trayectorias individuales. En concreto, constituyen un observatorio privilegiado para profundizar en el conocimiento de las culturas políticas –su formulación, su desarrollo, sus transversalidades, sus conflictos–. Por un lado, la historia biográfica puede ayudar a comprender las relaciones de poder que se escenifican en la esfera pública, no sólo entre culturas políticas, sino también en el seno de una cultura. La capacidad individual para acatar, contestar o transgredir los múltiples discursos que interpelan al individuo remite a la capacidad de acción y a la posibilidad de explorar el grado de coherencia interna y

¹³ Tomo esta propuesta de utilización flexible del marco conceptual de la historia de las emociones de María Sierra, en SIERRA, María: *Género y emociones en el romanticismo. El teatro de Bretón de los Herreros*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013; BURDIEL, Isabel: “Historia política y biografía...”, pp. 74-75; BOURKE, Joanna: “Fear and anxiety: writing about emotion in Modern History”, *History Workshop Journal*, 55 (2003), pp. 111-133. Los textos clásicos acerca de la historia de las emociones y sus diferentes conceptos: STEARNS, Peter y STEARNS, Carol: “Emotionology: Clarifying the history of emotions and emotional standards”, *American Historical Review*, 90 (1985), pp. 813-836; REDDY, William M.: *The navigation of feeling. A framework for the history of emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001; ROSENWEIN, Barbara H.: *Emotional communities in the early Middle Ages*, Ithaca-Nueva York, Cornell University Press, 2006. Un recorrido por la historia de la disciplina en REDDY, William M.: “Historical research on the self and emotions”, *Emotion Review*, 1-4 (2009), pp. 302-315.

de conflicto de una cultura política¹⁴. Por otro, la perspectiva individual permite observar de forma diferente las variadas formas en que, en contextos concretos, se construyen las identidades políticas –y sus vínculos– en el marco de una determinada cultura. A partir de este planteamiento, se puede entender el potencial que encierra el estudio de la trayectoria de un propagandista político como Barcia desde una doble óptica: por un lado, como receptor/productor de cultura política republicana –y, por lo tanto, de materiales identitarios republicanos– y, por otro, como sujeto atravesado por las luchas de poder en las que estuvo inmerso el republicanismo en época isabelina.

La integración de las perspectivas analíticas que se vienen comentando –política, biográfica– tiene que ver con la reconsideración de la capacidad de acción de los individuos en el marco del llamado *retorno del sujeto*. Esto ha propiciado la ampliación de los posibles sujetos susceptibles de estudio, como ya se ha adelantado, pero conviene subrayar que la potencialidad de la historia biográfica para renovar los estudios políticos no reside tanto en esta circunstancia como en el concepto de *sujeto* que se adopte para el análisis¹⁵. En relación con esto, entiendo que el sujeto se constituye mediante la incorporación de múltiples –pero limitados– discursos que lo interpelan a través de los lenguajes disponibles en un contexto concreto. A través de estos marcos significativos, que organizan las percepciones de la realidad y de la experiencia, el sujeto se posiciona socialmente y otorga sentido tanto a los fenómenos del mundo como a sus propias acciones¹⁶. A partir de estos materiales, el sujeto construye diferentes *yo* que imagina para cada actuación, gestionando y confiriendo conciencia de unidad a todos los *yo* que puede desempeñar. Además, elabora el escenario para la representación de los distintos *yo*, adecuado a los diversos tipos de acciones, ya sean íntimas, privadas o públicas. Hay que subrayar que no hay comportamientos *naturalmente* privados o públicos, sino una construcción cultural de los espacios y de las actuaciones que se consideran pertinentes

¹⁴ BURDIEL, Isabel: “La dama de blanco: notas sobre la biografía histórica”, en BURDIEL, Isabel y PÉREZ LEDESMA, Manuel (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pp. 17-48; ID.: “Historia política y biografía...”, pp. 47-83; SIERRA, María, “La cultura política en el estudio...”, pp. 235-261.

¹⁵ BURDIEL, Isabel: “Historia política y biografía...”, pp. 62-71. Claros ejemplos de las posibilidades de la biografía para renovar los estudios de historia política, a partir de la aplicación de una nueva mirada sobre grandes personajes, en BURDIEL, Isabel: *Isabel II. Una biografía...*; RIAL, Lucy: *Garibaldi. Invention of a hero*, New Haven-London, Yale University Press, 2008.

¹⁶ Sobre estas cuestiones, ver SPIEGEL, Gabrielle M.: “La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico”, *Ayer*, 62 (2006), pp. 19-50; CABRERA, Miguel Ángel: “Lenguaje, experiencia e identidad...”, pp. 233-257

en cada uno de ellos. Por lo tanto, considero que todos los *yo* son representaciones del sujeto y no hay, en esto, uno más auténtico que otro¹⁷. A partir de esta noción de sujeto, se pueden abordar los estudios biográficos de una manera diferente al tradicional *modelo heroico*: el estudio de una trayectoria política individual debe fijar su atención en la reconstrucción de los contextos y los marcos significativos que hicieron posible ese desarrollo concreto, así como en la articulación del sujeto como agente histórico.

En relación con esto último, se pueden señalar dos cuestiones importantes. En primer lugar, el carácter múltiple y cambiante de los contextos en los que se desarrolla una vida, lo que remite a una pluralidad de espacios y esferas superpuestas que no se experimentan por separado. Hay que precisar que la noción de contexto que se va a utilizar trasciende las condiciones espacio-temporales o los ámbitos sociales en los que se desenvuelve el sujeto biografiado y conecta con las diferentes tradiciones culturales que lo constituyen¹⁸. En segundo lugar, es necesario plantear las posibilidades que tenemos de recuperar los sujetos del pasado a través de los materiales que dejaron, fundamentalmente escritos. Es una cuestión que enlaza con las fuentes disponibles y su posible tratamiento, pero también con decisiones acerca de qué se considera importante para entender una trayectoria política y, en este sentido, pública. Para lo que aquí interesa, se puede adelantar que Barcia no dejó apenas textos de carácter biográfico y, los que dejó, fueron escritos para publicarse. En este sentido, considero que la perspectiva de análisis debe ser la observación de su propia puesta en escena como personaje en la esfera pública, a través de los relatos que lo constituyen y de las actitudes que muestra¹⁹. En definitiva, se trata de observar la expresión pública de sus diferentes *yo* en acción. Es una perspectiva que permite superar las dudas acerca del grado de veracidad o posible ficcionalidad de los relatos autorreferenciales, que pasa a constituir una cuestión menor.

¹⁷ CASTILLA DEL PINO, Carlos: "Teoría de la intimidad", *Revista de Occidente*, 182-183 (1996), pp. 15-30; TAYLOR, Charles: *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós, 1996. Sobre los límites del estudio de la subjetividad, ver TAYLOR, Barbara: "Subjetividad histórica", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V*, 29 (2017), pp. 21-40.

¹⁸ LORIGA, Sabina: "La escritura biográfica y la escritura histórica en los siglos XIX y XX", en BURDIEL, Isabel y FOSTER, Roy (eds.): *La historia biográfica en Europa...*, pp. 15-45; SERNA, Justo y PONS, Anaclet: "Menocchio y yo. Carlo Ginzburg y el relato de la identidad", en DAVIS, J. C. y BURDIEL, Isabel (eds.): *El otro, el mismo...*, 2005, pp. 73-87, esp. pp. 79-81.

¹⁹ BURDIEL, Isabel: "Historia política y biografía...", pp. 62-71.

A la vista de todo lo expuesto, se puede concluir que la opción biográfica permite profundizar en la comprensión de aspectos centrales para entender la génesis y transformación de las culturas políticas como son la experiencia y la identidad, prestando atención a los diferentes contextos y a los diferentes tiempos en los que se desarrolla una trayectoria vital. La biografía de Roque Barcia, por lo tanto, constituye una vía de acceso adecuada para el estudio del republicanismo y de su trayectoria política en la segunda mitad del siglo XIX, como se verá más adelante.

El republicanismo, una mirada historiográfica

El republicanismo decimonónico ha sido merecedor de una atención historiográfica desigual que, por otra parte, ha tendido a primar el estudio del Sexenio Democrático y de la Restauración borbónica, es decir, el arco cronológico que aborda su articulación política en torno a partidos explícitamente republicanos y su primera plasmación institucional como forma del Estado. Pese a que el origen y el desarrollo del republicanismo en las etapas previas a *La Gloriosa* ha sido objeto de un menor interés por parte de los estudiosos, contamos con una serie de trabajos de referencia que han abordado el tema a partir de diferentes claves interpretativas, especialmente desde la década de 1990. Desde las primeras historias del movimiento, escritas por los mismos republicanos, hasta los recientes estudios que abordan su estudio desde una perspectiva cultural, las diferentes aproximaciones historiográficas han buscado explicar el significado del republicanismo en el contexto de la política decimonónica, así como su proyección y su base social.

Hay que decir que la primera mirada historiográfica sobre el republicanismo la ofrecen sus propios protagonistas, en una serie de obras compuestas por personalidades como Fernando Garrido, Francisco Pi y Margall, Emilio Castelar o Enrique Rodríguez Solís²⁰. Los republicanos se ocuparon en relatar una historia que ponía de relieve su

²⁰ GARRIDO, Fernando: *Historia del reinado del último Borbón de España. De los crímenes, apostasías, opresión, corrupción, inmoralidad, despilfarros, hipocresía, crueldad y fanatismo de los gobiernos que han regido á España durante el reinado de Isabel de Borbón*, Barcelona, Salvador Manero (ed.), 1868; RODRIGUEZ SOLÍS, Enrique: *Reseña histórica de las monarquías españolas*, Barcelona, Salvador Manero (ed.), 1869 e *Historia del partido republicano español: de sus propagandistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires*, 2 vols., Madrid, Imp. Fernando Cao y Domingo del Val, 1892-1893; CASTELAR, Emilio, *Historia del movimiento republicano en Europa*, 9 vols., Madrid, Manuel Rodríguez, 1874; GARCÍA RUIZ, Eugenio: *Historia de la Internacional y del federalismo en España*, Madrid, Imp. Española, 1872; BLASCO IBÁÑEZ, Vicente: *Historia de la revolución española: desde la guerra de la independencia hasta la Restauración en Sagunto (1808-1874)*, 3 vols., Barcelona, La Enciclopedia Democrática, 1890-1892; PI Y MARGALL, Francisco y PI ARSUAGA: Francisco,

participación en las luchas políticas del momento, y lo hicieron a través de voluminosas reinterpretaciones de la historia nacional, pero también de narraciones de acontecimientos recientes y de biografías de sus figuras más destacadas. Son historias que entretejen realidad y mito, en unos relatos que no eluden ni los posicionamientos ideológicos manifiestos ni una clara voluntad polemista y vindicativa. El fracaso propio se explica como consecuencia inevitable del freno que se daba al progreso material y moral en España, cuyos males se vinculan invariablemente a la permanencia de la institución monárquica y a la oscurantista influencia de la Iglesia. Pero, a pesar de las polémicas y de la parcialidad de los textos, estas obras presentan el interés de integrar el republicanismo en la historia de España, otorgándole un significado y un lugar en el discurrir político del XIX. Frente a la historiografía liberal conservadora, que apenas les prestó atención más que para destacar su heterodoxia y su calidad de conspiradores de café, los republicanos construyeron un corpus discursivo que, como señala Ángel Duarte, alimentó intelectualmente a muchos españoles de finales del XIX y del primer tercio del XX²¹. El escaso interés mostrado por la historiografía más académica hacia el republicanismo llevó a que, hasta la dictadura franquista, la historia del movimiento siguiese siendo producto de los republicanos; una historia militante que se cortó bruscamente en 1939. El final de la Guerra Civil marcó un punto de inflexión que condenó al exilio o al silencio a los autores republicanos, que quedaron sin capacidad para contestar la visión demonizadora de la república difundida por los autores franquistas. Para estos, la República era el caos y la anarquía, el cantonalismo y la ruptura de España, el desgobierno y el odio de clases²². En resumen, se trataba de un movimiento extranjerizante y ajeno al alma nacional que había llevado a España al desastre.

Historia de España en el siglo XIX: sucesos políticos, económicos, sociales y artísticos... detallada narración de sus acontecimientos y extenso juicio crítico de sus hombres, 8 vols., Barcelona, Miguel Seguí, 1902; PI Y MARGALL, Francisco: *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*, Imp. de Aribau y Comp^a., Madrid, 1874; ALFARO, Manuel Ibo: *Historia de la interinidad española*, vol. 1, Madrid, Viuda e Hijos de Manuel Álvarez, 1871; GARCÍA RUIZ, Eugenio: *La revolución en España: con la historia de los movimientos de enero y junio de 1866 y el del mes de agosto último*, París, Imp. de Ch. Lahure, 1867; GIMENO Y CABAÑAS, Amalio: *El partido republicano de Valencia ante la historia. Memoria extensa y detallada de los sucesos de octubre de 1869, con relación exacta e imparcial de las circunstancias que los motivaron*, Valencia, Imp. El Avisador Valenciano, 1870.

²¹ DUARTE, Ángel: "Historias de federales, historia republicana", *Historia y Política*, 6 (2001), p. 11.

²² ARRARÁS, Joaquín: *Historia de la Segunda República española*, 4 vols. Madrid, Editora Nacional, 1956-68 y *Memorias íntimas de Azaña*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939; COMÍN COLOMER, Eduardo: *Historia secreta de la Segunda República*, 2 vols., Madrid, NOS, 1954-55; ID: *Historia de la Primera República*, Barcelona, AHR, 1956.

Así, encontramos que hasta la década de 1960 el republicanismo únicamente había sido objeto de interpretaciones militantes, de uno u otro signo. Este panorama empezó a cambiar muy pausadamente en las décadas de 1960 y 1970, con la aparición de algunos estudios que fijaban su atención en los orígenes de la democracia, la naturaleza del federalismo o la trayectoria de algunos liderazgos. Las obras clásicas de referencia son las de Antonio Eiras Roel sobre el partido demócrata, la de C. A. M. Hennessy sobre el republicanismo federal y la de Antonio Elorza y Juan José Trías sobre el federalismo y la reforma social. Estos estudios, junto a algunas otras aportaciones realizadas desde el campo del derecho y de la historia intelectual, abordaron el análisis del republicanismo como un movimiento único, aunque heterogéneo, articulado en torno a unos ejes ideológicos comunes a pesar de sus diferencias internas, es decir, como un agente histórico colectivo claramente diferenciado y con unas características esenciales que se mantienen a lo largo del tiempo. Desde esta óptica, deudora de la identificación entre agente histórico y partido político, se suele destacar la incapacidad del republicanismo para articular una propuesta unitaria de acción y una alternativa política viable.

La primera obra de importancia es *El partido demócrata español (1849-1868)* de Antonio Eiras Roel, publicada en 1961²³. El planteamiento es el de una historia política muy clásica centrada en el desarrollo y el ideario del partido, entendido como agente histórico en la medida en que «llegaron a ser *poder*». Pese al clasicismo de la obra y los problemas interpretativos que presenta, derivados de los postulados historiográficos que la inspiran y de las fuentes utilizadas, tiene el valor de ser el primer estudio académico que ofreció una visión de conjunto de la trayectoria del partido de la democracia. Además, su narratividad y la importancia explicativa que otorga al campo de la política se pueden valorar ahora en un contexto historiográfico nuevo, por lo que se puede considerar la obra clásica de referencia, a pesar de sus problemas. Los años sesenta también vieron aparecer los primeros estudios sobre federalismo, entre los que destacan los trabajos de Gumersindo Trujillo, Antoni Jutglar, Isidre Molas o Juan José Trías, además del libro de C.A.M. Hennessy que, a pesar de su maniqueísmo y de sus juicios de valor contra los *intransigentes*, tiene el mérito de ser el primer estudio sobre el

²³ EIRAS ROEL, Antonio: *El partido demócrata español (1849-1868)*, Madrid, Rialp, 1961. Ver también ID.: “Sociedades secretas republicanas en el reinado de Isabel II”, *Hispania*, nº 86, 1962, pp. 251-310.

republicanismo federal publicado en España²⁴. Estas aportaciones modificaron los supuestos en los que tradicionalmente se basaba la visión del federalismo decimonónico, deudora todavía de las ideas difundidas por García Ruiz acerca de la “conversión” de Pi y Margall al federalismo tras su exilio de 1866-68. De manera señalada, se rompió con la idea de que el federalismo había sido introducido en 1868 por Pi y también con la identificación del federalismo español con el modelo pactista pimargalliano. Por su parte, la importancia de los estudios de Jutglar radica en que fijaron una línea interpretativa, desde el materialismo histórico, que se mantuvo en la mayoría de trabajos sobre republicanismo decimonónico hasta finales de los ochenta. Si bien impulsaron la constitución de los movimientos sociales como objeto historiográfico de primer orden, también consolidaron la imagen del republicanismo como movimiento burgués que nunca trascendería los límites del liberalismo.

Este tipo de planteamientos alimentaron la interpretación del republicanismo que se consolidó en la década de los setenta, en un momento en el que el materialismo histórico era la perspectiva dominante entre los investigadores. La introducción de la perspectiva social y el interés por los movimientos obreros y populares se abordaron desde unos planteamientos teóricos y metodológicos que primaban las explicaciones socioeconómicas. Así, se interpretó el republicanismo como un movimiento pequeño burgués que buscaba instrumentalizar a la clase obrera para integrarla en la sociedad burguesa, ya que no pretendía acabar ni con el sistema económico capitalista ni con el sistema político liberal, tan sólo transformarlos. Las clases populares y obreras se habrían movilizado a lo largo del XIX bajo la dirección e intereses de esta pequeña burguesía hasta la revolución de 1868, cuando empezarían a tomar conciencia de clase y de sus propios intereses, fundamentalmente a partir del influjo de la Primera Internacional. En ese proceso, que arrancaría en el Sexenio, se produciría la ruptura entre republicanismo y movimiento obrero, de manera análoga a lo sucedido en Francia en 1848, al formar los obreros sus propias organizaciones para la defensa de sus

²⁴ TRUJILLO, Gumersindo: “Las primeras manifestaciones del federalismo español”, *Anales de la Universidad de La Laguna*, Facultad de Derecho, 1964; ID.: *Introducción al federalismo español*, Edicusa, Madrid, 1967; JUTGLAR, Antoni: *Federalismo y revolución. Las ideas sociales de Pi y Margall*, Barcelona, Publicaciones de la Cátedra de Historia General de España, 1966; MOLAS, Isidre: *Ideari de Francesc Pi i Margall*, Barcelona, Edicions 62, 1965; TRÍAS, Juan José: “Estudio preliminar”, en PI Y MARGALL, Francisco: *Pensamiento social*, Madrid, Ciencia Nueva, 1968; HENNESSY, C.A.M., *The Federal Republic in Spain: Pi y Margall and the Federal Republican Movement 1868-74*, Oxford, Clarendon Press, 1962 [*La República Federal en España: Pi y Margall y el movimiento republicano federal 1868-74*, Madrid, Libros de la Catarata, 2010]

intereses, lo que marcaría el aislamiento y declive del republicanismo pequeño burgués ya en la Restauración. Este esquema interpretativo se reproduce en las obras más importantes del periodo, como el libro de Antonio Elorza y Juan José Trías sobre el federalismo y la reforma social en España, en las que se prefiere hablar de “reformismo social” para referirse a las propuestas republicanas, y también a las socialistas previas al internacionalismo, como las de Fernando Garrido²⁵. Desde estos planteamientos, los historiadores marxistas se volcaron en el estudio de los movimientos de clase, socialistas y anarquistas, como motores del proceso de politización de los obreros. Es una tesis que se mantiene en la mayoría de los trabajos sobre el republicanismo hasta los años ochenta. En general, a mediados de esa década el panorama historiográfico relativo al republicanismo decimonónico era bastante pobre, con la excepción de las obras aludidas. En 1987, Demetrio Castro lamentaba el escaso interés que el tema suscitaba entre los historiadores, hecho que atribuía no sólo al peso del franquismo, sino también a que el republicanismo histórico se percibía como un fenómeno arcaico y fracasado²⁶.

Desde finales de los ochenta y a lo largo de los noventa fueron viendo la luz una serie de estudios que contribuyeron a superar el determinismo socio-económico y las claves interpretativas marxistas clásicas que habían guiado los trabajos hasta ese momento. Se abrió así una nueva etapa en la que el interés de los historiadores por el republicanismo no ha dejado de crecer hasta la actualidad. Ángel Duarte ha señalado algunos de los factores que han impulsado este auge desde las décadas finales del siglo XX, como la renovación de la historia política, entendida ahora como una historia cultural y social de la política, y también una cierta insatisfacción de los historiadores con los modelos explicativos clásicos de la historia social. Las explicaciones economicistas se mostraban insuficientes a la hora de dar cuenta de un proceso, la revolución liberal, que empezaba a analizarse como un fenómeno fundamentalmente político. Pero además, el republicanismo presenta ciertos atractivos como objeto de estudio. Se trata de un fenómeno de largo recorrido, de arraigo local pero proyección nacional y que abarca problemáticas muy diversas, desde la construcción de estrategias de visibilización hasta la construcción de identidades –de género, nacionales–, pasando por la articulación de prácticas sociales y de procesos de resistencia por parte de las

²⁵ TRIÁS, Juan J. y ELORZA, Antonio: *Federalismo y reforma social en España (1840-1870)*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1975.

²⁶ Citado en DUARTE, Ángel: “Sin historia no hay republicanos”, *Historia Contemporánea*, 37 (2008), p. 336.

clases populares²⁷. Todos estos factores impulsaron la aparición, desde los últimos años de la década de los ochenta, de diferentes trabajos que revisaron algunos de los temas clásicos de estudio del republicanismo como su relación con la revolución liberal o sus vínculos con los movimientos obreros y populares, al tiempo que otros ampliaban el campo de estudio de manera significativa. Hay que señalar, en todo esto, que la mayor parte de los estudios centran su atención en el periodo del Sexenio y la Restauración.

Demetrio Castro se encuentra entre los investigadores que se han ocupado de las primeras etapas del republicanismo, previas a la revolución de 1868. Este autor descarta la definición del republicanismo como movimiento pequeño burgués, calificando su discurso de jacobino y populista. Desde este nuevo planteamiento, señala la diversidad interna del republicanismo, al que define como un «movimiento social de fuerte impronta populista y estructura interclasista en el que participan activamente individuos procedentes de los estratos medios-bajos y bajos de la pirámide social»²⁸. Los trabajos de Castro, entre otros que vinculaban el radicalismo republicano de entresiglos y la movilización obrera, contribuyeron a dejar atrás la definición del republicanismo como movimiento de clase y a ampliar la atención a cuestiones como la construcción de la identidad y el papel de los discursos y los lenguajes políticos republicanos²⁹. En relación con esto último, se empezaron a publicar obras dedicadas a la prensa demócrata y republicana, así como diferentes estudios biográficos de dirigentes como Fernando Garrido, Emilio Castelar o Sixto Cámara³⁰. Por otro lado, la historiografía sobre el

²⁷ *Ibid.*, pp. 336-338.

²⁸ CASTRO ALFÍN, Demetrio: “Jacobinos y populistas: el republicanismo español a mediados del siglo XIX”, en ÁLVAREZ JUNCO, José (coord.): *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1987; ID.: “Orígenes y etapas del republicanismo en España”, en TOWNSON, Nigel (ed.): *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994; ID.: “Unidos en la adversidad, unidos en la discordia: el Partido Demócrata, 1849-1868”, en TOWNSON, Nigel (ed.): *El republicanismo en...*, pp. 59-86.

²⁹ PEYROU TUBERT, Florencia: “El republicanismo en la historiografía”, p. 15.

³⁰ LLORCA, Carmen: *Castelar, precursor de la democracia cristiana*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1966; MARTÍNEZ PASTOR, Eugenio: *Fernando Garrido, su obra y su tiempo*, Cartagena, 1976; FERNÁNDEZ URBINA, José Miguel: *Sixto Cámara, un utopista revolucionario*, Leioa, Euskal Herriko Unibersitatea, 1984; LAGUNA PLATERO, Antonio: “Para una historia del republicanismo valenciano: J.C. Sorní, defensor de la democracia”, *Estudis d'Història Contemporània del País Valencià*, 4 (1983); ID.: “José María Orense, ideólogo del Partido Demócrata español”, *Hispania*, XLIV (1984); RIERA, Santiago: *Narcís Monturiol: una vida apassionant, una obra apassionada*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1986; SOLER VIDAL, Josep: *Abdó Terrades. Primer apòstol de la democràcia catalana (1812-1856)*, Barcelona, La Magrana, 1983; GUILLAMET, Jaume: *Abdón Terradas. Primer dirigent republicà, periodista i alcalde de Figueres*, Figueres, IEE, 2000; LEVI, Guido: “Pi y Margall y el federalismo español del siglo XIX”, *Sistema*, 112 (1993); VILCHES, Jorge: *Emilio Castelar, la patria y la república*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001; VILLANUEVA HERRERO, José Ramón: *Víctor Pruneda. Una pasión republicana en tierras turolenses*, Zaragoza, Sender Ediciones, 2001.

republicanismo tampoco se sustrajo a alguno de los debates más importantes de la década de los noventa, como fue el alcance del proceso nacionalizador en el siglo XIX. En este sentido, algunos autores como Andrés de Blas, Justo Beramendi, Ángel Duarte o Pere Gabriel se han aproximado al federalismo desde el punto de vista de sus relaciones con el nacionalismo, demostrando que los federales del XIX no consideraron otra nación que no fuera la española. Así, antes de 1900, los proyectos federales no tenían otro objetivo más que afirmar la nación y descentralizar el Estado³¹. Para completar el panorama, se puede señalar que la proliferación de estudios locales ha permitido conocer mejor las particularidades regionales del republicanismo y la composición de sus bases sociales, así como los espacios de sociabilidad y las formas de encuadramiento popular, matizando la visión esencialmente urbana del movimiento y subrayando su arraigo en zonas rurales³².

El interés por el republicanismo hizo que, ya a mediados de la década, se publicasen algunas obras que recogían diferentes aproximaciones al tema, como las realizadas por Nigel Townson o Manuel Chust y José A. Piqueras³³. En conjunto, las aportaciones realizadas en estos años desde la historia social y política ayudaron a valorar la complejidad de la experiencia republicana decimonónica en toda su dimensión, más allá del episodio institucional de la I República. El republicanismo trascendía al partido y se redefinió como un movimiento interclasista de carácter

³¹ DE BLAS GUERRERO, Andrés: *Tradición republicana y nacionalismo español (1876-1930)*, Madrid, Tecnos, 1991; DUARTE, Ángel: “Republicanos y nacionalismo. El impacto del catalanismo en la cultura política republicana”, *Historia Contemporánea*, 10 (1993), pp. 157-180; GABRIEL, Pere: “Republicanismos y federalismos en la España del siglo XIX. El federalismo catalán”, *Historia y Política*, 6 (2001), pp. 32-56. Una síntesis de la relación entre el republicanismo y los nacionalismos subestatales en BERAMENDI, Justo: “Republicanismos y nacionalismos subestatales en España (1875-1923)”, *Ayer*, 39 (2000), pp. 135-161. Ver también DUARTE, Ángel: “Nación de republicanos. Siglo XIX”, en MORALES MOYA, Antonio, FUSI AIZPURÚA Juan Pablo y DE BLAS GUERRERO, Andrés (dirs.): *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores, 2013, pp. 293-306.

³² MORALES, Manuel: *El republicanismo malagueño en el siglo XIX. Propaganda electoral, prácticas políticas y formas de sociabilidad*, Málaga, Asukaría Mediterránea, 1999; GUTIÉRREZ LLORET, Rosa Ana: “Los orígenes del Republicanismo en Alicante: el Partido Demócrata (1864-1868)”, *Investigaciones Históricas*, 10 (1990); VILLANUEVA HERRERO, José Ramón: *El republicanismo turolense durante el siglo XIX (1840-1898)*, Zaragoza, Mira Editores, 1993; ARCHILÉS, Ferran: *Parlar en nom del poble: cultura política, discurs i mobilització social al republicanisme de Castelló de la Plana, 1891-1909*, Castellón, Ayuntamiento de Castellón, 2002; GARCÍA ROVIRA, Anna Mª: “Radicalismo liberal, republicanismo y revolución (1835-37)”, *Ayer*, 29 (1988), pp. 63-90; ID.: “Liberalisme «no respectable» i poble menut urbà: bullangues i revolució (1832-35)”, *Recerques. Història, economia i cultura*, 22 (1989), pp. 45-62. A estos se puede añadir el estudio reciente de JAÉN MILLA, Santiago: *Ni iglesias ni tabernas: republicanismo y escuelas de ciudadanía en Jaén (1849-1923)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2016.

³³ TOWNSON, Nigel (ed.): *El republicanismo en...*; CHUST, Manuel y PIQUERAS, José A. (comps.): *Republicanos y repúblicas en España*, Madrid, Siglo XXI, 1996.

populista. Este último aspecto ha introducido dificultades en la definición del republicanismo, dado el debate abierto en torno al concepto de *populismo* y su caracterización, sobre el que existe una amplia bibliografía que rebasa el propósito de este trabajo y que no se va a comentar aquí. Por otro lado, hay que señalar que se ha tendido a mantener la imagen unitaria del movimiento, aunque se ha destacado su diversidad. También se ha clarificado la relación del federalismo con los nacionalismos, descartando que en el XIX se pudiese enlazar con algún tipo de proyecto plurinacional³⁴. De manera especial, los estudios han demostrado la relación entre el republicanismo y los movimientos obreros o populares³⁵. Esta circunstancia ha colocado al republicanismo en el centro de la problemática de los procesos de politización en el siglo XIX y lo ha vinculado a la historia de los movimientos sociales.

En los últimos años, con la recepción de las perspectivas teórico-metodológicas postestructuralistas y culturales, los investigadores han centrado su atención en aspectos como la construcción de identidades e imaginarios colectivos, el papel mediador y performativo de los discursos y lenguajes políticos o la construcción de redes de sociabilidad, al tiempo que se ha empezado a abordar las investigaciones desde la perspectiva de las culturas políticas y de género. La apertura de este enfoque ha llevado a avanzar significativamente en el estudio de los referentes políticos y culturales de un proyecto republicano que se plantea como una alternativa global al modelo liberal que había triunfado en la revolución. La cada vez más oceánica historiografía sobre el tema ha revelado la compleja pluralidad de los proyectos políticos y sociales que surgieron en el seno del movimiento. La centralidad otorgada desde esta perspectiva al plano discursivo y simbólico ha llevado a indagar en los orígenes y en las diversas formulaciones republicanas, señalando las fracturas y generando un debate en torno a la unidad o pluralidad de culturas políticas republicanas.

Como ya se ha comentado, ha sido habitual en la historiografía señalar la diversidad del movimiento, aunque generalmente se ha estudiado de manera unitaria.

³⁴ La excepción, ya a finales de siglo, podría ser Almirall. En CAGIAO Y CONDE, Jorge: *Tres maneras de entender el federalismo: Pi y Margall, Salmerón y Almirall. La teoría de la federación en la España del siglo XIX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014.

³⁵ LÓPEZ ESTUDILLO, Antonio: *Republicanismo y anarquismo en Andalucía. Conflictividad social agraria y crisis finisecular (1868-1900)*, Córdoba, Posada, 2001; POMÉS, Jordi: “Sindicalismo rural republicano en la España de la Restauración”, *Ayer*, 39 (2000), pp. 103-134; GARCÍA BALANÀ, Albert: “«Ya no existe el Partido Progresista en Barcelona»: experiencia social y protesta obrera en la insurrección republicana de 1869”, *Hispania. Revista española de historia*, 68-230 (2008), pp. 735-759.

Desde la década de los noventa se ha ido consolidando la idea de la existencia de un republicanismo patricio-conservador y otro popular-radical. En relación con esto, Demetrio Castro ya señalaba para el republicanismo de la década de 1840 una distinción en el mismo sentido³⁶, aunque ambas tendencias se han caracterizado fundamentalmente a partir de los estudios sobre la Restauración. Autores como Manuel Suárez Cortina, Pere Gabriel o Ángel Duarte han insistido en esta idea, preguntándose si realmente se puede hablar de una sola cultura política republicana³⁷. A partir de estos antecedentes, el debate ha surgido entre los investigadores que defienden la existencia de diferentes culturas políticas republicanas y los que insisten en la unidad de esta cultura política, al hilo de la historiografía más reciente sobre los discursos del republicanismo en época isabelina.

Como punto de partida, Demetrio Castro definió «el republicanismo español como una subcultura política dentro de la general de la nación»³⁸. Más tarde, Florencia Peyrou ha estudiado los discursos, las prácticas políticas y los intentos organizativos de demócratas y republicanos en época isabelina. Ha considerado que la experiencia formativa del movimiento dio lugar a «[...] un amplio espectro de sensibilidades políticas [...] que impiden considerar a este movimiento como un bloque unitario. [...] A pesar de ello, existieron numerosos puntos de contacto que permiten hablar del demorepublicanismo como un discurso con un sello particular»³⁹. Por su parte, Javier de Diego se ha ocupado de describir las líneas generales de la cultura política republicana finisecular, a la que considera a un tiempo «unitaria y diversa»⁴⁰. Finalmente, Román Miguel González ha discrepado de estas consideraciones, señalando que «para determinadas épocas históricas, el concepto de *movimiento republicano español* es una categoría historiográfica, más que un agente histórico colectivo real». Este autor se ha

³⁶ CASTRO ALFÍN, Demetrio: “Orígenes y etapas del republicanismo...”, p. 42.

³⁷ SUÁREZ CORTINA, Manuel: “La quiebra del republicanismo histórico, 1898-1931”, en TOWNSON, Nigel (ed.): *El republicanismo en...*, pp. 139-164; ID.: “Entre la barricada y el parlamento. La cultura republicana en la Restauración”, en SUÁREZ CORTINA, Manuel (ed.): *La Cultura Española en la Restauración*, Santander, 1999, pp. 499-524; DUARTE, Ángel y GABRIEL, Pere: “¿Una sola cultura política republicana ochocentista en España?”, *Ayer*, 39 (2000), pp. 11-34.

³⁸ Citado en PEYROU TUBERT, Florencia: “El republicanismo en la historiografía”, p. 18.

³⁹ PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo. Demócratas y republicanos durante el reinado de Isabel II*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, p. 509. Las cursivas, en el original. ID.: “Harmonia en la discòrdia? Reflexions al voltant de la cultura política democràtica-republicana a Espanya, 1840-1868”, *Recerques*, 58-59 (2009), pp. 31-57.

⁴⁰ DE DIEGO ROMERO, Javier: “La cultura política de los republicanos finiseculares”, *Ayer*, 37 (2008), pp. 409-440; ID.: *Imaginar la República. La cultura política del republicanismo español (1876-1908)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.

adentrado en el estudio de los lenguajes y discursos del republicanismo decimonónico hasta 1873. En su investigación defiende la existencia de «una la pluralidad cultural republicana [que] se fraguó en la década de 1850, se consolidó en la de 1860 y se manifestó abiertamente en la de 1870»; esa pluralidad se expresaría en tres corrientes identificadas por Miguel González como *socialismo jacobino*, *demosocialismo* y *demoliberalismo*. Estas tres tendencias cristalizarían como culturas políticas en el Sexenio⁴¹.

Más allá de la polémica, el interés por el republicanismo ha multiplicado la bibliografía en los últimos tiempos. Esta tendencia se ha plasmado en la aparición de diversos números monográficos en revistas especializadas y obras recopilatorias que sería prolijo referir aquí⁴². Se pueden destacar algunos aspectos, como los relacionados con la cuestión religiosa, el género, la literatura o la biografía. Los vínculos entre cristianismo y democracia han sido expuestos por Genís Barnosell y Román Miguel González, quienes subrayan la influencia de Lamennais y de los socialistas utópicos en los planteamientos profundamente moralistas de los republicanos. Por su parte, Manuel Suárez Cortina ha abordado los diversos tipos de laicismo que se observan en el republicanismo, señalando la diversidad de actitudes religiosas que se daban cita en el seno del movimiento⁴³. Una segunda perspectiva que se ha desarrollado es el estudio de las concepciones en materia de género de demócratas y republicanos. Es un aspecto fundamental, porque estos discursos de lo privado pueden entrar en conflicto con los

⁴¹ MIGUEL GONZÁLEZ, Román: “Las culturas políticas del *republicanismo histórico* español”, *Ayer*, 53 (2004), p. 208; ID.: *La pasión revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007.

⁴² LARIO, Ángeles (ed.): *Monarquía y República en la historia contemporánea*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007; CABRERO BLANCO, Claudia et al. (coords.): *La escarapela tricolor. El republicanismo en la España contemporánea*, Oviedo, Universidad de Oviedo-KRK, 2008; MARTÍNEZ LÓPEZ, Fernando y RUIZ GARCÍA, Maribel (eds.): *El republicanismo de ayer a hoy. Culturas políticas y retos de futuro*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012; SÁNCHEZ COLLANTES, Sergio (coord.): *Estudios sobre republicanismo histórico en España: luchas políticas, constitucionalismo y alcance sociocultural*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, 2017. Como obras de síntesis DUARTE, Àngel: *El republicanismo. Una pasión política*, Madrid, Cátedra, 2013; PIQUERAS, José Antonio: *El Federalismo. La libertad protegida. La convivencia pactada*, Madrid, Cátedra, 2014.

⁴³ BARNOSELL, Genís: “God and freedom: radical liberalism, republicanism, and religion in Spain (1808-1847)”, *International Review of Social History*, 57 (2012), pp. 37-59; MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La pasión revolucionaria...*; SUÁREZ CORTINA, Manuel: *Entre cirios y garrotes. Política y religión en la España Contemporánea, 1808-1936*, Santander-Cuenca, UC-UCLM, 2014; ID.: “Secularización y laicismo en la cultura política del republicanismo español del siglo XIX”, en CABRERO BLANCO, Claudia et al. (coords.): *La escarapela tricolor. El republicanismo en la España contemporánea*, Oviedo, Universidad de Oviedo-KRK, 2008, pp. 87-114; ID.: “Federalismo y cuestión religiosa: la experiencia española”, en SUÁREZ CORTINA, Manuel (ed.): *Federalismos. Europa del sur y América Latina en perspectiva histórica*, Granada, Comares, 2016, pp. 187-214.

discursos políticos, generando fracturas e incoherencias en las identidades que, en el caso del republicanismo, emergieron con fuerza en el contexto de la II República. Así, Gloria Espigado ha estudiado las actuaciones de las fourieristas en la esfera pública, así como los discursos sobre la feminidad y el activismo femenino en el Sexenio⁴⁴. Por su parte, Florencia Peyrou ha analizado los discursos que se articulan en torno a lo masculino, lo femenino y la diferenciación de las esferas pública y privada, en relación con la idea de familia⁴⁵. Xavier Andreu ha prestado atención a los modelos de masculinidad republicanos y ha abordado el estudio de esta cultura política desde la perspectiva de las emociones. Además, este autor ha puesto de relieve la centralidad de la literatura en el proceso de construcción de identidades republicanas, a partir del estudio de la literatura social de la década de 1840⁴⁶. Finalmente, se pueden destacar recientes estudios sobre los símbolos republicanos o la apertura de la perspectiva transnacional para el estudio de esta cultura política, así como la aparición de repertorios biográficos centrados en las experiencias republicanas, algunos liderazgos y trayectorias heterodoxas en los márgenes de la cultura política⁴⁷.

⁴⁴ ESPIGADO, Gloria: “Editoras de prensa en España a mediados del siglo XIX: el caso de las fourieristas”, en CANTOS, Marieta (ed.): *Redes y espacios de opinión pública: de la Ilustración al Romanticismo. Cádiz, América y Europa ante la Modernidad, 1750-1850. XII Encuentro, Cádiz 3, 4 y 5 de noviembre de 2004*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2006; ID.: “La Buena Nueva de la Mujer Profeta. Identidad y cultura política en las fourieristas M^a Josefa Zapata y Margarita Pérez de Celis”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2008), pp. 15-33; ID.: “Las primeras republicanas en España. Prácticas y discursos identitarios (1868-1874)”, *Historia Social*, 67 (2010), pp. 75-91; ID.: “El discurso republicano sobre la mujer en el Sexenio Democrático, 1868-1874: los límites de la modernidad”, *Ayer*, 78 (2010), pp. 143-168.

⁴⁵ PEYROU TUBERT, Florencia: “Familia y política. Masculinidad y feminidad en el discurso democrático isabelino”, *Historia y Política*, 25 (2011), pp. 149-174.

⁴⁶ ANDREU MIRALLES, Xavier: “Tambores de guerra y lágrimas de emoción. Nación y masculinidad en el primer republicanismo”, en BOSCH, Aurora y SAZ, Ismael (eds.): *Izquierdas y derechas ante el espejo. Culturas políticas en conflicto*, Valencia, Tirant Humanidades, 2016, pp. 91-118; ID.: “«El pueblo y sus opresores»: populismo y nacionalismo en la cultura política del radicalismo democrático, 1844-1848”, *Historia y Política*, 25 (2011), pp. 65-91; ID.: “Retratos de familia (nacional): Discursos de género y de nación en las culturas liberales españolas de la primera mitad del siglo XIX”, en SAZ, Ismael y ARCHILÉS, Ferran (eds.): *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Zaragoza, PUZ, 2011, pp. 79-111.

⁴⁷ SÁNCHEZ COLLANTES, Sergio: “La construcción simbólica del republicanismo español en el Sexenio Democrático”, *Investigaciones Históricas: Época Moderna y Contemporánea*, 37 (2017), pp. 132-164; PEYROU TUBERT, Florencia: “Exilios, viajes y la emergencia de una cultura política transnacional democrática en las décadas centrales del siglo XIX”, en DÍAZ, Delphine et al. (dirs.): *Exils entre les deux mondes: migrations et spaces politiques atlantiques au XIXe siècle*, París, Les Perséides, pp. 143-160; PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio: *Experiencias republicanas en la Historia de España*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015; HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo, PÉREZ TRUJILLANO, Rubén y VADILLO MUÑOZ, Julián (coords.): *Activistas, militantes y propagandistas. Biografías en los márgenes de la cultura republicana (1868-1978)*, Sevilla, Athenaica, 2018; CASTRO, Demetrio (coord.): *Líderes para el pueblo republicano. Liderazgo político en el republicanismo español del siglo XIX*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2015.

El breve recorrido efectuado por la historiografía del republicanismo pone de manifiesto que el conocimiento en este campo ha avanzado mucho en las dos últimas décadas. Sin embargo, aún son abundantes los vacíos por cubrir. Como se ha visto, los estudios tienden a concentrarse en la época del Sexenio y de la Restauración, mientras que la etapa isabelina ha recibido menos atención por parte de los investigadores. Sin embargo, esta época presenta el interés de ser la etapa formativa tanto de la cultura política republicana como de los liderazgos que se confrontaron a partir del Sexenio. A la luz de los estudios, la democracia se dibuja como un fenómeno complejo atravesado por múltiples tensiones que es necesario explicar. Por esa razón, es importante profundizar en los años centrales del siglo XIX, también en el campo de la biografía y la historia local, aspectos fundamentales en una época en la que el republicanismo presenta un fuerte personalismo y una articulación laxa y fragmentada. Por otra parte, la revisión de las interpretaciones tradicionales abre el campo de análisis a los aspectos simbólicos y culturales, así como a la exploración de los materiales culturales como vía de acceso a lo político. Desde esta perspectiva, la producción literaria de demócratas y republicanos constituye una fuente de información muy valiosa para analizar los diferentes discursos que articulan las identidades.

Para finalizar con este epígrafe y a la vista de lo expuesto, se pueden señalar algunos temas que han sido escasamente abordados por la historiografía y/o que constituyen aspectos susceptibles de desarrollo en futuras investigaciones. En primer lugar, destaca la insistencia en las figuras de los grandes dirigentes a la hora de abordar la democracia y el republicanismo desde el análisis biográfico, especialmente de aquellos que llegaron a ocupar cargos de gobierno, como es el caso de Pi y Margall, Emilio Castelar o, más recientemente, Manuel Ruiz Zorrilla⁴⁸. Esta atención por los *grandes hombres* ha dejado en la sombra otras figuras fundamentales para entender la diversidad y complejidad del movimiento, especialmente aquellos republicanos díscolos que fueron denostados y apartados de la memoria del republicanismo por sus propios correligionarios, como es el caso de Roque Barcia. Además, incluso a la hora de abordar las figuras destacadas suele primarse el estudio de su producción como publicistas políticos, dejando de lado otro tipo de materiales culturales, en un sentido amplio. Como se ha ido viendo, el mismo concepto de cultura política exige la exploración de este último tipo de fuentes, que no están exentas de significado político. Remiten,

⁴⁸ HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo: *Manuel Ruiz Zorrilla...*

además, a un tipo de politización popular por medios informales que puede iluminar aspectos relacionados con la aparente dificultad de la democracia de encauzar formas de politización más ordenadas o institucionalizadas⁴⁹. En relación muy estrecha con esto último, es necesario todavía profundizar en las tensiones y ambivalencias conceptuales que se dan cita en el seno de la cultura política demócrata y republicana. Aspectos como la tensión sufragio-insurrección o la ambigüedad a la hora de caracterizar al *pueblo* constituyen fracturas que se relacionan, en última instancia, con una determinada concepción de la democracia y de lo político no exenta de contradicciones. Son, al fin y al cabo, vías de acceso que permiten reconstruir el concepto de democracia desde una perspectiva histórica que rehuye de las interpretaciones teleológicas y lineales.

Roque Barcia: la república como problema

La historiografía sobre el republicanismo español decimonónico ha prestado poca atención a la figura del propagandista federal Roque Barcia Martí, a pesar de que es habitual encontrar su nombre referido en los estudios sobre el tema, asociado la mayoría de las veces al conflictivo contexto del Sexenio Democrático y su accidentado final. Algunos estudios puntuales han abordado aspectos parciales de su obra desde el campo de la lingüística o desde la filosofía del pensamiento⁵⁰. En relación con esta

⁴⁹ Han abordado esta tensión entre el recurso al sufragio y a la vía insurreccional PEYROU TUBERT, Florencia: “¿Voto o barricada? Ciudadanía y revolución en el movimiento demo-republicano del periodo de Isabel II”, *Ayer*, 70 (2008), pp. 171-198; SUÁREZ CORTINA, Manuel: “El republicanismo como cultura política. La búsqueda de una identidad”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María (eds.): *Culturas políticas...*, pp. 263-311; GARCÍA BALANÀ, Albert: “Significados de la República: insurrecciones federales, redes milicianas y conflictos laborales en la Cataluña de 1869”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 213-243; SÁNCHEZ COLLANTES, Sergio: “Las insurrecciones republicanas en la España del siglo XIX: más que un arrebató romántico”, en MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel y PUELL DE LA VILLA, Fernando (eds.): *David contra Goliath: guerra y asimetría en la Edad Contemporánea*, Madrid, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED, 2014. Un estudio que relaciona este fenómeno con el modelo de masculinidad combativa invocada por los republicanos, en ANDREU MIRALLES, Xavier: “Tambores de guerra y lágrimas de emoción...”. Para una época posterior, ver HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo: *Manuel Ruiz Zorrilla...*

⁵⁰ PUCHE LORENZO, Miguel Ángel: “Los diccionarios etimológicos en el siglo XIX: de Roque Barcia a Eduardo de Echegaray”, en CAMPOS SOUTO, Mar y PÉREZ PASCUAL, José Ignacio (eds.): *De historia de la lexicografía*, Noia, Toxosoutos, 2002, pp. 181-191; HENRÍQUEZ SALIDO, María de Carmo: “Las ideas de democracia, igualdad, justicia y libertad en el *Primer diccionario general etimológico de la lengua española* de Roque Barcia”, en GARCÍA MARTÍN, José María (dir.) y GAVIÑO RODRÍGUEZ, Victoriano (ed.): *Las ideas y realidades lingüísticas en los siglos XVIII y XIX*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2002, pp. 361-377; ID.: “El dominio forense en el *Primer Diccionario general etimológico de la lengua española* de Roque Barcia”, *Revista de Lexicografía*, XIV (2008), pp. 97-109; ID.: “Los contenidos francmasónicos en el Diccionario de Roque Barcia”, *Revista de Lexicografía*, 21 (2015), pp. 31-45; BAJO PÉREZ, Elena: “El *Nuevo Diccionario de la Lengua Castellana* dirigido por R. Barcia”, *Anuario de Estudios Filológicos*, XXX (2007), pp. 19-31; LEVY, Bernard: “Libros de sinonimia española”, *Hispanic Review*, vol. X, 4 (1942), pp. 304-305; ALVAR EZQUERRA, Manuel: “A vueltas con el *Nuevo Diccionario* de Roque Barcia”, en CORBELLÀ, Dolores

última disciplina, es de obligada referencia la tesis presentada por Sergio Escot Mangas en 2002. En ella, el autor aborda el pensamiento filosófico, político y religioso de Barcia a partir de algunas de sus obras. Fundamentalmente, rechaza la filiación hegeliana que se había atribuido a su pensamiento y lo ubica intelectualmente entre los liberales católicos⁵¹. Si bien reúne datos biográficos del propagandista, la perspectiva es la de una historia del pensamiento clásica poco contextualizada y acrítica con el personaje, si bien presenta el mérito de ser el único trabajo académico de envergadura que ha abordado la figura de Barcia de manera monográfica.

Más allá de estos estudios, a duras penas se encuentra algún trabajo centrado en su figura desde la disciplina histórica. Si algún aspecto de su trayectoria ha merecido más atención desde este ámbito de conocimiento ha sido su implicación en la insurrección cantonal del verano de 1873, aunque de manera aislada también⁵². Su desdibujado perfil historiográfico sigue siendo deudor de las dispersas referencias ofrecidas por sus coetáneos, que se mueven entre el tono laudatorio de quienes le admiraron y la enérgica condena de sus adversarios. La mayor parte de sus datos biográficos se extraen de las semblanzas que de él hicieron sus contemporáneos, escasas, por otro lado. La circunstancia de que fuera diputado de las Cortes Constituyentes de 1869 posibilita que dispongamos de alguna reseña biográfica compuesta para celebrar el acontecimiento⁵³. El tono laudatorio de los escritos y el

et al. (coords.): *Lexicografía hispánica del siglo XXI, nuevos proyectos y perspectivas: homenaje al profesor Cristóbal Corrales Zumbado*, Madrid, Arco Libros, 2012, pp. 57-70; GARRIDO MORAGA, Antonio: "Un capítulo de filología trasnochada: el prólogo del Diccionario etimológico de Roque Barcia", *Español Actual: Revista de Español Vivo*, 41 (1984), pp. 5-12; IGUALADA BELCHÍ, Dolores A.: "Sobre la técnica lexicográfica del siglo XIX: el *Diccionario general etimológico* de Roque Barcia", en CAMPOS SOUTO, Mar y PÉREZ PASCUAL, José Ignacio: *De historia de la lexicografía...*, pp. 137-147; GARCÍA PLATERO, Juan Manuel: "Roque Barcia y la lexicografía no académica en el siglo XIX: apuntes sobre su vida y obra", en GARCÍA TURZA, Claudio, GONZÁLEZ BACHILLER, Fabián y MANGADO MARTÍNEZ, José Javier (eds.): *Actas del IV Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española: La Rioja, 1-5 de abril de 1997*, vol. 2, La Rioja, Universidad de La Rioja, 1998, pp. 137-142.

⁵¹ ESCOT MANGAS, Sergio: *Catolicismo liberal en la obra de Roque Barcia. Filósofo, masón, clerófobo, ácrata, revolucionario, demócrata, republicano, intransigente y demás gentes de mal vivir* [recurso electrónico], Tesis Doctoral dirigida por Diego Núñez Ruiz, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2004; ID.: "Roque Barcia: *Teoría del infierno o ley de la vida*", en AGENJO BULLÓN, Xavier, JIMÉNEZ GARCÍA, Antonio y ORDEN JIMÉNEZ, Rafael V. (coords.): *Nuevos estudios sobre historia del pensamiento español: Actas de las V Jornadas de Hispanismo Filosófico*, Madrid, Fundación Larremendi, 2005, pp. 273-292.

⁵² RODRÍGUEZ RUBIO, Jesús: "Roque Barcia, su último manifiesto cantonal", *Anales de Historia Contemporánea*, 9 (1993), pp. 217-225.

⁵³ *Los Diputados pintados por sus hechos: colección de estudios biográficos sobre los elegidos por el sufragio universal en las constituyentes de 1869*, Madrid, R. Labajos y Compañía (eds.), 1869; FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel (dir.) *La Asamblea constituyente de 1869: biografías de todos los*

contexto de su producción aconsejan tomar con prudencia los datos que se aportan, en especial en lo tocante a las extraordinarias capacidades intelectuales que se atribuyen a Barcia, sin duda exageradas por los autores en su afán de exaltar el mérito de los diputados demócratas y republicanos. Estas semblanzas se reproducen sin mucha variación en multitud de artículos y entradas de diccionarios, coetáneos y actuales, nacionales y extranjeros, arrastrando la mayor parte de las veces los errores de las obras originales. Frente a estas obras celebrativas, se puede encontrar algunas referencias en otros autores que lo valoran muy negativamente, como Marcelino Menéndez Pelayo, que lo incluye entre sus heterodoxos⁵⁴. Hay que señalar que las historias del partido elaboradas por los propios republicanos tampoco le prestan demasiada atención. Su implicación en el levantamiento cantonal de Cartagena supuso su caída política y el consiguiente rechazo por parte de sus antiguos compañeros de partido, que lo presentan como un intransigente alucinado y movido por egoístas intereses personales.

La presencia testimonial, casi anecdótica, de Barcia en la imagen historiográfica de la democracia republicana y federal que se ha construido a lo largo de las últimas décadas contrasta, de manera muy notable, con el lugar preminente que ocupó este propagandista y político en la esfera pública liberal entre el Bienio Progresista y la Restauración. Las referencias a su extraordinaria popularidad y a su capacidad de conectar con las masas populares republicanas son una constante en las crónicas políticas de la época, y así se deja ver también en algunas novelas de escritores de gran éxito como Benito Pérez Galdós o Vicente Blasco Ibáñez. Su trayectoria, en cualquier caso, responde a un perfil habitual entre los hombres de letras políticos del XIX: jóvenes que provenían de la burguesía profesional de provincias que se trasladaron a Madrid en la década de 1840 para desarrollar su actividad en la esfera pública, tanto estatal –institucional– como no estatal –ámbito de la opinión–. Pero el interés de Roque Barcia no reside tanto en la *tipicidad* o *representatividad* de su trayectoria, sino en las posibilidades analíticas que abre el estudio de su desarrollo vital y profesional para

representantes de la nación, Madrid, Imp. de Tomás Rey y Compañía, 1869; *Anuario republicano federal. Compendio de lo más útil e indispensable del saber humano en filosofía, ciencias, literatura, artes y política, con el calendario republicano para 1871*, Madrid, J. Castro y Cía. (eds.), 1870; SEGOVIA, Ángel María: *Figuras y figurones. Biografías de los hombres que más figuran actualmente así en la política como en las armas, ciencias, arte, magistratura, alta banca, etc.*, tomo XX, Madrid, Imp. de Figuras y Figurones, 1881; DE CUÉLLAR, F. y BURELL, Julio: *Antología de las Cortes Constituyentes de 1869 y 1870*, tomo III, Madrid, Talleres Tipográficos de La Mañana, 1913.

⁵⁴ MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Historia de los heterodoxos españoles*, Libro VIII, Barcelona, Linkgua, 2011.

profundizar en la comprensión de la cultura política demo-republicana, de la trayectoria política del republicanismo en la segunda mitad del siglo XIX y de la dinámica de la democracia en ese contexto.

Para precisar el marco general de la investigación, se puede decir que el discurrir vital de Barcia –entre el Trienio Liberal y la Restauración– nos ubica en el contexto de la construcción del Estado-nación liberal en España, pero su vinculación con la democracia republicana y federal permite observar este proceso desde el punto de vista de quienes rechazaron las bases del nuevo orden que triunfó con la revolución. Si bien el liberalismo europeo apostó, de manera hegemónica, por la articulación de monarquías constitucionales para gestionar las sociedades postrevolucionarias, también es cierto que esta no fue una opción incontestada⁵⁵. En este sentido, el estudio de la figura de Barcia como productor y difusor de cultura política republicana trae a primer plano del análisis, al menos, dos cuestiones que interesa destacar. Por un lado, el carácter conflictivo –y abierto– del proceso de construcción del nuevo orden liberal, en el que compiten diferentes proyectos con diferentes tiempos además. Por otro lado, la historicidad de la democracia como opción política. Lejos de constituir una formulación normativa cerrada, las dificultades para alcanzar una definición consensuada de la democracia desde una perspectiva histórica dan cuenta, precisamente, de su esencia fluida. Nociones como pueblo, ciudadanía, representación, libertad, derecho o justicia se muestran inestables a la vista de las luchas que han suscitado su definición y su apropiación por parte de las diferentes culturas políticas, incluso en el seno de ellas. Por lo tanto, pensar la democracia como un fenómeno histórico, contingente e indeterminado permite fijar la atención tanto en la variedad de soluciones políticas que designaba a mediados del siglo XIX, por un lado, como en los límites y los desencantos de su desarrollo histórico, por otro. Desde esta perspectiva, que entiende la democracia como un sistema inestable de tensiones y, por lo tanto, como un proceso de búsqueda de soluciones que legitimen la normativización de la vida en común, cobran relevancia para el análisis las fracturas, las cesuras y las discontinuidades en los discursos y en las prácticas políticas. Este planteamiento enfatiza la historicidad de los objetos políticos y la necesaria problematización del campo político contemporáneo, al tiempo que abre la posibilidad

⁵⁵ RIDOLFI, Maurizio: “El republicanismo en el siglo XIX: recorridos y perspectivas de investigación en la Europa meridional”, *Historia y Política*, 25 (2011), pp. 29-63.

de pensar la democracia desde el análisis de la sensación de su ausencia y de las dificultades de su realización práctica⁵⁶.

A partir de estas premisas, se puede plantear la problemática del republicanismo en el contexto de las décadas centrales del siglo XIX español. La opción demócrata republicana se fue formulando a finales de la década de 1830, a partir de la común matriz liberal, desde la crítica a las prevenciones antidemocráticas del modelo liberal *respectable* que triunfó con la revolución. Su desarrollo desde mediados de la década de 1850 muestra una incuestionable capacidad para ampliar sus bases sociales y para competir con el liberalismo *respectable* en la esfera pública. Sin embargo, a la vista de su trayectoria política en la segunda mitad del siglo XIX y, sobre todo, en el Sexenio Democrático, podemos preguntarnos acerca de su aparente incapacidad para afirmar en la práctica la democratización del sistema político liberal, a diferencia de lo que ocurrió en otros países europeos como puede ser Francia a partir de 1875. Esta cuestión requiere profundizar en los conceptos de democracia que se articularon a mediados del siglo XIX, atendiendo tanto a su construcción discursiva como a sus posibilidades prácticas. La perspectiva debe trascender el estricto proceso jurídico e institucional y abordar aspectos como las características de los procesos de politización o la construcción cultural de agentes históricos, lo que remite a la forma en la que los individuos y los grupos otorgan significado al contexto político y a la manera en la que orientan sus acciones posibles en torno a la formulación de objetos y objetivos políticos. En esto, aunque se ha avanzado mucho en el conocimiento de la democracia y del republicanismo decimonónicos en las dos últimas décadas, es necesario todavía profundizar en las tensiones y en las ambivalencias conceptuales que se dan cita en el seno de esa cultura política y que constituyen fracturas que se relacionan, en última instancia, con una determinada concepción de la democracia y de lo político no exenta de contradicciones.

En el marco de esta problemática, el estudio de la figura de Roque Barcia Martí supone una apertura de las posibilidades analíticas del campo político republicano decimonónico no exenta de dificultades. Hay que decir que no se pretende agotar ni la multiplicidad de contextos en los que se desarrolló el personaje ni su potencial analítico.

⁵⁶ SUÁREZ CORTINA, Manuel y RIDOLFI, Maurizio (eds.): *El Estado y la Nación. Cuestión nacional, centralismo y federalismo en la Europa del Sur*, Santander, Universidad de Cantabria, 2013; ROSANVALLON, Pierre: *Por una historia conceptual...*

Se trata más bien abordar algunos aspectos que ayuden a comprender, por un lado, cómo fue posible una trayectoria como la suya en el marco del Estado-nación liberal decimonónico y, por otro, cómo ilumina esa trayectoria el auge y el fracaso institucional del republicanismo en ese contexto. Referiré brevemente algunos de los aspectos que considero especialmente relevantes para el propósito de esta investigación.

En primer lugar, la trayectoria profesional de Barcia trae a primer plano la concurrencia entre literatura y política que caracterizó la articulación de la esfera pública liberal y su configuración como espacio de acción para la transformación social y política. Desde esta perspectiva, la figura del literato cobra fuerza como agente histórico, no sólo en el proceso de articulación de la esfera pública, sino también en el de construcción del Estado liberal⁵⁷. La profesión de escritor y periodista de Roque Barcia no se puede desvincular de sus concepciones políticas y sociales, plasmadas en ensayos y obras literarias. Esta propuesta, que trasciende la imagen del hombre político ligada a las instituciones del Estado, es especialmente interesante en el caso de la democracia y del republicanismo en las décadas centrales del siglo XIX, dada la permanente situación de exclusión institucional y semiostracismo en la que tuvieron que desenvolverse hasta 1868. La escritura se configura así como un ámbito de acción política de primera magnitud, máxime cuando se pone al servicio de un proyecto regenerador del orden social, político y moral.

En segundo lugar, a pesar de su combativo anticlericalismo, Barcia era un hombre profundamente creyente que construyó su filosofía social y política sobre las bases de una particular religiosidad que rechazaba frontalmente la ortodoxia católica oficial. Sus propuestas suscitan interrogantes en torno a la manera de pensar la tensión entre lo religioso y lo político en el marco de la nación liberal y problematizan el paradigma explicativo clásico de la secularización⁵⁸. El pretendido triunfo de la razón

⁵⁷ ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (ed.): *Se hicieron literatos para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004; MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: *Vivir de la pluma. La profesionalización del escritor, 1836-1936*, Madrid, Marcial Pons, 2006. Fue Paul Bénichou quien propuso integrar a los autores en el análisis de las transformaciones que desarticulaban el Antiguo Régimen y dieron lugar a la sociedad burguesa en Francia, en BÉNICHOU, Paul: *La coronación del escritor. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

⁵⁸ KATZNELSON, Ira y STEDMAN JONES, Gareth, "Introduction: multiple secularities", en KATZNELSON, Ira y STEDMAN JONES, Gareth (eds.): *Religion and the political imagination*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 1-22; ASAD, Talal: "Secularism, Nation-State, Religion", en ID.: *Formations of the secular. Christianity, Islam, modernity*, Stanford, Stanford

frente a la irracionalidad religiosa proclamado por la Ilustración se muestra inestable cuando el propio Barcia habla, en relación con sus disquisiciones políticas, de demostraciones que se sienten y que se razonan. Cabe preguntarse qué papel podía desempeñar la religión en la formación del sujeto político moderno y, por lo tanto, en la construcción de lo político. Resulta especialmente interesante, desde el enfoque de la cultura política, abordar la potencialidad de las narrativas religiosas para articular identidades y vínculos políticos. En esto, el campo de la historia de las emociones puede ofrecer herramientas útiles para valorar la importancia del elemento religioso en las formulaciones políticas que compitieron en el marco de los Estados-nación decimonónicos⁵⁹.

Finalmente, la implicación de Barcia en la insurrección cantonal de Cartagena y en las campañas de agitación política del Sexenio Democrático plantean interrogantes en torno al alcance y los límites de la democracia, tal y como fue formulada en las décadas centrales del siglo XIX. Las aparentes dificultades del republicanismo federal español para impulsar la democratización del sistema liberal invitan a reflexionar no sólo sobre el propio concepto de democracia que se articuló en el seno de este movimiento político, sino también sobre las relaciones que se establecieron entre democracia, república y federación y, finalmente, sobre la manera en que podía afectar esa construcción discursiva a las actuaciones prácticas de los federales. Desde este punto de vista, resulta fundamental clarificar el horizonte de soluciones políticas posibles que abría el proyecto federal imaginado en las décadas centrales del siglo XIX para avanzar hacia la democracia. El grado de conflicto interno alcanzado por el republicanismo en el marco de la I República da cuenta, precisamente, no sólo de la variedad de lecturas que podía albergar la democracia decimonónica, sino también las diferentes actitudes que orientaban la práctica política. En este sentido, el protagonismo que alcanzó Barcia en la escalada cantonal permite profundizar en el tipo de liderazgos

University Press, 2003, pp. 181-201; DE LA CUEVA, Julio: "Conflictiva secularización: sobre sociología, religión e historia", *Historia Contemporánea*, 51 (2015), pp. 365-395.

⁵⁹ William Reddy ha defendido la historicidad de las emociones y su impacto en el curso de la historia, entendida como un registro de los esfuerzos humanos por conceptualizar nuestra constitución emocional y por realizar órdenes sociales y políticos armonizados con su naturaleza. En REDDY, William: *The navigation of feeling...*, p. XII; DAVIS, J. C. y BURDIEL, Isabel: "Introducción", en DAVIS, J. C. y BURDIEL, Isabel (eds.): *El otro, el mismo...*, 2005, pp. 18-25.

republicanos que se confrontaron al hilo del fracasado proceso de construcción del Estado federal⁶⁰.

Una caja de fuentes

Las fuentes utilizadas son de carácter bibliográfico, hemerográfico y, en menor medida, archivístico. Hay que decir que no se ha podido localizar ningún archivo personal ni familiar del autor, por lo que el grueso de la documentación manejada se corresponde con sus trabajos literarios y propagandísticos. Además de la producción escrita de Roque Barcia Martí, se han considerado aquellas fuentes que permiten reconstruir, en la medida de lo posible, su trayectoria vital. Si bien es evidente que no se han podido hallar todas las huellas documentales que dejó, la consulta de bases de datos, de catálogos y de repositorios digitales ha sido fundamental para localizar –y en la mayoría de casos, consultar– tanto su obra escrita como otro tipo de documentos que daban noticias sobre su vida. En este sentido, las posibilidades de búsqueda y de acceso a la información que han abierto en los últimos años las nuevas tecnologías han permitido el manejo y la consulta de una amplia variedad de fuentes⁶¹.

La práctica totalidad de la obra bibliográfica de Roque Barcia se ha localizado en la Biblioteca Nacional de España, donde también se ha encontrado su obra manuscrita inédita, fundamentalmente obras de teatro y libretos para zarzuela, así como alguna correspondencia suelta procedente de fondos diversos. En cuanto a sus abundantísimas publicaciones en prensa, se han localizado en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional de España, en la Hemeroteca Municipal de Madrid, en el archivo de la Universidad de Connecticut y en la Bibliothèque Nationale de France⁶². Por su parte, pude consultar los expedientes de censura de sus obras teatrales en el Archivo Histórico Nacional de España, así como algunos números sueltos de *La Voz del Pueblo* que habían sido censurados. Se ha considerado que todos los géneros cultivados por Barcia son susceptibles de expresar lo político, por lo que no se ha limitado la utilización de fuentes a los ensayos o a la prensa propagandística, sino que se han incluido también los

⁶⁰ CASTRO, Demetrio (coord.): *Líderes para el pueblo republicano...*

⁶¹ Una interesante reflexión sobre las transformaciones que las nuevas tecnologías imprimen al trabajo del historiador en PONS, Anacleto: *El desorden digital. Guía para historiadores y humanistas*, Madrid, Siglo XXI de España, 2013.

⁶² En todas las citas textuales de las fuentes se ha respetado la grafía original.

textos literarios, especialmente sus relatos de viaje y su obra dramática. Esta variedad posibilita ofrecer una panorámica más compleja de su definición social y política.

La mayor parte de la información acerca de los acontecimientos de su vida provienen de las escasas referencias que él o sus coetáneos ofrecen en sus obras, que se han tratado también con carácter de fuente. No pude encontrar en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid ningún dato acerca de sus relaciones profesionales con sociedades literarias o editores, ni ningún otro acto a su nombre. Por otra parte, la información de Ana Cantos y Oller proviene del expediente de orfandad que se custodia en el Archivo General de la Administración. En general, hay que decir que la búsqueda de documentación archivística no ha resultado demasiado fructífera. La consulta del fondo de policía de los Archives Nationales de Francia, de los expedientes del Archive de la Préfecture de Police de Paris y de los fondos diplomáticos del Archive du Ministère des Affaires Étrangères apenas devolvió alguna referencia a Barcia en relación con sus exilios en el país vecino. En cuanto a su viaje a Italia, no fue posible consultar el fondo de policía del Archivio di Stato di Livorno, ya que se encontraba en un almacén de gestión privada en Perugia que imponía unas condiciones económicas muy onerosas que hacían inaccesible la consulta. En el Archivio di Stato di Roma pude consultar parte de los registros de policía de los años 1848-1849 –la mitad estaban *in restauro* o perdidos– pero tampoco encontré referencias para ese periodo. Los archivos de Portugal fueron algo más generosos. En los fondos del *ministério do Reino* del Arquivo Nacional da Torre do Tombo de Lisboa pude localizar documentación relativa al exilio portugués de Barcia (1866-1868) y alguna información sobre sus actividades revolucionarias, mientras que en los fondos diplomáticos del Arquivo Histórico Diplomático-Ministério dos Negócios Estrangeiros, en Lisboa también, encontré algunas referencias a su actividad conspirativa en los prolegómenos de la sublevación cantonal.

Finalmente, se puede concluir que el análisis relacionado de la documentación consultada permite alcanzar los objetivos de esta Tesis, tal y como se han expuesto en las páginas precedentes.

Capítulo 1

Orígenes y formación de un literato de provincias

«[M]i vida ha sido y es un drama de un solo personaje; yo»

Roque Barcia, 1 de junio de 1852

La andadura vital de Roque Barcia dio comienzo en Sevilla el 4 de octubre de 1821, en pleno Trienio Liberal. La circunstancia, totalmente contingente, de nacer en ese momento y en ese lugar en concreto delimitó, como para todo el mundo, el tiempo histórico y los contextos cambiantes en los que iba a transcurrir su vida. El ritmo biológico de su ciclo vital acompañó a las grandes transformaciones que conformaron la modernidad política en Europa occidental, desde las oleadas revolucionarias de las décadas de 1820 y 1830 hasta la sinuosa aproximación de los sistemas liberales a la democracia a finales de siglo, pasando por la *primavera de los pueblos* de 1848. La expresión particular de este gran proceso transformador y sus implicaciones en el contexto español constituyeron el marco de las experiencias sociales y políticas compartidas por una generación¹ y, como resulta obvio, desborda el ámbito personal de un testigo como fue Roque Barcia. Durante su infancia y primera juventud, su

¹ Siguiendo la definición clásica de Rudolf Heberle, Ariana Aristi ha centrado su atención en el concepto de *generación* para estudiar el proceso de politización de los jóvenes mazzinianos en la década de 1830 en Italia. En la generación, el tiempo histórico y el vital se entrecruzan: «Una generazione [...] è un nuovo modo di sentire e di percepire la vita, che si pone in contrasto con il modo precedente, o che almeno ne differisce. Una generazione è un fenomeno morale e mentale collettivo: i membri di una generazione si sentono legati da una comunanza di punti di vista, di credenze, di desideri». ARISTI ROTA, Ariana: *I piccoli cospiratori. Politica ed emozioni nei primi mazziniani*, Bologna, Il Mulino, 2010, pp. 9-15. La cita, en pp. 11-12.

aprendizaje del mundo –también del social y político– estuvo marcado por la tensión entre revolución y contrarrevolución y por el triunfo revolucionario liberal en el complejo contexto de la Primera Guerra Carlista. Ingresó en la edad adulta con el inicio de la época postrevolucionaria y del conflictivo proceso de construcción del Estado-nación liberal, disputado por diversos proyectos que pugnaban por hegemonizar la esfera pública en las décadas centrales del siglo XIX. Las respuestas a los problemas de la modernidad eran variadas, desde el liberalismo monárquico más oligárquico, centralista y confesional hasta las soluciones democráticas y republicanas que se ensayaron en el Sexenio Democrático. Barcia se construyó como escritor público demócrata, republicano y federal en ese contexto, siguiendo una trayectoria nada extraña, como iremos viendo, en los hombres de letras políticos del siglo XIX.

Abordar los contextos en los que se formó el joven Barcia remite a una pluralidad de espacios y de esferas superpuestas que solemos separar analíticamente, pero que no se experimentan por separado. La familia y las amistades, la escuela, la parroquia, las instituciones o la localidad, en fin, con sus espacios de sociabilidad formal e informal constituyen diferentes ámbitos en los que se entrecruza lo público y lo privado, pero también lo político, lo social y lo simbólico. Son los espacios en los que se adquiere el lenguaje y, con él, las formaciones discursivas disponibles que hacen posible la construcción significativa del mundo y del sujeto a través de la experiencia, así como las herramientas o habilidades prácticas necesarias para enfrentarse a las contingencias de la vida. Pero, en esto, los contextos no se refieren sólo a las circunstancias históricas concretas o a los espacios vividos, sino también a ambientes y tradiciones intelectuales que conectan al sujeto con la experiencia de momentos, espacios y personas que nunca ha conocido personalmente, ya sean coetáneos o de épocas pasadas². Las lecturas, los relatos religiosos, las leyendas y las historias contadas, los valores transmitidos o los conocimientos adquiridos fueron formando la matriz cognoscitiva que permitía a Roque Barcia organizar y dar sentido a la realidad que le rodeaba y, por lo tanto, posicionarse y actuar en ella.

² Propongo esta noción de *contexto* a partir de las reflexiones de Pons y Serna en torno a la manera en que Carlo Ginzburg entiende el contexto del molinero Menocchio en *El queso y los gusanos*. Una noción que, como los autores señalan, «viola las coordenadas espacio-temporales con las que habitualmente operamos» y que remite no sólo a la época vivida, sino a un «registro o depósito que evoca muertos de épocas pasadas, experiencias pretéritas y respuestas antiguas». SERNA, Justo y PONS, Anacleto: “Menocchio y yo. Carlo Ginzburg y el relato de la identidad”, en DAVIS, J. C. y BURDIEL, Isabel (eds.): *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, PUV, 2005, pp. 73-87, esp. pp. 79-81.

A partir de esta noción de *contexto*, que alude tanto al tiempo vivido como a los ecos del pasado, de la alteridad y de lo extraño, se entiende que la posibilidad de que una individualidad y una trayectoria como las de Barcia cristalizaran –y que lo hicieran además de la manera particular en que lo hicieron y no en otra– tiene que ver tanto con el proceso revolucionario que acabó con las estructuras del Antiguo Régimen en España –en el plano institucional– como con las diferentes concepciones de la realidad –en torno a lo que era o lo que debía ser– que subyacían al conflicto, enraizadas en distintas tradiciones intelectuales. Durante su infancia y su primera juventud en las décadas de 1820 y 1830, su comprensión de lo político y de las relaciones de poder, escenificadas en el marco de la represión absolutista y de la posterior guerra civil, estuvo marcada por el enfrentamiento a muerte de los principios mutuamente excluyentes de la revolución y de la contrarrevolución. Un conflicto que marcó profundamente las circunstancias de la familia Barcia, cuyos miembros vivieron de manera muy activa la ruptura del campo político español contemporáneo en el marco del ciclo revolucionario que se abrió con la invasión napoleónica y el momento gaditano. Abordar en primer lugar la historia familiar permite acceder a ese contexto desde las circunstancias particulares de la familia y nos pone en contacto con aquellos elementos de la tradición que Roque Barcia aceptó, rechazó o reformuló al hilo de sus propias percepciones y vivencias en un mundo en plena transformación. Un proceso este, el de construcción de su subjetividad, que no se agota ni mucho menos en sus años formativos y que, además, se relaciona de forma dinámica con las narrativas sociales –cambiantes y conflictivas– disponibles en cada momento y lugar concreto.

Una familia de escribanos públicos

Según certifica su partida de bautismo, Roque Fausto Próspero Francisco de Asís Barcia Martí nació en Sevilla el 4 de octubre de 1821³ aunque, al parecer, él

³ El dato del nacimiento de Barcia es controvertido. Esta es la fecha que figura tanto en el certificado de bautismo que acompaña al expediente de senador de Roque Barcia [<http://www.senado.es> (visto el 14-03-2018)] como en el acta de matrimonio civil de Roque Barcia y Ana de Cantos, celebrado en París el 17 de julio de 1875. En el mismo acto de matrimonio reconocen también a su hijo Roque Agustín Nicolás José Leonardo Barcia de Cantos, nacido en Madrid el 6 de noviembre de 1869 y bautizado como hijo de ambos el día 24 de ese mismo mes. El *État Civil* de París se puede consultar en <http://archives.paris.fr> (visto el 14-03-2018). Sin embargo, todas las semblanzas de Barcia escritas por sus coetáneos señalan abril de 1823 como su fecha de nacimiento. Así lo deduce también Sergio Escot a partir de su consulta de los padrones de Madrid y de su acta de defunción, donde se declara que a 2 de julio de 1885 tenía «sesenta y dos años y cuatro meses de edad». En Sergio ESCOT MANGAS: *Catolicismo liberal en la obra de Roque Barcia. Filósofo, masón, clerófobo, ácrata, revolucionario, demócrata, republicano*,

siempre sostuvo que había venido al mundo en abril de 1823, «[...] diga lo que quiera el sacristán que asistió a su bautismo»⁴. Recibió el bautismo en la parroquia de San Esteban de la capital hispalense el día 15 de octubre, amadrinado únicamente por su tía Manuela, hermana de su madre. Era el cuarto hijo, el segundo varón, de Roque Barcia Ferraces y de Teresa Martí Duboy, que aún tuvieron dos niñas más después de Roque. La familia residía en la Real Isla de La Higuera –después llamada Isla Cristina– una pequeña colonia de pescadores fundada a mediados del siglo XVIII. Aunque su padre era originario de Galicia, se había establecido hacia 1800 en La Higuera, donde ejercía de escribano público y de cabildo desde enero de 1809. Recibió el nombramiento en plena Guerra de la Independencia de manos del Comandante General del Departamento de Cádiz, bajo título de compatibilidad con el cargo que ya ejercía de notario público de Ayuntamiento y Rentas en la villa de La Redondela –vecina a La Higuera–, perteneciente entonces a los estados del marqués de Astorga. Debió ser poco después de finalizar la contienda cuando Roque se casó, al parecer en segundas nupcias, con Teresa Martí. La familia de Teresa había llegado a La Higuera hacia 1780 procedente de Reus y, aunque parece que se dedicaba a labores relacionadas con la pesca, alguna relevancia debió tener en el pueblo, ya que el padre de Teresa, Juan Martí Faló, fue nombrado segundo alcalde ordinario en 1800 por el cabildo de La Redondela⁵.

La vida en aquella nueva colonia de pescadores no debía ser fácil. A juzgar por las descripciones que dejó el cura José Mirabent hacia 1825, la Real Isla de la Higuera era un lugar bastante árido en aquellos años; un arenal ubicado en el estuario del Guadiana que el mar invadía con cada tormenta. A la escasez de agua potable se sumaba un terreno «ingrato y estéril» que no daría para la subsistencia de «ni aun cinco casas de campo». Sin embargo, los inconvenientes de ese suelo «humedo y salitroso» se veían algo compensados por gozar la zona «de un cielo alegre; de un clima benigno y bien templado; y de un temperamento el más saludable». Construida a partir de las cabañas y los almacenes de los pescadores, la población estaba formada por chozas y algunas casas de material en el centro, «no hallándose en toda ella dos calles perfectamente

intransigente y demás gentes de mal vivir [recurso electrónico], Tesis Doctoral dirigida por Diego Núñez Ruiz, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2004, pp. 16 y 81-82.

⁴ AUTOR DE LOS VIAJES (pseud. de Roque Barcia Martí): “La semana de las aleluyas”, *El Círculo Científico y Literario*, 8 de febrero de 1854, p. 11.

⁵ BOGARÍN DÍAZ, Jesús: *150 linajes isleños*, Huelva, Universidad de Huelva, 2007, p. 83 y pp. 350-352.

rectas, anchas ni bien formadas [...] La mayor parte de los pasos públicos ó son calles tortuosas y poco limpias, ó callejuelas estrechísimas e indecentes»⁶. Toda la actividad útil se reducía a la pesca y a la saladura de temporada –de agosto a final de año– que ejercitaban aproximadamente 20 barcas; el resto del año, buena parte de la población se mantenía ociosa, viviendo de las limosnas o «sacrificando continuamente á los amos, tiendas, y personas acomodadas con empréstitos que jamas, o mui pocas veces satisfacen». La imagen que transmite el cura Mirabent es, ciertamente, la de un lugar pobre. Pero a pesar de las desfavorables circunstancias, Roque Barcia Ferraces debió saber sacar provecho de sus cargos de escribano público y de los cabildos, ya que algunos años después declaraba, además, tener un negocio de suministro de vino al por menor y ser *hacendado* en La Redondela. Es posible también que su hacienda proviniese, al menos en parte, de la herencia de Teresa⁷. En cualquier caso, debía encontrarse entre esas *personas acomodadas* del pueblo de las que hablaba el cura Mirabent en su memoria.

No conocemos los motivos que llevaron a Roque Barcia Ferraces a instalarse en La Higuerita hacia 1800, tan alejado de su lugar de origen y de su familia. Todo parece apuntar hacia una ruptura de los lazos de lealtad familiar, con todo lo que aquello implicaba en un marco social aún propio del Antiguo Régimen. La consideración del mérito individual como palanca del ascenso social y el peso de las cuestiones políticas por encima de la fidelidad familiar se pueden barajar como factores que influyeron en el abandono de su entorno, aunque es evidente que hay multitud de aspectos que se nos escapan en estas conjeturas. En cualquier caso, su trayectoria en el contexto de crisis del Antiguo Régimen y auge del liberalismo pone de manifiesto las tensiones de la Ilustración tardía en la que se formó, pero también las posibilidades de acción individual que abrían las grietas del reformismo borbónico ilustrado, y más aún del Estado liberal, para un perfil social como el suyo. Vale la pena detenerse en esta cuestión, ya que ayuda a entender la articulación del marco de significados sociales y

⁶ MIRABENT, José: *Memoria sobre la fundación y progresos de la Real Ysla de la Higuerita*, Huelva, Diputación de Huelva-Ayuntamiento de Isla Cristina, 2006. Las citas en pp. 20, 82 y 26.

⁷ Roque Barcia Ferraces declara su negocio de vinos y su calidad de hacendado en un documento fechado el 22 de mayo de 1829, en el que denuncia la competencia desleal que ejerce Joaquín Obando, de Ayamonte, en el negocio del vino. En <http://roquebarciaediciones.blogspot.com.es> (visto el 14-03-2018). Por otra parte, su suegro Juan Martí Faló aparece como propietario contribuyente en La Redondela entre 1817 y 1821. Debió morir entre 1821 y 1824, por lo que es posible que en ese tiempo heredase Teresa. En BOGARÍN DÍAZ, Jesús: *150 linajes...*, pp. 350-351.

políticos en los que se formó su hijo, y que hicieron posible su constitución –y comprensión de sí mismo– como sujeto actuante en el espacio público.

Es importante subrayar que los Barcia llevaban a sus espaldas una larga trayectoria como servidores públicos, ya que sus varones ejercían tradicionalmente la profesión de escribanos desde al menos 1727⁸. La familia era originaria de Galicia, con casa en el lugar de Piñeiro en San Miguel de Cora (A Estrada, Pontevedra) donde residía, y debió de gozar de la suficiente holgura económica como para permitirse pagar los derechos de diversas escribanías, previa demostración de limpieza de sangre. Nicolás Barcia Fernández de Ávila llegó incluso a abrir expediente de nobleza a favor de su madre, María Inés Fernández de Ávila y de la Cueva y, de hecho, la *Casa Barcia* presenta en la fachada un escudo que remite a una familia hidalga⁹. Por su parte, Nicolás fue escribano en Santiago y en Rianxo, donde se casó con Rosa Ferraces. Tuvieron doce hijos, de los cuales cuatro fueron varones. El más pequeño de ellos fue Roque Barcia Ferraces (1776) que, como se ha visto, también recogió la tradición familiar de la escribanía y fue el padre del Roque Barcia que nos ocupa.

Parece claro que la familia debía gozar de cierta relevancia local, dada su instrucción y ocupación; tampoco le faltaban aspiraciones de ascenso social por la vía del ennoblecimiento. Precisamente en el contexto de la segunda mitad del siglo XVIII, la creciente valoración del mérito, la capacidad y la experiencia como capital social se sumaba a las posibilidades abiertas por el reformismo borbónico ilustrado para ascender en la sociedad estamental. Esta circunstancia, unida a la creciente burocratización, abría un camino para que aquellos profesionales familiarizados con el derecho y con la administración de la monarquía, como los abogados o los escribanos, ganaran peso e

⁸ Juan Francisco de Barcia y Andrade obtuvo en 1727 el cargo de escribano de Su Majestad y de número de la jurisdicción de Vea, por la que pagó al arzobispado de Santiago de Compostela 2.000 ducados y una renta de 400 reales anuales. En 1741 vendió los derechos de la escribanía por 18.000 reales, aunque debió procurarse otra porque en el Catastro de Ensenada vuelve a aparecer como escribano de Su Majestad en San Miguel de Cora, actividad considerada en 1.100 reales de vellón al año de utilidad. Es, con diferencia, la actividad que reporta más beneficios de las que se desempeñaban en San Miguel de Cora según el Catastro. Además, figura como propietario de un palomar para uso propio y de un molino harinero que funcionaba cuatro meses al año, con una utilidad anual de 40 reales. En BÉRTOLO, José M. BALLESTEROS y FERRO PEGO, Luis: “La «Casa Barcia» en San Miguel de Cora (A Estrada)”, *A Estrada: Miscelánea histórica e cultural*, 13 (2010), pp. 123-125.

⁹ Hay que señalar que, a pesar de los sonoros apellidos que ostentaba María Inés, el expediente de hidalguía incoado por Nicolás recoge que sus padres se llamaban en realidad Luis Pereyra y Josefa de Pazos; en otros documentos aparece como Inés de Castro y Sarmiento. Esto no impidió que el apellido “de la Cueva” se siguiese usando en la familia. Juan José BARCIA GOYANES: *La saga de los Barcia*, Valencia, J. J. Barcia, 2003, p. 8; BÉRTOLO BALLESTEROS, José M. y FERRO PEGO, Luis: “La «Casa Barcia»...”, p. 122.

influencia en el espacio municipal gracias a sus conocimientos y experiencia, independientemente de su origen o riqueza. La transformación en la manera de pensar el prestigio influyó decisivamente en la propia noción de *hidalguía*, que iba alejándose de su vinculación con el privilegio estamental y se acercaba más, en el ámbito local, a la expresión del reconocimiento del mérito y de la propiedad por parte de otros vecinos. No sólo eso, sino que también abrió un espacio para que este tipo de perfil profesional desarrollara un *espíritu de cuerpo* por el cual se autoidentificaban como los mejores portavoces del bien común. Para una familia como la Barcia era posible imaginar, en este marco, una estrategia de movilidad social que sorteara las barreras estamentales gracias al éxito profesional y a la capacidad de establecer relaciones sociales¹⁰.

Pero hay que tener en cuenta que, en este escenario, las estrategias de movilidad social de las élites locales –o de quienes aspiraban a serlo– no pasaban por el individuo, sino por la unidad familiar en sentido extenso. La familia no solo era el ámbito *natural* de las lealtades y de los afectos, sino que constituía una unidad de intereses patrimoniales orientada, fundamentalmente, a procurar su propia reproducción y supervivencia. La legitimidad de este objetivo revestía a la familia de una dignidad política tal que le permitía imponer su criterio a todos sus miembros e, incluso, transgredir las normas impuestas por otras esferas de autoridad, como podían ser las limitaciones matrimoniales por consanguinidad establecidas por la Iglesia. En todo caso, era la familia la que decidía la carrera de sus miembros y la misión que debían desempeñar en función de los intereses del grupo, así como el reparto del patrimonio por vía de la herencia. Cuando se trataba de establecer, ampliar o consolidar relaciones de poder, era habitual que las estrategias familiares pasasen por colocar a sus miembros en diferentes ámbitos de interés, lo que podía generar conflictos de legitimidad en el ámbito personal y también familiar. La voluntad particular de los miembros era un factor irrelevante a la hora de defender los intereses familiares y su supervivencia¹¹.

¹⁰ CALVO MATURANA, Antonio: *Cuando manden los que obedecen. La clase política e intelectual de la España preliberal (1780-1808)*, Madrid, Marcial Pons, 2013; WINDLER-DIRISIO, Christian: “Poder polític i societat a la segona meitat del segle XVIII”, *Recerques. Història, economia i cultura*, 30 (1994), pp. 27-45; ID.: *Élites locales, señores, reformistas: redes clientelares y monarquía hacia finales del Antiguo Régimen*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1997.

¹¹ DEDIEU, Jean-Pierre y WINDLER-DIRISIO, Christian: “La familia: ¿una clave para entender la historia política? El ejemplo de la España moderna”, *Studia historica. Historia moderna*, 18 (1998), pp. 201-236; CASEY, James: *Familia, poder y comunidad en la España Moderna. Los ciudadanos de Granada (1570-1739)*, Valencia, PUV, 2009; IMÍZCOZ, José María: “Las redes de la monarquía: familias y redes sociales en la construcción de España”, en CHACÓN, Francisco y BESTARD, Joan (dirs.):

A partir de estas consideraciones, parece lógico pensar que Nicolás Barcia destinara buena parte de los recursos familiares a acrecentar su prestigio e influencia por la vía del mérito, dando estudios a sus hijos varones, en diferentes campos de conocimiento además. Los mayores estudiaron carrera en la Universidad de Santiago de Compostela: el primogénito, Juan Ramón, cursó medicina y fue el patriarca de la larga saga de médicos Barcia, dedicados a la neurología y la psiquiatría, que ha llegado hasta nuestros días. Obtuvo el cargo de médico titular del Hospital de Tuy (Pontevedra), a donde se trasladó, y también impartió docencia e incluso ocupó una cátedra de medicina en la misma universidad en la que había estudiado¹². Algunos años después llegó a ser Procurador general en el Ayuntamiento de Tuy. Por su parte, el segundo hermano, José, hizo carrera de Leyes. No tenemos noticia de que los dos pequeños, Nicolás y Roque, cursaran estudios superiores, aunque es probable que se formaran junto a su padre¹³. En cualquier caso, también debieron hacer planes para el joven Roque, ya que la familia lo mandó a Madrid y le costeó los progresos que le llevaron, finalmente, a ejercer sus cargos en La Redondela y en la Real Isla de La Higuera a partir de 1804 aproximadamente. Sus adelantos tuvieron que ser notables en el Madrid de entresiglos, ya que La Redondela pertenecía al marqués de Astorga y era este quien, en virtud de su jurisdicción, nombraba «de gracia» al escribano público y del cabildo. Vecindado ya en aquella villa, recibió además el nombramiento de escribano público y de cabildo de La Higuera en enero de 1809, otorgado este por el Comandante General del Departamento de Cádiz, ya que la Marina ejercía la jurisdicción real en aquella localidad desde 1802. En plena Guerra de la Independencia, Roque lograba sumar un nuevo cargo, esta vez de patronazgo real. Establecido sólidamente en la zona, desarrolló allí su carrera y no regresó ya a Galicia.

Quizás hubiese un plan para Roque, pero no parece que el destino que finalmente siguió fuese el que le tenía reservado la familia en interés del grupo. Al

Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días), Madrid, Cátedra, 2011, pp. 393-444; La pervivencia de las redes familiares como unidad básica en las relaciones de poder hasta bien entrado el siglo XIX, en CRUZ, Jesús: “Lealtad y meritocracia: ambivalencias entre discurso público y práctica privada en las élites ilustradas y liberales españolas”, *Historia Social*, 23 (1995), pp. 101-120.

¹² BARREIRO FERNÁNDEZ, Xosé Ramón (coord.): *Historia de la Universidad de Santiago de Compostela*, vol. II, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2003, pp. 161-163.

¹³ Al menos, no hay expedientes suyos en el Archivo Histórico Universitario de Santiago. Sí que hay un expediente a nombre de Manuel Ávila y Lacueva (1803-1807), que estudió Teología y debía ser sin duda miembro también de la familia [<https://archivo.usc.es/ahus2/index> (visto el 14-03-2018)].

menos eso se deduce de las disposiciones testamentarias que dejaron sus padres, Nicolás y Rosa, en las que sale bastante perjudicado respecto al resto de herederos. Tras declarar que su hijo Roque estaba «ausente» y que no tenían noticias suyas desde 1812 –el testamento se hizo en 1815–, las disposiciones señalan que no sólo debía separarse con media legítima, mejorando a sus hermanos, sino que no participaba de determinadas compensaciones –mil reales de vellón– que debían pagar los herederos solteros por ciertos bienes reservados. Además, se debía tomar a cuenta de su media legítima «las partidas que resultan le hemos remitido a la Villa y Corte de Madrid para el logro de sus ascensos y empleos que ejerce». Nada de esto se le exige a su hermano Juan Ramón, al que se había dado carrera y vivía en Tuy, pero que contribuía al sostenimiento común haciéndose cargo de dos de las cuatro hermanas todavía solteras, todas ya en la treintena, que seguían dependiendo de la familia¹⁴. Quizás el más joven de los varones no se conformase con el horizonte que podía ofrecerle su calidad de segundón gallego y decidiese aprovechar las circunstancias para labrarse un futuro más prometedor. O simplemente huía de un entorno asfixiante.

En cualquier caso, el episodio pone de manifiesto la tensión entre el organicismo social tradicional y la noción de mérito individual que informaba la sociabilidad ilustrada. Sin duda, Roque Antonio se pensaba dueño de unas capacidades que le eran propias y que podían procurarle un destino ilustre en el incipiente espacio público que se empezó a articular en el contexto del reformismo ilustrado y, muy aceleradamente, en la etapa de crisis del Antiguo Régimen y de auge del liberalismo. Con todo, parece claro que si Roque seguía su propio camino, realizando sus propias aspiraciones por medio de sus capacidades y relaciones, debía renunciar a la ayuda que había recibido y que ni revertía en el mejoramiento del patrimonio familiar ni acrecentaba la influencia local de los Barcia. La búsqueda de un destino individual por su parte en el contexto de entresiglos, alejado de la familia, hace pensar en un episodio de contestación del viejo orden tradicional en búsqueda de un ideal de realización personal nada ajeno, por cierto, a las concepciones liberales que abrazaba.

¹⁴ Testamento de Nicolás de Barcia y la Cueva y de Rosa Juana Ferraces, dado el 17 de mayo de 1815 ante José Garrido, escribano de Cerdedo.

No se puede descartar, en todo esto, el factor político como elemento de ruptura de la lealtad familiar. Él mismo evoca su despertar político en uno de sus textos, escrito ya en sus años de madurez, cuando explica que

«[l]a soberanía reside esencialmente en el pueblo. El pueblo no puede dejar de considerarse y tratarse como soberano. Tales han sido, son y serán siempre, mis principios desde que en los primeros días de la primavera de mi vida he leído las luminosas notas francesas en la peligrosa obra de Donato»¹⁵.

Se refiere a *El hombre de Estado*, obra publicada originalmente por el veneciano Nicolò Donato en 1753 y traducida al castellano en 1789 por el valenciano Pascual Abruxec y Escoto, a partir de la versión francesa comentada por Robinet, que citaba como contrapunto *El espíritu de las Leyes* de Montesquieu, los *Discursos Políticos* de Gordon o las *Instituciones políticas* de Bielfeld, entre otros¹⁶. La impresión que debieron causar estas revelaciones intelectuales al joven Roque, en un momento en el que los ecos revolucionarios franceses resonaban por toda Europa, debió ser profunda. De hecho, este tipo de mención explícita al momento de su «conversión ideológica» es algo habitual en las memorias y autobiografías de muchos jóvenes que, en el marco de la Ilustración tardía, habían recibido una educación convencional de sistema antiguo y que, gracias a alguna lectura o a las enseñanzas de algún maestro, habían entrado en un nuevo ámbito de pensamiento crítico. Con el tiempo, acabarían nutriendo las filas afrancesadas y liberales¹⁷.

¹⁵ BARCIA FERRACES DE LA CUEVA, Roque: *Las clases productoras agonizantes, manifiestan sus dolencias, a los que tienen la facultad y la sagrada obligación de curarlas radicalmente*, Madrid, Imp. de D. Francisco Pascual, 1837, p. 17.

¹⁶ En las notas al Capítulo II hay un apartado titulado “Del poder soberano” donde se discuten las concepciones de soberanía de Hobbes, Aristóteles, Rousseau, Burlamaqui y Sydney. Finalmente, se puede leer: «La Soberanía reside originalmente en toda la Nación. Esta potestad no es mas que el producto del derecho personal, que tiene cada hombre por naturaleza para procurarse la seguridad, y para elegir los medios que juzgue mas convenientes para este efecto; en una palabra, para gobernarse á sí mismo», en DONATO, Nicolò: *El hombre de Estado*, t. 1, Madrid, Imp. de D. Benito Cano, 1789, pp. 159-164. La obra de Donato y la de Bielfeld, aparecen en los índices inquisitoriales de libros prohibidos tras la restauración absolutista de 1814, a pesar de que *El hombre de Estado* había sido autorizada para su publicación ya en 1789 por José Vargas Ponce, censor de la Real Academia de la Historia. LLOMBART, Vicent: “Traducciones españolas de economía política (1700-1812): catálogo bibliográfico y una nueva perspectiva”, *Cromohs*, nº 9, 2004, pp. 1-14; DURÁN LÓPEZ, Fernando: “Las censuras ilustradas de José Vargas Ponce para la Real Academia de la Historia (1786-1805)”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CCIX-III (2012), pp. 363-414.

¹⁷ DURÁN LÓPEZ, Fernando: “«Entrar dentro de sí mismos»: la crisis del Antiguo Régimen en las autobiografías de sus protagonistas”, en ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (ed.): *Se hicieron literatos para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, pp. 331-372, esp. 352-362.

Así, aunque no conocemos los detalles de su formación, todo parece apuntar a que Roque entró en contacto desde muy joven con las doctrinas revolucionarias que ensanchaban el horizonte de la transformación social y política, basadas en las nociones de pacto social, de voluntad general y del hombre como individuo libre, autónomo y portador de derechos. Es posible que accediese a libros clandestinos en el mismo San Miguel de Cora, ya que los libros franceses llegaban hasta los más recónditos lugares de la España rural a pesar de las prohibiciones, o quizás desarrolló su espíritu crítico durante su estancia en Madrid¹⁸. En cualquier caso, se sintió interpelado por las doctrinas revolucionarias y acabó constituyéndose como liberal, muy comprometido con su causa. Exaltado y miembro de la sociedad patriótica comunera durante el Trienio Liberal, formó parte del grupo de disidentes que formaron en Madrid la Asamblea constituyente de Comuneros Españoles Constitucionales, escindiéndose de la hasta entonces Confederación de Caballeros Comuneros. Roque Barcia aparece como *propietario* en la lista de asistentes a las juntas preparatorias, donde los Constitucionales acordaron observar «en toda su pureza» la Constitución de 1812, especialmente el artículo 3º por el que se proclamaba la soberanía nacional, no transigir con la tiranía y combatirla por todos los medios y, finalmente, trabajar junto a los Masones regulares para alcanzar esos objetivos. Rechazaron aliarse con los carbonarios, ya que no consideraban adecuado que la sociedad patriótica se infiltrase de elementos extranjeros. A pesar de la fractura, la Comunería en su conjunto mantenía el ideal de la ciudadanía activa y vigilante, comprometida con la defensa de los derechos y de las libertades constitucionales, tal y como las definía el modelo de *monarquía republicana* de la Constitución de Cádiz¹⁹. Parece ser que en 1823, tras la restauración absolutista, fue objeto de persecución y tuvo que partir hacia un breve exilio en Portugal, retomando públicamente su actividad patriótica a partir de 1834.

¹⁸ El caso del sacerdote Juan Antonio Posse (1766-1854), natural de la parroquia de Soesto en Laxe (Vimianzo, A Coruña), muestra la circulación de libros franceses prohibidos en las remotas zonas rurales gallegas pertenecientes al Arzobispado de Santiago, como era el caso también de San Miguel de Cora. *Ibid.*, pp. 354-355. Sobre las posibilidades de penetración de los discursos políticos en Galicia, VEIGA, Xosé Ramón: ««Juan Pérez, español». Discurso patriótico, identidad local y proceso político (Galicia 1808-1868)», en ESTEBAN DE VEGA, Mariano y DE LA CALLE, Mª Dolores (coords.): *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2010, pp. 89-106.

¹⁹ ZAVALA, Iris M.: *Masones, comuneros y carbonarios*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1971, pp. 113-115; DE LA FUENTE, Vicente: *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España, y especialmente la franc-masonería*, Lugo, Imp. de Soto Freire (ed.), 1870; MARQUÉS DE MIRAFLORES: *Documentos a los que se hace referencia en los apuntes histórico-críticos sobre la Revolución de España*, t. 2, Londres, Oficina de Ricardo Taylor, 1834, pp. 191-238; VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín: *La monarquía doceañista (1810-1837): avatares, encomios y denuestos de una extraña forma de gobierno*, Madrid, Marcial Pons, 2013.

Este aspecto debió suponer un motivo más de incomodidad para la familia Barcia y, muy probablemente, también un factor más de afirmación de la individualidad de Roque en el proceso de construcción de su propia conciencia. Su fascinación por la filosofía francesa no era compartida por su familia, o al menos así se desprende de la trayectoria seguida por el mayor de sus hermanos, Juan Ramón, que era además su padrino de bautismo. Decidido partidario del absolutismo y de «la justa causa del altar y el trono» contra «la falsedad de la democracia», entre sus méritos se cuenta haber formado parte de la Junta de Galicia durante la Guerra de la Independencia y haber dotado la defensa de Tuy a costa de sus propios caudales. Como Comandante de las Alarmas de Tuy se negó «vigorosamente» a jurar la Constitución de 1812; no sólo «[a] quemó al frente de los cuerpos a su mando», sino que en 1814 se trasladó a Valencia para felicitar personalmente a Fernando VII por su regreso, «suplicándole no jurara de modo alguno la Constitución». Alcanzó por aquellos años el grado de Médico de los Reales Ejércitos²⁰.

En 1820, cuando el pronunciamiento de Rafael del Riego forzó la nada convencida proclamación de la Constitución de Cádiz por parte del rey Fernando, Juan Ramón se negó de nuevo a jurar el «ominoso código». Conocido por ser «hombre furioso contra el nuevo régimen», su casa fue asaltada y huyó a Portugal junto con su familia –la referencia alude a sus hermanos María del Carmen, Bárbara y José, ya que en ese momento era soltero—. Su compromiso con el absolutismo le llevó a la presidencia de la llamada Junta Apostólica, formada en la cercanía de Tuy en marzo de 1820 para combatir el régimen constitucional bajo el grito de «¡Dios y el Rey!». Acabó cumpliendo diecinueve meses de prisión en Oporto, a causa de sus relaciones con los miguelistas y de su implicación en una ofensiva militar contrarrevolucionaria, mientras que en España era juzgado en rebeldía y condenado a la pena de garrote. Todos sus bienes fueron subastados. Finalmente, fue puesto en libertad gracias a las gestiones de su hermana Bárbara, que le acompañó en un rocambolesco exilio que les llevó de Oporto a Holanda y Dinamarca, volviendo finalmente a España vía Francia. Se unió al «gobierno legítimo» de la Regencia de Urgell, donde retomó su labor de médico de los

²⁰ Memoria manuscrita de Juan Ramón Barcia, citada en BARCIA GOYANES, Juan José: *La saga de los Barcia...*, pp. 20-22; *Nombramiento de Comendador de la Orden de Isabel la Católica a Juan de Dios Bulnes, Tesorero de la Iglesia de Arequipa; Isidro Barradas; Mr. Biderman, Encargado de Negocios de Sajonia; Juan Ramón Barcia, Médico de los Reales Ejércitos; y de Caballero de la Orden de Isabel la Católica a Manuel Béjar, Capellán Castrense; Tomás Bastus y Faya, del Comercio*, Archivo Histórico Nacional, Estado, c. 6317, exp. 94 [en www.pares.mcu.es (visto el 16-03-2018)].

Reales Ejércitos y fue condecorado con la Cruz de Comendador de la Orden Americana de Isabel la Católica, en reconocimiento a sus servicios. Su escalada social durante la Década Ominosa fue espectacular, aunque en el momento de la sucesión de Fernando VII se alineó con la causa carlista y perdió todo de nuevo en la revolución liberal de 1835²¹.

Como se puede comprobar, los dos hermanos corrieron suertes muy diferentes, ya que sus posibilidades de actuar y de desenvolverse socialmente no podían ser ajenas, de ninguna manera, al marco de significados políticos que los constituía. Vinculados respectivamente a los principios irreconciliables y mutuamente excluyentes de la revolución y de la contrarrevolución, su experiencia de la conflictiva dinámica política del primer tercio del siglo XIX fue del todo opuesta. Ambos sufrieron la persecución política, el exilio y la confiscación de bienes, aunque en diferentes momentos y por diferentes causas. Necesariamente, el triunfo de uno implicaba la caída del otro. La ruptura del campo político y la construcción de una alteridad política inasumible eran aceptadas como una lógica inherente al conflicto y eran difundidas por multitud de materiales que traducían significados populares de lo político, como las muy populares canciones patrióticas del *Himno de Riego*, el *Lairón* o, sobre todo, el *Trágala*, pero también himnos absolutistas como la *Pitita*²². Con todo, la lógica de la exclusión –e incluso del exterminio– del enemigo político no era una cuestión de radicalismo popular, sino que mediaba la comprensión de la diferencia política en un marco que se percibía como de guerra civil casi permanente. Por poner un ejemplo, así lo plasmaba Bretón de los Herreros en un poema satírico acerca de un tema tan alejado en apariencia del conflicto político como podía ser la *Manía de viajar*, dedicado a su amigo Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins:

²¹ BARCIA GOYANES, Juan José: *La saga de los Barcia...*, pp. 20-22; BARREIRO, Xosé Ramón FERNÁNDEZ (coord.): *Historia de la Universidad de Santiago de Compostela*, vol. II, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2003, pp. 161-163; *Nombramiento de Comendador de la Orden de Isabel la Católica...*; *El Universal*, 12 de agosto de 1820, p. 343; *Correo del Orinoco*, 16 de diciembre de 1820, pp. 359-360.

²² LA PARRA LÓPEZ, Emilio: “La canción del Trágala. Cultura y política popular en el inicio de la revolución liberal en España”, en ÉTIENVRE, Françoise y SALAÛN, Serge (coords.): *La réception des cultures de masse et des cultures populaires en Espagne: XVIIIe-XXe siècles*, Centre de Recherche sur l’Espagne Contemporaine - Université de la Sorbonne Nouvelle (Paris III), 2006, pp. 68-86.

«Ya se ve, como siempre aquí peligra
Media nación si triunfa la otra media,
Cuando descansa Pedro, Antón emigra»²³

En este contexto, las posibilidades de realización personal no sólo dependían del prestigio o del mérito individual, sino de la oportunidad y de las perspectivas de transformación política. Tal vez no sea simple casualidad que, precisamente, la familia perdiese el contacto con el liberal Roque en 1812. En cualquier caso, su establecimiento en la Real Isla de la Higuera, donde formó su familia y a la que quedó vinculado el resto de su vida, supuso para él la oportunidad de alcanzar cierta influencia local y de acceder, desde esa posición, a una incipiente esfera pública con proyección nacional.

La circunstancia de que La Higuera fuese una colonia de reciente fundación hacía de ella una localidad dinámica y en rápido crecimiento, pero implicaba también un proceso de organización de la vida en común lleno de dificultades. Fundada hacia 1755 a partir de las colonias temporales de pescadores catalanes y valencianos que frecuentaban la zona, la población se había tenido que enfrentar a los problemas de su establecimiento como entidad local autónoma de nueva planta, tanto en el aspecto administrativo como en el religioso. Tuvieron que ser los patronos de las compañías pesqueras los que defendiesen sus intereses contra las pretensiones jurisdiccionales de los alcaldes de La Redondela –del marquesado de Astorga–, del corregidor de Ayamonte y de los administradores de Rentas provinciales. Las representaciones de los catalanes y valencianos fueron dando sus frutos; en los años sucesivos a la fundación de la colonia, lograron por Real Orden la exención de algunos derechos y la asignación de una capellanía permanente para la atención de las almas, hasta que la intervención de la Marina logró la incorporación de la Isla a la Corona el 15 de abril de 1788.

Este fue un hito fundamental, ya que suponía la formación de un ayuntamiento propio con todo lo que aquello implicaba. Las reformas municipales de 1766 habían introducido la figura de los diputados y procuradores del Común, elegidos por sufragio de todos los vecinos contribuyentes contra los criterios estamentales y al margen de las instituciones municipales, que recogían demandas de los vecinos y las transmitían a las instancias de poder de la Corona. Esto dio lugar a dinámicas sociales muy conflictivas en bastantes ocasiones, pero contribuyó tanto a ampliar las posibilidades de movilidad

²³ Citado en SEGOVIA, Antonio María: *Manual del viajero español, de Madrid a París y Londres*, Madrid, Imprenta de Don Gabriel Gil, 1851, p. 3.

social de grupos en ascenso como a articular un muy incipiente espacio público estatal a través de nuevas formas de comunicación y de canales de expresión de los problemas locales²⁴. En cualquier caso, el ayuntamiento se estableció finalmente en 1802, aunque los conflictos no acabaron. Las exposiciones ante las autoridades reales y eclesiásticas con objeto de ampliar la autonomía local, canalizadas por medio de los patrones de las compañías o del ayuntamiento, se extendieron durante toda la primera mitad del siglo XIX.

Pero esta defensa de los intereses locales exigía un cierto conocimiento de los actos administrativos y también capacidad para intervenir en ellos. En este proceso de articulación de un incipiente espacio público desde lo local, un perfil como el del escribano Roque Barcia reunía todas las cualidades para que la comunidad, a la hora de defenderse ante determinadas instancias, depositase su confianza en él. Sin duda, su posición económica desahogada –recordemos que era *hacendado* en La Redondela– y sus conocimientos lo ubican como una persona de influencia y de prestigio en La Higuera. Era el único escribano público y, además, no se habían establecido Jueces letrados en la Isla, razón por la que la Real Jurisdicción era ejercida por el presidente del ayuntamiento, actuando el mismo escribano del cabildo como secretario de justicia²⁵. Así, por las manos de Roque pasaban todos los actos que exigían fe pública –poderes, compraventas, testamentos, obligaciones, particiones e inventarios de bienes, tutela de menores, etc.–, pero también los autos de todos los pleitos ordinarios y criminales –demandas, informaciones, retractos, deudas, delitos de sangre, injurias, robo– que se celebraban en el lugar. Sabía de primera mano todo lo que ocurría, los problemas que había y las relaciones que se establecían. Además, aunque no era natural del lugar, había vivido los conflictos jurisdiccionales que acompañaron el establecimiento del poder

²⁴ WINDLER-DIRISIO, Christian: “Poder polític i societat...”, pp. 27-45; El planteamiento clásico de la articulación de la esfera pública burguesa como espacio de ciudadanía en HABERMAS, Jürgen: *Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981. Una revisión crítica del planteamiento de Habermas, en el que se subraya el papel de los espacios locales en la construcción de la esfera pública nacional y su carácter intrínsecamente conflictivo en ELEY, Geoff: “Nations, publics and political cultures: placing Habermas in the Nineteenth Century”, en DIRKS, Nicholas B., ELEY, Geoff y ORTNER, Sherry B. (eds.): *Culture/Power/History. A reader in contemporary social theory*, Princeton, Princeton University Press, 1994, pp. 297-335; MIRABENT, José: *Memoria sobre la fundación...* pp. 40-49 y 111-135.

²⁵ La Marina se arrogaba toda la jurisdicción sobre Isla Cristina, por lo que nombraba a un oficial que actuaba como Gobernador Político y Militar, Presidente del Ayuntamiento y de las Juntas. Esta situación no se solucionó hasta 1833, cuando la Regente falló a favor de Isla Cristina el nombramiento de dos Alcaldes ordinarios que ejerciesen la jurisdicción real de acuerdo a las leyes, como en el resto de ayuntamientos del reino. En MIRABENT, José: *Memoria sobre la fundación...* pp. 114-132.

municipal en la Isla. En algún censo aparece, incluso, como natural del lugar. Tras tantos años residiendo en la zona conocía muy bien los conflictos y demandas del pueblo, fundamentalmente relacionados con la pobreza derivada de la escasez de la pesca, con las deudas acumuladas con la Real Hacienda por los cargos de la sal y con la dependencia del comercio respecto a la Aduana de Ayamonte. Era, en fin, el secretario de la Junta de Sanidad, ocupación que le ponía en relación muy estrecha con la actividad y los problemas de las compañías pesqueras. Su notable conocimiento de la industria y de las artes de la pesca demuestra un acusado interés por la materia, no sólo con respecto a la situación de las costas de la Andalucía atlántica, sino también con las pesquerías de España, Europa y América. Estos méritos se sumaban a su dominio de la economía y del derecho, materias que le dotaban de la preparación necesaria para participar en la vida política²⁶.

Todas estas razones se debieron conjugar para que sus vecinos lo considerasen un hombre de prestigio, capacitado para representar sus intereses y canalizar sus demandas particulares ante las instancias del poder central. Es lo que ocurrió durante el Trienio Liberal y, muy especialmente, a partir de 1834 y hasta su muerte en 1838. Justo en los momentos en los que se abría el horizonte de transformaciones sociales y políticas en los contextos revolucionarios, Roque Barcia era enviado a Madrid para defender los intereses de la Real Isla de la Higuera ante los representantes de la nación. En el conflictivo proceso de construcción de la esfera pública liberal, la pequeña colonia de pescadores tenía algo que decir y lo hacía a través de su representante más cualificado. Era una función además que ligaba bien con la ética patriótica del escribano público; una sensibilidad esta desarrollada por los servidores públicos de la monarquía desde el siglo XVIII, vinculada al despliegue del proyecto reformista ilustrado como ámbito de realización de lo común, pero que en el liberal Barcia adquiere una significación inequívocamente nacional²⁷. Su actuación en Madrid, al hilo de su calidad

²⁶ Significativamente, el proyecto de decreto de arreglo general de la Enseñanza pública impulsado por las Cortes de Cádiz en 1814 subrayaba la importancia de incluir el derecho y la economía política en los planes de estudios de la educación secundaria. El objetivo manifiesto era formar hombres preparados para intervenir de manera activa en la vida política –en la elaboración de leyes e impuestos– desde el campo de la opinión: «la fuerza de la opinión podrá dirigir al Gobierno, impedir que se extravíe en el laberinto de los cálculos fiscales, ó que se debe [*sic*] seducir por las aparentes ventajas de una administración viciosa». En SIRERA MIRALLES, Carles: *Un título para las clases medias. El instituto de bachillerato Lluís Vives de Valencia, 1859-1902*, Valencia, PUV, 2011, p. 22.

²⁷ Para ver el papel de estos *padres de la patria* en la articulación del incipiente Estado liberal, CALVO MATURANA, Antonio: *Cuando manden los que obedecen...*; MILLÁN, Jesús: “Del poble del regne al poble de la nació: la guerra del Francès i l’espai social de la política”, en SAUCH CRUZ, Núria (ed.): *La*

de «agente en aquella capital de todos los negocios y asuntos que interesaban á estos habitantes [de La Higuera]»²⁸, desborda de manera clara el mandato particular que se le había confiado y revela el genio individual del patriota que busca intervenir en la opinión nacional.

Es posible que Roque Barcia llevase años elaborando memorias acerca de los males que observaba en la sociedad y cuáles eran, en su opinión, los remedios que necesitaba, pero no empezó a publicarlas hasta el Trienio Liberal y, de manera muy intensa, a partir de 1834. Parece claro que entre 1820 y 1823 compaginó su actividad patriótica en la sociedad comunera con su labor como «apoderado de los pescadores y saladores de la real isla de la Higuera», lo que le llevó a presentar varios memoriales ante las comisiones de Hacienda y de Marina de las Cortes en 1822, acerca de los prejuicios de la llamada *pesca de bou* y del excesivo precio de la sal²⁹. Ante la insatisfactoria resolución del negocio por parte de los representantes de la soberanía nacional, Barcia ensayó otro medio de acción que le brindaba la esfera pública liberal y que estaba a su alcance: sometió el asunto al juicio de la opinión nacional por medio de la imprenta. Publicó su primera memoria en Madrid en aquellos años, *Pequeña memoria de grandes desaciertos sobre la pesca* (1822). La restauración absolutista de 1823 cortó esa dinámica, pero la estrategia se repitió apenas se reabrió el espacio público a partir de 1834.

Ese año de 1834, en plena Guerra Carlista, «las maquinaciones de los malvados» le alejaron de su «virtuosa y cara familia» para instalarse en Madrid a principios de febrero, según él mismo relata³⁰. Contaba los días –«2 años, 11 meses y 17 días»– que llevaba fuera del hogar. Entre ese momento y el de su muerte en 1838, su actividad en despachos y secretarías se multiplicó buscando apoyo para sus propuestas, centradas de nuevo en los problemas de la industria pesquera y la renta de salinas. En ese tiempo, y ante los escasos resultados obtenidos ante las instituciones estatales, publicó al menos

guerra del Francès als territoris de parla catalana, Catarroja, Editorial Afers, 2011, pp. 329-346: ID: “Poder político y legitimación social antes del «apogeo del Estado»”, *Alcores*, 12 (2011), pp. 257-288.

²⁸ MIRABENT, José: *Memoria sobre la fundación...* p. 132.

²⁹ Aparece también como «apoderado de la isla de la Higuera» y «apoderado del comercio de salazones de la isla de la Higuera». Se puede seguir el curso de la representación de Barcia en el *Diario de Sesiones de Cortes*, 25, 28 y 30 de marzo, 19 de abril y 28 de junio de 1822.

³⁰ BARCIA FERRACES DE LA CUEVA, Roque: *Las clases productoras agonizantes, manifiestan sus dolencias, a los que tienen la facultad y la sagrada obligación de curarlas radicalmente*, Madrid, Imp. de D. Francisco Pascual, 1837, p. 5.

doce opúsculos dirigidos a diferentes personalidades e instancias —a la Reina Regente, a Juan Álvarez de Mendizábal como presidente interino del Consejo y como ministro de Hacienda, a la Comisión de Hacienda de las Cortes, etc.—, los tres primeros bajo el pseudónimo de Antonio Ávila y, poco después, acompañando su nombre con el título de *Representante de las costas marítimas de España*. No sabemos cómo llegó a atribuirse esa representación y, desde luego, no era un cargo oficial. Pero lo que sí que queda claro es que su actividad publicística desborda la labor que se le había encomendado como agente en la capital de los intereses de La Higuera; de hecho, parece que incluso desatendió algunas peticiones del ayuntamiento³¹. En sus textos, lejos de limitarse al interés particular, la problemática local se proyecta como mal nacional y queda diluida en un ámbito de interés mayor, como es la regeneración de España. En esto, su objetivo es exponer su particular diagnóstico de los males patrios y señalar cuáles son, a su juicio, las reformas político-económicas necesarias para el fomento de la riqueza y de la prosperidad de la nación. Su espíritu patriótico le lleva incluso a imaginar que es la misma patria la que habla a través de él³².

La producción escrita de Roque Barcia Ferraces, en la que se refiere a la Constitución de 1812, a la *Enciclopedia* francesa, a Destutt de Tracy, a Pedro Rodríguez de Campomanes, a William Bowles, a Bernardo Ward, a Nicolás de Arriquibar, a liberales como José Canga Argüelles o Álvaro Flórez Estrada, o a las doctrinas de economistas como Jean-Baptiste Say, Jean-Baptiste Colbert o el duque de Sully, muestra una notable erudición, especialmente volcada en la economía política, y un incuestionable radicalismo de raíz ilustrada. A grandes rasgos, el argumento de fondo que articula sus «meditadas, imparciales, desinteresadas y patrióticas doctrinas» descansa sobre la afirmación de que sin riqueza, que es el medio que procura la

³¹ José Mirabent explica que, en 1834, se mandó a Roque Barcia el escudo de armas del ayuntamiento de La Higuera para que obtuviese la aprobación del Gobierno, pero esta nunca llegó: «aprobación que jamás se ha visto (ni creo que se solicite)». En MIRABENT, José: *Memoria sobre la fundación...* p. 132.

³² Los títulos de sus obras son elocuentes en ese sentido: *Cuadro que representa lo que es y lo que puede y debe ser España política y económicamente considerada...*; *Exposición [...] suplicando que tanto para salar como para salpstrar las pesquerías nacionales, se facilite la sal necesaria...*; *La patria, la patria devastada por su fidelidad, sufrimiento y heroísmo, observa cuidadosamente el origen del mayor de sus males, sus síntomas, sus infalibles correctivos, y propone a las Cortes y al Gobierno su cura radical razonada...*; *España manifiesta los males que la afectan, y propone los medios mas expeditos y eficaces para obtener su cura radical...*

felicidad, no es posible la soberanía, la independencia ni la libertad del pueblo³³. A partir de este principio, que fija tanto el objetivo de la vida en común como el medio para alcanzarlo, Roque Barcia Ferraces ofrece un relato de lo que es y de lo que debería ser España en el que destacan tanto el espíritu de nacionalidad como el rigorismo moral de sus argumentos.

Las propuestas de Barcia parten de una percepción devastadora de la realidad nacional. Sus observaciones dibujan una España esclava –fanática, devastada, pobre, consumida, ociosa, inmoral y miserable–, aunque considera que la infelicidad nacional no deriva ni de la precariedad de sus recursos naturales ni del carácter del pueblo³⁴. Por el contrario, afirma que «España es naturalmente la nación más rica del globo», pero ha sido la codicia y la opulencia desmesuradas de los gobiernos, de los reyes y de la Iglesia lo que ha llevado a la postración a «un pueblo grande, generoso y naturalmente heroico» y a «la primera de las naciones». Destaca en este argumento la idea de la usurpación que había sufrido el pueblo español a lo largo de los siglos, una violencia sobre la que, progresivamente, «la teocracia dominante [...] y la aristocracia» habían construido un «poder colosal»³⁵. Pero su crítica, en este punto, es especialmente dura con el clero:

«Una parte considerable de nuestra poblacion se dice exclusivamente consagrada al culto divino, en mi opinion mas inculto ahora que nunca, como infortunadamente lo atestigua esa horrorosa matanza del género humano, promovida, sostenida y parcialmente ejecutada por diferentes individuos que impropriamente se llaman ministros del santuario, siéndolo solamente de Satanás como enemigos implacables de su propia especie, de su patria, del trono y de la religion á quienes deben su mal merecida grandeza, y reprueban sus criminales, espantosos é imperdonables atentados»³⁶.

³³ BARCIA FERRACES DE LA CUEVA, Roque: *Las clases productoras agonizantes...*, pp. 17-20; ÁVILA, Antonio [pseud. Roque Barcia Ferraces de la Cueva]: *Cuadro que representa lo que es y lo que puede y debe ser España política y económicamente considerada: bosqueja los males y ofrece los remedios mas eficaces y expeditos para curarlos de una manera radical y metódica*, Madrid, Imp. Victoriano Hernando, 1834, pp. 58-59.

³⁴ Su relato se inserta en una tradición literaria que se remontaba hasta los *laudes Hispaniae* isidorianos y que seguiría guiando las historias nacionales que se escribieron en el siglo XIX, por la cual se consideraba la tierra española como extraordinariamente rica en recursos, circunstancia esta que la situaba a la cabeza de las naciones. En ÁLVAREZ JUNCO, José: *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 202-214.

³⁵ BARCIA FERRACES DE LA CUEVA, Roque: *España manifiesta los males que la afectan, y propone los medios mas expeditos y eficaces para obtener su cura radical al Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros*, Madrid, Of. de Julián Viana Razola, 1836, pp. 5, 25 y 61.

³⁶ *Ibid.*, p. 10

Además, acusa a «esas clases impías» de construir un imperio temporal por medio del cobro ilegítimo de diezmos y oblaciones. Recurre a la historia para demostrar que esas exacciones y otros beneficios, sobre todo el diezmo, no se fundamentan «en el culto divino ni en el bien espiritual de los fieles», sino en la «insaciable ansiedad de atesorar, dominar, arruinar y tiranizar los pueblos». Además, acusa al clero de monopolizar «las luces» y de mantener en las tinieblas a todas las demás clases, así como de promover la relajación de las costumbres³⁷. Por todo ello, se lamenta de que:

«carecemos de culto y ejemplares ministros de santuario: abundamos en la relajación, que han promovido, fomentado y sostenido: por ellos no somos mas que cristianos teóricos: y esa religión tan decantada, que tal como ella es merece hasta en un concepto rigurosamente civil y político el crédito de la más sencilla, sabia y benéfica institución, se halla minada en sus cimientos por esas clases tan pérfidas como ingratas á tantos beneficios y á tan mal merecidas grandezas»³⁸

Como ya se deja ver en esta cita, el rigorismo moral de Barcia va unido a una lectura cívico-política de la doctrina cristiana, «fuente de la moral; de la sabiduría; de la seguridad y del orden». El código del Creador es también «el origen y el dique de la libertad». En el texto sagrado,

«El supremo legislador ofrece por modelo las [leyes] que imprimió en el gran libro de la naturaleza, y las requiere tan sencillas, tan claras, tan benéficas y tan conformes á la voluntad general de su pueblo y á sus necesidades públicas, que nunca dejen de ser “la lengua de la ciudad” ni de constituir la fuerza legal, robusta base de la libertad civil, y el medio mas seguro de neutralizar los caprichos de la arbitrariedad. Reservó en fin el poder que da razón de su justicia y escribió con pocos caracteres de tanta duración como el tiempo, los principios constitucionales de la gran sociedad del mundo»³⁹

Hollada la religión por sus propios ministros, consideraba que la doctrina encerraba en sí misma el secreto del fin de la esclavitud. Con todo si España permanecía «humillada» era por efecto del engaño a la que la habían tenido sometida las «clases privilegiadas» y a los efectos perniciosos de las malas leyes, que condenaban a una existencia miserable y ociosa a las «clases productoras agonizantes»⁴⁰:

³⁷ *Ibid.*, pp. 56-63.

³⁸ *Ibid.*, p. 60.

³⁹ ÁVILA, Antonio: *Cuadro que representa...*, s.pp.

⁴⁰ BARCIA FERRACES DE LA CUEVA, Roque: *España manifiesta...*, pp. 5 y 25.

«creían sin duda que la nación española, presa desgraciadísima de la ignorancia, del sangriento fanatismo y de la mas desmesurada ambición de sus mandantes, tiranos y asesinos, privada absolutamente de sus derechos, pobre, degradada y esclava, era la verdadera y única España, la España de los pasados y eternos siglos, la del presente y la de todos los venideros. [...] Mas há de tres siglos y medio que España se halla cabalmente en este desgraciadísimo caso»⁴¹.

El argumento destaca el ejercicio de las virtudes del trabajo productivo y de la pureza moral y de costumbres como base de la felicidad. En su opinión, el necesario arreglo de las leyes debía caminar en ese sentido, fundamentalmente en lo que tocaba a la liberación de las fuerzas productivas –de manera destacada, la industria pesquera y la renta de salinas, pero también aborda cuestiones como el trabajo de las mujeres en los campos mercantil e industrial–, que llevaría mecánicamente a la prosperidad, a la morigeración, a la felicidad nacional y a la libertad. Pensaba, además, que la legislación –sobre todo la económica– no debía ser uniformadora, sino ajustarse a los recursos naturales de cada lugar:

«Generalizar las leyes ó no atemperarlas á las particulares circunstancias de cada provincia, de cada partido, y aun de cada pueblo, es violar el orden maravilloso de la naturaleza y empeñarse en uniformar al capricho del hombre débil y limitado, sea ó no legislador, la variedad de elementos de que se compone el mundo físico»⁴²

Pero para Barcia, la libertad no sólo descansaba en la mejora del bienestar común, por encima de los intereses particulares, sino que también había que trabajar para que la nación recobrara sus «hollados derechos» y se recuperara de la «súbita y antiquísima desaparición de las virtudes, de la sabiduría, del amor patrio, del espíritu de nacionalidad y de aquel desinterés que fija el puro y verdadero liberalismo»⁴³. En última instancia, la salvación de España necesitaba de un «Gobierno benéfico que conozca la nación que administra, su genio, su carácter propio y su natural propensión á todo lo sublime y heróico»⁴⁴.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 51-52.

⁴² BARCIA FERRACES DE LA CUEVA, Roque: *Pequeña memoria de grandes desaciertos sobre la pesca*, s.l., Roque Bárcia Ediciones, 2011, p. 37. Dieter Langewiesche relaciona este tipo de liberalismo con la patria local, en un mundo de pequeños propietarios, en LANGEWIESCHE, Dieter: *La época del Estado-nación en Europa*, Valencia, PUV, 2012, pp. 163-166.

⁴³ BARCIA FERRACES DE LA CUEVA, Roque: *España manifiesta...* p. 13.

⁴⁴ BARCIA FERRACES DE LA CUEVA, Roque: *Las clases productoras agonizantes...*, p. 18; ID.: *España manifiesta...* p. 5.

Resuena, en este relato, el mito liberal de las antiguas libertades nacionales perdidas que el liberalismo había venido a restaurar tras siglos de postración y tiranía, tal y como se había formulado en época gaditana, y que tendría un largo recorrido en las interpretaciones liberales del pasado nacional a lo largo del siglo XIX⁴⁵. Por su parte, el rigorismo moral y la actitud de Roque Barcia frente a los eclesiásticos se inscribe claramente en la corriente anticlerical originada en la crítica ilustrada y que, a partir de 1820 aproximadamente, alcanzó una extensión extraordinaria: se rechazaba cualquier tipo de poder clerical, pero sin cuestionar la religión ni la ortodoxia. Muy al contrario, en el campo liberal se aceptaba en esa época la unidad religiosa como instrumento al servicio de la igualdad jurídica y como freno al despotismo y a la superstición, al tiempo que se condenaba frecuentemente la falta de piedad y la relajación moral del clero⁴⁶.

En cualquier caso, este relato liberal acerca de lo que era y lo que debería ser España dotaba de significado tanto a la realidad social y política como a la función del *patriota*, del propio Barcia, en ella. Su intensa actividad publicística, sobre todo desde 1834, da cuenta de su conceptualización de la esfera pública como un espacio para la acción política en el que se siente plenamente autorizado para intervenir. La exposición de sus doctrinas ante los órganos representativos de la nación suponen, explícitamente, la voluntad de influir en la orientación de las acciones de gobierno en virtud de sus conocimientos. Si bien esto no era posible bajo el absolutismo –y bien que lamenta la época del «mas mentecato despotismo» en la que «solo se ejercitaba la prensa con firmanes [*sic*] ominosos, almanaques, catones y novenas»⁴⁷–, la construcción de la esfera pública liberal, especialmente desde mediados de la década de 1830, abría el contexto institucional que hacía posible el desahogo de sus inquietudes patrióticas. A esta actitud subyace la comprensión de la opinión pública como medio de expresión de la voluntad general por medio de la imprenta y, por lo tanto, como fuente de legitimidad en el ejercicio del poder por parte de los representantes políticos. Tal y como se había

⁴⁵ ÁLVAREZ JUNCO, José: *Mater dolorosa...*, pp. 119-227.

⁴⁶ LA PARRA LÓPEZ, Emilio: “Los inicios del anticlericalismo español contemporáneo (1750-1833)”, en LA PARRA LÓPEZ, Emilio y SUÁREZ CORTINA, Manuel (eds.): *El anticlericalismo español contemporáneo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 17-68”, pp. 17-68. El planteamiento de la unidad religiosa, ampliamente compartida por el liberalismo español, se inspiraba en la consideración de la doctrina de Cristo como opuesta al despotismo. En MILLÁN, Jesús y ROMEO, María Cruz: “La nación católica en el liberalismo. Las perspectivas sobre la unidad religiosa en la España liberal, 1808-1868”, *Historia y Política*, 34 (2015), pp. 183-209.

⁴⁷ BARCIA FERRACES DE LA CUEVA, Roque: *España manifiesta...* p. 37.

establecido ya en los debates sobre la imprenta en las Cortes de Cádiz, desde una perspectiva liberal, la opinión pública actuaba como nexo entre el poder constituido y el constituyente –la nación–, cumpliendo la función de guía y vigilancia. En este sentido lo plantea también Barcia cuando advierte: «¡Desgraciado el ministro que no queme inciensos y humille su cerviz ante el tribunal de la opinion pública! Sus pasos serán vacilantes, á no apoyarse sobre ella: porque ella sola robustece los lazos entre el Gobierno y los gobernados»⁴⁸. La opinión se concebía, desde la doctrina política liberal, como un poder con función representativa en los países libres⁴⁹.

En este contexto, Barcia se percibe a sí mismo como portavoz de la opinión pública nacional. Su insistencia en la *verdad* de sus afirmaciones, en la *imparcialidad* de sus doctrinas y en el *desinterés* de sus acciones viene a profundizar en la imagen de *voz de los gobernados*, especialmente de las clases más pobres, que ofrece de sí mismo. Y lo hace, además, trascendiendo un mandato particular que él presenta como cuestión de interés general: su labor patriótica desborda el imperativo local y se proyecta como representación nacional. Es un aspecto que se relaciona estrechamente con el rotundo soberanismo que subyace a sus concepciones políticas y, por lo tanto, con el ideal de la función directora –y vigilante– de la nación en los asuntos públicos que informaba al liberalismo radical, especialmente en lo que tocaba a la contención de las derivas tiránicas –injustas– del poder. Justo en el momento en el que la lucha contra el carlismo se solapaba con las insurrecciones populares liberales, dando lugar a una revolución muy compleja que trae a primer plano, precisamente, el arraigo del principio de la soberanía nacional en el liberalismo español, Roque Barcia volcaba todos sus esfuerzos en orientar las labores de gobierno, imaginando que la propia patria hablaba a través de él. La larga trayectoria que le había granjeado el reconocimiento social por la vía de sus capacidades, así como su comprensión del campo político como un espacio de acción orientado a «hacer buenos y felices [a] los hombres»⁵⁰, legitimado en la opinión pública como expresión de la voluntad general, lo habían constituido como canal político entre la sociedad –en principio local pero con proyección nacional– y los poderes del Estado.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 85. Es una cita literal de CANGA ARGÜELLES, José: *Diccionario de Hacienda, con aplicación a España*, tomo 1, Madrid, Imp. de D. Marcelino Calero y Portocarrero, 1833, p. 590.

⁴⁹ CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo: “La opinión secuestrada. Prensa y opinión pública en el siglo XIX”, *Berceo*, 152 (2010), pp. 23-62; FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier et CHASSIN, Joëlle (coords.): *L'avènement de l'opinion publique: Europe et Amérique, XVIIIe-XIXe siècles*, Paris, L'Harmattan, 2004.

⁵⁰ BARCIA FERRACES DE LA CUEVA, Roque: *España manifiesta...* p. 25.

La vida de Roque Barcia Ferraces transcurrió, como se ha visto, entre la atención a sus obligaciones familiares y profesionales en La Higuera y su actividad patriótica en Madrid. La consideración de su calidad en la colonia de pescadores debió dar forma desde muy pronto a las percepciones sociales de su hijo, Roque Barcia Martí, que creció inmerso en el imaginario autorreferencial que vinculaba la distinción social de la familia con el mérito del conocimiento, con la propiedad y con la capacidad de intervenir en la esfera pública. Una percepción de sí mismo que lo situaba socialmente y que le permitía imaginar, desde este marco significativo de referencia, una cierta idea de *status* y un hipotético desarrollo vital y profesional acorde con ese horizonte de aspiraciones. Un camino que no estaba determinado y que fue trazando al hilo de las particulares circunstancias que rodearon sus años de formación en su infancia y primera juventud.

Las desgraciadas circunstancias del hijo de un patriota

Como ya se ha señalado, Roque Barcia Martí vivió su infancia en la Real Isla de la Higuera, en un ambiente familiar marcado por la actividad patriótica de su padre y la memoria de la persecución que había sufrido en época absolutista. Barcia era muy pequeño en ese momento pero, como se preguntaba Larra, «¿quién no es hijo de alguien en el mundo? ¿quién no ha tenido padres que se lo cuenten?»⁵¹:

«Recordamos haber oído decir á nuestra madre que de la rotura de un espejo de cuerpo entero que habia en la sala se originaron las sangrientas persecuciones de que por sus creencias políticas fue nuestro padre objeto: desde que el espejo se rompió no hubo paz ni concierto en la casa»⁵²

En un contexto marcado por la frustración revolucionaria del Trienio Liberal, la represión contrarrevolucionaria y la guerra civil, la superstición y la fatalidad también tenían su lugar a la hora de dar sentido a unos trastornos familiares que, al menos para Teresa Martí, no parecían encontrar razón suficiente en la ruptura del campo político. En cualquier caso, Roque Barcia debió experimentar lo político desde muy joven a través de la actividad de su padre, aunque no resulta fácil valorar el peso que los referentes políticos recreados en el entorno familiar acaban teniendo en la identidad de los sujetos. Nada sabemos, por ejemplo, acerca de las inquietudes políticas de su madre.

⁵¹ FÍGARO (pseud. Mariano José de Larra): “Una primera representación”, en *Revista Española, periódico dedicado a S. M. la Reina Gobernadora*, 3 de abril de 1835, p. 1.

⁵² BARCIA MARTÍ, Roque: *Catón político*, Madrid, Imp. Tomás Núñez Amor, 1856, p. 192.

Pero, si bien no se pueden hacer atribuciones automáticas en materia de modelos identitarios transmitidos en el seno familiar, poca duda cabe de que debió ser educado en los valores y principios de la tradición radical de raíz ilustrada que sostenía su padre, así como en una religiosidad austera e intimista alejada de los excesos de la ritualidad oficial. De hecho, en los postulados republicanos y federales que defendió años después resuenan los ecos de los principios, argumentos, concepciones y actitudes políticas que su padre expuso en su producción publicística.

Parece que Barcia pasó su infancia entre las atenciones de su familia, los juegos con su amigo Simón y la ocasional dedicación al cuidado de los cerdos que tenía su padre en La Redondela⁵³. La cuestión de su formación es más atípica. A pesar de las «extraordinarias capacidades» intelectuales que le atribuían quienes le conocieron en la vida adulta, algunas noticias sobre su desarrollo infantil plantean dudas acerca de su capacidad cognoscitiva durante su niñez y juventud. Conocemos los detalles de su azarosa etapa de estudiante por un folleto que él mismo escribió algunos años después, en 1843. En él explica que, pese a los constantes esfuerzos que se habían dedicado a ese fin, no había aprendido a leer ni a escribir hasta 1837, cuando ya rondaba los 16 años:

«Mis facultades intelectuales aletargadas, por decirlo así, habían permanecido incapaces de toda impresión hasta esta época, en que conseguí perfeccionar dichas nociones medianamente, sin esfuerzo notable, y en brevisimo tiempo, siendo mi maestro mi hermano mayor»⁵⁴

Este aspecto es referido también en algunas semblanzas biográficas que se escribieron muchos años después, en su época de parlamentario, en las que incluso se recrea la abnegación de los padres ante la incapacidad intelectual del hijo. Algún autor llega a poner en boca de su padre un lamento dirigido a su esposa: «Paciencia, querida mía, paciencia; Dios ha querido castigarnos dándonos un hijo idiota»⁵⁵. Roque Barcia no

⁵³ Simón era hijo de Francisco Sánchez, armador de buque de pesca y escribano público en La Redondela; liberal también, parece que compartió exilio en Portugal con su colega Barcia Ferraces tras la restauración absolutista de 1823. En SÁNCHEZ ORTÍZ, Modesto: “Testimonios de un ochentón”, *El Imparcial*, 1 de marzo de 1933, p. 3.

⁵⁴ Él dice que en ese momento tenía 14 años de edad, ya que siempre sostuvo haber nacido en abril de 1823. BARCIA MARTÍ, Roque: *Solicitud que se eleva al Gobierno provisional de la nación, en pretensión de que sea admitido su autor en el colegio público de la Corte para el curso de leyes próximo venidero: escrita en prosa y verso*, Sevilla, Establecimiento Tipográfico, 1843, pp. 8-9.

⁵⁵ *Los Diputados pintados por sus hechos: colección de estudios biográficos sobre los elegidos por el sufragio universal en las constituyentes de 1869*, tomo 2, Madrid, R. Labajos y Compañía (eds.), 1869, p. 447. El autor de la semblanza ofrece una visión más poética del súbito despertar de las capacidades de Barcia. Según él, le consta que «á los catorce años, solo, sin maestros, sin la ayuda de nadie, en fin,

da cuenta de las razones de ese *aletargamiento* temporal de sus facultades, aunque al parecer puede estar relacionado con un accidente que sufrió de niño⁵⁶. Aparentemente, a la edad de 9 años recibió la coz de una caballería en la cara, lo que destrozó su mandíbula inferior derecha y le causó, probablemente, una fractura de cráneo. La irregularidad del contorno de su cara, su hablar algo gangoso y su sordera podrían ser secuelas de este accidente. La recuperación debió de ser, sin duda, larga y dolorosa.

En cualquier caso, el súbito despertar de sus capacidades le permitió trasladarse a Madrid a iniciar su formación ese mismo año de 1837, en plena Guerra Carlista, en compañía de su hermano Nicolás. En la capital les esperaba su padre, enfrascado en la intensa actividad patriótica que desplegaba por aquellos años, justo en el momento en el que se culminaba la reforma constitucional que dio lugar al código de 1837. El futuro parecía dibujarse prometedor para los dos hermanos, ya que en la capital podían seguir carrera en los estudios –Isla Cristina poco podía ofrecer en ese sentido– y establecer relaciones provechosas. Una vez en Madrid, estudiaron caligrafía y aritmética con Francisco de Travesedo y gramática latina y castellana con José María Igartúa, además de retórica y poética⁵⁷. Ambos eran profesores en los Estudios Nacionales San Isidro, centro que había pertenecido a los jesuitas pero que había pasado a ser laico en 1835. Parece ser que los hermanos compaginaron la asistencia a las lecciones en los Estudios con las clases privadas que impartían estos profesores, porque algunas de las asignaturas que cita no se impartían en San Isidro. Este establecimiento estaba orientado a impartir la segunda enseñanza, conocida entonces como *filosofía*, imprescindible para acceder a

aprendió á escribir sobre las playas del Océano, cuyas olas iban a morir á sus pies exhalando un débil quejido al deshacerse en la arena que le servía de tablero para sus ensayos». Por su parte, el periodista Modesto Sánchez Ortíz ofrece una versión parecida de este despertar, aunque le otorga un papel protagonista a su propio padre, Simón Sánchez, que había sido amigo desde la infancia de Roque Barcia: «En aquellos arenales, mi padre dibujaba en la arena mojada de la playa las letras del abecedario para que las aprendiera Roque Barcia, que entonces presentaba todas las apariencias de un niño anormal, casi tonto». En SÁNCHEZ ORTÍZ, Modesto: “Testimonios de...”

⁵⁶ Antonio Carmona y Pablo Caballero relatan muy detalladamente los pormenores de los daños, el tratamiento y las secuelas que debió sufrir Barcia. Señalan que «No tenemos constancia documentada de cómo sucedieron los hechos –sí de sus traumas y secuelas–», aunque no aportan referencias que permitan contrastar la información. En CARMONA, Antonio y CABALLERO, Pablo: *Roque Bárcia. Luces recobradas*, s.l., Roque Bárcia Ediciones, 2013, p. 18.

⁵⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: *Solicitud que se eleva...*, p. 10. La matriculación no era por cursos completos, sino por las asignaturas que se quisieran cursar. Francisco de Travesedo pasó en 1845 a enseñar Cálculos Sublimes en la Universidad Central. En 1821 se incorporó como profesor a la recién constituida Escuela de Ingenieros de Caminos, pero perdió su puesto al caer el gobierno constitucional. Fue también socio fundador y Tesorero de la Academia de Ciencias. José Igartúa fue nombrado catedrático de Latín y Castellano en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central en 1845. SIMÓN DÍAZ, José: *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, tomo 2, Madrid, CSIC, 1959, p. 146.

las carreras de Teología, Leyes, Cánones y Medicina según el plan vigente. En 1837, las enseñanzas impartidas en San Isidro se ajustaban plenamente a lo dispuesto por el gabinete progresista de Joaquín María López en el *Arreglo provisional de estudios para el próximo año académico*, publicado el año anterior apenas tres meses después del triunfo revolucionario en los Segundos Sucesos de La Granja. El ámbito de la instrucción pública era fundamental para los liberales, así que se apresuraron a modificar, aunque fuera provisionalmente, el *Plan literario de estudios y arreglo general de las Universidades del Reino* de Francisco Tadeo Calomarde, vigente desde 1824. El cuadro que trazaba el *Arreglo provisional* del estado de los estudios de *filosofía* es bastante descriptivo:

«La secundaria, que se daba en las universidades y en los colegios agregados á ellas con el nombre de filosofía, se hallaba en el estado mas deplorable: desacertada eleccion y distribucion de materias; vicioso método; libros de texto latinos, atrasados en conocimientos, impropios de este siglo; escasez de maestros; falta de instrumentos y toda especie de medios necesarios para dar á los jóvenes una instrucción correspondiente. Con estos elementos ¿qué progresos podrian hacer los alumnos, ni qué preparacion científica pudieran llevar á las clases de la enseñanza superior?»⁵⁸

A partir de esta constatación, el *Arreglo provisional* modificaba las asignaturas que se impartían hasta el momento en la *filosofía*, que pasaba a denominarse *segunda enseñanza*⁵⁹. En el marco de la construcción del nuevo Estado-nación liberal tras el triunfo revolucionario, guiada en sus primeros pasos por el liberalismo progresista, las

⁵⁸ *Gaceta de Madrid*, 6 de noviembre de 1836, p. 1. El *Plan literario* de Calomarde establecía que la filosofía debía cursarse en tres años, en los cuales se distribuían las materias: lógica, elementos de matemáticas, física general y particular, geografía, metafísica y filosofía moral. Los libros de texto obligatorios eran las *Institutionum elementarium philosophiae ad usus studiosae juventutis*, del jesuita novohispano Andrés de Guevara y Basoazabal y la parte de la “Ética” (VI tomo) de las *Institutiones philosophicae ad studia theologica potissimum accommodatae*, del padre François Jacquier. Por su parte, el *Arreglo Provisional* no establecía libros de texto, que quedaban al criterio de los catedráticos, para las asignaturas que se establecían: matemáticas, lógica, principios de gramática general, geometría aplicada al dibujo técnico, física experimental y química, geografía física y matemática, filosofía moral, fundamentos de religión, historia y principios generales de literatura. También se especificaba, aparte, la idoneidad del aprendizaje de lenguas vivas (inglés o francés) y dibujo natural. Con todo, el *Arreglo provisional* se orientaba además a modificar las enseñanzas universitarias, especialmente la carrera de Leyes, por razones explícitamente políticas: «La malhadada jurisprudencia en especial sufrió todo el rigor del despotismo. Nada quedó á par de ella que pudiese recordar á los pueblos sus perdidos derechos. Volvió á entronizar la fuerza opresora, á sumirse la razon en el caos de las leyes antiguas, y no quedó de la ciencia mas que el nombre. En la jurisprudencia canónica reinaron las opiniones ultramontanas con mengua y desdoro de la prerogativa [sic] Real. Todo era una verdadera anarquía». En *Gaceta de Madrid*, 6 de noviembre de 1836, pp. 1-2.

⁵⁹ El *Informe para proponer los medios de proceder al arreglo de las diversas ramas de la instrucción pública*, propuesto por Quintana en 1814, ya instauraba un modelo académico basado en los niveles de primera, segunda y tercera enseñanza.

soluciones a los problemas de la instrucción pública retomaban las concepciones utilitarias y ciudadanas que ya habían animado el plan de Manuel José Quintana en 1814 y, de hecho, el propio Quintana se encontraba entre los redactores del *Arreglo Provisional*. Aunque el liberalismo progresista que se articuló en la década de 1830 al hilo de la revolución poco tenía que ver ya con la utopía universalista gaditana, la sutil continuidad en el planteamiento de la instrucción pública tiene que ver con su proyecto de progresiva ampliación de la esfera pública desde un criterio amplio de *clases medias*. A diferencia del liberalismo conservador y autoritario moderado, fraguado en el mismo contexto, los progresistas no renunciaron a que «el principio preponderante en el Estado fuese la expresión de la voluntad del pueblo». Una voluntad general que, en su concepto, no sólo se debía recabar en los órganos políticos representativos, sino también en la esfera de la opinión pública nacional. Es cierto que el progresismo, siguiendo la tendencia europea hegemónica en ese momento, era un liberalismo de corte oligárquico que no albergaba ninguna pretensión democrática; pero sí que aspiraba a una gradual ampliación de la esfera pública mediante la progresiva extensión de la instrucción y de la propiedad, es decir, de la capacidad. Su horizonte no era fijar la *clase media* como un compuesto de las capas altas de las jerarquías ya existentes, como pretendían los moderados, sino más bien crearlas con el avance de la ilustración y la prosperidad nacionales⁶⁰.

De esta manera, tanto moderados como progresistas pensaban en la necesaria instrucción de esas *clases medias*, pero con distintas aspiraciones de transformación social. En el contexto de finales de la década de 1830, las enseñanzas medias no sólo se entendían como un paso necesario para acceder a las carreras universitarias, sino que se les asignaba una función más amplia de formación integral de las capacidades, es decir, de ciudadanos libres y autónomos útiles para la sociedad, preparados tanto para intervenir en la esfera pública como para impulsar los progresos de la nación. Como afirmaba Antonio Gil de Zárate, «no se limita á formar estudiantes para unas cuantas carreras, sino tambien á crear ciudadanos útiles»⁶¹. En este sentido exhortaba a los

⁶⁰ ROMEO MATEO, María Cruz: “Lenguaje y política del nuevo liberalismo: moderados y progresistas, 1834-1845”, *Ayer*, 29 (1998), pp. 37-62. La cita, en p. 49.

⁶¹ SIRERA MIRALLES, Carles: *Un título para las clases medias...*, pp. 21-25 y 335-370. La cita en p. 363. Antonio Gil de Zárate fue director general de Instrucción Pública y artífice del llamado Plan Pidal (1845), consecuencia del proceso de centralización administrativa que corrió paralelo al ascenso al poder de los moderados y que dotó de un marco estable a la enseñanza secundaria. Para una aproximación a la enseñanza secundaria en el siglo XIX, sigue siendo útil VIÑAO FRAGO, Antonio: *Política y educación*

estudiantes el canónigo Manuel Ventura Gómez, director de los Estudios de San Isidro, precisamente en el discurso de apertura del curso 1837:

«Solo diré lo que todos saben, y es, que así como la ignorancia el origen impuro de los vicios y de la ruina de las naciones, la ilustración es un manantial fecundo de la virtud y de la prosperidad de los ciudadanos. Con la instrucción en las ciencias unida al estudio de los fundamentos de religión se formarán necesariamente sabios legisladores, dignos sacerdotes, magistrados íntegros, valientes militares, padres cuidadosos, hijos obedientes; en una palabra, hombres de todas clases útiles á sí mismos y á sus semejantes; al paso que con la ignorancia no habrá mas que corrupción, miseria y desorden»⁶²

El estudio de la enseñanza secundaria respondía, por lo tanto, a un ideal ciudadano perfectamente inscrito en el marco de referencia social y política en el que se movía el joven Barcia. Si bien hay razones para pensar que lo que se podría considerar la educación primaria, generalmente reservada al ámbito local o familiar en aquella época, habría sido bastante deficiente en su caso debido a sus particulares circunstancias, parece claro que el horizonte de sus aspiraciones se ampliaba con los nuevos conocimientos que iba adquiriendo. A decir de Barcia, supervisados en sus tareas por «la diestra de un padre prudente que sabía á la vez estimularlos, y condenarlos, para dirigirlos á su mayor aprovechamiento», el notable provecho que los hermanos extraían de las lecciones despertaba recelos entre sus compañeros.

Con todo, los días en Madrid debieron transcurrir entre los estudios, la atención del padre y los cuidados que les dispensaba su tía Bárbara, que se hallaba en la capital. Pero, desgraciadamente, la muerte del padre, sobrevenida hacia el verano de 1838, truncó todos los planes que hubiesen podido imaginar los hermanos en la Corte. Barcia relata el golpe que supuso para ellos esa pérdida, cuando apenas había transcurrido un año desde su llegada a Madrid:

en los orígenes de la España contemporánea: examen especial de sus relaciones en la enseñanza secundaria, Madrid, Siglo XXI de España, 1982.

⁶² *El Español*, 19 de octubre de 1837, p. 4. El *Arreglo provisional* otorgaba una enorme importancia al estudio de la religión: «Se ha destinado el estudio de la filosofía moral para el tercer año, porque además de tener ya los alumnos mayor reflexión y conocimientos, se trata de prepararlos con esta enseñanza para estudios más serios y profundos. Se agrega á ella por ahora la de religión [...] porque la sanción religiosa es la base de la buena moral; y como en los primeros años se aprende superficialmente esta doctrina por imperfectos catecismos, el catedrático podrá instruir á los discípulos en los verdaderos fundamentos de la religión y de la moral cristiana, al paso que les enseñe la moral filosófica. En el día se da grande importancia al estudio de la religión en los países más cultos de Europa; y la España, esencialmente católica, no debe descuidar tan importante estudio». En *Gaceta de Madrid*, 6 de noviembre de 1836, p. 1.

«un acontecimiento para siempre horrible, vino á barrenar en su cimiento esperanzas que nos era tan dulce alimentar: á trocar absolutamente nuestra suerte futura, á echar por fin, un sello de hierro sobre nuestros progresos en los primeros pasos de la vida»⁶³

Barcia atribuye esa desgracia a la enfermedad que le produjo al padre verse enjuiciado por causa de uno de sus folletos, en el que condenaba a un empresario que pretendía calar una almadraba en la boca de la ría de Arosa⁶⁴. Según explica, enfermó la noche anterior a la vista –«vimos á nuestro padre atacado de una fuerte fiebre, sumido en un delirio que no cesó hasta la mañana en que hubo de levantarse para formar el esqueleto de su defensa»⁶⁵–. Sus argumentos contra la instalación, entre los que se encontraba el peligro de «lejitimar un levantamiento por parte de aquellos habitantes, cuyos derechos se atropellaban tan bruscamente», convencieron al jurado y, según anunció el *Eco del Comercio*, el fallo fue a favor de la absolución del encausado⁶⁶. Sin embargo, el viejo patriota llevaba ya «impreso en su rostro el hierro helado de la muerte»⁶⁷. Su estado se agravó en los días siguientes y murió en poco tiempo.

Con el fallecimiento del padre dieron comienzo siete meses de suplicio para los hermanos. Lejos de la protección de la familia, solos en Madrid, al inmenso dolor de la pérdida se sumó el padecimiento de los desengaños e ingratitudes con los que se tuvieron que enfrentar en su primera experiencia directa del «mundo positivo, el mundo de los hombres». Finalmente lograron arreglar sus asuntos y, tras dejar enterrado al padre en la capital, regresaron a Isla Cristina hacia principios de 1839. El «peligroso» estado de salud de Roque exigía imperiosamente la vuelta al hogar, ya que en ese tiempo también había enfermado a consecuencia del impacto que le había causado la pérdida de su progenitor: «yo con una afección de ánimo que me consumía,

⁶³ BARCIA MARTÍ, Roque: *Solicitud que se eleva...*, p. 11.

⁶⁴ Se refiere a *La superchería orgullosa y atrevida, o sea la almadraba concebida en pecado por don Juan Buigas, burlándose del poder, de las leyes y de los pueblos*, Madrid, Imp. D. N. Sanchiz, 1838. En él denunciaba la almadraba que pretendía instalar el empresario Juan Buigas en la ría de Arosa lo que, a su juicio, condenaría a la miseria y al ocio a las familias que vivían de la pesca en aquella zona.

⁶⁵ BARCIA MARTÍ, Roque: *Solicitud que se eleva...*, p. 12.

⁶⁶ *Eco del comercio*, 9 de junio de 1838, p. 4. La *Gaceta de Madrid* recoge el Auto del juez de primera instancia Manuel Luceño por el que dicta la sentencia absolutoria, con seis votos de «injurioso» contra seis votos de «absuelto». En consecuencia, ordena que Barcia «que quede inmediatamente en plena libertad, sin que este procedimiento le cause perjuicio ni menoscabo en su buen nombre y reputación: cancelándose la fianza que tiene prestada». En *Gaceta de Madrid*, 7 de junio de 1838, p. 1.

⁶⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: *Solicitud que se eleva...*, p. 13.

propiamente dicho, toqué quizá más de una vez la orilla del sepulcro»⁶⁸. Sus palabras denotan un carácter impresionable que le acompañaría toda la vida. A estos rasgos de su carácter se suma una acusada fatalidad que se respira en todos sus textos y que le lleva a considerar, ya en 1843, que su nacimiento estaba marcado por «los negros sellos de la desgracia». Sin embargo, no considera que la adversidad sea siempre envilecedora. Por el contrario, la experiencia del dolor eleva a quien sufre por encima de las banalidades terrenales y lo acercan a lo sublime⁶⁹:

«Dejamos la tierra: nos elevamos: vagamos por el espacio misterioso de la inmensidad: nos colocamos entre mil encantos celestiales, al lado mismo del Eterno, y experimentamos por fin, aquella multitud de emociones sublimes, que solo puede experimentar el alma poseída de un sentimiento hondo, sentimiento inflamado además por el sagrado fuego de la Religión. [...] Los grandes efectos, necesitan forzosamente de grandes causas que los produzcan. Las grandes ideas, de grandes impresiones, de grandes experiencias, de lecciones grandes como ellas, adquiridas no en otra parte que en la escuela del humano trato cuyo maestro principal es la adversidad, cátedra de la verdadera filosofía»⁷⁰

En la imaginación del joven Barcia, la adversidad es fuente de un potencial transformador que da origen a las grandes ideas y que eleva a los elegidos a la calidad de seres privilegiados. Fatalidad, desgracia, adversidad y un cierto halo tétrico asoman en los escasos textos en los que Barcia habla sobre su propia vida, para afirmar una individualidad marcada por el pesimismo y el sufrimiento, la enfermedad y la amenaza del sepulcro. De alguna forma, sufrir es su manera de estar en el mundo, lo que puede tener puntos de contacto con el héroe romántico, pero que se acerca mucho más a la mística cristiana del martirio y revela una concepción trascendente de su propia experiencia vital. Pero no es esta una estancia estéril porque, como se ha visto, de las grandes impresiones de la vida surgen los grandes genios.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 14.

⁶⁹ En el «siglo del dolor», como lo calificó Charles S. Peirce, el placer y el sufrimiento no eran realidades antagónicas, sino que mantenían una tensión constante. Disciplinas como la medicina o la fisiología reivindicaron las bondades del sufrimiento, también la filosofía. Como ha señalado Javier Moscoso: «El Romanticismo ya había consolidado una tradición cultural que buscaba convertir el dolor en un vehículo de la grandeza estética, en un elemento de la educación o en una cualidad inalienable de la historia. En sus formas más espiritualizadas, el pensamiento comenzó por señalar la conexión entre la belleza y el dolor o, mejor, la necesidad de “un mundo de dolor que eduque nuestra inteligencia”, como escribía Keats». En MOSCOSO, Javier: *Historia cultural del dolor*, Madrid, Taurus, 2011, pp. 117-161. La cita en p. 123.

⁷⁰ BARCIA MARTÍ, Roque: *Solicitud que se eleva...*, p. 17.

Una vez recuperado de su aflicción en Isla Cristina, gracias a los cuidados de su familia, Roque Barcia retomó los estudios por su cuenta. Entre 1839 y 1842 prosiguió en soledad el estudio de la gramática castellana y latina, pasó a Ayamonte a completar sus estudios de latín con el Padre Sacramento y, más tarde, a La Redondela, donde estudió gramática francesa con José de los Reyes, que había tenido que emigrar por cinco años a Francia por causas políticas. Por ese tiempo, José Mirabent, cura párroco de Isla Cristina y conocido reformista vinculado a las Sociedades Económicas matritense e hispalense, le ofreció el aprendizaje de la *filosofía*, especialidad que había impartido durante muchos años en la ciudad de Cádiz. Con él aprendió lógica, física, metafísica, ética y geografía universal, «adquiriendo no menos ciencia con su gran Doctrina que con su conducta verdaderamente religiosa, moralidad y ejemplo». La relación de la familia con el cura Mirabent debía ser cercana, porque dos de las hermanas de Barcia contrajeron matrimonio con sobrinos del párroco. Algunos años después, cuando Mirabent publicó su *Símbolo de la fe* en 1847, Roque Barcia figuraba entre los suscriptores de la obra. Finalmente, completó su formación con el aprendizaje de la taquigrafía, sin olvidar el estudio de la poesía, la religión, la historia o la biografía, «de que tantos medios tenemos de instruirnos en el retiro, donde las profundas meditaciones forman al fin los grandes hombres»⁷¹. Refugiado en la soledad de la «república independiente» de su habitación y rodeado de libros, el joven Barcia empezaba ya a cultivar una imagen de hombre solitario, sumido en profundas meditaciones, con la que siempre se sintió cómodo y que remite a la valoración del trabajo intelectual como producto de un genio individual y selecto. En Isla Cristina, las lecturas debían proceder muy probablemente de la biblioteca de su padre o de las de sus maestros.

Con estos mimbres, pronto adquirió fama de joven culto entre sus vecinos, imagen que él reforzaba mediante su retiro y el cultivo de la poesía en aquellos años. Pero, si bien su inclinación por el estudio y su amor por los libros son invocados por Barcia en multitud de ocasiones, también es cierto que había un plan detrás de toda esta formación por su cuenta, aparentemente informal. Las materias abordadas con el cura Mirabent se correspondían exactamente con los estudios de *filosofía* exigidos para acceder a los estudios superiores, si bien presentan la particularidad de que no se ajustan al *Arreglo provisional* progresista, sino al *Plan literario* de Calomarde. Las lecturas de

⁷¹ *Ibid.*, pp. 19 y 24.

historia y de literatura o el estudio del francés venían a completar las deficiencias del programa de estudios que el párroco le ofrecía. Su objetivo, después de todo, era seguir la carrera de Leyes.

Así pues, equipado con ese bagaje intelectual, Barcia abandonó el hogar familiar con el deseo de estudiar Jurisprudencia en la Universidad de Sevilla, a donde llegó el 24 de octubre de 1842. De nuevo, todas las esperanzas que podía haber depositado en su estancia en la capital hispalense se arruinaron. Sus pretensiones fueron rechazadas, ya que no había cursado la enseñanza secundaria en ningún establecimiento público. No podía, bajo estas circunstancias, acceder a la universidad. Aun así, permaneció todo el curso en la ciudad, siguiendo algunas clases en las cátedras de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, quizás con miras a obtener los estudios exigidos para ingresar en la carrera que deseaba. Su dedicación a las matemáticas en esos meses así lo sugiere. Sea como fuere, no debió lograr su objetivo. Apenas finalizado el año académico, y no conforme con la negativa que había obtenido, apeló al mismísimo Baldomero Espartero como Regente del Reino, a quien dirigió su *Solicitud* con la esperanza de que intercediese por él en un asunto que, sin duda, consideraba vital.

Más allá del valioso relato pormenorizado de sus años de formación, la *Solicitud* que dirigió Barcia a Espartero presenta el interés de ser la primera publicación que hizo, con apenas 21 años, con ánimo de influir en las instancias de poder. En ella da cuenta de los imaginarios sociales y políticos que había ido asumiendo e interiorizando a lo largo de sus primeros 20 años de vida, así como su plena inserción en la narrativa social del progreso liberal, articulada en torno a las nociones de instrucción, virtud, mérito y utilidad vinculadas al ideal del ciudadano libre y autónomo. Un marco de referentes, claro está, específicamente masculinos que ordenaban una cierta idea de vida plena. Estos elementos permitían a Barcia construir un escenario en el que imaginarse realizando su vida adulta, un marco de *imágenes, sueños y fantasías* –a ellos se refiere cuando habla de sus proyectos– en el que representar el cumplimiento de sus deseos y sus consecuencias⁷². La percepción de sus experiencias como *desgraciadas circunstancias* sólo se entiende en relación con la frustración y ruina de ese escenario que había imaginado. Es ese sentimiento de angustia ante la imposibilidad de

⁷² SCOTT, Joan W.: “El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad”, *Ayer*, 62 (2006), pp. 111-138.

autorrealizarse como profesional liberal del derecho lo que le lleva a exponer su caso ante el Regente, nada menos que la más alta instancia política del momento, con poder ejecutivo. No se dirige a las Cortes, como tantas veces había hecho su padre, por ejemplo. Y no parece una cuestión menor este detalle, ya que, a diferencia de aquel, Barcia hace uso de la retórica patriótica para lograr una solución política a un problema de su interés individual, incluso argumentando la vulneración de uno de los pilares fundamentales del liberalismo, como es el principio de igualdad ante la ley.

Es muy significativo que la *Solicitud*, que no deja de ser un ejercicio retórico con una vocación manifiestamente instrumental, se inicie con una afirmación rotunda de la personalidad de quien escribe. Barcia dedica las primeras páginas a responder(se) la pregunta que abre el texto: «¿Quién es este á quien cabe hoy la distinguida honra de elevar su voz débil hasta V.A.?»; y reitera: «¿Quién es este?». La pregunta retórica le sirve para exponer sus concepciones acerca de los principios que rigen –o deberían regir– las sociedades y las relaciones de poder que se dan en ellas, y también para posicionarse en esa ecuación. Asumiendo la idea del pacto como acto fundacional de la sociedad y del poder político –que él piensa, por supuesto, en términos nacionales–, afirma, por una parte, la radical igualdad de todos los hombres en cuanto seres morales y racionales; por otra, señala la felicidad de los pueblos como objeto de la vida en común, mediante el acrecentamiento de la prosperidad y la ilustración nacionales. En este sentido, argumenta que poco importa quién sea el ciudadano que apele al poder:

«pero un pastor que fuera ¿no es parte acaso de la masa común? ¿No es uno de los hombros en que descansan las grandes columnas de la asociación? ¿No es una persona moral, con razón propia, capaz por consecuencia de obligaciones y de derechos? ¿No es objeto también de los que el espíritu nacional ilustrado selló con sangre heroica en lo que hoy respetamos como código fundamental, tabla reguladora de las prerogativas políticas de los iberos todos? Y hablando de V. A. mismo ¿para qué es el primer ciudadano de la nación sino para ser el primero en poner en acción, en dar vida á todos los elementos de su prosperidad y grandeza? [...] Y esto ¿de que otro modo que identificándose, por decirlo asi, con todas las dependencias, con todas las clases de la sociedad, desde el mayor al mas pequeño [...]? Porque si los simples ciudadanos, por aquella relación que nace de los pactos primeros que nos asociaron, estamos todos sin escepcion ninguna en el deber de mutuas prestaciones, siendo su necesario cumplimiento nada menos que la piedra angular en que estriba la sociedad humana, ¿cuánto mas estrecho, cuánto mas sagrado no será este deber respecto de aquellos á cuyo cargo está la gran administración de los estados, la enorme masa de los intereses comunales? [...] Hacer felices á sus pueblos,

ved aquí, Sermo. Señor, el sólido poder, la verdadera gloria, la inviolabilidad sellada en las cabezas de los reyes»⁷³

Barcia se ubica entre el común de los ciudadanos, entre los pilares que sostienen la asociación, a quien le atan lazos de reciprocidad. Pero también forma parte de ese pueblo al que los «administradores del estado» deben procurar la felicidad. El campo político se dibuja como un espacio orientado a la felicidad pública –y privada– en el que los individuos, portadores de derechos y deberes, exponen sus demandas ante el poder y deben ser escuchados. Este último aspecto está presente en todo el argumento, cuando afirma, por ejemplo:

«El Gobierno Provisional de la Nación, está bajo la salvaguardia de la Constitución. ¿Para qué? Para oír y satisfacer con la equidad á la nación toda, porque del Gobierno Provisional dependen hoy principalmente los altos destinos de la nación»⁷⁴.

Más allá de las resonancias ilustradas del planteamiento, las opiniones de Barcia se sitúan claramente, a la altura de 1843, en la órbita de los postulados progresistas o, al menos, de una parte del progresismo: la invocación de las doctrinas *metafísicas* del contrato social o la defensa de la concurrencia de intereses/opiniones entre la sociedad y quienes deben gobernarla así lo avala⁷⁵. La formación de la identidad política del joven Barcia, educado en un ambiente cultural radical –y religioso–, entre la memoria de la persecución política familiar en época absolutista y la experiencia de la revolución y del proceso de desarticulación del Antiguo Régimen y de construcción del nuevo orden liberal, liderado este por el liberalismo más avanzado hasta 1843, se había resuelto en torno a las doctrinas progresistas. De hecho, en esa época ya se identificaba abiertamente con «los santos principios del progreso», con cuya profesión –decía– «nuestro corazón se llena de gloria»⁷⁶; también dedicaba algunos de sus textos a

⁷³ BARCIA MARTÍ, Roque: *Solicitud que se eleva...*, pp. 5-7.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 26.

⁷⁵ El progresismo era poco homogéneo internamente. Como ha señalado María Cruz Romeo, «De forma más contundente que el moderantismo, los progresistas se hacen a través de la revolución y al calor de los acontecimientos posteriores a 1834. Por ello, y con mayor claridad que el primero, el progresismo es un magma de fronteras imprecisas y heterogéneas, cuyos contenidos se definieron en relación con el moderantismo y con respecto al radicalismo. De manera que las señas progresistas surgen más por oposición/diálogo con las otras fuerzas políticas que por un proyecto diáfano y sólido». En ROMEO MATEO, María Cruz: «Lenguaje y política del nuevo...», p. 51. Con todo, las opiniones políticas vertidas por Barcia se pueden relacionar con los planteamientos de Antonio Alcalá Galiano o de Joaquín María López en ese momento.

⁷⁶ BARCIA MARTÍ, Roque: *Ensayos poéticos*, Sevilla, Establecimiento Tipográfico, 1843, p. 3.

personalidades del partido progresista en el ámbito de la provincia de Huelva, como el diputado provincial José María Arroyo Bermúdez o Juan Montemayor, Intendente de Rentas Estancadas. Aunque sus opiniones políticas variaron después, en su memoria quedó fijada la imagen de que los trabajos revolucionarios habían sido obra de los progresistas, incluso desde la Guerra de la Independencia.

En cualquier caso, una vez establecida la relación general entre sociedad y gobierno desde una perspectiva progresista, llegaba el momento de subrayar su propia particularidad. Y lo hace apelando a su filiación, en primer lugar, y a su capacidad intelectual:

«Pero no es un pastor, Sermo. Señor, el que tiene el alto honor de suscribir. Es el hijo menor del ciudadano D. Roque Barcia, apellidado mas de una vez Sapiente y patriota: “cuyas obras merecen ocupar un lugar distinguido en las bibliotecas de los sabios:” del hombre, en fin, que “sacrificó á los intereses de la patria los de sus propios hijos, victimas de su celo en la terrible lucha que exigia imperiosamente el sostenimiento de la ria de Arosa (Galicia)”, de la cual, asi como de todas las costas marítimas de España, era dignísimo representante. Es un estudiante que idolatra de los libros (*sic*) aspira á los laureles del templo santo del saber; un joven á quien la mas terrible conjuración de los sucesos, todos los anatemas de la desgracia no han podido sofocar en su pecho el ardiente amor que profesa á las ciencias, porque nació para ellas»⁷⁷

En todo esto, el contraejemplo del pastor, con todo lo que implica, no puede sino invocarse desde la alteridad. Él no es un pastor, sino el hijo menor del ciudadano Roque Barcia, un estudiante. El emotivo relato de sus desgracias, el golpe que supuso la muerte de su padre –un «sostenedor de derechos» que «clamó y escribió [...] usando de una prerogativa, parte esencial de los derechos que le competían como ciudadano de una nación libre», ya que «para ello nos dan accion a todos las leyes de imprenta»⁷⁸–, su propia enfermedad, la falta de estímulo para el estudio que ofrecía Isla Cristina... todo viene a ensalzar su determinación y sacrificio, su perseverancia ante la adversidad. En este punto, es llamativo que no mencione el contexto bélico que rodeó sus años de aprendizaje, en plena guerra carlista. Según dice, llegó a Madrid hacia el verano de 1837, momento precisamente en el que la Expedición Real de Carlos María Isidro se hallaba a las puertas de la capital. Pero no hay ni una sola referencia a la contienda en

⁷⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: *Solicitud que se eleva...*, p. 8. Los entrecomillados de la cita provienen de una «carta confidencial» dirigida por su hermano Nicolás a su amigo Francisco Tapias.

⁷⁸ *Ibid.*, pp. 11-12.

todo el escrito, más allá de un breve apunte sobre que las carreteras estaban llenas de «facciones rebeldes». Sin embargo, era una razón habitual en aquella época para elevar súplicas e instancias al gobierno, ya que muchos estudiantes habían visto alterada su trayectoria académica a causa de la guerra y podían conmutar años de servicios en campaña por años académicos⁷⁹. Pero Roque Barcia no recurre a esa posibilidad, lo que hace pensar que no tomó parte en la contienda y, de hecho, no tenemos noticia de que se involucrara a lo largo de su vida en ningún cuerpo armado, ni como voluntario, ni en el ejército, ni en la Milicia Nacional. Nunca fue, en este sentido, un hombre de acción.

Con todo, la minuciosa reconstrucción de su currículum no tiene otro objeto que demostrar que ha adquirido los conocimientos y habilidades necesarias para acceder a la carrera de leyes, si bien no puede ofrecer justificación de sus estudios. Pero considera que la simple composición y publicación de la *Solicitud* es ya suficiente aval de la solidez de su formación:

«[...] cuyos comprobantes no creo necesario acompañar a las superiores manos de V. A., porque lo son, y muy auténticos, la circunstancia de hablar en español, la de hablar con V. A. con quien nos gobierna legítimamente alrededor del trono de nuestra augusta e inocente Reina, y lo que no es menos, la publicación de la presente respetuosa instancia»⁸⁰.

Su mérito se manifiesta, por lo tanto, en el dominio de la lengua castellana y en la capacidad de interlocución en el espacio público, como exponentes de las habilidades y los conocimientos adquiridos. Sin embargo, las posibilidades que le abría su bagaje intelectual –asociado a las imágenes de reconocimiento y *status* social– chocaban contra el muro de las exigencias formales prescritas por las leyes de instrucción pública vigentes en el momento:

«Si mi entendimiento ha adquirido las noticias necesarias, si es ó no, capaz de la comprensión de estas verdades [de la filosofía], tal vez existe mas de una prueba auténtica, que podría responder satisfactoriamente. Pero no, (se me dice) es menester adquirir esta capacidad en establecimiento público»⁸¹

⁷⁹ *Gaceta de Madrid*, 22 de abril de 1843, p. 1.

⁸⁰ BARCIA MARTÍ, Roque: *Solicitud que se eleva...*, p. 24.

⁸¹ *Ibid.*, p. 27.

Esta contradicción lleva a Barcia a percibir su situación como injusta. Apartir de ahí, su argumento se desliza hacia una abierta defensa de la arbitrariedad en la aplicación de la ley. No deja de ser contradictorio, ya que reconoce «el profundo respeto que exige de nosotros toda disposición emanada de la lejitima potestad», pero al tiempo considera que hay casos en los que se deben hacer excepciones, atendiendo a las circunstancias. Entiende que a la hora de administrar el «dificilísimo arte de dar á cada uno su derecho», no importa tanto la letra de las leyes como su espíritu, «aquel genio regenerador que las hace tales, moralmente hablando». Querer aplicar la ley sin tener en cuenta esto, a su juicio,

«bien podría llamarse ignorancia, arbitrariedad, infracción manifiesta de la ley misma. [...] ¿Por qué? No hay regla sin escepcion. [...] Formar leyes aplicables á todos los casos, esto es un atributo solo propio de la suprema sabiduria. [...] En lo humano, Señor, en que todo se funda en razones falibles, los mas comunes accidentes de la vida, un suceso nuevo, una circunstancia particular, un hombre estraordinario, todos estos son objetos dignos de otras tantas leyes»⁸².

¿Era su caso, entonces, el de un hombre extraordinario? De todo este planteamiento se deriva, claramente, que para Barcia la fuente del derecho reside en los principios y no en las leyes positivas de los hombres, que son falibles: cuando ambos entran en contradicción, la ley es injusta y no cumple su función. Esta manera de pensar los derechos reafirma el progresismo del joven Barcia, muy diferente a los postulados moderados que hacían derivar el derecho de la propia ley, lo que dejaba el camino expedito a la invasión del individuo por parte de los poderes públicos. Su argumento asume, de manera coherente con las doctrinas de contrato social, que el derecho preexiste al Estado y a la sociedad⁸³, aunque lo fuerza de manera dudosa en la aplicación del caso concreto que le preocupa. Esta flexibilidad a la hora de pensar el *imperio de la ley* ya sugiere una lectura individualista del principio de la soberanía nacional, un aspecto que estaría muy presente en su obra política posterior. El problema es, desde esta perspectiva, clarificar los principios sobre los que se debe sostener el derecho de

⁸² *Ibid.*, p. 29.

⁸³ ROMEO MATEO, María Cruz: “Lenguaje y política del nuevo...”, pp. 37-52. Este planteamiento de Barcia es cercano a lo expuesto por Joaquín María López en su *Curso político-constitucional* publicado en 1843. Una aproximación a la cultura política del progresismo español a partir de las propuestas de Joaquín María López en ROMEO MATEO, María Cruz: “La cultura política del progresismo: las utopías liberales, una herencia en discusión”, *Berceo*, 139 (2000), pp. 9-30; ID.: “Joaquín María López: un tribuno republicano en el liberalismo”, en MORENO LUZÓN, Javier (coord.): *Progresistas: biografías de reformistas españoles (1808-1939)*, Madrid, Taurus-Fundación Pablo Iglesias, 2005, pp. 59-98.

todos. Es un asunto que no entra a aclarar en este texto, aunque su inicial exposición acerca de los objetivos de la vida en común –la felicidad– y los medios para alcanzarlos –la prosperidad y la ilustración– orientan la resolución del problema de manera, a su juicio, satisfactoria y justa:

«Finalmente, Sermo. Sr., la ley no tiene mas que un pensamiento, que es la justicia; ni la justicia otra tendencia que conspirar á la felicidad posible de aquellos seres entre quienes está reconocido su saludable imperio. Y esta ley, luminoso fanal, felicísimo norte de todos los pueblos civilizados; esta ley siempre justa, protectora siempre ¿opondráse quizá, á que V. A. dé la vida civil á un joven digno, que tal vez está destinado á lucir en el teatro público; honor á una familia benemérita, acreedora á todas luces de mejor suerte, y á sus conciudadanos en general, considerados los hombres como eslabones, de cuyo mutuo y progresivo enlace se compone la dilatadísima cadena de la sociedad? ¿Se opondrá la ley á que V. A. conspire á proteger el mérito, principio nobilísimo á que debe su oríjen una parte esencial del engrandecimiento de las naciones?»⁸⁴

Razones de utilidad y de mérito, pero también razones individuales que dejan ver el ideal de realización personal que anima todos sus desvelos: lucir en el teatro público. ¿Aspiraba ya a hacer carrera política? Aún le faltaban algunos años para poder acceder a los cargos públicos, pero el peso de la meritocracia en la cultura progresista le permitía imaginar ese escenario, al considerar la inteligencia y la utilidad social del trabajo intelectual como marcadores de excelencia social, por encima de los criterios de renta⁸⁵. Se puede añadir que la plasmación jurídica del discurso progresista en materia de representación política, vigente en aquel momento, reforzaba esas aspiraciones: ni la Constitución de 1837 ni la Ley Electoral del mismo año fijaban criterios de renta mínimos para ser elegible como diputado⁸⁶. Así pues, podían estar a su alcance las calidades exigibles a los representantes públicos. En cualquier caso, por todas esas razones, y sin dejar de apelar en último lugar a la bondad del Regente, suplica a Espartero que «se sirva espedir la órden oportuna á fin de que se me admita en el Colejio público de esa Côte y curso de Leyes próximo venidero»⁸⁷. Acompaña al texto, como colofón final y ejercicio de virtuosismo, una larga canción escrita en verso en la

⁸⁴ *Ibid.*, p. 30.

⁸⁵ SIERRA, María, ZURITA, Rafael y PEÑA, María Antonia: “La representación política en el discurso del liberalismo español (1845-1874)”, *Ayer*, 61 (2006), pp. 15-45.

⁸⁶ Tampoco lo hacía, de manera significativa, la Constitución de 1812. En MILLÁN, Jesús y ROMEO MATEO, María Cruz: “Liberals i burgesos? Els «respectables» en la nació liberal”, en *Josep Fontana: història i projecte social. Reconeixement a una trajectòria*, vol. II, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 925-939.

⁸⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: *Solicitud que se eleva...*, pp. 31-32.

que invoca a Minerva, diosa de la sabiduría y de las artes, para que le revele qué le depara el destino en relación con su súplica. No se podía pedir una exhibición más completa de sus facultades intelectuales.

Es de señalar otro revés, uno más, que se suma al cúmulo de azarosas desgracias que conspiraban contra sus pretensiones. Y es que el texto que tan cuidadosamente había preparado para influir en el ánimo de Espartero está datado en Sevilla a 6 de agosto de 1843; hacía justo una semana que el duque de la Victoria había partido al exilio británico desde el Puerto de Santa María, tras ser derrotado por las fuerzas coaligadas de moderados y progresistas antiesparteristas⁸⁸. De hecho, Sevilla fue una de las ciudades que se levantó contra el Regente ese mes de junio de 1843, así que Barcia debió vivir el episodio insurreccional en primera persona: la formación de la Junta sevillana, el levantamiento de barricadas, el sitio de la ciudad por parte de las tropas gubernamentales, la movilización de la Milicia Nacional y la llamada al alistamiento de todos los hombres útiles entre 18 y 40 años. La agitación duró más de un mes y la violencia represiva fue extrema, ya que la ciudad fue bombardeada entre el 20 y el 27 de julio bajo la dirección personal de Espartero. Cayeron en esos días más de 600 bombas en Sevilla, causando grandes destrozos y la huida masiva de buena parte de la población. Finalmente, el día 28 llegó la noticia del triunfo general del movimiento; a los gritos de «¡Dios salvó al país! ¡Dios salvó á la reina!» los sevillanos contestaban «¡Viva la Virgen de los Reyes, viva S. Fernando, viva Sevilla!»⁸⁹. En efecto, desde el 23 de julio había asumido las labores de gobierno un gabinete provisional encabezado por el progresista Joaquín María López, que se extendió en sus funciones hasta la proclamación de la mayoría de edad de Isabel II en noviembre de ese año. Nada de esto se deja ver en la *Solicitud* de Barcia, pero la situación política había cambiado radicalmente y el destinatario de su petición había desaparecido del mapa. Trató de enmendar esta fatalidad a última hora introduciendo alguna mención al gobierno

⁸⁸ La dinámica que llevó a la coalición de moderados y parte de los progresistas contra Espartero, en DÍAZ MARÍN, Pedro: *La monarquía tutelada: el progresismo durante la regencia de Espartero (1840-1843)*, Alicante, Universitat d'Alacant, 2015.

⁸⁹ Un detallado relato del levantamiento sevillano y las circunstancias de su bombardeo, así como la vida en la ciudad durante esos días, en *El pronunciamiento y sitio de Sevilla: redactado para dirigir a sus amigos, que le han felicitado por no haber sufrido daño alguno en su persona, familia e intereses, a causa del cerco y bombardeo con que ha sido aflijida esta ciudad invicta por un miliciano nacional del escuadrón de la misma*, Sevilla, Establecimiento Tipográfico, 1843.

provisional en el texto⁹⁰. ¿Quizás anheló hasta el último momento el triunfo de Espartero? En cualquier caso, no logró su objetivo, ya que nunca cursó estudios superiores.

Barcia regresó a La Redondela, donde entonces residía su familia, hacia finales del verano de 1843, aunque no permaneció allí durante mucho tiempo. En Sevilla había interrumpido sus estudios de matemáticas para preparar la publicación de sus poemas, al tiempo que escribía la *Solicitud*, aunque aseguraba que retomaría la materia «luego que me sea dado regularizar mi sistema de vida»⁹¹. Con casi veintidós años y sin posibilidad de desarrollar su vocación en el ámbito de la jurisprudencia, Barcia tuvo que recomponer el escenario en el que imaginar su desarrollo vital y profesional. No renunció, en esta operación, a su anhelo de brillar en la esfera pública con una actividad que aunara mérito y utilidad desde el trabajo liberal e intelectual. Antes de que acabara ese año de 1843, publicó en Sevilla sus *Ensayos poéticos* y también la comedia en un acto y en verso *Allá va un símil!*, que no llegó a estrenar. Empezaba, de esta manera, su carrera como literato.

Un literato de provincias

El año de 1843 constituyó un punto de inflexión en la vida de Barcia. Como recordaba José Zorrilla en su caracterización de “El Poeta”, escrita por esas mismas fechas, la publicación de sus composiciones suponía para un joven escritor de versos un punto y aparte vital: «el muchacho pasa á ser hombre, y el estudiante á Poeta. En este día empieza para él una nueva era». Claro que Zorrilla también vinculaba esta nueva etapa con una sociabilidad literaria que estaba muy lejos de La Redondela, además de con una dedicación que colmaba las aspiraciones del porvenir: «Este es el Poeta; el que cuenta con hacer de la poesia su profesion y su ocupacion de toda la vida». Se refería explícitamente a figuras como Tomás de Irirarte o José de Espronceda, ya fallecidos, pero también a personalidades literarias del momento como Tomás Rodríguez Rubí, Juan Eugenio Hartzenbusch, el Duque de Rivas, Manuel Bretón de los Herreros o

⁹⁰ En una nota final aclara que: «Por un olvido que no se ha podido salvar en tiempo oportuno, se le ha dado al gobierno provisional el tratamiento de Alteza, que correspondía al ex-Rejente, para quien estaba escrita la presente representación». En BARCIA MARTÍ, Roque: *Solicitud que se eleva...*, p. 40.

⁹¹ *Ibid.*, p. 27.

Antonio García Gutiérrez, vinculados además todos al teatro, en el que volcaban sus esperanzas los jóvenes escritores como puerta de acceso al reconocimiento público⁹².

A pesar de tratarse de un ejercicio literario, la construcción del poeta que dibuja Zorrilla en tono costumbrista bien podría aplicarse a Barcia. O, al menos, la imagen que ofrece de sí mismo las escasas veces que rememora de manera explícita algún detalle de su juventud –o indirectamente a través de lo que deja ver en sus textos– permite encajarlo en ese perfil. Seguramente, la distinción de determinados rasgos de su carácter vienen a sostener su autopercepción como hombre de genio individual único, fraguado a golpe de desdichas y dolores. Así, traslada una imagen de joven reflexivo e imaginativo, pero solitario, severo y austero, inclinado naturalmente al pensamiento profundo; un «muchacho-curva» –denomina *curvas de su espíritu* a sus inquietudes–, que interrogaba con extrañeza al mundo que le rodeaba tratando de desentrañar sus misterios⁹³. Las lecturas y estudios le pondrían en contacto con más elementos de reflexión y pronto se vería animado a poner por escrito sus inquietudes, como aquella vez que, según dicen, sorprendió a su maestro consultándole «sobre la generación de las ideas, suponiendo que debía existir una idea *simple* que fuese *generadora* de todos los hechos mentales»⁹⁴. Su gusto por la poesía y su interés por la literatura, unidos a la ampliación de conocimientos que le procuraba el estudio, vendrían a auxiliar con nuevos recursos y figuras su imaginación, ayudándole a verter en versos sus pensamientos y esperanzas.

El resultado de ese proceso se puede ver en sus *Ensayos poéticos*. Su afición a la poesía se desahoga componiendo seguidillas, madrigales, églogas o canciones, dedicados algunos de ellos a sus amigos y a sus familiares –a Elisa, a su hermano Nicolás, a su hermana Filomena, a su amigo Simón o a su sobrina–, algunas veces bajo petición de los destinatarios, frecuentemente acompañando cartas. No dedica ninguno, por cierto, a su madre. Algunos son jocosos, muchos de temática amorosa y pastoril; también hay alguno de tema patriótico, como un “Himno de Riego”. Alejado de los suyos en Sevilla, alterna versos a la Giralda o a la Catedral con composiciones regidas por la idea de ausencia y añoranza de los seres queridos. Pero, además de a su entorno más cercano, también dedica versos a diferentes personalidades literarias como el

⁹² ZORRILLA, José: “El poeta”, en *Los españoles pintados por sí mismos*, tomo 2, Madrid, J. Boix Editor, 1844, pp. 150-157. La cita en p. 155.

⁹³ AUTOR DE LOS VIAJES (pseud. Roque Barcia Martí): “La semana de...”, p. 10.

⁹⁴ *Los Diputados pintados...*, p. 448. La cursiva en el original.

Duque de Rivas o Bretón de los Herreros, también a la actriz Cristina Villó de Ramos. Incluso se permite la licencia de proponer una pieza para introducirla en una de las canciones del drama *El trovador*, escrito por Antonio García Gutiérrez y estrenado en 1836 con enorme éxito. La gran fama de estos autores los consolidaba, sin duda, como ejemplos a imitar si quería triunfar en la república de las letras.

En cualquier caso, la posibilidad de que Barcia pensara en la escritura como medio de desarrollo profesional y de intervención social suponía la existencia de una esfera pública accesible y plural, en la que era posible desarrollar el genio creativo de manera independiente y autónoma y en la que, además, se recompensaba el talento individual. La dedicación a la literatura en las primeras décadas del siglo XIX se manifestaba, de manera destacada, mediante la figura del político que entendía la actividad literaria como parte del propio individuo, o bien mediante la figura del profesional liberal aficionado a las letras, pero que no aspiraba a vivir de ellas. Quizás el caso de Barcia podía haber sido este último, como había sido en cierta manera el de su padre, pero el cierre de otras opciones en el contexto revolucionario lo ubican entre aquellos jóvenes inquietos que, al hilo de las transformaciones que acabaron con el Antiguo Régimen, entendieron su propia actividad literaria como una profesión. Eran, como ha señalado Jesús A. Martínez, «los hijos de los ilustrados en busca de reconocimiento público» los que fueron configurando la idea del escritor y del artista individual como un valor en sí mismo, vinculado al libre debate y a la creación intelectual⁹⁵. La afirmación de la idea del autor, dueño del producto de su imaginación, surge en estos años y así lo manifiesta Barcia también de forma rotunda cuando advierte a los potenciales lectores de sus *Ensayos poéticos* que «estos versos que leerás [...] son míos, exclusivamente míos, con lo cual te quiero decir tanto... muchos lo entenderán». El aura de elegido que rodeaba al genio selecto del autor, vinculada a la imagen del éxito individual, debía acompañarle cuando afirma a renglón seguido que «no pienses que en la portada de estos pobres ensayos es donde solamente has de ver escritos con letras mayúsculas mi nombre y mi apellido»⁹⁶.

La dedicación a la escritura no era ajena, en cualquier caso, a la dimensión política del sujeto. La concurrencia entre literatura y política queda bien patente cuando

⁹⁵ MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: *Vivir de la pluma. La profesionalización del escritor, 1836-1936*, Madrid, Marcial Pons, pp. 37-72. La cita en p.51.

⁹⁶ BARCIA MARTÍ, Roque: *Ensayos poéticos...*, p. 10.

Barcia acompaña su *Solicitud*, plagada de argumentos políticos, con una poesía de las muchas que en ese momento tenía inéditas. Como vimos, también dedica sus primeras publicaciones –algo tan aparentemente alejado de la literatura política como unas poesías o una obra de teatro– a figuras políticas progresistas muy destacadas en el ámbito provincial. Su profesión de fe progresista viene plasmada, precisamente, en la dedicatoria de sus *Ensayos poéticos*. Y es que, a la altura de 1843, el ejercicio de la política formaba parte de una actitud vital e intelectual ligada a la escritura: ambas actividades constituían diferentes dimensiones del ideal ciudadano moralmente responsable que se estaba construyendo al hilo de la revolución liberal⁹⁷. En un contexto de cambio acelerado, en el que la ruptura revolucionaria se solapaba con la guerra civil, literatura y política concurrían en la comprensión de lo público. La plasmación institucional de la ruptura en clave progresista, sancionada en 1837 con la declaración de la libertad de opinión sin censura previa, venía además a dinamizar esa relación. No se trataba –o no sólo– de que muchos literatos ocupasen cargos políticos, que también hubo bastantes. Es que, desde mediados de la década de 1830, los espacios de sociabilidad cultural como cafés, tertulias o sociedades de debate –y el propio mundo editorial– configuraban redes de relación que alimentaban los espacios de la vida intelectual y política, la esfera pública en definitiva, donde se debatían las ideas sobre la construcción del nuevo Estado-nación liberal. En este sentido, eran los espacios donde se imaginaba lo político. El café “El Parnasillo” de Madrid constituye un claro ejemplo de este tipo de sociabilidad, a la que se refería precisamente José Zorrilla cuando hablaba del reconocimiento literario en *Los españoles pintados por sí mismos*. Tanto el mismo Zorrilla como el resto de poetas a los que aludía su texto –y a los que Barcia tenía como modelo– habían recalado allí. En aquellos tiempos, era lugar de paso obligado para obtener el reconocimiento público.

Quizás el joven Barcia, que anhelaba brillar en el *teatro público*, frecuentó este tipo de sociabilidad en Sevilla y le abrió las puertas a la publicación de sus primeras obras. En cualquier caso, a pesar del imaginario liberal en torno a una esfera pública accesible y libre, que él asumía plenamente, lo cierto es que publicar no era una tarea nada fácil para los autores. Era una empresa que dependía la mayoría de las veces de las relaciones personales que se pudieran establecer, de la suerte o de la mera casualidad.

⁹⁷ MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: *Vivir de la pluma...*, pp. 48-53 y 65.

Algunos autores optaban por la solución societaria para publicar sus obras o bien para componer obras colectivas de gran envergadura, como por ejemplo la *Sociedad Literaria* que dirigió Ayguals de Izco en la década de 1840⁹⁸. Pero lo más habitual era que los escritores establecieran relaciones contractuales individuales con los impresores o con los dueños de los teatros. El sistema beneficiaba poco a los autores, que normalmente perdían todo derecho sobre la obra y, en el caso del teatro, sólo recibían derechos de representación en provincias. En esto, la figura del autor ganó peso con la primera Ley española de propiedad intelectual de 1847. Aún así, las relaciones entre literatos y editores siguieron siendo complicadas, como muestra la relación de Zorrilla con Manuel Delgado, su editor. Si bien solían basarse en vínculos de amistad y fidelidad, la precariedad económica de los autores es una constante que atraviesa todo el periodo. Eran muy pocos literatos que, como Bretón de los Herreros o Ventura de la Vega, lograban vivir de la pluma⁹⁹.

Con todo, a pesar de que en aquellos años publicar era una aventura frecuentemente financiada por el propio autor, el logro de esta aspiración constituía un impagable capital simbólico vinculado al reconocimiento del talento y al éxito personal¹⁰⁰. Pero la empresa de abrirse camino en la esfera pública como escritor individual y autónomo necesitaba, como ya se ha apuntado, de ciertos círculos de sociabilidad y de relación que estaban muy alejados de La Redondela. Según recordaba Enrique Rodríguez Solís años después, en general «no se daba al trabajo de los provincianos el valor que tenían»¹⁰¹ y, aunque hacia finales de siglo parecía que esta circunstancia empezaba a cambiar, se lamentaba de que la prensa madrileña no se hiciera eco de los libros publicados en provincias, aunque fuesen firmados por personas reconocidas. Así, a pesar de sus tres publicaciones, parecía inevitable que Barcia se trasladase a Madrid si quería tener oportunidad de triunfar en la república de las letras. De hecho, su petición de ser admitido en el colegio de la capital ya anunciaba su proyecto de trasladarse a Madrid. Al fin y al cabo, triunfar significaba formar parte de

⁹⁸ Sobre la labor editorial de Ayguals de Izco, ver CALVO CARILLA, José Luis: “Wenceslao Ayguals de Izco, un editor y traductor adelantado a su tiempo”, en LAFARGA, Francisco y PEGENAUTE, Luis (coords.): *Autores traductores en la España del siglo XIX*, Kassel, Reichenberger, 2016, pp. 165-172.

⁹⁹ MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: *Vivir de la pluma...*, pp. 73-84. La ley de 1847 reconocía por primera vez el derecho de propiedad sobre los productos culturales, en la medida en que se consideraban fruto de un trabajo, de una individualidad y de una originalidad. La relación de Zorrilla y Manuel Delgado en pp. 84-93.

¹⁰⁰ *Ibid.*, pp. 73-74.

¹⁰¹ RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Memorias de un revolucionario*, Madrid, Plutarco, 1931, p. 91.

un ámbito selecto y quizás era una de las pocas formas que tenía de alcanzar cierta influencia un joven leído pero sin carrera que provenía de la burguesía profesional de provincias.

Así las cosas, el viaje se verificó con toda probabilidad a finales de la primavera de 1844, aunque la partida no debió ser fácil. Muchos años después, un maduro Barcia recordaba entre remordimientos los ruegos con los que su madre trató de impedir que abandonase el hogar familiar:

«¡Infeliz del hombre que deja las delicias del paterno hogar, desoyendo el llanto sagrado de una madre! ¡Ay de mí, lector! ¡Infeliz del que escribe temblando estas groseras líneas! Fui rebelde y soberbio con mi santa madre, desoí su ruego, la dejé llorando, la dejé por el mundo, por mis ilusiones, por mi vanidad, por mi sandez. Este remordimiento late día y noche en mi corazón, é irá conmigo á la sepultura»¹⁰².

Deseos de ver mundo, ilusión, vanidad... pasados los años, los motivos que le empujaron a seguir su ideal de realización personal le parecían banales, aunque en su momento parece claro que fiaba mucho a sus capacidades y no ahorró en esfuerzos. Por lo que se desprende de una carta que envió al escritor republicano Wenceslao Ayguals de Izco en mayo de 1844, Barcia no esperó a llegar a la Corte para establecer contacto con alguna de las personalidades literarias de la época¹⁰³. Además de trasladarle «las vivisimas simpatias que me ha inspirado su nombre», le anuncia su próxima partida hacia Madrid. «¡Quién sabe, Sr. D. Wenceslao, si una mano oculta tege nuestra amistad á la sombra del porvenir!». Es evidente que no se conocían, pero le adjuntaba copias de sus tres producciones literarias, «[h]ijas de los ensueños de [su] infancia», con la esperanza de que las publicase en *El Dómine Lucas*. Era esta una revista de reciente aparición –hacia apenas un mes que había visto la luz– que, bajo la dirección de Ayguals, constituyó uno de los principales focos de introducción de la novela social de Eugenio Sue en España. El propio Ayguals fue el máximo exponente de este género literario, que empezó a despuntar hacia mediados de los años cuarenta y que se consolidó en la década posterior¹⁰⁴. Podemos pensar que la admiración de Barcia por

¹⁰² BARCIA MARTÍ, Roque: *Un paseo por París, retratos al natural*, Madrid, Imp. de Manuel Galiano, 1863, p. 55.

¹⁰³ Carta de Roque Barcia a Wenceslao Ayguals de Izco (La Redondela, 21 de mayo de 1844), en Colección Museo del Romanticismo [<http://ceres.mcu.es> (visto 27-2-2018)].

¹⁰⁴ Junto a otros escritores que también colaboraron en sus revistas como Juan Martínez Villergas, Eusebio y Eduardo Asquerino o Alfonso García Tejero. En ANDREU MIRALLES, Xavier: “«El pueblo

Ayguals, que había sido además diputado progresista en época de Espartero, lo acerca a los márgenes filodemócratas del progresismo en esos años.

Las composiciones de Barcia no debieron estar a la altura de la revista, ya que no las vio publicadas en *El Dómine Lucas*. De todas maneras, el momento elegido para saltar a la arena literaria no era bueno, ni lo fue en los diez años siguientes. A la frustración de ver cerrada su carrera de Leyes se sumó la frustración política. El acceso de los moderados al poder a finales de 1843 estuvo acompañada del despliegue de una intensa represión contra la oposición política que se saldó con encarcelamientos, detenciones arbitrarias y exilios. Parece que Miguel Montiel, nombrado jefe político de Huelva en sustitución del esparterista Julián de Luna, se dedicó con particular entrega a la persecución de la oposición. En algunos periódicos progresistas, los corresponsales denunciaban los «escándalos y tropelías» llevados a cabo por el nuevo jefe político en la provincia:

«A noche [*sic*] tuvo este una reunión con unas cuantas personas de su devoción, para tratar sobre los medios de ahogar la voz de los hombres independientes con el fin de que no clamen contra la reacción espantosa que se está verificando. [...] Figúrese vd., señor director, cual estaremos aquí los progresistas en vista de tan inaudita tiranía. Los ánimos están exasperados, y al mismo tiempo esperando á cada instante que un esbirro de policía ó un piquete de soldados vengán á arrancarlos del seno de sus familias. [...] Haga vd. por que el Eco llame la atención de la nación sobre las arbitrariedades de que estamos siendo víctimas los progresistas de esta provincia á quienes se les empieza ya á privar hasta el derecho de reunirse»¹⁰⁵

Precisamente Juan Montemayor y José María Arroyo, aquellos a los que Barcia había dedicado sus obras destacando en ellos sus «padecimientos [...] por la causa pública» y su «bello carácter y virtudes cívicas», tuvieron que salir juntos al exilio portugués a principios de 1844, para evitar la prisión con la que estaban amenazados. En La Redondela, donde residía la familia de Barcia, el escribano público del ayuntamiento fue apartado de su cargo por su filiación progresista también¹⁰⁶. El triunfo moderado supuso el despliegue de un programa autoritario con un fuerte componente de control social que reconfiguró el modelo de Estado-nación liberal progresista que había

y sus opresores»: populismo y nacionalismo en la cultura política del radicalismo democrático, 1844-1848”, *Historia y Política*, 25 (2011), p. 66.

¹⁰⁵ *El Genio de la Libertad*, 30 de enero de 1844, p. 3.

¹⁰⁶ *El Espectador*, 27 de enero de 1844, p. 1; *El Herald*, 2 de marzo de 1844, p. 1. Juan Montemayor explica las circunstancias del exilio, que les llevó de Portugal a Gibraltar y de vuelta a España en *Eco del Comercio*, 16 de junio de 1844, p. 3.

triunfado con la revolución. Se cancelaba el horizonte de gradual ensanchamiento de la esfera pública que animaba la política progresista. El discurso conservador y autoritario moderado se plasmó institucionalmente en la Constitución de 1845, regida por el principio de soberanía compartida, por el cual la soberanía ya no residía en la nación sino en el rey con las Cortes, lo que otorgaba un gran peso político a la Corona. La voluntad de cierre de la esfera pública se manifestó en la restricción de la base del sufragio censitario –ya establecido por los progresistas en 1837– y en la reintroducción de la censura previa, además de la eliminación del jurado para los delitos de imprenta. Los moderados construyeron así un entramado político que les permitió hegemonizar el poder durante los diez años siguientes¹⁰⁷.

En estas circunstancias, las perspectivas de Barcia de hacerse un hueco en el *teatro público* se oscurecían considerablemente. La hegemonía moderada no sólo supuso el cierre del mercado político, sino también el cierre del campo cultural y la restricción del acceso a nuevas generaciones, en contraste con el dinamismo de la década revolucionaria anterior. Así pues, la esfera pública moderada posrevolucionaria se construyó sobre la exclusión de otras perspectivas culturales de las instituciones oficiales, como podían ser las literaturas de impronta más popular: novelas sociales o folletines, también teatro político y literatura satírica¹⁰⁸. El canon cultural moderado quedó fijado en el cuadro de Antonio María Esquivel *Los poetas contemporáneos. Una lectura de Zorrilla en el estudio del pintor* (1846), en el que aparecen las grandes figuras del romanticismo de lectura conservadora y católica que promovía la cultura oficial, con José Zorrilla a la cabeza¹⁰⁹. No era esta, sin embargo, una hegemonía incontestada y, de hecho, autores como Ayguals de Izco cosecharon un enorme éxito en ese contexto con novelas de corte social y marcado sabor anticlerical como *María o la hija de un jornalero* (1845). El sesgo político de la cultura oficial era denunciado, a

¹⁰⁷ ROMEO MATEO, María Cruz: “Lenguaje y política del nuevo...”, p. 45; BURDIEL, Isabel: *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*, Madrid, Taurus, 2010, pp. 119-158.

¹⁰⁸ ANDREU MIRALLES, Xavier: “La cultura”, en BURDIEL, Isabel (coord.): *España. La construcción nacional, 1830/1880*, Madrid, Fundación Mapfre, 2012, pp. 335-425; ID.: “Tambores de guerra y lágrimas de emoción. Nación y masculinidad en el primer republicanismo”, en BOSCH, Aurora y SAZ, Ismael (eds.): *Izquierdas y derechas frente al espejo. Culturas políticas en conflicto*, Valencia, Tirant Humanidades, 2016, pp. 91-118.

¹⁰⁹ Derek Flitter identifica el origen de esta lectura esencialmente católica y monárquica del romanticismo en España en la obra de Nicolás Böhl de Faber, que tradujo los postulados de Schegel poco después de la Guerra de la Independencia. La polémica que sostuvo con Joaquín José de Mora en torno a la nueva estética difundió su lectura tradicionalista del romanticismo. En FLITTER, Derek: *Teoría y crítica del romanticismo español*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 8-37.

partir precisamente del famoso cuadro de Esquivel, por otro republicano, Juan Martínez Villergas, que criticaba que en ese «retrato de pandilla» aparecían escritores moderados bastante mediocres, pero se excluía a otros de relevancia por sus ideas avanzadas. Con todo, a pesar del estrechamiento de la esfera pública, la oposición pudo mantener algunos espacios de sociabilidad política vinculados a la literatura, especialmente el teatro. El férreo control moderado no pudo evitar, por ejemplo, que se estrenasen algunas obras a beneficio de los presos políticos o que en algunas representaciones se jaleara el patriótico Himno de Riego. Pero las ocupaciones de teatros por orden de las autoridades o las prohibiciones de determinadas obras fueron frecuentes.

Las perspectivas no era nada halagüeñas para un joven progresista recién llegado a Madrid a mediados de 1844, solo y sin relaciones en la capital. De hecho su éxito fue prácticamente nulo o, al menos, insignificante para las esperanzas de su vanidad juvenil. Si hemos de creerle, no se introdujo en los círculos literarios madrileños ni entabló relaciones. Únicamente se dedicó a estudiar y escribir, según reivindicaba algunos años después:

«Hace cerca de nueve años que estudio y escribo. Me he encerrado en mi casa, como el cenobita puede encerrarse en una cueva. Mi tarea privada ha sido el único deber de un culto humilde: pero ferviente y resignado. En todo ese tiempo la pluma ha sido mi sociedad: la soledad, mi comité: yo, mi literatura práctica»¹¹⁰.

¿Pesaba demasiado la memoria de los desengaños? Algo debía exagerar Barcia, porque parece que alguna oportunidad sí tuvo en ese tiempo. En marzo de 1846, la “Crónica de teatros” de *El Clamor Público* anunciaba que «el literato andaluz don Roque Barcia» había escrito un drama en verso que llevaba por título *El dos de mayo!*, tema patriótico por excelencia. Es significativo, porque ese mismo año se publicó la novela *El dos de mayo*, de Juan de Ariza, que marcó un verdadero hito en la literatura sobre la Guerra de la Independencia y abrió la puerta a las composiciones teatrales de esa temática, ausente de los escenarios desde 1813. Después de tantos años, Barcia fue el primero que reintrodujo los sucesos del 2 de mayo de 1808 en el teatro, aunque después se compusieron muchos más dramas sobre el tema¹¹¹. En cualquier caso, la

¹¹⁰ *La España Literaria*, 1 de junio de 1852, p. 3.

¹¹¹ FREIRE, Ana María: “La Guerra de la Independencia en el teatro: cuándo, cómo y por qué”, en GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel y RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja (eds.): *Desde la platea. Estudios sobre teatro decimonónico*, Santander, Universidad de Cantabria, 2010, pp. 251-260;

“Crónica de teatros” aludida aseguraba que Barcia había intentado que la compañía de José García Luna, uno de los actores más reputados de la escena española, representara el drama en Cádiz. Pero cuando llegó a la ciudad la compañía ya había partido, por lo que se dirigía a Barcelona para ponerla allí en escena¹¹². Podemos pensar que este periplo de Barcia tiene que ver con la cuestión de los derechos de representación que, recordemos, los autores sólo cobraban en provincias. No debió haber suerte, porque a finales del mes de abril publicó el drama en Madrid. Dedica su obra a José de Salamanca y, aunque deja ver la diferencia de *opiniones* que hay entre ellos, no deja de suplicar su ayuda:

«Yo vine á Madrid. Aquí tenia espacio, tenia atmósfera, tenia aire; ¿pero y las alas? [...] Acepte V. pues, Sr. D. José, este pobre ensayo que le dedico, y deme en cambio el principio de accion, el influjo que me hace falta para ser... Muchas veces miro al Cielo, al Sol, á las nubes... mis ojos se arrasan de lágrimas... ¡Lágrimas sagradas que jamás humedecieron la mejilla de los malvados! ¡Oh! (me digo yo entonces) si ese Cielo me cobijara para algo: si para algo calentase ese Sol mi cabeza: si mi vida llegara á ser eco que dominara en el murmullo de los siglos: si compusiera alguna cifra en la historia del tiempo: si mi nombre se pronunciára con orgullo por mi familia... por mis amigos... ¡ah!»¹¹³

Ante la frustración, la búsqueda de protección y de patronazgo por parte de una de las grandes figuras del moderantismo parece ser la única salida que le queda para hacer realidad sus esperanzas que, por otro lado, cifra muy altas. Para dejar recuerdo en la historia, estaba claro que no era suficiente con trasladarse a Madrid, sino que hacía falta ciertos recursos a los que, después de dos años en la capital, no había podido acceder.

Finalmente, logró que el texto fuese aprobado por la Academia Real de Música y Declamación para que se representara en uno de sus teatros, el de Buena Vista, como homenaje conmemorativo de esa fecha, pero no llegó a estrenarse¹¹⁴. El domingo 3 de mayo de 1846, fecha prevista para la representación, el teatro anunció que no se había

DEMANGE, Christian (*et al.*): *Sombras de mayo: mitos y memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2007; ID.: *El dos de mayo: mito y fiesta nacional, 1808-1958*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004.

¹¹² *El Clamor Público*, 14 de marzo de 1846, p. 4.

¹¹³ BARCIA MARTÍ, Roque: *El dos de mayo!*, Madrid, Imp. de la Sociedad de Operarios del mismo Arte, 1846, pp. 3 y 5.

¹¹⁴ Ana María Freire refiere que sí se estrenó en Madrid en 1847 y que fue repuesta en años sucesivos. En FREIRE, Ana María: “La Guerra de la Independencia en el teatro...”, p. 254.

ejecutado por falta de tiempo, aunque aclaraba que se pondría en escena «á la mayor brevedad con todo el aparato que su argumento requiere»¹¹⁵. No hubo ya lugar al estreno, porque al día siguiente la jefatura política de Madrid prohibió el drama «tal como está en cuanto á su representación»¹¹⁶. La obra recrea las horas previas al levantamiento madrileño con Pedro Velarde como protagonista principal, quien articula las dos tramas principales: por un lado, la que sigue los intentos –fracasados– de Murat por atraerlo a la causa francesa y, por otra, la trama romántica que sigue sus amores con doña Laura. Pero el ambiente político estaba tenso en aquella primavera de 1846, agitada por las insurrecciones carlistas en Cataluña y las sublevaciones militares en Galicia, saldadas estas últimas con el fusilamiento de los doce Mártires de Carral. En este contexto convulso, no es de extrañar que los moderados agudizaran su ya habitual prevención hacia cualquier tema que alentara impulsos movilizadores. Además, las reiteradas reclamaciones que hace Velarde de la ley propia contra la francesa podía tener una lectura antidoctrinaria. Son dos aspectos que pueden estar tras la prohibición del estreno. Fue la primera de las muchas prohibiciones que llegarían años después.

Con todo, las críticas que recibió el texto no fueron del todo malas. En *El Clamor Público* acusaban «la entonacion del verso, que no siempre es tan elevada como el asunto requiere, y dar al nudo dramático un cierto interés», aunque reconocían que «tiene la obra bastante buena versificacion y la exactitud de colorido mas propia para dar una idea de aquellos grandes hechos»; también destacaban algún pensamiento brillante y la rapidez de algunos diálogos¹¹⁷. Parecido veredicto daba una autoridad en la materia como Juan Eugenio Hartzenbusch quien, aunque señala algunos detalles de «mal efecto», asegura que «maneja bien el diálogo, el lenguaje y el metro, y hay en su obra rasgos verdaderamente dramáticos: el Sr. Bárcia da muy buenas esperanzas para adelante»¹¹⁸. Quizás habría esperanza para Barcia pero, quitando de este fallido intento de llevar a los escenarios *El dos de mayo!*, poco más sabemos de sus actividades hasta los años cincuenta, más allá de que siguió vinculado a la literatura y de que se dedicó a satisfacer sus ansias de mundo. Según él mismo cuenta, estuvo algún tiempo visitando

¹¹⁵ *Eco del Comercio*, 6 de mayo de 1846, p. 4 y *El espectador*, 6 de mayo 1846, p. 4

¹¹⁶ *Diario de Avisos de Madrid*, 6 de mayo de 1846, p. 2; *El Español*, 7 de mayo de 1846, p. 4; *El Herald*, 8 de mayo de 1846, p. 3.

¹¹⁷ *El Clamor Público*, 8 de mayo de 1846, p. 4.

¹¹⁸ *El Español*, 11 de junio de 1846, p. 3.

las principales capitales españolas y pasó después al extranjero¹¹⁹. No sabemos con qué recursos contó Barcia para costearse tanto su estancia en Madrid como la vida viajera que llevó en aquellos años, aunque lo más probable es que recibiera apoyo de su familia. En cualquier caso, sus deseos de brillar en el teatro público no se apagaron, si bien tuvieron que pasar algunos años hasta que volvió a aparecer en la esfera pública, participando esta vez en proyectos de cierta envergadura.

¹¹⁹ *Círculo científico y literario*, 8 de febrero de 1854, pp. 3 y 10-14.

Capítulo 2

El Autor de los Viajes

«Yo soy lo que escribo. Escúchame»

Roque Barcia, julio de 1852

En el verano de 1852 empezó a publicarse en Madrid el periódico semanal *La España Literaria*, dirigido por Gaspar Ruestes, abogado del Colegio de la Corte y miembro del Ateneo Científico, Literario y Artístico de la capital¹. El objetivo del semanario, tal y como rezaba el encabezado, era contribuir a la instrucción de la *juventud estudiosa* y estimular a los *jóvenes de ingenio* mediante la inserción de reflexiones filosóficas, críticas literarias y composiciones que les sirviesen de ejemplo. El tono polémico de la publicación y el anonimato inicial de los artículos suscitaron cierta curiosidad –también animadversiones– en algunos círculos literarios, en los que se especuló durante algún tiempo acerca de quiénes eran los redactores de *La España Literaria*. La incógnita se despejó en otoño, cuando se hizo público que el literato conocido como *Autor de los Viajes* era el redactor principal del periódico, además del director de su comité de censura. Por aquel tiempo, tras varios meses de andadura, ya se habían aglutinado en torno a la revista un grupo de escritores habituales que formaban una pequeña *familia literaria*, que tendría continuidad en otros proyectos editoriales.

¹ Gaspar Ruestes aparece como socio en el listado publicado por el Ateneo en 1852. No aparece en las listas anterior (1849) ni posterior (1861). Se pueden consultar en línea en la página web del Ateneo [<https://www.ateneodemadrid.com/index.php/esl/Biblioteca/Coleccion-digital/Libros-y-Folletos/Listado-de-obras-por-autor/Listas-de-socios> (visto el 1 de mayo de 2018)]

El literato que se dio a conocer como *Autor de los Viajes* a principios de la década de 1850 no era otro que Roque Barcia. El pseudónimo elegido no era casual, ya que aludía a la autoría de una serie de relatos, titulada “Escenas de un viaje por España, Francia e Italia”, que había publicado en *La Ilustración* a finales de 1850 y que había continuado tiempo después en *La España Literaria* entre junio y octubre de 1852. En ellos, como se puede adivinar, narraba sus vivencias durante un viaje con destino a Italia que había realizado unos años antes, entre 1846 y 1849. No era la primera vez que utilizaba un pseudónimo, ya que la primera entrega de la serie en *La Ilustración* apareció firmada por *El Peregrino* pero, por alguna razón, no quiso darle continuidad y cayó en el olvido. En su lugar, *El Autor de los Viajes* le acompañó a lo largo de la primera mitad de la década de 1850, en una serie de proyectos literarios de cierta resonancia que le valieron –por fin– el ansiado reconocimiento público, sobre todo en ciertos círculos madrileños. El mote fue conocido, al menos tanto como para merecer que se le dedicase una coplilla en el volumen satírico *Cabezas y calabazas*, que distinguía a las «notabilidades» de diferentes ramas del saber. Bajo el epígrafe “Literatos y artistas” encontramos los versos dedicados a Roque Barcia:

«Filósofo, tiene gracia,
autor cómico, jamás,
se afirma *autor de los viajes*
¿los ha inventado quizá?»².

Parece que, después de tantos sinsabores, Barcia había logrado acceder a ese «principio de acción» que tan patéticamente suplicaba a José de Salamanca en la primavera de 1846. Más allá de su puntual incursión en *La Ilustración*, su capacidad de acceder al espacio público y de constituirse como escritor conocido se incrementó de manera notable a partir de 1852, a pesar del férreo control moderado de la imprenta: entre el verano de ese año y la revolución de 1854 se dio a conocer en *La España Literaria* (1852-1853) y su continuadora *La España Literaria y Recreativa* (1853), dirigió una sociedad de literatos que dieron a la luz un *Nuevo Diccionario de la Lengua Castellana* (1853), publicó el ensayo filosófico *Generación de Ideas* (1853) y dirigió la revista *Círculo Científico y Literario* (1854). Se había convertido, verdaderamente, en un literato.

² DEL PALACIO, Manuel y RIVERA, Luis: *Cabezas y calabazas*, Madrid, Librería de D. Miguel Guijarro (ed.), 1864, p. 63. La cursiva, en el original.

Abordar la producción del *Autor de los Viajes* anterior a 1855 plantea algunas cuestiones analíticas que tienen que ver con las posibilidades que tenemos de reconstruir a los sujetos a través de los textos que dejaron. Aunque está claro que el problema no se circunscribe a la cronología y a las fuentes que se van a tratar en las páginas que siguen, sí que se puede decir que es un momento en el que resulta particularmente notorio aquello que no se dice. Si al final del periodo, coincidiendo con el inicio del Bienio Progresista, surge con una fuerza arrolladora el apasionado propagandista político que fue Barcia, nada de eso se deja ver en su producción escrita de los años previos. Sin llegar a ocultar del todo la dimensión política de su subjetividad, que se intuye de diferentes maneras en sus publicaciones de esos años, las referencias explícitas a los contextos políticos que vivió o a sus opiniones al respecto brillan por su ausencia. Ni siquiera alude a la violencia política –bélica, revolucionaria, represiva– de la que fue testigo en sus años de juventud, en diferentes contextos además; tampoco habla del impacto –la ansiedad, la angustia, el miedo, la incertidumbre– que sin duda debieron causar esas experiencias en su impresionable ánimo. Sin embargo, resulta evidente que su conciencia política sufrió una transformación profunda justo en esos años, tanto como para apartarse del progresismo y abrazar decididamente la democracia republicana y federal. Es un proceso que Barcia no muestra abiertamente, entregado como estaba a hacer de sí mismo una celebridad literaria. Con todo, sólo podemos aproximarnos a las condiciones del cambio político de Barcia, de forma bastante precaria, a través de la sociabilidad que se desprende de sus proyectos literarios en esa época.

Pero, si bien su producción escrita de esos años no ofrece un acceso fácil al yo político de Barcia, sí que permite observar otras dimensiones de su subjetividad. Al fin y al cabo, el «conocido literato» *Autor de los Viajes* era el resultado de un largo y complejo proceso de búsqueda del reconocimiento público que había dado comienzo unos diez años antes. Las imágenes de excelencia y de éxito personal asociadas al talento y al trabajo intelectual, y más concretamente al ejercicio literario, habían hecho imaginable –y deseable para un joven de cierta posición, instruido, soñador e inquieto– ese camino de autorrealización. Tras años de estudio y de escritura, de frustraciones y de búsqueda, el acceso de Barcia a la esfera pública le permitía poner en escena al viajero romántico, al poeta, al narrador de historias, al crítico literario, al pensador filosófico o al filólogo aficionado. El escritor político queda fuera del cuadro y, de

hecho, abandonó el pseudónimo a partir de 1855, cuando empezó a presentarse ante la opinión como escritor público demócrata y republicano. Más que una máscara, el *Autor de los Viajes* es expresión del literato que Barcia había llegado a ser: podemos decir que es su yo literario en acción³. Por un lado, sus textos de esa época nos ayudan a profundizar en los contextos culturales y discursivos –no exentos de significado político– que lo constituyen como literato. Por otro, su colección de narraciones de carácter explícitamente memorialístico o autobiográfico, como es el caso de los relatos de viaje que inspiraron su pseudónimo, nos ponen en contacto con episodios poco conocidos de su vida pasada, pero lo hacen desde la representación del literato que se construye en el escenario público a través de los lenguajes disponibles en el momento⁴. En este punto, devenir vital y literatura se entrelazan de un modo inextricable. Pero no importa tanto, desde esta perspectiva, la veracidad de lo narrado como los referentes e imaginarios que alimentaban la construcción del literato que Barcia ponía en escena.

Un viaje a Italia

El 11 de octubre de 1847, Roque Barcia cruzó la frontera francesa por Pyrenées-Orientales⁵. Desde el pueblo de La Jonquera, al pie de los Pirineos, escribió a su madre una carta en la que le informaba de su partida hacia el extranjero con objeto de ver Italia. Era este, según dice, un deseo que acariciaba desde hacía diez años. Los desengaños que había sufrido en Madrid no habían apagado sus ansias de ver mundo y, aunque sabía que la noticia llevaría «un día de luto» a su familia –a la que no veía, por

³ Entiendo que las acciones humanas son representaciones –en un sentido performativo– de un *yo* que se imagina para cada actuación. El *sujeto* construye los diferentes *yo*, los gestiona –recupera, modifica– disponiéndolos para la acción y confiere la conciencia de la unidad de todos los *yos* que lleva, ha llevado, o puede llevar a cabo. El sujeto, además, elabora el escenario –o contexto– de la representación, en el que se desarrollan diversos tipos de acciones –íntimas, privadas o públicas– dependiendo del escenario. No hay comportamientos intrínsecamente íntimos, privados o públicos, sino una codificación cultural de las actuaciones pertinentes para cada espacio. En consecuencia, todos los *yos* son representaciones del sujeto y ninguno es más auténtico que otro. En CASTILLA DEL PINO, Carlos: “Teoría de la intimidad”, *Revista de Occidente*, 182-183 (1996), pp. 15-30. Una reflexión reciente sobre el estudio de la subjetividad en la disciplina histórica, y sus límites, en TAYLOR, Barbara: “Subjetividad histórica”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V*, 29 (2017), pp. 21-40.

⁴ BURGUERA, Mónica: “La estrategia biográfica. Gertrudis Gómez de Avellaneda y Carolina Coronado, románticas después del romanticismo”, *Política y Sociedad*, 55-1 (2018), pp. 43-69.

⁵ Archives Nationales de France [ANF], *Police générale*, c. F/7/12198. Según consta en los registros de pasaportes al interior y al extranjero, el 11 de octubre de 1847 cruzaron también la frontera por Pyrenées-Orientales en dirección a Francia los señores Charles Castel, Sebastien N. Dispan, Antonio López y Louis Perdrieux. En el *Rapport de Gendarmerie* anual de Pyrenées-Orientales, correspondiente a 1847, se indica que ese año se efectuaron muchos arrestos «d’un grand nombre de réfugiés espagnols». Esta circunstancia tiene que ver con toda seguridad con la dinámica de la *Guerra dels Matiners* en Cataluña, aunque no es el caso de Barcia. Los *Rapports de Gendarmerie*, en ANF, *Police générale*, c. F/7/4132.

cierto, desde la primavera de 1846—, no dudó en emprender un viaje que le llevó, a lo largo de los dos años siguientes, de los suaves paisajes del mediodía francés al conflictivo escenario del *quarantotto* italiano y de la República Romana de 1849⁶.

Como ya se ha adelantado más arriba, no resulta fácil valorar de qué manera influyó la experiencia revolucionaria y republicana de *la primavera de los pueblos* en la conciencia política del joven Barcia. Pocas veces habla de su viaje a Italia en su producción escrita, aunque es posible reconstruir —a grandes rasgos— tanto el itinerario que siguió hasta llegar a su destino como los sentimientos que le inspiraron sus vivencias en el extranjero, a partir de algunos textos que publicó entre 1850 y 1853, algún tiempo después de su regreso a Madrid⁷. Pero, a pesar de lo significativo del momento, no encontramos en ellos ninguna alusión ni a la efervescencia política ni a las circunstancias bélicas que tensionaron el panorama italiano —incluida la intervención francesa en Roma— durante su estancia. Por el contrario, a la hora de narrar sus viajes, Barcia propone una suerte de relato sentimental en el que se entrecruza lo autobiográfico y lo novelesco, con una clara vocación moralizante. Como ya ocurriera en su *Solicitud*, otro texto construido de manera explícita en torno a su experiencia vital, el conflicto político simplemente desaparece del cuadro.

El motivo del viaje, tal y como manifiesta en la presentación de sus “Escenas”, es fundamentalmente instructivo, lo que ya orienta sus intenciones y dispone de una manera particular su ánimo y esperanzas:

«aquel á quien guia la noble ambición de instruirse, se anima con la esperanza de perfeccionar sus conocimientos, esperanza alentada quizá por el deseo de reputación y de gloria [...]; el que viaja para instruirse, vá á Roma y evoca los recuerdos del mundo heroico, así como el peregrino vá á Jerusalem y besa las reliquias del Santo Sepulcro. Cultiva su razón, mejora su especie, enaltece la fé de las ideas, honra al hombre. Buscando la verdad, el dogma, vive para sí y para sus semejantes, porque el dogma es patrimonio de todos. Un viaje, en este caso, es una peregrinación para la inteligencia, una verdadera campaña para el espíritu. En el hombre se vé una escuela; en el mundo un gran magisterio»⁸.

⁶ El relato de su paso por los Pirineos, en *La España Literaria*, 23 de septiembre de 1852, pp. 7-8.

⁷ Se trata, fundamentalmente, de las series de relatos “Escenas de viajes por España, Francia e Italia”, “El mundo pintoresco o un año en Italia” y “Amor y lágrimas”, además de algunos poemas datados entre 1847 y 1849 en diversos puntos de Italia y Francia. Todas las series de relatos y poemas aludidos fueron publicados en las revistas *La Ilustración*. *Revista Universal* (1850), *La España Literaria* (1852-1853) y *La España Literaria y Recreativa* (1853).

⁸ EL PEREGRINO (pseud. Roque Barcia Martí): “Escenas de viages por España, Francia é Italia”, *La Ilustración*. *Revista Universal*, 26 de octubre de 1850, p. 338.

Su anhelo debía ser ciertamente poderoso, ya que partió de su casa en Isla Cristina con rumbo a Barcelona, según cuenta, ocultando sus intenciones a su familia:

«En ese buque iba yo con destino á la capital del Principado, término de mi expedición en el concepto de mi familia, porque en cuanto á mí, tiempo hacía que había formado el proyecto de viajar por Francia é Italia, resolución de que hice un secreto mío temeroso de una negativa casi segura, atendido lo enfermizo de mi temperamento»⁹.

Se comprende, vista esta confesión, por qué la noticia de su paso por los Pirineos debió suponer un día negro para su familia. Precisamente, la determinación y la independencia, unidos a su temperamento enfermizo, son rasgos de su carácter que le gusta destacar, por lo que emergen con regularidad en sus obras a lo largo de toda su trayectoria profesional.

En cualquier caso, los deseos del joven Barcia de conocer Italia se enmarcan en una tradición cultural de largo recorrido que remitía al *Grand Tour* ilustrado, si bien la introducción de la mirada romántica había modulado el significado del viaje de aprendizaje entre finales del siglo XVIII y principios del XIX¹⁰. En el marco del utilitarismo ilustrado, los jóvenes aristócratas europeos emprendían el viaje formativo tras finalizar sus estudios académicos, acompañados por sus tutores, con el objetivo de completar su aprendizaje mediante la observación y el conocimiento del mundo. En *Emilio*, el tratado de pedagogía de referencia de los ilustrados, Rousseau ya recomendaba el viaje como espacio de formación, subrayando su finalidad útil: «Voyager pour voyager c'est errer, être vagabond. Voyager pour s'instruire, est encore un objet trop vague; l'instruction qui n'a pas un but déterminé n'est rien»¹¹. Ese *but déterminé* al que se refería Rousseau tenía que ver con el espíritu reformista ilustrado, ya que trascendía el aprovechamiento privado de los conocimientos adquiridos y alcanzaba una dimensión política. El aprendizaje del «Hombre de Educación y Urbanidad», tal y como lo dibujaba Shaftesbury, debía repercutir en la mejora de la sociedad. En este sentido reflexionaba también Jovellanos cuando señalaba los beneficios que los viajes podían reportar a la felicidad pública:

⁹ *Ibid.*

¹⁰ COMELLAS AGUIRREZÁBAL, Mercedes: “Viajes y aprendizaje. Del Grand Tour dieciochesco al viaje romántico”, en NAVARRO DOMÍNGUEZ, Eloy (ed.): *Imagen del mundo: seis estudios sobre literatura de viajes*, Huelva, Universidad de Huelva, 2014, pp. 81-140.

¹¹ Citado en PEDRÓ, Francesc: *Los precursores españoles de la educación comparada*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1987, p. 109.

«¿Hay por ventura un medio más seguro de conocer bien los pueblos y provincias de un reino que el de ir a los lugares mismos y aplicar la observación a los objetos notables que se presentan? [...] ¡Qué beneficio, pues, nos hará a esta especie de gentes el que después de haber viajado por algún país, y estudiado cuidadosamente la naturaleza, su estado y relaciones, les comunica con generosidad sus observaciones!»¹²

Es de observar la coincidencia entre Rousseau y Jovellanos en esta materia, pese a sus diferentes planteamientos políticos¹³. El objetivo estaba claro: el viajero debía indagar, estudiar, reflexionar, registrar y mostrar lo observado en otras sociedades, con el fin de llevar a su propio país aquello que le pareciera útil para el acrecentamiento de la ilustración y la mejora de las costumbres. Los viajeros ilustrados españoles no se quedaron atrás en esta tarea, encomiada incluso por el mismo Rousseau:

«Je ne connais guère que les Espagnols qui voyagent de cette manière [...], l'Espagnol étudie en silence le gouvernement, les mœurs, la police, et il est le seul qui, en retour chez lui, rapporte de ce qu'il a vu quelque remarque utile à son pays»¹⁴

Los relatos de viajes ilustrados, en este sentido, constituían una herramienta de conocimiento y progreso nada ajeno, por cierto, al debate en torno a la contribución de España a los avances de la civilización y su secular atraso. Si, desde una perspectiva utilitaria, visitar España resultaba poco interesante para los viajeros europeos de la Ilustración, salir al encuentro de Europa suponía para los españoles experimentar las posibilidades de progreso en el futuro inmediato¹⁵. Algo de esto hay en el argumento que utiliza Barcia para justificar *–a posteriori–* su viaje, nada ajeno al utilitarismo que ya impregnaba los razonamientos de su *Solicitud*:

«La razón, considerada como aflicción universal, no entró para nada en mis planes, ó lo que es lo mismo, no tengo la necia presunción de haber trabajado para el hombre. Lo que he hecho, como quiera que sea, lo he hecho exclusivamente para España. Si tuviera tanto talento como fé y convicción en mis principios, seguramente sería digno de hablar á la humanidad»¹⁶.

¹² Citado en COMELLAS AGUIRREZÁBAL, Mercedes: “Viajes y aprendizaje...”, p. 96.

¹³ FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, José Luis: *Jovellanos: antropología y teoría de la sociedad*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 1990.

¹⁴ Citado en PEDRÓ, Francesc: *Los precursores españoles...*, p. 110.

¹⁵ VEGA, Jesusa: “Viajar a España en la primera mitad del siglo XIX: Una aventura lejos de la civilización”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LIX, 2 (2004), pp. 93-125.

¹⁶ EL PEREGRINO: “Escenas de viajes por España, Francia é Italia”, *La Ilustración. Revista Universal*, 26 de octubre de 1850, p. 338.

Esos ecos del utilitarismo ilustrado –y un cierto difusionismo elitista– podían ser invocados a la hora de presentar sus relatos y dotar de significado a su viaje, pero su mirada sobre aquello que encuentra en su camino ya no está guiada, desde luego, por la vocación analítica ilustrada. Su condición de joven instruido de mediados del XIX, educado literariamente en los años de auge del romanticismo en España, impregna su actitud ante el viaje y también su manera de contarlo.

Y es que la sensibilidad romántica transformó la manera de mirar el mundo y de narrarlo. El cambio de actitud en la confrontación del otro, piedra angular de la experiencia viajera, se anuncia ya en los relatos de viaje de autores como Leandro Fernández de Moratín a finales del siglo XVIII. Sin dejar de lado las observaciones propias del viaje de formación ilustrado, introduce confesiones y comentarios personales que lo acercan a lo que algo más tarde serían los viajeros románticos del siglo XIX. En ese tránsito, cambia el significado del viaje como experiencia vital: el objeto del viajero romántico, ahora viajero en solitario, no era tanto conocer el mundo exterior como conocerse a sí mismo. La introspección, la búsqueda interior –en la propia conciencia y en la de los otros–, otorga a lo subjetivo un espacio predominante en los nuevos relatos de viaje, en los que la figura del narrador –del viajero– se convierte en una instancia decisiva. En el viajero romántico, el pragmatismo cede el paso a la aproximación emocional a lo desconocido, a su impacto en la conciencia individual, que se convierte en el eje de la experiencia del viaje y de su narración. A esta nueva actitud se refería Madame de Roland cuando aseguraba, en relación con su *Voyage en Suisse en 1787*, que pretendía retratar «les objets intéressants qui ont frappé mes yeux et touché mon cœur»¹⁷.

Frente a la visión analítica ilustrada, las necesidades expresivas de las nuevas *impresiones de viaje* románticas acercan el relato de viajes a otros géneros literarios, especialmente a la autobiografía y a la novela. La entrega a la ensoñación y a la evocación que inspiran los paisajes y las ruinas, la temporalidad fragmentada e inconexa o la recreación ficcional de la realidad son algunos de los elementos que se introducen a la hora de narrar el viaje, frecuentemente articulado desde la conciencia autobiográfica. La experiencia del viaje quedaba vinculada a la literatura, como estímulo de las

¹⁷ Citado en COMELLAS AGUIRREZÁBAL, Mercedes: “Viajes y aprendizaje...”, p. 117.

cualidades pictóricas y líricas necesarias para el buen escritor. Como afirmaba Nerval, «il y a dans tout grand poète un voyageur sublime»¹⁸.

Tanto para los viajeros ilustrados como para los románticos, Italia constituía el destino cultural por excelencia¹⁹. Considerada la cuna de la cultura europea, los jóvenes aristócratas dieciochescos que emprendían el *Grand Tour* culminaban en ella su itinerario formativo europeo y, aunque esta práctica fue declinando desde principios del siglo XIX, siguió siendo un destino preferente para escritores, artistas y poetas. Los grandes autores del romanticismo, de François-René de Chateaubriand a Alexandre Dumas, recorrieron la península y difundieron el mito del viaje italiano, ya fuese real o ficticio, a través de sus escritos y relatos de viaje. El repertorio es muy amplio, pero obras como *Corinne ou l'Italie* (1804) de Madame de Staël, *Voyage en Italie* (1827) de Chateaubriand, *Childe Harold's Pilgrimage* (1818) de Byron o *Rome, Naples et Florence* (1817) de Stendhal, todas ellas de autores conocidos por cualquier europeo mínimamente formado, constituyeron auténticas *guías espirituales* del viajero por Italia. En ellas no sólo se daba cuenta de los itinerarios y de los lugares destacados, *pintorescos* según la estética romántica, sino que se difundían actitudes, sensibilidades, formas de aproximarse a la realidad –de mirarla, de experimentarla, de actuar en ella– que llenaban de significado la práctica del viaje y que constituían al sujeto viajero romántico, individual e irremplazable. Un sujeto viajero que, además, escribía esa experiencia que golpeaba sus sentidos. La biblioteca, el bagaje literario, se interponía entre el viajero y la doble experiencia que constituía el viaje y su escritura²⁰.

Precisamente, como se ha visto, Barcia emprendió el deseado viaje a Italia animado por ese anhelo. Sus ansias de ver mundo, sus sueños de gloria, su vanidad juvenil de poeta... Sin duda podía imaginarse siguiendo los pasos de los genios literarios a los que más admiraba –o de sus personajes–, contemplando los paisajes que les habían inspirado, experimentando las pasiones que habían vivido. En aquella época, Goethe, Milton, Byron, Schiller, Chateaubriand o Madame de Staël eran, entre otros

¹⁸ *Ibid.*, p. 119.

¹⁹ Una presentación de conjunto del viaje a Italia como fenómeno cultural desde el siglo XVI en BRILLI, Attilio: *El viaje a Italia. Historia de una gran tradición cultural*, Boadilla del Monte, A. Machado Libros, 2010.

²⁰ BRILLI, Attilio: *El viaje a Italia...*, pp. 57-75; COMELLAS AGUIRREZÁBAL, Mercedes: “Viajes y aprendizaje...”, pp. 81-140; ALBURQUERQUE-GARCÍA, Luis: “El ‘relato de viajes’: hitos y formas en la evolución del género”, *Revista de Literatura*, 73-145 (2011), pp. 15-34.

muchos, los autores en los que había formado su gusto y su sensibilidad. Sobre todo destacan los dos últimos, a los que propone frecuentemente como modelo en las críticas literarias que publicó entre 1852 y 1854. En más de una ocasión se refiere a la *Corinne* de su admiradísima Madame de Staël. Es difícil, en esto, no advertir los puntos de contacto entre el protagonista masculino de la novela, lord Nelvil, y la imagen que Barcia construye de sí mismo a través de sus escritos. Osvaldo, lord Nelvil, es un joven par de Escocia de veinticinco años que viaja a Italia por prescripción médica, ya que «su salud se hallaba quebrantada por una pena profunda»²¹:

«La pena que mas le afligia (la pérdida de un padre) era la causa de su enfermedad, agravada con circunstancias crueles y con remordimientos inspirados por delicados escrúpulos, y por fantasmas que mezclaba á ellos su imaginación [...] dábale temor lo que habia experimentado, y nada le parecia que merecia en el mundo exponerse á sufrir tales penas»²²

El mal que consumía a Osvaldo no puede menos que recordarnos aquella *afección del ánimo* que, según contaba Barcia, estuvo a punto de arrastrarle a la tumba cuando murió su padre. Enfermo, melancólico, solitario, grave, severo, introspectivo, entregado a la reflexión... el lord Nelvil que dibuja Madame de Staël muestra una manera de estar en el mundo y de construir la experiencia –y de narrarla–, desde el sufrimiento como eje organizativo, nada ajena a las actitudes que Barcia pone en escena a la hora de representar aspectos de su vida en la esfera pública. Está claro que no se pueden hacer atribuciones automáticas en este sentido, pero los puntos de contacto entre ambas imágenes –y Barcia conocía bien el personaje de Osvaldo– hace pensar en el peso de los referentes literarios como fuente de imágenes autorreferenciales y en la concepción dramática de la propia existencia.

²¹ DE STAËL, Madame: *Corina ó Italia*, tomo I, Valencia, Imprenta de Estévan, 1820, p. 1. Es de señalar que Juan Ángel Caamaño, el traductor de esta edición de *Corina* –Pedro María Olive ya había publicado una traducción de la obra en 1818-1819 en Madrid– introduce un prólogo en el que hace una apasionada defensa del romanticismo frente a los ataques de los *clasicistas*. Para María José Alonso Seoane, este prólogo no sólo tiene interés como muestra del estado de madurez del proceso de introducción del Romanticismo en España, en una época tan temprana, sino que constituye «un hito en el panorama de las ideas de los románticos sobre el Romanticismo, en España, antes de 1820; adelantándose, por tanto, a la emigración liberal y *El Europeo*. Por otra parte, no tiene que ver con el círculo ni el estilo de Böhl de Faber, sino que se da en el campo liberal y en un nivel muy elaborado». ALONSO SEOANE, María José: “El debate sobre el Romanticismo y su temprana defensa en la traducción de *Corinne*, de Mme. De Stäel, por Juan Ángel Caamaño”, en *Los románticos teorizan sobre sí mismos. Romanticismo 8. Actas del VIII Congreso del Centro Internacional de Estudios sobre el Romanticismo Hispánico*, Bologna, Il Capitello del Sole, 2002, pp. 7-24.

²² *Ibid.*, pp. 2 y 4.

A la vista de todos los elementos que se vienen comentando, está claro que para un joven poeta de veinticinco años como Barcia, educado en el contexto cultural de auge del romanticismo, embarcarse en un viaje a Italia conectaba con un imaginario en el que confluían significados en torno al binomio *status*-formación y que se vinculaban muy estrechamente con la literatura, entendida como ámbito de realización personal y de reconocimiento público por vía de la *genialidad*. La instrucción no era, desde luego, el único estímulo para emprender un viaje en aquella época, quizás ni siquiera era el más frecuente. Es cierto que, a la altura de mediados del XIX, las mejoras en las redes de comunicación y la extensión de un cierto cosmopolitismo burgués de buen tono, sumado a los efectos de las agitaciones políticas, habían incrementado el flujo de viajeros notablemente, además de haber diversificado su perfil²³. El propio Barcia apunta esta circunstancia, vinculada a las diferentes actitudes e intereses que animan a los distintos viajeros, tan diferentes de las suyas:

«El individuo de una embajada, por ejemplo, vé en un viaje una expedición de oficio: el emigrado deplora una desgracia; el que viaja por placer se regocija con la imaginación de nuevos goces [...] Al empleado que calcula, el cálculo le sirve de recompensa; el proscrito que huye, encuentra el premio en la seguridad propia; el viajero por deleite, debe contentarse con sentir»²⁴

En España, la *manía de viajar* cundió desde mediados de la década de 1830, sobre todo en el contexto postrevolucionario, tanto como para que la figura del español viajero mereciese un retrato en la galería de *Los españoles pintados por sí mismos*. El autor, Eugenio de Ochoa, se suma a una observación que constituye un lugar común en las reflexiones sobre el tema: a diferencia de épocas anteriores —«si hemos de creer lo que nos cuentan nuestros padres, y mas aun nuestros abuelos»— raro era el español del día que no se entregaba ahora a «satisfacer la moda de viajar que tan general se ha hecho de veinte años á esta parte»²⁵. El fenómeno se había ganado, por lo tanto, un lugar en el cuadro costumbrista que dibujaba la conocida publicación:

²³ BRILLI, Attilio: *El viaje a Italia...*, pp. 61-63; PEDRÓ, Francesc: *Los precursores españoles...*, pp. 109-150; PEÑATE RIVERO, Julio: “Viajeros españoles por Europa en los años cuarenta del siglo XIX: tres formas de entender el relato de viaje”, *Revista de Literatura*, LXXXIII, 145 (2011), pp. 245-268.

²⁴ EL PEREGRINO: “Escenas de viages por España, Francia é Italia”, *La Ilustración. Revista Universal*, 26 de octubre de 1850, p. 338.

²⁵ DE OCHOA, Eugenio: “El español fuera de España”, en *Los españoles pintados por sí mismos*, tomo 2, Madrid, J. Boix Editor, 1844, pp. 442-451. La cita en p. 443. Es de señalar que, en este artículo, Ochoa se ocupa de los viajeros por razones de estudios, negocios o recreo, pero no de los emigrados por causas

«Así que ahora, por el contrario de lo que pasaba hace un siglo, lo extraño, lo increíble es, en ciertas clases de la sociedad, un hombre que no ha salido de España [...] El *Español fuera de España* forma pues ya un tipo aparte en nuestra sociedad moderna, tipo bastante comun para que salga de las condiciones de una mera escepcion y para que puedan y aun deban consignarse en esta obra los principales rasgos de su fisonomía»²⁶

Es una idea reiterada por buena parte de los autores que, de un modo u otro, se acercan a la temática viajera en sus textos. La encontramos en el artículo “La diligencia”, en el que Mariano José de Larra refería cuánto habían cambiado las cosas en materia de viajes a la altura de 1835:

«Los tiempos han cambiado extraordinariamente; dos emigraciones numerosas han enseñado a todo el mundo el camino de París y Londres. Como quien hace lo más hace lo menos, ya el viaje por el interior es una pura bagatela, y hemos dado en el extremo opuesto; en el día se mira con asombro el que no ha estado en París; es un punto menos que ridículo. ¿Quién será él, se dice, cuando no ha estado en ninguna parte?»²⁷

Otros testimonios del momento vienen a avalar esa percepción, no sin ciertas dosis de ironía. Por la misma época en la que escribía Larra, *El Curioso Parlante* anotaba sus impresiones acerca de la movilidad de su generación en “La vuelta de París”, cuadro incluido en su colección de artículos *Panorama matritense* (1835):

«Las revoluciones, las invasiones, las emigraciones... han ocasionado un trasiego, un va-y-ven tan no interrumpido que, bendito Dios, nada falta a nuestra generación actual para parecer sombras chinescas o rápidas ilusiones fantasmagóricas. Señores, atención... mírenles ustedes bien... ¿los ven ustedes?, pues ya no los ven. Hoy en el Prado, mañana en el Boulevard, pasado en Hydepark; amanecen en Madrid, comen en París y van a hacer noche en Londres»²⁸

En el mismo sentido, algunos años después, Bretón de los Herreros observaba en *La manía de viajar* (1845) que «Hoy hemos dado en el contrario abuso. / Ya español

políticas. Estos últimos merecen un artículo específico del mismo autor, “El emigrado”, dadas sus particulares características: «*Emigrado*, en la acepcion en que tomamos aquí esta voz, que es en el día la mas comun, es el hombre que no puede residir en su patria *bajo la proteccion de la ley comun*, que es lo que generalmente se llama *Emigrado politico*, único en que por ahora vamos á ocuparnos». En *Los españoles pintados...*, pp. 314-326. La cita en p. 315. Las cursivas en el original.

²⁶ *Ibid.*, pp. 444-445.

²⁷ FÍGARO (pseud. de Mariano José de Larra): “La diligencia”, *Revista Mensajero*, 16 de abril de 1835.

²⁸ DE MESONERO ROMANOS, Ramón: *Panorama matritense*, tomo 2, Madrid, Imprenta de Repullés, 1835, pp. 215-216.

que no viaja se denigra. / Nadie está bien donde Dios le puso»²⁹. Las referencias son abundantes y dan muestra de la extensión y la diversificación que había alcanzado el fenómeno viajero a mediados del siglo XIX. Exiliados políticos que huían de la represión, profesionales y comerciantes en busca de novedades y negocios o familias enteras acomodadas entregadas al recreo recorrían Europa con una intensidad desconocida en tiempos anteriores. Y entre ellos, como recordaba Ochoa en su caracterización de los “Españoles fuera de España”, se encontraba también el «artista que aspira á empaparse en las inspiraciones clásicas de la deliciosa Italia»³⁰.

Finalmente, inmerso en toda esta trama significativa que daba cuerpo al mito del viaje a Italia, Barcia puso rumbo a su destino en la primavera de 1846, aunque es difícil fijar una cronología exacta para la totalidad del recorrido. Los relatos de viaje en los que da cuenta de su periplo están regidos por una temporalidad absolutamente subjetiva en la que el ritmo viene dictado por la cadencia de su devenir sentimental. La referencialidad brilla por su ausencia, apenas alude a fechas concretas ni a acontecimientos que permitan ubicar sus vivencias en una temporalidad histórica precisa y, en los pocos casos en los que utiliza marcas temporales, son internas al relato o, con frecuencia, incoherentes. Aún así, se puede proponer una cronología aproximada para el itinerario seguido, a partir de las dataciones de algunos poemas que publicó posteriormente y de algunas referencias puntuales que encontramos diseminadas por su obra política, también posterior. A grandes rasgos, se puede decir que el viaje comprende tres etapas: España (Isla Cristina-Cádiz-Valencia-Tarragona-Barcelona-La Jonquera), entre marzo de 1846 y el 11 de octubre de 1847; Francia (Montpellier-Narbona-Marsella) hasta el 13 de junio de 1848 e Italia (Génova-Civitavecchia-Roma) hasta finales de 1849, cuando regresó a España³¹.

Esta temporalidad fragmentada y subjetiva a la que se ha aludido deriva de la narratividad adoptada por Barcia para relatar sus experiencias por el extranjero. Más

²⁹ Citado en SEGOVIA, Antonio María: *Manual del viajero español, de Madrid a París y Londres*, Madrid, Imprenta de Don Gabriel Gil, 1851, p. 3.

³⁰ DE OCHOA, Eugenio: “El español...”, p. 445.

³¹ Si el relato de su viaje a Italia ya es fragmentado y apenas permite observar algunas vivencias del camino de ida, así como su estancia en algunas ciudades, el retorno a España es absolutamente ignorado por Barcia en sus textos. Sólo tenemos una breve referencia en su relato “El perro Barry”, en el que manifiesta que «En 1849 hicimos un viage desde Perpiñan hasta Mataró, en compañía de un aleman sumamente instruido, y que últimamente se hallaba establecido en Berna, ciudad importante de la Suiza». Es de suponer que este trayecto constituye parte del regreso a España. La cita, en *La España Literaria*, 13 de enero de 1853, pp. 10-11.

que una narración continua, detallada y descriptiva del itinerario seguido, se trata de una suerte de colección de *escenas*, de historias sentimentales –de amor y de amistad– que ha vivido en algunas ciudades de su recorrido o, incluso, de historias contadas por algunos amigos y compañeros de viaje. Aunque no tienen relación entre ellas, todas le han suscitado o fuertes emociones o una enseñanza moral, si bien es difícil separar ambos aspectos. Barcia da cuenta de esta circunstancia explícitamente, subrayando la subjetividad que rige sus relatos y sugiriendo su ambigüedad:

«Parece escusado advertir que en estas escenas no descendo á la descripción artística de los lugares que he visitado, pintura repetida por tantos viajeros célebres. [...]. No me ocuparé nunca de los monumentos, sino para justificar las emociones que me han producido. Toco á la sociedad por su parte viva, cediendo á influencias que me han afectado en relaciones mas ó menos próximas. Es un diseño á que solo yo puedo dar colorido.

Algunos verán en mis cuadros una historia, otros una novela. Los poquísimos que me conocen á fondo, me verán constantemente á mí»³².

La dramatización ficcional de las situaciones que narra es evidente, lo que da a los relatos un carácter fronterizo entre el libro de viajes autobiográfico y la novela sentimental. Este navegar de una historia *interesante* a otra deja por el camino numerosos vacíos temporales, en ocasiones clamorosos: pasa totalmente por alto sus vivencias en Francia, por ejemplo, de las que no dice apenas nada a pesar de que permaneció allí cerca de ocho meses. A la hora de escenificar públicamente sus vivencias en el extranjero –recordemos que las publicó entre 1850 y 1853–, Barcia rescata de sus notas ciertas situaciones y contextos muy concretos³³, mediante los cuales dispone el escenario que le acoge como personaje –y conductor– del relato. Interesa ver cómo, justo en el momento en el que se estaba dando a conocer como literato, se representa –se piensa, en definitiva– como un joven poeta formado y distinguido dedicado al estudio.

Es de señalar, en primer lugar, que Barcia se ubica como actor en un marco de referencia social muy concreto que se expresa mediante ciertas prácticas de cortesía, marcadores de *status* y de distinción social nada ajenas a la formación, también del

³² EL PEREGRINO: “Escenas de viages por España, Francia é Italia”, *La Ilustración. Revista Universal*, 26 de octubre de 1850, p. 338.

³³ En alguna ocasión manifiesta que toma las noticias que relata de sus «*apuntes biográficos*». En “Amor y lágrimas”, *La España Literaria*, 3 de febrero de 1853, p. 8.

gusto³⁴. No sabemos si había logrado *regularizar su sistema de vida* en el tiempo que pasó en Madrid, ni de dónde obtuvo los medios para sostener su vida viajera, pero el simple hecho de dedicar varios años de su vida a recorrer el mundo ya denota una situación económica acomodada. A pesar de la extensión de la *manía de viajar*, esta era todavía una actividad cara –además de incómoda y sucia– a mediados del siglo XIX, habitual sólo en «ciertas clases de la sociedad», como destacaba Ochoa en su retrato de los “Españoles fuera de España”³⁵. Hay que recordar que, cuando Barcia emprendió la primera etapa de su viaje en 1846, aún no existía el ferrocarril en el territorio peninsular español. Los precios del transporte en diligencia habían ido descendiendo a lo largo de toda la primera mitad del siglo, pero no serían más asequibles hasta la extensión de los caminos de hierro, lo que también marcaba cierta diferencia con otros países europeos, como Francia, Inglaterra o Bélgica³⁶. Los precios llegaban a doblarse en España pero, lejos de resultar un impedimento, esta circunstancia aliviaba de alguna manera a viajeros como podía ser Mesonero Romanos quien, refiriéndose a la diferencia entre las diligencias francesas y las españolas, celebraba el elevado coste del transporte en España bajo criterios de distinción y sociabilidad:

³⁴ En su ensayo *La distinción: criterio y bases sociales del gusto* (1979), Pierre Bourdieu ya señalaba las complejas relaciones entre clase y cultura. El arte y el gusto derivado de ella definen formas de relación social y las clasifican, razón por la que la cultura tiene un papel fundamental en el sustento y la reproducción de la clase. En concreto, *la distinción*, como conjunto de competencias culturales, se define colectivamente a través de formas de conocimiento, percepción y comportamiento que se aprenden inicialmente en el entorno familiar y también mediante la educación. La distinción se configura, para Bourdieu, como una estrategia para denotar la distancia social con los otros. A partir de estas ideas, autoras como Linda Young han abordado el estudio de la construcción social de la *cortesía* como categoría social significativa, es decir, como indicador social del *status* de las clases medias victorianas. Esta autora subraya que la conciencia de pertenencia a la clase media no era sólo una cuestión de posición social –por herencia o adscripción– sino que se trataba de «creer como la clase media, actuar como la clase media, consumir como la clase media, constituirse en personas capaces de actuar *como* la clase media». La identificación social funciona, por lo tanto, como una representación. En GUNN, Simon: *Historia y teoría cultural*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 2011, pp. 93-101 y 165-169. La cita, en p. 98; BOURDIEU, Pierre: *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988.

³⁵ Ver cita de la nota 26.

³⁶ Según el “Apéndice” a la *Guía del viajero en España* (1842), el precio de un billete de diligencia de Madrid a Valencia costaba entre 200 y 380 reales, dependiendo de la clase de asiento y de la compañía. El trayecto de Tarragona a Barcelona costaba entre 36 y 60 reales; el de Barcelona a Perpiñán entre 85 y 130 reales. El equipaje se pagaba aparte. Un viaje como el de Barcia sólo por España podía costar, como mínimo, unos 320 reales (sin contar el trayecto que realizó en barco). Para ayudar a valorar el coste del precio del transporte en esta época, Santos Madrazo propone comparar los precios de los billetes con «los ingresos de los madrileños»: los jornaleros, criados y trabajadores en talleres y pequeñas fábricas obtenían unos ingresos de unos 100-120 reales mensuales en el Madrid de 1850, mientras que los obreros cualificados podían llegar a ganar entre 300 y 400 reales al mes. MELLADO, Francisco de Paula: “Apéndice”, en *Guía del viajero en España*, Madrid, Establecimiento Tipográfico, 1842, pp. 4-5, 27-28 y 32; MADRAZO MADRAZO, Santos: *La edad de oro de las diligencias. Madrid y el tráfico de viajeros en España antes del ferrocarril*, Madrid, Nerea, 1991, pp. 161-171 e ID.: *El sistema de transportes en España, 1750-1850*, vol. 2, Madrid, Turner, 1984, pp. 554-561.

«Pero en lo que existe notable diferencia es en el precio; pues en las de Francia no llega regularmente á dos reales por legua, y en las nuestras sube por lo menos al doble. Sin embargo, para proceder con la debida imparcialidad, y huyendo justamente de todo movimiento de admiracion exagerada, debemos aquí reconocer que, salvas aquellas diferencias, es más grata la vida en la diligencia española, más cómodo su servicio particular.

En primer lugar, por moderno establecimiento, por su precio bastante elevado, y por la escasez de otros medios más rápidos de comunicación, resume todavía el privilegio de servir á las clases más acomodadas y distinguidas; lo cual asegura al viajero la ventaja de hallarse en medio de una agradable sociedad, que participando de unas inclinaciones análogas, siguiendo las más veces reunida toda la extension del viaje, haciendo sus altos correspondientes á pasar las noches en las posadas, y participando, en fin, de los mútuos temores y del peligro comun, no es estraño lleguen á intimar hasta el punto que acaso haya quien vea acercarse con sentimiento el término de su viaje»³⁷

Viajar en esas circunstancias era signo de distinción y, en cualquier caso, Barcia se conduce como un joven de *cierta clase* que domina las habilidades necesarias para relacionarse, sin problemas, con la buena sociedad que va encontrando en las diferentes etapas de su camino. Un tipo de sociabilidad *agradable* que ya se dejaba ver en su volumen de poemas, cuando dedicaba cierta composición a «una Señora que cantó con suma gracia» o a «la dulce música de un piano, tocado por una señorita» y a «la estremada blancura de sus dedos»³⁸. De la misma manera, aunque es cierto que Barcia viajaba solo, también lo es que las escenas de su viaje lo muestran disfrutando de la compañía –y de la amistad– de *caballeros corteses*, de *señoras* o *señoritas amables* y de *jóvenes entendidos*. El trato delicado, la discreción, el ingenio... Todo remite a esa *agradable sociedad* de la que hablaba Mesonero Romanos³⁹.

Así pues, Barcia partió de Isla Cristina el 22 de marzo de 1846 con destino a Barcelona. La narración de la primera parte de su viaje, que comprende únicamente el relato de su travesía en barco y de su primera escala en Cádiz viene recogida en la serie de ocho relatos “Escenas de viajes por España, Francia e Italia”, publicada en *La Ilustración* entre octubre y diciembre de 1850⁴⁰. De las cuatro series de relatos que

³⁷ DE MESONERO ROMANOS, Ramón: *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841*, Madrid, Imprenta de D. M. de Burgos, 1841, p. 56-57.

³⁸ BARCIA MARTÍ, Roque: *Ensayos poéticos*, Sevilla, Establecimiento Tipográfico, 1843, pp. 54-55.

³⁹ Aborda estas cuestiones CRUZ VALENCIANO, Jesús: *El surgimiento de la cultura burguesa. Personas, hogares y ciudades en la España del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 2014, esp. pp. 37-99.

⁴⁰ Es de señalar que, por las fechas y el itinerario que dice seguir (Isla Cristina-Cádiz-Barcelona, aunque en esta primera serie no llega a la ciudad condal), se puede relacionar este viaje con el periplo que siguió tratando de estrenar *El dos de mayo!*. No refiere nada de esto en el relato del viaje y las fechas son contradictorias, ya que dice partir de Isla Cristina hacia Cádiz el 22 de marzo de 1846, mientras que el

dedicó al tema, es en la que más deja ver su faceta de viajero impresionado por aquello que vive, junto a “Amor y lágrimas”, donde se centra en su estancia en Roma. Así, se muestra como un joven emocionado por la separación de su familia y temeroso de la inmensidad del mar —«aquel páramo inmenso y como presidido por un genio incomprensible»—, cuya visión evoca la idea de Dios y del misterio, pero en el que le aterroriza perderse:

«no bien posesionado de mi nuevo alojamiento, me recliné sobre la almohada, cuando oí el rumor del oleage que batía la parte exterior del costado del buque que ocupaba precisamente mi cabeza. Esta impresión me dominó de modo que me llevé las manos á los cabellos, porque me parecía sentir la humedad del agua. Esto es una temeridad, murmuré: esto es provocar la ira de Dios que tal vez ha creado un elemento tan formidable para que el hombre le respete, para que sirva de valla insuperable á su frenesí de dominación. Un débil madero, añadí, me separa de un abismo en cuyo centro pudieran hacinarse millares y millares de generaciones, y yo sin embargo quería dormirme oyendo el espantoso bramido del monstruo dispuesto á tragarme»⁴¹

Impresionable y temeroso de Dios, su angustia se distrae al divisar el faro de Cádiz, ciudad que dice conocer ya y que le trae gratos recuerdos. Allí se hospeda en una casa con estudiantes de medicina de último año, a los que se refiere como *compañeros de pupilaje y hermanos de letras*. Pero, aunque lo vemos visitar la ciudad, dedica su tiempo en Cádiz a realizar visitas de cortesía y a contar historias. Esta es una constante en todos sus relatos de viaje: se muestra como un joven estudiante acompañado de otros *jóvenes interesantes* —como él— e inmerso en una sociabilidad de *cierta clase*. Las cartas de recomendación, la relación con familias distinguidas, las visitas agradables... configuran el escenario social en el que Barcia se representa. En este caso, se trata de «las hijas de Don Jacobo Bogarin, antiguo administrador de Correos de aquella Ciudad»⁴², amigas de una de sus hermanas, quien le había dado carta de recomendación para la familia. Con ellas comparte veladas, juegos de dados y el placer que proporciona «una sociedad tan amena», aunque confiesa que «he notado en otras ocasiones que parece que circula un aire que me ataca la respiración cuando me encuentro solo con

anuncio de su fallido intento de estrenar en Cádiz data del 14 de marzo, pero da pie a pensar de que se trata del mismo viaje.

⁴¹ EL PEREGRINO: “Escenas de viages por España, Francia é Italia”, *La Ilustración. Revista Universal*, 26 de octubre de 1850, p. 338.

⁴² EL PEREGRINO: “Escenas de viages por España, Francia é Italia”, *La Ilustración. Revista Universal*, 16 de noviembre de 1850, p. 362.

mas de un individuo hembra»⁴³. No es el caso de las hermanas Bogarin, con las que se le pasa el tiempo volando:

«Aceptado el juego, me aproximé á un velador con las dos no casadas, en tanto que la que lo era se fué á cuidar de sus niñas, y tales fueron las ocurrencias de mis dos amables contendientes de dados, de tal modo sembraron sus conversaciones de chistes oportunísimos, que el venturoso juego no tenia traza de cansarme ni á tres tirones, como suele decirse. Yo creia que eran las ocho. El sereno cantó en aquel instante las once. ¡Las once de la noche!»⁴⁴

Es una muestra del tipo de sociabilidad del que se rodea Barcia en sus relatos, si bien en este caso destaca el ingenio en el uso de la palabra de las mujeres «en los buenos círculos de la sociedad gaditana». Además de las visitas, casi todo el relato de la estancia en Cádiz se dedica a la narración de un cuento oriental, en torno a los difíciles amores de Zaida y Zelin, que Barcia cuenta a sus compañeros de hospedaje y a las dueñas de la casa, tras una cena, en torno a la mesa. Esta es otra de las características de sus relatos de viaje, jalonados de historias que no tienen relación con el viaje en sí y que cuentan o bien Barcia o bien algún compañero suyo.

Con la partida de Cádiz finaliza esta primera serie de las “Escenas”, aunque la continuó con el mismo título en *La España Literaria* desde junio de 1852. Esta segunda serie de las “Escenas” difiere bastante de la primera, así como su continuadora “El mundo pintoresco o un año en Italia”. En ellas el viajero prácticamente desaparece, oculto en una serie de historias sentimentales –protagonizadas por Barcia o referidas por otros– en las que la pasión amorosa y la muerte se entrecruzan constantemente. Si la historia de las hermanas Bogarin mostraba una visión amistosa y cordial de las mujeres, las opiniones que vierte sobre ellas en estas nuevas series son francamente negativas e incluso misóginas. Salvo ocasiones concretas, como veremos, parece que el único espacio de relación entre hombres y mujeres que concibe es el de la pasión amorosa. En este sentido, estas series se acercan más a la ficción que las primeras “Escenas”.

En todo caso, a pesar de las diferencias, Barcia sigue mostrándose como un joven estudiante rodeado de una sociabilidad elegante. La continuación de sus relatos lo sitúa ya en Valencia, tras un año y medio del inicio del viaje:

⁴³ *Ibid.*, p. 363.

⁴⁴ *Ibid.*

«El 5 de setiembre de 1847 estaba yo en Valencia. Llevaba cartas de recomendación para una familia muy conocida en la ciudad, y bien pronto tuve la suerte de que se me asociara un joven abogado sumamente entendido, á cuya amistad debo el asunto de la escena que voy á referir»⁴⁵

Rápidamente pasa a dar cuenta del asunto que le refiere el abogado, por lo que no llegamos a saber qué familia era esa tan conocida, ni vislumbramos la ciudad de Valencia. Sólo se deja ver paseando junto a su amigo por el cementerio, «ese lugar consagrado á la nada: esa nada que después de Dios forma el primer arcano de nuestras creencias», del que tampoco refiere ningún detalle. El escenario es, desde luego, muy del gusto romántico. Allí, ante una «sepultura sumamente humilde» compuesta sólo por «una cruz rústica, en cuya orilla crecía una violeta», su amigo le cuenta la historia que constituye la primera *escena* de sus viajes. Se trata de la triste historia de María, la florista de Valencia, uno de esos «sucesos que nos hieren el alma»⁴⁶. El padre de María, dueño de una pequeña huerta cercana al Grao, había empeñado su propiedad para hacer frente a la enfermedad de su esposa. Ambos progenitores mueren en poco tiempo y, tras el paso de los acreedores, María queda sola y desvalida con apenas quince o dieciséis años; para subsistir, vende en Valencia las flores que recoge en su antiguo huerto. El joven abogado la ve un día e, impresionado por «su cutis blanco y fino, unas facciones delicadas, un rostro de virgen», se enamora de ella. Pero María es reservada en principio, no levanta la vista, no acepta la ayuda que él le ofrece, aunque poco a poco va cediendo a la amistad del joven abogado, cada vez más cautivado por las cualidades de la muchacha, que encuentra sorprendentes en una «rústica»:

«Estaba convencido de que su madre debió llevar á la sepultura algún recuerdo que lastimase el honor de su esposo. Cuanto mas la trataba mas advertía en ella ese fondo de inteligencia delicada, esos hábitos de cultura y magnanimidad que inspiran respeto y que revelan otro origen. Era una señorita; pero sin los remilgos del señorío. Tenía su orgullo, no su vanidad. Era pobre y huérfana y estaba soberbia de si misma. Altanería sublime! Es la altanería de la virtud»⁴⁷

El sesgo elitista del universo de significados sociales que informa la descripción de la huérfana es manifiesto. Cualidades y hábitos, delicadeza y cultura, se atribuyen al

⁴⁵ “Escenas de viajes por España, Francia e Italia”, *La España Literaria*, 17 de junio de 1852, p. 4.

⁴⁶ La historia de María, la florista de Valencia, en *La España Literaria*, 17 de junio de 1852, pp. 4-5; 24 de junio de 1852, pp. 5-6 y 1 de julio de 1852, pp. 4-5.

⁴⁷ “Escenas de viajes por España, Francia e Italia”, *La España Literaria*, 24 de junio de 1852, p. 5.

origen, llegando incluso a poner en duda que María sea hija de su padre. Finalmente, la joven florista enferma y muere en pocos días. La sencilla tumba ante la que el joven abogado relata el suceso resulta ser la de María. Esta historia de desgracia, amor, virtud y muerte impresiona profundamente a Barcia: «Mi amigo estaba sumamente afectado. Yo lo estaba también. Aquel sentimiento fué padre, si así puede decirse, de una composición que insertaré en uno de los números próximos»⁴⁸. Si las sonrisas cómplices, las miradas, los sobreentendidos, habían perfilado hasta este momento al amigo, ahora es el poeta el que viene a ponerle palabras al sentimiento.

La historia de María constituye un ejemplo del tipo de *escenas* que vamos a ir encontrando a lo largo del viaje de Barcia. El literato no oculta el propósito del texto, que manifiesta de forma explícita tanto al principio como al final del relato:

«Lector, cuando al repasar alguna historia te sientas conmovido, no te echés en cara tu debilidad. Lo que se reputa muchas veces como flaqueza, es bondad, porque es vida. La sensibilidad es la vida del corazón, como la virtud es la vida de la conciencia, como el juicio la del entendimiento, como el estímulo la de la voluntad. [...] Pero veamos, lector mío, porque yo no digo las cosas por el orgullo de hacerme oír. Moralizar es el gran magisterio»⁴⁹

La apelación a la sensibilidad y a la movilización de los buenos sentimientos como guía moral tiene que ver con la pervivencia de importantes elementos del optimismo sentimental ilustrado. Como han señalado diversos autores, la condición romántica había introducido inflexiones en la concepción dieciochesca del sentimiento como manifestación de una bondad natural y universal, pero la cultura de la sensibilidad seguía vigente en la esfera pública liberal romántica de época postrevolucionaria. En aquella época, el teatro de Bretón de los Herreros o las novelas populares de Ayguals de Izco constituyen buenos ejemplos de ese componente sentimental ilustrado que se entrelazaba con la sensibilidad romántica⁵⁰. Eran los dos autores de enorme éxito y, recordemos, muy admirados por Barcia.

⁴⁸ “Escenas de viajes por España, Francia e Italia”, *La España Literaria*, 1 de julio de 1852, p. 5. La composición a la que se refiere es “Horas de duelo”, fechada el 6 de septiembre de 1847 en Valencia. Se publicó en la misma revista el 8 de julio de 1852, pp. 9-10.

⁴⁹ “Escenas de viajes por España, Francia e Italia”, *La España Literaria*, 17 de junio de 1852, p. 4 y 1 de julio de 1852, p. 5

⁵⁰ María Sierra, en sus estudios sobre las relaciones entre emociones, política y masculinidad a mediados del siglo XIX, ha señalado precisamente esa pervivencia de la cultura sentimental ilustrada como una de

El fin de la historia de María señala también la finalización de la estancia en Valencia, que es despachada rápidamente en apenas unas palabras: «A los pocos días de mi estada en Valencia me embarqué para Tarragona». Pero apenas se acomoda en su camarote, dispuesto a hacer unos apuntes, se topa con una vieja anotación: «Emilia, 13 de abril de 1843». Inmediatamente se dispone a explicar qué significan para él esas palabras, porque «el lector que sea mi compañero de viajes ha de ser mi hermano de emociones. Yo soy lo que escribo. Escúchame». Es difícil encontrar una afirmación más rotunda de la subjetividad literaria. Barcia se piensa y se construye en sus textos, y lo hace desde el lugar y el lenguaje de las emociones. Un lenguaje este que, en ocasiones, toma prestado explícitamente de una nómina amplia de literatos que inspiran su percepción de la realidad. Petrarca, Tasso, Milton, Molière, Bossuet, Voltaire, Ossian, Goethe, Hoffmann o Madame de Staël, a los que cita de manera explícita, le proporcionan imágenes literarias que orientan su manera de sentir y que construyen su propia experiencia, fundamentalmente en lo que toca a su trato con las mujeres. El relato de sus vivencias viene a ser eso, una antología emocional en la que se suceden acontecimientos o situaciones que han impactado su ánimo, en ocasiones de manera muy violenta.

Este es el caso de la historia de Emilia, amiga de juventud a la que visitaba frecuentemente cuando «estudiaba yo filosofía en una capital importante de España»⁵¹. Barcia se presenta como un estudiante, compañero de pupilaje de un sacerdote aragonés y habitual lector de la Biblia, de la que se dedica a extraer los pasajes que le parecen «de más efecto». Por su parte, Emilia es la joven hija de un magistrado, una muchacha que «no había cumplido á la sazón catorce años». Él la ama por sus cualidades:

las líneas de fractura que tensionaban lo que ella denomina el *estilo emocional* romántico. En SIERRA, María: “Entre emociones y política: la historia cruzada de la virilidad romántica”, *Rúbrica Contemporánea*, vol. 4, 7 (2015), pp. 11-25 y *Género y emociones en el romanticismo. El teatro de Bretón de los Herreros*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013. Por su parte, Xavier Andreu ha analizado la literatura popular vinculada a la democracia radical de la década de 1840, subrayando también la influencia del sentimentalismo dieciochesco en los géneros melodramáticos del XIX, al que se habrían añadido elementos propios de la sensibilidad romántica. En ANDREU, Xavier: “Nación, emoción y fantasía. La España melodramática de Ayguals de Izco”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V Historia Contemporánea*, 29 (2017), pp. 65-92; ÍD: “Tambores de guerra y lágrimas de emoción. Nación y masculinidad en el primer republicanismo”, en BOSCH, Aurora y SAZ, Ismael (eds.): *Izquierdas y derechas ante el espejo. Culturas políticas en conflicto*, Valencia, Tirant Humanidades, 2016, pp. 91-118.

⁵¹ Por la fecha y la referencia, debe aludir a su estancia en Sevilla y a sus intentos de completar el estudio de la *filosofía* –la enseñanza media– para acceder a la carrera de Leyes. La historia de Emilia, en *La España Literaria*, 8 de julio de 1852, pp. 5-7; 15 de julio de 1852, pp. 5-7; 22 de julio de 1852, pp. 4-6.

«En Emilia veía yo una de esas mugeres cuya mirada es una fiesta: Hablaba poco y bien. Era amable, porque era esquiva de un modo culto. Su continente quería decir: el gran secreto de las mugeres consiste en encantar á un hombre con su amor y hacerse interesante á los demás por medio de un desden educado: una jóven hermosa es hermosa una vez: una muger hermosa y modesta es hermosa dos veces»⁵².

Su relación es muy estrecha, pero asegura que es un amor inocente y puro:

«Te juro que no miraba en mí compañera una muger. La quería con la ciega superstición del que ignora. [...] Yo la veía pálida y hermosa como la Laura del Petrarca: la veía como después no he visto á ninguna muger, sin duda porque nunca he sido tan virtuoso como entonces. Era idólatra porque no sabía lo que idolatraba»⁵³.

Emilia debe partir de viaje junto a su padre pero, cuando regresa tras algunos meses de ausencia, algo ha cambiado en ella: entre lágrimas, confiesa a su amigo que está embarazada y le implora perdón. De repente, la joven se presenta antes sus ojos «deshonrada y fea». De vuelta a su hospedaje, busca «ahogar en el sentimiento religioso las penas de esta vida» y se entrega a la lectura de la Biblia, de la que va extractando pasajes: «Soy un hombre de dolor [...] Desgraciada la hora en que nací y el día en que se dijo: un hombre está en el vientre de su madre». Luego vuelve los ojos a las novelas, dice, de un autor alemán: «hay una tiranía que el hombre adora: esa tiranía se llama muger [...] La perdición es la tarea de un instante: la virtud la obra de toda la vida». Finalmente, Emilia enferma —«observaba síntomas de una inflamación cerebral»— y muere delirando. Fue enterrada el 13 de abril de 1843⁵⁴. Junto a su tumba, confiesa Barcia, quedan «mi primer amor, mi primer pesar, mi primer desengaño y mi primer remordimiento». A través de la historia de Emilia, Barcia pone en escena al joven estudiante destrozado por el desengaño amoroso. Es un recuerdo sumamente doloroso para él: «cuando me traslado á ciertos períodos de mi vida, me represento bajo la figura de un enfermo cubierto de llagas». Es una imagen en extremo elocuente.

Por supuesto, la infeliz historia de la joven Emilia también tenía su utilidad. Concretamente, la de «salvar de los males que [le] amenazaban» a una amiga de Barcia,

⁵² “Escenas de viajes por España, Francia e Italia”, *La España Literaria*, 8 de julio de 1852, p. 6.

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ No he podido hallar evidencia documental de este entierro.

«á quien viciosas compañeras tal vez habian llevado á mal camino»⁵⁵. Enterada del caso por medio del poeta, promete enderezar su comportamiento con excelentes resultados: «mi amiga cumplio su palabra y hoy es feliz, porque es esposa y madre». Profundiza con esto su imagen de moralista. Y es que es de señalar que, como ya se ha adelantado, la actitud que Barcia muestra hacia las mujeres es muy negativa. Sus sentimientos se mueven entre la necesidad de amarlas y el temor a su poder destructor. Las mujeres son siempre objeto de amor y de deseo en las *escenas* que va desgranando, no imagina otro tipo de relación con ellas, pero el deseo y el temor se entrelazan de manera compleja en su universo afectivo. Es una manera de pensar a las mujeres que salpica toda su producción de esa época, pero que se manifiesta de manera especialmente insistente en la historia de Emilia. Vale la pena recuperar algunas de ellas para tener una noción exacta de la misoginia que las inspira:

«Hé aquí la historia de la muger. Cuando es niña, juega. Cuando adolescente, se compone. Cuando casada, se lastima. Cuando viuda, llora. Cuando vieja, reza. Es sucesivamente bulliciosa, coqueta, impertinente, llorona, beata. Primero juega con pedazos de trapo que se llaman muñecos: después con un medio pedazo de carne viva que se llama muchacho: después con un pedazo entero que se llama hombre: después con otro pedazo de carne muerta que se llama difunto: últimamente... pero he dicho demasiado.

[...] La muger es una creatura que nos dice: ven, nos mira, nos hiere y se sonríe. Lastima y triunfa. No puede hacer mal y se desespera. Su infierno es no poder causar una hora de grave inquietud. Y sin embargo, ella es nosotros: mitad de nuestro cuerpo y de nuestra alma: patria de hechizos, como la llama la poesía»⁵⁶

«Si á mí me preguntaran: cuáles son las grandes calamidades del hombre? respondería como Demóstenes: tres.

—Cuál es la primera?

—Las mugeres.

—Y la segunda?

—Las mugeres.

—Y la tercera?

—Las mugeres»⁵⁷

«¡La sierpe me miraba otra vez! [...] Lo comprendes ahora, lector? La muger es una serpiente que nos atrae con los ojos, que nos aletarga con su silbido y luego nos habla del placer!»⁵⁸

⁵⁵ “Escenas de viajes por España, Francia e Italia”, *La España Literaria*, 20 de julio de 1852, p. 5. En este mismo número, dedica el poema “La muger deshonrada” a la memoria de Emilia (en p. 4)

⁵⁶ “Escenas de viajes por España, Francia e Italia”, *La España Literaria*, 8 de julio de 1852, p. 5.

⁵⁷ “Escenas de viajes por España, Francia e Italia”, *La España Literaria*, 15 de julio de 1852, p. 5.

⁵⁸ *Ibid.* p. 6.

Una vez superada la historia de Emilia, y tras seis entregas de lo que prometía ser un relato de viajes, se empieza a vislumbrar al Barcia viajero camino a Tarragona. Las reflexiones acerca de la inmensidad y la muerte que le inspiran la contemplación del mar nocturno, bañado por la luz de la luna; el miedo ante la confrontación de lo infinito con la finitud de lo humano, con lo efímero, con su propia pequeñez; la despedida de sus compañeros de viaje, a quienes agradece los cuidados que le han dispensado en la travesía. Aparece por primera vez en esta serie la impresión de viaje, podríamos decir. Tarragona le causa buena sensación, pero rápidamente se sube a la diligencia camino de Barcelona. La visión de los pueblecillos que jalonan el camino le lleva a preguntarse por sus habitantes: «¿quién sabe si en ellos vive ignorado un hombre que anhela ser grande por el triunfo del pensamiento y que sueña en ver mundo como yo!»⁵⁹.

Llegado a Barcelona, Barcia pasa allí algunas semanas alojado en una casa de huéspedes⁶⁰. No parece ser, desde luego, un arreglo que le acomode demasiado: «Heme instalado en una casa de pupilos, purgando mis culpas, porque si es cierto que hay penas en el otro mundo, en el nuestro no nos faltan. Allí está el infierno: aquí las casas de huéspedes»⁶¹. Se presenta de nuevo como un estudiante: se ha dedicado durante un mes a perfeccionar sus conocimientos de francés e italiano y se dispone a recibir lecciones con otros dos profesores, uno de inglés y otro de alemán. No aparenta tampoco problemas a la hora de socializar: tiene «un amigo joven e ilustrado» y, además, dice haber «hecho conocimiento con algunas familias aragonesas y castellanas». De entre todas sus relaciones, Barcia elige a la más distinguida para dar cuenta de los «gratisimos recuerdos» que le dejó. Se trata de la familia de un caballero llamado José, que resulta ser «el inspector primero de rentas de la provincia»⁶².

Se conocen de manera fortuita, paseando por los jardines del General, cercanos al muelle: Barcia y su amigo habían comprado unos melocotones y se sientan en un banco. Cerca está el inspector, descansando junto a su esposa, que está embarazada, y su

⁵⁹ “Escenas de viajes por España, Francia e Italia”, *La España Literaria*, 20 de julio de 1852, p. 5.

⁶⁰ Sus vivencias en Barcelona, en *La España Literaria*, 5 de agosto de 1852, pp. 5-8; 12 de agosto de 1852, pp. 6-9; 19 de agosto de 1852, pp. 4-8; 2 de septiembre de 1852, pp. 8-9; 9 de septiembre de 1852, pp. 9-11.

⁶¹ “Escenas de viajes por España, Francia e Italia”, *La España Literaria*, 5 de agosto de 1852, p. 5.

⁶² *La España Literaria*, 5 de agosto de 1852, p. 7. Según la *Guía de Barcelona para 1847*, la Intendencia de Rentas de la provincia contaba con un oficial único: «Oficial único, D. José Domínguez, c. de Quintana núm. 15 cuarto 3º». Probablemente, se trata del caballero al que Barcia se refiere. En *Guía de Barcelona para 1847. Contiene cuanto puede ser útil á los forasteros y habitantes*, Barcelona, Imprenta de La Fraternidad, 1847, p. 73.

hermana. El antojo de la señora por los melocotones lleva a que el caballero entre en conversación con los dos amigos, que le hacen obsequio de la fruta. A partir de ese momento, traban amistad y se intercambian las direcciones para visitarse. Es interesante reseñar brevemente, a través de esta pequeña anécdota, las pautas de cortesía entre caballeros que ambos ponen en escena y que, de alguna manera, les lleva a reconocerse y a profesarse simpatía. La *reserva* del caballero al acercarse, la *suma cortesía* con la que se quita el sombrero, la *delicadeza* que muestra al elegir el peor melocotón, el *decoro* que lleva a Barcia a no quedarse atrás en esa delicadeza, el reclamarle como *obsequio* aquel mal melocotón que había tomado, el conducirse como un *español galante*, el *pundonor* del caballero, la *condescendencia* de la señora, la *vergüenza* y el *pudor* de la señorita que la acompaña... Barcia se muestra resuelto en el trato y, finalmente, acaban haciéndose *favor* de su amistad⁶³. Las miradas de gratitud, las sonrisas y los choques de mano afectuosos o el andar tomados del brazo son gestos que vienen a completar la puesta en escena de la cortesía y de la amistad entre caballeros. Inmediatamente, el trato entre la familia del inspector y el joven se desarrolla «como en sociedad de confianza».

Los días en Barcelona se cuentan, desde ese momento, por la relación con la familia del inspector. Aquel *amigo joven e ilustrado* desaparece del cuadro. No sorprenderá que Barcia muestre interés por Lola, la señorita avergonzada del jardín, hermana del inspector. Siente afecto por ella, pero está comprometida con un joven progresista, emigrado político por haberse visto involucrado en una acción contra el gobierno. Pronto regresa a Barcelona y, lo que conmueve a Barcia de esta historia, es el amor sincero que ambos se profesan. Es una historia feliz, de familia y amistad. Pero podría no serlo: *memento mori*. Parece que, para Barcia, la amenaza del sepulcro es inevitable para recordar la fatuidad del gozo y de la felicidad. Sólo así se explica que introduzca un pasaje ciertamente tenebroso, con toques de novela gótica –perros aullando, sombras, noche lúgubre, electricidad y tormenta–, en el que asistimos a la dolorosa muerte de Lola en medio de terribles delirios, ante la desesperación de su

⁶³ Muchos años después, en 1871, Barcia contó de nuevo la historia de los melocotones de manera diferente, lo que nos da una noción del carácter ficcional de sus relatos de viajes. Allí cuenta que iba con su amigo Francisco Lliví y que habían vendido a un librero, llamado Saury, un relato que ambos habían escrito sobre el asesinato de la duquesa Praslin a manos de su marido. Les había pagado 32 duros. Y efectivamente, conocieron al contador de Rentas y a su esposa embarazada, pero nada dice de Lola, la señorita avergonzada, que resulta ser la protagonista del relato del viaje a Barcelona. Ver “Los cinco melocotones”, *La Federación Española*, 8 de julio de 1871, pp. 472-474.

familia y su prometido. El paralelismo con la muerte de Emilia es más que notable, aunque aclara que se trata de un sueño. Afortunadamente para Lola, la cosa queda en ensoñación.

Con el abandono de Barcelona, Barcia se dispone por fin a pasar al extranjero. El sentimiento le embarga al pisar suelo ajeno y comparte con los lectores las inquietudes que le suscita el contacto con lo extraño:

«¿Seré ingrato á España? ¿Dejaré de acordarme de mi familia? ¡Quién sabe! La ausencia es como un pedestal sobre el que descansa con los ojos cerrados la estatua del olvido.

¿Volveré á mi país? ¿Volveré á saludar el océano, cuyas playas me sirvieron de cuna? ¿No se oscurecerá la nube? ¿Quién sabe? Tal vez mañana alumbrará sobre mi cabeza el iris de la muerte»⁶⁴

Resulta curioso que plantee estas dudas a la hora de salir de España, cuando hacía tanto tiempo que no veía a su familia y, en sentido estricto, igual podía haberle sorprendido la muerte en Cádiz que en Valencia o Barcelona. Pero lo que realmente cautiva su imaginación en ese momento es la visión de los Pirineos. No en un sentido estético, no como los Alpes habían inspirado el arrebató de lo sublime en tantos viajeros, de Rousseau a Stendhal⁶⁵. O, al menos, no recupera para su relato estas sensaciones. Lo que el paso de la frontera pirenaica trae a la mente es la confrontación con el otro, la delimitación entre lo propio y lo ajeno. Recrea en su mente la idea de «dos pueblos poderosos, si bien contrarios por sus tradiciones y hasta por sus instintos: dos pueblos dotados de diferentes instituciones sociales, de carácter opuesto, de diversas costumbres». La reflexión no deja de constituir un relato identitario alimentado por imágenes estereotipadas y lugares comunes acerca de la Francia *cortesana* y la España *guerrera*:

«Subamos á los Pirineos: en su cimiento inmobile da principio el teatro, donde pelean desde hace muchos siglos dos razas políticas. La Francia abandona casi siempre en el campo sus trofeos militares. La España no triunfa alguna vez en las nobles lides de la inteligencia; pero nunca ha dejado de encontrar un recurso en su genio. No ha aprendido tanto; pero ha heredado mas. La Francia és política, cortesana, ceremoniosa: vive especialmente en la opinión de las otras naciones. La España es guerrera, valiente, hidalga, vive en sí misma, tiene por mas breve dar una estocada, que enviar un embajador. La Francia de hoy es mas culta: la España de

⁶⁴ «Escenas de viajes por España, Francia e Italia», *La España Literaria*, 23 de septiembre de 1852, p. 7.

⁶⁵ BRILLI, Attilio: *El viaje a Italia...*, pp. 179-186.

siempre es mas magestuosa. El ingenio francés és mas educado: el español mas original. [...] Hélos frente á frente. Son el águila y el leon que se miran y se devoran. El águila entreabre las uñas: el leon eriza la melena»⁶⁶

En este pasaje, Barcia designa al otro, pero también se designa a sí mismo en un juego de contrarios nada ajeno a polémicas de largo recorrido en torno a la contribución de España al proceso civilizatorio europeo, es decir, a su modernidad o falta de ella⁶⁷. Si los ilustrados la habían considerado un país lastrado por el peso de la tradición y del catolicismo, la mirada romántica había otorgado un nuevo significado al consabido atraso secular de España, aunque sin cuestionar realmente sus aspectos constitutivos. La relectura de la literatura áurea española por parte los románticos alemanes, sobre todo, había difundido una visión positiva de elementos tales como los valores medievales, la caballería cristiana o la fantasía desbordante. La difusión de estas ideas por parte de los hermanos Schlegel, Madame de Staël o, en España, Francisca Larrea, Nicolás Böhl de Faber y su hija Cecilia, animaba otra lectura de la particularidad española. El arrojo, la hidalguía, la majestuosidad o la originalidad que Barcia evoca a la hora de hablar del carácter español insertan claramente su discurso acerca de lo propio en esta tradición intelectual. Quizás España no era muy civilizada pero, frente a la superficialidad de las sociedades modernas –como la francesa–, se podía considerar espiritualmente superior.

El fin del primer tomo de la serie “Escenas de viajes por España, Francia e Italia” interrumpe el recorrido en los Pirineos, pero el tomo segundo no continua el camino francés. Por el contrario, encontramos a Barcia ya camino de Italia:

«El 13 de junio de 1848 me embarcaba en Marsella con destino á Génova, después de haber permanecido en Francia durante año y medio. El buque en que debía hacer aquel tránsito era el Pericles, vapor del Estado, que llevaba la correspondencia á Constantinopla, haciendo escala en Génova, Licorno [*sic*], Civita-Vecchia, Nápoles y Smirna»⁶⁸

Poco se sabe de su estancia en Francia, más que por algunas referencias que encontramos en sus obras posteriores. Parece que la mayor parte del tiempo lo pasó en

⁶⁶ “Escenas de viajes por España, Francia e Italia”, *La España Literaria*, 23 de septiembre de 1852, p. 7.

⁶⁷ ÁLVAREZ JUNCO, José: *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 107-116, 200-201 y 383-391; ANDREU MIRALLES, Xavier: *El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional*, Barcelona, Taurus, 2016, pp. 29-121; FLITTER, Derek: *Teoría y crítica del romanticismo español*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 8-10.

⁶⁸ Si la fecha que aporta es cierta, Barcia no pudo pasar un año y medio en Francia, sino 8 meses. “Escenas de viajes por España, Francia e Italia”, *La España Literaria*, 30 de septiembre de 1852, p. 5.

Montpellier, estudiando en su biblioteca y cultivando, cómo no, la amistad de jóvenes instruidos y entendidos. En este caso, sabemos que Miguel Rosselló y Cervera, entonces estudiante de medicina, fue su «compañero de Montpellier»⁶⁹. Su estancia en Francia se alargó durante ocho meses, quizás de forma involuntaria, ya que parece que estuvo convaleciente –y aparentemente en estado grave– en Narbona, durante un tiempo indeterminado. O al menos eso se desprende de un poema que publicó en *La España Literaria*, llamado “Mi enfermedad en Narbona (Francia)”, en el que se lamenta por su soledad ante la muerte:

«Yerta mi sien, ni un eco de la fama
Dirá á los hombres mi penar prolijo:
Nadie padre me llama;
Nadie me llama hijo.
Mi vida es lo que fué, yo soy mis huellas:
Mató la humanidad mi fé propicia,
Ni responden al son de mis querellas
Un suspiro de amor, ni una caricia.
Tristeza y soledad son mis testigos,
De estrañas tierras solitario vengo
Sin hogar, sin amigos... sin amigos.
¡Oh humanidad, perdona: no los tengo!
[...] Hombres, ¿qué murmuráis? Mi mal me aflige?
Me dejan solo, muero,
Y un ministro del Dios que al orbe rige
Por enterrarme pedirá dinero.
Y al asomar la aurora venidera,
Cuando su luz en mi sepulcro radie,
El hombre pasa sin mirar siquiera:
¡Adiós! no dice nadie.
Caban mi tumba mercenarias manos,
Y me arrojan al cóncavo desierto,
Y ninguno dirá: Piedad hermanos:
¡El sin ventura ha muerto!
[...] Tiempo que fuiste, ven, tremendo numen;
Yo te provoco, genio de la muerte:
Mis sienes se consumen;
Mas late el corazón convulso y fuerte.
¿Pues no me resta mi ferviente trova?
¡Ay! Si la dura parca en sus rigores
A mi patria me roba,
¿Quién cantará mi trova y mis amores?
¿Mas no veré la luz del rubio polo?
¿Quién me sujeta á la terrible valla?
Muero, me dejan solo,
El universo calla.
Nadie teje una palma á mi martirio,

⁶⁹ La referencia, en la dedicatoria que le hace de sus *Sinónimos castellanos*. En BARCIA MARTÍ, Roque: *Sinónimos castellanos*, tomo 1, Madrid, Imprenta de la Sra. Viuda é Hijos de D. José Cuesta, 1863, s.p.

Nadie el ansia adivina que me inquieta,
Nadie clava una cruz, ni siembra un lirio,
Cabe la tumba del que fué poeta»⁷⁰.

Soledad y muerte, sí, pero la angustia de no dejar memoria –muere sin fama– llena el primer verso y señala sus prioridades. En cualquiera de los casos, Barcia vive su travesía en el *Pericles* como «un festin», en compañía de sus «hermanos de viaje». Esta vez sí que da cuenta de esa *agradable sociedad* de la que hablaba Mesonero Romanos, con la que comparte mesa, historias y vida viajera:

«Héme, lector, en medio de un caballero italiano, hombre de experiencia, amaestrado en el mundo, pero habitualmente jovial y risueño, como las deliciosas praderas de Nápoles: de un alemán, joven, reservado y sumamente afable á la par: de un inglés, es decir, de un hombre que se viste de hilo en diciembre y de lana en julio: triste como el cielo de su patria, raro como todo lo que sucede en ese pueblo que á bordo de un bajel de pirata se hizo señor del mundo. [...] Acompañábanos también un hijo de París dedicado á la diplomacia, en lo cual habia obrado acordadamente, porque los franceses son los hombres mas volubles del mundo [...] En cámara primera iba una familia toscana, compuesta del matrimonio y una hija, en quien el capitán fijaba mas los ojos que en la brújula y en el buque»⁷¹.

Con los cuatro primeros compartía cámara, mientras que la familia toscana formaba parte de la «aristocracia del buque». De nuevo, es la señorita toscana la que atrae el interés de Barcia, también del joven alemán y del capitán del barco. Joven –apenas veinte años–, hermosa, educada esmeradísimamente en un colegio francés... los caballeros la nombran «nuestra Circe [...] la Maga del Buque». El recato, la reserva, el misterio... ahí reside, a juicio de Barcia, el talento de las mujeres: «reservadas con cultura, misteriosas con habilidad, esquivas sin ostentacion. A través de un velo la imaginacion ve un querube»⁷². Todas sus reflexiones al respecto no dejan, al fin y al cabo, de definir su deseo.

Con todo, la llegada a Génova pone fin a la travesía, aunque no se deshace inmediatamente la *agradable sociedad* del buque, ya que todos permanecen algunos

⁷⁰ EL AUTOR DE LOS VIAJES (pseud. Roque Barcia Martí): “Mi enfermedad en Narbona (Francia)”, *La España Literaria*, 16 de diciembre de 1852, pp. 6-7.

⁷¹ “Escenas de viajes por España, Francia é Italia”, *La España Literaria*, 30 de septiembre de 1852, pp. 5-6.

⁷² “Escenas de viajes por España, Francia é Italia”, *La España Literaria*, 7 de octubre de 1852, pp. 5.

días en la ciudad alojados en una fonda inglesa, compartiendo anécdotas e historias tras la cena⁷³. La rememoración de aquellas veladas en Génova le trae gratos recuerdos:

«¡Oh días venturosos los que estaban llenos de las tranquilas emociones de hoy; y de la dulce esperanza de mañana! He aquí, lectores, la exclamación que no puedo dejar de hacer, cuando me traslado á aquellas escenas que tanto llenaban mi espíritu. [...] Pero quién había de decir á mis comensales que la pobre figura del viajero español, como me apellidaban, quién había de decirles que aquel hombre sin vida debía ser el llamado á dejar transcritos en el papel aquellos solaces de amistad?»⁷⁴

Parece que aquella *pobre figura* permaneció seis noches en Génova, según comenta. Nada dice de la ciudad ni del camino que siguió, aunque es bastante probable que continuase en barco. Lo volvemos a encontrar de pronto en Civitavecchia, a finales de julio, recorriendo el tramo final de su camino a Roma⁷⁵. En esta etapa, narrada en “Amor y lágrimas”, recupera la faceta viajera que había mostrado en la primera serie de “Escenas”: lo vemos quejarse de «los requisitos de policía, que son harto penosos en todos los estados de Italia»; también vemos su impaciencia por llegar a Roma, «la tierra de promisión» o su temor a ser víctima de salteadores. Y, sobre todo, la emoción desbordante que le produce el contacto con la ciudad. Observamos cómo impactan en su ánimo las palabras del cochero al aproximarse a la ciudad –«*Ecco la cúpula!* [sic]–, cómo contiene la respiración al asomarse para vislumbrar la cúpula de San Pedro, lo que significa para él la llegada a Roma:

«*Ahí tienes la cúpula* quería decir en mi lenguaje: ahí tienes el puerto: ahí tienes el día de tu esperanza, tu tierra de Moisés, esa gran familia de mármoles en donde están escritos el génio y las ideas de tantas edades: allí se levanta el coloso: allí tienes tu pensamiento. [...] Yo repetía fuera de mí

⁷³ La serie “Escenas de viajes por España, Francia é Italia” finaliza con el desembarco en Génova. La colección de anécdotas e historias que comparten los mismos protagonistas está recogida en “El mundo pintoresco o un año en Italia. Estudios morales y recreativos”, publicada en *La España Literaria*, 30 de diciembre de 1853, pp. 5-7; 6 de enero de 1853, pp. 3-5; 13 de enero de 1853, pp. 5-6; 20 de enero de 1853, pp. 4-6; 3 de febrero de 1853, pp. 2-4; 10 de febrero de 1853, pp. 5-7. A diferencia de la serie anterior, esta ya está firmada por *El Autor de los Viajes*.

⁷⁴ EL AUTOR DE LOS VIAJES: “El mundo pintoresco o un año en Italia. Estudios morales y recreativos”, *La España Literaria*, 13 de enero de 1853, p. 6.

⁷⁵ Sus vivencias en Roma son abordadas en una nueva colección, titulada significativamente “Amor y lágrimas. Estudios morales y recreativos”, que se publica simultáneamente con las entregas finales de “El mundo pintoresco o un año en Italia”. En *La España Literaria*, 3 de febrero de 1853, pp. 7-8 y 10 de febrero de 1853, pp. 8-9. “Amor y lágrimas” queda interrumpida por la extinción de la revista y reaparece en su continuadora, *La España Literaria y Recreativa*, en la que se publica la serie completa desde su inicio. En *La España Literaria y Recreativa*, 7 de abril de 1853, pp. 21-22; 22 de abril de 1853, pp. 35-37; 30 de abril de 1853, pp. 43-44; 7 de mayo de 1853, pp. 51-52; 22 de mayo de 1853, p. 68; 30 de mayo de 1853, pp. 75-76.

las armoniosas palabras de un viajero ilustre: “ábranse las puertas de la ciudad, y reciban al viajero cuyo corazón es muy grande, por el anhelo que tiene de admirarla”»⁷⁶

Todo le asombra: el Tíber, la «magnífica plaza de San Pedro, acaso la primera del mundo», la muchedumbre que concurre, los millares de luces que iluminan la cúpula; la Basílica, «ese monumento erigido á las artes de todos los países, esa gran biografía de Rafael y de Miguel Angel»; los cañonazos del castillo de Sant’Angelo. Y «aquella noche azul, como llamó Byron á las noches de Italia». En Roma, vivía para sus emociones:

«Yo vivía enteramente para mis emociones: vivía demasiado tal vez: me hacia viejo. Acaso en ninguna otra parte del mundo se comprende tanto como en Roma, que hay países en que no se puede pensar, sino sentir: países revelados á los pintores y á los poetas, á los poetas especialmente, porque la poesía es el pincel sublime de nuestra alma»⁷⁷

Las cosas de Roma le encantaron. Vivía en la fonda Minerva, pero pronto se trasladó a una casa particular cerca de la plaza de España. Es la primera vez en todos sus relatos de viaje que hace referencia a su «perseguido bolsillo». Es interesante destacar, en esto, una anécdota que viene a ilustrar ese universo de significados sociales en el que actúa Barcia. Advirtiéndole que la dueña de la casa en la que vive pasa apuros económicos, se dispone a entregarle la práctica totalidad de su dinero, setenta coronas. La señora acude a su llamada: «la pobre señora entró en mi estancia con esa espresion vaga, casi aturdida, propia del que ha sufrido mucho, y que nos lleva gradualmente al embrutecimiento, luego al idiotismo». Aún así, la mujer no ha perdido su amor propio y se resiste, aunque acaba cediendo. Barcia esperaba «letra de Barcelona» —¿en concepto de qué?—, pero el dinero se retrasa: «La revolución de febrero se interpone, no gira el comercio de Marsella, y no recibo yo lo que esperaba»⁷⁸. Es la única referencia que hace a la situación política en Italia, ningún comentario más respecto al convulso contexto del *quarantotto* ni a la extraordinaria agitación política que se vivía. En cualquier caso, lo que le interesa explicar es que el dinero se acaba y llega un día en que no puede ni acercarse a comer a la *trattoria*. Van pasando las horas y su situación le causa apuro,

⁷⁶ EL AUTOR DE LOS VIAJES: “Amor y lágrimas. Estudios morales y recreativos”, *La España Literaria*, 3 de febrero de 1853, pp. 7-8.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 8.

⁷⁸ EL AUTOR DE LOS VIAJES: “Amor y lágrimas. Estudios morales y recreativos”, *La España Literaria*, 10 de febrero de 1853, p. 8.

hasta el punto de desfallecer de hambre. Resuelve finalmente comprar unos panecillos con unos cuantos *bayocos*⁷⁹ que le quedan:

«¡Pobre hombre! Y qué hacer? Qué hacer con su hambre? Y cogí mi sombrero, y me di á bajar pacientemente la escalera. Lector, con mis cuellos muy estirados, mi gaban blanco, y todo un guante de color de caña, tuve que irme á una tahona y comprarme dos panecillos de á bayoco. Cuando dije al que despachaba: “dos panecillos”, aquel hombre me miró con una sorpresa que no supo disimular, y yo volví la vista á otro lado con toda la calma que me acudió, á fin de que no conociese que estaba hambriento. El tahonero me alargó mi demanda, y al coger de sus manos los dos pequeños panes, se me antojó que recibía una limosna. Fué una de esas situaciones en que una muger llora siempre»⁸⁰

Su atuendo, su forma de conducirse... no se relaciona con alguien que pasa necesidades. Le avergüenza que los otros puedan adivinar que está hambriento y que no puede ir a una *trattoria*, como corresponde a un joven de *cierta clase*. El escenario social en el que se ubica Barcia en Roma, además, viene a reforzar esa idea de joven de posibles, de buena sociedad. Junto a un «compañero de pupilaje», un pintor mexicano que le llamaba «mi hermano», frecuenta una tertulia elegante en la que conoce a Julia Crucciani, condesa de Frascati⁸¹, y a la joven hija de un lord inglés. El ambiente es, ciertamente, distinguido: una señorita toca el piano, cuatro jóvenes cantan óperas escogidas, un sacerdote —también joven y hermoso— entona fragmentos de Verdi. A Barcia le parece que la sociedad romana «vive para los sentimientos elevados [...] es la mas agradable del mundo, porque es la mas culta, la mas delicada, la que mas siente»⁸².

De nuevo, Barcia cae rendido ante las señoras —«mis pasiones locamente exaltadas me consumían»—, a las que visita diariamente en la tertulia. Las dos despiertan sus sentimientos: «Ambas eran hermosas porque hacían sentir, y tenían el talento que tienen las mujeres que han recibido educación». Cercado por las pasiones, decide huir a

⁷⁹ Dice que es una «moneda de cobre que correspondía al sueldo francés, ó a seis maravedís españoles próximamente».

⁸⁰ EL AUTOR DE LOS VIAJES: “Amor y lágrimas. Estudios morales y recreativos”, *La España Literaria*, 10 de febrero de 1853, p. 8.

⁸¹ No he podido hallar ninguna referencia a Julia Crucciani, ni al título de condes de Frascati. Parece ser que mantuvieron correspondencia, o al menos eso deja ver Barcia en algún poema que le dedica en *La España Literaria*. Sí que se refiere en una ocasión a Tomás Crucciani, «famoso bodeguero» romano. En BARCIA MARTÍ, Roque: *Cartas a Su Santidad Pío nono*, Madrid, Imp. Viuda e Hijos de M. Álvarez, 1869, esp. p. 14.

⁸² EL AUTOR DE LOS VIAJES: “Amor y lágrimas”, *La España Literaria y Recreativa*, 22 de abril de 1853, p. 37.

Tívoli a descansar, aunque no logra su objetivo. Este es el escenario de su último relato sentimental, el que cierra sus viajes. Visitando las ruinas del templo de Vesta, ve acercarse a dos mujeres vestidas de negro, una de ellas joven y pálida, de mirada triste, contemplativa y dominadora. Queda impresionado:

«Yo no he recibido jamás una impresión que haya podido explicarse menos. Aquella figura delicada en medio de escombros amontonados, era para mí una Corina de madama Stael, una fantasía de Chateaubriand, una mujer encantadora para todo el mundo. Lector, no era fantástico: estaba herido»⁸³

Era Constanza, la hija del lord, en compañía de su aya. Su historia es por demás triste. Fruto de los amores ilegítimos del lord con una «señora distinguida de Roma», nunca había conocido a sus padres. La aflicción que le causaba sus circunstancias la enfermó: «En casi todas las mugeres hay mas cuerpo que alma, y son locas; en Constanza había mas alma que cuerpo, y cayó enferma», sentencia. La hija del lord conoció a un joven escultor mexicano –Barcia asegura que era un hijo del general Santa Ana–; se amaron, pero debieron separarse. Estando en Tívoli, precisamente, Constanza recibe una carta del escultor comunicándole que debe partir a México a cumplir con un matrimonio concertado por sus padres. Esto agrava la enfermedad de la joven. Barcia acude a visitarla y ella le regala un poema que había escrito. Es poetisa, como Corinna. Ambos derraman lágrimas. Constanza delira llamando a su madre. En el último momento, su aya le confiesa que en realidad es esa madre a la que invoca y que nunca se ha separado de ella, mientras aparece por la puerta el escultor mexicano justo para darle la mano antes de que la joven muera. La tensión dramática de la escena es manifiesta. Al día siguiente, la condesa Frascati acude a Tívoli junto con «algunas familias de la nobleza» para acompañar el cuerpo de Constanza a Roma en cortejo fúnebre. Poco tiempo después, el escultor se suicida antes de partir a cumplir con sus obligaciones familiares.

Con la dramática muerte de Constanza finaliza el relato del viaje a Italia. Aunque Barcia no lo dice explícitamente en esta ocasión, sí que refirió en otros textos posteriores que, en aquel tiempo, se había dedicado a estudiar en las bibliotecas de Roma, así como en la de Livorno, y que había visto Florencia. Es posible que

⁸³ EL AUTOR DE LOS VIAJES: “Amor y lágrimas”, *La España Literaria y Recreativa*, 30 de abril de 1853, pp. 43-44.

frecuentara esa buena sociedad romana –más bien de clase media y literata– que tanto le encantaba, pero también refería, mucho después, que en las calles de Roma había oído rumores acerca de la vida disoluta de Gregorio XVI, además de coplillas acerca de la situación política italiana⁸⁴. Incluso asegura haber publicado él mismo una hoja que un ciego repartía por la Piazza della Rotonda, que rezaba *Il papa piange! Il papa piange!*. Se refería al pesar del papa por la alegría del *pueblo liberal* en aquel agitado *quarantotto*⁸⁵. Había pasado un año en una Italia convulsa, tensionada por la guerra nacional en el norte y la movilización patriótica, entre el fracaso de las experiencias constitucionales en los diferentes Estados y el avance de los demócratas, que reclamaban la *Costituente* nacional frente a la solución federal-monárquica del liberalismo moderado. La huida de Pio IX a Gaeta, la articulación de la República Romana mazziniana bajo el lema *Dio e popolo*, la intervención de las potencias extranjeras, el sitio de Roma en el verano de 1849⁸⁶. En efecto, había sido un año extraordinariamente convulso.

Nada de esto cuenta Barcia en sus sentimentales y moralizantes relatos de viaje, en los que pone en escena a un joven poeta distinguido, dedicado al estudio y perpetuamente enamorado. Pero su estancia en Italia debió impactarle profundamente. Fue allí, en Roma, donde concibió la idea de caracterizar todas las revoluciones de la historia, poniéndolas ante el «criterio filosófico»⁸⁷; también sitúa en su estancia romana el origen de lo que, años después, serían sus obras más significativas. Algo de esto deja ver en una de las escenas de “Amor y lágrimas” cuando afirma, hablando de los días de tertulia elegante en Roma:

⁸⁴ Un ejemplo en BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y la burla social*, Madrid, Imp. de Tomás Núñez Amor, 1855, p. 99, pp. 276-277.

⁸⁵ Algunas referencias a sus experiencias en Roma en BARCIA MARTÍ, Roque: *Cartas a Su Santidad...*, esp. pp. 13-16. La supuesta vida disoluta de Gregorio XVI en BARCIA MARTÍ, Roque: *Teoría del infierno o ley de la vida*, Madrid, Imp. Manuel Galiano, 1868, p. 210.

⁸⁶ Una buena síntesis del *lungo quarantotto* italiano, entre el reformismo de los años 1846-1847 y la República Romana de 1849, en FRANCIA, Enrico: *1848. La Rivoluzione del Risorgimento*, Il Mulino, Bologna, 2012.

⁸⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: “Apuntes para la filosofía de la historia”, *La América*, 12 de junio de 1865, p. 5.

«Creo que nada soy, ni nada valgo, sino por el afán insaciable de instruirme; pero si algo sé de *cantar maravillas*, allí lo aprendí. [...] ¡Oh días preciosos de aquella juventud! ¡Preciosos para mí, porque dieron ser á mi pensamiento; mas preciosos aun, porque no volverán!»⁸⁸

Debió regresar a España a finales de 1849, seguramente deshaciendo el camino que había seguido en el verano de 1848⁸⁹. Eso parece desprenderse del final de su relato, ya que se refiere a su vuelta a Civitavecchia y a su paso por la oficina del cónsul francés, a la espera del vapor que venía de Constantinopla y se dirigía a la Toscana. Poco sabemos de sus movimientos tras su regreso, hasta que empezó a darse a conocer en *La Ilustración* a finales de 1850. Pero no debió ser un tiempo muy grato, cuando el poeta lamenta: «Y quién me dijera á mí mismo que de regreso á España había de ser tan desgraciado? Pero esto importa tal vez á muy pocos»⁹⁰.

El Autor de los Viajes

El viaje por Francia e Italia que se ha descrito aleja a Barcia de las circunstancias políticas del 1848 español y sus repercusiones. La rápida y brutal reacción de Narváez al movimiento insurreccional, con su política de poderes excepcionales, cortó de raíz la particular expresión española de la mayor oleada revolucionaria experimentada en Europa hasta el momento⁹¹. Pero la durísima represión del gobierno moderado no podía evitar el impacto que las barricadas de París o Berlín, o la proclamación de la II República francesa, causaba en la imaginación política de los españoles. Emilio Castelar recordaba, unos años después, cómo la revolución de 1848, «aquel hermoso canto de libertad, que habia despertado á tantos pueblos dormidos [...] resonó en mi corazon de niño con tan deleitosísima armonia» que se apasionó de la democracia⁹². En el mismo sentido, Nicolás Estévanez apuntaba en sus memorias que «en 1848, el año más glorioso de este siglo, era yo un parvulillo republicano» –tenía 10 años– y añade:

⁸⁸ EL AUTOR DE LOS VIAJES: “Amor y lágrimas”, *La España Literaria y Recreativa*, 22 de abril de 1853, p. 37.

⁸⁹ En el texto dice que toma el barco en octubre de 1848, pero tiene varias poesías datadas en Italia en 1849; en alguna ocasión refiere también que en 1849 estaba en Roma. Esto hace pensar que volvió a España a finales de 1849.

⁹⁰ EL AUTOR DE LOS VIAJES: “El mundo pintoresco o un año en Italia. Estudios morales y recreativos”, *La España Literaria*, 13 de enero de 1853, p. 6.

⁹¹ Un reciente estado de la cuestión que revisa el 1848 español en perspectiva europea en GARCÍA DE PASO, Ignacio: “El 1848 español ¿Una excepción europea?”, *Ayer*, 106 (2017), pp. 185-206.

⁹² CASTELAR, Emilio: “Prólogo”, en GARRIDO, Fernando: *La república democrática federal universal. Nociones elementales de los principios democráticos, dedicadas a las clases productoras*, Barcelona, Establecimiento Tipográfico-Editorial de Manero, 1868, 7ª edición [1ª ed.: Lérida, 1855], p. 8.

«Todos los chicos de entonces, a lo menos los de mi amistad, eran republicanos en aquella fecha; pocos, muy pocos lo han sido en edad madura. [...] ¿Y cómo no habíamos de ser republicanos en aquel año 48, con sus levantamientos de Sevilla y de Madrid, sus revoluciones de Berlín y de Milán, sus barricadas de Viena y de París y su gloriosa república romana?»⁹³

Más allá de las posibles modulaciones voluntarias o involuntarias de la memoria, la oleada revolucionaria de 1848 supuso un punto de inflexión fundamental en el panorama político europeo. Con su cariz democrático, parecía confirmar los miedos de aquellos que habían señalado los peligros del ejercicio de las libertades individuales como fuente de conflicto. Los problemas para mantener la cohesión y la estabilidad social requerían una solución, y este interrogante debió impactar sobre muchos europeos de la época. Las respuestas fueron múltiples y sus repercusiones reconfiguraron el panorama político europeo de mediados del XIX⁹⁴.

En España, una de las derivas de la *primavera de los pueblos* fue, precisamente, la articulación del demo-republicanismo a partir de su escisión del progresismo en 1849. La opción demo-republicana se había empezado a fraguar en España a finales de la década de 1830, al hilo de los debates en torno a la definición de los límites y de los objetivos del liberalismo que acompañaron a la revolución. Al calor de la polémica, la reformulación del liberalismo y su diversificación doctrinal y estratégica condujeron a la articulación de diferentes culturas políticas que, a partir de la común matriz liberal, compitieron por hegemonizar la esfera pública postrevolucionaria. Frente a las prevenciones antidemocráticas del liberalismo *respectable* –moderados y progresistas– que triunfó con la revolución, la democracia republicana se fue formulando en los márgenes del magma liberal avanzado, recogiendo una tradición política que bebía del mito gaditano y del discurso exaltado del Trienio Liberal, movilizador e inmediateista en su aplicación de la soberanía nacional⁹⁵. Es significativo en esto que, en las décadas

⁹³ ESTÉVANEZ, Nicolás: *Mis memorias*, Madrid, Tebas, 1975, p. 22.

⁹⁴ Una aproximación general a las revoluciones europeas de 1848 y sus repercusiones en SPERBER, Jonathan: *The European Revolutions, 1848-1851*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994; KIRSCH, Martin: “Los cambios constitucionales tras la revolución de 1848: el fortalecimiento de la democracia europea a largo plazo”, *Ayer*, 70 (2008), pp. 199-239. Para el caso español, el estudio de referencia sigue siendo CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Sonsoles: *Los sucesos de 1848 en España*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1981.

⁹⁵ ROMEO MATEO, María Cruz: “Lenguaje y política del nuevo liberalismo: moderados y progresistas, 1834-1845”, *Ayer*, 29 (1998), pp. 37-62; PEYROU TUBERT, Florencia: “La formación del partido demócrata español: ¿Crónica de un conflicto anunciado?”, *Historia Contemporánea*, 37 (2008), pp. 343-372. Jesús Millán y María Cruz Romeo han señalado que en el análisis del proceso de afirmación nacional español se debe tener en cuenta el ascenso, a raíz de la revolución liberal, de una «fuerte

siguientes, los republicanos no dejasen de reivindicarse como intérpretes del auténtico liberalismo. En todo caso, la democracia republicana, vinculada además al federalismo, empezó a aparecer como opción política individualizada hacia 1840, cuando se articuló en torno a algunas publicaciones periódicas como *El Huracán*, *El Peninsular* o *Guindilla*, aunque se mantuvo en los contornos imprecisos del progresismo hasta la publicación del *Manifiesto Progresista Democrático* en 1849, como mínimo⁹⁶.

En esto, hay que destacar que el progresismo daba cobijo a un amplio abanico de sensibilidades políticas bastante heterogéneas que, a pesar de los intentos, no habían logrado definir un programa común. En este sentido, son significativas las palabras de Miguel Agustín Príncipe, publicadas en *El Siglo* en marzo de 1849:

«Un partido en cuyo seno hay tantos elementos discordes [...], en que así los que transijen con la Constitución reformada, como los que aspiran a sustituirla con el Código del 37, continúan amalgamados en la más lamentable confusión; un partido [...] en los que no solo los que así piensan, sino los doceañistas y centralistas, y hasta los que prefieren la República o aún la dominación de Montemolín, a los hombres de la actual situación, se denominan todos progresistas sin otro distintivo o señal que ponga en claro sus diferencias [...] no tiene condiciones de vida capaces de satisfacer a los que [...] deseamos [...] ver despejadas las posiciones de los distintos bandos militantes»⁹⁷

La revolución de febrero de 1848 vino a profundizar las discrepancias en el seno del progresismo. Según relataba Miguel Morayta, «[l]a proclamación de la República francesa fue así para el progresismo español la verdadera manzana de la discordia, que

identidad política nacional» que no se correspondió con un relato consensuado de la monarquía. Las diferentes maneras de entender la institución monárquica «favoreci[eron] a largo plazo un cierto republicanismo por defecto o latente», en MILLÁN, Jesús y ROMEO MATEO, María Cruz: “Modelos de monarquía en el proceso de afirmación nacional de España, 1808-1923”, *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, 16 (2013), 20 pp.

⁹⁶ Los trabajos de Florencia Peyrou ponen de relieve la continuidad discursiva entre los exaltados del Trienio y el posterior republicanismo, si bien descarta que hubiera grupos republicanos en 1820-23, más allá de algunos individuos de tendencia republicana integrados en el «conglomerado de liberalismo de izquierdas», y considera que lo que en aquel tiempo se denominaba *republicanismo* se refería a «un conjunto de reivindicaciones anti absolutistas expresadas desde el liberalismo exaltado». Posteriormente, esta tesis ha sido discutida por Jordi Roca, que ha estudiado el discurso republicano del Trienio a partir de los periódicos exaltados publicados en Barcelona. Concluye que no cabe duda de que hubo grupos republicanos en ese momento, integrados en el liberalismo exaltado, aunque poco tuvieron que ver con el republicanismo de las décadas posteriores. Ver PEYROU TUBERT, Florencia: *El republicanismo popular en España, 1840-1843*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2002, pp. 35-52; ÍD.: *Tribunos del pueblo. Demócratas y republicanos durante el reinado de Isabel II*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, pp. 107-159 y ROCA VERNET, Jordi: “¿Hubo republicanos en el Trienio Liberal? Historia, moral y federalismo en el discurso republicano del primer liberalismo (1)”, *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), 156 (2012), pp. 85-123.

⁹⁷ Citado en PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, p. 212.

concluyó por dividirlos definitivamente»⁹⁸. Las mayores diferencias se daban, sobre todo, entre los partidarios del orden y los defensores de la revolución, si bien entre estos últimos tampoco había unidad de criterio. Al hilo de la discordia, pronto se planteó de nuevo la necesidad de dotar al progresismo de la unidad doctrinal necesaria para poder hacer frente con solvencia a los moderados. Es en este contexto donde hay que ubicar la publicación del *Manifiesto Progresista Democrático* del 6 de abril de 1849⁹⁹. En principio, sus instigadores no pretendían una ruptura con el progresismo, sino cohesionar el partido en torno a propuestas de corte democrático. De hecho, llamaban a los progresistas a vencer escrúpulos y a abrazar las doctrinas democráticas para alcanzar juntos un nuevo horizonte de libertad. Sin embargo, el desinterés del progresismo más templado por el *Manifiesto* llevó a la paulatina percepción de los demócratas como un grupo separado, lo que condujo finalmente a la formación del partido en agosto de 1849. En torno a él se agruparon diferentes sensibilidades políticas, desde progresistas filodemócratas a demócratas republicanos y socialistas, por lo que el movimiento distó mucho de ser homogéneo y coherente. Con todo, el proceso de separación de ambos partidos fue complicado, ya que muchos sectores demócratas consideraban que los progresistas perseguían un horizonte político similar. Incluso confluyeron juntos a las citas electorales de 1850 y 1851, por lo que siguieron relacionándose de forma ambigua hasta el Bienio Progresista¹⁰⁰.

El regreso de Barcia a España se produjo por esas fechas, justo en el momento en el que los demócratas se estaban apartando, no sin polémica y ambigüedades, del partido progresista. Ya vimos que, como testigo de la reconfiguración de las relaciones de poder en el espacio público desde mediados de la década de 1830, Barcia resolvió subjetivamente su particular encuentro con lo político identificándose como progresista. Un progresismo, recordemos, igualitario, cercano a las doctrinas del pacto social y al iusnaturalismo, defensor de la concurrencia de intereses entre gobernantes y gobernados y orientado a la ampliación de la esfera pública por medio de la extensión de las capacidades; es posible que incluso filodemócrata. Es cierto que en apariencia, y por lo que sabemos, la incuestionable formación de su conciencia política no le empujó, de

⁹⁸ *Ibid.*, p. 196.

⁹⁹ El *Manifiesto*, en ARTOLA GALLEGÓ, Miguel: *Partidos y programas políticos 1808-1936*, Vol. 2, Madrid, Alianza, 1991, pp. 37-45.

¹⁰⁰ PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 195-219; ID.: “1848 et le parti démocratique espagnol”, *Le Mouvement Social*, 234 (2011), pp. 17-32.

manera inmediata, ni al activismo ni a la acción política durante la Década Moderada. Tampoco parece que la polémica en torno a la escisión demócrata estimulase en él el interés por la escritura política, o al menos no tenemos noticia de que publicara en ningún periódico de partido. El escenario no era nada propicio, dada la intensa persecución a la que fue sometida la prensa de oposición –progresista y demócrata– a raíz de los sucesos de 1848, ya bastante controlada de por sí mediante las restrictivas leyes de imprenta moderadas¹⁰¹. Pero resulta difícil de creer que, pensándose como sujeto político, su opinión se mantuviera ajena a las circunstancias que vivían progresistas y demócratas. Su insistencia en cultivar una imagen de hombre enfermo y solitario, dedicado al pensamiento, al estudio y a la escritura, ajeno a todo círculo literario –¿y político?– de la capital, tampoco ayuda demasiado a ubicarlo en un marco de sociabilidad política concreta.

Sin embargo, a pesar de que su actividad en la esfera pública se vuelca en la producción literaria y es difícil vislumbrar la modulación de su conciencia política en aquel tiempo, podemos aproximarnos a su círculo de sociabilidad –no exento de connotaciones políticas– a través de los diferentes proyectos literarios que lideró en esos años. Por una parte, el carácter, objeto y contenido de esas publicaciones vienen a sostener un discurso acerca del literato y su función social que constituye a Barcia como actor en la esfera pública. Por otro, su relativo éxito en la operación de hacer de sí mismo un literato célebre, o al menos conocido, lo sitúa en el centro de una *pequeña familia literaria* que tuvo continuidad en sus diferentes proyectos y que le acompañó, con pocas variaciones, hasta el triunfo de la revolución de 1854.

Como ya se adelantó en el epígrafe anterior, Barcia empezó a darse a conocer a finales de 1850 con la publicación de la primera serie de sus relatos de viaje en *La Ilustración*, revista dirigida por el progresista Ángel Fernández de los Ríos. En aquel momento, Fernández de los Ríos dirigía también el *Semanario Pintoresco Español* y, a finales de ese año de 1850, fundó el periódico progresista *Las Novedades* con gran

¹⁰¹ Una aproximación a la legislación en materia de imprenta durante la época moderada y a la persecución practicada contra la prensa por parte de los distintos gobiernos del periodo, en CASTRO ALFÍN, Demetrio: *Los males de la imprenta. Política y libertad de prensa en una sociedad dual*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1998, pp. 54-69. Ver también SEOANE, María Cruz: *Historia del periodismo en España 2. El siglo XIX*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pp. 171-191.

éxito¹⁰². Con todo, *La Ilustración* se corresponde con el modelo de revista literaria ilustrada de mediados del XIX, dedicada a la instrucción y al recreo, al igual que el *Semanario Pintoresco Español* o, en aquella época, el *Museo de las Familias*. Sin embargo, Fernández de los Ríos reservó las producciones originales y de calidad para el *Semanario*, mientras que *La Ilustración* se componía fundamentalmente de reediciones, traducciones y colaboraciones –publicadas la mayoría de las veces de forma anónima– que no alcanzaban la calidad suficiente como para ser publicadas en el *Semanario*. Esta circunstancia respondía a la necesidad de sacar la revista periódicamente sin atender demasiado a otros criterios, en un momento en el que el proceso de industrialización de la labor periodística y literaria se estaba desarrollando con gran celeridad. A mediados de siglo, «el periodismo literario se había convertido en una industria que exigía ingentes esfuerzos de trabajo y una producción torrencial»¹⁰³.

Es en este marco en el que hay que ubicar la inserción de las “Escenas” de Barcia, publicadas bajo el pseudónimo de *El Peregrino*. Una marca identitaria vinculada, por cierto, a la imagen del viaje como peregrinación de la inteligencia en busca de la verdad. Sin duda, sus años de viajes y estudios le habían transformado: ya no era aquel joven poeta que suplicaba a José de Salamanca, sino que se presenta como un escritor de pensamiento que ve en la escritura un magisterio moral. Es esa la razón por la que, según asegura, se había apartado voluntariamente de la esfera pública durante los últimos años:

«Trabajando sin publicar una línea durante muchos años, contra las vivas instancias de personas á quienes debo mucho, ahora publico cediendo á inspiraciones enteramente mías. ¿Por qué ? Porque creo que nadie debe coger la pluma sin llegar á comprender la parte especulativa, práctica, útil, de las cosas de que vá á ocuparse; fin racional de todas las cosas humanas. Obrar y no referir la moralidad de los actos á nuestro bien y al de nuestros semejantes, equivale exactamente á no hacer nada para el ser espiritual. [...] Si, como creo, mis fuerzas no son tales que el resultado me satisfaga cumplidamente, cojo al menos la pluma animado de la veneración que debe inspirar al ministerio sagrado del hombre que hace de la imprenta una cátedra»¹⁰⁴.

¹⁰² *Las Novedades* llegó a tener 14.000 suscriptores y fue el periódico que más se implicó en la lucha contra el gabinete de Bravo Murillo en 1852. Ángel Fernández de los Ríos fue amigo y colaborador de José Ruiz Zorrilla, Leopoldo O'Donnell y Antonio Cánovas del Castillo y tomó parte activa en la revolución de 1854, aunque se distanció de los dos últimos tras el *Manifiesto del Manzanares*. En RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja: “La narrativa en *La Ilustración* (1849-1857). La «serie B» del *Semanario Pintoresco Español*”, *Anales de Literatura Española*, 25 (2013), pp. 283-303.

¹⁰³ *Ibid.* p. 302.

¹⁰⁴ *La Ilustración. Revista Universal*, 26 de octubre de 1850, p. 338.

Este planteamiento enlaza con la concepción romántica de la literatura como espacio de propagación de verdades morales, difundida desde mediados de la década de 1830 por críticos de gran influencia como Mariano José de Larra, Nicomedes Pastor Díaz, Jacinto Salas y Quiroga o Enrique Gil. Aunque la valoración que estos autores podían hacer de las necesidades de la sociedad eran muy diferentes, todos coincidían en subrayar esa función social de la literatura –y del literato–, bien desde una perspectiva conservadora o, como en el caso de Larra, inspiradora de una sociedad nueva y progresista. Precisamente Larra, a diferencia de los críticos posteriores, consideraba que la literatura no sólo consistía en un ejercicio estético, sino que servía al fin utilitario de mostrar verdades morales significativas. Por su parte, Díaz, Salas y Gil coincidían en considerar la literatura como guía moral y regeneradora, entendiendo el sentimiento como capacidad espiritual, única capaz de transformar el egoísmo de la época¹⁰⁵.

Los ecos de esta manera de entender la literatura y la función social del literato resuenan constantemente en los argumentos de Barcia, que asume la tarea de difundir las verdades morales desde una férrea fe en sus principios. Esa convicción en la rectitud de su propio juicio, basada en la valoración de su formación, es fundamental para entender su constitución como literato, así como el talante crítico y polemista de su carácter:

«Generalmente se cree que es una virtud ese pesar que experimentamos cuando el juicio ageno nos condena: yo creo, por el contrario, que es un vicio. Pienso que el hombre que atiende mas al parecer de otro que á su convicción propia, es un ente ficticio, por decirlo así, de circunstancias, sin creencias profundas [...] El hombre está dotado de todas las facultades necesarias para juzgar como conviene, y por consecuencia no tiene necesidad de buscar reglas de conducta fuera de sus estímulos interiores [...] ¿Qué necesita? Educarse [...] Así obra el hombre verdaderamente virtuoso: hace de sí propio una humanidad aparte y su convencimiento razonado es su ley.

El que consulta con preferencia el juicio de los demás, envilece el suyo. [...] Tratándose del hombre privado, admito la opinión pública como una especie de magisterio; pero de ninguna manera como escuela de

¹⁰⁵ Este planteamiento de Larra no era nuevo en España y enlaza con la tradición ilustrada de autores como Jovellanos, en cuyas reflexiones es fundamental la idea de «verdades útiles». En FLITTER, Derek: *Teoría y crítica del romanticismo...*, pp. 82-121 y 208-241. La importancia del *romanticismo social* en la formación de la democracia humanitaria –y cristiana– española, durante la década de 1830, en MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La pasión revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 97-99. La obra de referencia acerca del ascenso como poder laico del escritor, elevado al rango de guía espiritual y profeta en época contemporánea, sigue siendo BÉNICHOU, Paul: *La coronación del escritor. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

moralidad. No quiero la moral de todos. Estoy contento con la mía. Aseguro que nadie me ha de oír llamar en mi auxilio el *qué dirán*, verdadera fórmula consagrada por la pobreza de convencimiento y por la falta de buenos principios»¹⁰⁶.

Con todo, su decisión de volver a la esfera pública en calidad de literato de pensamiento no tuvo mucho recorrido en esta ocasión. La serie de ocho “Escenas” que publicó en *La Ilustración* no tuvo continuidad, a pesar de haber alcanzado cierta repercusión. O, al menos, eso se desprende de algunas cartas que, al parecer, había recibido felicitándole por sus relatos. Es el caso de Ramón Sans, que le escribe desde Zaragoza manifestándole su admiración en su nombre «y de otras muchas personas que sienten simpatías hacia V. por haberles gustado muchísimo sus escenas de viages»¹⁰⁷. Su agrado provenía, precisamente, del carácter moral de sus historias, tan alejadas del carácter descriptivo que sería de esperar en el género:

«Confieso que al principiar á leerlos, creí encontrarme con algún resumen histórico y geográfico, ó alguna descripción artística, como suele escribirse cuando de viages se trata; mas bien pronto salí de semejante error, viendo que en vez de marchar por esa senda tan trillada, abría V. un nuevo campo á ese ramo de literatura, haciendo que sus viages sean unos verdaderos estudios morales en que sobresale una crítica juiciosa y una filosofía razonada. No son, no, sus artículos de V. como la mayor parte de los que ven hoy día la luz pública, que solo tienen por objeto amenizar un rato de ocio; sino que contienen ó abrigan tendencias mas vastas, mas nobles, mas profundas. Producciones de un origen elevado y ejecutadas con tanta conciencia, pinceladas tan diestras, cuadros tan acabados con un fondo tan rico de moralidad, de pureza y de entusiasmo por lo bueno y lo bello, llevan consigo el germen fructífero de una digna educación moral y literaria. ¡Ah! si todos los escritores se dedicasen á sus faenas con semejante conciencia, la juventud no perdería el tiempo leyendo obras que no hacen otra cosa que suministrar nociones muchas veces erróneas, y contrarias casi siempre al buen gusto, consideradas bajo el aspecto literario».

El elogio de Ramon Sans, que viene a destacar los principios y la moral que subyacen a los relatos, da pie a Barcia a dirigirle una larga respuesta en la que no contesta el autor, sino «el hombre que siente»¹⁰⁸. Es interesante esta réplica, porque aparece de manera clara el estilo enérgico, vehemente y cercano por momentos al delirio que caracterizó su obra política a partir de 1855: «en este instante veo en la

¹⁰⁶ *La Ilustración. Revista universal*, 14 de diciembre de 1850, p. 399.

¹⁰⁷ “Correspondencia”, *La Ilustración. Revista universal*, 1 de febrero de 1851, p. 38.

¹⁰⁸ La respuesta, en *La Ilustración. Revista Universal*, 1 de febrero de 1851, pp. 38-39 y 8 de febrero de 1851, pp. 47-48.

pluma un estoque, el papel me provoca, y no hallo el secreto de resistir al duende que me tienta»¹⁰⁹. En ella pone en escena al moralista, condenando duramente la hipocresía y superficialidad de Madrid –una crítica, por otra parte, nada original en la época–, donde todo son apariencias que ocultan la falta de principios: la falsedad de la amistad, la opulencia de los magnates, la superficialidad de las señoritas, la vacuidad de los literatos. «¿Y nuestra fé? ¿Y nuestras creencias?», se pregunta constantemente. El tono es furioso por momentos y, desde luego, se vislumbra la amargura de las desilusiones sufridas: las referencias al «circo» literario, el desdén por la poesía que se observa en las tertulias, el espejismo de la reputación y la gloria, la dependencia de los editores a la hora de publicar... todo es decepcionante:

«He perdido hasta la ilusión de los laureles. Si pudiera volver al principio de mi carrera, es bien seguro que diría, á despecho de mis buenos propósitos, si el mundo es malo, malo se quedará. Su redención es una misión demasiado grande para un Jesucristo tan pequeño. Empuñaré la Cruz, iré, pelearé; pero el santo sepulcro quedará cautivo»¹¹⁰

La superioridad moral –e intelectual– que traslucen sus palabras es coherente con la convicción en la rectitud de sus principios, elevados a doctrina, y legitima su intervención en la sociedad por medio de la literatura. Como bien indicaba Ramon Sans en su carta, Barcia no escribía para entretener, sino que entendía su literatura como un magisterio moral. La vinculación de su propia imagen a la del Cristo redentor da cuenta no sólo del peso de los referentes religiosos a la hora de dotar de significado al mundo social y a sus propias acciones en él, sino también al poder de las narraciones religiosas para vehicular modelos identitarios en un mundo en proceso de secularización. Es importante destacarlo porque, como se verá más adelante, el elemento religioso constituye la base sobre la que Barcia construyó tanto su identidad como su filosofía política.

En cualquier caso, esa imagen del literato de pensamiento se compadecía mal con el proceso de industrialización que afectaba a la labor literaria, del que precisamente *La Ilustración* era un ejemplo claro. Esta circunstancia, por supuesto, indigna a un literato como Barcia y le sume en el dolor:

¹⁰⁹ *La Ilustración. Revista Universal*, 8 de febrero de 1851, p. 47.

¹¹⁰ *Ibid.*

«¡Tanta bilis me cuesta verme en la precisión de ir á casa de otro á suplicarle que me compre los pensamientos que vierte mi pluma! Y no se entienda que he sido desdeñado; el único director de publicaciones literarias que conozco, ha aceptado mis escritos, acaso con una predilección que no merecen; pero por desgracia, comprendo demasiado lo que pasa á mi alrededor. ¿Y qué hacer? [...] El desgraciado que no puede, debe contentarse con ahogar un gemido en el corazón»¹¹¹.

El lamento de Barcia parte de una percepción problemática de las rápidas transformaciones que se estaban dando en el mundo editorial y que afectaban, por supuesto, al perfil del *literato* como profesional de la escritura. ¿Cómo conciliar esa imagen romántica del autor, en la que confluye el genio individual y el guía espiritual, con las necesidades de un mercado en expansión, pero inestable y poco ventajoso para los autores?¹¹². En el fondo, la angustia que subyace al planteamiento deriva de las escasas posibilidades de alcanzar el reconocimiento del mérito y de la inteligencia, un elemento que tenía especial peso discursivo en la cultura progresista pero que, a la hora de ponerlo en práctica, encontraba límites evidentes. Para un autor como Barcia, la idea de *vender su pensamiento* a otros era difícil de digerir.

El caso es que, tras la respuesta a Ramón Sans, que sepamos, Barcia no volvió a publicar en *La Ilustración* –ni en ninguna otra revista literaria– hasta un año y medio después. Es posible que no encontrara a nadie que quisiera publicar sus textos, o también que se resistiera a seguir vendiendo su pensamiento. Quizás simplemente se agravó su enfermedad, ya que no dejaba de hacer presente esa circunstancia: «un hombre enfermo como yo, y quizá muy cercano á las fronteras de la muerte», escribía en febrero de 1851. Es evidente que hay multitud de circunstancias que se nos escapan en estas conjeturas, pero el protagonismo que cobró en los proyectos literarios en los que se embarcó desde el verano de 1852 señala un punto de inflexión fundamental en su trayectoria. A partir de ese momento, fue el redactor principal de *La España Literaria* (1852-1853) y presidente de su comité de censura, lo que le otorgaba un amplio control sobre los contenidos que se publicaban, y lo mismo se puede decir de su continuadora, *La España Literaria y Recreativa* (1853). Ese mismo año encabezó una *sociedad de literatos* que, bajo su dirección, dio a la luz un *Nuevo Diccionario de la Lengua Castellana* y también publicó el ensayo *Generación de ideas*, que recogía y ampliaba

¹¹¹ *Ibid.*

¹¹² MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: *Vivir de la pluma. La profesionalización del escritor, 1836-1936*, Madrid, Marcial Pons, pp. 37-72.

una serie de artículos publicados en las dos revistas referidas. Finalmente dirigió la revista *Círculo Científico y Literario*, que seguía el modelo de publicación dedicada a la instrucción y el recreo ya ensayado en *La España Literaria* y su continuadora.

La relación entre todos estos proyectos es evidente, ya que unos se alimentan a otros, fundamentalmente a partir del primero de ellos, *La España Literaria*. Esto se advierte en tres aspectos en particular. En primer lugar, el común objetivo fijado en la instrucción de los jóvenes, entendida como medio de progreso nacional, así como las aspiraciones de convertirse en órgano portavoz de los enseñantes. Un propósito este nada extraño en la época, ya que muchos autores y editores argumentaban razones de utilidad pública –la instrucción como palanca de progreso y el engrandecimiento de la nación– para solicitar el patronazgo y la protección del Estado a la hora de publicar sus obras¹¹³. En cualquier caso, la retórica patriótica no era nada ajena al debate en torno al estado de la instrucción pública en España y su secular atraso respecto a los países *civilizados* de Europa, así como a los medios dispuestos para estimular el ingenio nacional. Cabe recordar, en relación con esto, que el centro del interés por el problema de la instrucción era la *enseñanza media*, destinada en principio a las clases medias. En segundo lugar, se observa también que parte de los contenidos de *La España Literaria*, en especial las series que podríamos llamar *doctrinales* –incluso algunas ilustraciones–, son reutilizados en *La España Literaria y Recreativa* y en el *Círculo Científico y Literario*, algunos en las dos, como es el caso de ciertos “Estudios filológicos” y grabados. Finalmente, como ya se ha adelantado más arriba, el grupo de literatos que se articuló en *La España Literaria* en torno a Barcia, o más bien en torno a *El Autor de los Viajes*, siguió colaborando en sus sucesivos proyectos. En esto, si bien no se conoce la composición de la sociedad de literatos que redactó el *Nuevo Diccionario de la Lengua Castellana* en 1853¹¹⁴, es muy probable que sus miembros tuviesen que ver con el círculo de sociabilidad de estas revistas literarias.

Por todas estas razones, vale la pena detenerse en *La España Literaria*, ya que su orientación, intereses, argumentos y temas se repiten en las publicaciones posteriores. Aunque la revista no estuvo bajo la dirección de Barcia, su labor como redactor principal –por no decir único, al menos en principio– y presidente del comité de censura

¹¹³ MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: *Vivir de la pluma...*, p. 74.

¹¹⁴ BAJO PÉREZ, Elena: “El *Nuevo Diccionario de la Lengua Castellana* dirigido por R. Barcia”, *Anuario de Estudios Filológicos*, XXX, 2007, pp. 19-31.

le permitió convertirse, en apenas unos meses, en el *ilustrado*, el *entendido*, el *digno*, el *conocido* literato *Autor de los Viajes*. Es de señalar que, si bien en principio publicó de forma anónima, la adopción del pseudónimo a partir de finales de septiembre dejó por el camino al antiguo *El Peregrino*, del que no se volvió a saber, a pesar de la evidente continuidad de las “Escenas de viaje” a las que aludía con las que ya había publicado en *La Ilustración*. Pero, si allí había colaborado con una pequeña serie de recreo, es difícil no ver la plasmación de su pensamiento acerca de la función social del literato y de la literatura en el diseño y concepción de *La España Literaria*. Sus análisis críticos y su redacción en exclusiva de las secciones que podemos denominar *doctrinales* elevan su labor literaria al rango de magisterio, de manera coherente con el espíritu instructivo que animaba además a la revista. A lo largo de sus páginas, observamos cómo Barcia va poniendo en escena y construyendo al literato que había llegado a ser, no exento de altas dosis de polémica, arrogancia, superioridad moral y elitismo intelectual, desde una concepción del ejercicio de la escritura como *sacerdocio* que le iba a acompañar toda la vida.

Con todo, no es fácil discernir qué papel desempeñó Barcia en la fundación de la revista. Pero las aspiraciones manifestadas por la redacción de *La España Literaria* en su “Prospecto”¹¹⁵ enlazan, desde luego, con el lamento acerca del estado de la literatura que había proferido desde las páginas de *La Ilustración*:

«Casi todos nuestros periódicos de crédito son publicaciones de editores: son las letras en circulación mercantil: una literatura que ajusta cuentas con los dedos, y que madruga mucho porque quiere ganar: de los pensamientos hace letras, y esas letras se venden»¹¹⁶

Frente a esta situación, *La España Literaria* se desmarca —«el periódico que aquí se anuncia no tiene aritmética»— y propone «fundar un periódico circunspecto y curioso, intelectual y recreativo». Y añade: «Cuenta con elementos materiales y de doctrina para sostenerla, y eso basta». El propósito de la revista queda claro cuando pasa a dar cuenta de las cuatro secciones que estructuran los contenidos, que se pueden resumir en instrucción, crítica, recreo y estímulo. También se anuncia una sección de noticias oficiales, «si bien estrañas á la política», que no se mantuvo.

¹¹⁵ “Prospecto”, *Suplemento al Diario de Palma*, 30 de septiembre de 1852, pp. 3-4.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 3.

La explicación que acompaña a esta parte descriptiva viene a reforzar esa idea de independencia que respira todo el “Prospecto”, en un doble sentido. Por una parte, económica, ya que asegura que la redacción ha accedido a «la propiedad» de las obras instructivas «sin detenerse en gastos». Pero, por otra, hace gala de independencia de criterio, de *doctrina*. Para el propósito de la revista, el juicio crítico desempeña un papel fundamental y se orienta además hacia dos objetivos cualitativamente diferentes. Por un lado, anuncian que se someterá a juicio las composiciones aportadas por los *jóvenes de ingenio*: «si son buenas se imprimirán; si no son buenas, se dirá por qué no lo son: de modo que la juventud verá sus obras impresas ó juzgadas para la instrucción propia y satisfaccion de las personas amantes del buen gusto». Puede decirse que es una finalidad instructiva y estimulante, en el sentido de que corrige el defecto y propone ejemplos a seguir. Pero, por otro, la crítica se dirige a un colectivo muy concreto. Refiriéndose a la sección segunda, precisan:

«Crítica razonada de las obras de los escritores mas notables en ciencias y letras, así de Madrid como de provincias. En esta seccion será juzgada esa generacion literaria que nació con el célebre Moratin, y morirá con el Sr. Breton de los Herreros. De esta seccion está encargada una persona muy conocida. TODAS LAS NOTABILIDADES DE IMPRENTA ESTÁN LLAMADAS A JUICIO»¹¹⁷

Esa persona tan conocida era, claro está, el presidente de su comité de censura. La vertiente polemista de la crítica es manifiesta y, tal y como prometían, el primer estudio crítico tuvo por objeto un poema de José Zorrilla. Difícilmente se podía encontrar una notabilidad más alta en la esfera cultural moderada. Es significativo, además, que se llame a juicio precisamente a aquellos que bien podían componer el *retrato de pandilla* del que hablara Martínez Villergas y que, promovidos por la cultura oficial, habían hegemonizado la esfera cultural durante esos años. Esta aspiración que tan explícitamente pone de manifiesto el “Prospecto” de *La España Literaria* hace pensar en ciertos intereses, insinuados por Juan Pérez de Guzmán muchos años después, que al parecer relacionan la publicación con algún personaje moderado¹¹⁸.

¹¹⁷ “Prospecto”..., p. 4. El énfasis, en el original.

¹¹⁸ PÉREZ DE GUZMÁN, Juan: “De guante blanco. Historia del periódico *El Padre Cobos*”, *La España Moderna*, 145 (1901), pp. 93-119. El caso de *El Padre Cobos* es paradigmático de las densas relaciones entre política y literatura en esos años.

No sabemos qué tipo de relaciones llevaron al abogado Gaspar Ruestes, director de *La España Literaria*, a depositar su confianza en Barcia para llevar adelante este proyecto. Tampoco conocemos quién lo sostenía económicamente, ni quién pagó los entre 80.000 y 120.000 reales de depósito previo que exigía la legislación en materia de imprenta para fundar una publicación periódica¹¹⁹. Pero, según asegura Juan Pérez Guzmán, algo tuvo que ver en el asunto el periodista José María Goizueta. Este era redactor de *La España*, periódico moderado fundado por Pedro de Egaña que mantuvo «una línea lindante con el absolutismo»¹²⁰. Como el resto de la redacción de *La España*, Goizueta era habitual de la tertulia moderada del *Nuevo Café Suizo* donde, a decir de Pérez de Guzmán,

«había sentado sus reales toda la gente moza, que venía con intenciones de hacer desalojar del teatro á los recalcitrantes de las dos generaciones del Liceo y de 1843, que se empeñaban en no morirse y sostener á todo trance el cetro del prosenio que por tanto tiempo habían empuñado»¹²¹

En 1854, animado por este objetivo literario, el círculo de *La España* que se reunía en el *Suizo* ideó la publicación del periódico satírico *El Padre Cobos*, orientado en principio contra la empresa del Teatro del Circo¹²². Goizueta estaba entre los impulsores del periódico, dirigido por Cándido de Nocedal –o, al menos, así lo asegura Pérez de Guzmán– y escrito por algunos redactores de *La España*, a los que se unieron José Selgas Carrasco y Adelardo López de Ayala, apadrinados estos por Manuel Cañete y el propio Goizueta. Según Pérez de Guzmán, tras ellos quedaban «en la reserva más profunda y en el secreto más inviolable, toda la gente política de la tertulia literaria del Marqués de Molins»¹²³. Parece ser que pronto se deshicieron de Goizueta, ya que «no tenían en muy alta graduación su magisterio» a causa de sus poco brillantes iniciativas.

¹¹⁹ SEOANE, María Cruz: *Historia del periodismo...*, pp. 173-174.

¹²⁰ *Ibid.*, p. 183.

¹²¹ PÉREZ DE GUZMÁN, Juan: “De guante blanco...”, p. 93.

¹²² Aunque más tarde viró hacia la sátira política antiministerial, tras diez números publicados, Pérez de Guzmán asegura que la fundación de *El Padre Cobos* respondía originalmente a intereses puramente literarios, contra la sociedad de literatos y artistas que se hicieron cargo del Teatro del Circo desde septiembre de 1854: «Las intrigas de teatro á teatro eran despiadadas, no por disputarse el favor del público, sino por quitarse los actores, los autores y las obras; y cuando para la nueva temporada se supo la formación de la Sociedad comanditaria de autores y artistas para el Circo, se habló más de ello en las tertulias de los cafés que del manifiesto del Manzanares, el Ministerio Metralla y la venida del General Espartero». *Ibid.* p. 103.

¹²³ *Ibid.*, p. 100.

Entre ellas, Pérez Guzmán alude a «su campaña con Gaspar Ruestes en *La España Literaria*», sin dar más explicaciones¹²⁴. Lo cierto es que, si el moderado Goizueta tuvo que ver con la publicación de *La España Literaria*, no es algo que se manifieste de manera explícita en sus páginas. Sin embargo, es posible que esa concurrencia de intereses literarios contra la generación anterior, que no parecía querer dejar paso a los jóvenes, denote el carácter de la hipotética *campaña* emprendida por Goizueta y Ruestes. Por una parte, se enjuiciaba a los mayores mientras que, por otra, se abría un espacio para que los *jóvenes de ingenio* viesen publicadas sus composiciones.

No están claras las conexiones de Barcia con Goizueta y Ruestes pero, en cualquier caso, la revista echó a andar el 1 de junio de 1852, guiada por las máximas de “INSTRUCCIÓN a la juventud estudiosa” y “ESTÍMULO a los jóvenes de ingenio” que figuran en su encabezado¹²⁵. El afán pedagógico queda reforzado por un hecho significativo, y es que con la suscripción a la revista en un determinado plazo los lectores obtenían gratuitamente el *Emilio* de Rousseau. *La España Literaria* no era ajena a los nuevos mecanismos de difusión del mercado editorial, como puede comprobarse, y la medida debió tener bastante éxito, ya que a petición de los diferentes corresponsales se tuvo que ir ampliando el plazo para obtener el *Emilio*, hasta su prórroga indefinida a finales de agosto¹²⁶. La vigencia del tratado pedagógico a mediados del siglo XIX llama la atención sobre la repercusión y permanencia de los planteamientos ilustrados en materia de educación de los jóvenes. Pero hay que

¹²⁴ *Ibid.* pp. 99-100.

¹²⁵ El énfasis en los originales. Estos lemas acompañan una ilustración de Palas Atenea, diosa griega de las ciencias y la sabiduría, sentada en el claro de un bosque. En segundo plano se observa la figura de un hombre que responde al tipo de filósofo, ante las ruinas de un templo griego. Dos querubines descienden del cielo para coronar con el laurel a la diosa. La ilustración viene firmada por el dibujante Cecilio Pizarro y por el grabador Manuel Lázaro Burgos. Ambos colaboraron intensamente con la prensa ilustrada de la época, como el *Semanario Pintoresco Español* y *La Ilustración*. La serie de *La España Literaria* está formada por treinta y siete números, de periodicidad semanal. Da comienzo el 1 de junio de 1852 (nº 1) y termina el 10 de febrero de 1853 (nº 37), siendo sustituida por *La España Literaria y Recreativa*. Los cuatro primeros números tienen una extensión de 8 páginas, que pasa a 12 a partir del quinto número. El catálogo de Juan Eugenio Hartzenbursch indica que hay 38 números según el *Catálogo de la Biblioteca del Casino de Zaragoza* de 1876, pero no he podido localizar ese último número. En HARTZENBUSCH, Juan Eugenio: *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870*, Madrid, Establecimiento Tipográfico “Sucesores de Rivadeneyra”, 1894, p. 142.

¹²⁶ En un mercado editorial en creciente competencia, es significativa la estrategia de captación de nuevos suscriptores mediante la oferta gratuita del *Emilio*, que se debía despachar por entregas acompañando a la revista. En la primera página del número del 26 de agosto, podemos leer un anuncio a los corresponsales: «El corresponsal ó particular que desde esta fecha proporcionase cinco suscritores nuevos, recibirá gratis un ejemplar completo de *La España literaria* y las correspondientes entregas del *Emilio*, además del tanto por ciento de comisión sobre el producto de las suscripciones». En *La España Literaria*, 10 de junio de 1852, p. 1 y 26 de agosto de 1852, pp. 1 y 12.

subrayar que ni el modelo de *Emilio*, aunque se refiera a la educación del *ciudadano*, ni las alusiones a la *juventud estudiosa* o a los *jóvenes de ingenio* remiten a una educación popular. Por el contrario, dibuja un perfil social que redundaba en las imágenes autorreferenciales de clases medias en las que se podían mover otros hombres jóvenes como Barcia.

La tentación de vincular la figura del preceptor del *Emilio* con el papel que representa Barcia en la escena pública es poderosa, quizás poco fundada, pero hay elementos que sugieren la emulación. O, al menos, se pueden detectar continuidades más que sutiles entre el planteamiento de Rousseau y el programa práctico que Barcia despliega en *La España Literaria*: el utilitarismo, la importancia que concede a la formación del juicio individual, la formación moral del joven frente a la corrupción de la sociedad, la importancia de los conocimientos prácticos y de las materias, la educación moral por medio de relatos e historias, la educación del sentimiento. Son todos aspectos que ya se han ido apuntando, pero que están presentes de manera implícita o explícita cuando, a través de sus proyectos literarios, vemos su magisterio en acción.

El carácter y propósito de ese magisterio se pone de manifiesto repetidas veces, pero es especialmente significativo en la correspondencia que la redacción intercambia con diferentes personalidades con el objeto de dar a conocer la revista. Entre ellos se encuentran notabilidades políticas, como los gobernadores civiles de las provincias, los ministros —por medio de Juan Bravo Murillo, presidente del Consejo—, Baldomero Espartero, Patricio de la Escosura, el marqués de Molins o la misma Isabel II, además de cerca de mil catedráticos, según aseguran. Si bien se invoca el patriótico fin de contribuir a los progresos intelectuales de la nación para justificar las aspiraciones de *La España Literaria*, interesa destacar un argumento que hace de ese propósito un ámbito de interés que supera las luchas partidarias. Así se lo exponen al gobernador civil de Barcelona:

«[L]a literatura ha sido hasta ahora una propaganda de palabras, cuando ha debido ser una propaganda de ideas: una literatura razonada, una doctrina que debe estar al lado del pensamiento del país y ayudarlo con brazo fuerte en la difícil vía de los progresos intelectuales.

Estas son las aspiraciones de *La España Literaria*. [...] La redacción comprende que tal vez ha llegado la hora de que el movimiento político se refunda en un movimiento literario y científico: de que a la lucha de las pasiones reemplace la lucha de las inteligencias: la redacción cree que a la guerra de códigos debiera suceder la campaña de los espíritus y procurará

elevarse á la altura de sus creencias. *La España Literaria* quiere ser el maestro y el sacerdote de las familias. Lo será? Basta que quiera serlo para que su intención halle eco en la conciencia de las personas civilizadas»¹²⁷.

Volvemos a encontrar el argumento en la misiva a Juan Bravo Murillo¹²⁸ y, de nuevo, en la exposición que dirigen a la reina Isabel:

«Nuestro language será nuevo porque nuestras tendencias forman un espíritu nuevo también. Una raza que no se parece á las demás debe tener un idioma que solo se parezca á sí mismo.

La España Literaria no es un periódico sabio ni pretende que por tal se la [sic] tenga. En la absoluta imposibilidad de serlo tendría que fingirlo, y no quiere máscara.

Intenta únicamente autorizar un ramo caído en descrédito. Intenta que la literatura no sea una mendiga, sino una matrona. Intenta hablar á la mente de la nación, ya que tantos han hablado á sus pasiones y á sus yerros. Intenta, Señora, hacer una solemnidad de lo que tantas veces ha sido un botín.

[...] *No comemos letras*, Señora, según la espresion de La-Fontaine. Nuestro escribir no es un oficio, sino un sacerdocio. Para qué ocultarlo? Queremos egercer el ministerio de instruir y moralizar: queremos conducir una piedra al edificio de la común doctrina; pero sin pompa; pero sin alarde; pero sin decir: somos nosotros!»¹²⁹

Instruir y moralizar con el fin de contribuir al progreso intelectual de la nación, entendido como un espacio de acción común por encima de las parcialidades y de las pasiones políticas dentro del liberalismo. Es posible que se tratara de un ejercicio retórico encaminado a recabar apoyos de prestigio a un lado y otro del espectro político, aunque el ideal se inserta en la tradición de la sociabilidad liberal *respectable* que se fue formando al hilo de la revolución, desde finales de la década de 1830, en torno a iniciativas filantrópicas como el Ateneo de Madrid o el Liceo Artístico y Literario¹³⁰. Pero, en el fondo, el argumento encierra una crítica bastante dura –y probablemente injustificada– contra los escritores del momento. Denigrando la tarea ajena, sin duda, el

¹²⁷ Carta al Sr. D. Ventura Díaz, gobernador civil de la provincia de Barcelona, *La España Literaria*, 10 de junio de 1852, p. 1.

¹²⁸ «Llegó quizá la hora de que á la tempestad de las pasiones suceda la bonanza de la razón? Ha llegado tal vez el día de que la política recorra los pueblos bajo el palio de la inteligencia? Llegó, por fin, el tiempo en que todos pregunten: dónde está la ley? Y en que todos respondan: en el entendimiento del que discurre? Si llegó esa década, nadie puede disputarnos la gloria del primer ensayo». *Ibid.*, p. 2.

¹²⁹ “Exposición dirigida con esta fecha á S. M.”, *La España Literaria*, 24 de junio de 1852, pp. 1-2.

¹³⁰ De hecho, en esta exposición a la Reina, la revista anuncia una iniciativa en ese sentido, proponiendo que parte del dinero de las suscripciones se dediquen a la fundación del Hospital de S.A.R. la Princesa de Asturias y otra parte se ponga a disposición de la duquesa de Gor para que lo dedique a fines benéficos. En *Ibid.* Ver BURGUERA, Mónica: *Las damas del liberalismo respectable. Los imaginarios sociales del feminismo liberal en España (1834-1850)*, Madrid, Cátedra, 2012, esp. pp. 33-38.

redactor principal de *La España Literaria* eleva su propia función, que identifica recurrentemente con el *sacerdocio*, con el *ministerio sagrado*. La imagen está llena de significado, ya que no sólo le dibuja como intérprete –indiscutible– de la doctrina, sino también como guía espiritual, y le ubica en una esfera superior a la de la simple opinión.

Hay que decir que el discurso produjo su efecto y la revista logró la recomendación del diputado Manuel Cortina y de Patricio de la Escosura, ambos progresistas, así como el apoyo de algunos gobernadores civiles –Barcelona, Gerona, Palma de Mallorca– y los parabienes de Mariano Roca de Togores, marqués de Molins. Este último se sumaba al argumento que sostenía los propósitos de la revista –lamentando las banderías de partido como intereses particulares contrarios al progreso y al engrandecimiento del saber– y se declaraba su suscriptor¹³¹. Otras notabilidades ignoraron totalmente los requerimientos de la revista, como Baldomero Espartero, al que se le dirigieron un mínimo de tres misivas que no obtuvieron contestación. El silencio del duque de la Victoria inspira una airada respuesta de *la redacción* en la que se dice explícitamente que se habían dirigido a él «con el fin de asociarle á la propagación de una doctrina, formada en muchos años de silencio y olvido». Es difícil no escuchar la voz de Barcia tras estas palabras. Con todo, *la redacción* «se considera desairada y se lastima», llegando a espetar a Espartero: «quiera Dios que no se deshonne de otro modo que asociándose á programas tan elevados como el nuestro!»¹³². El tono airado y retador, justificado como «lenguaje de la franqueza y de la verdad», es una constante del estilo de Barcia que emerge cada vez que se presenta la ocasión de expresar sus opiniones acerca de cualquier tema. Así pues, a pesar de que se oculta inicialmente en esa instancia colectiva –y anónima– que es *la redacción*, es fácil adivinar su impronta tras los planteamientos de *La España Literaria*.

Para acabar de perfilar el carácter y propósito de su magisterio, ese *sacerdocio* consagrado a difundir su *doctrina*, hay que señalar que la retórica patriótica que envuelve sus argumentos no es nada ajena al debate en torno al secular atraso de España y a la imagen que de ella se tenía en Europa. Sus viajes por el extranjero y su contacto con instituciones educativas de Francia e Italia debieron hacerle sentir todo el peso del

¹³¹ *La España Literaria*, 1 de julio de 1852, p. 1; 8 de julio de 1852, p.1; 29 de julio de 1852, pp. 1-2.

¹³² *La España Literaria*, 15 de julio de 1852, p. 1.

mito romántico español, tan extendido en Europa¹³³. Al menos, eso se deduce de las ocasiones en las que lamenta las muchas disputas formales que había sostenido «especialmente en Francia, en donde se nos dijo mas de una vez que en Madrid no había mas que tres libreros y que en toda España no existía una cátedra de física experimental»¹³⁴. En cualquier caso, el recurso a sus negativas experiencias en el extranjero le sirve para reforzar su posición, a partir de la recreación de la imagen del patriota que todo lo sacrifica al servicio de la patria. Asegura, por ejemplo, que había recibido ofertas muy ventajosas para trabajar en el extranjero:

«Hallándome en la ciudad de Montpellier en 1847, un príncipe alemán propuso que me asociara á su servicio de manera honrosa, habiéndose valido para ello de D. Benigno Risueño Amador, profesor de aquella facultad de medicina [...] Cárlos Cok, director del primer colegio de Florencia, me hizo despues en Roma proposiciones ventajosas, encaminadas á que me incorporase á su establecimiento con el fin de enseñar idioma castellano y un breve curso de literatura española»¹³⁵.

Dice haber rechazado todos esos ofrecimientos, argumentando que prefirió volver incluso desoyendo las inclinaciones de su sentimiento:

«[p]orque abrigaba la esperanza de que mis pobrísimas tareas podrían quizá añadir una página rota a los progresos intelectuales de España: porque entendía que a fuerza de trabajar y de creer podría servir de algo a mi país nativo, y ese algo español estaba antes que el príncipe alemán, antes también que mis sentimientos, mucho antes que un colegio de Italia»¹³⁶.

No importa tanto la veracidad del episodio que narra, que puede ser puesto en duda, como la incorporación del discurso patriótico utilitario a su subjetividad literaria. Es un aspecto central en su puesta en escena como literato, ya que sostiene una dimensión de su magisterio que de alguna manera vincula la independencia de su pensamiento con la independencia nacional. Su doctrina no sólo merece ser difundida por la rectitud de sus principios, sino que contribuye a la necesaria tarea de levantar un pensamiento nacional:

¹³³ ÁLVAREZ JUNCO, José: *Mater dolorosa...* pp. 107-116 y 200-201; ANDREU MIRALLES, Xavier: *El descubrimiento de España...*, pp. 29-121.

¹³⁴ *La España Literaria*, 5 de agosto de 1852, p. 2.

¹³⁵ EL AUTOR DE LOS VIAJES: “Carta al Exmo. Sr. Marqués de Molins”, *Círculo Científico y Literario*, 8 de febrero de 1854, p. 3.

¹³⁶ *Ibid.*

«porque nosotros que hemos tenido que responder á tantos insultos en el extranjero, anhelamos que se desarrolle una literatura nuestra, que poseamos un libro nuestro, un sistema de ideas propio, un estímulo que dé aliento á la conciencia general: esperamos como un día de regeneración que el pensamiento nacional castizo trace una linea en nuestras fronteras y diga al pensamiento extraño: “de aquí no pasarás” [...] No ha querido la naturaleza que seamos un pueblo privilegiado? No nos basta nuestro territorio? Pues si nos basta nuestra tierra, bástenos también nuestra alma. Tratándose de libros, no queremos aves que peregrinen: una nación que tiene su clima y su cielo debe tener su cátedra y su ciencia»¹³⁷

Encontramos también este nacionalismo cultural en el prospecto del *Círculo Científico y Literario*, firmado por *El Autor de los Viajes* a principios de 1854, en el que asegura que «la literatura de los franceses es muy buena, lo será; pero para nosotros que somos españoles tiene la contra de que es suya»¹³⁸. El planteamiento enlaza, desde luego, con debates de largo recorrido en torno a la dependencia de la literatura española respecto a los modelos franceses, bien neoclásicos o bien románticos. De manera particular, la polémica en torno a determinados autores vinculados con el llamado *drama romántico francés*, como Victor Hugo o Alexandre Dumas, había alcanzado una especial resonancia desde mediados de la década de 1830. Los críticos románticos españoles habían visto en esta literatura el peligro de la corrupción y la disolución moral y habían lamentado que los jóvenes autores imitasen sus exageraciones, en vez de tomar como modelos a los clásicos Cervantes, Calderón o Rojas. De esta crítica quedaban exentos otros autores franceses conservadores, como podían ser Chateaubriand o Madame de Staël¹³⁹. De hecho, la crítica literaria de Barcia se inscribe totalmente en esta tradición intelectual, ya que no es extraño que haga referencia a la dignidad de Calderón, Rojas, Chateaubriand o Madame de Staël. Sin embargo, carga bastante las tintas contra los autores franceses, especialmente en un artículo que dedica al “Juicio de la novela de los franceses”¹⁴⁰. Por él desfilan Balzac, Dumas, Hugo, Sue, Soulié o Janin,

¹³⁷ *La España Literaria*, 5 de agosto de 1852, pp. 1-2.

¹³⁸ La importancia de las producciones culturales nacionalistas en la formulación, transformación y reproducción de la nación, en el monográfico “Nacionalisme cultural” de la revista *Afers*, 86 (2017), coordinado por Xavier Andreu Miralles. Ver especialmente LEERSEN, Joep: “El nacionalisme i el conreu de la cultura”, pp. 21-46. La cita en *Círculo Científico y Literario*, 24 de mayo de 1854, p. 240.

¹³⁹ FLITTER, Derek: *Teoría y crítica del romanticismo...*, pp. 122-181.

¹⁴⁰ EL AUTOR DE LOS VIAJES: “Juicio de la novela de los franceses”, *Círculo Científico y Literario*, 8 de junio de 1854, pp. 264-266. Heliodoro del Busto expone el efecto pernicioso de la literatura francesa en los autores españoles en *La España Literaria*. Alude claramente –sin nombrarlos– a autores como Ayguals de Izco, condenándolos moralmente por impúdicos y disolventes: «desde la primer página hasta la última campea el estilo amanerado de Sue y de Dumas; en los giros, en las palabras, hasta en esas hileras de puntos suspensivos... en todo se ve á la Escuela francesa posesionada del Parnaso Español. ¡Y tales obras son leídas con afán por todas las clases de la sociedad! ¡Y tales obras, faustosamente tituladas

condenados todos por mostrar el vicio, la lascivia, los asesinatos... Se pregunta: «es esa la bella-arte? La grande arte de hacer sentir para vivir bien?». La respuesta es tajante: no. Bajo la cuestión estética, se esconde el problema de qué sentimientos debe inspirar la literatura para hacer posible la vida social. Su sentencia es, desde su juicio de moralista, demoledora:

«Creemos en resumen que la novela de nuestros vecinos es viciosa en su pensamiento, en sus conatos y en su fin. En sus pensamientos porque quiere hacer de ella una especie de comunismo social: en sus conatos porque no describe las pasiones sino para pintarlas con un hierro ardiendo: en su fin porque apenas vé á Dios. Es una fuerza que nos atrae poderosamente, mas no para arrancarnos del abismo, sino para precipitarnos en él»¹⁴¹

Todas estas referencias y discursos acerca de la función social de la literatura y del literato que se vienen comentando confluyen en la construcción de *El Autor de los Viajes* como sujeto actuante en la esfera pública. Un ámbito este específicamente masculino en el que los hombres se reservaban el poder de la enunciación y, por lo tanto, la capacidad de organizar significativamente el orden postrevolucionario. No se puede olvidar, al hilo de su puesta en escena como literato, que la capacidad de actuar de Barcia en la esfera pública, de la forma que lo hace además, radica en su condición de hombre en el contexto de mediados del siglo XIX¹⁴². Es de señalar que, en mi opinión, su manera de constituirse y de actuar como hombre –de letras– en el espacio público responde a referentes masculinos diversos, lo que hace pensar en la ambivalencia y las posibilidades de interrelación de los modelos de masculinidad que competían en el contexto postrevolucionario¹⁴³. Por un lado, Barcia se piensa como un

Escuela y enseñanza del Pueblo, merecen la aprobación de los que debieran anatematizarlas y hundirlas en el olvido!». En DEL BUSTO, Heliodoro: “Oteada sobre el estado de la literatura en España”, *La España Literaria*, 9 de diciembre de 1852, p. 11-12.

¹⁴¹ *Ibid.* p. 266.

¹⁴² Acerca de la historización del concepto *hombre* como construcción cultural MOSSE, George L.: *La imagen del hombre: la creación de la moderna masculinidad*, Madrid, Talassa, 2001; FREVERT, Ute: “Männergeschichte oder die Suche nach dem ‘ersten’ Geschlecht”, en HETTLING, Manfred *et al.* (eds.) eds.: *Was ist Gesellschaftsgeschichte? Positionen, Themen, Analysen*, Múnich, Verlag C.H. Beck, 1991, pp. 31-43. Agradezco al profesor Jesús Millán García-Varela que me haya facilitado el acceso a este último texto.

¹⁴³ Desde el campo de la sociología, R.W.Connell formuló el concepto de *masculinidad hegemónica* que, si bien es problemático, ha servido como herramienta para comprender las relaciones de poder que se establecen en una sociedad, no sólo entre hombres y mujeres, sino entre diferentes modelos de masculinidad. En CONNELL, R. W.: “La organización social de la masculinidad”, en VALDÉS, Teresa y OLAVARRÍA, José: *Masculinidad/es. Poder y Crisis*, Santiago de Chile, Isis Internacional-FLACSO Chile, 1997, pp. 31-48. Una revisión del concepto en CONNELL, R. W. y MESSERSCHMIDT, James W.: “Hegemonic Masculinity: rethinking the concept”, *Gender and Society*, 19-6 (2005), pp. 829-859;

sacerdote de la doctrina, embarcado en la patriótica y sagrada empresa de contribuir a los progresos de España mediante el fomento de la instrucción y de la moral, anclado en la fe en sus principios y en la rectitud de su juicio. Es un perfil que remite a la figura del *sabio moderno*, que conquista la esfera pública gracias a sus capacidades morales e intelectuales, entendidas como intrínsecamente masculinas¹⁴⁴. Es significativo que, precisamente, invoque esas cualidades a la hora de definirse: «Qué sois? Y nosotros respondemos: cultos! Cómo os llamáis? Y nosotros respondemos: cristianos!»¹⁴⁵; una sentencia que repite en varias ocasiones. El cultivo de su imagen como hombre solitario y entregado al estudio refuerza esa figura¹⁴⁶. Se trata de un modelo de masculinidad *respectable* –y muy respetado en la época– que, desde luego, se inserta plenamente en el proyecto instructivo y patriótico de la revista, muy cercano a las iniciativas filantrópicas de la década anterior.

Pero a esto se puede añadir que, en el marco de esa masculinidad *de orden*, Barcia trata de establecer un ámbito de influencia mediante el despliegue de su autoridad intelectual, aspecto que remite a un ideal de dominación y de capacidad de liderazgo sobre otros hombres típicamente *heroico*. Ejerce su magisterio a través de la crítica y del ejemplo, haciendo gala de un carácter polemista y dogmático que le granjeó tanto adhesiones como animadversiones. Su beligerancia, que roza la impertinencia en ocasiones, se aleja del modelo de urbanidad burguesa vinculado a la respetabilidad

TOSH, Josh: “Hegemonic masculinity and the history of gender”, en DUDINK, Stephan, HAGEMANN, Karen y TOSH, Josh (eds.): *Masculinities in politics and par. Gendering Modern History*, Manchester, Manchester University Press, 2004, pp. 41-58. A pesar de que el estudio de las masculinidades es un campo en expansión, aún contamos con pocos trabajos relativos a la época isabelina. Se pueden consultar ANDREU MIRALLES, Xavier: “Tambores de guerra...”; SIERRA, María: “Política, romanticismo y masculinidad: Tassara (1817-1875)”, *Historia y Política*, 27 (2012), pp. 203-226; ID: *Género y emociones en el romanticismo...*; ROMEO MATEO, María Cruz: “Domesticidad y política. Las relaciones de género en la sociedad posrevolucionaria”, en ROMEO MATEO, María Cruz y SIERRA, María: *La España liberal 1833-1874*, Madrid, Marcial Pons, 2014, pp. 89-130; ID.: “El otro género de la religión: masculinidad católica en la España isabelina”, en BLASCO HERRANZ, Inmaculada (coord.): *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea: nuevas visiones desde la historia*, Valencia, Tirant Humanidades, 2018, pp. 69-91. Para una época posterior, ver ARESTI, Nerea: *Masculinidades en tela de juicio: hombres y género en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2018. Ver también el monográfico coordinado por Nerea Aresti y Darina Martykánová “Masculinidades, nación y civilización en la España contemporánea”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39 (2017). Un reciente estado de la cuestión en ARESTI, Nerea: “La historia de género y el estudio de las masculinidades. Reflexiones sobre conceptos y métodos”, en GALLEGO, Henar (ed.): *Feminidades y masculinidades en la historiografía de género*, Granada, Comares, 2018, pp. 173-194.

¹⁴⁴ BURGUERA, Mónica: *Las damas del liberalismo respectable...* p. 38.

¹⁴⁵ *La España Literaria*, 17 de junio de 1852, pp. 3-4.

¹⁴⁶ Sobre el arquetipo del «individuo superior y alienado socialmente» del yo romántico, ver KIRKPATRICK, Susan: *Las románticas: escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*, Madrid, Cátedra, 1991, pp. 27-30.

liberal que, sin embargo, él mismo se atribuye en sus textos memorialísticos. Como se vio en el epígrafe anterior, Barcia se muestra en sus relatos de corte autobiográfico como un joven distinguido y desenvuelto, inmerso en una sociabilidad elegante y de buen tono, lo que remite al modelo burgués de hombre *fino* y de mundo¹⁴⁷. Toda esta pluralidad de referentes masculinos confluyen en *El Autor de los Viajes*, lo que induce a pensar o bien en la movilización selectiva –y en buena parte instrumental– de diferentes modelos de masculinidad en competencia, o bien en una concurrencia por la que la belicosidad del ideal *heroico* se transfiere al debate público, en el que se juega la masculinidad.

Como hombre de letras, *El Autor de los Viajes* entra en acción a través de sus textos de *La España Literaria* y logra transformar su contexto. El despliegue de su programa pone en escena el literato que, tras tantos años de estudio y sufrimiento, había llegado a ser. En primer lugar, *El Autor de los Viajes* despliega su faceta instructiva y moralizante a través de varias series de artículos en los que muestra al literato, al filólogo o al filósofo que llevaba en su interior. La justificación de la sección instructiva profundiza en su crítica a la situación de la literatura y en su autopercepción de literato de pensamiento, entregado a la reflexión:

«cuando casi todos nuestros literatos escriben las cosas de hoy para publicarlas mañana: cuando dan vueltas en ese círculo, que se mueve como se mueven los vapores, como se mueven los telégrafos: cuando el torrente de la actualidad les arrastra de modo que no les deja espacio para que pregunten á su conciencia lo que puede ser bueno: cuando el alma de nuestro siglo es una chispa eléctrica, nosotros buscamos un asilo en el silencio, entregados al consorcio pacífico de las ideas de ayer. Nosotros procuramos sustraernos al torrente: procuramos hacer lo que no hacen los otros, no porque sepan menos, sino porque se mueven mas. La ley de nuestra época es correr: nosotros nos formamos una época ficticia en que es ley el callar»¹⁴⁸

Significativamente, la primera de las series instructivas que introduce es un “Cuadro de literatura universal”, precedido de una larguísima introducción –quince artículos– en la que polemiza con el *Diccionario de la Real Academia* de 1852 acerca de la definición de diferentes conceptos, como *regla*, *arte* o *ciencia*. Además, establece su propia división de las ciencias y reflexiona acerca de las facultades del hombre. En su línea, subraya que esos apuntes «nos ha costado muchos años de meditación, y que tal

¹⁴⁷ CRUZ VALENCIANO, Jesús: *El surgimiento de la cultura burguesa...*, esp. pp. 37-99.

¹⁴⁸ “Advertencias”, *La España Literaria*, 1 de junio de 1852, pp. 1-2.

vez en el concepto de los hombres que piensan, equivale á un título que nos coloca entre los llamados á hacer algo por la literatura de nuestro país»¹⁴⁹. En cuanto al cuadro literario en sí mismo, dedica seis artículos a hablar de las literaturas «chinesca», «indiana», hebrea, fenicia, etrusca, «africana» –se refiere a Egipto–, griega y romana. Salvo en los dos últimos casos, en los que menciona a algunos autores, apenas habla de literatura, sino más bien de historia, costumbres o instituciones de los pueblos a los que alude. Otras series de carácter instructivo son “Disertación histórico-crítica dedicada a los abogados del ilustre colegio de Madrid”, en la que reflexiona acerca de la relación entre leyes y costumbres, y “Estudios filológicos”, donde define y diferencia distintas palabras que pueden tomarse como sinónimas. Es de señalar que la depuración de la lengua castellana y la precisión en su uso fue uno de los caballos de batalla de su trayectoria intelectual, ya que llegó a escribir hasta tres diccionarios a lo largo de su carrera.

El uso del lenguaje es, precisamente, el eje principal de su actuación como crítico literario. En cuanto a las notabilidades llamadas a juicio, tal y como anunciaba el “Prospecto”, analiza críticamente el poema “Pentápolis” de José Zorrilla, la *Psicología* de Pedro Felipe Monlau, la introducción de Manuel Cañete a las poesías de José Selgas y la *Lógica* de José María Rey de Heredia¹⁵⁰. Todos, por cierto, vinculados al partido moderado. Si bien dedica largos artículos a señalar el mal uso que hacen de las palabras en general, vale la pena referir la crítica que hace a José Zorrilla, al que ataca –quién lo diría– por su falta de sentimiento religioso:

«La pentápolis del Sr. Zorrilla no es la poesía inspirada por la religión: es una religión desfigurada por unos versos. La religión, magnífica matrona, se reduce á una pequeñez: la poesía, virgen de Apeles, la mira con el gesto de una madrastra. Para hablar de las nubes es necesario remontarse: el Sr. Zorrilla habla del Cielo desde la tierra»¹⁵¹

Finalmente, como contraejemplo, inserta una poesía llamada “Horas de religión” que, según él, «un joven ignorado dirigía al mismo Dios» cuando Zorrilla escribía su

¹⁴⁹ “Cuadro de literatura universal», *La España Literaria*, 2 de septiembre de 1852, p. 1.

¹⁵⁰ Aunque no lo dice explícitamente, la crítica a Monlau y Rey de Heredia se refiere a su *Curso de psicología y lógica escrito con arreglo al programa de esta asignatura para uso de los institutos y colegios de segunda enseñanza*. *Psicología*, por D. Pedro Felipe Monlau. *Lógica*, por D. José María Rey y Heredia, vol. I, *Psicología*; vol. II, *Lógica*, Madrid, Imprenta y Estereotipia, 1849.

¹⁵¹ *La España Literaria*, 17 de junio de 1852, p. 2.

Pentápolis. Los versos no están firmados, pero la sospecha de que son del mismo Barcia es más que plausible. De hecho, es habitual que introduzca poesías suyas arropadas por los sin cuento, recomendándolas como ejemplo para los jóvenes, mientras que niega la publicación de alguna composición «por sus defectos».

El carácter polémico de sus planteamientos y críticas, unido al anonimato inicial de los textos, generó reacciones. Parece que las amenazas y las enemistades se agitaban en torno a la revista, o al menos eso se deduce de ciertos comentarios que introducen:

«Esta redacción ha recibido dos anónimos que no transcribe porque no quiere sentar ningún dato que la obligue á salir de los límites de una discusión circunspecta y razonada. Los enemigos de *La España Literaria* trabajarán en vano. La redacción sabe perfectamente que á la misión de apóstol debe seguir la abnegación del mártir. [...]

Corre la voz en cierto círculo de que se van á publicar dos periódicos contra *La España Literaria*. Si los autores de ese proyecto intentan elevarse á la altura de los buenos principios, la redacción acepta ese desafío como una honra. Si por el contrario no comprenden que instruir es el ministerio de los elegidos, los redactores de *La España Literaria* echarán un candado á sus orejas y para mas seguridad guardarán la llave en el bolsillo»¹⁵².

Es de suponer que el tono de las respuestas no haría más que echar leña al fuego. Las polémicas, desde luego, no acabaron. Insiste en señalar el mal uso de las palabras a diestro y siniestro, «muertos que andan» las llama, cargando contra otras publicaciones como *El Clamor Público* –se dirige a su director, el Sr. Corradi–, *El Observador*, el *Semanario Pintoresco Español* –aquí se refiere a un cuento de Zorrilla y de García de Quevedo– o *La Ilustración*¹⁵³. También carga contra los catedráticos, porque no se suscriben a la revista, y llega a retarles:

«Los redactores de *La España Literaria* quisieran ver á los catedráticos en una especie de asamblea para preguntarles qué es alma, que es ánimo, qué es mente, qué es espíritu, qué es pensar, en qué consiste la generación de las ideas?»¹⁵⁴

La polémica suscitada por las respuestas de unos y de otros –en concreto, las de Monlau y las de los catedráticos– unido a que, como reconoce, «se nos repara el que en nuestras críticas nos ocupemos en el exámen de las palabras», culmina con la

¹⁵² *Ibid.* p. 1.

¹⁵³ *La España Literaria*, 24 de junio de 1852, p. 8.

¹⁵⁴ *La España Literaria*, 15 de julio de 1852, p. 2.

cancelación de los análisis críticos por parte de la revista. En su lugar, se publican las series “Plan de una psicología elemental” y “Generación de ideas”, escritas por el propio *Autor de los Viajes* en contestación a la polémica con Monlau y los catedráticos. Este comportamiento da cuenta de su carácter dogmático e intransigente, poco inclinado a ceder ante las certezas de su recto juicio.

Por otro lado, completando su programa de instrucción y moralización, *El Autor de los Viajes* despliega su faceta más amena, mostrando al poeta y al narrador de relatos morales, aunque también se encuentran apuntes históricos o semblanzas biográficas. Destacan las series de relatos de viajes, que se incluyen aquí, también la serie “El neófito en Madrid”, el poema “Himno al fumar” o “Delicias sociales”, entre una gran variedad de composiciones que incluyen buena parte de sus poemas datados en Francia e Italia. Los temas son variados, pero destaca sobre todo la crítica a la farsa de la sociedad: su corrupción, hipocresía, degradación y materialismo. Hay que decir que toda la parte doctrinal –instrucción y crítica– y también la recreativa que se viene comentando es obra de *El Autor de los Viajes*, aunque no aparece su nombre hasta la publicación del romance “Los pedantes”, el 23 de septiembre de 1852. Desde finales de noviembre empiezan a aparecer otros nombres en la sección recreativa, con la inclusión de artículos históricos de Modesto Lafuente, poemas de José Gómez Díaz, la “Historia de la elocuencia” de Joaquín María López o la serie “Fábulas políticas”, del senador Pascual Fernández Baeza. Además, se incluye una serie con las “Memorias completas” de Benjamin Franklin.

Esta ingente labor literaria –la revista publicaba doce páginas de contenidos semanalmente– obtuvo finalmente su fruto y, de la misma manera que *El Autor de los Viajes* había levantado suspicacias en determinados círculos literarios, empezó a recibir algunas buenas críticas y muestras de admiración de algunos suscriptores. Es el caso de una buena crítica que recibe el poema “Una estrella”, publicado el 18 de noviembre. Como no podía ser de otra manera, *la redacción* se apresura a reproducir la crítica «porque la redaccion no puede menos de aceptar con placer y con honra todo aquello que ceda en gloria de su colaborador principal, el literato Autor de los viages». Vale la pena referir algunos pasajes de la crítica, firmada por José Gómez Díaz:

«La composición de que nos vamos á ocupar hoy, pertenece á un literato distinguido y de una gran capacidad

Después de haber viajado por Italia y Francia, se ha dedicado á pintar con rasgos bellísimos y puros, aquellas escenas que mas le han encantado en sus largos y deliciosos viajes. Todas sus composiciones son grandes, atrevidas, profundas, nerviosas, y al mismo tiempo las caracteriza una singular dulzura, que puede compararse á la inocencia. Todos sus versos, son por lo dulces, hermanos de los que escribía el melancólico cantor de *Amar con poca fortuna* [...]

El segundo verso es bellísimo por su dulzura y su cadencia verdaderamente poética: es una de esas pinturas que hablan de un modo irresistible al corazón [...]

Grande, muy grande nos parece el elogio necesario para enaltecer á su ingenio, como el autor de una composición, en que lo bello unido con lo potente, lo moral con lo profundo, la elevan á una altura tan envidiable. Nótese ademas que en medio de esta variedad de ideas, encuéntrase una perfecta unidad poética, un gusto enteramente clásico y uniforme, una originalidad profunda»¹⁵⁵

En el siguiente número de la revista, *El Autor de los Viajes* agradecía a José Gómez Díaz esta crítica dedicándole un poema; en el siguiente aún, *la redacción* celebraba la apreciable *adquisición* del crítico, junto a la de Gumersindo Laverde. Ambos empezaron a publicar en *La España Literaria*, uniéndose a una serie de nombres que comenzaban a ser habituales entre esos «jóvenes de ingenio de toda España» que ofrecían sus composiciones para que se publicaran en la última sección de la revista. Esta era una circunstancia que llenaba de júbilo a *la redacción*:

«El comité dejaría de ser franco y leal si ocultase su júbilo al observar que á su alrededor se agrupa una generación nueva, una familia que puede llamar suya. Cuando la España Literaria muera, porque toda publicación debe morir, detrás del periódico asomarán su cabeza los hombres, y el padre vivirá en su posteridad. La juventud que ahora educamos vendrá tal vez á sustituirnos en este puesto, y nuestra memoria se tornará en una figura que se tiene de pié y que camina hacia el porvenir. Lo decimos á nombre de la redacción»¹⁵⁶

De eso se trataba, de educar a una nueva generación que perpetuara –y honrara– el legado del maestro. Efectivamente, los nombres de los poetas aceptados en la última sección acaban siendo reiterativos. Entre los que más publican se encuentran Heliodoro del Busto, Eduardo de Miranda y Ramírez, Marcial Busquets, Pedro Isidro Miguel, un *Autor de la Poesía a Sagunto*, Juan de Dios de Mora, José Gamboa, Bienvenido V.

¹⁵⁵ *La España Literaria*, 16 de diciembre de 1852, pp. 1-2.

¹⁵⁶ *La España Literaria*, 30 de diciembre de 1852, p. 10.

Cano, Gumersindo Laverde o José Gómez Díez. Es habitual que se dediquen poemas entre ellos, especialmente a *El Autor de los Viajes*, a quien suelen mostrar admiración. Pedro Isidro Miguel, por ejemplo, se somete al juicio del presidente del comité de censura, «á quien admiro y anhelo lejanamente imitar»¹⁵⁷. Por su parte, tampoco es extraño que *El Autor de los Viajes* dedique poesías amistosamente a algunos de ellos, como José Gamboa, Heliodoro del Busto o el *Autor de la Poesía a Sagunto*.

No es fácil discernir qué clase de relación mantenía el maestro con los discípulos, visto además que muchos no vivían en Madrid. Sí que sabemos, por ejemplo, que Eduardo de Miranda y Ramírez, de la Isla de San Fernando y futuro marqués de Premio-Real, publicó en 1853 la colección de poemas *La aurora de mi vida*, donde agradece a *El Autor de los Viajes* sus consejos; este, por su parte, escribió el prólogo del libro. Por otro lado, Bienvenido V. Cano se trasladó en 1853 de Huesca a Madrid, donde leyó espontáneamente un poema en el entierro de Mendizábal; unos meses después, tomó parte activa en la revolución de 1854¹⁵⁸. Puede ser indicativa la referencia que un tiempo después hacía Gumersindo Laverde, recién llegado a Madrid desde los círculos tradicionalistas de Oviedo, en una carta dirigida a sus padres:

«A las diez me levanto, a ver a Barcia, al editor de las obras del Duque de Rivas, a D. Juan D. Herrero; a las once y once y media me voy a cátedra; de allí o me voy a casa o voy a la biblioteca hasta la una y media, hora de comer, a las dos y media o tres salgo a pasear o a casa de Barcia, o ambas cosas, hasta las 4 y 1/2 o 5 en que me retiro a casa»¹⁵⁹

Visitas, paseos, con toda seguridad correspondencia también. Muchos de ellos se trasladaron a Madrid en aquel tiempo y, desde luego, siguieron colaborando con *El Autor de los Viajes* en sus otros proyectos literarios, como *La España Literaria y Recreativa* y el *Círculo Científico y Literario*. Había logrado reunir a su alrededor un grupo de literatos con pretensiones. Por aquel tiempo, ya empezaba a aparecer en la prensa como el «entendido Autor de los Viajes», el «ilustrado Autor de los Viajes», «el conocido literato Autor de los Viajes»¹⁶⁰. Por fin, el largo camino en búsqueda del

¹⁵⁷ *La España Literaria*, 13 de enero de 1853, p. 11.

¹⁵⁸ *El Clamor Público*, 11 de noviembre de 1853; *El Clamor Público*, 5 de agosto de 1854.

¹⁵⁹ Citado en BUENO SÁNCHEZ, Gustavo: “Gumersindo Laverde y la Historia de la Filosofía Española”, *El Basilisco*, 5 (1990), pp. 49-85.

¹⁶⁰ *El Clamor Público*, 26 de febrero de 1853, p. 3; *El Heraldo*, 13 de noviembre de 1853, p. 4. A finales de 1853 se relaciona a *El Autor de los Viajes* con la publicación de unas *Crónicas de Madrid desde el siglo décimo*; también se anuncia que va a estrenar en los teatros de la Corte las comedias *La despedida*

reconocimiento público que había emprendido en 1843 se empezaba a despejar. Podía decirse que *El Autor de los Viajes* era un literato, al menos, conocido.

Con todo, si bien *La España Literaria y Recreativa* parece continuar la dinámica de *La España Literaria* sin cambios relevantes –aunque ya no aparece el nombre de Gaspar Ruestes como director–, el *Nuevo Diccionario de la Lengua Castellana* (1853) y el *Círculo Científico y Literario* (1854) sí que suponen un nuevo escalón en la carrera de *El Autor de los Viajes*. Ambos proyectos se desarrollaron bajo su dirección aunque, de nuevo, no sabemos quién financió estas empresas. Es posible, incluso, que Barcia invirtiese en ellos la herencia de su madre, que había fallecido en octubre de 1852¹⁶¹. En cualquier caso, todo apunta a que su ascenso en la sociabilidad literaria del momento debió ser notable. Según refiere, en las primeras semanas de 1854 visitaba en su domicilio al prestigioso ministro moderado y respetado católico Pedro José Pidal, con el objeto de hablar de literatura y de la preparación de su próxima revista, el *Círculo Científico y Literario*, al tiempo que se dejaba ver por la tertulia de Francisco Martínez de la Rosa¹⁶². El cultivo por parte de *El Autor de los Viajes* de estas relaciones, todas grandes figuras políticas del partido moderado relacionadas con la literatura, enlaza de nuevo con la estrategia de inclusión en la esfera pública basada en el patronazgo y la búsqueda de recomendación que ya hemos visto en otros momentos de su trayectoria.

No es esta la única continuidad de la nueva revista, que empezó a publicarse en febrero de 1854, con los proyectos pasados. El propósito del *Círculo Científico y Literario* sigue siendo instructivo y moralizador, si bien en este caso se inclina hacia la defensa de la instrucción pública y la valorización del profesorado español. Siguiendo el modelo de revista literaria que ya había ensayado, en ella encontramos desde poemas a pequeñas narraciones moralizantes, pasando por biografías de hombres y mujeres ilustres, crítica teatral o artículos filosóficos. En este caso, sin embargo, la presencia de *El Autor de los Viajes* no es tan hegemónica como en las revistas anteriores y, además, algunos artículos son reproducciones de series ya publicadas, aunque da comienzo a otras como “Estudios etimológicos”. Para acabar con las continuidades, hay que señalar que los autores más publicados en la revista son Pedro Isidro Miguel, Heliodoro del

del mundo y Huir sin correr, aunque no he podido hallar ninguna de estas obras. En *El Clamor Público*, 22 de noviembre de 1853, p. 4 y *La Nación*, 25 de octubre de 1853, p. 4.

¹⁶¹ BOGARÍN DÍAZ, Jesús: *150 linajes isleños*, Huelva, Universidad de Huelva, 2007, p. 352.

¹⁶² EL AUTOR DE LOS VIAJES: “La semana de las aleluyas”, *Círculo Científico y Literario*, 8 de febrero de 1854, pp. 10-14.

Busto, Bienvenido V. Cano, Gerónimo Rafael Blasco o Gumersindo Laverde, si bien también aparecen los nombres de Eduardo Miranda y Ramírez o Marcial Busquets. Todos provenían de *La España Literaria*. A ellos se sumaron otros escritores como Manuel Ibo Alfaro, Juan Bautista Alonso, Juan Eugenio Hartzenbusch o Modesto Lafuente, quienes también publicaron en sus páginas. En relación con esto, es interesante destacar que, además de los autores citados, el *Círculo Científico y Literario* contaba con una nómina de redactores de prestigio que tocaba todos los palos políticos: los moderados Ángel de Saavedra (Duque de Rivas) o Antonio de los Ríos Rosas, progresistas como Cristino Martos o Manuel Ortiz Pinedo que se declararían demócratas tras julio de 1854 o antiguos demo-republicanos del Trienio esparterista como Pedro Felipe Monlau o el ya citado Modesto Lafuente, que en esos años se encontraban ya entre los liberales de orden¹⁶³. Aunque casi ninguno de ellos llega a publicar en las páginas de la revista, la imagen del grupo no deja de remitir a la concepción de Barcia de la literatura como espacio de acción común por encima de las pasiones políticas.

Sin embargo, esas pasiones políticas no tardarían en desatarse. A principios de 1854, incluso un amplio sector moderado había pasado a la abierta oposición política, precisamente el liderado por Ríos Rosas. La deriva represiva del gobierno Sartorius desde finales de 1853, dirigida sobre todo a controlar la imprenta, alentó la idea de reunir a toda la oposición en una coalición antigubernamental¹⁶⁴. La censura fue brutal durante la primera mitad de 1854, aunque no parece que eso afectara al *Círculo Científico y Literario*. No contamos con elementos para considerar una aproximación de Barcia, en este contexto, a las ideas republicanas que defendería con tanta vehemencia apenas un año después. El proceso de separación de la democracia y del progresismo desde 1849, recordemos, estaba siendo complejo y ambiguo e inducía a posturas ideológicas de contornos imprecisos. Pero, a pesar de todas estas circunstancias y de la variedad de tendencias políticas que se daban cita en el *Círculo Científico y Literario*, se puede adivinar cierto sesgo filodemócrata entre la sociabilidad de la revista, aunque sea de forma un tanto precaria.

¹⁶³ Además de todos los autores citados, completaban la nómina Alejandro Oliván, Basilio Sebastián y Castellanos, José Amador de los Ríos, Manuel Seijas Lozano, Mariano Carduera, el marqués de Auñón, Domingo Verdugo, Gabriel García Tassara, Idelfonso Martínez, Julio de Eguilaz, Lázaro Núñez Robres y Leopoldo Augusto del Cueto.

¹⁶⁴ PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 256-260.

Por un lado, *El Autor de los Viajes* había confiado la “Introducción” de la revista al conocido jurista Juan Bautista Alonso, en lugar de redactarla él mismo como director de la publicación. Alonso había formado parte, junto a Francisco de Luján, Pedro Mata y Pedro Felipe de Monlau –todos colaboradores del *Círculo*–, de *La Academia del Porvenir*, proyecto educativo y politizador que inició sus actividades en septiembre de 1847. En él confluyeron progresistas y demócratas con el fin de instruir a la población, pero también de encuadrarla y movilizarla políticamente. Al igual que otras sociedades del mismo cariz que surgieron entre 1846 y 1847 (*Velada de Artistas y Artesanos*, *La Ilustración*), la *Academia* se vio implicada en las insurrecciones de 1848¹⁶⁵. Juan Bautista Alonso, por ejemplo, fue preso por esa razón y formó parte, en agosto de 1849, del primer comité directivo demócrata junto a históricos como Nicolás María Rivero, José Ordax AVECILLA o Sixto Cámara. Por otro, los dos redactores que más aportaciones hacen a la revista, con diferencia, son Pedro Isidro Miguel y Heliodoro del Busto, ambos demócratas y *discípulos* de Barcia desde *La España Literaria*. Entre sus textos, podemos encontrar algunos de tema histórico en los que se exaltan antiguas repúblicas o en los que se desliza, entre castillos medievales, la latente «democracia pobre y humillada, pero con la conciencia de su poder, y con el estímulo de la esperanza»¹⁶⁶.

Finalmente, se puede señalar que desde junio de 1854 la impresión de la revista quedó a cargo de Tomás Núñez Amor, hábil tipógrafo y republicano extremeño. Había sido revolucionario en 1848 y también lo sería en las revoluciones de 1854 y 1869 encabezando a sus trabajadores, todos ellos «buenos republicanos». A pesar de esto, como recordaría Rodríguez Solís en relación con los días revolucionarios de 1869, los trabajos comprometidos –manifiestos, hojas volantes– los realizaba él personalmente con nocturnidad en su vieja y ruinoso imprenta de la calle Ave María. Si en los años sesenta frecuentaba la tertulia de Garrido y Luis Blanc del *Café de Madrid*, desde los cuarenta había sido compañero de Sixto Cámara, el que sería mártir por excelencia del republicanismo decimonónico. Parecido destino le esperaba a Núñez Amor: herido de muerte en la insurrección federal de 1869, falleció pocos días más tarde¹⁶⁷. De manera significativa, pocos meses después de hacerse cargo del *Círculo*, Núñez Amor fue también el impresor de las primeras obras políticas de Barcia, hasta 1858.

¹⁶⁵ *Ibid.*, pp. 176-179.

¹⁶⁶ MIQUEL, Pedro Isidro: “Reseña de la civilización universal en sus grandes periodos”, *Círculo Científico y Literario*, 8 de febrero de 1854, p. 7.

¹⁶⁷ RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Memorias de un revolucionario*, Madrid, Plutarco, 1931, pp. 145-151.

Todas estas relaciones hacen pensar en un círculo de sociabilidad política filodemócrata e incluso republicana en torno al *Círculo Científico y Literario* que Barcia dirigía. Pero no podemos olvidar que, si bien podía ser un progresista cercano a la democracia, su proyecto literario de esos años sugiere una búsqueda de inclusión en una élite cultural de carácter liberal *respectable*, bajo un cierto consenso entre progresistas y moderados, basado en todo momento en el elitismo socio-cultural y el patriotismo¹⁶⁸. Es posible que su cuidadosa construcción en la esfera pública como un joven formado y distinguido, habituado a una sociabilidad elegante, viniese a reforzar esa estrategia, lo que incluye la relación con grandes figuras literarias –y políticas– del moderantismo. Está claro que esas aspiraciones perdieron idealidad para Barcia en el contexto revolucionario del Bienio Progresista, lo que sugiere una radicalización de su postura a la vista de los resultados de la revolución. En cualquier caso, la revista cesó, significativamente, el 15 de julio de 1854. El mismo Barcia describe el ambiente represivo que se vivía en las calles y en los lugares de paseo o reunión de la Corte, señalando incluso que «[e]n el mismo día de la acción de Vicálvaro la policía llamó a la puerta de [su] casa a la una de la noche, hora en que todos dormía[n]»¹⁶⁹. La revolución estaba en marcha y, pocos días después del cierre de la revista literaria, apareció el primer texto abiertamente político de Roque Barcia. Los días de *El Autor de los Viajes* quedaban atrás definitivamente.

¹⁶⁸ María Sierra sugiere que Bretón de los Herreros habría adoptado una estrategia parecida durante la Década Moderada, tratando de integrarse en la sociabilidad elitista liberal. En SIERRA, María: *Género y emociones en el romanticismo...*, p. 44.

¹⁶⁹ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y la burla social*, Madrid, Imp. Tomás Núñez Amor, 1855, p. 299.

Capítulo 3

Epifanía demócrata

«En cuanto á mí, si ha habido un tiempo en que he sido extraño á la religion de la democracia, no puedo menos de decir, imitando unas palabras célebres: *Qué tarde te he conocido, oh verdad!*»

Roque Barcia, 1855

La revolución de 1854 marcó el inicio de una nueva etapa en la vida de Roque Barcia. Si en los últimos años de la Década Moderada había logrado darse a conocer como literato, llevando a la práctica –al menos parcialmente– su particular ideal de autorrealización en la esfera pública, el triunfo de las jornadas de julio abrió el espacio para que pusiera en acción al combativo propagandista federal que llegó a ser. Puede decirse que la incorporación a su subjetividad política de los postulados republicanos y federales constituye el punto de inflexión más trascendente de su trayectoria intelectual y profesional, al menos en dos sentidos. En primer lugar, supuso un proceso de interiorización individual de nuevos referentes, elementos discursivos y pautas de argumentación que dotaban de significado tanto al mundo que le rodeaba como a sus propias actuaciones en él. Claro que este proceso no operaba en el vacío simbólico, dado que su conciencia política se había formado, entre el final de la guerra civil y el Trienio esparterista, en el seno de la cultura progresista. Por lo tanto, su recepción del republicanismo se produjo desde el bagaje cultural y político del progresismo, pero también contra él, en la medida en que supuso un cuestionamiento profundo de la cultura política con la que se había identificado hasta el momento. La ruptura, en todo caso, no alcanzaba sólo a los principios políticos, sino también a las actitudes, en la

medida en que su progresismo se había mostrado compatible con las élites socio-culturales del liberalismo moderado y tampoco le había suscitado, en apariencia, la necesidad de pasar a la acción política. Podemos plantearnos, desde este punto de vista, el efecto disruptivo que ciertas coyunturas pueden producir en las identidades políticas individuales o colectivas, en relación con la frustración –o consolidación– de expectativas políticas y la deslegitimación –o refuerzo– de determinadas lecturas de lo político en su confrontación con los acontecimientos. En cualquier caso, el encuentro de Barcia con el republicanismo en el contexto revolucionario de 1854 dispuso a su yo político para la acción, a partir de su compromiso activo con el partido demócrata¹.

Esto enlaza con el segundo aspecto que interesa subrayar, muy vinculado con lo anterior, y que tiene que ver con la articulación de la esfera pública como espacio para la acción política, en tanto que escenario del conflicto político y, por lo tanto, de la representación de las relaciones de poder. Desde su concepción de la escritura como *magisterio* y *sacerdocio*, Barcia se puso en acción como republicano por medio de la imprenta. Reorientó su carrera literaria hacia el campo de la opinión política, haciendo de su profesión de *escritor público* uno de los principales ejes vertebradores de su experiencia vital. Tanto es así que, cuando murió, las únicas palabras que figuraban a modo de epitafio en su tumba del Cementerio Sacramental de San Lorenzo y San José de Madrid eran esas: «escritor público»². De alguna manera, aunque su actitud apostólica –polemista y dogmática– no era nueva a la altura de 1855, su identificación como escritor público republicano cerró en su imaginación el círculo de sus convicciones y principios, fijando así su manera de pensar tanto su posición –desde la que hablaba– como su función social. En alguna ocasión refiere este momento como el inicio de su tarea *redentora*; una labor que le granjeó, en las dos décadas siguientes, una extraordinaria popularidad.

Con todo, la abierta profesión de fe demócrata, republicana y federal de Barcia vinculó públicamente su trayectoria personal a una opción política que había visto

¹ El proceso de adquisición de la cultura política, como fenómeno individual de interiorización de referentes políticos que definen una forma de identidad y que mueven a la acción, así como su posible cuestionamiento a partir de experiencias *traumáticas*, en BERSTEIN, Serge: “La cultura política”, en RIOUX, Jean-Pierre y SIRINELLI, Jean-François: *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1999, pp. 390-391; ID.: “Nature et fonction de les cultures politiques”, en BERSTEIN, Serge (dir.): *Les cultures politiques en France*, París, Seuil, 1999, pp 7-91.

² En *Recuerdo de los cementerios de Madrid*, Madrid, Imp. de José M. Ducazal, 1891, p. 17.

frustradas sus aspiraciones no sólo en España, sino también en el resto de Europa. En el contexto europeo occidental de la primera mitad del siglo XIX, marcado por el conflictivo tránsito del Antiguo Régimen a los nuevos Estados-nación liberales, la monarquía constitucional se había perfilado como respuesta hegemónica a los retos que planteaban las sociedades postrevolucionarias. Con la excepción del caso suizo a partir de 1848 y, más tardíamente, del largo y problemático establecimiento de la III República francesa a partir de 1870, la solución republicana no se pudo consolidar como fórmula político-institucional perdurable. La democracia republicana en la Europa decimonónica fue, más que otra cosa, un movimiento de «demócratas sin democracia» y de «republicanos sin república»³.

Pero esta circunstancia no quiere decir, de ninguna manera, que la capacidad del republicanismo para intervenir en los diferentes procesos de construcción de los Estados nacionales, desarrollados en las décadas centrales del siglo XIX, se pueda reducir a lo meramente anecdótico, al menos en la Europa sur occidental. Tal y como ha señalado Maurizio Ridolfi, la democracia republicana en países como Francia, España, Portugal o Italia se habría distinguido de la de otras regiones europeas por su capacidad tanto de cristalizar en opciones políticas definidas como de atraer a amplios sectores de las capas populares, lo que le permitía competir en la esfera pública con las opciones liberales *de orden*. Frente al liberalismo elitista y monárquico dominante, el republicanismo constituyó una cultura política de oposición que se caracterizó por desplegar intensos programas propagandísticos y culturales orientados a movilizar y a educar políticamente al *pueblo*, entendido como receptor natural de sus doctrinas emancipadoras⁴. Las

³ SUÁREZ CORTINA, Manuel: “Demócratas sin democracia. Republicanos sin república. Los demócratas españoles e italianos en el apogeo y crisis del Estado liberal”, en SUÁREZ CORTINA, Manuel (ed.): *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 317-366; LANGEWIESCHE, Dieter: *La época del Estado-nación en Europa*, Valencia, PUV, 2012, pp. 119-132. Este autor ha matizado el enfrentamiento radical entre monarquía y república en el contexto del siglo XIX europeo, destacando la capacidad para imponerse que tuvieron aquellas monarquías que se atrevieron a establecer un «pacto con la nación» de manera eficaz –un ejemplo sería la monarquía de los Saboya en el proceso de unificación italiano–, así como la pérdida de contraposición excluyente entre ambos sistemas a partir de mediados del siglo. Ver LANGEWIESCHE, Dieter: “Monarchie und Republik im Europa des 19. Jahrhunderts”, en DANIEL, Ute y FREY, Christian K. (eds.): *Die preussisch-welfische Hochzeit 1913: Das dynastische Europa in seinem letzten Friedensjahrzehnt*, Braunschweig, Appelhaus Verlag, 2016, pp. 16-25. Agradezco al profesor Jesús Millán García-Varela que me haya facilitado el acceso a este último texto.

⁴ RIDOLFI, Maurizio: “El republicanismo en el siglo XIX: recorridos y perspectivas de investigación en la Europa meridional”, *Historia y Política*, 25 (2011), pp. 29-63; CASTRO, Demetrio: “Jacobinos y populistas: el republicanismo español a mediados del siglo XIX”, en ÁLVAREZ JUNCO, José (coord.): *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1987; FUENTES, Juan Francisco: “Mito y concepto de pueblo en el siglo XIX: una comparación entre España y Francia”,

efímeras experiencias de la II República francesa de 1848 y de la República Romana de 1849 o, posteriormente, de la I República española y el movimiento cantonal de 1873, pueden dar cuenta precisamente de la entidad alcanzada por el desafío republicano y de sus posibilidades prácticas en contextos de crisis del principio monárquico.

En el caso de España, si bien el demo-republicanismo había estado presente en la esfera pública desde alrededor de 1840, su capacidad para la acción política se incrementó de forma notable con el final de la Década Moderada. Por una parte, la revolución de 1854 vino a dar respuesta a lo que se percibió como una crisis de legitimidad de la monarquía isabelina y colocó en el centro del debate público, por primera vez en el ciclo revolucionario español, no sólo la continuidad de la dinastía sino incluso la de la propia institución monárquica. En ningún episodio insurreccional de la primera mitad del siglo había necesitado el trono de una defensa tan cerrada como la que se escenificó en la Constituyente de 1855. Por otra parte, al hilo de la polémica, las dificultades de los progresistas para conciliar el principio de soberanía nacional con la defensa del trono constitucional de Isabel II dejó espacio para que los demo-republicanos capitalizaran la afirmación del soberanismo *hasta sus últimas consecuencias*. Un principio este, el de la preminencia de la nación sobre el principio dinástico, que gozaba de gran arraigo entre amplios sectores de la población desde 1808 y que emergía periódicamente, de forma quizás vaga e intuitiva pero muy movilizadora, en cada episodio de ruptura liberal o de crisis del sistema. La precariedad con la que se gestionó durante el Bienio Progresista la continuidad de la monarquía isabelina vino a profundizar la evidente falta de consenso en torno a un modelo monárquico que sentase las bases para una alianza estable, eficaz y duradera entre la nación y el trono. Una circunstancia que no era nueva y que favoreció el desarrollo de un «republicanismo latente o por defecto» que, a medio plazo, pudo beneficiar al demo-republicanismo en el contexto de crisis final de la monarquía isabelina, a pesar de los desencuentros doctrinales y estratégicos que marcaron su desarrollo en esa época, e incluso tras la Revolución Gloriosa de 1868 y la refundación federal del partido. La conjunción de todos estos elementos, sumada al enorme esfuerzo propagandístico y organizativo desplegado por los demo-republicanos, puede ayudar a entender el notable crecimiento

Historia Contemporánea, 28 (2004), pp. 95-110; ROSA, Silvia: “Un’immagine che prende corpo: il «popolo» democratico nel Risorgimento”, en BANTI, Alberto Mario y GINSBORG, Paul: *Il Risorgimento*, Storia d’Italia, Annali 22, Torino, Giulio Einaudi, 2007, pp. 379-399.

del movimiento entre las décadas de 1850 y 1860 –en especial a partir del Bienio Progresista– y la *explosión federal* del Sexenio⁵.

En cualquier caso, para lo que aquí interesa, la extensión e intensificación del movimiento desde mediados del siglo XIX vienen a subrayar la capacidad discursiva de la democracia republicana para articular y movilizar formas operativas de identificación política compartida. En este sentido, las formaciones discursivas republicanas proponían una organización significativa de la realidad que hacía comprensible la experiencia, definiendo y poniendo en juego significados del mundo –social y político– a través de los cuales este era percibido e interpretado por parte de la población. Más allá del programa de demandas y de las formulaciones políticas concretas que daban forma práctica a la idea republicana, la construcción de una memoria colectiva que llenase de sentido los relatos sobre el presente, así como la recreación de referentes míticos y simbólicos, difundidos a través de la agitación propagandística en los espacios de sociabilidad política y cultural, dotaban al demo-republicanismo de un marco narrativo en el que los sujetos se podían imaginar actuando en aras de alcanzar el futuro orden republicano⁶.

⁵ BURDIEL, Isabel: *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*, Madrid, Taurus, 2010, pp. 297-487; ID.: “Monarquía y nación en la cultura progresista. La encrucijada de 1854”, en GARCÍA MONERRIS, Encarna, MORENO SECO, Mónica y MARCUELLO, Juan I. (eds.): *Culturas políticas monárquicas en la España liberal. Discursos, representaciones y prácticas (1808-1902)*, Valencia, PUV, 2013, pp. 213-232; ID.: “La consolidación del liberalismo y el punto de fuga de la monarquía (1843-1870)”, en SUÁREZ CORTINA, Manuel (coord.): *Las máscaras de la libertad: el liberalismo español, 1808-1950*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 101-133; PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo. Demócratas y republicanos durante el reinado de Isabel II*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, pp. 267-508; ROMEO MATEO, María Cruz: “La ficción monárquica y la magia de la nación en el progresismo isabelino”, en LARIO, Ángeles (ed.): *Monarquía y República en la España Contemporánea*, Madrid, UNED-Biblioteca Nueva, 2007, pp. 107-126; MILLÁN, Jesús y ROMEO MATEO, María Cruz: “Modelos de monarquía en el proceso de afirmación nacional de España, 1808-1923”, *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, 16 (2013), 20 pp.

⁶ La cultura política como «conjunto coherente cuyos elementos están en relación estrecha unos con otros y que permiten definir una forma de identidad del individuo que se asume como tal» y «guía de lectura de lo político» en BERSTEIN, Serge: “La cultura política...”, pp. 390-391 y “Nature et fonction...”, pp. 7-91. La potencialidad de las narrativas para articular simbólicamente identidades colectivas, dotando a los sujetos de un marco narrativo en el que posicionarse y de modelos de conducta y acción en JOYCE, Patrick: *Democratic subjects: the self and the social in nineteenth-century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 148-158. Una reflexión crítica del uso de identidad como categoría de análisis en ciencias sociales en BRUBAKER, Rogers y COOPER, Frederick: “Beyond identity”, *Theory and Society*, 29 (2000), pp. 1-47. La construcción discursiva de la experiencia en SCOTT, Joan W.: “La experiencia como prueba”, en CARBONELL, Núria y TORRAS, Meri (eds.): *Feminismos literarios*, Madrid, Arco Libros, 1999, pp. 77-112. Un estudio de la sociabilidad republicana y sus espacios en MORALES MUÑOZ, Manuel: *El republicanismo malagueño en el siglo XIX. Propaganda electoral, prácticas políticas y formas de sociabilidad*, Málaga, Asukaría Mediterránea, 1999.

Desde esta perspectiva, se entiende que las formaciones discursivas republicanas movilizaran una lectura de la realidad social y política de época isabelina, creíble para parte de la sociedad, que disputaba de manera eficaz las interpretaciones propuestas desde el liberalismo hegemónico, bien en la modulación moderada o en la progresista⁷. Pero conviene no perder de vista que, al hilo de esta operación simbólica, el republicanismo no sólo se construía a sí mismo como cultura política. De manera obvia, la visión del mundo republicana no se limitaba a reproducir la realidad del mundo político, sino que, organizándolo significativamente, también construía un significado del liberalismo –límites, objetivos, carácter, trayectoria histórica, perspectivas de futuro– y de sus conceptos clave –libertad, orden, igualdad, representación– muy alejado de la conceptualización elitista y monárquica dominante. En relación con esto, resulta interesante preguntarnos acerca de la capacidad del republicanismo, en determinados contextos conflictivos –como las revoluciones de 1854 y 1868–, de cuestionar la autoridad de las concepciones hegemónicas del mundo social y político.

Es en ese espacio, en el que se relacionan de forma dinámica –y conflictiva– devenir político y su construcción significativa, donde hay que ubicar la *conversión* demócrata y republicana de Barcia, en torno al contexto revolucionario de 1854, y su posterior trayectoria propagandística. La doble caracterización de la figura de Roque Barcia como *receptor* y como *productor* de cultura política republicana hace posible enriquecer el análisis mediante la adopción de una perspectiva cruzada. Por un lado,

⁷ En el contexto de la España de las décadas centrales del siglo XIX, entiendo como *liberalismo hegemónico* al modelo liberal de inspiración doctrinaria europea que triunfó tras la revolución. Si bien la influencia del doctrinarismo –a partir de la formulación de autores como Guizot o Constant– se plasmó de manera diferente en las culturas moderada y progresista, ambas comparten rasgos que constituyen el *liberalismo hegemónico* –o *de orden*– en ese contexto. En primer lugar, rechazo al absolutismo, pero también al iusnaturalismo y al lenguaje de los derechos universales, que podía alentar aspiraciones democráticas. En segundo lugar, centralidad de la noción de equilibrio entre orden y libertad –entendidos en relación con el respeto y el reconocimiento de la propiedad– y rechazo de la vertiente revolucionaria del primer liberalismo. El proyecto se concreta, a grandes rasgos, en la defensa de un sistema monárquico constitucional con un régimen representativo bicameral, elegido por sufragio censitario, capacitario y directo, en el que se garantizan por ley ciertas libertades básicas. Se trata, por lo tanto, de una lectura conservadora, elitista y monárquica del liberalismo, si bien el mismo concepto de *hegemonía* implica la presencia en la esfera pública de otras lecturas que cuestionan, rivalizan y negocian los significados hegemónicos. Con todo, a partir de estos rasgos compartidos, moderados y progresistas discreparon en la formulación del principio de legitimidad política que debía informar el sistema: los moderados abrazaron el principio doctrinario de soberanía compartida entre el rey y las Cortes, mientras que los progresistas no renunciaron a la defensa de la soberanía nacional. SANTIRSO, Manuel: *El liberalismo. Una herencia disputada*, Madrid, Cátedra, 2014; KAHAN, Alan S.: *Liberalism in Nineteenth-Century Europe. The political culture of limited suffrage*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2003; ELEY, Geoff: “Nations, publics and political cultures: placing Habermas in the Nineteenth Century”, en DIRKS, Nicholas B., ELEY, Geoff y ORTNER, Sherry B. (eds.): *Culture/Power/History. A reader in contemporary social theory*, Princeton, Princeton University Press, 1994, pp. 297-335.

permite profundizar en el contexto –temporal, espacial, discursivo– en el que fijó su identidad política en torno a los múltiples –pero limitados– discursos y narrativas que interpelaban su subjetividad. Por otro, la intensa labor propagandística que desplegó a partir de ese momento permite observar su contribución activa a la construcción de una *visión del mundo* demócrata y republicana y, por lo tanto, a la movilización de formas de identificación política de ese signo. En este sentido, más allá de las reformas políticas concretas que propone –coincidentes, por demás, con la mayoría de programas demócratas del momento–, interesa destacar los principios y los argumentos que sustentan toda su filosofía política, regida por una acusada religiosidad heterodoxa, evangélica y cristocéntrica, que difunde a través de sus cuantiosos folletos y artículos de prensa. Barcia era un hombre profundamente creyente, por lo que su experiencia religiosa también formaba parte del bagaje interpretativo a través del cual dotaba de significado al campo político y a los principios que debían regirlo. La absoluta centralidad del elemento religioso en la *visión del mundo* republicana de Barcia llama la atención sobre «los materiales de conformación del sujeto moderno» e invitan a reflexionar acerca del papel de la religión –y de sus diferentes lecturas– como punto de anclaje de la subjetividad en un mundo en plena transformación⁸.

¿Qué haremos?

El 21 de julio de 1854, el secretario de la legación británica en Madrid dirigía una consulta a su ministerio: «Si Espartero es nombrado Regente, o se proclama una República, ¿qué debo hacer?»⁹. La deriva represiva y autoritaria del gobierno Sartorius, los escándalos económicos relacionados con la familia real y el comportamiento de Isabel II habían ido erosionando tanto la imagen de la corona como sus bases de legitimidad en los años anteriores. La percepción de la quiebra del pacto entre la nación y la monarquía estaba en la base del movimiento revolucionario, cuyos impulsores habían apelado a la preeminencia del derecho de la nación sobre el derecho dinástico. Es significativo, porque la iniciativa insurreccional había partido en principio de los sectores liberales moderados –o puritanos–, a quienes se unieron más tarde progresistas y demócratas. Es una muestra más del arraigo, permanencia y capacidad movilizadora

⁸ DAVIS, J. C. e BURDIEL, Isabel: “Introducción”, en J. C. DAVIS e Isabel BURDIEL (eds.): *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2005, pp. 18-20.

⁹ Citado en BURDIEL, Isabel: *Isabel II...*, p. 323.

del principio legitimador de la soberanía de la nación en el liberalismo español, invocado de manera recurrente en los momentos de conflicto o de ruptura. La insurrección, alentada finalmente por proclamas revolucionarias como la de Manzanares, se había extendido a lo largo del mes de julio: las provincias se habían levantado, el ministerio del conde de San Luis había caído, Madrid estaba en manos de las juntas –que controlaban además las cerca de 300 barricadas levantadas en la capital– y se esperaba la llegada de Espartero, llamado por la reina Isabel a formar gobierno ante la presión revolucionaria. La conducta ambigua y errática del llamado *Washington español* alentaba las sospechas de un posicionamiento, cuanto menos, antidinástico¹⁰.

En estas circunstancias, la cuestión planteada por el embajador Otway da cuenta de la variedad de escenarios políticos posibles que alumbraba la revolución de 1854. Pocos días después, el *Diario Español* sacaba a relucir las alternativas, a la espera de la convocatoria de nuevas Cortes anunciada por Isabel II un par de días antes:

«Las Cortes generales que van á convocarse tienen la mision de resolver estas cuatro cuestiones.

¿Conviene la continuación de la casa de Borbon?

¿Conviene el llamamiento al imperio ibérico constitucional de Pedro V de Braganza?

¿Conviene que la Península ibérica se constituya en república federativa, ó bien que á Montemolín nos entreguemos?»¹¹

La incertidumbre acerca de la continuidad de la dinastía reinante, y hasta de la propia institución monárquica, hacía posible imaginar –y temer– incluso una salida republicana al conflicto abierto entre la nación y la corona. Era la primera vez que un proceso revolucionario cuestionaba el trono en España.

El 30 de julio de 1854, en medio de este ambiente de incertidumbre y de debate en torno a la resolución política de la ruptura revolucionaria, apareció el primer texto político con la firma de Roque Barcia «por un comité liberal»¹². Se trataba de una hoja volante que, de manera muy significativa, llevaba por título “¿Qué haremos?”. El duque de la Victoria había entrado en Madrid apenas un par de días antes –«[c]omo una

¹⁰ Sobre la figura de Espartero, ver SHUBERT, Adrián: *Espartero, el Pacificador*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018.

¹¹ Citado en *El Genio de la Libertad*, 29 de julio de 1854, p. 2.

¹² BARCIA MARTÍ, Roque: “¿Qué haremos?”, en BARCIA MARTÍ, Roque: *Catón político*, Madrid, Imp. de Tomás Núñez Amor, 1856, pp. 198-201.

encarnación de la voluntad nacional»¹³–, aunque aún no se había hecho público el nuevo ministerio; las Juntas mantenían todas sus funciones y las calles de la capital seguían llenas de barricadas. En estas circunstancias, la hoja volante de Barcia condensa en pocas páginas sus ideas acerca de la revolución y de cómo debía resolverse. Pero, si bien las propuestas son bastante vagas e imprecisas, el texto retoma de alguna manera el espíritu de aquella *Solicitud* que había dirigido a Espartero hacía ya más de diez años. De nuevo, apenas abierta la esfera pública por efecto de la revolución, Barcia hacía uso del medio de acción que le daba la imprenta para ejercer la tarea ciudadana de exponer sus demandas ante el poder. Pero, aunque el duque de la Victoria volvía a estar en el poder, esta vez no se dirigía a él.

La proclama está encabezada por una cita de Juan Bautista Alonso, el conocido jurista demócrata que había redactado, unos meses antes, la introducción del *Círculo Científico y Literario*: «No se gobierna el mundo moral como se aplasta la cabeza de una víbora»¹⁴. La referencia al gobierno autoritario –y violento– de las voluntades es manifiesta. Tras esta entrada, Barcia celebra la caída del «gabinete de San Luis», atribuyendo ese «prodigio» a la revolución, si bien pasa rápidamente a dar cuenta de qué es esto de la *revolución* porque, a su juicio, «tal vez se ignora generalmente». En primer lugar, la revolución no es simple violencia o motín, sino que es un medio legítimo de expresión de la voluntad general; un instrumento para poner en acción esa opinión pública que es el nexo entre el poder constituido y el constituyente, cumpliendo la función de guía y vigilancia frente a las derivas tiránicas de los gobiernos:

«Porque la revolucion no es el tumulto, no es la anarquía, no es el botín: la revolucion es la gran disciplina de los que no gobiernan para la humanidad, sino para ellos, para sus pasiones, para sus ruindades; la revolucion es un instante de ley suprema: un instante en que la ley se viste el traje de lodos para ser igual, inviolable, poderosa, casi divina. La revolucion es tan indispensable para dar vida á las opiniones de la sociedad, como son indispensables ciertas inundaciones para dar alimento á los campos. [...] La revolucion es la boca por donde respiran las sociedades.

[...] Hay verdad, hay creencia, hay razon humana en esos movimientos espontáneos y universales, en esas cruzadas de los pobres que se llaman revoluciones? Hay razon? Hay humanidad? Pues la revolucion es mas que buena; es santa: Dios la ha creado cuando creó el derecho y la

¹³ BURDIEL, Isabel: *Isabel II...*, p. 328.

¹⁴ Es muy probable que se refiera a un pasaje de la misma introducción, aunque la cita está alterada. En el original, dice exactamente: «No se rige el mundo, ni se gobierna al ser inteligente como se aplasta la cabeza de una víbora». En ALONSO, Juan Bautista: «Introducción», *Círculo Científico y Literario*, 8 de febrero de 1854, p. 3.

justicia, así como cuando hizo brotar la atmósfera y la luz creó con ellas la tempestad y el rayo. La sociedad la necesita, Dios la quiere»

El planteamiento, desde luego, enraiza en las concepciones liberales de la década de 1830. Las revoluciones no son simples disturbios porque las guía la razón y suponen avanzar «en el camino de la perfección; en el camino de la vida». La revolución es la idea que pone a la humanidad en la senda del progreso y de la libertad, verificada en el avance de todas las ramas del saber desde los tiempos antiguos: «Revolucion es el coloso que siembra por el mundo los grandes hombres y las grandes ideas como otros tantos mármoles gigantescos que nos señalan el lindero de las edades». El pueblo de Moisés, la palabra de Jesucristo, el libro de Mahoma son revolución, pero también los siglos de Sesostri, Licurgo, Pericles, César, Carlos V, Luis XVI o Pedro el Grande. Revolución son Homero y Bossuet, David y Galileo, Cervantes y Atila, Pedro el Ermitaño y Calvino, Gutenberg y Fulton. Está claro que la revolución es progreso imparables, es pensamiento y penetra en las conciencias, pero también necesita que la dirijan hombres adecuados: «las revoluciones serán malas cuando sea misión de los idiotas el apostolado y el martirio».

Como movimiento de progresiva perfección, la revolución es imparables. El pensamiento avanza y los «gobiernos imbeciles» no pueden contener las ideas por mucho que traten de oprimirlas:

«Queréis arrebatarse al Océano el oleaje que revienta en la orilla? Un millón de olas viene después. Queréis triunfar sofocando á Rienzi, execrando la memoria de Massaniello, levantando un cadalso ante los girondinos, ahorcando á Riego, inmolando al heroico Menotti, lanzando una sentencia contra Garibaldi, codiciando la sangre del valiente Kossut? Os engañais. Usurpad mil rayos al sol y el sol no dejará de alumbrar al mundo; usurpad mil gotas al torrente, y el torrente os inundará. Cuántos tiranos no han existido? Ninguno ha dado muerte á una sola idea. Cuántos verdugos no han vibrado la terrible cuchilla? Ninguno ha dado muerte á un solo derecho: ningún hacha ha segado la garganta de la humanidad. Os engañais; para la idea cada hora es una nueva é interminable generacion»

La conceptualización de la revolución como un fenómeno natural y, por lo tanto, necesario e ineludible, viene a profundizar en la idea, común entre los liberales avanzados y demócratas de la época, de que los estallidos insurreccionales sólo terminarían cuando los gobiernos atendiesen las *justas demandas* de los pueblos. No deja de ser significativo que, en el argumento de Barcia, buena parte de los

revolucionarios invocados sean italianos, salvo Riego y el húngaro Lajos Kossuth, lo que viene a reforzar la importancia que tuvo el viaje a Italia en la formación de su pensamiento, así como en su interés por estudiar las revoluciones. Cola di Rienzi (1313-1354), Masaniello (1620-1647) o Ciro Menotti (1798-1831) eran todos figuras muy populares que, en el contexto del *Risorgimento*, se percibían como grandes patriotas que habían destacado por su lucha por la libertad –de inspiración republicana o demócrata– contra la tiranía. Lo mismo se puede decir de Garibaldi y Kossuth, patriotas demócratas muy activos en la oleada revolucionaria de 1848. No nombra, sin embargo, al republicano Mazzini. De la misma manera, llama la atención que señale la ofensiva contra los girondinos, llevada a cabo por los revolucionarios jacobinos. En cualquier caso, el argumento busca demostrar que la revolución no es un fenómeno nuevo y que no se detendrá hasta que logre sus fines:

«Legislad y sereis razon: creed y sereis dogma: hablad por boca de la libertad del derecho, de ese pensamiento divino que perpetuamente se agita en el mundo, como las olas en el golfo: sed liberales, y cerrareis la puerta á esas revoluciones que os espantan: no habrá revoluciones, porque vosotros sereis entonces la revolucion, porque vosotros sereis la humanidad, ese gran símbolo que ha salido triunfante de los naufragios del pasado, que atraviesa inmortal las turbulencias del presente y tiende sus alas hacia adelante como el genio del porvenir»

Razón, dogma, derecho, humanidad. Como se puede comprobar, la *imbecilidad* del «mal gobierno» reside en que no es *liberal*. Claro que el problema está en definir hasta dónde llega ese liberalismo al que se refiere Barcia. ¿Hasta los postulados demócratas de revolucionarios como Garibaldi o Kossuth? Desde luego, los demorepublicanos del momento se reclamaban auténticos liberales, incluso los socialistas que se habían integrado en el partido demócrata, y también los republicanos. Pero a la hora de concretar ese carácter liberal de la revolución, las reflexiones de Barcia son bastante imprecisas:

«Nuestra revolucion pública está hecha: ahora conviene dirigirla á sus fines propios. [...] Esa revolución, que es el azote providencial del gobierno injusto que la sofoca, es tambien el juicio inexorable del pueblo ignorante que no la comprende.

La revolución podria significarse por medio de un gigante que tiene muchos rostros. Un rostro mira á las costumbres, á los sentimientos, á las ideas. Hé aquí la revolucion inteligente y moral.

Qué haremos en este sentido? Descuidaremos la instruccion pública?

Otro rostro mira á los derechos y á las obligaciones. Hé aquí la revolucion política.

Qué haremos? No debería corregirse el veto absoluto? Continuará siendo una quimera la responsabilidad de los ministros?

El tercer rostro mira á las propiedades: hé aquí la revolucion civil.

Qué haremos? Es justo que existan en Madrid quinientos establecimientos públicos de usura? [...]

Otra cara de la revolucion mira al culto. Hé aquí la revolucion religiosa.

Qué haremos? Será razonable que los obispos se llaman *Iglesia absolutamente*? Será razonable que la Iglesia esté absolutamente fuera del Estado, cuando está dentro del presupuesto que paga el Estado? Es político que haya en la sociedad un poder que no sea sociedad? Que haya una parte que no viva con la vida del todo, cuando del todo recibe su vida?»

Señala cuatro ámbitos de intervención en la sociedad: instrucción pública –nada extraño a la luz de su trayectoria literaria anterior–, política, propiedad y religión. Más allá de la cuestión religiosa, que es en la que más se extiende y que parece apuntar hacia una nacionalización de la Iglesia, llama la atención la tibieza de las demandas políticas. Es cierto que la cuestión del veto fue muy debatida, precisamente por los demócratas, en las posteriores Cortes constituyentes –aunque el 30 de julio ni siquiera habían sido convocadas–, y a ella subyace la consideración de la supremacía de la nación sobre el principio monárquico. Pero es de destacar la ausencia de alusiones al sufragio universal masculino, después de las referencias demócratas que salpican el texto. Tampoco cuestiona la monarquía, ni se refiere al trono, tan debatido en aquellos momentos, ni a las Cortes. Simplemente, recomienda meditar las opiniones y esperar «con confianza», porque «*Roma no fué obra de un día*» y «[t]anto peligro hay en la parálisis como en la convulsion». Parece, a la vista de todo lo expuesto, que Barcia piensa en ese momento en una solución que pasa por la intervención de ciertas personalidades clave, que sepan interpretar las tendencias que expresa la sociedad por medio de la revolución y que, en consecuencia, vayan realizando esas tendencias de manera gradual en la política y el derecho.

Las comedidas propuestas del *comité liberal* encabezado por Barcia podían ser aceptadas por cualquier liberal avanzado –progresista o demócrata– pero no hacen pensar en una adscripción republicana de manera clara. Las numerosas referencias demócratas y la afirmación del principio de la soberanía nacional que respira el texto, sin descartar una solución monárquica limitada en sus funciones, hacen pensar en posturas demócratas, aunque en ese momento no se identifique abiertamente como tal.

Lo mismo se puede decir de su conceptualización de las revoluciones y su necesaria realización, que ocupa el grueso del texto y siguió estando presente en toda su obra política posterior, pero no se advierte aquí al vehemente republicano que puso en escena apenas unos meses después. Lo más probable es que se mantuviera en el impreciso magma avanzado progresista-demócrata sin llegar a abrazar posturas republicanas, aunque no se puede descartar tampoco que, en ese momento de incertidumbre, el texto de Barcia fuese calculadamente ambiguo, dada la sociabilidad literaria que decía frecuentar hacia mediados de 1854¹⁵. O al menos la que se desprende de la nómina de colaboradores del *Círculo Científico y Literario* que, de alguna manera, parecía simbolizar el arco de sensibilidades políticas de la coalición antigubernamental. Es cierto que no había en ella moderados vinculados al ala más autoritaria, pero tampoco republicanos destacados del momento. En cualquier caso, es difícil saber qué papel jugó este comité en la revolución, si es que intervino más allá de lanzar esta proclama, ni quiénes eran sus componentes, aunque a la vista del liderazgo intelectual de Barcia es muy probable que no anduviesen lejos de la redacción de la revista recientemente clausurada. De hecho, buena parte de los colaboradores estuvieron implicados en la revolución, pero no hay referencia a Barcia en la literatura sobre las jornadas de julio de 1854, ni siquiera en la crónica escrita por Cristino Martos, que aparecía entre los colaboradores –aunque no publicó allí ningún texto– y debía conocer a *El Autor de los Viajes*¹⁶.

Con todo, la actitud confiada de Barcia en la *liberalización* del régimen bajo el nuevo gobierno era ampliamente compartida en ese primer momento, incluso por buena parte de los demócratas¹⁷. El consabido «cúmplase la voluntad nacional» del muy popular Espartero permitía pensar en la consolidación –y legitimación– del nuevo régimen apoyado sobre las *opiniones de la sociedad* de las que hablaba Barcia, expresadas por medio del movimiento revolucionario. Claro que el problema residía en

¹⁵ En cuanto a la ambigua relación que siguieron manteniendo progresistas avanzados y demócratas durante la revolución de 1854, Pi y Margall refería en *La reacción y la revolución* (1854) que muchos demócratas en aquel momento ambicionaban puestos de poder, por lo que llegaban a «ocultar el nombre» situándose en el «terreno movedizo de los progresistas». Citado en PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, p. 266. Asimismo, Ribot y Fonseré lamentaba que «los que mas blasonan de republicanos» también adolecieran de ansia de cargos y de figurar. En RIBOT Y FONSERÉ, Antonio: *La revolución de julio en Madrid*, Madrid, Imp. de Gaspar y Roig, 1854, p. 126.

¹⁶ MARTOS, Cristino: *La revolución de julio en 1854*, Madrid, Imp. del Colegio de Sordo-Mudos y de Ciegos, 1854.

¹⁷ PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, p. 266.

la variedad de significados políticos acerca de la revolución y su alcance que se daban cita en el seno de la coalición antigubernamental. A medida que se fueron conociendo las medidas del nuevo gobierno, las discrepancias en torno a la vulneración del principio soberano profundizaron la división entre los revolucionarios, lo que alentó además la sensación de *frustración revolucionaria* entre los sectores avanzados y demorepublicanos.

En este sentido, el duque de la Victoria no tardó en decepcionar. La composición del nuevo gobierno, dado a conocer el 1 de agosto –apenas un par de días después de la publicación de “¿Qué haremos?”–, ya despertó suspicacias entre los sectores avanzados, dada la inclusión de moderados como O’Donnell o Pacheco bajo la fórmula de una hipotética *unión liberal*. La memoria de lo ocurrido en 1843 estaba presente y la participación de los moderados en el gobierno que debía hacer realidad la revolución no presagiaba nada bueno. Ese mismo día se vació de contenido político a las Juntas, que pasaron a ser consultivas, y se suspendieron las medidas que habían tomado, como la abolición de los muy impopulares derechos de puertas y consumos. Lo que Fernando Garrido denominó, desde su perspectiva republicana, la «traición progresista a la revolución»¹⁸, no había hecho más que empezar en ese momento. En los días siguientes, el gobierno de Espartero recuperó de manera provisional el entramado político vigente antes del auge moderado de 1843 –reposición de autoridades y funcionarios públicos de 1843, leyes electoral y de imprenta de 1837, leyes de gobierno local y provincial de 1823, ley de Milicia Nacional de 1822– y convocó Cortes constituyentes según la ley electoral de 1837. Fue precisamente esta convocatoria lo que agitó un intenso debate en torno al carácter de la monarquía y a la preeminencia del principio soberano, como expresión del alcance revolucionario.

El Real Decreto del 11 de agosto de 1854¹⁹, por el que se convocaban Cortes constituyentes, resultó problemático en al menos dos sentidos. En primer lugar, el gobierno reconocía en su Preámbulo que, durante las jornadas de julio, «los pueblos aclamaron la convocación de Cortes constituyentes como el mejor y único remedio en la angustiosa situación á que se los habia reducido. La historia de nuestro tiempo les habia mostrado este camino en las crisis mas difíciles y peligrosas». Así había sido en Cádiz y

¹⁸ Citado en BURDIEL, Isabel: *Isabel II...*, p. 329.

¹⁹ *Gaceta de Madrid*, 13 de agosto de 1854, pp. 1-2.

en 1837, y añadía: «las Córtes constituyentes serán sin duda en 1854 un nuevo lazo entre el Trono y el pueblo, entre la libertad y la dinastía; objetos que no pueden debatirse; puntos sobre que el Gobierno no admite duda ni discusión». La defensa del trono y de la dinastía en la convocatoria de Cortes constituyentes entraba en conflicto con el principio de soberanía nacional que tradicionalmente habían sostenido los progresistas. ¿Acaso no suponía un menoscabo de la soberanía de la nación sustraer la cuestión de la forma del Estado a la deliberación del poder constituyente? Por otro lado, como ya se ha adelantado, el gobierno consideró que no era adecuado que la convocatoria se rigiese por la ley electoral moderada de 1846, de tan «funestos resultados». Se decantó por la «mas aceptable» ley de 20 de julio de 1837, ya que a su juicio «otorga mayor extensión al sufragio; contribuye á dar al Parlamento un carácter político mas decidido, y hará que los grandes intereses generales no sean sofocados por las estrechas miras de localidad, de banderías ó de familias». De nuevo, la limitación censitaria del sufragio sancionada en la ley electoral de 1837 evitaba llevar el dogma de la soberanía nacional *hasta sus últimas consecuencias*.

Para los sectores avanzados y demo-republicanos, la convocatoria del 11 de agosto supuso un punto de inflexión fundamental, no sólo porque pusiera en evidencia la contraposición de aspiraciones que dividía a los revolucionarios, lo que abrió su progresivo alejamiento del gobierno. En un momento de ruptura del pacto entre nación y monarquía, las dificultades de los progresistas para conciliar la incuestionabilidad del trono de Isabel II con el principio de la soberanía nacional dejaban en manos de demócratas y republicanos la defensa, *hasta sus últimas consecuencias*, de una herramienta política enormemente arraigada en la tradición liberal popular, operativa y muy movilizadora. Desde el recién creado *Círculo de la Unión*, que reunía a progresistas demócratas y republicanos, se defendía que la voluntad nacional sólo se expresaba a través del sufragio universal –masculino– y que sancionar la desigualdad política, como hacía la ley electoral de 1837, sólo servía para «fomentar de nuevo las revoluciones sociales». A su vez, condenaban el ataque al principio de la soberanía nacional que suponía el Decreto de convocatoria, ya que introducía «limitaciones y condiciones a la voluntad nacional legítimamente representada y al imprescriptible derecho que todos los pueblos tienen para constituirse del modo y manera que juzguen

convenientes a sus intereses y necesidades»²⁰. El debate, de hecho, marcó todo el desarrollo político del Bienio Progresista. En este sentido, la apertura de la esfera pública fue clave, ya que propició la movilización de significados políticos más allá de los espacios informales de socialización política y cultural. Las opiniones demo-republicanas, en este contexto, no sólo se expresaban desde la imprenta, sino también desde espacios institucionalizados de participación, a partir de la ampliación –aunque limitada– del sufragio y del acceso de los demo-republicanos tanto a los poderes locales como a la representación nacional en Cortes tras las elecciones de octubre de 1854.

En cualquier caso, la contundente declaración del gobierno unionista en defensa del trono de Isabel II, que no admitía duda ni discusión, viene a subrayar hasta qué punto fue cuestionada la monarquía en el contexto del Bienio. A pesar de los esfuerzos por cancelar el debate, el problema del futuro del trono siguió muy presente en la esfera pública, donde se barajaban todas las posibles soluciones al conflicto, desde la amenaza montemolinista a la salida republicana²¹. La nación había recuperado la soberanía por la fuerza de las armas y el alcance de la revolución se debatía en torno al futuro de la corona. En los primeros días de agosto, de nuevo Howden escribía a su ministerio: «Nadie cree que la reina esté tres meses en su trono después de la reunión de las Cortes»²². A juicio del diario unionista *La Época*, «[l]a situación del país [...] comienza á ser grave, gravísima»²³. Sólo las dificultades para encontrar un monarca alternativo en Europa y el temor de los liberales *de orden* a una profundización demócrata y republicana salvaron el trono de Isabel II en 1854²⁴.

²⁰ PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 261-284. Las citas en p. 270.

²¹ El diario conservador *La Época* planteaba las alternativas que circulaban por boca de todos: «Todas las soluciones posibles ó imaginables del problema se reducen á cinco [*sic*]: la línea proscrita de don Cárlos, la república, la unión ibérica con el advenimiento de su monarca, y el trono constitucional de doña Isabel II». En cuanto a la república, argumentaban que «[s]in duda alguna la república es una forma de gobierno como cualquiera otra; forma aceptable y beneficiosa para los pueblos avezados á su régimen ó preparados para recibirlo; pero la república en España es por ahora, y acaso será también por mucho tiempo, un sueño dorado, una verdadera utopía, generosa pero estéril». *La Época*, 22 de agosto de 1854, p. 2.

²² BURDIEL, Isabel: *Isabel II...*, p. 331.

²³ *La Época*, 23 de agosto de 1854, p. 3.

²⁴ Si bien la interpretación clásica de la revolución de 1854 sostenía que la insurrección se dirigía contra el gobierno Sartorius y no contra el trono, Isabel Burdiel ha demostrado hasta qué punto se debatió el futuro de la monarquía isabelina durante el Bienio Progresista. En BURDIEL, Isabel: *Isabel II...*, pp. 298-299. Los estudios clásicos sobre el tema siguen siendo KIERNAN, Victor G.: *La Revolución de 1854 en España*, Madrid, Aguilar, 1970 y URQUIJO Y GOITIA, José Ramón: *La revolución de 1854 en Madrid*, Madrid, Instituto de Historia Jerónimo Zurita, 1984. Sobre el debate entre monarquía y república en este contexto LARIO, Ángeles: «La monarquía herida de muerte. El primer debate monarquía / república en España», en LARIO, Ángeles (ed.): *Monarquía y República...*, pp. 183-204.

Sin duda, la inquietud que suscitaba una hipotética proclamación republicana tenía que ver con los ecos del aún reciente 1848 europeo. Aunque los temores eran probablemente exagerados, no carecían del todo de fundamento. Los republicanos, si bien seguían relacionándose de forma ambigua con el progresismo avanzado, dada su calidad común de opositores al régimen moderado, habían dado muestras de su capacidad de actuación política en un ámbito que, además, desbordaba los contornos nacionales. Ya en 1848 habían enviado una representación ante el gobierno provisional de la república francesa, con el objeto de solicitar ayuda al país vecino para llevar a cabo un movimiento similar en España. La delegación, encabezada por José Segundo Flórez y Abdón Terradas, fue bien acogida por Alexandre Auguste Ledru-Rollin y Alphonse de Lamartine, aunque no obtuvieron el apoyo que esperaban. La revolución española interesaba en Europa y la conexión de los republicanos españoles con las redes revolucionarias europeas, por medio de figuras como Fernando Garrido o José María Orense, había propiciado un acercamiento con Estados Unidos desde principios de la década de 1850. En concreto, se había tratado la cesión de Cuba a cambio de armamento para la revolución con el senador Pierre Soulé, nombrado poco después –en el verano de 1853– embajador en Madrid²⁵. Claro que el eventual triunfo de un movimiento de ese signo no quería decir, de ningún modo, que se pudiese consolidar un régimen republicano en España; ahí estaban las breves experiencias de Francia y Roma para atestiguarlo.

Pero a la altura del verano de 1854, la amenaza republicana parecía al menos creíble y los defensores del trono de Isabel II se veían impelidos a aportar argumentos en su contra. El monárquico e isabelino *La Época* reproducía artículos aparecidos en «el DIARIO DE LOS DEBATES y en EL TIMES, es decir, en los dos primeros periódicos de Francia é Inglaterra», en los que se abogaba por la defensa de la monarquía constitucional, condenando el «vano fantasma de la república imposible»²⁶. Contestaba también a la hoja volante “El grito de las barricadas”, escrita por Fernando Garrido y

²⁵ PEYROU TUBERT, Florencia: “1848 et le parti démocratique espagnol”, *Le Mouvement Social*, 234 (2011), p. 22; ID.: “¿Hubo una cultura política democrática transnacional en la Europa del siglo XIX? Aproximación desde España”, en FORCADELL, Carlos y FRÍAS, Carmen (eds.): *X Congreso de Historia Local en Aragón. 20 años de congresos de Historia Contemporánea (1997-2016)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2017, pp. 45-68; LIDA, Clara E.: “Conspiradores e internacionalistas en vísperas de la revolución”, *La revolución de 1868. Historia, pensamiento, literatura*, Nueva York, Las Americas Publishing Company, 1970, pp. 50-52.

²⁶ *La Época*, 23 de agosto de 1854, p. 3.

Antonio Ignacio Cervera y publicada en *El Tribuno*²⁷. En ella se defendía la unión ibérica mediante la federación de ambas repúblicas, una vez expulsadas las casas de Borbón y de Braganza de sus respectivos tronos, desde una perspectiva radicalmente antimonárquica: «El imperio es incompatible con la soberanía nacional, con la economía, con la descentralización, con las libertades y derechos individuales. El imperio no es aceptable mas que para los que viven del presupuesto y para los enemigos de la libertad»²⁸. Ante esta propuesta, los conservadores agitaban la amenaza de la intervención extranjera si la península se entregaba «á los delirios de la mas exajerada democracia»²⁹:

«Aquí es donde los republicanos españoles acaban de confirmar la idea de que son conocidamente visionarios, de que son evidentemente utopistas, y de que no serán nunca hombres prácticos. [...] [N]o podemos dejar de calificar como un funesto sueño las pretensiones unitarias y federativas de los pseudo-republicanos, que trabajando por una libertad ilimitada, trabajan, sin saberlo, por la guerra civil y la intervencion extranjera, por la destruccion de la racional libertad que podemos disfrutar, y por la vuelta de la dictadura ó del polaquismo. El pais debe precaverse contra las falaces doctrinas que conducen irremisiblemente á tan funestos resultados»³⁰.

Esas *falaces doctrinas*, sin embargo, seguían difundiéndose desde periódicos como *El Tribuno*, *La Europa* o *La Soberanía Nacional*, una nómina de publicaciones demócratas que no dejaría de crecer en todo el periodo. Si bien buena parte de ellas transigían con la monarquía desde posturas accidentales o pragmáticas, aunque siempre subordinada a la voluntad nacional, un sector importante de propagandistas muy activos empezó a considerar, en esa época, que el trono era totalmente incompatible con la libertad. Desde este punto de vista, pensaban que los conceptos de *democracia* y *república* eran equivalentes, ya que hacían referencia a una misma realidad. Sostenían esta postura republicanos como José María Orense, Fernando Garrido, Sixto Cámara, Francisco Pi y Margall, Antonio Ignacio Cervera, Romualdo Lafuente o Heliodoro del

²⁷ Garrido y Cervera publicaron varias hojas volantes con un claro contenido antimonárquico en aquel mes de agosto de 1854. Según aseguraba, su difusión había sido espectacular, llegándose a distribuir entre 8.000 y 10.000 ejemplares. En PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 297-298.

²⁸ No todos los iberismos decimonónicos fueron republicanos. Acerca de los diferentes discursos iberistas, RINA SIMÓN, César: *Iberismos, Expectativas peninsulares en el siglo XIX*, Madrid, Funcas, 2016; CAMPOS MATOS, Sérgio: *Iberismos: nação e transnação, Portugal e Espanha c.1807-c.1931*, Coimbre, Universidade de Coimbra, 2017; ID.: "Was Iberism a Nationalism? Conceptions of Iberism in Portugal in the Nineteenth and Twentieth Centuries", *Portuguese Studies*, 25-2 (2009), pp.215-229.

²⁹ *La Época*, 23 de agosto de 1854, pp. 1-2.

³⁰ *La Época*, 24 de agosto de 1854, p. 2.

Busto, a los que pronto se sumó Roque Barcia en la primavera de 1855. La radical incompatibilidad entre la figura del monarca y la «soberanía absoluta [de la nación]» –que era el principio de la democracia– estaba presente en todos los argumentos, desde *La reacción y la revolución* (1854) de Pi y Margall hasta *Espartero y la revolución o El pueblo y el trono*, ambos publicados por Garrido el mismo año, pasando por los artículos de Cámara en *La Soberanía Nacional*. Invariablemente, la monarquía se vinculaba al gobierno despótico, en la medida en que ahogaba el principio de la personalidad humana³¹.

Pero a la cuestión de principios se sumaba otra apuntada por José María Orense al hilo de los debates parlamentarios sobre la corona y que tenía que ver con la experiencia política de la primera mitad del siglo XIX. Según el marqués de Albaida, la historia de España durante ese periodo se podía resumir en la lucha del trono contra las libertades populares y las «nuevas ideas». En este sentido, la monarquía constitucional no había supuesto ningún avance, dada la identificación entre el trono de Isabel II y el modelo liberal oligárquico, confesional, autoritario y represivo de los moderados, lo que había llevado a muchos demócratas a considerar que la república era el único sistema que garantizaba la libertad³². Parece claro que esta tendencia se vio agudizada en el contexto del Bienio, a la vista de la deriva que iba tomando la revolución, a pesar del inicial optimismo suscitado por el recurso de la reina a Espartero. Desde la referida convocatoria a Cortes constituyentes, la actuación del gobierno unionista no hizo sino profundizar el malestar y la indignación de los demócratas. Las medidas represivas contra la prensa, el cierre del *Círculo de la Unión* tras la insurrección popular del 28 de agosto –suscitada por la huida de María Cristina con la connivencia del gobierno–, la detención y encarcelamiento de algunos republicanos por cuestiones de opinión –Pi y Margall, Garrido, Cámara, Cervera– o la prohibición de reuniones políticas, aumentaron el descontento y también el temor de los demócratas. Como decía Sixto Cámara, «el país veía con alarma que la revolución de julio iba desviándose de su verdadero objeto»³³. Para muchos, el progresismo oficial se había apartado de la vía revolucionaria

³¹ PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 284-309, esp. pp. 295-296.

³² *Ibid.*, pp. 306-307. Sobre la figura de José María Orense, ver PEYROU TUBERT, Florencia: “José María Orense. Un aristócrata entre republicanos”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel y BURDIEL, Isabel (coords.): *Liberales eminentes*, Madrid, Marcial Pons, 2004, pp.179-202; MIGUEL GONZÁLEZ, Román: “Estudio preliminar”, en ORENSE, José María: *Treinta años de gobierno representativo en España*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006, pp. 11-81.

³³ Citado en *Ibid.*, p. 274.

desde el mismo 11 de agosto, cuando había situado a la corona y a la dinastía por encima de la voluntad nacional. No creían que, bajo estas circunstancias, variase mucho la situación respecto a la época moderada.

La incapacidad de los progresistas para reformular las bases de legitimidad de la monarquía se puso de manifiesto en las Cortes constituyentes, que abrieron sus sesiones el 8 de noviembre de 1854. La cuestión del trono quedó vista el 30 de noviembre, cuando un grupo de diputados progresistas *puros* presentó a votación una proposición en defensa de la monarquía de Isabel II: «Pedimos a las Cortes se sirvan acordar que una de las bases fundamentales del edificio político que en uso de su soberanía van a levantar, es el trono constitucional de Doña Isabel II, Reina de las Españas, y su dinastía»³⁴. Sólo votaron en contra los poco más de veinte diputados demo-republicanos, pero supuso el triunfo de poner de manifiesto la contingencia del trono, sometido a votación. Con todo, no se zanjó el debate en torno a la monarquía, que continuó tras la presentación de las bases de la Constitución el 13 de enero de 1855. Uno de los puntos que suscitó más polémica fue precisamente la cuestión del veto absoluto del monarca, uno de los pocos aspectos políticos que Barcia había señalado en su programa. Fue aprobado el 6 de febrero, lo que constituyó un punto de ruptura fundamental entre demócratas y progresistas, ya que cancelaba toda esperanza de subordinar la corona a la voluntad nacional y, a su juicio, suponía la negación del principio de la soberanía de la nación. Por ese tiempo, los demócratas y republicanos ya consideraban que el gobierno de Espartero era responsable del fracaso de las aspiraciones revolucionarias y de la continuidad de los antiguos abusos³⁵.

En este contexto, marcado por la frustración política de los sectores avanzados y por la incapacidad de los progresistas de someter la monarquía a la voluntad nacional, era posible para un progresista demócrata como Barcia transitar hacia una postura antimonárquica. De hecho, en alguno de sus primeros textos políticos aún se identifica como «progresista de buena fe»³⁶. Si el 30 de julio se preguntaba *qué hacer* y proponía esperar y meditar las opiniones, parece que en la primavera de 1855 había hallado la respuesta al interrogante. A la vista del desarrollo político desde las jornadas de julio, y

³⁴ *Diario de Sesiones de Cortes [DSC]*, 30 de noviembre de 1854, pp. 267-294.

³⁵ PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 304-309 y 330.

³⁶ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y la burla social*, Madrid, Imp. de Tomás Núñez Amor, 1855, p. 59.

en especial del debate constituyente, era obvio que la revolución estaba perdida, pero necesariamente llegarían otras antes o después. No quedaba otra posibilidad que trabajar por la idea. Tras meses de silencio, se presentó ante la opinión como escritor público demócrata, republicano y federal, con el objetivo explícito de trabajar por la difusión de la doctrina demócrata y de la única forma política que le daba expresión práctica: la república federal. Como otros muchos progresistas avanzados y demócratas del momento, había llegado a la conclusión de que la monarquía era absolutamente incompatible con la libertad. Los duros ataques que no tardó en verter contra los progresistas dan cuenta de la frustración de expectativas que le llevó a la pérdida de confianza en su antiguo partido, totalmente rota por la decepción. Su encuentro con el republicanismo se resolvió mediante el despliegue de una intensísima labor publicística que ya no abandonó hasta su retirada de la vida pública en 1874, con épocas de mayor o menor actividad, dependiendo de las posibilidades que ofreciera el marco político en cada momento. En cuanto al Bienio Progresista, entre 1855 y 1856, vieron la luz *Cuestión pontificia*, *La verdad y la burla social*, *Catón político*, *Filosofía del alma humana* y una segunda edición de *Generación de ideas*. Además, dirigió el diario republicano *La Voz del Pueblo*, que se publicó entre octubre de 1855 y enero de 1856. En sus textos, el propagandista analizaba el contexto político del momento y exponía su particular lectura de la doctrina política democrática, la única que, a su juicio, encarnaba la *verdad política*.

Con todo, la particular filosofía política de Barcia moviliza actitudes, temas, argumentos y referentes que se reconocían como republicanos en la España de mediados del siglo XIX, difundiendo un significado radicalmente antimonárquico de la democracia que lo vincula con figuras como Orense, Pi y Margall, Cámara, Garrido o Cervera. Con varios de ellos compartió espacios editoriales a lo largo del Bienio, en publicaciones periódicas como *La Razón* o *La Voz del Pueblo*, aunque si hay que buscar alguna continuidad con su entorno literario previo la encontramos en Heliodoro del Busto³⁷. Había colaborado en todos los proyectos editoriales de Barcia desde *La España*

³⁷ Heliodoro del Busto publicó en 1856 un folleto en el que daba cuenta de la revolución de julio, comparándola con otras revoluciones de la historia. Llega a la conclusión de que la situación era la misma en 1855 que en 1843, sancionando la incapacidad de los progresistas para actuar de acuerdo con los principios políticos que habían sostenido. Se refería fundamentalmente a la cuestión de la soberanía nacional, la libertad de imprenta, la instrucción pública y la libertad de conciencia, además de la liberalización económica y las economías nacionales. Recoge varios de los artículos que había publicado en *La Voz del Pueblo* y refiere implícitamente –sin nombrarlo– algunos textos y citas de Barcia, de *La verdad y la burla social*, *Cuestión pontificia* y *La Voz del Pueblo*. También recoge algunos argumentos y

Literaria y, ya en 1855, formaba parte del comité democrático central de Madrid junto a José María Orense, Estanislao Figueras, Antonio Ruiz Pons, Nicolás María Rivero, Fernando Garrido, Francisco Pi y Margall, Francisco Vich, Antonio Ignacio Cervera, Roberto Robert, Sixto Cámara y Emilio Castelar³⁸. Del Busto colaboró también, como otros de los incluidos en la nómina del comité, en *La Voz del Pueblo*. Cuando Barcia declaraba en 1856 que estaba «asociado fraternalmente á la mayor parte de los demócratas de Madrid»³⁹, que no concreta, debía referirse a ese círculo.

Finalmente, su compromiso con la democracia lo ubicaba en el espacio político de un partido nuevo y joven –o al menos así se consideraban ellos–, en plena formación discursiva y organizativa, orientado además hacia la acción política sostenida y con vocación de masas. Para una personalidad como la de Barcia, formada desde la concepción del individuo autónomo ilustrado y modulada por la concepción artística de la genialidad romántica, constituía un espacio perfecto para llevar a la realidad la imagen autorreferencial del profeta, del guía espiritual –sacerdote y maestro– que mostraba a la sociedad el camino de la salvación. Íntimamente convencido de que era portador de una verdad absoluta, porque así se lo demostraban su razón y su conciencia, el pretendido carácter filosófico de sus reflexiones busca hacer de su *sistema* una solución política de aplicación universal. A esto hay que sumar la acusada religiosidad que regía su manera de pensar y de otorgar significado tanto al mundo que le rodeaba como a su propia experiencia vital, lo que hace de la narrativa providencial cristiana un marco significativo fundamental para construir su *visión del mundo*. Es necesario señalar que su rigorismo moral, inspirado en una lectura heterodoxa, evangélica y cristocéntrica del cristianismo, rechaza frontalmente la ortodoxia católica oficial y va unido, sin solución de continuidad, a un anticlericalismo muy beligerante orientado a la disputa doctrinal. De hecho, se puede decir que el antimonarquismo –resuelto en la democracia republicana y federal– y el anticlericalismo –resuelto en la formulación de un *cristianismo cristiano*– son las dos actitudes en las que Barcia fundamenta su imagen pública de apóstol de la verdad republicana. La articulación de estos elementos

justificaciones históricas presentes en reseñas de Barcia desde *La España Literaria*, además de citas de la Biblia, de obras del historiador italiano Cesare Cantù y, muy profusamente, de *El libro del pueblo* de Félicité Robert de Lamennais. En DEL BUSTO, Heliodoro: *Los partidos en cueros ó apuntes para escribir la historia de doce años (1843-1855)*, Madrid, Imp. de D. Anselmo Santa Coloma, 1856.

³⁸ PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, p. 276.

³⁹ BARCIA MARTÍ, Roque: *Catón político*, Madrid, Imp. de Tomás Núñez Amor, 1856, p. 14.

construye un sujeto político que muestra una autocomprensión carismática, guiado por un acusado mesianismo y con unos tintes megalómanos difíciles de obviar⁴⁰.

El Dios y el diablo del partido progresista

«Pues si el progreso es tan necesario: si es la política de la Providencia, [...] por qué el sistema progresista cayó en nuestro país y volverá á caer, si el cielo no pone remedio, aunque es muy presumible que no lo ponga? Por qué el mundo se para sobre la tierra cuando el Hacedor ha dicho á la tierra que camine? Por qué?»⁴¹

En el contexto del Bienio, está claro que el interrogante que se plantea Barcia tiene que ver con la frustración de las esperanzas revolucionarias depositadas en los progresistas. Al hilo de la cuestión, aborda el análisis del momento político y sus posibilidades de desarrollo futuro, proponiendo una lectura crítica de la situación y de la *política dominante* desde una *visión del mundo* que se reclama demócrata. Las reflexiones de Barcia se enmarcan en un diálogo constante entre *lo que es* y *lo que debe ser*, lo que le permite tanto interpelar a los monárquicos –y especialmente a los progresistas– como argumentar a favor de la opción republicana como la única acorde con la naturaleza que Dios le ha dado al hombre. Desarrolla estas cuestiones en *La verdad y la burla social* (1855) y *Catón político* (1856), dos obras extensas publicadas por fascículos en las que, según anunciaba el editor Manuel Lafuente en el prospecto de la primera, el autor «tra[ía] la razón á la política» y proponía «todo un sistema de

⁴⁰ La dominación carismática fue caracterizada por el sociólogo Max Weber, que conceptúa el *carisma* como *gracia*, según la terminología del cristianismo primitivo: «Debe entenderse por “carisma” la cualidad, que pasa por extraordinaria [...]; de una personalidad, por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas –o por lo menos específicamente extracotidianas y no asequibles a cualquier otro–, o como enviados del dios, o como ejemplar y, en consecuencia, como jefe, caudillo, guía o líder. El modo como habría de valorarse “objetivamente” la cualidad en cuestión, sea desde un punto de vista ético, estético u otro cualquiera, es cosa del todo indiferente en lo que atañe a nuestro concepto, pues lo que importa es cómo se valora “por los dominados” carismáticos, por los “adeptos”». El carisma es inestable, su reconocimiento depende de las facultades personales de quien participa –o pretende participar– de él y de la corroboración de esas cualidades, orientadas hacia la realización de una misión revelada: «El portador del carisma abraza el cometido que le ha sido asignado y exige obediencia y adhesión en virtud de su misión. El éxito decide sobre ello. Si las personas entre las cuales se siente enviado no reconocen su misión, su exigencia se malogra. Si la reconocen, se convierte en su “señor” mientras sepa mantener por la “prueba” tal reconocimiento». El rechazo a la ganancia racional y el apartamiento mundano son característicos en quien participa del carisma, cuyo poder se basa en una convicción emotiva que busca transformar a las personas «desde dentro»: el carisma manifiesta su poder revolucionario mediante una transformación del carácter de los dominados. En WEBER, Max: *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 193-204 y 847-938. Un estudio biográfico inspirado en este planteamiento en RIAL, Lucy: *Garibaldi. Invention of a hero*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2008.

⁴¹ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, p. 57.

gobierno»⁴². En líneas generales, los argumentos y propuestas son los mismos en los dos textos, aunque *La verdad y la burla social* es más extensa y parece una recopilación de diferentes escritos⁴³, entre los que se incluye un retrato de las principales notabilidades políticas de la época y un ensayo de constitución republicana. Recoge las mismas ideas en *Catón Político* de una manera más sistemática y ordenada, pero sin demasiadas variaciones. Responde esto, además, a un anhelo que expresa en *La verdad y la burla social*, donde repite en varias ocasiones que, al igual que había un catón religioso en cada familia, debía haber también un catón político para su instrucción. En cualquier caso, las reiteraciones en los temas y los argumentos son abundantes en ambos textos.

Como ya se deja ver en la cita que encabeza este epígrafe, en la primavera de 1855 Barcia estaba convencido de que los progresistas caerían más pronto que tarde. No sólo estaba convencido de que caerían con Espartero, sino también de que esto supondría el final del partido progresista, enfrentado a la disyuntiva de dar un paso atrás y disolverse en los conservadores o dar un paso al frente y abrazar la democracia. La revolución no había pasado de ser un simple tumulto en las calles porque no se podía hallar a «ese hombre que haya madurado un sistema cabal de gobierno»; ni siquiera el muy popular Espartero era ese «*hombre de España*»:

«Que la figura de Espartero basta para acreditar una revolucion, para ilustrarla, no para cumplirla, no para hacerla ley. Espartero es el hombre que trae el agua del bautismo, no el sacerdote que la convierte en sacramento y cristiana con él al recién nacido»⁴⁴

La idea de que el cambio político se podía operar mediante la acción de un solo hombre, ese *hombre de España* al que alude, remite a planteamientos cercanos a la dictadura revolucionaria jacobina nada extraños en algunos discursos republicanos del momento⁴⁵. Autores como Fernando Garrido o, sobre todo, Sixto Cámara sugerían una

⁴² *El Genio de la Libertad*, 15 de mayo de 1855, p. 4.

⁴³ Alguno de los textos parece que fue escrito con anterioridad, aunque no lo pudo publicar hasta que lo permitieron las leyes de imprenta. Es el caso de unos apuntes titulados “Privilegios sociales”, que inserta advirtiendo que «[c]uando lo escribí no podía publicarlo: tres veces lo intenté, y tres veces perdió la cabeza bajo el hachazo del fiscal». En BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, p. 80.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 54. La cursiva en el original.

⁴⁵ El eco jacobino en el liberalismo exaltado y radical del Trienio Liberal, así como su proyección sobre el posterior republicanismo, en ROMEO MATEO, María Cruz: “La sombra del pasado y la expectativa de futuro: ‘jacobinos’, radicales y republicanos en la revolución liberal”, en ROURA I AULINAS, Lluís y CASTELLS, Irene (eds.): *Revolución y democracia. El jacobinismo europeo*, Madrid, Ediciones del Orto, 1995, pp. 107-138. La importancia de esta herencia en la formulación del republicanismo desde la década

solución de este tipo para llevar a cabo rápidamente las reformas revolucionarias; el primero de ellos pensaba en Espartero, precisamente, para llevar a cabo esa labor regeneradora⁴⁶. Esta actitud tiene que ver con una concepción elitista y dirigista de la política –nada nueva en la cultura liberal– que bebía, por una parte, de la noción de *pueblo no instruido* al que aún se debía educar políticamente para su emancipación y, por otra, de una concepción esencialista –única y necesaria– de la articulación política de la vida en común. Desde este planteamiento compartido, Barcia lamentaba que, lejos de avanzar en la reforma del sistema, los hombres políticos formasen facciones y no hiciesen nada por atajar la corrupción y la barbarie, sin comprender que «en el orden político no hay triunfo posible, si no se empieza por la conquista de las opiniones». La «libertad no ilustrada» sólo podía llevar, en su opinión, al triunfo de un Montemolín⁴⁷. De hecho, pensaba que, en aquellas circunstancias, todos los partidos trabajaban a favor del carlismo de cara a la opinión.

Por una parte, el partido moderado –«avaro, exclusivo y ambicioso»– contaba con el favor de los grandes poderes: la Iglesia, la reina, el ejército, los capitalistas y los hombres de negocios, pero tenía en su contra la censura previa, un principio de autoridad exagerado, la centralización, el lujo y «el hecho notorio de que casi todos sus hombres se enriquecen cuando se apoderan del mando». Por otro lado, estaba el partido progresista «inseguro, perezoso, debil, liberal en la forma y mezquino en la esencia [...] que aspira á ser héroe sin tener valentía: que sueña en atravesar el Océano sin mojarse la planta del pié: que no tiene la autoridad del partido viejo, ni la conciencia alentada y profunda del partido reformador»⁴⁸. Considera que el partido progresista también contaba con elementos que le favorecían, como la desamortización eclesiástica, «alguna libertad de pensamiento y de conciencia» y el «elemento nacional». Sin embargo, tenía muchos más factores que le debilitaban:

- «1.º Que no paga ni premia.
- 2.º Que se contradice.
- 3.º Que no se comprende.
- 4.º Que el vínculo social se relaja.

de 1830, en MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La pasión revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*, Madrid, CEPC, 2007, p. 86 y ss.

⁴⁶ PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 301-304; MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La pasión revolucionaria...*, pp. 153-154.

⁴⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, pp. 55-56.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 62.

5.º Que no instruye; esto es, que no siembra la única semilla que pudiera salvarle.

6.º Que pretende ser generoso cuando no tiene el poder de la generosidad.

7.º Que confía en una virtud que está en su sentimiento, pero que no está en su sistema, porque no lo cumple.

8.º Que comete el error de creer que una sociedad puede gobernarse por medio de palabras, felicitaciones y ofrecimientos que no son leyes, [...] que no son nada para el régimen público.

9.º y principal. *Que es niño y chochea.*

10 y mas principal todavia. *Que cuando es un partido legal tiene miedo»*⁴⁹

Pero si Barcia es muy duro con los progresistas, también lo es con el partido demócrata, un partido «informe aun, negociador y elástico [...] que fia demasiado a las revoluciones que se propalan en el café». Aunque, a su juicio, contaba desde luego con más elementos en su abono que el partido progresista:

«1.º La historia.

2.º El evangelio.

3.º El no haber causado males á España, puesto que es una política virgen para ella.

4.º El descontento y el malestar públicos.

5.º Los genios que nacen.

6.º Las ambiciones que nacen con ellos.

7.º El porvenir de la Europa cristiana.

8.º Mas que todo, la verdad del hombre, *la naturaleza*»⁵⁰

Con estos avals, cree que la democracia es virtud y una gran esperanza, aunque su debilidad consiste en que los demócratas aún no saben a dónde van, no han madurado sus ideas; es necesario aún comprenderlas, amarlas y, finalmente, difundirlas:

«Creedme, demócratas! No os presentéis ante la opinion como los apóstoles de un nuevo mundo, cuando vuestros lábios no articulan la *buena nueva* que habeis de predicar: amontonad en vuestro espíritu el convencimiento del que tiene virtud para redimir; pero ocultad la cruz del Redentor: ay de vosotros si la opinion compara lo que decís y lo que haceis, y halla motivo para esclamar: *Los demócratas son mentira!* [...] Predicar debe ser lo último»⁵¹

El esbozo del mapa político español que dibuja Barcia es, desde luego, simplificador. No da cuenta de la complejidad interna de los distintos partidos ni de las

⁴⁹ *Ibid.*, p. 61.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 62.

⁵¹ *Ibid.*, p. 64.

sutiles –y cambiantes– afinidades políticas que iban haciendo y deshaciendo alianzas y sentidos comunes al hilo del desarrollo de los acontecimientos. Pero tal simplificación hacía comprensible una realidad política muy compleja, en la que ya se vislumbraba una solución dicotómica al problema, desaparición del progresismo mediante. A la vista del panorama político planteado, con un partido moderado inmoral, un partido progresista impotente y un partido demócrata esperanzador, pero que aún era una *fantasía grandiosa*, el sistema representativo tenía, a su juicio, los días contados: «O verdad en el sistema representativo, ó sistema absoluto»⁵².

El progreso caería con el duque de la Victoria por dos razones interconectadas: por un lado, porque los progresistas no se habían ocupado de «educar a todos los individuos sociales para la sociedad, así como se les enseña el Padrenuestro para la religión» y lo habían fiado todo a la figura de Espartero. Pero Espartero no era más que «el hombre de una fracción en un país», no era «una gran conciencia de gobierno». Las famosas palabras de Allende Salazar, que durante las jornadas de julio había apellidado al duque de la Victoria *el Washington español* –aludiendo veladamente, en aquellos días de incertidumbre, a su posible republicanismo o, al menos, a su antidinastismo– no le parecían más que una burla a la vista de su incapacidad:

«En otro lugar le llamé un semi-cristo, ahora falta añadir que es un cristo viejo. Se me contestará que es el único avance posible actualmente.— En buen hora, contesto yo; eso quiere decir que nuestro actual posible político es un posible á medio apolillar. Decir á ese posible “llévanos adelante” equivale puntualmente á repetir lo que aquel decía al otro: *tú que no puedes, llévame á cuestras*»⁵³

Desde esta perspectiva ¿qué porvenir le podía esperar a «la política española»? En su opinión, «España asist[ía] sin saberlo a la agonía del sistema representativo». Por una parte, este sistema tenía de positivo que «desarrolla las fuerzas de la opinión pública por medio del *voto*, y la de que despierta el talento con el choque de intereses políticos contrarios». Sin embargo, tenía también un inconveniente muy grave, y es que esas dos virtudes iban unidas al soborno y al fraude, a la ambición y la intriga:

⁵² *Ibid.*, p. 66-70.

⁵³ *Ibid.*, p. 69

«El sistema representativo es la lucha eterna de las aspiraciones privadas: el foro político dónde se amaestran los tiranuelos. [...] A una ambicion sucede otra ambicion, á un golpe de Estado otro golpe de Estado, asi como una ola ocupa el puesto de otra ola en un mar borrascoso; y esta turbulencia en el gobierno hace imposible *la unidad política, la conciencia íntegra en el mando*, asi como el empuje arrebatado de las olas hace imposible la bonanza en los mares.

Cuando el hervidero y el tumulto de las pasiones sean una perfeccion de los sistemas [...], el sistema representativo tendrá grandes títulos para levantarse como inteligencia mandataria.

[...] El sistema representativo es un todo revuelto y confuso. No puede aceptarse, ni pueblo alguno lo ha aceptado sino como un periodo de transicion política, como una edad media entre la civilizacion presente y las civilizaciones futuras. Es el crepúsculo misterioso de un dia que pasó, y de una aurora ó de una noche que ha de venir.

La razon del mundo, esa emigracion sublime del cielo necesitaba colocar una *momia* entre el espectro del siglo XVIII y los hombres del siglo XX. Esa *momia* es el sistema representativo»⁵⁴.

La relación de Barcia con el sistema representativo fue, como se irá viendo, bastante problemática, ya que su concepción de la representatividad desbordaba –sin rechazarlos– los cauces institucionales. Es evidente que esta lectura del sistema representativo, que Barcia vincula con la monarquía constitucional, deriva de la experiencia de la práctica política en época moderada, pero también de la incapacidad de los progresistas para llevar los *principios liberales* hasta sus últimas consecuencias. Y es precisamente la «inconsecuencia en el sistema» lo que, según asegura reiteradamente, arruinará en poco tiempo al partido progresista. Esa incoherencia, esa falta de valentía para asumir las consecuencias de sus propios principios, se concretan claro está en dos cuestiones fundamentales: la soberanía nacional y el sufragio universal –masculino–. Como sostenedores tradicionales del principio soberano, Barcia entiende que los progresistas fueron «el Bonaparte revolucionario de [la] patria» y que «en la Constitucion del año 12 proscribi[eron] el feudo real absoluto, creando una nacion soberana, representada en Córtes». Sin embargo, si la figura del monarca sigue siendo sagrada e inviolable, es decir, se sustrae al poder de las Cortes, ¿qué queda de la soberanía nacional?⁵⁵:

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 71-72.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 73-75; BARCIA MARTÍ, Roque: *Catón político...*, pp. 104-110.

«Y si en ese pueblo reside la soberanía esencial del derecho y la soberanía política del sistema, representada la primera por el hecho social y la segunda, por el hecho constituyente; si la nación es soberana por ella y por las Cortes, porque las Cortes no son otra cosa que la unidad política del albedrío español, por qué existe á tu lado el subdito español, el vasallo moderno? [...] La soberanía de la nación excluye toda otra soberanía por razón de conquista, de historia, de herencia; excluye la soberanía de palacio.

Hallamos, pues, que vuestra política nos dice que el rey no es soberano.

De manera que el rey no es soberano como raza, como institución, mientras que yo lo soy como hombre social; esto es, como individuo español, como la misma España localizada en mí»⁵⁶

El mismo argumento alcanza a la cuestión del sufragio. Si el partido progresista era «política esencial y necesariamente revolucionaria» y un pueblo se levantó en las jornadas de julio para hacerlo «poder público», pronunciando «un nombre querido» –el de Espartero–, ¿por qué negarle el sufragio?⁵⁷:

«Díme, partido progresista, y ojalá que seas tan progresista como conviene para que me comprendas, progresista siquiera para ser franco: si aquel brazo en mangas de camisa se movió para colocarte donde estás, por qué proscribes aquel brazo? Mas aun; por qué no te proscribes á tí mismo, que eres su hechura?

El fué la tea incendiaria, tú eres la luz que brotó de la tea. Si la tea es buena para ser proscrita, por qué tú no eres bueno para ser proscrito también?

Partido progresista, si aquel albedrío se movió para colocarte donde estás, por qué condenas aquel albedrío?

Quieres que te lo diga? Condenas aquel albedrío porque has tomado á empresa el condenarte á tí.

Antes fuiste inconsecuente: ahora eres ingrato. Cualquiera de esas dos cosas basta en el orden moral de los hechos para derrocar un sistema»⁵⁸

Como *progresista de buena fe*, «progresista del progreso humano», Barcia critica a su antiguo partido desde sus propios postulados y lo sentencia:

«Esta vez sera tu ruina.

Puedes evitar la inconsecuencia del sistema, puedes llegar á ser demócrata; no evitar el fallo supremo de la razón.

Caerás, infaliblemente caerás; y si caes por haber sido inconsecuente, caerás porque has debido caer.

[...] Partido progresista español, morirás porque no eres progresista»⁵⁹

⁵⁶ BARCIA MARTÍ, Roque: *Catón político...*, pp. 104 y 106.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 110-115.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 112.

Falta de interés en la educación política de la sociedad, inconsecuencia, ingratitud... Queda claro que, para Barcia –y para muchos otros–, el espacio discursivo del soberanismo y de la libertad quedaba asociado a la democracia tras la frustración revolucionaria de 1854. Llegados a este punto, a pesar de haber tenido una historia noble y llena de luchas magnánimas, al partido progresista sólo le quedaba «mor[ir] en un Espartero representativo para abrir los ojos en un Espartero republicano». Muerto «el partido liberal» por su propia nulidad, al porvenir de la política española no podía más que esperarle, en primer término, el partido moderado con «una monarquía inmorada [sic]»; el segundo término estaría dividido entre «el partido demócrata con una república no educada aun, y Montemolin con una monarquía absoluta y clerical»⁶⁰. Las fuerzas de unos y de otros eran, desde luego, desiguales. Si el absolutismo se veía beneficiado por la religión oficial, el dinero, el poder político y la nobleza, la democracia sólo tenía a su favor a:

«ciertos magnates, ó muy descontentos ó muy ambiciosos, [...] y á una parte del pueblo, quizá cansada de luchar y de padecer, sin amor al pasado, sin un buen libro en el presente, sin fé profunda en el porvenir, porque no concibe de un modo claro las grandes verdades de que se debiera convencer, ni ha tocado nunca las mejoras que quiere conquistar»⁶¹

En estas circunstancias, la república tenía pocas posibilidades de triunfar en España. Como otros muchos demócratas del momento, y no sólo españoles, pensaba que sólo sería posible si se levantaba un movimiento republicano de dimensiones europeas –«franceses, italianos, húngaros, polacos y alemanes»– que permitiese la consolidación republicana en España⁶². Si no era así, el poder del «sistema casi constituido» devoraría la democracia española «como el león devora un cordero». El juicio que emite es casi adivinatorio, a la vista de lo que ocurriría veinte años después: «A un año de heroísmo sucederá el instante de la traición, y la república caerá de boca. Esto es incontestable para todo hombre que mira y que piensa». Poca duda cabe de que, como se verá más adelante, Barcia se imaginaba como un apóstol de la esperanza

⁵⁹ *Ibid.* pp. 105-106 y 108.

⁶⁰ Roque BARCIA MARTÍ: *La verdad y...*, pp. 90 y 93.

⁶¹ *Ibid.*, p. 87.

⁶² PEYROU TUBERT, Florencia: “¿Hubo una cultura política democrática...”; LIDA, Clara E.: “Conspiradores e internacionalistas...”; MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La pasión revolucionaria...*, pp. 150-162. Este autor enmarca la idea de la «*República Democrática Universal*» en la tradición discursiva humanitarista –y cristiana– de las décadas de 1830 y 1840, que derivaría en la década de 1850 hacia un «*internacionalismo republicano*» llamado a realizarse en la federación europea.

republicana, llamado a poner en práctica las verdades de su doctrina, pero quizás no imaginaba el papel fundamental que su figura iba a desempeñar en la dinámica política –y el fracaso– de la futura I República.

En cualquier caso, el panorama que dibuja Barcia no se corresponde tanto con la compleja realidad política del momento como con la visión de un antiguo progresista, –defensor de la revolución como palanca del progreso y necesidad de las sociedades, devoto de la soberanía nacional, igualitarista, cercano a las doctrinas iusnaturalistas del pacto social– que, desde la experiencia de la frustración de las esperanzas y perspectivas políticas revolucionarias, había abrazado la democracia, en la que «[su] conciencia política adora[ba] un *Dios social*»⁶³. Desde esta perspectiva, el progresismo desaparece del horizonte político y sólo quedan el absolutismo –ya sea montemolinista o en la versión «semi-teocrática» moderada⁶⁴– o la república. Tal y como se ha adelantado más arriba, su lectura de las bondades de la democracia es, desde luego, significativa: nada menos que la avalan la historia y el evangelio –dos fuentes de autoridad indiscutibles–, la verdad del hombre derivada de su naturaleza y la genialidad de sus *hombres*. Con esta imagen, Barcia se estaba referenciando a sí mismo y a su propia doctrina. Es cierto que el republicanismo se caracterizaba por la diversidad interna de opiniones –como todos los partidos de la época, hay que decirlo–; unas diferencias además que se irían profundizando tras el Bienio y que derivarían, en la década siguiente, en auténticas batallas doctrinales. Pero considerar, como hacía Barcia, que a la altura de 1855 la democracia *no sabía a dónde iba*, porque no había madurado sus ideas antes de predicarlas, no tenía más objeto que reivindicarse como pensador de un sistema social y político poco menos que visionario. Él sí que había madurado un sistema de gobierno y estaba en disposición de anunciar esa *buena nueva* que los demócratas de las peroratas de café aún no comprendían. ¿Sería él quizás ese *hombre de España* que los progresistas no podían ya ofrecer y que la naciente democracia no había alumbrado todavía? Claro que es pretencioso pensar que propagandistas como Orense, Garrido,

⁶³ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, p. 93.

⁶⁴ En la primavera de 1855, dando por hecho una caída de los progresistas más o menos cercana, prevé un breve periodo de «cierta fusión», probablemente con O'Donnell, Ríos Rosas y Cortina como posibles caudillos: «Luego que haya un ejército; luego que el susto pase y que el hilo se anude; luego que la Milicia haya desaparecido bajo un cubilete (ya la sabrán escamotear), Narvaez en Guerra, Mon ó Bravo Murillo en Hacienda, Gonzalez Romero en Gracia y Justicia, Pidal en Gobernacion, y quizás un hombre de Viluma en Estado, realizarán *c* por *b* una monarquía semi-teocrática. Haya ó no Congreso, celebre sus sesiones á puerta abierta ó á puerta cerrada; haya ó no un mármol constitucional en la plaza pública, el partido conservador practicará un sistema absoluto». En *Ibid.*, p. 89.

Cámara, Pi y Margall, Cervera o Becerra, que, a diferencia de Barcia, habían sufrido la persecución, el exilio o la cárcel por defender las ideas demócratas y republicanas, no supiesen lo que decían. De hecho, muchos de los principios teóricos, argumentos, significados e interpretaciones que Barcia articula en sus propuestas están presentes en la mayoría de autores republicanos de las décadas centrales del siglo XIX. Aun siendo bastante peculiar, su doctrina no es tan original como él pretendía.

Con todo, la reflexión crítica de Barcia acerca de la política española y sus posibilidades de desarrollo futuro constituye el marco discursivo en el que se pone en acción como republicano. Declara que, «asociado fraternalmente á la mayor parte de los demócratas de Madrid», se compromete a secundar «todo trabajo de propaganda, de asociacion, de periodismo: todo trabajo de hermandad, toda empresa de democracia»⁶⁵. Desde ese compromiso, se encomienda la labor de educar las conciencias en la verdad de los principios, ya que no hay revolución posible fuera de las ideas y de los sentimientos. Todo consiste en «dar alma a los pueblos: todo lo demás viene después»⁶⁶. Se entrega a la escritura política impulsado, según asegura, por necesidad y por el deber, «[p]ara conseguir que aquel espíritu de tolerancia y de asociación se vaya avecindando en nuestras familias»; sin él no sería posible jamás la verdadera vida política⁶⁷:

«Ahora no tengo mas opinion que una necesidad y un deber: el deber y la necesidad de educar á los ignorantes, á los holgazanes, á los ébrios, á los fanáticos y supersticiosos (si esta tarea cabe en lo posible): el deber y la necesidad de dar ojos al que no ve, costumbres al malo, alma á los idiotas, religion al ateo. (Nótese que yo llamo ateo al supersticioso, al fanático y al hipócrita: llamo ateo al santurron, de quien decia Gregorio XIX [*sic*]: “Huid de ellos como de hombres depravados” ó lo que es lo mismo, hombres sin ley, sin Dios; por consecuencia ateos).

Mi única opinion hoy es convertir la acémila en hombre. Cuando fuese hombre, le daria por ley la república. [...] Para qué dar leyes a quien no entiende?»⁶⁸

La idea del pueblo *no educado* y, por lo tanto, *no libre* es recurrente en sus textos de esa época. Como ya hiciera su padre veinte años antes, mira a la sociedad española y sólo ve ignorancia, fanatismo, inmoralidad y pobreza:

⁶⁵ BARCIA MARTÍ, Roque: *Catón político...*, p. 14.

⁶⁶ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, p. 79.

⁶⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: *Catón político...*, p. 14.

⁶⁸ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, p. 94.

«Qué sucede con una gran parte de los obreros españoles? Dejan el taller, vuelven a su casa, cojen o dejan la chaqueta y se van luego a la taberna del compadre Gil, donde lo menos malo que conciben es prostituirse y envilecerse. Vuelven otra vez a su casa, donde el menor mal que hacen es aporrear a sus mujeres y poner en manos de sus hijos aquel catón de vida doméstica»⁶⁹

Si la sociedad es «mala», es imposible el vínculo social, y muestra de ello es el letargo político y moral en el que está sumida: la indiferencia hacia sus propios intereses, la incuria en materia moral y de costumbres, la falta de espíritu público y de patriotismo. Pero la solución a estos problemas requiere, a su entender, un concepto reformador que va más allá de las leyes políticas:

«En valde se agitan los partidos: en valde se harán revoluciones en las plazas públicas: en valde hoy y en valde siempre se escribirán leyes y programas puramente políticos.

[...] *Si yo soy mentira*, apenas me importa que me declaren igual á *otra mentira*.

Si la sociedad es un lobo que devora mis carnes, me importa muy poco que me declaren el protegido de la *sociedad*.

[...] Todas las leyes, por sábias que sean y por bien redactadas que estén, serán *predicar en desierto* si no tienden á purificarnos del ladron, del borracho, del holgazan, del usurero, del espía, del hipócrita, del fanático, del verdugo: á purificarnos del hombre corrompido y del hombre ignorante.

[...] Querer que haya *humanidad* cuando los hombres son lobos voraces, es querer hacer imposible el vínculo humano: por consecuencia la *sociedad humana*»⁷⁰

El progreso social exige hacer de la humanidad una cosa humana: «cosa humana siempre, hasta en el momento de darse de tiros»⁷¹. La dureza con la que Barcia juzga a la sociedad —a la que mira desde luego desde la alteridad de quien se piensa élite moral e intelectual— tiene que ver con su ideal de la virtud moral como base la vida en común, pero también dispone su magisterio, orientado hacia la necesaria transformación de la conciencia de los hombres. La cualidad de esa *humanidad* a la que apela es uno de los elementos centrales en sus reflexiones políticas.

Hay que señalar que las reflexiones de Barcia responden a una inquietud —que llega a tomar tintes de angustia— que subyace a toda su obra y que se relaciona con la problemática general de cómo resolver el conflicto en la época postrevolucionaria. Es

⁶⁹ *Ibid.*, p. 266.

⁷⁰ *Ibid.*, pp. 8 y 10.

⁷¹ *Ibid.*, p. 94.

un tema que aparece formulado de maneras muy diferentes, como ya se ha visto en su defensa de la revolución y también en su análisis del sistema representativo, pero que ya se dejaba ver en su época de literato cuando apostaba por una esfera de intervención en la sociedad –la educación moral por medio de la literatura– por encima de las facciones y los intereses partidarios. De hecho, su concepción de lo político no se aparta de esta perspectiva, como se irá viendo. En cualquier caso, la cuestión de la cancelación del conflicto y de la búsqueda de la armonía social era una de las grandes preocupaciones políticas de la época⁷². Como muchos otros demócratas a la altura de 1855, Barcia estaba convencido de que el conflicto sólo acabaría con la emancipación radical del hombre, es decir, cuando se completase la revolución bajo la forma republicana. Fernando Garrido había publicado ese mismo año *La república democrática, federal, universal* animado por esa misma idea; en el prólogo, escrito por Emilio Castelar, este afirma que «la Democracia es la única doctrina que asegura la paz». Un poco antes, en 1854, Francisco Pi y Margall se había esforzado por demostrar en *La reacción y la revolución* que la paz sólo era posible, al menos de momento, bajo la república federal. Para todos ellos, además, era el único sistema que podía sacar al hombre de su embrutecimiento y hacerlo *humanidad*. El énfasis en la dimensión moral de las transformaciones sociales fue, precisamente, uno de los aspectos que distinguieron al demo-republicanismo de otros liberalismos decimonónicos⁷³.

El pensamiento de Barcia, en el que se perciben de manera clara ecos de temas y criterios rousseauianos, se inserta en este ambiente intelectual. El marcado carácter moral de su magisterio –a partir de ahora político– no era nada nuevo en él y responde a la negativa imagen de la sociedad española que venía arrastrando desde años atrás, especialmente de las capas populares. Pero también tiene que ver con la filosofía

⁷² La búsqueda de la armonía es un tema recurrente en la filosofía política democrática de mediados del siglo XIX. De manera destacada, constituye el elemento clave del liberalismo democrático krausista articulado por Francisco de Paula Canalejas a partir de 1860. Aunque Barcia no pertenece a la nómina de autores krausistas, comparte con ellos algunas pautas argumentativas de corte iusnaturalista. CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo: “Liberalismo armónico. La teoría política del primer krausismo español (1860-1868)”, *Historia y Política*, 17 (2007), pp. 89-120; PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 107-116.

⁷³ La centralidad de la categoría simbólica *humanidad* en el «magma discursivo y cultural» en el que se formó la democracia española, desde mediados de la década de 1830, en MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La pasión revolucionaria...*, p. 99 y ss.; BARNOSELL, Genís: “Libertad, Igualdad, Humanidad: la construcción de la democracia en Cataluña (1839-1843), en SUÁREZ CORTINA, Manuel (coord.): *La redención del pueblo: la cultura progresista en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006, pp. 145-182; VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín: “El sentido moral del liberalismo democrático español a mediados del siglo XIX”, en ID.: *Política y Constitución en España (1808-1978)*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 479-494.

política que sustenta sus propuestas, que venía a recrear la idea de que «la verdad política no puede ser otra que la verdad de la naturaleza humana, la necesidad imprescindible de la creación»⁷⁴. Si bien la formulación puede parecer algo oscura en el lenguaje de Barcia, defendía con esto que la única arquitectura política válida era aquella que se adecuaba a lo auténticamente humano; una *humanidad* –en sentido cualitativo– con la que Dios había dotado al hombre en el mismo momento de la creación y que definía tanto los principios morales como la esfera de derechos que debían guiar el diseño del sistema político. Como veremos a continuación, toda su filosofía social y política descansa sobre este argumento iusnaturalista –entre racional y teológico–, lo que le lleva a afirmar que la democracia, que él identifica con la república federal, es el único sistema adecuado a la naturaleza del hombre. La *verdad política* se encarnaba en la república federal.

«Si la mentira es la enfermedad, la verdad es el remedio único»

No es fácil separar el elemento religioso y el político a la hora de abordar el pensamiento de Barcia. Siempre asumió como una verdad incontestable que la creencia religiosa era tan natural en el hombre como el pensar, el sentir o el respirar. La religión, aseguraba, «es tan inevitable como la historia o como la ciencia, porque corresponde a una necesidad de la naturaleza como la ciencia y como la historia»⁷⁵. Como hombre profundamente creyente, las certezas que le mostraba la experiencia religiosa constituían un tipo de realidad tan necesaria como las que le descubrían la ciencia o la historia. La narrativa providencial cristiana no sólo conformaba y daba sentido al mundo social y político, sino que también le inspiraba cierta actitud vital y le ofrecía modelos de acción para enfrentarse a las diferentes circunstancias de la vida. Desde esta perspectiva, que cuestiona la rígida distinción entre el mundo espiritual y el mundo secular como ámbitos de experiencia separados, difícilmente podía un creyente como Barcia separar el elemento religioso de otras dimensiones identitarias, entre ellas la política.

⁷⁴ BARCIA MARTÍ, Roque: *Catón político...*, p. 13. La filosofía política de Barcia es repetida, siguiendo la misma estructura narrativa, en todas y cada una de las obras políticas que publicó a lo largo de su carrera. Emplea incluso los mismos ejemplos para ilustrar sus ideas, desde el Bienio Progresista al Sexenio Democrático.

⁷⁵ BARCIA MARTÍ, Roque, *Conversaciones con el pueblo español*, Murcia, Biblioteca Saavedra Fajardo, 2001 [1ª ed.: 1869], p. 7.

Así pues, Barcia busca respuestas a las tensiones que le golpean como hombre social y político, pero también como hombre creado y creyente. Para responder a sus inquietudes recurre a la fe y a la ciencia, a la revelación y a la razón, al dogma y a la historia. No son pocas las ocasiones en las que reivindica la originalidad de sus teorías filosóficas, fruto de su propia observación y de largas meditaciones en soledad y no tanto «[d]el estudio del parecer extraño». Señala que, aunque su intención no es aparecer como «mediador entre las dos grandes escuelas que dividieron el espíritu científico del siglo XVIII», no se conforma con el encuadramiento de su filosofía en ninguna tendencia:

«como apenas puede concebirse tendencia alguna filosófica que no haya entrado en el dominio de la escuela, creo bueno advertir que ni me conformo con la *semacion* de Condillac ó Locke, ni con el *sujeto absoluto* de Kant, ni con el *yo universal*, ingenioso y fantástico de Fichte, y que tan antifilosófica me parece la *poesía espiritualista* y admirable de Schelling, como la *idea-mundo* y la *idea-Dios* de Hegél, como la sensibilidad casi absoluta de Laromiguière, como la actividad espontanea y libre de Cousin»⁷⁶

A pesar de la heterogeneidad de estos autores, considera que todos «nos han legado en el sistema de la observación reflexiva el verdadero sublime de la idea», pero también advierte irónicamente que «[e]l que para hallar la justificación de mi doctrina crea necesario atravesar los Pirineos, ó pasar al otro lado del Rhin, tendrá muchas ganas de ver tierras»⁷⁷. Pocas veces referencia Barcia las fuentes de su pensamiento, si bien en alguna ocasión introduce citas de autores como Antonio Capmany, Martínez Marina, Bossuet, Chateaubriand, Lacordaire, Leroux o Víctor Hugo. En general, todo lo fía al producto de su razón y a la guía de su sentimiento a partir de sus observaciones y del estudio de la Biblia, de la historia –suele referirse a la obra de Cesare Cantù, a veces a la de Juan de Mariana– y de los «autores católicos», fundamentalmente, entre los que cita a san Pablo, a san Bernardo o a santa Brígida.

A partir de estos elementos construye su filosofía, cercana a un positivismo *sui generis*⁷⁸, buscando la armonía del gobierno humano en la relación entre el hombre y el

⁷⁶ BARCIA MARTÍ, Roque: *Filosofía del alma humana, o sea, teoría de los actos externos e internos del hombre; Generación de ideas*, Madrid, Agencia General de la Librería, 1856, pp. 3-4. Las cursivas en el original.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 3.

⁷⁸ Sergio Escot señala lo ecléctico de su pensamiento y lo ubica a medio camino entre el idealismo y el positivismo. Fundamentalmente, rechaza su hegelianismo y lo sitúa intelectualmente entre los liberales

sistema político. Su pensamiento toma como punto de partida la idea del universo como creación de Dios y la necesaria armonía de su obra. Busca la verdad del hombre y del mundo en la perfección del sistema de la creación y encuentra que, si sólo existe una única causa creadora y un único universo creado, todas las cosas remiten a un único principio universal al que todo orden se debe someter: la unidad providencial del bien, que es la única moral de la creación. El *bien* es el principio providencial que armoniza la obra del Creador, la ley que comprende todas las leyes, el principio que debe gobernar todos los sistemas, ya que rige la propia creación. Además, nada hay en ella que pueda escapar al sistema ideado por Dios, por lo que el hombre, como ser creado y elemento de la unidad humana original, participa naturalmente de la idea de la armonía universal: «[e]l que desde el primer instante de la creación hizo del universo un gran sistema, no pudo hacer un caos del hombre»⁷⁹. Barcia piensa el hombre a partir del *hombre de la creación*, la unidad humana que se repite en cada hombre formando la humanidad:

«Todos los hombres fueron creados en el primero á imagen y semejanza del Hacedor, ora debieran ser pontífices, ora monaguillos de aldea.

Para el origen es lo mismo, porque para él, Dios no ha creado mas que un hombre [...] Del hombre primero nacieron otros; pero estos otros no son mas ni menos que el hombre de la creación única colocado aquí, allí y en todas partes.

[...] El primer hombre, la gran figura humana, necesitaba cierto espacio donde realizarse, y Dios creó con él el tiempo.

Necesitaba un medio universal, y Dios creó con él la razón.

Necesitaba un fin, y Dios creó con él el bien.

Y el hombre del origen, inoculado en aquel tiempo en aquella razón y en aquel bien: inoculado en aquella gran religión de las necesidades y mejoras futuras, se comunicó al hombre del porvenir, y de este testamento primero y de esta fusión originaria resultó el *hombre múltiple* que ahora se llama *humanidad*»⁸⁰

católicos. Si bien se suele señalar la penetración tardía del positivismo en España –a partir de 1870–, el progresista –y luego demócrata– José Segundo Flórez difundió el pensamiento de Comte en Madrid desde, aproximadamente, mediados de la década de 1840. Barcia debió entrar en contacto con el círculo de Flórez en esa época, ya que una década después lo visitaba asiduamente en su casa de París, a donde se había trasladado en 1848. Flórez debió gozar de cierta influencia en el círculo del progresismo avanzado y la democracia, ya que Castelar citaba también las lecciones de filosofía positiva de Comte en 1857. En ESCOT MANGAS, Sergio: *Catolicismo liberal en la obra de Roque Barcia. Filósofo, Masón, Clerófobo, Ácrata, Revolucionario, Demócrata, Republicano Intransigente, y demás gentes de mal vivir*. Tesis doctoral dirigida por Diego Núñez Ruiz., Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, 2002.

⁷⁹ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, p. 346

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 245-246.

El argumento le lleva a sostener que «[l]a Providencia nos dio la vida para que fuéramos trabajadores, justos, verdaderos, virtuosos, sabios, creyentes, buenos y felices»⁸¹. Ese es el destino humano, por lo que todas las fuerzas y atributos con los que Dios ha dotado al hombre están encaminados a lograr esos fines y deben ser ejercitados libremente. A juicio de Barcia, el código de la creación dicta la cualidad de lo humano, define una esfera de derechos naturales jerárquicamente superior al derecho positivo y, además, orienta providencialmente el sentido del progreso: «El progreso, como principio, es la necesidad irresistible que tiene el hombre de desarrollarse, dentro de la esfera de sus facultades y relaciones, tendiendo sin cesar á obtener los bienes para que fué creado»⁸². Además, la igualdad natural de la humanidad en el origen –todos los hombres son creados iguales–, en el progreso de la vida –a partir del ejercicio de unos mismos atributos esenciales– y en el fin –un mismo estado de premios y castigos– determina la igualdad entre los hombres como precepto divino y designio providencial. Esta forma de entender al ser humano fija también una corrección moral de fundamentación trascendente, que es la que orienta las acciones humanas hacia el bien y que, en última instancia, articula lo individual y lo social de forma armónica. Es ese elemento moral original y puro –la *moral de la creación*– el que permite a Barcia cancelar el conflicto, al menos en el plano teórico.

Con todo, está claro que el conflicto y la desigualdad existen, pero para Barcia esto es un accidente, un trastorno que atenta contra la moral divina, el designio providencial y la naturaleza. Atenta contra el único principio, la unidad, que es el axioma de la creación. Por ese motivo, encuentra que la razón providencial del ser es lograr la alianza entre las grandes fuerzas de la universal armonía, a saber: Dios, hombre y naturaleza –espíritu, vida y materia; dogma, trabajo y ciencia–. Esta es la *ley de la vida* y en su realización «consiste el dogma de la civilización; la ley del progreso; la necesaria perfectibilidad del ser humano, ideal supremo y supremo fin de la historia, necesidad divina que lleva en sí todas las demas necesidades de la vida humana»⁸³. Por el contrario, violentar el principio de unidad es impío y lleva al caos, ya que supone afirmar que existen dos principios iguales y contrarios –el bien y el mal– que

⁸¹ BARCIA MARTÍ, Roque: *Teoría del infierno o ley de la vida*, Madrid, Imp. Manuel Galiano, 1868, p. 18.

⁸² *Ibid.*, p. 40.

⁸³ *Ibid.*, p. 20.

fragmentan la creación, el universo, la humanidad... y eso es monstruoso a su juicio. Es lo que Barcia denomina la *ley de la contradicción*, un error bárbaro que da origen a todos los males del mundo.

Es importante reseñar esta *teoría* porque es la base de todo su pensamiento. Es la guía de lectura que utiliza para analizar tanto el pasado como el presente y, por supuesto, para imaginar el futuro. Si la obra de Dios es la Providencia del bien ¿de dónde salen el desorden y las luchas del presente? Barcia consideraba que cada sistema religioso llevaba su sistema político, por lo que busca en la historia los orígenes de la *ley de la contradicción* y la halla en la metafísica asiática, que introdujo la idea de la existencia de dos principios iguales y contrarios. A su entender, esa idolatría creó la filosofía teocrática, separando al hombre de su naturaleza y arrancando a Dios de su propio espíritu. Con esta invención, las sociedades antiguas –Siria, China, Caldea, Egipto, India y Persia– elevaron a dogma sagrado la desigualdad natural de los individuos, lo que se tradujo en el orden político en esa división de la sociedad en castas que todavía se observaba en el presente:

«De la ley de las castas nacieron [...] el Padre absoluto, el Nemrod asirio, cazador de hombres y de panteras; el teócrata sacerdote caldeo, el faraón egipcio, el Brahman indio, el mago persa, el doctor celeste de la China, el señor ateniense, el guerrero espartano, el levita [*sic*] griego, el fariseo judío, el César romano, el señor feudal, el fraile mandatario, el monarca despótico»⁸⁴.

Considera que la *ley de la contradicción*, patrimonio de los pueblos asiáticos –entre los que se incluye la *generación hebraica*–, es el origen de toda tiranía porque divide a la humanidad en una casta privilegiada y en otra casta esclava. El origen de los males para Barcia, como se ve, es la desigualdad entre los hombres. Pero considera que Cristo, rechazando la Ley antigua y triunfando sobre Roma, vino a poner fin a cuarenta siglos de gentilismo despótico. Mediante la predicación de la igualdad ante Dios, Jesús «hizo del mundo un albedrío universal», es decir, proclamó «*la unidad humana, la unidad por la naturaleza, por el derecho de una creación y de un destino*». Las palabras del Maestro «[s]ignifican la divina personalidad del Adam del génesis, la imagen y la

⁸⁴ *Ibid.*, p. 83.

semejanza de Dios: el mundo, todo el mundo, arrodillado en el santuario de un ser, de una razón, de una verdad»⁸⁵.

Para Barcia, todas las proclamaciones universales del Evangelio vienen a cumplir la *ley de la vida*, porque impulsan a la humanidad hacia un mejor conocimiento de su naturaleza, es decir, hacia la unidad. Destaca fundamentalmente dos verdades que tienen especial significación llevadas al orden social: «la espontaneidad en la creencia; *adora á Dios en espíritu y en verdad*; y la unidad humana por medio del amor; *no quieras para otro, lo que tu no querías que otro quisiera para ti*»⁸⁶. En definitiva, considera que Cristo proclamó, a través de la verdad revelada del Evangelio, la inmunidad de la voluntad humana –libre albedrío– y la conciencia libre del alma –alianza entre el espíritu y la razón–. Aunque la lucha entre cristianismo y gentilidad se cancela en el siglo IV en tiempos del emperador Constantino, entiende que el paganismo de la *ley de la contradicción* se perpetúa en la monarquía y en la Iglesia de Roma. Como veremos, todas sus críticas antimonárquicas y anticlericales giran en torno a la gentilidad tanto de las instituciones representativas como de la Iglesia –una gentilidad que, para Barcia, tiene una clara raíz semítica– y el necesario arreglo de un *cristianismo cristiano*. Finalmente, considera que con el Renacimiento llega la civilización cristiana, que libera las fuerzas del pensamiento y del espíritu en la revolución científica.

Esta lectura histórica está presente, sin variación, en todos y cada uno de los textos que Barcia publicó a partir de 1855⁸⁷. Considera que esta narración demuestra de manera fehaciente su *teoría*, con la que piensa haber alcanzado una verdad absoluta. Con ella define tanto la naturaleza humana como el estado ideal al que se aspira, fundamentalmente de orden moral pero también político, ya que los fines perseguidos

⁸⁵ BARCIA MARTÍ, Roque: *Cuestión pontificia*, Madrid, Imp. Tomás Núñez Amor, 1855, p. 8; DE LA CUEVA, D.R.B. (pseud. Roque Barcia Martí): *El cristianismo y el progreso*, Madrid, Imp. Tomás Núñez Amor, 1858, p. 116.

⁸⁶ BARCIA MARTÍ, Roque: “Apuntes para la filosofía...”, p. 5.

⁸⁷ En sus textos del Bienio Progresista, Barcia vincula la *gentilidad* simplemente a la tradición hebrea, si bien el argumento que sustenta su *comprobación histórica* no varía. Plantea la cuestión de la metafísica asiática en *El cristianismo y el progreso* (1858), dándole el nombre de *ley de la contradicción* –o *ley de las castas*–. La *ley de la vida* sí que aparece invariablemente desde sus primeros textos políticos, aunque no le aplica ese nombre hasta *Teoría del infierno o ley de la vida* (1868). En este último, sin embargo, toma literalmente la parte histórica de *El cristianismo y el progreso*. Ver también su serie de cinco artículos “Apuntes para la filosofía de la historia”, publicados en la revista *La América* los días 12 de junio, 27 de junio, 12 de julio, 27 de julio y 12 de agosto de 1865.

orientan la acción y señalan el sentido de la intervención política en la sociedad: la política, la labor del gobierno, significa para Barcia el «noble oficio» de hacer a los hombres buenos, ricos, sabios y felices. Si bien «[l]a humanidad es como Dios [y] realiza los fines de la Providencia de un modo invisible»⁸⁸, la consideración de esa humanidad como un Adán repetido –como unidad humana– le permite también cancelar teóricamente la tensión entre devenir providencial y libertad individual. Resulta obvio en esto que sus reflexiones se encaminan a buscar en la fe un apoyo para la libertad y la igualdad propias de la democracia, pero su propuesta plantea problemas graves respecto al pluralismo⁸⁹. La aplicación de su *teoría* al orden político y social le lleva a concluir que, al igual que sólo hay un Dios, un universo y una humanidad posibles, también hay sólo una religión, una moral, un derecho, un gobierno y una política posibles y necesarias para evitar el caos y la confrontación en el orden de las cosas humanas:

«Luego hay un germen acabado en sí mismo, sin contradicción de ninguna especie, sin esa ley de la contradicción que es el pecado con que el paganismo ha hecho gemir á cuarenta siglos de infortunio y de prueba.

Luego en mi política está lo absoluto, lo verdadero, el ser de las cosas; el ser afirmativo, el ser universal, el ser infalible, la voluntad de Dios en todas partes, mas inmensa que en todas partes en la razón del hombre [...]

Luego mi sistema lleva en sí su razón de ser y de obrar, razón acabada en sí misma, necesaria, *absoluta*: absoluta y eterna como la verdad, como la justicia, como el bien, como la idea de Dios.

Luego no hay mas que una política como no hay mas que una unidad social, una unidad humana, una unidad histórica, una unidad creadora y providente.

En los otros sistemas, UNA MISMA COSA ES Y NO ES: de aquí procede que se contradicen, que se enemistan, que se destruyen, ó que tienden á destruirse: de aquí procede la ley de la contradicción pagana.

En mi sistema, *lo que es, es*, y no puede ser sino lo que el cielo ha querido que sea.

¿Dónde concebís la enemistad entre el ser y el ser mismo?»⁹⁰

Ciertamente, el razonamiento es simple y las demostraciones dudosas, ya que él mismo reconoce que, más allá del criterio de la lógica, el argumento de su conciencia es una prueba infinitamente más poderosa, porque «el sentir es un juicio adivinador [...] la ciencia indefinible de la esperanza. El sentimiento es para mí en estas ocasiones la suma

⁸⁸ BARCIA MARTÍ, Roque: “Apuntes para la filosofía de la historia (II)”, *La América*, 27 de junio de 1865, p. 11.

⁸⁹ Florencia Peyrou ha señalado las dificultades de los demócratas y republicanos españoles para aceptar el pluralismo en *Tribunos del pueblo...* pp. 136 y ss. y en “¿Voto o barricada? Ciudadanía y revolución en el movimiento demo-republicano del periodo de Isabel II”, *Ayer*, 70 (2008), pp. 171-198.

⁹⁰ BARCIA MARTÍ, Roque: “Filiación de los partidos políticos”, *La América*, 8 de octubre de 1858, pp. 8-9.

dialéctica»⁹¹. No son pocas las ocasiones en las que habla de demostraciones que se sienten y que se razonan, en relación con sus argumentaciones políticas. Por este mismo motivo rechaza la «escuela racionalista», una escuela que busca la explicación del mundo «fuera de las verdades de autoridad divina». Barcia no admite esto y afirma que «la hipótesis de discurrir fuera de la doctrina revelada es inadmisible»⁹². Si bien esta perspectiva le permite salvar el abismo de la contingencia, también fundamenta el derecho en una verdad absoluta que se sustrae a la opinión.

Con todo este argumento de base religiosa, Barcia propone un anclaje frente a la multiplicidad de principios que se enfrentan en el campo político y a la contingencia de las formas de gobierno. A este planteamiento subyace una concepción esencialista de la política, anclada en la naturaleza humana, y que, por lo tanto, remite a un tipo de realidad necesaria e ineludible. Sólo hay una solución posible al problema del gobierno humano y viene inscrita en la misma naturaleza del hombre. Frente a las luchas mezquinas y particulares de los *tiranuelos*, la política constituye para Barcia un ámbito universal de realización humana por encima de las opiniones: «La política, por consecuencia, no ha sido, no es, ni puede ser nunca otra cosa que aquella humanidad, aquel rostro de todas las edades y de todos los pueblos, que busca la manera mejor de constituirse y gobernarse»⁹³. La íntima relación entre el hombre y el sistema político porta implícito un significado radicalmente soberanista, pero también otorga una absoluta preminencia política a la sociedad que puede tener una lectura antiestatalista. La *verdad del hombre* lleva de manera necesaria a la *verdad política*, ya que entiende que «no hay dos verdades de naturaleza incompatible»⁹⁴. El razonamiento le conduce a afirmar que:

«La verdad política no puede ser otra que la desamortización del hombre en todas sus fuerzas, atributos y relaciones: no puede ser otra que el *desestanco humano*; porque el hombre no vino al mundo para que la mano del monopolio escribiera sobre su frente: *aquí se vende libertad, aquí se vende educación, se vende pensamiento, se vende conciencia*, así como la brocha escribe en la tablilla *aquí se vende sal, pólvora y tabaco*.

La verdad política no puede ser otra que la democracia, ese verbo santo de las sociedades, que mira en un hombre un hijo de Dios y en otro hombre otro hijo de Dios, contra la brocha del monopolio, que escribe en la

⁹¹ DE LA CUEVA, D.R.B.: *El cristianismo...*, p. 222.

⁹² BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, pp. 179 y 248.

⁹³ BARCIA MARTÍ, Roque: *Catón político...*, pp. 36-37.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 7.

frente de un hombre *este es hijo de Dios*, y en la frente de otro hombre *este es hijo del diablo*. La verdad política no puede ser otra que la verdad de la naturaleza humana, la necesidad imprescindible de la creación.

[...] luego la democracia no es otra cosa que la consagración solemne de nuestros atributos naturales, la ratificación social de lo que somos y de los fines universales para que nacemos, vivimos y obramos; y para decirlo en menos términos, no es otra cosa que *la verdad del hombre convertida en sistema de la sociedad*»⁹⁵

Desde su perspectiva, cree que «las sociedades no se gobiernan bien porque no se les ha sometido a un procedimiento acomodado a la naturaleza del hombre»⁹⁶. Lo más natural en el hombre es que desarrolle libremente las facultades esenciales que Dios le ha dado –vida, creencia, pensamiento, inteligencia, sentimiento–, que se convierten en derechos políticos inalienables en el ser social. Frente a esto, el resto de sistemas, a su juicio, desafían al mismo orden de la creación. El mundo debe tomar la forma que reclama su principio, y es en este sentido en el que afirma que «la democracia es el cristianismo político, así como el cristianismo es la democracia religiosa», o bien «la democracia es el oficio de la Providencia creando al mundo»⁹⁷. Contra el sistema vigente –la «*idolatría política*» que mantiene el error del despotismo gentil en la tiranía del palacio y en la teocracia de Roma–, la democracia viene a sancionar universalmente la igualdad de todos los hombres ante un poder superior, el ejercicio de la libre voluntad y el amor fraternal preceptuados por la revelación divina en el Evangelio. Pero, ¿qué hacer?, ¿cómo alcanzar esa «tierra de promisión»? ¿por dónde empezar? La respuesta de Barcia es clara en este punto: «[e]l jornalero del pensamiento humano no tiene que hacer sino *proclamar el cristianismo*: cuando nuestra política sea una política cristiana, será tan buena como la religión, y nuestra religión es la primera de todas las políticas imaginables»⁹⁸. Por lo tanto, su magisterio político consiste en difundir un verdadero catón social, hijo de un verdadero catón cristiano, con lo que piensa no hacer más que «llevar una piedra a la nueva Jerusalem»⁹⁹. Esta es, asegura, la única política liberal posible.

A la vista de esta formulación, hay que señalar que la identificación entre cristianismo y democracia defendida por Barcia no era, desde luego, una novedad en la

⁹⁵ *Ibid.*, pp. 13 y 23.

⁹⁶ DE LA CUEVA, D.R.B: *El cristianismo...*, p. 325.

⁹⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, pp. 162 y 28.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 76.

⁹⁹ *Ibid.*, pp. 70-79 y 94.

esfera de la opinión política a mediados del siglo XIX, si bien las actitudes de los demócratas y republicanos hacia la religión fueron muy variadas. También durante el Bienio Progresista, precisamente, su *correligionario* político Francisco Pi y Margall dedicó un capítulo de *La reacción y la revolución* a demostrar que el cristianismo era totalmente opuesto a la razón y, por lo tanto, al progreso de la libertad y de la ciencia¹⁰⁰. Sus argumentos se dirigían indistintamente contra la religión como creencia, contra el cristianismo como doctrina evangélica y contra la Iglesia como poder; tres elementos que remitían a una misma institución *vieja* que, en su opinión, estaba destinada a desaparecer más pronto que tarde. El esfuerzo demostrativo desplegado por Pi y Margall no era ni casual ni anecdótico. Porque, aunque consideraba que el auge de la duda religiosa era un hecho imparable, reconocía también con pesar que «en estos momentos es cuando se habla mas del Evangelio, que demócratas y hasta socialistas aseguran que está en él la base de sus dogmas. [...] Susceptible de diversos sentidos, se presta al apoyo de diversas opiniones y sirve de arena á todos los partidos»¹⁰¹. La presencia más que evidente del elemento religioso en los debates y en las argumentaciones políticas, especialmente entre los demócratas, era lo que llevaba a Pi a denunciar agriamente la incompatibilidad del cristianismo y de la Iglesia con «las necesidades generales de la civilización moderna»¹⁰². Desde su perspectiva, y al contrario de lo que opinaba Barcia, nada había más absurdo que hacer derivar tanto la democracia como el socialismo de los Evangelios.

La explícita contestación de Pi y Margall a los demócratas y socialistas que «tan cándidamente» se llamaban «todavía hijos del Evangelio» pone de manifiesto la diversidad de actitudes respecto al hecho religioso que se daba cita en el seno de la democracia y del republicanismo español en las décadas centrales del siglo XIX. A pesar del lamento del que llegaría a ser uno de los grandes ideólogos de la democracia republicana y federal española, el factor religioso no era incompatible con la defensa de un proyecto político emancipador y, de hecho, estuvo muy presente en las culturas políticas revolucionarias del siglo XIX¹⁰³. Si el catolicismo fue un rasgo fundamental del

¹⁰⁰ PI Y MARGALL, Francisco: *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*, Madrid, Imprenta y Esterotipia de M. Rivadeneyra, 1854, pp. 93-112.

¹⁰¹ PI Y MARGALL, Francisco: *La reacción y la revolución...*, p. 96.

¹⁰² *Ibid.*, p. 111.

¹⁰³ Han llamado la atención sobre el carácter moral y el sustrato religioso de la democracia decimonónica, entre otros, JOYCE, Patrick: *Democratic subjects...*; RIAL, Lucy: *Garibaldi...*; BARNOSELL, Genís: “God and freedom: radical liberalism, republicanism, and religion in Spain (1808-1847)”, *International*

liberalismo desde la formulación gaditana de la nación católica, la lectura en clave religiosa y milenarista del ciclo revolucionario español arraigó con fuerza en sus sectores más radicales. A esta interpretación se sumó, en la década de 1830, la recepción de los postulados evangélicos –y heterodoxos– de los socialismos llamados utópicos –fundamentalmente saint-simonianos, pero también los de sus disidentes, como Pierre Leroux– y del humanitarismo católico francés difundido por Lamennais y Lacordaire, muy influyentes en las culturas revolucionarias europeas de la época.

La articulación de referentes religiosos y seculares y la exaltación religiosa estuvieron muy presentes en los discursos políticos emancipadores que pusieron en circulación líderes como Giuseppe Mazzini, Louis Blanc o Victor Considerant en las décadas centrales del siglo XIX. Hasta la década de 1860, la síntesis entre el lenguaje secularizador y el milenarista fue frecuente entre los revolucionarios europeos y la mayoría de proyectos de transformación política y social eran inseparables de una religiosidad evangélica, primitiva y heterodoxa, que cuestionaba la unidad de la doctrina, de la moral y del culto defendida por la ortodoxia católica. La oposición a la Iglesia oficial y al Papado desde formulaciones católicas alternativas fue habitual en el republicanismo del siglo XIX¹⁰⁴. En este contexto, la vinculación teórica entre cristianismo y democracia defendida por Roque Barcia no era ninguna extravagancia en el campo de la opinión política, tanto española como europea, y se puede relacionar con el humanitarismo cristiano de la revista *L'Avenir*, de Lamennais, con el republicanismo del periódico *L'Ere Nouvelle*, de Maret, o con los postulados del catolicismo liberal de Montalembert. En España, demócratas como Abdó Terradas, Sixto Cámara, Fernando Garrido, Juan Bautista Alonso, Antonio Ignacio Cervera o Emilio Castelar sostuvieron también esa fórmula teórica, muy presente en la prensa demo-republicana desde aproximadamente 1840¹⁰⁵.

Review of Social History, 57 (2012), pp. 37-59; MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La pasión revolucionaria...*, pp. 86-102; VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín: “El sentido moral del liberalismo...”, pp. 479-494.

¹⁰⁴ Lisa Dittrich, en su estudio sobre el anticlericalismo europeo, destaca la importancia que tuvieron las cuestiones de fe y la disputa doctrinal en la dinamización del conflicto. En DITTRICH, Lisa: *Antiklerikalismus in Europa. Öffentlichkeit und Säkularisierung in Frankreich, Spanien und Deutschland (1848-1914)*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 2014, pp. 494-496.

¹⁰⁵ BARNOSELL, Genís: “God and freedom...”, pp. 37-59; MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La pasión revolucionaria...*, pp. 86-102; PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 281-284; VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín: “El sentido moral del liberalismo...”, pp. 479-494; SUÁREZ CORTINA, Manuel: *Entre cirios y garrotes: política y religión en la España contemporánea, 1808-1936*, Santander, Universidad de Cantabria, 2014; MENOZZI, Daniele: “Iglesia y modernidad

Para todos estos autores, la experiencia de la religión también formaba parte del bagaje interpretativo a través del cual dotaban de significado al campo político y a los principios que debían regirlo. Así recordaba Emilio Castelar «cómo el sentimiento religioso [1]e llevó a la democracia», en la introducción que escribió en 1855 para *La república democrática federal universal* de Fernando Garrido:

«La revolución de 1848, aquel hermoso canto de libertad, [...] resonó en mi corazón de niño con tan deleitosísima armonía, que inclinado por educación y por sentimiento á ideas religiosas, [...] me apasioné de la Democracia, creyendo ver siempre en ella la realización del Evangelio.

La Libertad, la Igualdad, la Fraternidad, ¿no son el reflejo de la trinidad divina en el alma? Buscar en la sociedad remedios á esas clases desheredadas, [...] ¿no es imitar á Jesús, eterno ideal de los hombres, [...] y pulverizar las cadenas de los esclavos?»¹⁰⁶

Por esto, no era extraño que Castelar escribiera en el prólogo al *Catón político* de Barcia que «la idea democrática viene á levantarnos á una vida mejor, á esclarecer el alma, á realizar la verdad evangélica predicada á los hombres por Dios»; o que Fernando Garrido afirmara que «[l]a República Democrática, Federal y Universal, [...] es la única institucion verdaderamente cristiana: porque en ella la práctica de los grandes principios morales del Evangelio se convierte en dogma, en base de todos los derechos, de todas las leyes»¹⁰⁷. Esta conceptualización evangélica de la democracia iba unida, sin traumas, a una decidida actitud anticlerical.

El pensamiento de Barcia se inserta en este marco intelectual y viene a sumar argumentos a esa conceptualización evangélica de la doctrina demócrata. A partir del

política: catolicismo y derechos humanos en la primera mitad del siglo XIX”, en SERRANO GARCÍA, Rafael, DE PRADO MOURA, Ángel y LARRIBA, Elisabel (eds.): *Disursos y devociones religiosas en la Península Ibérica, 1750-1850. De la crisis del Antiguo Régimen a la consolidación del liberalismo*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2014, pp. 11-22; ROMEO MATEO, María Cruz: “Progreso y religión: Nicomedes Martín Mateos”, en *Ibid.*, pp. 219-248; MOUTA FARIA, Ana: “Referentes religiosos en los discursos del primer periodo liberal portugués”, en *Ibid.*, pp. 141-150; MILLÁN, Jesús y ROMEO MATEO, María Cruz: “La nación católica en el liberalismo. Las perspectivas sobre la unidad religiosa en la España liberal, 1808-1868”, *Historia y Política*, 34 (2015), pp. 183-209; BURLEIGH, Michael: *Poder terrenal. Religión y política en Europa. De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Taurus, 2005, p. 303 y ss.; STEDMAN JONES, Gareth: “Religion and the origins of socialism”, en KATZNELSON, Ira y STEDMAN JONES, Gareth, (eds.): *Religion and the political imagination*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 171-189; CLARK, Christopher: “From 1848 to Christian Democracy”, en *Ibid.*, pp. 190-213.

¹⁰⁶ CASTELAR, Emilio: “Introducción”, en GARRIDO, Fernando: *La república democrática federal universal. Nociones elementales de los principios democráticos, dedicadas á las clases productoras*, 7ª ed., Barcelona, Est. Tipográfico-Editorial de Manero, 1869 [1ª edición: Lérida, 1855], pp. 8-9.

¹⁰⁷ CASTELAR, Emilio: “Prólogo”, en BARCIA MARTÍ, Roque: *Catón político...*, p. 3 y GARRIDO, Fernando: *La República democrática...*, p. 90.

planteamiento de sus *teorías* religioso-políticas, Barcia construye el significado de la democracia republicana y federal a través de tres líneas argumentativas entrelazadas. En primer lugar, como proyecto de *humanización*, vincula la libertad radical del hombre con la virtud moral de la sociedad, lo que en su opinión llevaría espontáneamente a su mejoramiento:

«Hay en este mundo otro sistema, para cuyo reconocimiento social bastara que los asociados no fueran ignorantes ni corrompidos: bastara que los asociados fueran hombres. Destruído el mal, el bien existiría sin otra virtud que la de su misma existencia.

No sabeis, señores doctores, cómo se llama ese sistema de nuestra libertad natural é inanejable? Se llama *democracia*, como podría llamarse *religion*»¹⁰⁸

En segundo lugar y muy relacionado con lo anterior, vincula esa humanización de la sociedad con su *cristianización*, con el ejercicio de una moral basada en una religiosidad correcta y bien entendida que oriente las acciones humanas hacia el bien y que construya el vínculo social en armonía. Así pues, como proyecto *cristiano*, la democracia exigía *verdad* en la creencia –una creencia que Barcia consideraba tan natural en el hombre como el pensar, el sentir o el respirar–, es decir, un *cristianismo cristiano* depurado de elementos erróneos y supersticiosos. Finalmente, como proyecto *político*, Barcia vincula la libertad radical del hombre –hasta sus últimas consecuencias– con la república federal, el único sistema que se cumple en el sistema providencial de la creación. En esto, ni su relato del desarrollo político liberal postrevolucionario ni sus propuestas de transformación política y social se pueden desvincular de su particular narrativa cristiana del progreso. Parece claro con lo expuesto hasta ahora que la filosofía social y política de Barcia buscaba conciliar, no sin dificultades, la formulación de una ética cívica que legitimara el ejercicio del poder en la esfera pública, en un sentido democrático, con los preceptos imprescriptibles de una religión cristiana que remitía a la razón y a la conciencia privadas.

Si bien el cristianismo era la base de su sistema, su preocupación por la cuestión religiosa tiene que ver con la idea de que «el abuso religioso hace imposible la verdad política»¹⁰⁹, y de ahí la necesidad de «una religión contra el hipócrita y el supersticioso»

¹⁰⁸ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, p. 256.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 138.

y de una «Iglesia cristianamente constituida». Claro que Barcia no era ni clérigo ni teólogo, pero siempre se pensó defensor de la verdad del cristianismo frente a la impureza y la corrupción del catolicismo oficial. Más allá de su defensa de aspectos como la tolerancia, la libertad de conciencia, la libertad de cultos o la separación de la Iglesia y del Estado, muy presentes en la esfera pública del Bienio al hilo de los debates constitucionales, sus reflexiones se dirigían a proclamar la depuración del dogma y del culto desde una lectura estrictamente evangélica de la doctrina católica. La disputa doctrinal constituye, precisamente, uno de los ejes fundamentales que articulan toda su obra desde 1855. De hecho, su ya conocido carácter polemista y demagógico le impulsó a enzarzarse públicamente tanto con eclesiásticos como con laicos por cuestiones doctrinales. Convencido de que era portador de una verdad religiosa absoluta, porque así se lo demostraban de nuevo su razón y su conciencia, el propagandista se sentía interpelado allá donde se agitaba un debate de carácter religioso. Así lo expresaba cuando hacía frente a las objeciones –y excomuniones– que le costaron sus opiniones acerca del dogma y del papado vertidas en *Cuestión pontificia* (1855):

«Yo, que á tanta costa, á trueque de tantos sinsabores he conquistado el valor necesario para decir verdad, verdad en todo, desde la idea de lo infinito hasta el grano de arena, no quiero dejar objeciones en pié. No esquivo nunca objeciones y ataques: al contrario, los busco, los provocho, los solicito. Mi objeto no es ahorrar mi idea, ni monopolizarla: mi afán, el mayor de todos mis afanes, es irla derramando por donde quiera que haya suelo que la reciba.

Se me ha objetado por mis propios amigos que debiera *economizarme*, porque mi creencia no es la *creencia comun*. Pero qué me importa que los otros no piensen como yo, cuando yo creo que pienso como debo pensar?»¹¹⁰

En este caso se dirigía contra varios obispos y contra Gumersindo Laverde, que había publicado un artículo muy crítico con las opiniones religiosas de Barcia en el diario *El Independiente* de Oviedo, donde lamentaba «ver malograrse en estériles y vanas disquisiciones un talento tan distinguido, que tal vez pudiera consolar á España de la pérdida del insigne doctor Jaime Balmez [*sic*]»¹¹¹. La admiración del católico Laverde por Barcia debía haber sido grande. Además, tuvieron cierta repercusión sus polémicas

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 139.

¹¹¹ Citado en *Ibid.* p. 182. En aquella época, el joven Laverde tenía muy buena opinión de Barcia. En un artículo de 1856 dice de él: «tenemos fundamento para creer que con su publicación [del sistema en el que venía trabajando hacia años Barcia] se colocará entre los más eminentes filósofos del siglo presente». Debía referirse a *Filosofía del alma humana*, publicada ese mismo año de 1856. Citado en BUENO SÁNCHEZ, Gustavo: “Gumersindo Laverde y la Historia de la Filosofía Española”, *El Basilisco*, 5 (1990), p. 53.

religiosas con Félix María Arriete y Llano –obispo de Cádiz–, con Pedro María Lagüera y Menezo –obispo de Osma–, con los neocatólicos de *El Pensamiento Español* y también con personalidades intelectuales o políticas como Juan Valera, Emilio Castelar, Salustiano de Olózaga o Segismundo Moret¹¹².

Así pues, la actitud beligerante de Barcia en cuestiones de doctrina fue una constante a lo largo de toda su trayectoria como escritor público, en la que muestra una abierta oposición a los preceptos y a las prácticas de la ortodoxia católica oficial. Esa manera de pensarse a sí mismo como una autoridad en materia religiosa tiene que ver con las transformaciones en la sensibilidad religiosa propiciadas por el pensamiento ilustrado, fundamentalmente en lo que respecta a las actitudes frente a un clero crecientemente *humanizado* y desacralizado fuera de su esfera de actuación, además de muy poco formado, pero también con su forma de pensar la autonomía individual. Si Dios ha creado a los hombres con las mismas capacidades –entre las que se encuentran la inteligencia, la voluntad, el sentimiento o la creencia–, todos están dotados de los recursos necesarios para descubrir la verdad y para emitir sus propios juicios, es decir, todos los hombres son autónomos porque el Creador así lo ha querido. Ambos aspectos –*humanización* del clero y autonomía individual– no dejan de estar vinculados en el pensamiento de Barcia, ya que si bien es cierto que cualquiera puede conocer la verdad haciendo uso de su razón y de su sentimiento, y él era una clara prueba de ello, también lo es que los clérigos –e incluso el papa– no dejan de ser hombres como los demás en este aspecto. Sus juicios y sentencias no escapan a la contingencia y a la variabilidad de lo humano y, por lo tanto, pueden ser discutidos. Con esto, Barcia no sólo niega el monopolio de la Iglesia a la hora de dictaminar la verdad religiosa, sino que también rechaza su mediación sacramental¹¹³.

¹¹² La pastoral del obispo de Cádiz que condenaba las doctrinas de Barcia y su contestación en BARCIA MARTÍ, Roque: *Teoría del infierno...*, p. 88 y ss. La polémica con el obispo de Osma, en ID.: *Cartilla política dedicada al ilustrísimo señor doctor D. Pedro Lagüera y Menezo, Obispo de Osma*, Madrid, Imp. de Manuel Álvarez, 1869 y en *La revolución de la Iglesia en España. Cartilla religiosa dedicada al ilustrísimo señor doctor D. Pedro Lagüera y Menezo, Obispo de Osma*, Madrid, Imp. de Manuel Álvarez, 1869; las contestaciones a los neocatólicos en ID.: *Historias. Verdadera y fiel esposicion de los grandes principios cristianos contra el falso catolicismo que nos devora*, Madrid, Imp. de *La Democracia* a cargo de L. Polo, 1865 y en *Influencias y protestas neocatólicas*, Madrid, Imp. de *La Democracia* a cargo de L. Polo, 1865; el debate con Valera y Castelar en DE LA CUEVA, D.R.B.: *El cristianismo y...*; la polémica con Olózaga y Moret en “Al Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga”, en BARCIA MARTÍ, Roque: *Cartilla política...*, pp. 26-32.

¹¹³ MOUTA FARIA, Ana: “Referentes religiosos...”, pp. 141-150; BARCIA MARTÍ, Roque: *Cartas a Su Santidad Pío Nono, precedidas por una carta que desde el otro mundo envían a Su Santidad los*

A partir de este planteamiento, Barcia examina la religión a la luz de su razón y de su conciencia y piensa haber hallado la verdad del cristianismo, esa verdad en la creencia necesaria para la regeneración social. Una verdad absoluta, claro está, que no podía sino oponerse a los *errores* de la Iglesia oficial utilizando sus mismas armas: «[y]o no combato á Roma como ateo: yo la combato como cristiano. Yo combato al Papa, como quien combate al ante-Cristo [*sic*], porque efectivamente lo es»¹¹⁴. La confrontación de la figura de Jesucristo con las actitudes de los ministros de la Iglesia fue, precisamente, el principal argumento demostrativo que Barcia invocó para probar de forma fehaciente que el «romanismo papal» era totalmente opuesto al cristianismo, ya que «aquel que no sea un Cristo en virtud, no debe ser un Cristo en santidad»¹¹⁵. En esto, la fuerza probatoria de sus reflexiones se sustenta estrictamente en la infalibilidad de la revelación divina proclamada por Cristo en los Evangelios. A partir de esta premisa, el discurso religioso de Barcia se construye sobre dos pilares fundamentales: por un lado, la reivindicación de un dogma *verdaderamente* cristiano que dé forma a un culto depurado de elementos *gentiles* y, por otro, la consideración de la figura de Cristo como piedra fundacional de un mundo y de un hombre nuevo, en un sentido emancipador.

Desde su perspectiva, la verdad que Barcia busca —y que cree encontrar— no se puede desvincular de la idea de dogma, entendido este como una verdad incontrovertible, emanada del pensamiento de Dios, y que se hace accesible a los hombres por medio de la revelación¹¹⁶. Si lo humano es contingente y variable, ¿dónde hallar un anclaje que permita distinguir la verdad del error, que siempre es mutable y múltiple? El dogma es el lugar de las certezas, el espacio donde se fijan las verdades absolutas de autoridad divina —de validez universal— que permiten al propagandista tanto articular su pensamiento como discernir las doctrinas erróneas, ya que no considera que puedan existir dos verdades incompatibles. Pero, si bien queda claro que el dogma es el axioma de la religión, también es cierto que la historia le demuestra que tanto los papas como los concilios han entrado en contradicciones doctrinales en

masones Monti y Tognetti, Madrid, Imp. de la Viuda e Hijos de M. Álvarez, 1969; ID.: *Cuestión pontificia...*; ID.: *Historias...*; ID.: *Teoría del infierno...* *passim*.

¹¹⁴ BARCIA MARTÍ, Roque: *Otro emplazamiento papal. Segunda parte de El papado ante Jesucristo*, Madrid, Imp. de la Viuda e Hijos de M. Álvarez, 1870, p. 4.

¹¹⁵ BARCIA MARTÍ, Roque: *Cuestión pontificia...*, p. 28.

¹¹⁶ BARCIA MARTÍ, Roque: *Filosofía de la lengua española. Sinónimos castellanos*, vol. 1, Madrid, Imp. de la Viuda e Hijos de José Cuesta, 1863, pp. 334-336.

múltiples ocasiones, según los tiempos y las opiniones, por lo que la doctrina eclesiástica no puede constituir una verdad de autoridad divina. Esta comprobación, de la experiencia de los siglos, le demuestra que los ministros de la Iglesia, como hombres, no son infalibles¹¹⁷.

De esta manera, Barcia sólo reconoce la infalibilidad en el pensamiento de Dios, que se revela en la doctrina de Cristo. Las enseñanzas del «Salvador del mundo» constituyen, pues, la única verdad del cristianismo y el único dogma posible; un testamento de piedad, caridad, pobreza, humildad y martirio que inspira las virtudes cristianas de austeridad, penitencia, ayuno, purificación y ejemplo¹¹⁸. Además, las sentencias de Cristo proclaman la universalidad del libre albedrío de los hombres y de su igualdad ante un poder superior, pero también la espontaneidad en la creencia y la unidad humana por medio del amor¹¹⁹. Precisamente, la piedad y la caridad son los dos grandes principios que sustentan su religiosidad. Con este razonamiento, Barcia pensaba haber hallado la verdad del *cristianismo cristiano*, lo que le llevó incluso a asegurar que «yo soy el dogma de la verdad»¹²⁰. En su pensamiento, el dogma, como verdad divina, era la medida de todas las cosas, el marco al que todos los razonamientos y actitudes se debían acomodar para *ser verdad*. Por el contrario, todo lo que escapase a los preceptos del *cristianismo cristiano* resultaba ser erróneo, fantasía y magia, sombras y brujas, «efectos engañosos de unas artes falsas». Es por esta razón por la que asegura que «yo no discuto fuera de la Biblia, fuera del cristianismo»¹²¹.

A partir de esta formulación, en la que las verdades de autoridad divina fijan lo que *debe ser*, no sólo en el mundo espiritual sino también en el orden de las cosas humanas, Barcia reclama el necesario arreglo de un *cristianismo cristiano* frente a la corrupción de la doctrina y de la ritualidad del catolicismo oficial. En esto, lo espiritual y lo terrenal se relacionan de forma problemática en torno a las formas de piedad y sus manifestaciones externas, es decir, en torno a la fe y al culto. La cuestión relativa a la diferencia entre creencia y gestualidad tiene largo recorrido y remite a una sensibilidad religiosa intimista y libre de intermediación con la divinidad, inspirada en el

¹¹⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: *Cuestión pontificia...*, *passim*.

¹¹⁸ BARCIA MARTÍ, Roque: *Catón político...*, pp. 8 y 13.

¹¹⁹ BARCIA MARTÍ, Roque: “Apuntes para la filosofía de la historia”, *La América*, 12 de junio de 1865, p. 5.

¹²⁰ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, p. 158.

¹²¹ *Ibid.*, p. 179.

iusnaturalismo, que bebe de la crítica de la Ilustración a la Iglesia y a la religión; una religiosidad vinculada al rechazo del exceso de ritualismo y del culto desmesurado a los objetos de piedad –imágenes, reliquias, estampas– por considerarlas prácticas religiosas vacías de contenido. Como advertía Jean-Jacques Rousseau en *Emilio*, «no confundamos la religión con el ceremonial de ella. El culto que pide Dios es el del corazón; y este, cuando es sincero, siempre es uniforme»¹²². Desde esta perspectiva, era habitual condenar la ritualidad católica como forma de superstición que no hallaba justificación en el dogma y, por lo tanto, como una religiosidad arcaizante y primitiva destinada a desaparecer bajo el influjo de la razón¹²³.

La religiosidad de Barcia sigue claramente la estela de esta tradición intelectual. Desde su perspectiva, la verdadera piedad no consistía en «las vanas exterioridades de la religion» que no iban acompañadas del ejercicio de virtud alguna, sino en la adoración a Dios «en espíritu y en verdad», tal y como había preceptuado Cristo; para honrarlo, no hacía falta otra cosa más que practicar las virtudes cristianas y, sobre todo, «amar, ser humilde de corazón y afable con el prójimo». Es necesario subrayar que la caridad, el amor de Dios que se expresa en el amor al prójimo, es la virtud cristiana más invocada por Barcia en sus argumentos, con mucha diferencia. En el contexto de mediados del siglo XIX, en un momento de revitalización católica y de despliegue de esfuerzo *recristianizador* por parte de la Iglesia, una de cuyas expresiones más características fue el crecimiento y proliferación de devociones populares, se puede decir que Barcia apuesta también por la cristianización de la sociedad, pero desde una perspectiva muy diferente a la del catolicismo oficial¹²⁴. En su opinión, era absolutamente necesario que

¹²² Cit. en DELGADO RUIZ, Manuel: *La ira sagrada. Anticlericalismo, iconoclastia y antiritualismo en la España contemporánea*, Barcelona, ed. Humanidades, 1992, p. 124.

¹²³ MOUTA FARIA, Ana: “Referentes religiosos...”, pp. 141-150; DELGADO RUIZ, Manuel: *La ira sagrada...*, pp. 123-140; CASANOVA, José: *Religiones públicas en el mundo moderno*, Madrid, PPC, 2000, pp. 50-57. No todas las tendencias de la Ilustración entendieron la superstición como algo socialmente perjudicial. Algunos ilustrados, como Voltaire, Giovanni Almici o Joaquín Marín y Mendoza, temieron los peligros de una sociedad sin religión y defendieron el distanciamiento entre las minorías instruidas agnósticas y las masas supersticiosas, desde una perspectiva de utilidad social. Del mismo parecer era Fernán Caballero. En CASANOVA, José: *Religiones públicas...*, pp. 52-53; MILLÁN, Jesús: “Del poble del regne al poble de la nació: la guerra del Francès i l’espai social de la política”, en SAUCH CRUZ, Núria (ed.): *La guerra del Francès als territoris de parla catalana*, Catarroja, Editorial Afers, 2011, pp. 329-346.

¹²⁴ Este fenómeno de revitalización católica en el siglo XIX se comprueba en los países de Europa occidental, por lo que algunos autores hablan de “segunda era confesional”. Se plasma en el surgimiento de nuevas devociones populares, especialmente los cultos marianos, pero también en otras manifestaciones como un intenso asociacionismo, el crecimiento de vocaciones y congregaciones –sobre todo femeninas– o el surgimiento de una prensa confesional muy activa. HAUPT, Heinz-Gerhard y LANGEWIESCHE, Dieter (eds.): *Nación y religión en Europa. Sociedades multiconfesionales en los*

los valores cristianos preceptuados por el dogma anidaran en el corazón de los fieles y guiaran sus actitudes en sociedad. Al republicano le preocupa el perfeccionamiento espiritual de los fieles, pero sólo encuentra efectos corruptores en las prácticas que promueve la Iglesia:

«Una gran parte del poderío de la Iglesia romana se emplea exclusivamente, no en educar el corazón de los fieles, sino en presentarles ocasión de hacer manifestaciones exteriores, como indulgencias, solemnidades, jubileos, reliquias, estampas, amuletos, mortificaciones, colocándolos entre la locura religiosa que tiene el nombre de *fanatismo*, y el ateísmo religioso que se llama *hipocresía*»¹²⁵

Su rechazo hacia las manifestaciones exteriores del culto se dirige contra el rito oficial, al que acusa de gentilismo. En el marco de su narrativa cristiana del progreso, cree que la Iglesia de Roma dejó de ser cristiana en el siglo IV «desde el momento en que tuvo el derecho de poseer bienes terrenales, desde el momento mismo en que aceptó las inmunidades y regalías de los pontífices gentiles, que le fueron adjudicadas por el emperador Constantino». Además, acusa a la Iglesia de mantener los ornamentos de la era hebrea en el culto, por lo que todavía «no se ha determinado el carácter propio de la era cristiana»¹²⁶. Todo ello le lleva finalmente a concluir que «[l]a religión que se avecinda en Roma no es evidentemente la humanidad cristiana».

Pero, más allá de la ritualidad oficial, Barcia carga especialmente contra las formas de religiosidad popular, a las que considera especialmente dañinas y disolventes. Condena severamente «las inmorales romerías de muchos santos» y la *idolatría* de las reliquias, de los exvotos, de las advocaciones de la Virgen –en las que ve groseras «imitacion[es] de la madre cristiana»– y de las imágenes de Cristo. Desde su forma de entender la religiosidad, a Barcia le parecen objetos vanos: «después de venir Jesucristo, después de venir la persona ¿para qué la figura? Verificada la realidad ¿para qué el símbolo?». Su aversión a la vulgarización material de la idea religiosa roza la iconoclastia en algunas ocasiones, llegando a afirmar en relación con las imágenes de

siglos XIX y XX, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2010; ROMEO MATEO, María Cruz: “Progreso y religión...”; MÍNGUEZ BLASCO, Raúl: *Evas, Marías y Magdalenas: género y modernidad católica en la España liberal (1833-1874)*, Madrid, AHC-CEPC, 2016; RAMÓN SOLANS, Francisco Javier: *La Virgen del Pilar dice... Usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea*, Zaragoza, PUZ, 2014.

¹²⁵ BARCIA MARTÍ, Roque: *Cuestión pontificia...*, p. 29.

¹²⁶ *Ibid.*, *passim*.

Jesús que «como Cristo te adoro; como palo te quemo». Frente a estas formas de piedad populares y colectivas, supersticiosas e hipócritas a su juicio, Barcia opone el culto individual e íntimo del sentimiento y de la conciencia, libre de todo artificio, que no confunde «la santidad con la hipocresía»¹²⁷. No extraña, viendo el sesgo individualista de su fe, que en ocasiones le acusaran de protestantismo, aunque él siempre rechazó «la razón helada de Lutero y Calvino»¹²⁸. Las imágenes religiosas que le conmueven remiten a la contemplación espiritual de lo incomprensible, de lo desconocido, del misterioso abismo que rodea a la grandeza de la idea de Dios y a la recreación del martirio redentor de Cristo en el monte Calvario, bañado por las lágrimas piadosas de la Virgen y de la Magdalena. En ellas encuentra «el sentimiento de lo sublime, la emoción del patético; porque la idea de una suprema causa es el patético por excelencia»¹²⁹.

La exaltación de la figura de Cristo ocupa, en el imaginario religioso de Barcia, un lugar absolutamente central. Si el dogma *cristiano* revelado en los Evangelios constituye la verdad de autoridad divina a la que toda realidad –espiritual y material– se debe acomodar, la irrupción histórica de la figura de Cristo encarna el mito fundacional de un mundo nuevo, del cristianismo contra la gentilidad, de la civilización contra la barbarie:

«Cristo es nuestro dogma, nuestra ciencia, nuestra filosofía, nuestro derecho, nuestra moral, nuestro trabajo, hasta nuestro arte.

Cristo es un mundo que se levanta sobre el mundo del Asia, de Israel, de Grecia y de Roma. [...]

Cristo es la caída del judaísmo, de la gentilidad, de la idolatría, de la barbarie, de la esclavitud»¹³⁰

La consideración del cristianismo como un estadio civilizador –impulsado por una doctrina que se entendía emancipadora para la humanidad en general y para las mujeres en particular– era una idea bastante extendida en el siglo XIX. Desde esta perspectiva, Barcia rechaza la tradición hebrea del Antiguo Testamento, negando todo carácter revelado a la ley de Moisés, ya que entiende que «Jesucristo dijo que la perfección evangélica era superior á los preceptos de la ley antigua; y que la caridad

¹²⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: *Cartilla política...*, p. 21; ID., *Cartas a Su Santidad...*, p. 28 y 36; ID., *Cartilla religiosa...*, p. 77; ID., *La verdad y...* p. 59.

¹²⁸ BARCIA MARTÍ, Roque: *Cuestión pontificia...*, s.p.

¹²⁹ BARCIA MARTÍ, Roque: *Un paseo por París, retratos al natural*, Madrid, Imp. de Manuel Galiano, 1863, p. 241.

¹³⁰ BARCIA MARTÍ, Roque: *Cartas a Su Santidad...*, p. 123.

cristiana debía sustituir al carácter exclusivo y egoísta del espíritu judaico»¹³¹. En esto, hay que subrayar que el matiz antisemítico del *cristianismo cristiano* de Barcia es más que notable. Con todo, considera que «las manos de Jesucristo rompieron las cadenas de la edad antigua» y crearon un *hombre nuevo*, y por lo tanto un *mundo nuevo*, por medio de la predicación, el ejemplo y el sacrificio:

«La igualdad ante Dios predicada por el gran Maestro, hizo del mundo un albedrío universal: su palabra hizo del mismo mundo una sabiduría: su amor le convirtió en un sentimiento: su piedad le trasformó en una creencia: su abnegación le tornó en virtud: su sangre vertida le dio la grandeza del heroísmo.

Cuando vino Jesús el mundo entero era un cadáver, porque cadáver y no otra cosa es un alma sin voluntad inmune y sin conciencia igual y libre. El Dios-humanidad ungió con el filtro de su evangelio la sien de aquel cadáver que cubría la tierra, el cadáver abrió los ojos y el hombre comenzó a correr»¹³².

Si la universalidad del mensaje de Cristo sanciona la igualdad de los hombres y reviste su doctrina de *humanidad*, su martirio redentor viene a verificar la salvación de esa humanidad, liberada y santificada en la cruz. Sangre, dolor, muerte y lágrimas se dan cita en el Calvario para culminar la rehabilitación cristiana del hombre, liberado de la culpa por la caridad del Redentor: «Jesucristo murió en un madero para *libertarnos* de la culpa. Jesucristo murió en un madero para que el mundo rescatara la *libertad* de la sabiduría y de la virtud. Jesucristo es un mártir, un mártir sublime, el primero de todos los mártires de la libertad»¹³³. La Pasión y muerte de Cristo hacen del sacrificio la expresión sublime del amor a la humanidad, un dolor inmenso que alumbra un mundo nuevo de hombres libres e iguales, unidos en torno al espíritu universal del cristianismo: «La unidad humana es el hombre nuevo de Jesucristo [...]; el hombre del espíritu y de la verdad; el hombre levantado por la conciencia y por el amor [...] el hombre de la Biblia cristiana: el hombre adorable de la caridad»¹³⁴. Desde esta perspectiva, todos los hombres tienen su pequeña parte en la Pasión y en la «virtud santa del dolor», puesto que están revestidos de Cristo. En esto, la recreación espiritual –imaginaria– del dolor inconmensurable de la Pasión de Cristo remite al sufrimiento colectivo y a la esperanza de redención de la humanidad. Más allá de la centralidad que ocupa el martirio en el

¹³¹ BARCIA MARTÍ, Roque: *Cuestión pontificia...*, p. 9.

¹³² *Ibid.*, p. 8.

¹³³ BARCIA MARTÍ, Roque: *Otro emplazamiento papal...*, p. 61.

¹³⁴ BARCIA MARTÍ, Roque: *Conversaciones con...*, p. 16.

imaginario religioso del catolicismo español, la consideración del sacrificio de Jesús como mito fundacional de un mundo nuevo hace de la narrativa martirial un elemento que, para un creyente como Barcia, configura la experiencia de la transformación social y política.

A partir de esta lectura del cristianismo, como ya se ha señalado, Barcia combatió los *errores* doctrinales y rituales del catolicismo oficial desde su propia *verdad religiosa*. En esto, ni la Iglesia ni sus ministros salían muy bien parados en su confrontación con el dogma y con la figura de Cristo. Las críticas al clero son las habituales en la literatura anticlerical: ambición, opulencia, riqueza, intolerancia, falta de espíritu evangélico, fanatismo, hipocresía en el culto... No halla justificación a ninguno de estos elementos en los Evangelios, ni encuentra a Jesucristo en la Iglesia. Piensa que el pontífice –y por extensión, la Iglesia– debe abandonar el *carácter romano*, es decir, debe vivir para «el gobierno espiritual de la Iglesia cristiana» y no para el gobierno señorial. Si esto fuese así, asegura, el *culto cristiano* costaría a la nación la cuarta parte de lo que costaba el *culto romano*. El dinero sobrante era muy necesario para el progreso y la ilustración de España, con lo que pensaba que se ganaría «un Dios y un pueblo»¹³⁵.

Con este objeto, en el marco del Bienio, Barcia propuso un *Programa para el arreglo definitivo del clero español*, en un momento en el que estaban muy presentes tanto el problema de la reorganización parroquial, desde el Concordato de 1851, como los debates sobre la polémica Base Segunda de la Constitución nonnata de 1856¹³⁶. Aunque señala que la intolerancia religiosa es uno de los peores males del mundo, piensa que, tal y como estaban las cosas en el momento, era una sinrazón dar la libertad religiosa si no existía la libertad en la educación, en el pensamiento y la imprenta, en la industria y la asociación. Hasta que no se proclamase la completa libertad de las facultades humanas, dice, «no quiero la libertad de cultos, sino la secularización de la Iglesia». Asegura que es por esa razón por la que no propone una reforma democrática,

¹³⁵ BARCIA MARTÍ, Roque: *Cuestión pontificia...*, *passim*.

¹³⁶ La llamada Base Segunda del proyecto constitucional, debatida en las Cortes Constituyentes a lo largo del mes de febrero de 1855, buscaba establecer una tibia tolerancia religiosa que se concretó en el art. 14: «La Nación se obliga a mantener y proteger el culto y los ministros de la religión católica que profesan los españoles. Pero ningún español ni extranjero podrá ser perseguido por sus opiniones o creencias religiosas, mientras no las manifieste por actos públicos contrarios a la religión». Finalmente se aprobó el artículo, aunque la Constitución no llegó a estar vigente. En MILLÁN, Jesús y ROMEO, María Cruz: “La nación católica en el liberalismo...”.

sino una «*reforma de consecuencia* dentro de las leyes prohibitivas, dentro del mundo viejo». El programa se concretaba en la profesionalización del clero, la adecuación de la estructura eclesiástica a la estructura territorial del Estado, la gestión civil de determinados fondos –Cruzada, indultos–, el sometimiento de la instrucción y de la provisión de oficios eclesiásticos al Estado, la prohibición de poseer bienes a título de Iglesia, el sometimiento de la publicación de los milagros a la instrucción de un juez ordinario, la limitación de las fiestas religiosas, la prohibición de la limosna y de la venta de objetos de piedad en la entrada de las iglesias, la prohibición de exhibir la imagen del Redentor en la puerta de los templos, la gratuidad de la administración de los sacramentos y la donación a la nación de los legados piadosos. El importe así recaudado se destinaría al fomento económico, concretado en la fundación en cada capital de provincia de bancos agrícolas, industriales y de comercio. Era, en definitiva, un programa de nacionalización del clero¹³⁷.

Si bien su religiosidad no deja de reclamar la espiritualidad de la fe y el repliegue de la religión «al foro del alma», ya que el dogma debe referirse a la conciencia del individuo y no al «foro social»¹³⁸, lo individual y lo colectivo encuentran puntos de contacto en sus propuestas y argumentos. La forma que tiene Barcia de entender la autonomía de los hombres implica la capacidad de actuar según la conciencia y la voluntad individual, proclamadas por Cristo en el Evangelio e inscritas en la naturaleza del hombre. La correcta orientación de esas acciones, sin embargo, viene señalada por la moral que dicta el dogma cristiano, una vez depurado de elementos erróneos y supersticiosos. La *cristianización* en la que piensa Barcia al reclamar una *verdadera* religiosidad, inspirada en la interiorización de los valores cristianos que deben guiar la actitud de los fieles ante la vida, acaba desbordando el espacio de la creencia privada y se proyecta socialmente como virtud pública. La caridad se dibuja, de manera muy destacada, como la principal virtud –y forma de acción– social *cristiana*. En esto, la distancia que media entre *lo que es* y *lo que debe ser* abre el espacio a la política, a la intervención en la sociedad. Claro que Barcia piensa en una solución única al problema del gobierno de las sociedades.

¹³⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, pp. 118-138.

¹³⁸ DE LA CUEVA, D.R.B.: *El cristianismo...*, pp. 239-240 y 284.

Esto nos lleva finalmente a la formulación de esa *verdad política* que Barcia defiende, trasunto de la *verdad religiosa*. Retomando su planteamiento, Dios creó a los hombres con unos atributos y facultades naturales que se convierten en derechos inalienables en el ser político. Piensa la sociedad, por lo tanto, a partir del hombre y de sus facultades, ya que entiende que la sociedad no es más que un agregado de unidades humanas repetidas. La verdad de la asociación es, en consecuencia, la verdad del hombre: la inviolabilidad de sus atributos fundamentales contra el monopolio. Busca los atributos naturales del hombre –aquellos con los que nace– y lleva el razonamiento de su libre ejercicio hasta sus últimas consecuencias. Las demostraciones son ciertamente simplistas y repetitivas, reduciendo problemáticas muy complejas a una o dos causas, a lo que se une una retórica que combina el lenguaje llano y los ejemplos cotidianos y familiares con arrebatados alegatos de corte bíblico. El argumento es siempre el mismo, invariablemente: ningún hombre puede quitar a otro el derecho de ejercitar una facultad que no le ha dado, puesto que todos los atributos humanos provienen de Dios.

Así, si el hombre tiene la facultad de vivir, de creer, de amar, de sentir o de pensar, Barcia defiende la inviolabilidad del derecho a disponer del propio tiempo contra el monopolio de las fiestas religiosas; a la propia vida contra el monopolio del verdugo; al trabajo útil contra el monopolio de las explotaciones de sal, pólvora y tabaco, de la industria, del comercio y del arte; a la asociación para llevar a cabo empresas mercantiles, industriales, literarias y políticas; al propio pensamiento contra el monopolio de la fiscalía política; a la libre conciencia dogmática frente al monopolio de la fiscalía religiosa; a la familia y la casa contra el monopolio de la policía secreta; a la propiedad contra el monopolio civil de la propiedad privilegiada; al libre albedrío de la voluntad contra el monopolio del sufragio censitario; a la libre instrucción de la inteligencia contra el monopolio de la cátedra. El cumplimiento de todos esos derechos supone el desestanco del hombre y, por tanto, la *verdad política*. Considera que algunos de ellos se encuentran parcialmente realizados en ciertos aspectos, pero no es suficiente y señala que «del punto en el que el gobierno actual se para, arranco yo»¹³⁹. Si «la razón del gobierno [es] el noble oficio de hacer mejores a los hombres» y la monarquía «no ha logrado resolver los problemas de la riqueza, de la educación y de la moralidad públicas, de algún vicio muy grande debe adolecer»¹⁴⁰. Así pues, se dispone a examinar

¹³⁹ BARCIA MARTÍ, Roque: *Catón político...*, p. 34.

¹⁴⁰ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, p. 208 y *Catón político...*, p. 97.

el sistema político vigente a la luz de su *teoría* –del dogma y de la historia– tratando de averiguar si en él reside la *verdad política*.

Llegados a este punto, se pueden abordar los argumentos que esgrime contra el sistema representativo, contra la monarquía constitucional. En su habitual tono retador, interpela constantemente al gobierno –*señores monárquicos, señores doctores de la ley, partido progresista español*– para reprocharle lo erróneo de su política, que contraviene constantemente los principios, la *verdad política*. Encuentra que la monarquía lesiona el libre ejercicio de las facultades del hombre, ya que permite la censura, el control de la prensa o la pena de muerte; también limita el desarrollo humano en campos como el trabajo, la educación, el pensamiento o la creencia, al mantener ciertos monopolios, dar la espalda a la instrucción pública y consentir la inmoralidad –espiritual y material– del *clero romano*. Además, el sistema monárquico vulnera la voluntad de los hombres al limitar su sufragio y rompe el principio de igualdad al mantener los privilegios reales. En este punto, Barcia aborda la figura del monarca desde tres perspectivas distintas: humana, moral y política. Por un lado, no puede existir un hombre inviolable cuando el resto no lo son, porque esto divide a la humanidad en una raza privilegiada y otra proscrita, «una mitad del hombre llamada gloria, y una mitad del mismo hombre llamada infierno»¹⁴¹. Sólo por esta razón, que violenta el principio providencial de la unidad humana, no debería existir la monarquía. En segundo lugar, si el rey es malvado –ignorante, fanático, libertino, traidor, cruel, guloso–, se venera en él a un «malvado augusto» que da un ejemplo inmoral. Sobre todo, Barcia reprocha la incapacidad de muchos reyes:

«Cuántos idiotas no han recibido el nombre de augusta magestad! Y esa augusta magestad muere, la corte se viste de luto y se dice a los pueblos que vayan a honrar sus exequias: se dice a los pueblos: *Llorad y estad tristes, porque se ha muerto un idiota*»¹⁴²

En esto, considera imposible que un rey pueda ser «probo, sabio, liberal y justo». Si lo fuera, en su opinión, no sería rey. No lo puede ser porque es la figura del monopolio político y, a su juicio, un usurpador de las haciendas públicas y de las voluntades. Además, el gobierno de una dinastía impuesta perjudica «la inmunidad de[l] sufragio», ya que impide que la sociedad se pueda dotar de un gobierno mejor. En

¹⁴¹ BARCIA MARTÍ, Roque: *Catón político*..., p. 98.

¹⁴² *Ibid.*, p. 101. Las cursivas, en el original.

relación con esto, hay que señalar que si bien Barcia pretende dotar a sus reflexiones de un carácter marcadamente filosófico y desacreditar el sistema monárquico en sí mismo –sin hacer referencia en ningún momento a Isabel II o a las circunstancias que rodean al trono–, sus argumentos no son nada ajenos a los debates políticos del Bienio. Como ya se ha apuntado con anterioridad, las referencias a la *dinastía impuesta* se relacionan con el comportamiento político de los progresistas en ese momento, de la misma manera que la negación de cualquier probidad, sabiduría, liberalidad y justicia en la figura del rey ataca directamente la «ficción legal» en la que se basaba el imaginario monárquico progresista desde 1837, mediante la cual el rey se consideraba sabio, justo y exento de pasiones por principio. El ataque de Barcia dinamita ese pilar teórico, en un momento en el que los progresistas se mostraban incapaces de deshacerse de su *ilusión monárquica* y cerraban filas en torno a Isabel II¹⁴³.

El argumento político que Barcia esgrime contra la monarquía se cierra con la cuestión soberana: o existe la soberanía del pueblo o existe la soberanía del palacio. Niega al monarca cualquier poder hereditario, ya que «el derecho de la humanidad, hija de Dios, está del mismo modo en una cabaña que en un palacio»¹⁴⁴. La soberanía, por lo tanto, deriva de la «naturaleza imprescindible» de cada individuo –«porque Dios ha querido que lo sea»– y de ella emana la potestad suprema de dictar las leyes. La mera existencia del rey rompe el sagrado principio de igualdad entre los hombres, sancionado en el código del Creador. No encuentra en ella la *verdad política*, por lo que considera que la monarquía no es una mera forma accidental del Estado, sino todo un sistema social y político basado en falsos principios. Por lo tanto, desde su particular narrativa cristiana, la monarquía no puede sino constituir un sistema *gentil*. Si «en el algo sagrado é inviolable de los reyes» alcanza a ver «el *ídolo*, el *mundo viejo*, ese mundo ahogado en la sangre de Jesucristo», las instituciones de la monarquía –sufragio censitario, cámaras, gabinetes, presidentes del consejo– no representan, a su juicio, más que vestigios de las instituciones impías de la antigüedad. Es por esta razón por la que condenaba el *sistema representativo* como contradictorio e inaceptable:

¹⁴³ ROMEO MATEO, María Cruz: “La ficción monárquica...”, pp. 107-125; BURDIEL, Isabel: *Isabel II. Una biografía*, Madrid, Taurus, 2010, pp. 347-394; ID.: “Monarquía y nación en la cultura...”, pp. 213-132; ID.: “La consolidación del liberalismo...”, pp. 101-133

¹⁴⁴ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, pp. 312-321; ID.: *Catón político...*, pp. 92-110.

«Cuanto mas estudiemos los elementos que entran en la forma representativa, mas nos ratificaremos en la conviccion de que ese sistema es un zurcido, por el cual están juntos en una pieza el hombre antiguo y el hombre moderno, el monte Sinaí y el monte Calvario, la degollacion de Moisés y la palabra de Jesucristo»¹⁴⁵

Así pues, la monarquía no era, desde luego, un sistema *cristiano*:

«Si la palabra de Jesucristo se hubiera podido realizar en el momento de salir de sus labios; si el primer día de nuestra era hubiera sido el cumplimiento de la Biblia cristiana, el Augusto de Roma hubiera sido indudablemente el último monarca de la tierra [...] todos los reyes han debido caer con la venida del Evangelio»¹⁴⁶

La conceptualización de la monarquía constitucional postrevolucionaria como una institución *gentil* le lleva a vincularla retóricamente con el *judaísmo*, la *sinagoga* o el *becerro de oro*; también suele referirse a los gobiernos de la monarquía o a sus defensores como *fariseos*, *doctores de la sinagoga* o *espíritus del gentilismo*. Así contesta a quienes puedan pensar la monarquía como «política religiosa del mundo»:

«[...] vosotros no teneis Dios, porque no existe un Dios impio: sobre vuestro becerro de oro ponemos un Dios de justicia y de verdad: sobre vuestro ídolo, que condena y que mata, ponemos nuestro Dios, que nos da buen ánimo y nos resucita: sobre la urna de vuestra caduquez hacinamos la pira inmensa de cuarenta siglos de sangre y de desgracia: sobre el Sinai de vuestro judaismo ponemos nosotros el flujo poderoso de una unidad que se proclama *universal ciudadanía*; el Sinai cristiano del Evangelio nuevo; el Sinai reparador de los que piensan y están proscritos; de los que quieren y no son escuchados; de los que trabajan y no tienen pan; de los que edifican alcázares y no tienen asilo propio donde morir. Encima de vuestro Sinai de ayer ponemos nosotros el Sinai eterno»¹⁴⁷

La conclusión de su razonamiento es obvia: la *verdad política* sólo se cumple bajo la forma republicana. Si la humanidad gemía bajo el infortunio del gentilismo, la república suponía la esperanza del «bien que ha de venir, de la justicia que ha de venir» providencialmente. Por ello, Barcia aseguraba que era «decidida y profundamente» republicano.

¹⁴⁵ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...* pp. 70-76. La cita, en p. 76.

¹⁴⁶ BARCIA MARTÍ, Roque: *Catón político...*, pp. 103-104.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 110.

Con el desarrollo de lo que él llamaba su *sistema*, radicalmente anticlerical y antimonárquico, Barcia no sólo argumentaba contra la monarquía constitucional, sino también contra aquellas lecturas de la democracia que sostenían la accidentalidad de la forma del Estado. El argumento, en cualquier caso, no se detiene en la afirmación de que la *verdad política* sólo se cumple en la república. Al igual que la gran mayoría de los republicanos españoles de mediados del XIX, Barcia pensaba que la república debía ser federal. En realidad, durante el Bienio Progresista –y más tarde también–, el propagandista se refería a sí mismo, a su partido y a sus doctrinas como *demócratas* o *republicanas* indistintamente, sin mencionar apenas la cuestión federal de manera explícita. Aborda el tema al final de *La verdad y la burla social*, cuando se dispone a proponer un “Ensayo de Constitución republicana” como aplicación práctica de toda la filosofía política expuesta en sus páginas. Cuando publicó *Catón político* un año después, en la primavera de 1856, anunció a sus lectores la próxima publicación de un folleto en el que pensaba esbozar un «ensayo de la república federativa en nuestro país»¹⁴⁸. El final del Bienio Progresista debió frustrar el proyecto, porque no volvió a abordar el tema –ni ninguna otra cuestión explícitamente política– hasta 1864.

En cualquier caso, a la hora de abordar la forma política republicana, Barcia se plantea si debe ser unitaria o federal. Para dirimir esta cuestión, el propagandista recurre –como es habitual en él– al código de la creación. La reflexión, de alguna manera, sigue el esquema planteado para los hombres y lo aplica a la geografía: todo consiste en discernir las fuerzas naturales y elevarlas a derecho. Así, considera que a una sola geografía debe corresponder una sola ley, es decir, a un solo código de la naturaleza debe corresponder un solo código de la sociedad. Por lo tanto, si existe un país que es idéntico en sus divisiones territoriales y demás intereses –historia, usos, costumbres, leyes, comercio, industria, artes y oficios–, le conviene una sola legislación que le dote de estatutos económicos y administrativos iguales. Pero si eso no es así, como es el caso de España, la forma de gobierno tiene que garantizar todos los intereses «de un modo acomodado á la naturaleza de los elementos que se desarrollan en aquel país». Si estos son distintos en cada territorio, corresponde aplicar en cada uno de ellos estatutos distintos: «querer uniformarlo todo, referirlo todo a un modo de ser, fuera tan raro y

¹⁴⁸ *Ibid.*, p. 91.

estravagante [...] como pretender que el pez paciera y el buey nadara»¹⁴⁹. Encuentra que cada territorio tiene un derecho derivado de su disposición geográfica y de sus recursos:

«Cada division nacional, cada provincia tiene un derecho hijo de su geografia, de sus creaciones, de su riqueza.

El territorio de los catalanes, su educacion, su genio pone de parte de Cataluña el derecho de ser fabril.

La bahía de Cádiz da á Cádiz el derecho de ser comercial.

La topografia de Oviedo le pone en posesion del derecho de ser agricola.

Hagan los gobiernos cuanto quieran, levanten ejércitos, inventen máquinas infernales, todo se estrellará contra las instituciones de la creacion. O Cádiz no existe, ó será comercial: ó no existe Oviedo, ó será agricola: ó Cataluña desaparece, ó será manufacturera»¹⁵⁰

Como esta diversidad geográfica, a entender de Barcia, es una institución de la creación, tratar de hacer de todo ello una uniformidad económica es usurpador, en la medida en que no atiende a los intereses particulares de cada territorio. La república unitaria no sería entonces más que una tiranía, una «monarquía liberal y barata»¹⁵¹.

En esto, se refiere en todo momento a cuestiones económico-administrativas y rechaza que el sistema federativo destruya la unidad nacional, ya que esta estaría garantizada por el enlace político representado en el pacto constitucional. De hecho, sus reflexiones asumen sin ningún tipo de cuestionamiento la preexistencia de España como unidad política e incluso como armonía social, lo que introduce cierta tensión en el argumento. Entiende la *nación* como la suma de los ciudadanos, de los individuos nacionales, que forman una «grande comunidad política y civilizada». Nación, para Barcia, quiere decir *pueblo*; un pueblo con su propio carácter, su *nacionalidad*: una «masa política constituida y organizada bajo el espíritu de su historia y de sus leyes, rodeada de sus usos, costumbres, idioma, creencias». No se trata, por lo tanto, de una amalgama de hombres, sino de individuos unidos por los «vínculos del derecho y la cultura» y que forman una sociedad. En esto reside la unidad nacional, lo que le lleva a afirmar que la Constitución debería proclamar que «el pueblo español es la nacionalidad

¹⁴⁹ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...* pp. 336-342.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 341.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 342.

española dentro de la gran nacionalidad humana», limitada por razón de geografía, usos, costumbres, leyes, literatura, genio e historia¹⁵².

Pero, si la nación española se define por esos límites, ¿cómo entender la diversidad provincial, definida prácticamente en esos mismos términos? Barcia no resuelve este potencial conflicto y se limita a afirmar que «los sectarios de la uniformidad» se equivocan al alertar sobre los riesgos que el principio federativo podría suponer para la unidad nacional:

«Los sectarios de la uniformidad tendrían razón cuando nosotros dijéramos: queremos que cada provincia, que cada municipio sea una política diversa, una constitución: queremos que en Andalucía se establezca la monarquía absoluta, en Cataluña la monarquía constitucional, en Galicia la teocracia, en Asturias una república, en Castilla una oligarquía insoportable, etc. Cada provincia sería en este caso una unidad social, una nación. Por consecuencia la nación grande, la unidad española desaparecería.

Pero es esto lo que nosotros opinamos? Es esto lo que la república federativa proclama? [...] No, nosotros no queremos descuartizar á nadie, y menos que á nadie á nuestro país. No, señores doctos: la naturaleza es algo más que una pepitoria»¹⁵³

Parece claro que la clave de ese planteamiento está en el aspecto político del doble vínculo nacional –derecho y cultura–, en la medida en que, aparentemente, la unidad nacional se constituye mediante el pacto político: todo se somete a la voluntad del poder –nacional– constituyente. Sin embargo, el argumento no deja de ser circular, si se piensa que Barcia asume la preexistencia de la nación como entidad cultural. En realidad, piensa en un único pueblo que pueda constituirse políticamente: hay diversidad en el pueblo, pero no hay pluralidad de pueblos en España. En cualquier caso, su idea no desborda la formulación común a los federales de la época: «diversidad en las partes y armonía en el todo».

En el orden práctico, esto se corresponde con una descentralización en la que se yuxtaponen tres ámbitos de soberanía jerarquizados: el de la villa o ciudad, representado en el municipio; el de la provincia, representado en la diputación; y el de la nación, representado en la dieta o parlamento. Al municipio y a la diputación les corresponde regir las «elaboraciones de la vida local»: el sistema de comunicaciones –camino,

¹⁵² *Ibid.*, p. 351. La definición de *nación* y *nacionalidad*, en BARCIA MARTÍ, Roque: *Filosofía de la lengua española: sinónimos castellanos*, vol. 1. Madrid, Imp. de la Viuda e Hijos de José Cuesta, 1863, pp. 280-281.

¹⁵³ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...* pp. 340-341.

canales, puertos–, la explotación de su riqueza –comercio, industria–, la administración económica –impuestos, bancos, cajas de ahorro, socorros mutuos–, la administración judicial –custodia de las propiedades y de las honras de las familias– y, finalmente, el régimen político «dentro de la ley constitucional del Estado, dentro de la inteligencia común». Por su parte, corresponde a la dieta la integridad del territorio, el crédito y la reputación del Estado, la fuerza armada y la potestad constituyente «dentro del sufragio universal» –masculino–. En opinión de Barcia, esta política no sólo está avalada por el hecho evidente de que existen diferentes dialectos, costumbres, genios, historias, fueros, legislaciones e instituciones particulares de cada provincia, sino que también está «sancionada desde el principio del mundo por la legislación irrecusable de la naturaleza»¹⁵⁴. La república federativa resulta ser, con todo esto, el único sistema que se cumple dentro de la armonía universal de la creación y, por lo tanto, el único que materializa ese avance hacia la original armonía entre Dios, el hombre y la naturaleza.

Finalmente, como no podía ser de otra manera, Barcia formula su “Ensayo de Constitución republicana” a partir del reconocimiento de «todas las fuerzas, intereses y relaciones que necesariamente constituyen las asociaciones humanas, proclame lo que quiera la ley fundamental de los pueblos»¹⁵⁵. Su propuesta de reforma política se concreta en «la desamortización de nuestras facultades y fuerzas», es decir, en proclamar un derecho allá donde se encuentre una capacidad propia del hombre y una obligación donde se encuentre una fuerza ajena. Para Barcia, lo fundamental de la Constitución –y su único cometido– consiste en formular adecuadamente los derechos del hombre y sus límites. Esos derechos y deberes constituyen los estatutos sociales, dan la forma política a la república. Así, proclama la inviolabilidad del pensamiento, del sentimiento, de la inteligencia, de la creencia, de la voluntad, del tiempo, de la vida y de las fuerzas físicas, pero también de la propiedad, de la familia –del domicilio– y de las costumbres. Es la total liberación del hombre en cuerpo y en espíritu, con el único límite de la libertad ajena, lo que lleva «naturalmente» a la desamortización de la sociedad humana. De ello se deriva la libertad de imprenta, de enseñanza, de cultos y de asociación, pero también el sufragio universal masculino, la enseñanza primaria obligatoria, la separación de la Iglesia y del Estado, la profesionalización del ejército, los juicios por jurados gratuitos para todo los delitos, la abolición de la pena de muerte,

¹⁵⁴ *Ibid.*, pp. 342-343.

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 95.

la necesaria educación de los reos y la consideración de su utilidad social y, finalmente, la racionalización administrativa. Con todo, es la reforma política la que hace posible que los hombres se liberen de todas las ataduras que les impiden cumplir su fin providencial, es decir, ser trabajadores, justos, verdaderos, virtuosos, sabios, creyentes, buenos y felices: «la desamortización política, el desestanco de las obligaciones y de los deberes, torna la bestia en hombre». En el pensamiento de Barcia, el ejercicio de la libertad lleva, de manera espontánea, al mejoramiento social.

En esto consiste la forma republicana según su “Ensayo de constitución” y no, como podría pensarse, en el diseño de un sistema político institucionalizado. Las explicaciones dejan entrever que debe haber un gobierno más allá de la representación nacional reunida en un parlamento unicameral –además de la diputación provincial y del municipio–, pero no concreta cómo se constituyen y articulan estas instituciones, ni cómo se relacionan entre ellas. En este momento, su *sistema* no va mucho más allá de recrear la relación del hombre con el sistema político a partir de su radical emancipación, lo que conlleva como ya se ha apuntado un cierto sabor antiestatalista. Alcanzan mayor grado de concreción otras propuestas de constitución federal que publicó en 1864 y, más tarde, en el Sexenio Democrático, pero no cambia la filosofía que las sustenta. Los planteamientos y argumentos expuestos en el Bienio se repiten en todas sus obras posteriores de manera sistemática, con pequeñas variaciones que concretan algunos aspectos, pero que no alteran ni las referencias significativas ni las pautas argumentativas esbozadas en estas páginas.

A la vista de todo lo expuesto, se puede decir que la labor propagandística emprendida por Barcia venía a alimentar una *visión del mundo* demócrata radicalmente antimonárquica, evangélica y secularizadora que hacía de la república federal la consecuencia natural del progreso, entendido como un proceso providencial que empujaba al hombre hacia su total emancipación. Una emancipación que, además, se vinculaba con la disolución de toda relación de dominación en torno a la conceptualización política de las libertades naturales y del ejercicio sostenido de la soberanía hasta sus últimas consecuencias. En un contexto de crisis del pacto entre la nación y el trono, un discurso sobre la democracia como el que movilizaba Barcia sumaba argumentos contra la práctica política del partido progresista en el poder –incoherente e incapaz de regirse por sus propios principios–, al tiempo que le disputaba

el espacio del tradicional lenguaje liberal de las libertades individuales y de los derechos imprescriptibles de la nación soberana¹⁵⁶.

En esa competencia no sólo se dirimía el alcance de la revolución en torno a la cuestión monárquica, como se ha visto, sino también el propio significado –y el capital simbólico– del liberalismo como movimiento de lucha por la libertad, en la medida en que los demócratas republicanos como Barcia cuestionaban el nexo indisoluble entre liberalismo y monarquía fraguado al hilo del ciclo revolucionario desde Cádiz. Son muchas las ocasiones en las que demócratas y republicanos se reclaman auténticos liberales, pero es especialmente significativo, en este sentido, el debate que mantuvieron en Cortes los diputados José Órdax Avecilla y Salustiano Olózaga el 25 de noviembre de 1854. La cuestión surgió cuando los diputados demócratas solicitaron enmendar el Reglamento de las Cortes, eliminando cualquier fórmula que prejuzgara la forma del Estado ya que la nación aún debía deliberar en uso de su soberanía. Olózaga insinuó que «para todos los liberales españoles que no sean más que liberales» no había cuestión¹⁵⁷, lo que provocó la respuesta de Órdax Avecilla. La contestación del diputado demócrata recrea los argumentos ya conocidos: defensa a ultranza de la soberanía de la nación y recurso a la libertad del hombre como principio constitutivo de las sociedades y garante del orden. Defiende que los demócratas son liberales: «[d]espues de liberales, ¿qué queda? Liberales, es decir, hombres que creen en la libertad humana», pero también aclara que «si algun nombre más nos distingue del de liberales, es, y sépalo el señor Olózaga, porque se han puesto ese nombre sobre su frente los que en la práctica no lo eran». De manera clara, el problema no eran los principios, sino la reticencia a ponerlos en práctica cuando llegaba el momento:

«Por eso los que creemos que la libertad es practicable en todos los usos y funciones de la vida, buscamos un título en la ciencia que signifique todas sus aplicaciones, de modo que sirva de complemento al título de liberales y dé a esta palabra el sentido verdadero que debe tener. En el terreno de la teoría bastaria llamarse liberal; pero en el de la práctica, una larga y funesta experiencia nos enseña que para significar algo bueno y

¹⁵⁶ Se puede añadir que el planteamiento federal de Barcia también disputaba a los progresistas su tradicional defensa de la autonomía política de lo local. En MILLÁN, Jesús: “Poder político y legitimación social ante el «apogeo del Estado»”, *Alcores: revista de historia contemporánea*, 12 (2011), pp. 257-288.

¹⁵⁷ DSC, 25 de noviembre de 1854, p. 190. Sobre la figura de Salustiano Olózaga, ver BURDIEL, Isabel: “Salustiano Olózaga: la res más brava del progresismo”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel y BURDIEL, Isabel (coords.): *Liberales eminentes...*, pp. 77-124.

cierto necesitamos llamarnos ya algo más; necesitamos llamarnos demócratas, como nos llama la ciencia»¹⁵⁸

En esa lucha por definir el significado del verdadero liberalismo, la respuesta de Olózaga no solo formula claramente la adhesión de los progresistas a la corona, sino que vincula discursivamente liberalismo y monarquía, expulsando a los demócratas del universo liberal español:

«Y dice el Sr. Ordax Avecilla: y nosotros, ¿no somos liberales? Así lo reconozco. Pero yo pregunto á mi vez: y vosotros, ¿no sois más que liberales? ¿No os llamais otro apellido? ¿No os llamais *demócratas* y *republicanos*? Pues nosotros que no somos republicanos, somos liberales monárquicos. [...] El discurso del Sr. Ordax en su mayor parte hubiera sonado muy bien si se hubiera permitido que sonase en otra época no muy distante en el tiempo, pero que dista mucho en el espíritu y la esencia de la época actual. [...] Acepte, pues, el Sr. Ordax ó niegue que además de ser liberal es otra cosa. Si no es más que liberal, en España son conocidos por tales los liberales monárquicos; y en su misma democracia, que no suele andar muy conforme, que yo respeto mucho, que deseo presente sus ideas con toda claridad, en su misma democracia me parece que estamos calificados los liberales como gente añeja, incapaz de plantear un sistema fecundo [...]. Así ha venido á ponerse frente á frente la democracia del liberalismo: pues bien, tal como lo decís, así lo aceptamos»¹⁵⁹

El debate deja clara la capacidad discursiva de demócratas y republicanos para, en un contexto de crisis de la monarquía constitucional, articular un discurso que cuestionaba, con cierto éxito, la lectura hegemónica del liberalismo de mediados del siglo XIX. Un liberalismo que, tras los años de dominio autoritario moderado, había quedado vinculado discursivamente al progresismo como heredero de las luchas por la libertad, desde 1812. Así lo expresaba también Olózaga cuando proclamaba que «el partido progresista se consideraba heredero de los fundadores de la libertad el año 1812», si bien añadía inmediatamente que «era el partido que deseaba plantear y conservar en España toda la libertad posible, compatible con la Monarquía»¹⁶⁰. Esa herencia liberal era, precisamente, lo que se puso en disputa de manera muy clara en el contexto del Bienio al hilo de la cuestión monárquica; un tema que no era menor si tenemos en cuenta el carácter mítico y movilizador de la lucha por la libertad, que no sólo contaba con mártires de tantísima popularidad como Riego, Torrijos o Juan Martín

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 202.

¹⁵⁹ *Ibid.*, pp. 203-204.

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 204.

El Empecinado, sino que también remitía a la memoria del tiempo vivido –hacía apenas quince años que había acabado la guerra civil– y a las historias familiares. En este sentido, demócratas y republicanos reconocían los logros, el heroísmo y la grandeza pasada del partido –liberal– progresista en su lucha contra el despotismo, pero también construían un significado del liberalismo que desbordaba la lectura progresista de la soberanía y las libertades, llevándolas hasta sus últimas consecuencias. En esto, reclamándose *auténticos liberales*, los demócratas ampliaban el repertorio disponible de formaciones discursivas liberales en un sentido demócrata-popular, lo que incluía soluciones políticas variadas, desde una monarquía muy limitada en sus funciones hasta la república federal. El debate no se canceló ni en ese momento ni en los años siguientes y volvió a surgir al hilo de *La Gloriosa*, mostrando la inestabilidad de una noción tan mítica y movilizadora como era la de *libertad*. Precisamente, la cuestión de cómo debían relacionarse los *dos partidos liberales* fue uno de los elementos que tensionó internamente al partido demócrata a partir del Bienio Progresista.

¿Un Cristo pequeño, enfermo y flaco?

Mediante sus publicaciones en el Bienio Progresista, Barcia se dio a conocer al mundo como escritor público demócrata, republicano y federal, una identidad que le acompañó el resto de su vida. Con ello no sólo vinculó su trayectoria vital y profesional a la suerte del partido demócrata y a sus posibilidades de actuación en los cambiantes contextos políticos de la segunda mitad del siglo XIX, sino que también fijó su manera de pensar la posición desde la que hablaba como apóstol de la verdad republicana. Si en el capítulo anterior se vio cómo puso a su *yo literario* en acción, interesa aquí abordar brevemente de qué manera pone en escena al propagandista político que había llegado a ser. Claro que ambas imágenes no son ni mucho menos independientes y confluyen de alguna manera en la figura del *elegido*, del hombre excepcional llamado por sus virtudes –morales e intelectuales– a transformar la conciencia de los hombres, como se ha ido viendo. Es una manera de entenderse a sí mismo que ya regía su actuación en la esfera pública como literato, pero que contiene una clara lectura política sobre la que Barcia construye su imagen de propagandista demócrata. Con todo, su imagen autorreferencial como sujeto político actuante en la esfera pública no se puede desvincular del marco narrativo que construye significativamente su concepción del mundo político. En este

sentido, no es posible obviar la centralidad que ocupa su religiosidad como material constitutivo de su subjetividad política.

Está claro que su lectura cristiana de la democracia establecía de manera implícita un nexo simbólico entre su labor propagandística y la predicación de los apóstoles, o incluso del mismo Cristo. Al fin y al cabo, como había señalado también Castelar, ¿acaso la búsqueda del bien para los desfavorecidos no era «imitar a Jesús, eterno ideal de los hombres»¹⁶¹? Pero, si bien es cierto que esa relación inmediata era obvia para cualquiera, hay que decir que Barcia no dudó en construir su imagen pública en torno a la figura de Cristo –o al menos del profeta y mártir– de forma explícita y consciente. Como ya se ha visto, se pensaba portador de una verdad –religiosa, social, política– absoluta, por lo que reivindica que mediante su labor como escritor político contribuye «á que se verifique aquella profecía del Maestro: *Revelar lo oculto y saber lo ignorado*»¹⁶². Desde luego, se representa como un profeta, llamado a proclamar la *buena nueva* que había alumbrado su razón y su conciencia¹⁶³. Pensaba que había alcanzado una verdad visionaria, unas «ideas mayores que su siglo o su pueblo» cuya defensa merecía la aceptación de cualquier tipo de sufrimiento y sacrificio¹⁶⁴. Llega a fantasear incluso con que, en el futuro, se le dedicase una estatua en reconocimiento de su labor: «Seguro estoy de que mi siglo no me escuchará; pero tal vez puede preverse [sic] que vendrá un siglo que edificará sobre estas piedras, y lo mas curioso seria que tuviese el capricho de destinar alguna de esas piedras á representarme en estátua»¹⁶⁵. La retórica de Barcia llega a tomar tintes mesiánicos cuando habla de su propia función como apóstol de la verdad republicana:

«Señores mantenedores del monopolio [...] en vano querréis que muera pronto: en vano también me crucificaríais. La bandera santa de la verdad tremola siempre sobre el altar del sacrificio, como la figura inmortal del Nazareno quedó grabada entre los brazos de la cruz. Los que decimos la verdad, los que legislamos para el código universal de la conciencia, somos tan eternos para la moral como el pensamiento de Dios. Vosotros podeis

¹⁶¹ CASTELAR, Emilio: “Introducción”, en GARRIDO, Fernando: *La república democrática...*, p. 9.

¹⁶² BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, p. 150.

¹⁶³ El escritor como profeta en BÉNICHOU, Paul: *La coronación del escritor. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

¹⁶⁴ BARCIA MARTÍ, Roque: *Un paseo por París...*, pp. 149-151.

¹⁶⁵ BARCIA MARTÍ, Roque, *La verdad y...* p. 83.

cortar mis brazos; pero no podeis impedir que mis brazos hayan abarcado el gran consorcio de la humanidad»¹⁶⁶

La fuerza expresiva de la narrativa martirial llena de significado la acción política demócrata, perseguida por los *gobiernos impíos* mediante denuncias, multas y destierros. Esto convierte a la democracia, en el imaginario de Barcia, en una «idea mártir», en el «crucifijo santo de la política» destinada a «purificarnos con [su] virtud y con [su] dolor»¹⁶⁷. La redención, con todo, exigía un martirio y él mismo se ofrece para asumir esa prueba:

«Espíritu de esa democracia perseguida como una alevosía de Estado [...]: generación eterna de un pensamiento redentor: santidad de una idea que crece en el mundo á impulsos de la civilización [...]: Dios proscrito hoy en la tierra, si el mundo viejo quiere solemnizar tu nuevo sacrificio con un nuevo calvario; si necesitas un Jesús pequeño, muy pequeño, llama á las puertas del hombre demócrata que ha escrito estas líneas»¹⁶⁸

La idea de que todo el poder de los *doctores de la Sinagoga* y de los *espíritus del gentilismo* «no podrán nada contra la conciencia de un hombre enfermo y flaco»¹⁶⁹ está presente en toda su obra, en la que suele referir los muchos padecimientos que había sufrido por la causa demócrata –persecución, cárcel, multas, exilio– y que lo acercan a la figura del mártir. Pero el suyo era un perfil que poco tenía que ver con la poderosa imagen del *mártir de la libertad*, del hombre de acción, sino que remitía a los dolores del hombre de pensamiento. Hay que decir que esta imagen que Barcia cultivó a lo largo de toda su trayectoria tuvo bastante éxito, ya que son muchas las referencias que aluden a él como *profeta* o *apóstol* del republicanismo, especialmente en el Sexenio Democrático; incluso se le llegó a bautizar en la prensa como *el Jeremías del cantonalismo* o *el nuevo Jeremías*¹⁷⁰.

En cualquier caso, esos *dolores* que refería tan profusamente en sus textos empezaron bastante pronto, en forma de denuncias, prohibiciones y excomuniones. Las afirmaciones de Barcia no gustaron ni al poder político ni, de manera particular, a la jerarquía católica. Ya cuando vio la luz su primer libro, *Cuestión pontificia* (1855), el

¹⁶⁶ BARCIA MARTÍ, Roque, *Catón...*, p. 138.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 195; BARCIA MARTÍ, Roque, *La verdad y...* pp. 76-80.

¹⁶⁸ BARCIA MARTÍ, Roque, *Catón político...*, p. 141-142.

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 104.

¹⁷⁰ *El Imparcial*, 17 de enero de 1874, p. 2; *El lío*, 8 de agosto de 1874.

obispo de León publicó una pastoral en la que prohibía a sus diocesanos su lectura por contener «asertos y proposiciones erróneas, escandalosas, injuriosas a la Silla Apostólica, inductivas al cisma, y aun rigurosamente cismáticas y heréticas»¹⁷¹. Por su parte, el periódico católico y carlista *La Esperanza*, que había insertado en sus páginas el anuncio de *Cuestión Pontificia* y de *La verdad y la burla social* –entre una biografía de *El Marqués de Montemolín* y una obrita dedicada al *Mes del Sagrado Corazón de Jesús*–, se apresuró a publicar una rectificación advirtiendo que, una vez conocido el contenido de las mismas, las obras anunciadas de Barcia no merecían su recomendación¹⁷². Lejos de rectificar, Barcia se reafirmó públicamente en su pensamiento religioso y político. La excomunión no tardó en llegar –la primera de las sesenta y seis que acumularía a lo largo de su vida– y el escritor se dio «generosamente por escomulgado», no sin antes lamentar que el obispo diese oídos a «teólogos sin teología» que le condenaban por la «imperdonable audacia de creer de otro modo»¹⁷³. Su respuesta a las múltiples condenas que recibió por parte de la jerarquía eclesiástica remitía, como no podía ser de otra manera, a una concepción trascendente de la existencia y de su propia experiencia vital: «contesto [al clero romano] que ya saldremos de esta vida: que otra vida vendrá, y que allí veremos quién tiene razón»¹⁷⁴.

Claro que no todos los eclesiásticos rechazaban el *cristianismo cristiano* de Barcia. A pesar de la desaprobación de los obispos, el canónigo canario Graciliano Afonso dedicó algún tiempo en el verano de 1855 a leer *Cuestión pontificia* y *La verdad y la burla social*¹⁷⁵. Mantenía una cordial correspondencia literaria con Barcia, propiciada muy probablemente por su amistad común con el editor Manuel Lafuente. En sus cartas, Afonso manifestaba la grata impresión que le habían causado esos textos: «[p]arécame que V. ha penetrado mi carácter hasta donde puedo yo extender la pierna de mi corto saber», confesaba Afonso, al tiempo que lamentaba haber conocido tan tarde a quien consideraba «un verdadero liberal español lleno de ciencia, entusiasmo por

¹⁷¹ *Boletín del Obispado de León*, año III, nº 114 de 1 de julio de 1855, p. 106.

¹⁷² *La Esperanza*, 21 de mayo de 1855, p. 4 y 23 de mayo de 1855, p. 4.

¹⁷³ Él mismo explica que ha recibido la excomunión de un «señor obispo» en BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, pp. 229-234.

¹⁷⁴ *Ibid.* p. 150.

¹⁷⁵ Graciliano Afonso Naranjo (1775-1861), poeta y traductor de los clásicos, era canónigo doctoral de la Catedral de Canarias, en Las Palmas de Gran Canaria. Su vinculación con el liberalismo le llevó a ser diputado a Cortes durante el Trienio Liberal, lo que le permitió defender los intereses de su diócesis en Madrid. Con la caída del liberalismo en 1823, Afonso fue acusado del delito de lesa majestad y condenado a muerte, lo que le llevó al exilio americano durante diez años. Tras el fallecimiento de Fernando VII recuperó su canonjía y regresó a Las Palmas, donde residió hasta su muerte.

la libertad y con el valor e intrepidez necesarios para decir la verdad». La cuestión de las condenas y las excomuniones divertía mucho al canónigo Afonso, que consideraba que «si hasta ahora los Obispos, los clérigos y los frailes tenían un solo diablo rabioso cada uno en el cuerpo, ahora tendrán una legión entera». Entre burlas, advertía a Barcia de que el obispo de Canarias estaba preparando también una pastoral contra sus obras, mientras le auguraba una muy buena acogida entre la «juventud aplicada al saber y que nada tiene de clérigos y frailes»¹⁷⁶.

En relación con los buenos augurios del canónigo, parece que las obras de Barcia tuvieron una buena acogida entre los demócratas. Según decía Emilio Castelar, con la publicación de *La verdad y la burla social* en 1855, su «querido amigo» Barcia se había ganado el aprecio del partido demócrata, que cifraba en él «una de sus mas grandes y legítimas esperanzas»¹⁷⁷. Su editor, Manuel Lafuente, recogía en el prospecto de *Catón político*, publicado un año después, algunas de las buenas críticas que había recibido la obra. Vale la pena reproducirlas, a pesar de que no están referenciadas ni figuran los autores de los comentarios:

«Si Bárcia hubiese muerto sin escribir mas, *La Verdad Social* bastaria para que se le debiese contar en el número de los hombres ilustres»

«*La Verdad* de Barcia es la *verdad*; su libro es una de esas columnas sobre las que va á basarse ese nuevo edificio social que indablemente [*sic*], *si hay buena fé*, ha de cambiar la faz del mundo»

«Pocos escritores reúnen una imaginación tan flexible a una razón tan sana y profunda»¹⁷⁸

El editor insistía en la importancia de «un escritor á quien ningun partido aborrece y un gran partido ama». Sin embargo, lamenta que «la salud del autor no es la que desean sus muchos amigos y aficionados» e inserta una crítica ciertamente ácida y menos complaciente con Barcia:

«Hay que temer dos cosas con respecto á Barcia: ó su cerebro no podrá resistir la potencia de sus concepciones y perecerá, porque la parte moral dominará á la parte física, ó lo matarán. Este escritor se ha puesto de un salto á la altura de Balme, etc»

¹⁷⁶ ARMAS AYALA, Alfonso: “Graciliano Afonso, un prerromántico español”, *Revista de Historia Canaria*, 137-149 (1962), pp. 52-181. Las citas de su correspondencia, en la p. 163.

¹⁷⁷ CASTELAR, Emilio: “Prólogo”, en BARCIA MARTÍ, Roque: *Catón político...*, p. 3

¹⁷⁸ “Prospecto”, *El Genio de la Libertad*, 9 de marzo de 1856, p. 4.

No parece, a la vista de este último comentario, que se deba tomar literalmente aquello de que *ningún partido lo aborrecía*, aspecto que por demás ya parecía dudoso dado el tono retador que solía utilizar. Pero, en conjunto, los testimonios que deja Lafuente sugieren que sus textos fueron bien recibidos, al menos, por una parte de los demócratas. No deja de llamar la atención que, de nuevo, los críticos relacionen a Barcia con la figura de Jaime Balmes¹⁷⁹.

A partir de su inmersión en la sociabilidad política demócrata, Barcia retomó también su dedicación periodística. Colaboró en la revista quincenal *La Razón*, dirigida por Pi y Margall, y en la «revista políglota de ciencias» *La Europa*¹⁸⁰. Pero su proyecto más importante en aquellos años fue el periódico *La Voz del Pueblo*, publicado bajo su dirección. Era un diario político que tuvo poco recorrido, entre el 2 de octubre de 1855 y el 20 de enero de 1856, aunque parece que tuvo una notable difusión en Madrid, no tanto en provincias. La redacción estaba formada por Pi y Margall, Antonio Ignacio Cervera, Fernando Garrido, Heliodoro del Busto, Manuel Becerra, Eugenio García Ruiz, Santiago Alonso Valdespino y Romualdo Lafuente, que era quien llevaba la dirección del diario cuando Barcia estaba ausente. Esto resultó ser casi todo el tiempo en el que se publicó *La Voz del Pueblo*, ya que parece que estuvo fuera de Madrid entre finales de octubre y final del año. Ha sido destacado el carácter obrerista del diario, su defensa de la asociación, del crédito barato y de la reforma moral como bases de su línea reformista¹⁸¹.

Hay que señalar que los problemas con las autoridades no se redujeron a las derivadas de la condena eclesiástica, ya que el encendido republicanismo y el antiprogresismo manifiesto que respiraba el periódico ocasionaron varias denuncias y multas. Sin ir más lejos, el primer número ya fue denunciado –y absuelto– por un artículo del propio Barcia. Es una declaración de intenciones dirigida “Al público y a la democracia”, si bien no contiene ningún programa concreto más allá de anunciar que pretenden hacer realidad la democracia en el ámbito del gobierno, es decir, «convertir la

¹⁷⁹ En alguna ocasión Barcia elogia a Balmes. Posiblemente no sea casual que, según refieren algunas reseñas contemporáneas, Barcia escribiese una obra llamada *El nuevo pensamiento de la nación*, quizás aludiendo al periódico que dirigió Balmes, *El pensamiento de la nación*. Aunque Rodríguez-Solís llega a afirmar que estudió ese «erudito libro», no he podido hallar ningún ejemplar ni registro que lo cite. RODRÍGUEZ-SOLÍS, Enrique: *Memorias de un revolucionario*, Madrid, Plutarco, 1930, p. 131.

¹⁸⁰ *La Iberia*, 26 de marzo de 1856, p. 4.

¹⁸¹ Un estudio del diario en CASTRO ALFÍN, Demetrio: “*La Voz del Pueblo* (1855-56). Prensa política para jornaleros”, en VV. AA., *Prensa obrera en Madrid*, Madrid, Revista Alfoz, 1987, pp. 122-133.

filosofía en sistema político», además de «[c]onsiderar al duque de la Victoria como un cuadro antiguo». Se extendía argumentando que lo que en el día era utópico podía hacerse realidad en un futuro no muy lejano, cargando muy duramente contra la monarquía:

«Pero la monarquía existe, se responde. Sí, existe, contesto yo. También existe el vómito negro, la fiebre amarilla, el cólera-morbo; también existen los terremotos y las granizadas; también existen hombres ciegos, hombres jorobados, hombres raquíticos. La monarquía puede existir como existe el cólera, la fiebre, el vómito; puede haber coronas, como puede haber granizadas y temblores de tierra: puede haber reyes, como hay la ceguera, las jorobas y el raquitismo. Porque sea posible la peste, se podrá decir que es mala la salud? [...] En una palabra, porque el lobo ahulle, podrá decirse que es un imposible la melodía del ruiseñor?»¹⁸²

Además, las críticas a los progresistas y, más concretamente, a Espartero supusieron otro tipo de problemas, como las agresiones a los vendedores del diario en los barrios populares, donde la mayoría de la gente veneraba al duque de la Victoria¹⁸³.

La nómina de colaboradores que hicieron el diario ha llevado a Román Miguel González a señalar *La Voz del Pueblo* como «el principal punto de confluencia de la Democracia socialista del Bienio» y una de las primeras manifestaciones de lo que él denomina «la *República Obrera* española de la segunda mitad del XIX»¹⁸⁴, incluyendo a Barcia entre estos y ubicándolo, ya en el Sexenio, entre los jacobino-socialistas como Fernando Garrido. Es cierto que el periódico tenía una orientación explícitamente obrerista¹⁸⁵ y que Barcia siempre defendió la asociación como un derecho político inalienable, pero sin exceder los contornos del estricto liberalismo. También es verdad que, si en algún momento de su carrera habló de los proletarios como destinatarios de

¹⁸² *La Voz del Pueblo*, 2 de octubre de 1855, p. 1. Barcia sólo escribió dos artículos en el periódico: este de presentación que se comenta y otro publicado el 5 de enero de 1856 sobre los “Fundamentos de la igualdad social”.

¹⁸³ Una crítica al duque de la Victoria en “Retrato de Espartero”, *La Voz del Pueblo*, 14 de octubre de 1855, p. 1; ver también el artículo de Manuel Becerra sobre “Espartero y la revolución”, *La Voz del Pueblo*, 16 de octubre de 1855, p. 1. Sobre la extraordinaria popularidad de Espartero, ver SHUBERT, Adrian: “Being –and staying– famous in 19th-Century Spain: Baldomero Espartero and the birth of political celebrity”, *Historia y Política*, 34 (2015), pp. 211-237.

¹⁸⁴ MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La pasión revolucionaria...*, pp. 174.

¹⁸⁵ Entre otros temas, el periódico publicó la exposición que la junta de fábrica de Cataluña dirigió al gobierno en aquel tiempo y desplegó una importante campaña de recogida de firmas en su apoyo. *La Voz del Pueblo*, 20 de octubre de 1855, p. 1.

sus alegatos, fue en este momento¹⁸⁶. Pocas veces más se refiere a ellos –suele interpelar al pueblo, a la sociedad o a la humanidad– y, de hecho, ya por aquella época condenaba explícitamente las doctrinas socialistas. Su rechazo era político: «[n]o voy a hablar para el socialismo, cuya forma política me parece hoy un absurdo, cuyas ideas morales admiro, cuyas verdades cristianas adoro»¹⁸⁷. Se refiere, en esta cita, a la obra de Fourier. No cambiaría de opinión con los años. En 1864, un lector le reprochaba que hubiese escrito en *La Democracia* que «[e]l socialismo, considerado como ciencia, es una ficción, una mentira; considerado como política es una tiranía, porque es un monopolio»¹⁸⁸. En este sentido, no se puede vincular a Barcia con un proyecto socialista ni obrerista, aunque en las décadas centrales del siglo XIX el imaginario demócrata inspirado en el humanismo cristiano compartiese gran parte de las categorías del discurso con el socialismo de Fourier, Cabet, Saint-Simon u Owen. Como ya se ha expuesto más arriba, todos ellos estaban imbuidos de un fervor religioso que llevaba frecuentemente a sintetizar las retóricas revolucionarias y milenaristas.

Finalmente, como había vaticinado Barcia, el partido progresista cayó –aunque no llegó a desaparecer– en julio de 1856. Tras una insurrección que se inició en Valladolid, Espartero dimitió y la reina Isabel llamó a Leopoldo O'Donnell a formar gobierno. En un mes se disolvió la Milicia Nacional y, en septiembre, se restauró la Constitución moderada de 1845. Finalmente, Ramón María Narváez se hizo cargo del gobierno a partir del 12 de octubre de 1856. Como recogía el diario demócrata *La Discusión* en esos días, la revolución estaba definitivamente cancelada con la caída de O'Donnell:

«Este acontecimiento completa el periodo histórico, la gran evolución política que comienza en el levantamiento del Campo de Guardias y concluye con el advenimiento al poder del general Narvaez. [...] La caída de Espartero representa el triunfo de la revolución de junio sobre la de julio; la caída de O'Donnell concluye con la revolución de junio y coloca las cosas políticas en el terreno de la dominación moderada: ambas revoluciones pues han sucumbido, y se puede decir que pertenecen á la historia»¹⁸⁹

¹⁸⁶ BARCIA MARTÍ, Roque: “Cuatro palabras a *La Época*”, en *La Razón. Revista política, filosófica y literaria*, tomo I, Madrid, Imp. a cargo de don Juan Compañel, 1856, pp. 95-96.

¹⁸⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, p. 93.

¹⁸⁸ *La Discusión*, 16 de septiembre de 1864, p. 2.

¹⁸⁹ *La Discusión*, 14 de octubre de 1856, p. 1.

Así pues, se había restablecido el dominio moderado y, con él, aquella monarquía *semi-teocrática* que, según había anunciado –y temido– Barcia, esperaba en primer término al futuro de la política española. Después de dos años de *revolución*, los progresistas se habían mostrado incapaces de consolidar un cambio en las bases de legitimidad de la monarquía constitucional, ni de refundar el pacto entre la nación y la corona sobre bases más firmes. La cuestión monárquica no había hallado solución y, de hecho, estalló en la década siguiente al hilo de la revolución de 1868.

Capítulo 4

Los años terribles

«Pueblos del mundo, abrid un hoyo,
levantad un cadalso, infamad mi apellido;
pero oid la verdad que os anuncio»

Roque Barcia, 1859

A finales de 1858, el diario conservador *La Época* publicaba un suelto en el que daba cuenta de la nómina de «casi todos los individuos de alguna nota del partido democrático en España», al hilo del anuncio de un *Diccionario democrático español* de próxima aparición. Recomendaba a sus lectores que observasen la lista y «de seguro no verán omitido ningún nombre de esta fracción política, que tiene 46 apóstoles, y nada mas que 46 en una nación de 16 millones de almas». Roque Barcia era uno de ellos. Para los conservadores, esta circunstancia venía a avalar sus dudas acerca de la popularidad de las ideas demócratas en España, así como sus apreciaciones acerca de la exigüidad de sus partidarios, a la vista además de los escasos apoyos que habían obtenido las candidaturas demócratas en las recientes elecciones del 31 de octubre¹. Esta consideración, sin embargo, no era compartida por otros observadores de la situación política española. Para los embajadores británicos en Madrid, el partido demócrata había alcanzado una fuerza y vigor considerables desde las jornadas de julio de 1854, ya que percibían que buena parte de los apoyos populares de los que gozaban los progresistas habían pasado a manos demócratas. Llegaban a decir que estos ejercían una «influencia ilimitada» en las masas y que la aceptación de los principios demócratas estaba alcanzando «proporciones formidables» en el verano de 1857, por efecto de la

¹ *La Época*, 12 de noviembre de 1858, p. 3.

extensión del descontento y de la práctica disolución del partido progresista, que había salido bastante perjudicado del Bienio².

Entre una y otra apreciación, lo que parece no arrojar dudas es la capacidad del demo-republicanismo para canalizar la frustración de perspectivas políticas entre los sectores más avanzados y la consiguiente pérdida de confianza en el partido progresista como herramienta de cambio político; una operación a la que contribuyeron de manera muy activa subrayando la incoherencia entre los principios y las prácticas progresistas. Lo que quedaba claro es que, desde el Bienio, la democracia había alcanzado una presencia en la esfera pública y un grado de apoyo popular que no era posible obviar. Claro que la revolución había sucumbido y se había vuelto, en sus líneas básicas, a la situación política anterior, pero lo que no se podía revertir era los efectos que las luchas del Bienio habían podido causar en la imaginación política de, al menos, parte de la población. Hacia esta cuestión apuntaba *La Discusión* cuando, al hilo de la llegada de Narváez al poder y de la cancelación de las dos revoluciones operadas desde la acción del Campo de Guardias, aludía a «los cambios que han impreso [las revoluciones] á los bandos políticos» y a «las modificaciones que han introducido en esta sociedad, mas radicalmente cambiada de lo que se cree, y en la cual se han inoculado hechos y principios cuya germinacion no se hará esperar largo tiempo»³. Es muy posible que la valoración del diario demócrata acerca del alcance de la transformación de la conciencia social fuese bastante optimista, pero lo cierto es que el movimiento revolucionario que acabó derrocando a Isabel II, doce años después, se articuló sobre un programa –de mínimos– de inspiración demócrata, sufragio universal masculino incluido.

Pero hasta 1868 quedaba mucho por andar y el camino no fue fácil. El ambiente represivo que acompañó al nuevo ascenso de los moderados no dejó demasiado espacio de acción a demócratas y republicanos, aunque estos continuaron con la actividad propagandística –y también conspirativa– por todos los medios posibles, tanto legales como clandestinos. En los años siguientes, la notable extensión del movimiento se produjo en el marco de una dinámica política muy compleja en la que se entrelazan, al menos, tres procesos que interesa destacar. En primer lugar, la incapacidad del régimen político isabelino y de la monarquía para abrir y estabilizar el sistema liberal, tampoco

² PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo. Demócratas y republicanos durante el reinado de Isabel II*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, pp. 351-352.

³ *La Discusión*, 14 de octubre de 1856, p. 1.

bajo la fórmula del liberalismo conservador de la Unión Liberal ensayada por O'Donnell. En segundo lugar, la recomposición del progresismo y el ascenso entre sus filas de una nueva generación filodemócrata que, si bien no abandonaba el principio monárquico, no veía con malos ojos una aproximación a la democracia. Finalmente, la consolidación del partido demócrata que, si bien se vio inmerso en agrias polémicas ventiladas en la esfera pública, también realizó un enorme esfuerzo organizativo con el fin de articular el movimiento de forma eficaz en todo el territorio nacional. Precisamente, más allá de las cuestiones doctrinales, parte de los enfrentamientos que tensionaron a la democracia en aquellos años tenían que ver con qué actitud tomar ante la deriva cada vez más represiva y autoritaria del régimen y cómo relacionarse, en este contexto, con los progresistas.

En el marco de esta dinámica política, marcada por un lado por las estrechas posibilidades de acción que permitía el contexto y, por otro, por las tensiones y las suspicacias en el seno del demo-republicanismo, Roque Barcia encontró el camino para convertirse en uno de los propagandistas republicanos más populares y para acceder a los altos cargos del partido. La trayectoria fue ciertamente tortuosa, ya que le llevó de la ruina total en París a la presidencia de la Junta Revolucionaria de Portugal –pasando por su reinvención como autor de zarzuelas–, pero ilustra las posibilidades de un escritor como Barcia, que no conocía más oficio que el de la pluma, para ascender en la esfera pública en el contexto de la crisis final de la monarquía isabelina.

Tiempos de desgracia: lo que las mujeres no comprenden

La reacción que siguió al nuevo ascenso de los moderados condenó a la democracia y al republicanismo a la práctica exclusión de la esfera pública: *La Discusión* se mantuvo como único periódico demócrata hasta que apareció *El Pueblo* en 1860 y, en el plano parlamentario, se optó inicialmente por el retraimiento como «estrategia revolucionaria». Los exilios fueron abundantes entre las figuras destacadas del movimiento, que aprovecharon la ocasión para agitar la vía conspirativa e insurreccional y el asociacionismo clandestino⁴. Pese al ambiente represivo que siguió al fin del Bienio, parece que Barcia permaneció en Madrid algún tiempo y es posible

⁴ PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 351-380.

que entrara a formar parte de un grupo carbonario junto a otros muchos demócratas⁵. Estas sociedades secretas llevaron a cabo una serie de actividades conspirativas que no llegaron a buen término y que acabaron saldándose con fusilamientos, detenciones y registros. Roque Barcia también sufrió el registro policial de su vivienda en Valencia –a donde debió trasladarse en algún momento entre el verano de 1856 y principios de 1857–, aunque no parece que el episodio tuviera relación con ningún tipo de actividad insurreccional, sino con la distribución clandestina de *Catón político*. Vale la pena referirlo, porque permite observar de cerca cómo operaba la represión en materia de imprenta, así como el funcionamiento de algunas redes clandestinas de propaganda demócrata⁶.

El proceso se inició en febrero de 1857, cuando el Gobernador Civil de Valencia remitió al Ministerio de Gobernación un ejemplar de *Catón político*, por estar escrito «en sentido puramente socialista y en [el] que se fijan principios altamente contrarios á los fundamentos en que estriba la Sociedad y la Monarquía», por si el gobierno creía conveniente prohibir la obra. Advertía que Barcia residía en Valencia «dedicado á publicaciones del mismo carácter». El informe del fiscal de imprenta no dejaba lugar a dudas: «el Catón político de don Roque Barcia es un libro atentatorio á las instituciones políticas del Estado, al orden social y al dogma de nuestra religion». Lamentaba que el gobernador de Valencia no lo hubiese «recogido en el acto y denunciado á fin de evitar los graves é irreparables daños que puede ocasionar su lectura» y proponía la «detencion de todos los egemplares» y la consiguiente denuncia en los juzgados de Valencia, por haberse hallado allí «el cuerpo del delito». Las calificaciones que recorren los diferentes informes del expediente son bastante expresivas: «produccion abominable», «doctrinas hereticas», «doctrinas revolucionarias y disolventes», «libro pernicioso»... se debían retener todos los ejemplares que «estén de venta ó lectura en parages publicos». Es muy significativa esta precisión del fiscal relativa a la lectura de textos políticos en los *parajes públicos*, ya que remite a una práctica de lectura social y colectiva que subraya el peso de la oralidad en la comunicación cultural y política del

⁵ *Ibid.*, p. 377. Vera refiere el episodio y explica que Alcalde Morera y Espejo se dirigieron a la redacción de *La Discusión* con el objeto de que sus componentes se uniesen a una organización secreta carbonaria «que suponían muy poderosa». Dice que Pi se resistió mucho pero cedió «ante las excitaciones y ruegos de Barcia, Orense, Figueras y Garrido». El episodio plantea dudas ya que, si bien Barcia figuró entre los colaboradores de *La Discusión*, él mismo indica que nunca publicó allí. En VERA Y GONZÁLEZ, Enrique: *Pi y Margall y la política contemporánea*, vol. 1, Barcelona, Tipografía La Academia de Evaristo Ullastres, 1886, p. 599.

⁶ El expediente, en Archivo Histórico Nacional [AHN], *Consejos*, c. 11316, exp. 49.

siglo XIX, relacionada con otros aspectos como la teatralidad o la memorización de textos. En relación con los textos políticos, es un factor a tener en cuenta a la hora de pensar la difusión de la *visión del mundo* republicana, mucho más amplia –y difícil de cuantificar– de lo que pueden sugerir las tiradas de periódicos, por ejemplo. En el caso concreto de los textos de Barcia, el dramatismo que encierran muchos de sus pasajes se ve reforzado por las constantes interpelaciones al pueblo y por el estilo exhortativo y declamatorio. No es nada extraño tampoco en una literatura como la republicana, orientada a la movilización popular, pero el particular estilo de Barcia permite proponer incluso que los textos fuesen escritos teniendo en cuenta su difusión oral, una práctica habitual que debía conocer a la perfección⁷.

Finalmente se ordenó por Real Orden del 17 de marzo de 1857 recoger y denunciar el libro, y así debió verificarse. Sin embargo, algunos meses después –a finales de agosto–, de nuevo el gobernador de Valencia informa al Ministerio que «a consecuencia de una confidencia reservada» había sabido que José Taberner y Cardona, dedicado en Valencia «á la agencia de negocios en comision y en particular de libros», recomendaba y distribuía «á varios puntos del Reino» libros prohibidos por medio del correo, entre los que se encontraba *Catón político*. Se intervinieron algunas cartas de Taberner fechadas a 28 de agosto, dirigidas «á dos vecinos de Alcoy» –Agustín Albors y un tal Félix– en las que se podía leer según la transcripción:

«[M]añana le enviaré por el Mayoral del Coche un egemplar del *Caton politico* escrito por mi amigo el conocido y eminente escritor D. Roque Barcia. A fuer de *demócratas* nuestro deber es la propaganda de nuestra religion. El indicado libro cumple nuestro proposito, como V. verá, y nada mas conveniente que difundir las verdades que contiene, á fin de ilustrar y fortificar la opinion para que en su dia pueda dar los beneficos resultados que todos deseamos. Asi pues se lo remito a V. para que recorriendo el circulo de los amigos de confianza, me diga los egemplares que puedan venderse [...] Prevengo a V. que la libre venta del libro está prohibida, y por lo mismo deben tomarse todas las precauciones para evitar disgustos»

⁷ BOTREL, Jean François: “Teoría y práctica de la lectura en el siglo XIX: el arte de leer”, *Bulletin Hispanique*, 100-2 (1998), pp. 577-590; ID.: “Pueblo y literatura. España, siglo XIX”, en SEVILLA, Florencio y ALVAR, Carlos (eds.): *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. Madrid, 6-11 de julio de 1998*, tomo 2, Madrid, Castalia, 2000, pp. 49-66; MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: “La lectura en la España contemporánea: lectores, discursos y prácticas de lectura”, *Ayer*, 58 (2005), pp. 15-34. Una aproximación del impacto emocional de la lectura en voz alta entre los lectores oyentes en FERNÁNDEZ, Pura: “Construyendo a la lectora moderna: lecturas emocionales para nuevas comunidades interpretativas. La *Galería fúnebre* (1831) de Agustín Pérez Zaragoza”, en DELGADO, Luisa Elena, FERNÁNDEZ, Pura y LABANYI, Jo (eds.): *La cultura de las emociones y las emociones en la cultura española contemporánea (siglos XVIII-XXI)*, Madrid, Cátedra, 2018, pp. 75-98.

El libro costaba 14 reales, pero se podía rebajar hasta 10 «con arreglo á los posibles de los compradores». Con todo, el relato viene a dar cuenta de la importancia de las relaciones personales –de amistad– en la construcción de las redes demócratas y de la capacidad que estas tenían de trascender los límites locales. La movilización y el compromiso de los demócratas con la propagación de las ideas acompañan a la consideración que hacen las autoridades de los libros *peligrosos*, en la medida en que se da por hecho su efecto a través de su simple lectura –o escucha–. Da la impresión de que la mera enunciación de las *doctrinas disolventes* bastaba para *convertir* al público, lo que hace pensar que el verdadero temor que encierra esa actitud se puede corresponder con un perceptible crecimiento de la democracia desde el Bienio.

A partir de esta intervención, se ordenó el registro de las casas de Taberner y de Barcia. La relación de objetos requisados es significativa. A Taberner le retuvieron varias armas blancas y de fuego, incluida una «bayoneta inglesa». Junto a las armas se llevaron los libros: *Catón político* y *Cuestión pontificia* de Barcia, *Espartero y la revolución* y *El pueblo y el trono* de Garrido y «La razón y el fanatismo por Monpou». En casa de Barcia no debía haber armas, ya que sólo intervinieron libros y papeles:

«Caton politico, egemplares ocho – Democracia 12 – Cuestion pontificia 3 – Estados Unidos 80 – Mancomunidad 2 – La verdad y la burla social 1 – La indiferencia en politica 1 – Un oficio del Señor Gobernador de fecha 17 Enero de 1857 perteneciente á la Seccion 2ª de Ymprentas numero 178 – Un paquete que contiene veinte y cuatro cartas de varios sugetos».

La mayor parte son ejemplares de sus obras, si bien destaca lo que posiblemente fuera *Mancomunidad: vista sintética sobre la doctrina de Ch. Fourier*, de Hyppolyte Regnaud –hay edición castellana de 1854– y los ochenta ejemplares de lo que probablemente fuera su *Historia de los Estados Unidos*, mencionada en alguna semblanza y por Rodríguez Solís, pero que no he podido localizar. La prensa de la capital que se hizo eco de la noticia aseguraba que, entre las cartas intervenidas por la policía, había algunas de su esposa. Ante el acoso policial, Barcia se había refugiado en Palma de Mallorca a la espera de que le llegase el pasaporte que había solicitado para trasladarse al extranjero⁸.

⁸ *La Iberia*, 8-9-1857, p. 2; *La Discusión*, 9-9-1857, p. 2.

El momento, desde luego, no era bueno para los republicanos. Para un hombre como Barcia que —a diferencia de otros propagandistas como Castelar o Pi y Margall, que podían ejercer su profesión de abogados— no conocía otro oficio más que la escritura, el cierre de la esfera pública comprometía algo más que su magisterio político en aras de *fortificar la opinión* demócrata, como decía Taberner. La venta clandestina de sus libros no podía menos que responder, en buena parte, a las necesidades de la existencia. Ese mismo mes de agosto, Barcia se había ofrecido para colaborar «en estos tiempos de desgracia para nosotros» en *La Discusión*, el único periódico demócrata que se seguía publicando, aun con multas y órdenes de recogida frecuentes⁹. Su director, Nicolás María Rivero, le agradeció el gesto «de adhesión» pero, por la razón que fuese, lo cierto es que Barcia nunca escribió en sus páginas. A la vista del cierre de la esfera pública, con pocas opciones para la escritura política en prensa y dependiendo de la distribución clandestina de sus obras, el panorama no parecía demasiado halagüeño.

En cualquier caso, su anunciado traslado al extranjero tras el registro policial no se verificó de inmediato. Barcia debió partir hacia Madrid poco después del episodio del registro y, en enero de 1858, dio a la imprenta *El cristianismo y el progreso*, la obra de su vida. La publicó bajo el pseudónimo D. R. B. de la Cueva, recurriendo a un viejo apellido familiar que también había utilizado su padre, muy probablemente con el objetivo de distraer la atención de las autoridades. Según informaba muchos años después Gumersindo Laverde a su discípulo Marcelino Menéndez y Pelayo —enfrascado entonces en la búsqueda de datos para escribir su *Historia de los Heterodoxos*—, era uno de los libros que había que tener en cuenta para definirlo como pensador¹⁰. Aunque Barcia asegura en varias ocasiones que la obra había sido producto de diez años de trabajo, meditaciones y estudio —desde su estancia en Roma—, *El cristianismo y el progreso* contestaba a una polémica que había surgido entre Juan Valera y Emilio Castelar, a raíz de unas lecciones que este último empezó a impartir en el Ateneo de Madrid en noviembre de 1857. En ellas, dedicadas a la *Historia de la civilización durante los cinco primeros siglos del cristianismo*, Castelar defendía que el cristianismo

⁹ *La Discusión*, 14 de agosto de 1857, p. 1. En enero de 1864, el diario informaba que, desde junio de 1858, había sido recogido 64 veces, denunciado 9 veces y había pagado multas por valor de 55.000 reales. En PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 353-354.

¹⁰ «Roque Bárcia es un tipo *sui generis*, un protestante liberal ó cosa así. Para definirle es preciso leer sus obras *El cristianismo y el Progreso*.-*Cuestion pontificia*.-*Caton político y Verdad social*.-y *Teoría del Infierno*». Carta de Gumersindo Laverde a Marcelino Menéndez y Pelayo, Otero del Rey, 23 de junio de 1877. En MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino: *Epistolario*, vol. 2, carta nº 190 [En la Biblioteca Virtual de la Fundación Ignacio Larramendi: <http://www.larramendi.es> (visto 06/07/2018)]

vino a verificar el progreso político y social. Ante esta afirmación, Valera publicó un artículo en el que argüía que la perfección que propagaba el cristianismo era la del alma y nada tenía que ver con lo material; además, afirmaba que Castelar no demostraba que el cristianismo hubiese venido a dar conciencia del progreso a los hombres. A su vez, Castelar contestó a Valera reafirmandose en sus posiciones.

Este cruce de argumentos fue aprovechado por Barcia para exponer sus concepciones en torno a la influencia civilizadora del cristianismo y rebatir a ambos polemistas, para lo que utilizó básicamente la obra del historiador italiano Cesare Cantù y la Biblia como fuentes de autoridad. Con el ánimo de contestar a uno y a otro fuerza tanto los argumentos que su filosofía resulta sumamente enrevesada y fragmentada. Como ya se vio en el capítulo anterior, Barcia entiende el progreso como un movimiento de paulatina aproximación de la vida humana a la unidad creada, al ser universal. Por una parte, reconoce que el cristianismo tiene una *parte eremítica* contraria al progreso, en la medida en que el ascetismo impone la hegemonía del alma sobre el cuerpo y eso ataca la unidad del hombre creado y a todo el sistema de la creación. Pero, por otra, considera que la moral del progreso es una síntesis cristiana, aunque sus *santas verdades* no eran nuevas y existían ya en otras filosofías. En relación con esto, establece un sorprendente paralelismo entre la figura de Jesús y de Buda. Con todo, la tesis principal del libro viene a sostener la relación entre cristianismo, progreso y democracia que subyace a todo su pensamiento:

«Por eso, aun mirado filosóficamente y prescindiendo de su virtud divina, el cristianismo es hoy como ayer, y sera mañana como hoy; es decir, será siempre causa conocida de progreso, porque nos dió las leyes de la naturaleza humana y nos reveló el verdadero Dios, y asentó las tres grandes categorías sociales, que son imperecederas: la libertad, la igualdad, la fraternidad de todos los hombres»¹¹

Hay que decir que, al hilo de la polémica, Barcia se ensaña especialmente con su amigo Castelar, al que llega a acusar de pertenecer, sin saberlo, a la *escuela mixta* —a «la ley de la contradicción, de la contingencia, de la caída naturaleza humana»—, porque

¹¹ DE LA CUEVA, D.R.B. [pseud. Roque Barcia]: *El cristianismo y el progreso*, Madrid, Imp. Tomás Núñez Amor, 1858, p. 27. Gonzalo Capellán de Miguel aborda la concepción del progreso que expone Barcia en *El cristianismo y el progreso* en CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo: “¿Mejora la Humanidad? El concepto de progreso en la España liberal”, en SUÁREZ CORTINA, Manuel (coord.): *La redención del pueblo: la cultura progresista en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006, pp. 41-80.

sentía de una manera pero pensaba de otra¹². Ni Castelar ni Valera tuvieron ocasión de contestar a Barcia, ya que el libro fue prohibido «por impío» y se ordenó la recogida de toda la edición. Era como si «tal libro no existiera». Así se lo explicaba algún tiempo después el propio Valera a Gumersindo Laverde, asegurando además que lamentó mucho no poder responder a la polémica:

«Mucho sentí yo este percance pues, aunque me hubiera dado mucho que hacer el contestar a D. Roque, que es en extremo erudito, me hubiera divertido contestar a quien, al propio tiempo, es tan singular y extravagante»¹³.

Es de señalar la fama de erudito –y de extravagante– que ya se iba labrando Barcia entre, al menos, parte de la intelectualidad. Es lo que sugiere el hecho de que Valera no hubiese leído el libro de la polémica, pero es evidente que tenía referencias del autor. Las alusiones a su erudición y vastos conocimientos son habituales entre sus contemporáneos; tampoco son extrañas las referencias más o menos veladas a su excentricidad. En cuanto a la recogida del libro, hay que decir que, si bien Valera no refiere nada al respecto –y Barcia tampoco–, se pueden encontrar bastantes reseñas biográficas posteriores que aluden a la quema pública de «muchos miles de ejemplares» de *El cristianismo y el progreso*¹⁴. El mismo Laverde escribía a Menéndez y Pelayo que «[e]l tal libro fué recogido y quemado: al mismo Barcia le oí decir: *me han quemado vivo en mi pensamiento*»¹⁵. Pero, a pesar de lo espectacular de la medida, no he podido hallar ninguna referencia en la prensa de la época ni en documentos oficiales que

¹² DE LA CUEVA, D.R.B. [pseud. Roque Barcia]: *El cristianismo...*, p. 226 y ss.

¹³ Carta de Juan Valera a Gumersindo Laverde, Madrid, 3 diciembre de 1859. En VALERA, Juan: *151 cartas inéditas a Gumersindo Laverde*, Madrid, R. Díaz-Casariago, 1984, p. 34.

¹⁴ *Los Diputados pintados por sus hechos: colección de estudios biográficos sobre los elegidos por el sufragio universal en las constituyentes de 1869*, tomo 2, Madrid, R. Labajos y Compañía (eds.), 1869, p. 448. Parece que los datos aportados en esta reseña fueron tomados por otras publicaciones posteriores, que la reproducen casi literalmente. Entre otros: FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel (dir.): *La Asamblea constituyente de 1869: biografías de todos los representantes de la nación*, Madrid, Imp. de Tomás Rey y Compañía, 1869, pp. 103-106; *Anuario republicano federal. Compendio de lo más útil e indispensable del saber humano en filosofía, ciencias, literatura, artes y política, con el calendario republicano para 1871*, Madrid, J. Castro y Cía. (eds.), 1870, p. 1422; RODRÍGUEZ-SOLÍS, Enrique: *Historia del partido republicano español: de sus propagandistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires*, vol. 2, Madrid, Imp. Fernando Cao y Domingo del Val, 1893, p. 503; SEGOVIA, Ángel María: *Figuras y figurones. Biografías de los hombres que más figuran actualmente así en política como en las armas, ciencias, artes, magistratura, alta banca, etc.*, tomo XX, Madrid, Imp. de Figuras y Figurones, 1881, p. 11.

¹⁵ Carta de Gumersindo Laverde a Marcelino Menéndez y Pelayo, Otero del Rey, 31 de agosto de 1877. En MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino: *Epistolario*, vol. 2, carta nº 230 [En la Biblioteca Virtual de la Fundación Ignacio Larramendi: <http://www.larramendi.es> (visto 06/07/2018)]. La cursiva en el original.

permitan contrastar la información. De todos modos, tal y como se desprende de los testimonios de Valera y de Laverde, parece que el libro apenas alcanzó al público, más allá de algunos amigos cercanos y correligionarios a los que Barcia pudiera habérselo hecho llegar: «En un puesto de libros de la calle de la Luna ví un ejemplar con dedicatoria autógrafa a Pi y Margall. Hoy sería un curiosidad bibliográfica»¹⁶.

En cualquier caso, después de la publicación de *El cristianismo y el progreso*, Barcia emprendió el viaje al extranjero que la prensa había anunciado algún tiempo antes. El destino elegido fue París, donde permaneció cuatro meses, probablemente entre la primavera y el verano de 1858. Conocemos algunos aspectos de su estancia en la capital francesa porque, de nuevo, Barcia dio a la imprenta el relato de su viaje a la vuelta. Se trata de la serie de nueve artículos “Cuatro meses en París”, aparecida en la revista *El Teatro Español*, que él mismo dirigió entre febrero y abril de 1859¹⁷; más tarde, en 1863, recogió estos artículos ya publicados y los completó, formando el volumen *Un paseo por París. Retratos al natural*. Con ellos, Barcia se reencontraba con un género conocido –el del relato de viajes autobiográfico–, pero los años habían pasado y ni el personaje que representa ahora en público ni los escenarios que dispone para su acción tienen nada que ver con aquellos de sus viajes de juventud. Nada queda de aquel joven distinguido, estudiante y poeta, que frecuentaba una sociabilidad amena y elegante.

Y es que, en estos relatos, Barcia pone en escena al escritor público –estudioso, erudito, moralista–, al profeta social transido de dolores –incomprendido, perseguido, enfermo, pobre y viejo–; pero, sobre todo, Barcia se presenta como un hombre de familia que recorre las calles y los monumentos de París acompañado por su mujer, Ana de Cantos y Oller. Es una de las advertencias que dirige al lector cuando inicia su relato del viaje:

«Otra advertencia debo al lector. D. Juan Bautista Alonso dice que el hombre tiene seis sentidos: los cinco sentidos del hombre y el sentido de la mujer. Yo me creo en el caso de hacer notar á los lectores, que en este trabajo no estoy solo: á mis sentidos, que no sé cuántos son, se une el escelente sentido de mi compañera»¹⁸

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ La serie se publicó entre el 28 de febrero y el 30 de abril de 1859.

¹⁸ BARCIA MARTÍ, Roque: “Cuatro meses en París”, *El Teatro Español*, 28 de febrero de 1859, p. 4.

No contamos con muchos datos acerca de Ana de Cantos y, de hecho, la mayoría proceden de un expediente relacionado con los servicios que prestó su padre. Había nacido el 17 de octubre de 1818 en el Puerto de Santa María, en el seno de una familia de militares, y fue la mayor de cinco hermanos. En su niñez y juventud debió seguir los diferentes destinos de su padre, Agustín de Cantos, que era natural de Alicante y había hecho carrera militar en la Guerra de la Independencia, alcanzando el grado de Capitán de Infantería. Se retiró en 1819 y desempeñó cargos de escribiente en las jefaturas políticas de Zaragoza y de Gerona entre 1820 y 1823, lo que hace pensar en su adhesión a las ideas liberales. Más tarde fue nombrado comisario de policía en Barcelona, aunque fue apartado de su cargo a causa de las bullangas populares del verano de 1835 y se dedicó, después, a prestar servicios en la Empresa de Arriendo de la Renta de la Sal, gestionada por José de Salamanca. De su madre, Anna Oller, sólo sabemos que había nacido en Barcelona y que era hija de un consultor médico de los Reales Ejércitos. Agustín de Cantos murió en 1874 en la miseria; tanto como para hacer una declaración de pobre en vez de testamento, dejando como única herencia su pensión de Montepío por los años de servicios prestados. Un legado que sólo pudo cobrar Ana, su única hija soltera¹⁹. Y es que, aunque a las alturas de 1858 viajasen juntos y se considerasen una familia, Roque Barcia y Ana de Cantos no estaban casados, ni lo estarían hasta muchos años después. Fue precisamente en otra estancia en París cuando contrajeron matrimonio civil, el 17 de julio de 1875. Los dos pasaban ya de la cincuentena y legitimaron en el mismo acto a su hijo Roque, nacido en Madrid el 6 de noviembre de 1869²⁰. Por todas estas circunstancias, no es fácil precisar cuándo inició la pareja su vida familiar, si bien debió ser a mediados de la década de 1850. Sí que sabemos que una hermana de Ana, Carolina, falleció dejando dos niños y que uno de ellos, José María Faquinet, vivió con la pareja casi toda su vida.

Así pues, tras su entrada en acción como propagandista republicano en el Bienio y su unión con Ana de Cantos, el Barcia que narra –y se narra en– el relato del viaje a París es muy distinto a aquel joven estudiante que contaba historias de camino a Roma. El propósito de su relato sigue siendo moralizante, como toda su obra, pero en esta

¹⁹ Archivo General de la Administración, Expediente de Ana de Cantos y Oller, c. 19461, expt. C-375.

²⁰ En el acta de matrimonio de Roque Barcia y Ana de Cantos figura como fecha de nacimiento de ella el 17 de octubre de 1819, por lo que debe haber un error de transcripción en uno de los dos documentos. No deja de llamar la atención que el único hijo de Ana –o al menos el único que llegó a vivir hasta 1875– naciese cuando ella tenía ya cincuenta años, lo que siembra dudas en torno a su maternidad. El *État Civil* de París se puede consultar en <http://archives.paris.fr> [visto el 14-03-2018].

ocasión sus reflexiones parten del pretendido estudio de la sociedad parisina, desde un compromiso explícito de «decir en estos apuntes las impresiones que he sentido, las ideas que he formado, lo poco que me ha sido posible aprender, durante cuatro meses de permanencia en aquella Babilonia de Europa»²¹. Así, Barcia visita los monumentos, los restaurantes, los paseos, los teatros o los cafés-cantante, pero también observa a la gente y su comportamiento; reflexiona sobre lo que París le revela acerca del carácter francés y lo define a partir de sus percepciones. En realidad, en muchas ocasiones, el ejemplo de París le sirve como telón de fondo para exponer sus ideas en torno a la sociedad, la política y la moral; cualquier curiosidad, cualquier anécdota sirve de pretexto para reflexionar largo y tendido en torno a la ciencia, el arte, la industria, la familia y, sobre todo, las implicaciones morales que le sugiere todo aquello que observa y escucha. Él mismo llega a calificar algunas de sus parrafadas de «sermones indigestos» y suplica a sus lectores que sean indulgentes, con una retórica que apenas puede ocultar lo seguro que se encuentra de la necesidad y utilidad de sus lecciones morales.

En cualquier caso, Barcia muestra una estancia parisina tranquila y familiar que contrasta con la situación en España: «París nos ha hecho un gran regalo. En Madrid nos inquietaba un tanto la policía; aquí vivimos en la más perfecta y envidiable calma»²². Todo parece apacible y calmado, no se atisban muestras de agitación política ni tampoco encontramos reflexiones en este sentido. Apenas refiere las relaciones que estableció en la ciudad o los amigos con los que compartieron aquellos días, aunque deja caer que su círculo de relación estaba formado por familias españolas y americanas. Sabemos que durante su estancia visitó con frecuencia al demócrata José Segundo Flórez —en su quinta de Passy—, con quien dice haber compartido largas conversaciones junto a Francisco José de Mendoza sobre temas políticos de actualidad, como la cuestión italiana²³. Pero en su relato de viaje sólo los nombra de pasada, mientras que se extiende dando cuenta de sus charlas y paseos con otros amigos: un ingeniero español al que conoció visitando Versalles, también el viejo Lesperut, un francés veterano de la Guerra de Independencia que guardaba un cariñoso recuerdo de España y con quien paseaba a diario por los jardines de las Tullerías o, finalmente, el Brigadier Rotalde, que

²¹ BARCIA MARTÍ, Roque: “Cuatro meses en París”, *El Teatro Español*, 28 de febrero de 1859, p. 4.

²² BARCIA MARTÍ, Roque: *Un paseo por París, retratos al natural*, Madrid, Imp. de Manuel Galiano, 1863, p. 164.

²³ Barcia explica que de esas conversaciones surgió su libro *Cuestión de Italia*, que publicó tras su vuelta a España. En BARCIA MARTÍ, Roque: *Cuestión de Italia*, Madrid, Imp. de J. Casas y Díaz, 1859, p.6.

acababa de llegar de La Habana y pasaba unos días en París antes salir hacia España. Con ellos visita la ciudad, reflexiona sobre el arte y la historia de sus monumentos, y poco más. Siempre los relaciona, además, con los lugares públicos que frecuentan. Por el contrario, el espacio privado –la casa– está reservado a la tranquilidad familiar:

«La chica llama, mi mujer abre, la muchacha entra, deja nuestro avío, se va, mi compañera pasa la llave, y nos quedamos solos. ¡Qué hermosa es la casa en que vivimos! ¡Qué hermosa es la familia! ¡Qué hermoso es el amor! ¡Qué hermosa también es la tranquilidad!»²⁴

En ese remanso de tranquilidad, Barcia se muestra escribiendo una serie de artículos para la revista *La América* –ya que «es necesario no descuidar la bolsa»– mientras Ana lee o se entretiene escribiendo a sus amigas de Valencia y Madrid. La imagen es significativa, porque el espacio doméstico es el lugar de los afectos, pero también es el lugar donde Barcia desarrolla su trabajo como escritor público²⁵.

Ana de Cantos es una figura omnipresente, que acompaña al escritor allá donde vaya agarrada de su brazo, excepto en muy contadas ocasiones. Se refiere a ella como «mi Ana», pero también «mi mujer» y «mi compañera»; con ella charla «como dos buenos amigos» y comparte miradas cómplices y sonrisas de comprensión. A sus ojos, Ana se aburre en París porque no tiene amigas con las que hablar y tampoco conoce la lengua francesa: «[n]o poder hablar es para la muger una continua irritacion, una perdurable indigestion de palabras y de deseos [...] Quien inventó el silencio, no tuvo precisión de inventar el infierno para las mugeres»²⁶. Tampoco tiene interés en estudiar y aprender de lo que ve en la ciudad, así que sólo muestra afán de murmurar y de hacer burla de todo lo francés. Su manera de comportarse lleva a Barcia a afirmar que:

²⁴ BARCIA MARTÍ, Roque: *Un paseo por París...*, p. 264.

²⁵ *Ibid.*, p. 105. Las alusiones a la redacción de los diferentes artículos para *La América*, en las pp. 105, 135, 230 y 382. Refiere un total de nueve artículos, que se publicaron efectivamente entre mayo y octubre de 1858: “América (I)”, 24 de mayo de 1858; “América (II)”, 8 de junio de 1858; “América (III)”, 24 de junio de 1858; “Estudios crítico-filosóficos (I)”, 24 de julio de 1858; “Estudios crítico-filosóficos (II)”, 8 de agosto de 1858; “La Europa (I)”, 24 de agosto de 1858; “La Europa (II)”, 8 de septiembre de 1858; “Filiación de los partidos políticos”, 8 de octubre de 1858 y “La mujer. (Estudios histórico-filosóficos)”, 24 de octubre de 1858.

²⁶ BARCIA MARTÍ, Roque: “Cuatro meses en París”, *El Teatro Español*, 10 de abril de 1859, p. 8.

«Mi muger es una patriota acérrima, intransigente, absoluta. No oye hablar de España sin que la sangre se le suba al rostro. ¡Ay del mundo si su voluntad se cumpliera! España pesaría como una cadena de bronce en el cuello de la humanidad»²⁷

Al hilo de esta constatación, Barcia reflexiona acerca de las mujeres desde un punto de vista filosófico e histórico, tratando de explicar este *sentimiento* de Ana. Vale la pena analizarlo, porque es un tema por el que muestra mucho interés en ese momento, ya que se preocupa también por estudiar el estatuto social de las mujeres francesas y, además, dedica a “La mujer” uno de los artículos que escribe para *La América*²⁸. El interés de Barcia, en cualquier caso, se enmarca en el debate público acerca de los modelos de feminidad y de masculinidad –y de las relaciones entre ellos– que debían fundamentar el orden liberal. Las dudas y las discrepancias acerca del papel que debían desempeñar las mujeres en la sociedad postrevolucionaria, desde las diferentes culturas políticas liberales, se fueron cerrando en la década de 1850 en torno a la consolidación del ideal doméstico como modelo femenino normativo. La imagen de la mujer virtuosa y doméstica –evocada en el arquetipo del *ángel del hogar*– se consolidó como marco referencial de lo femenino, informando un significado de la respetabilidad en clave burguesa que también se proyectaba sobre otros sectores sociales. Todas las culturas políticas de matriz liberal –desde el moderantismo hasta el republicanismo– asumieron la ideología de la domesticidad. Claro que esto no impidió, como ha señalado María Cruz Romeo, la formulación de lecturas alternativas de lo femenino desde las diferentes visiones del mundo propias de las culturas políticas que competían en la esfera pública española de la segunda mitad del XIX²⁹. En este marco, las reflexiones de Barcia se alejan del discurso misógino que había informado su visión de las mujeres en su época de literato. Como se verá a continuación, sin prescindir del ideal doméstico, el escritor reelabora su lectura de lo femenino desde una perspectiva que, si bien pretende ser

²⁷ *Ibid.*

²⁸ BARCIA MARTÍ, Roque: “La mujer. (Estudios histórico-filosóficos)”, *La América*, 24 de octubre de 1858, p. 8.

²⁹ ROMEO MATEO, María Cruz: “Domesticidad y política. Las relaciones de género en la sociedad posrevolucionaria”, en ROMEO MATEO, María Cruz y SIERRA, María: *La España liberal 1833-1874*, Madrid, Marcial Pons, 2014, pp. 89-130; ID.: “Juana María de la Vega, condesa de Espoz y Mina (1805-1872). Por amor al esposo, por amor a la patria”, en BURDIEL, Isabel y PÉREZ LEDESMA, Manuel (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, pp. 209-238; BURGUERA, Mónica: *Las damas del liberalismo respetable. Los imaginarios sociales del feminismo liberal en España (1834-1850)*, Madrid, Cátedra, 2012; MOLINA PUERTOS, Isabel: “La doble cara del discurso doméstico en la España liberal: el «ángel del hogar» de Pilar Sinués”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 8 (2009), pp. 181-197.

coherente con la filosofía política que había expuesto en el Bienio, no está exenta de contradicciones.

En el pensamiento de Barcia acerca de las mujeres confluyen el clásico discurso de raíz ilustrada sobre la diferencia natural de géneros y su complementariedad, por un lado, con otro que relaciona las actitudes sociales de las mujeres con la educación recibida, a partir de su particular lectura del progreso histórico. Tomando la cuestión patriótica, cree que el amor al país es un atributo de las mujeres en general, que responde en parte a la naturaleza pero también a la costumbre. Por un lado, considera que «la muger está llamada por la Naturaleza á no poder vivir sin una pasión afectiva», por eso está destinada a ser madre. Pero ese amor desbordante se aplica a prácticamente todo, por lo que adquiere un carácter marcadamente irreflexivo, sin criterio:

«La ley de la muger es amar, amar desde luego, lo primero que ve, lo primero que oye; porque lo primero que oye y que ve la hace sentir, y en la muger sentir es amar. [...] ¿Cómo no se ha de enamorar de su país, cuando se enamora de las flores que ve crecer, de las aves que oye cantar? [...] En esa estructura sentimental é imaginativa de la muger; en ese carácter radical y profundo, entra indudablemente la naturaleza»³⁰

Pero además de esta necesidad natural de amar, hay un componente derivado de la educación que remite a la tradición cultural en la que han sido educadas determinadas mujeres y que influye en su patriotismo. A partir de aquí, el razonamiento entronca con un argumento histórico que reconocemos:

«La sociedad histórica tiene hasta hoy dos revelaciones capitales: la sociedad egipcia y la sociedad humana; es decir, la sociedad referida á la tradición, y la sociedad referida á la misma sociedad.

Estas dos transiciones históricas están reflejadas en todas las facetas de la humanidad; por consecuencia en todas las facetas de la mujer.

Mujer asiática y mujer social: mujer religiosa y mujer política»³¹

La *mujer asiática* –o *mujer religiosa*– es la mujer que permanece oculta en el fondo de su casa; es hermosa, porque la rodea la fantasía y el misterio, pero no tiene noción del mundo:

³⁰ BARCIA MARTÍ, Roque: “Cuatro meses en París”, *El Teatro Español*, 10 de abril de 1859, p. 8.

³¹ *Ibid.*

«La mujer sepultada en su casa desde que nace hasta que muere; la mujer á quien se representa como un vacío insondable el espacio que media entre la cuna y el sepulcro [...]: esa mujer cuyo destino está cifrado en amar lo que ve, y no ve otra cosa que el misterio que la rodea; esa mujer que se habitúa á enamorarse de su propio misterio, no puede menos de ser ardientemente patriótica, porque es ardientemente doméstica. [...] Diga ahora conmigo el lector: ¿qué significación podría tener en la casa de esa señora el nombre humanidad? [...] La palabra *mundo*, *humanidad*, *género humano* [...]. Hé aquí la mujer asiática; la mujer del primer período histórico; la esclava del marido, el misterio profano de la familia, el perfume quemado en los altares de Faraón»³²

Por su parte, al segundo periodo histórico corresponde la *mujer social* –o *mujer política*–, una mujer que pierde la hermosura de la idealidad asiática pero que «recibe la hermosura humana de manos de su propio destino, de manos de la razón universal; de manos de la Providencia»³³:

«Pero esa mujer halla abiertas un día las puertas de su casa; sale á la calle, la permiten salir; habla, piensa, obra; oye pensar, ve hacer; entra en la revolución de las opiniones y de los derechos; la nueva moral la auxilia; la nueva religión la llama; se asocia, por fin, á la vida pública; por fin, *se asocia*; siente este vínculo, siente la relación social [...]: comprendiendo y sintiendo la razón que la une á un pueblo, á una raza política, comprende y siente por intuición lógica las razones que existen para que una raza se asocie á otra raza; para que un pueblo llame hermano á otro pueblo, y de escala en escala, de idea en idea, de emoción en emoción, de regocijo en regocijo, de dignidad en dignidad: ¡sí! de virtud en virtud, de alteza en alteza, en su cerebro y en su corazón se va criando una figura alentada y noble, una síntesis que no es otra cosa, en resumen, que la idea y el sentimiento de su propio ser, extendido á toda su esfera, á su magnánima nacionalidad; á la nacionalidad de un poder que creó para un mundo un cielo y una tierra»³⁴

Si las *mujeres asiáticas* son el tributo del Faraón, está claro que las mujeres que pertenecen al periodo segundo «son el sepulcro de Jesucristo reconquistado por una cruzada que se llama civilización, como podría llamarse derecho, moral, justicia, amor, dogma». En esos dos periodos consiste la diferente educación que pueden recibir las mujeres y que influye en su manera de entender el amor al país propio. A partir de esta organización significativa, considera que en los países del sur de Europa –Grecia, Italia, Portugal, España– las mujeres pertenecen aún al primer periodo, lo que le lleva a resumir el asunto en que «mi mujer es muy patriótica, porque es muy doméstica: quiero

³² *Ibid.*, pp. 8-9.

³³ BARCIA MARTÍ, Roque: “Cuatro meses en París”, *El Teatro Español*, 26 de marzo de 1859, p. 6.

³⁴ BARCIA MARTÍ, Roque: “Cuatro meses en París”, *El Teatro Español*, 10 de abril de 1859, p. 9.

decir, porque pertenece á la historia asiática». No deja pasar la ocasión de asegurar que él trabaja por «hacerla cristiana», aunque ella está conforme con ser doméstica.

Por el contrario, Barcia admira aquellos países –Alemania, algunos puntos de los Estados Unidos– en los que, a su juicio, las mujeres pertenecen al segundo periodo y «son casi hombres; hombres afectuosos, imaginativos, tiernos [...] pero personalidades humanas, verdaderos poderes en la familia, en la opinión, en el derecho, en las creaciones sociales; *personas de razon*, porque la educacion no puede dejar de enaltecer»³⁵. Cree que Francia está entre estos últimos países y que la presencia social de las mujeres es el progreso más notable y la parte más sana de esa sociedad, fundamentalmente en lo relativo a las mujeres que trabajan: «[l]a mujer de París trabaja tanto como el hombre, tiene mejor sentido que él, vive más honrada que él [...] por los oficios que presta; y esto esplica en gran modo las creaciones casi fabulosas de esta rica ciudad»³⁶. En resumen, piensa que «la muger ha venido al mundo para realizar fines sociales, en armonia con la moral y con el derecho» y que «ahí está la expresion mas profunda de su existencia», sin dejar de lado su dimensión doméstica:

«Quiero que la mujer sea el guardian doméstico, pero sin dejar de ser entidad religiosa, moral, política, industrial, si conviene [...] Quiero que sea madre; venero este carácter santo, este santo sacrificio de amor; pero quiero que no deje de ser muger. Quiero que sea muger; pero que no deje de ser *sujeto humano*»³⁷

El argumento, al fin y al cabo, es coherente con el relato histórico que informa toda su construcción significativa del mundo social y político, aunque no queda nada claro por qué en unos países y otros las mujeres pertenecen a distintos periodos históricos ni qué relación tiene eso con el mundo político. En cualquier caso, el discurso de Barcia acerca de las mujeres, en esta época, reclama para ellas un fin social –que tampoco precisa, pero que tiene que ver con su presencia pública en trabajos útiles–, compatible con la maternidad y su misión en el hogar. No era, desde luego, una lectura de lo femenino mayoritaria a mediados del XIX, ni siquiera entre los republicanos³⁸. Por

³⁵ *Ibid.*

³⁶ BARCIA MARTÍ, Roque: “Cuatro meses en París”, *El Teatro Español*, 26 de marzo de 1859, p. 6.

³⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: “Cuatro meses en París”, *El Teatro Español*, 31 de marzo de 1859, p. 7.

³⁸ ROMEO MATEO, María Cruz: “Domesticidad y política...”; ESPIGADO TOCINO, Gloria: “El discurso republicano sobre la mujer en el Sexenio Democrático, 1868-1874: los límites de la modernidad”, *Ayer*, 78 (2010), pp. 143-168).

un lado, su valoración positiva de la presencia social de las mujeres, y no sólo como proyección de su función maternal sino como trabajadoras útiles –se refiere de manera explícita a las mujeres que regentan establecimientos, trabajan en el campo o dirigen carruajes–, reformula las fronteras entre lo público-masculino y lo privado-femenino, pero también las mismas nociones de orden y de respetabilidad en la sociedad liberal. Por otro, la consideración de las mujeres como personalidades humanas dotadas de razón que salen, piensan, obran u opinan –sin por ello dejar su medio natural que es el amor– problematiza también la relación conocimiento-mujeres. Este aspecto enlaza con un elemento omnipresente en la filosofía de Barcia, como es la apelación al sentimiento como forma intuitiva de acceso al conocimiento. El sentimentalismo de las mujeres, en este sentido, no es un impedimento «porque en ella *sentir es saber*, y en efecto, sentir es saber, y saber mucho»³⁹. No deja de ser un planteamiento ambiguo, ya que ese conocimiento no pasa necesariamente por el ejercicio intelectual.

Así pues, esa consideración de las mujeres como *sujeto humano* no está exenta de tensiones y contradicciones que Barcia no acaba de resolver de manera explícita. Piensa la humanidad como un todo, como una sola sustancia, pero con atributos distintos según el género:

«Dicho en menos términos, el hombre es la mujer de la energía, de la cólera, de la diligencia, de la conquista, del mando público: la mujer-voluntad, si se nos permite esta manera de decir, la mujer-ambición, la mujer-lucha, la mujer-talento.

La mujer es el hombre del dolor, de las lágrimas, de la súplica, de la caridad: el hombre pacífico, el hombre dichoso, el hombre amante.

La mujer es el hombre volátil de la fantasía, el hombre fervoroso y profético de la esperanza, el hombre tierno y entusiasta del corazón.

Este mundo tiene al hombre y á la mujer, como nuestra alma tiene la filosofía y la bella-arte. [...]

Imaginemos una esfera por cuyo centro pasa una línea, dividiéndola en dos mitades. Una mitad es la sociedad pública: otra mitad es la sociedad íntima. El hombre ocupa la primera; la mujer la segunda.[...] Son mejores las dos, porque ambas son mitades de un todo, de una armonía, de una perfección»⁴⁰

El planteamiento recrea los atributos del *ángel del hogar* y se ajusta, desde luego, al discurso de la diferencia natural de los géneros y su complementariedad, lo que delimita la esfera de acción de hombres y mujeres. Claro que eso plantea un problema

³⁹ BARCIA MARTÍ, Roque: “La mujer...”, p. 8

⁴⁰ BARCIA MARTÍ, Roque: “La mujer...”, p. 8.

grave respecto a la *unidad* teórica del *hombre de la creación* y todo lo que de él deriva en su filosofía social y política: ¿creó Dios dos humanidades entonces?, ¿dos almas?, ¿dos sistemas? La explicación de Barcia en este punto no deja de ser sorprendente. Parte, como no podía ser de otra manera, del relato de la Creación bíblica: «esto ahora es hueso de mis huesos y carne de mis carnes; esta será llamada *varona*, porque de *varón* fué tomada. Por la cual dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer: y serán dos en una carne»⁴¹. A partir de este pasaje, entiende que hombre y mujer son una sola sustancia, una sola criatura:

«Hé aquí confirmado en los términos mas preciosos el axioma incontestable de que el Hacedor no dio á luz mas que un hombre: la criatura andrógina (de ambos sexos): la criatura cosmopolita (de todos los países, del espacio): la criatura cronológica (de todos los siglos, del tiempo) [...] No, mil veces no! Dios no creó dos cuerpos y dos almas, ó dos vidas y dos destinos, dos corazones, dos humanidades: el ser hombre y el ser mujer. Creó una sustancia, un elemento, una figura [...] Ahora, antes y después: aquí, allí y en todas partes, es el hombre armónico de la creación, y para decirlo con las bellas palabras del Génesis, el *varon-varona*»⁴²

En su idea de *hombre único de la creación* acaban confluyendo ambos géneros:

«—¿Qué es hombre?
—Es la mujer.
—¿Qué es mujer?
—Es el hombre.
—¿Cuál es mujer?
—El hombre y la mujer.

¡Ay! ¿Dónde ó cuándo asomará un pueblo en la tierra, en que el amor á ese hombre único de la creación, sea la primera de todas las virtudes, de todas las verdades, de todas las bellezas, de todas las justicias?»⁴³

A la vista de estas afirmaciones, se podría pensar que el *libre ejercicio de todas las fuerzas y atributos humanos* y los derechos derivados de ello –incluidos los derechos políticos– se aplica por igual para hombres y mujeres. Pero lo cierto es que Barcia nunca habla en esos términos cuando se refiere a las mujeres, ni reclama explícitamente para ellas derechos políticos. A pesar de todo el argumento, al final las mujeres siguen

⁴¹ *Ibid.* El relato de la Creación que toma Barcia para desarrollar su argumento corresponde a Génesis 2, 23-24. Pasa por alto, sin embargo, la primera Creación que se narra en Génesis 1, 27: «Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó». En *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclee de Brouwer, 1975.

⁴² *Ibid.*

⁴³ *Ibid.*

siendo *otra mitad* del género humano, con sus propios atributos derivados de su naturaleza: no hacen descubrimientos científicos, como Kléper [*sic*], Galileo o Newton, no manejan el instrumento del pintor como Urbino ni les concede «la adivinación del poeta» como Petrarca, no conquistan como Alejandro... pero son «el vaso oculto en el que fermentaba prodigiosamente la sustancia divina de aquellas verdades». La genialidad pertenecía a los hombres, pero las mujeres los formaban en su seno.

A pesar de las tensiones que atraviesan el argumento, se puede decir que el discurso acerca de lo femenino que propone Barcia, evocado en esa imagen de la *mujer social* o *política*, cobra sentido en el marco del proyecto de regeneración social que Barcia anhelaba. La realización de la *verdad social* requería que todos los asociados entrasen en la vida de la conciencia pública mediante la depuración de las costumbres, ya que el nuevo orden que imaginaba se sostenía sobre el comportamiento de los individuos, orientado hacia el bien por sus cualidades morales. Desde su filosofía del hombre, el ideal de Barcia es el *hombre social*, un hombre educado «para la carrera de todos, para la sociedad» que se realiza en todas las esfera de su vida. El *hombre social* que imagina es un trabajador que, tras acabar su jornada, disfruta como hombre doméstico de «los goces de la familia», se amaestra por la noche con el trato civil en el café y se educa los domingos en la academia, «aprendiendo a estimarse y a estimar a sus semejantes, á quienes debe aquellos beneficios»⁴⁴. Ese era, a su juicio, el fin de la asociación humana: «[¿]para qué deben asociarse los hombres? Deben asociarse para hacerse buenos con la bondad de todos, sabios con la sabiduría de todos, felices con la felicidad de todos»⁴⁵. Desde esta perspectiva, la *mujer social* en la que piensa Barcia participa de ese movimiento de construcción del espíritu público, cumpliéndose en todas sus esferas mediante el trato con sus semejantes. Con todos sus problemas, es un modelo de feminidad muy alejado de la misoginia que había sostenido en los años anteriores al Bienio Progresista, como él mismo reconoce:

⁴⁴ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y la burla social*, Madrid, Imp. de Tomás Núñez Amor, 1855, pp. 265-266 y 283. En cuanto a la familia en el discurso de demócratas y republicanos, PEYROU TUBERT, Florencia: “Familia y política. Masculinidad y feminidad en el discurso democrático isabelino”, *Historia y Política*, 25 (2011), pp. 149-174. Sobre el ideal artesano en el siglo XIX, ver el texto ya clásico de BREUILLY, John: “Artisan economy, artisan politics, artisan ideology: the artisan contribution to the 19th century european labour movement”, en EMSLEY, Clive y WALVIN, James (eds.): *Artisans, peasants and proletarians, 1760-1860*, London-Sydney-Dover, Croom Helm, 1985, pp. 187-225.

⁴⁵ BARCIA MARTÍ, Roque: *Catón político*, Madrid, Imp. de Tomás Núñez Amor, 1856, pp. 12.

«Genio de la madre, de la esposa y de la hija, ilustra al que no te conoce; perdona al que te niega: es decir, perdona é ilustra á una gran parte de este mundo, á mi también. También yo he sido de los que te niegan y te desconocen; pero me arrepentí, aun llegué á tiempo. ¡Ojalá que todos imiten mi pecado!»⁴⁶

Más allá de las reflexiones filosóficas que le sugiere el contraste entre la benéfica presencia social de las mujeres parisinas y el comportamiento de Ana, París resulta ser, ante todo, una decepción. El París imaginado, del que Barcia había esperado que surgiese la Revolución europea, choca con la «pueril frivolidad» del París de Napoleón III. Esa contradicción que encuentra entre «la Francia histórica y la Francia presente» le llena de tristeza. Todas sus reflexiones, finalmente, confluyen en un diagnóstico demoledor de la ciudad y sus habitantes: los franceses le parecen superficiales, volubles y ridículos, más aún «porque están *patrióticamente* convencidos de que no puede haber cosa ridícula, siendo *cosa francesa*»⁴⁷. En París todo es falso, todo está tocado por el universal, impertinente e inexorable «*palaustre francés*»⁴⁸; toda verdad y naturalidad desaparecen bajo la capa de fantasía, de magia, con que la cubre París a golpe de su portentoso *palaustre*: la teatralidad, el relumbrón, el efecto cómico o trágico, el coquetismo, el adobo exterior de las cosas. «Todo respira aquí contra el arte, contra el arte único que conoce la humanidad, contra esa poesía santa y sublime que nos hace sentir el bien, la verdad y el amor»⁴⁹.

Por si fuera poco, a la corrupción del falseamiento artístico hay que sumar otro vicio que Barcia no pierde ocasión de destacar: la habilidad de los franceses para esquilmar la bolsa del visitante. Todo cuesta dinero, todo es caro, especialmente para el extranjero, al que se cobra más por un servicio que a los paisanos. Falsedad y robo: todo eso es París. Sorprende hasta qué punto las opiniones y actitudes de Barcia hacia el país vecino dibujan la imagen del *patriota español fuera de España*, esbozada por Eugenio Ochoa en *Los españoles pintados por sí mismos*. Según este autor, en el tipo del *español fuera de España* se pueden distinguir las actitudes del *patriota* y del *cosmopolita*. Si bien este último admira las deslumbrantes capitales europeas por su alto grado de cultura, industria y civilización, el primero suele opinar que en Francia todo es mentira, ya que los franceses dominan el arte de dar buena apariencia a las cosas; además, suele

⁴⁶ BARCIA MARTÍ, Roque: “La mujer...”, p. 8.

⁴⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: “Cuatro meses en París”, *El Teatro Español*, 26 de marzo de 1859, p. 5

⁴⁸ La palabra *palaustre* no existe. Sin duda, Roque Barcia utiliza un híbrido entre *palastre* y *palustre*: ambas se refieren a una paleta estrecha de albañil, que se utiliza para rejuntar.

⁴⁹ BARCIA MARTÍ, Roque: “Cuatro meses en París”, *El Teatro Español*, 18 de marzo de 1859, p. 5.

pensar que fuera de España todos roban y que la comida es mala⁵⁰. Este último aspecto, precisamente, obsesiona a Barcia. A su ya delicada salud, relacionada según dice con «una afección nerviosa»⁵¹ y que le impide habitar pisos altos –¿acrofobia?–, se suma su disgusto con la comida francesa:

«La cocina francesa tiene gran fama; no se la quito, no soy perito en la materia; pero lo soy en punto á conocer mi paladar y mi estómago, y digo en pleno París, que echo muy de menos mis pichones de la Plaza de Herradores, el guisado que me aliñaba mi muger, y mi clásico vino de Valdepeñas. [...] En materia de comer y beber, sépalo el magnífico París, soy castizo español»⁵²

La situación le lleva, incluso, a lamentar que los hombres que se «consagran a la vida intelectual» se vean afectados por las necesidades materiales. En su opinión, estos hombres, «estos mártires de la historia, estos santos de la conciencia, estos sacrificios sagrados de donde saca el mundo su fuerza mejor» –es decir, él– deberían estar dotados por la Providencia de una «existencia elemental como la tierra» y «conservarse en su propia virtud»⁵³. Todo es un martirio para Barcia y redundante en su autopercepción –y proyección pública– como profeta. En cualquier caso, es un ejemplo más del mal efecto que le causa París. Salvo alguna excepción, su opinión general de la ciudad y de sus habitantes –elaborada a partir de múltiples situaciones y anécdotas– es muy negativa y se puede resumir en una sola palabra: inmoralidad.

«Creo, pues, que París es un pueblo inmoral, inmoral de un modo picante, novelesco, fantasmagórico; inmoral de una manera delicada, graciosa, aún artística: sobre todo, de una manera relumbrona, dramática, teatral. Brillante, muy brillante, muy reluciente, muy bonito, muy fascinador, todo lo que se quiera; pero inmoral; tan inmoral, que ha logrado el prodigio de civilizar la inmoralidad; el prodigio asombroso de hacer de la inmoralidad una cultura célebre»⁵⁴.

No era, desde luego, una opinión nueva en Barcia ni le hacía falta llegar a París para pontificar sobre la inmoralidad del arte francés, como ya se ha visto con

⁵⁰ DE OCHOA, Eugenio: “El español fuera de España”, en *Los españoles pintados por sí mismos*, tomo 2, Madrid, J. Boix Editor, 1844, pp. 442-451.

⁵¹ BARCIA MARTÍ, Roque: “Cuatro meses en París”, *El Teatro Español*, 28 de febrero de 1859, p. 5.

⁵² BARCIA MARTÍ, Roque: “Cuatro meses en París”, *El Teatro Español*, 18 de marzo de 1859, p. 7.

⁵³ BARCIA MARTÍ, Roque: “Cuatro meses en París”, *El Teatro Español*, 17 de abril de 1859, p. 8.

⁵⁴ BARCIA MARTÍ, Roque: *Un paseo por París...*, p. 67.

anterioridad. Con todo, la ciudad resulta ser, a ojos del escritor público, un palacio por fuera y un sepulcro por dentro.

La estancia en París, si bien pudo aportar cierta calma provisional a la vida de Barcia, no cambiaba la situación política española ni detenía su dinámica. Y las noticias que llegaban de España no eran buenas: por unas cartas de algunos amigos supo que el gobierno había ordenado recoger toda la edición de *El cristianismo y el progreso*. Los dolores del escritor público no tenían fin. Sin más recursos que su oficio, como «humilde obrero de la inteligencia», la imposibilidad de vender sus libros le abocaba por un lado, a sufrir recriminaciones por parte de su esposa y, por otro, a tener que pedir ayuda económica de manera vergonzosa. Sus lamentos en este sentido son más que significativos:

«En efecto, difícilmente se concebirá una situación más terrible que la del hombre que dedica su vida entera al esclarecimiento y propagación de una verdad; de una verdad extraña todavía á la civilización particular del siglo ó del pueblo en que vive. Todo lo ha puesto en manos de su idea: vigiliias, patrimonio, salud, amor, destino... ¿Para qué? Para oír en una hora, en un momento, la voz de una mujer, de una hermana, de una madre: *mira que no tenemos que comer; mira que no podemos pagar al casero; mira que es necesario abandonar esos papeles indigestos, y buscar recursos*, tal vez pedir, quizá sufrir la afrenta de quien vale menos, porque sirve menos, porque está mucho más distante de los altos fines que la vida humana tiene que cumplir en el mundo. ¿Qué se hace? Dejar los papeles (el vulgo de las mujeres los llama *papeluchos*) y buscar dinero; pedirlo; sentir en el rostro el calor tremendo de la vergüenza. ¡Qué poco meditan sobre esto los legisladores que condenan al escritor, como se condena al malhechor ó al vago!»⁵⁵

Barcia no sólo construye y difunde de manera consciente su imagen de mártir y profeta social, sino que comparte profusamente con sus lectores sus sentimientos, sus temores y las angustias cotidianas que mortifican al *obrero del pensamiento*, al *jornalero de la idea*. Pero era muy tarde ya para reconstruir el escenario que había dispuesto para su actividad pública y que con tanto empeño había construido ¿Cómo abandonar esa misión de *elegido*, por mucho que acuciaran las necesidades?

En estas circunstancias, el anuncio de la prohibición de *El cristianismo y el progreso* dejó a la pareja, según contaba Barcia, «con el moco caído», ya que tenían depositadas todas sus esperanzas de subsistencia en los beneficios del libro. Con esta,

⁵⁵ BARCIA MARTÍ, Roque: “Cuatro meses en París”, *El Teatro Español*, 24 de abril de 1859, pp. 5-6.

según asegura, le habían prohibido siete obras consecutivas financiadas con caudales propios y ajenos que, en total, habían costado no menos de 400.000 reales. Invirtió sus últimos dos mil duros en *El cristianismo y el progreso*, con lo que quedó en la ruina⁵⁶. Parece claro que este último empeño, después de la prohibición de otras obras suyas como el *Catón político*, no había sido precisamente una buena idea. Algo debía imaginar cuando lo publicó bajo un pseudónimo. La escena que dibuja al hilo de la recepción de la noticia es significativa, ya que las diferentes actitudes que pone en escena a través de Ana y de él mismo vienen a reforzar esa idea de incomprensión frente al sacrificio que ofrece como profeta social:

«Mi mujer calla; pero me mira con un aire que quiere decir: ¿no te lo dije? ¿Quién te obliga á meterte á redentor, cuando no eres el Mesías prometido? Yo callaba, pero miraba á mi compañera con una expresión que equivalía á la siguiente: mujer, no hables de lo que no comprendes; no hables de un asunto que es tan superior á tu inteligencia y á tu sentimiento. Hay muchas cosas que parecen errores de nuestra conducta, y que son verdades de conciencia, inspiraciones inevitables de un deseo virtuoso, sobre las cuales debe correrse un velo de misterio y de veneración. Si los hombres no salieran del círculo en que obran como hijos, como padres y como esposos [...] ¿Qué sería del mundo?»⁵⁷

Barcia no era un hombre que aceptase críticas. Simplemente, obrar a impulsos de la propia conciencia y virtud en aras de difundir la verdad —aunque ya hubiese intuido que la cosa iba a acabar mal— era algo que su mujer no podía comprender. Es, al fin y al cabo, la razón del hombre público contra la razón doméstica de la mujer. Por el camino, se habían quedado «sin medios humanos de vivir». Además, parece que su generosidad con un compatriota en apuros le llevó incluso a comprometer su regreso a España. Pudieron volver gracias a la ayuda de unos amigos de Reus que le enviaron cien duros a París y otros cien a Madrid, para que a su llegada tuviesen algo con lo que ir

⁵⁶ BARCIA MARTÍ, Roque: *Un paseo por París...*, pp. 244 y 387. Además de sus 2.000 duros, la publicación de *El cristianismo y el progreso* había consumido unos 15.000 reales con los que le habían ayudado «algunos excelentes amigos». En cuanto a las siete obras que dice que le habrían prohibido hasta el momento, con toda seguridad se refiere a *El cristianismo y el progreso*, *Catón político*, *La verdad y la burla social* y la *Historia de los Estados-Unidos* que le recogieron en Valencia. Las dos restantes podrían ser *Filosofía del alma humana* y *Generación de ideas*, que había publicado juntas en 1856, pero es mucho más probable que se trate de *Las armonías morales* y *El nuevo pensamiento de la nación*, dos obras que son mencionadas en muchas reseñas de la época y que no he podido localizar.

⁵⁷ *Ibid.* p. 244.

viviendo hasta que pudiesen recomponerse económicamente. No quedaba otro remedio que empezar de nuevo⁵⁸.

Excurso literario

Finalmente, el regreso a España se debió producir hacia el verano de 1858. Es muy posible que el momento elegido estuviese condicionado por la disponibilidad de recursos económicos, pero también coincidía con la inauguración de un nuevo periodo de tímida apertura del régimen isabelino. La reina había llamado a O'Donnell a formar gobierno en el mes de junio, dando inicio al llamado *gobierno largo* de la Unión Liberal (1858-1863), un proyecto de estabilización del régimen de corte liberal conservador que trataba de recuperar el principio unionista de 1854, mediante la integración de los sectores moderados más liberales y los progresistas más tibios⁵⁹. Esta circunstancia propició un cambio de estrategia en los republicanos, ya que les hizo albergar esperanzas de cierta apertura y tolerancia. A diferencia de los progresistas, habían optado por el retraimiento electoral desde 1856 con un doble objetivo: por un lado, denunciar la ficción política del sistema moderado y, por otro, dejar que la dinámica política exacerbara las fricciones internas del moderantismo hasta su suicidio. El nuevo contexto político, de dominio *vicalvarista*, permitía pensar en un proceso más limpio para las elecciones que debían celebrarse en octubre de 1858. Por esta razón, los demócratas y republicanos decidieron abandonar el retraimiento y prepararse para el proceso electoral, mediante la convocatoria de comités electorales. Este giro legalista no supuso el abandono de la vía insurreccional, retomada tras el golpe de julio de 1856, con el objetivo de acabar con los obstáculos que impedían el ejercicio tanto de las libertades públicas como de la soberanía efectiva del pueblo. En un contexto de crisis de

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 244 y 386-387. Barcia agradece la ayuda económica que le han prestado algunos familiares y amigos –los maridos de sus hermanas Amparo y Filomena, su cuñado Salvador de Cantos– aunque destaca en especial el caso de José Mallol: «cuando me he visto sin medios humanos de vivir, después de veinticinco años de estudios constantes, de constantes vigilijs; un artesano, un menestral, un hombre que no me conocía; un hombre que había aprendido á leer en un libro mío, se redujo á comer un pedazo de pan, y me enviaba, contra mi voluntad, todo el preciosísimo capital de sus economías: este artesano, esta alma grande, es José Mallol, natural de Gandía, provincia de Valencia. Pongo este ejemplo en primer lugar, porque José Mallol no me daba lo que él tenía, sino lo que arrancaba de su existencia».

⁵⁹ La obra de referencia sobre la Unión Liberal como proyecto político sigue siendo DURÁN DE LA RUA, Nelson: *La Unión Liberal y la modernización de la España isabelina: una convivencia frustrada 1854-1868*, Torrejón de Ardoz, Akal, 1979. Más recientemente, ha abordado el tema BURDIEL, Isabel: *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*, Madrid, Taurus, 2010, esp. pp. 579-786. Una aproximación reciente al estado actual de conocimientos sobre la Unión Liberal, en PURIFICACIÓN NICLÓS, Matilde: “La Unión Liberal en el sistema político isabelino. Concepciones, alcances y limitaciones (1858-1863), *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V*, 29 (2017), pp. 225-250.

los partidos tradicionales –en especial del progresista–, de incapacidad del régimen isabelino para reformarse y de creciente malestar social, el crecimiento de la democracia en esos años se produjo, en gran medida, mediante la extensión de redes clandestinas de acción y propaganda, bastante bien articuladas y operativas. Aunque la actividad conspirativa e insurreccional no obtuvo los resultados apetecidos en el plano político, sí que fue capaz de atraer hacia el movimiento a un contingente popular nada despreciable mediante el asociacionismo clandestino⁶⁰.

En este contexto de movilización republicana a todos los niveles, Barcia fue elegido por los demócratas del distrito de Gran Canaria para que, junto a Nicolás María Rivero, compitiera con las candidaturas electorales de los moderados Luis González Brabo y Manuel Bertrán de Lis. No les fue demasiado bien, ya que vencieron los moderados y por gran mayoría, aunque Rivero logró ser elegido por Valencia y fue el único representante demócrata en Cortes hasta 1863⁶¹. También aparece el nombre de Barcia en la lista de escritores que, según anunciaba *La Discusión* en octubre de 1858, estaban encargados de la redacción de un nuevo *Diccionario Democrático Español*, bajo la dirección de Eduardo Chao⁶². Sin embargo, el proyecto debió malograrse y no salió adelante. Barcia era desde luego una figura reconocida por su labor propagandística vinculada al partido demócrata, ya que al parecer sus libros habían circulado por miles entre los republicanos, incluso estando prohibidos, como se ha visto con el caso de Taberner⁶³. Pero, a pesar del ambiente algo esperanzador que acompañó su regreso a España aquel verano de 1858, su situación era a todas luces lo bastante precaria como para evitar embarcarse en proyectos arriesgados, por mucho que su

⁶⁰ PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 351-380.

⁶¹ González Brabo obtuvo 224 de los 258 votos emitidos en el distrito de Guía y Bertán de Lis consiguió 240 de los 292 votos emitidos en el distrito de Las Palmas. En www.congreso.es (visto el 5-10-2018). *La Discusión*, 29 de octubre de 1858, p. 2; *La España*, 24 de noviembre de 1858, p. 2 y 10 de diciembre de 1858, p. 3. Hay que señalar que el gobierno de O'Donnell prohibió la celebración de las reuniones electorales demócratas en muchas ciudades, aunque eso no impidió que se presentasen candidaturas. En PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 363-364.

⁶² *La Discusión*, 24 de octubre de 1858, p. 4. El programa del *Diccionario Democrático Español* incluía: «Esposición crítica de todos los sistemas políticos y socialistas; principios de legislación y de administración pública; reformas democráticas; geografía política universal y diplomacia; juicio de los grandes hechos históricos; biografías de los mas célebres publicistas, oradores, revolucionarios y hombres de Estado, con trozos escogidos y extractos de sus obras y discursos mas notables»

⁶³ En un texto “A sus amigos” de 1859, Barcia asegura que hay muchos pueblos que le han honrado «con tantas muestras inequívocas de predilección y de cariño, y en donde los ejemplares de mis obras han circulado á miles, sin contar los miles que desean, que tienen pedidos y que no pueden alcanzar, por hallarse agotadas todas las producciones mías que han visto la luz, aun las del género puramente literario», *El Teatro Español*, 17 de abril de 1859, p. 2.

conciencia y su virtud se lo exigieran. Empujado a empezar de nuevo, su carrera dio un giro radical desde finales de 1858. Aún publicó el folleto *Cuestión de Italia* a principios de 1859 –según decía para satisfacer a los amigos que le escribían de provincias–, pero desde su regreso reorientó su producción escrita hacia el ya conocido campo de la literatura y, en especial, hacia el campo de las artes escénicas.

Barcia no abandonó su compromiso político con el partido demócrata, ya que siguió estando presente en las cuestiones señaladas, como la polémica entre socialistas e individualistas que dividió al movimiento en 1860. Pero, como ya se ha apuntado, entre 1859 y 1864 se alejó de la propaganda política y volvió temporalmente a la senda literaria, no exenta tampoco de significado político. A principios de 1859 fundó la revista *El Teatro Español* –de efímero recorrido–, redactada casi en su totalidad por él mismo y por Miguel Vicente Roca, con alguna colaboración de autores como Luis de Eguilaz o Timoteo Alfaro. La publicación se dedicaba a la crítica teatral, aunque la mayor parte del espacio lo ocupaban las series de artículos literarios de Barcia, como la ya referida “Cuatro meses en París” o “Grandes épocas”. De hecho, Barcia no firmó ninguna de las críticas teatrales que aparecieron en los doce números que se publicaron. El editor de la revista era Leonardo Sánchez Deus, un garibaldino que había luchado junto a Sixto Cámara en 1856 y que, a finales de 1859, partió rumbo a Italia con objeto de unirse al ejército de Garibaldi, alcanzando allí el grado de teniente⁶⁴. Es muy probable que la interrupción de *El Teatro Español* en el mes de mayo, con apenas tres meses de andadura, tuviera mucho que ver con esta circunstancia. Tras la cancelación de la revista, Barcia colaboró con algunas publicaciones como la valenciana *Guadalquivir* y con *El Nuevo Pensil de Iberia*, de Margarita Pérez de Celis y M^a Josefa Zapata. En esta última publicación, fourierista y emancipista, colaboraron también Fernando Garrido, Sixto Cámara, Narciso Monturiol y Francisco Pi y Margall⁶⁵. Pero

⁶⁴ Una aproximación a los españoles que lucharon en Italia junto a Garibaldi, en PASCUAL SASTRE, Isabel María: *La Italia del Risorgimento y la España del Sexenio Democrático (1868-1874)*, Madrid, CSIC, 2002. En cuanto a Leonardo Sánchez Deus, ver las pp. 383-393.

⁶⁵ JIMÉNEZ MORELL, Inmaculada: *La prensa femenina en España (desde sus orígenes a 1868)*, Madrid, Ed. De la Torre, 1992, pp. 104-105; ESPIGADO, Gloria: “Editoras de prensa en España a mediados del siglo XIX: el caso de las fourieristas”, en CANTOS, Marieta (ed.), *Redes y espacios de opinión pública: de la Ilustración al Romanticismo. Cádiz, América y Europa ante la Modernidad, 1750-1850. XII Encuentro, Cádiz 3, 4 y 5 de noviembre de 2004*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2006; ID. “La Buena Nueva de la Mujer Profeta. Identidad y cultura política en las fourieristas M^a Josefa Zapata y Margarita Pérez de Celis”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2008), pp. 15-33.

hay que decir que las aportaciones de Barcia fueron esporádicas y que, en todos los casos, se trataba de textos filosóficos o literarios publicados con anterioridad⁶⁶.

Además de sus publicaciones en prensa, en aquel tiempo Barcia también sacó la cuarta edición del *Nuevo diccionario de la lengua castellana* en 1860 y el ya aludido *Un paseo por París* (1863), así como una *Filosofía de la lengua española. Sinónimos castellanos*, publicada en dos tomos en 1863 y 1865. En esta recogía los estudios filológicos que había publicado años antes en *La España Literaria*, *La España Literaria y Recreativa* y *Círculo Científico y Literario*, ampliándolos considerablemente. Como ya había hecho en otras ocasiones, Barcia apeló públicamente a la ayuda de personajes bien situados para lograr recomendaciones de su obra. En este caso se trata del médico Miguel Rosselló y Cervera, diputado a Cortes en aquel momento y antiguo compañero de su época en Montpellier. Le dedicaba sus *Sinónimos castellanos* en noviembre de 1863 y lo interpelaba para que obrase a favor de su libro: «No se trata de mí; sino de la lengua; no soy yo; es mi libro. [...] Emplee V., mi querido amigo, su privilegiada actividad en favor del habla que aprendimos al venir al mundo, y tenga por seguro que no ha de pesarle, porque quien trabaja por un pensamiento, trabaja por Dios»⁶⁷.

No se puede dudar de la habilidad de Barcia para buscar mercado y público en una situación poco favorable, mediante el recurso a un tipo de producciones literarias dirigidas a un público amplio, como puede ser la literatura de viajes o los diccionarios. Pocos meses después la maniobra obtuvo su fruto, ya que el diputado Rosselló fue recibido en Aranjuez por la reina Isabel y su esposo «con objeto de ofrecer á las reales personas dos ejemplares, encuadernados con extraordinario lujo, del primer tomo del Diccionario de sinónimos, publicado por el distinguido escritor Roque Barcia»⁶⁸. El editor de la obra, Nemesio López Bustamante, pensaba ofrecer también un ejemplar a cada uno de los ministros de la Corona. Algunas semanas después, Sus Majestades confirmaban a Rosselló «que lo creían obra de grande mérito y de gran trabajo, y que

⁶⁶ En *Guadalquivir* publicó las “Grandes épocas” que ya habían aparecido en *El Teatro Español*. Por otra parte, Barcia aparecía como colaborador en *El Pensil de Iberia*, pero apenas publicó alguna entrega de “Cuatro meses en París”.

⁶⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: *Filosofía de la lengua española. Sinónimos castellanos*, vol. 1, Madrid, Imp. de la Viuda e Hijos de José Cuesta, 1863, p. 3.

⁶⁸ *El Contemporáneo*, 1 de junio de 1864, p. 3. Quizás como agradecimiento o como respuesta a una petición, Barcia publicó unos días antes de la reunión una “Oración a la Virgen” para Anita Rosselló de la Torre, hija de Miguel Rosselló. En *El Céfitro*, 22 de mayo de 1864, p. 7.

tendrían mucho gusto en aparecer como primeros suscritores»⁶⁹. Cuando finalmente se publicó el libro en octubre de 1864, los principales periódicos de la capital elogiaban la utilidad de la obra y recomendaban su estudio a los lectores, destacando la «profundidad de conocimientos y la galanura de estilo»⁷⁰ del autor. A pesar de los elogios y del cierto éxito que tuvieron los *Sinónimos castellanos*, hay que decir que, en opinión de Bernard Levy, también representan «el fracaso más importante en la historia de la materia». Simplemente, la mayor parte de las distinciones que se establecen no se corresponden, parcial o totalmente, ni con los ejemplos de uso cotidiano ni con los que se encuentran «en los mejores autores modernos, y aun clásicos». Aun así, los *Sinónimos castellanos* de Barcia seguían siendo el libro de referencia más usado en la década de 1940⁷¹.

En cualquier caso, Barcia compaginó toda esta actividad literaria que se viene comentando con la composición de obras de teatro y de libretos para zarzuelas. Según podemos leer en la prensa de la época, entre 1860 y 1864 se estrenaron hasta ocho composiciones del *conocido literato*, entre comedias, dramas, pasillos y zarzuelas, con un éxito desigual que oscila entre «medio» y «malo»⁷². Debió escribir otras que no llegaron a estrenarse, como se desprende de una carta que mandó a Luis Mariano de Larra en marzo de 1860, datada en Valencia⁷³. Todo apunta a que se había trasladado de nuevo a la ciudad, temporalmente, por aquella época. En la misiva, refiere una lectura del drama *El lago de Ginebra —o La mejor patria, el amor—* que está componiendo y solicita a Larra su opinión acerca de ciertos cambios que introduce en el texto, aunque no tenemos noticia de que se llegara a poner en escena. Sí que estrenó poco después en

⁶⁹ *La Correspondencia de España*, 4 de julio de 1864, p. 1. En el *Anuario republicano federal* de 1871 cuentan que «Cuando publicó los *Sinónimos*, un elevado personaje le dijo que el rey quería subvencionar la obra con diez mil duros, que se reimprimiese en la Imprenta Nacional, y que el autor entrase en la Academia, y [Barcia] contestó: *Diga usted al rey que es muy estúpido para que yo reciba dinero de sus manos; que nada le he pedido y nada me debe*». Sin embargo, no dicen nada de la suscripción de los reyes a la obra. En *Anuario republicano federal...*, p. 1424.

⁷⁰ *El Contemporáneo*, 16 de octubre de 1864, p. 3; *La Correspondencia de España*, 16 de octubre de 1864, p. 2; *La Época*, 15 de octubre de 1864, p. 3; *La Iberia*, 16 de octubre de 1864, p. 3; *La Nación*, 17 de octubre de 1864, p. 4; *La Corona*, 18 de octubre de 1864, p. 1. El diario demócrata *La Discusión* no recoge la noticia.

⁷¹ LEVY, Bernard: “Libros de sinonimia española”, *Hispanic Review*, vol. X, nº 4, 1942, pp. 304-305; GONZÁLEZ PÉREZ, Rosario: “Sinonimia y teoría semántica en diccionarios de sinónimos de los siglos XVIII y XIX”, *Revista española de lingüística*, nº 24, 1994, p. 40.

⁷² *La Correspondencia de España*, 15 de marzo de 1860, p. 2, 2 de febrero de 1862, p. 4 y 6 de marzo de 1864, p. 3; *La Discusión*, 1 de enero de 1862, p. 4.

⁷³ “Carta de Roque Barcia a Luis Mariano de Larra”, Valencia, 13 de marzo de 1860, Biblioteca Nacional de España [BNE], MSS/23067/6.

Valencia, en abril de ese mismo año, el drama histórico *La sortija*⁷⁴ –ambientado en París a finales del siglo XIII– y la comedia *Una escena de Cervantes*⁷⁵.

En relación con esto, es interesante destacar la vivísima admiración que Barcia muestra hacia la figura del autor de *El Quijote*, al que veneraba como una de las grandes contribuciones *españolas* al devenir del progreso humano. Lo veía como un regenerador de la humanidad, como un artífice de la renovación operada en la historia por obra de la ley cristiana, al igual que Jesucristo o Colón, por ejemplo⁷⁶. En definitiva, Miguel de Cervantes constituía en su imaginación la figura del genio; un genio que había alcanzado la verdad, pero que había muerto ignorado y en la miseria. Le dedicó, al menos, un par de obras de teatro: la referida *Una escena de Cervantes* y *El pedestal de la estatua*⁷⁷, que en realidad es una versión ampliada de la primera y no debió ser la única que hizo⁷⁸. En cualquier caso, el argumento es el mismo en ambas: Cervantes vive pobre y olvidado, sin posibilidad siquiera de pagarse un sepulcro; incluso tiene que internar a su hija en un convento porque no puede mantenerla. El genio se dedica a su pensamiento mientras su ama, Inés, se lamenta de la falta de recursos y le reprocha su dedicación a las letras. En esta situación, le visita el Condestable en nombre del rey con la intención de llevarse su espada, para la conmemoración de Lepanto. Cervantes le recrimina que se acuerden de la espada, pero no de él y de su situación. Finalmente, el

⁷⁴ Estrenada en la primavera de 1860 en el teatro Princesa de Valencia; *La Correspondencia de España*, 15 de marzo de 1860; AHN, *Consejos*, leg. 11395, nº 83; BNE, MSS/14215/22.

⁷⁵ Estrenada el 28 de abril de 1860 en el teatro Principal de Valencia; *La Correspondencia de España*, 15 de marzo de 1860, p. 1 y 13 de octubre de 1860, p. 1; AHN, *Consejos*, leg. 11395, nº 99; BNE, MSS/14224/5.

⁷⁶ Ensalza muchas veces la figura de Cervantes, por ejemplo en *La España Literaria*, 15 de julio de 1852, pp. 3-4; *La España Literaria y Recreativa*, 15 de julio de 1853, p. 121; BARCIA MARTÍ, Roque: *Un paseo por París...*, pp. 214-215 y 245-246.

⁷⁷ Estrenada en el teatro de Variedades el 5 de marzo de 1864; *La correspondencia de España*, 6 de marzo de 1864, p. 3; BARCIA MARTÍ, Roque: *El pedestal de la estatua. Drama original, en dos actos y en verso*, Madrid, Imp. de F. Martínez García, 1864. Es una versión de *Una escena de Cervantes*.

⁷⁸ En octubre de 1861, la prensa se hacía eco de que el drama titulado *Cervantes*, que se iba a representar en el teatro Novedades, era de Joaquín Tomeo y Benedicto y no tenía nada que ver con el drama del mismo título compuesto por Roque Barcia para el teatro del Príncipe. Parece que este debía estrenarse el 23 de abril de 1862, con objeto de conmemorar la muerte de Cervantes, pero finalmente el empresario del Príncipe –Pedro Delgado– optó por programar *El Quijote*, de Ventura de la Vega. Barcia dirigió a la prensa un comunicado denunciando la falta de consideración de Delgado «con un padre de familia enfermo, que no tiene otro patrimonio que sus tareas personales; con un hombre encanecido en el estudio, en el amor a las letras, en la honradez y en la desgracia». Es muy probable que se tratase de un arreglo de *Una escena de Cervantes* también, ya que Barcia lamenta haber invertido tres meses en *modificar* la obra por encargo de Delgado. En *La Iberia*, 12 de abril de 1862, p. 4. Las polémicas en *El Contemporáneo*, 6 de octubre de 1861, p. 4; *La Discusión*, 8 de octubre de 1861, p. 4; *La Iberia*, 11 de octubre de 1861, p. 4; *El Clamor Público*, 13 de abril de 1862, p. 1; *La Iberia*, 17 de abril de 1862, p. 3.

escritor se dirige al público –al pueblo– con *El Quijote* en la mano y le exhorta a que, cuando le levanten una estatua, lo hagan sobre su libro:

«Pueblo entusiasta y leal,
tú que ignoras hoy el mal
del pobre Miguel Cervantes,
cuando una estatua levantes
ahí tienes el pedestal. (Arroja el libro al proscenio)»⁷⁹

A la luz de lo visto hasta ahora, no parece arriesgado intuir en el Cervantes recreado por Barcia una imagen autorreferencial del genio pobre y denostado, detentador de un pensamiento ignorado pero que será reconocido en un futuro:

«Una edad nos dá un quebranto,
luego otra edad os protege,
que para un siglo es herege
quien para otro siglo es santo»⁸⁰.

Es una idea que repite constantemente en sus textos, relacionada con la incomprensión, la persecución y la ruina que sufre por difundir sus doctrinas, dado que no tiene otro medio de procurarse la vida más que por la escritura. El tono llega a ser realmente pedigüeño en algunas ocasiones, como cuando publicó algo después *Un paseo por París* (1863), en el que encontramos un pasaje cargado de patetismo:

«Lector mío, cuando esta obra se publique, no te parezca cara. No tengo otro sueldo, ni otro patrimonio que mi trabajo personal, mi trabajo de sol á sol como humilde obrero de la inteligencia, y de esta obra he de sacar más de mil duros que habré tenido que gastar para escribirla, y si pudiera ser, para comprar la lápida de mi madre»⁸¹

Esa necesidad económica acuciante, que sin duda existía, debe explicar su intensa dedicación en esos años al teatro breve en un acto, más accesible que los dramas y comedias en varios actos. En apenas un año –entre mayo de 1861 y marzo de 1862– estrenó las piezas cómico-líricas *El canapé* y *Una hija de Despeñaperros*⁸², las

⁷⁹ BARCIA MARTÍ, Roque: *Una escena de Cervantes. Drama original en un acto y en verso*, BNE, MSS/14224/5; BARCIA MARTÍ, Roque: *El pedestal de la estatua...*, p. 59.

⁸⁰ BARCIA MARTÍ, Roque: *Una escena de Cervantes...*

⁸¹ BARCIA MARTÍ, Roque: *Un paseo por París...*, p. 227.

⁸² *Una hija de Despeñaperros. Escena cómico-lírica*, Madrid, 1861, BNE, MSS/14490/22. Estrenada en el teatro Novedades el 15 de marzo de 1861. AHN, *Consejos*, leg. 11396, nº 167. *El Clamor Público*, 14 de marzo de 1861, p. 3; *La Discusión*, 1 de enero de 1862, p. 4.

zarzuelas *Una antigua española* y *Pedro el marino* y la comedia *Juan Pérez*, su única obra extensa en esa época. Colaboró en las piezas líricas con el músico Rafael Taboada Mantilla, entonces joven compositor que alcanzó fama, ya en el último tercio del siglo XIX, como autor de zarzuelas y como uno de los primeros cultivadores de la opereta española⁸³. Es significativo que Barcia se dedicara en esos momentos al género chico, ya que detestaba la zarzuela, esa «mezcla impura y hasta repugnante para toda persona que tenga la emoción del arte verdadero», aunque también pensaba que era un medio transitorio que llevaría a la «gran ópera española»⁸⁴. Quizás ese interés común les llevó a colaborar, además de la necesidad de ganarse la vida. Barcia no había tenido éxito como dramaturgo –ni lo tendría ahora–, pero creía firmemente en la utilidad social y moral del espectáculo para que el hombre se recrease y se civilizase. En ese sentido, el teatro debía ser social, acorde con el espíritu del siglo⁸⁵.

En este marco, Barcia aborda tres temas a través de sus obras de teatro. Por un lado, en *El canapé*⁸⁶ plantea una jerarquización de las relaciones sociales de poder, en cuya cúspide sitúa a las mujeres. La obra, originalmente titulada *El primer mono*, tuvo que ser reformada por el autor varias veces, ya que el censor Antonio Ferrer del Río consideró que no podía ser autorizada «por estar llena de inconveniencias sociales». La moraleja original de la obra venía formulada en la escena final de *El primer mono* por

⁸³ Rafael Taboada Mantilla (1837-1914) fue profesor de canto, director de la banda y capilla del Hospicio de Madrid y profesor honorario del Conservatorio de María Cristina. Se dedicó tanto a la zarzuela grande como al género chico y publicó también muchas canciones de temática variada. Algunas, como *¡Desengaño!* o *¡Ilusión!*, con letra de Roque Barcia. RHODES DRAAYER, Suzanne: *Art song composers of Spain. An Encyclopedia*, Lanham, The Scarecrow Press, 2009, p. 230-232; *Diccionario Biográfico Español*, Real Academia de la Historia [<http://dbe.rah.es/biografias/8456/rafael-taboada-mantilla>] (visto el 13 de julio de 2018).

⁸⁴ BARCIA MARTÍ, Roque: *Un paseo por París...* p. 184. El debate en torno a la posibilidad de una *ópera nacional española* fue muy intenso en el siglo XIX. Ver SÁNCHEZ DE ANDRÉS, Leticia: “España en música. La búsqueda imposible de una identidad musical nacional durante el siglo XIX”, en MORALES MOYA, Antonio, FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo y DE BLAS GUERRERO, Andrés (dirs.): *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores, 2013, pp. 464-478.

⁸⁵ Se puede ver su “Introducción” en *El Teatro Español*, 1 de febrero de 1859, pp. 1-3 y BARCIA MARTÍ, Roque: *Un paseo por París...* p.180 y ss.

⁸⁶ *El canapé. Pasillo cómico-lírico en un acto y en verso*, BNE, MSS/14080/6/1 y MSS/14080/6/2. Estrenada el 11 de mayo de 1861 en el teatro del Circo. AHN, *Consejos*, leg. 11396, nº 85. *El Contemporáneo*, 12 de mayo de 1861, p. 4; *La Discusión*, 14 de mayo de 1861, p. 4; *La Iberia*, 12 de mayo de 1861, p. 1; *La Discusión*, 14 de mayo de 1861, p. 4; *La Época*, 14 de mayo de 1861, p. 1;. Aparece inicialmente con el nombre *El primer mono*, aunque se cambió el título para su estreno por la evidente alusión a la obra *El último mono*, recientemente estrenada y escrita por Narciso Serra a partir de una idea de Alphonse Karr. En los ejemplares manuscritos que se encuentran en la BNE, *El canapé* es copia literal de una de las versiones de *El primer mono*; *El primer mono* en BNE, MSS/14465/18 y MSS/14461/4.

su protagonista, la condesa Catalina, tras vencer a su esposo en una disputa acerca de quién debía dormir en un canapé:

«Cúmplase – Nadie se asombre.
El pensamiento profundo,
de que el hombre manda al mundo,
y la mujer manda al hombre»

Al final, la versión representada añadía a lo anterior una estrofa final, en la que la protagonista era castigada por su egoísmo, al romperse el canapé en el que pretendía descansar:

«¡Se ha roto el canapé!
¡Oh, maravilla!
Quise abusar de una silla,
y Dios me ha dejado en pie»⁸⁷

El matiz, desde luego, es diferente y desvirtúa la contundencia de la afirmación anterior, quedando la protagonista humillada tras un triunfo que subvierte el *orden natural* de las cosas.

En segundo lugar, Barcia censura en *Una antigua española*⁸⁸ las costumbres de ciertas familias, que se aferran a usos sociales tradicionales y que no contribuyen al mejoramiento social. Esto se puede ejemplificar en las palabras de la protagonista, Magdalena, que se desahoga con una amiga al descubrir que su marido es infiel:

⁸⁷ Así lo recoge una crítica en *La Época*, 14 de mayo de 1861, p. 1. En el manuscrito arreglado de la obra, el final recoge esa humillación también, pero de forma diferente: «¡Lo que puede una muger! / Aquí dormiré mejor, / sin ser de ninguno vista... / Ah! Se ha roto: fui egoista / y Dios castiga mi error», en *El canapé...* BNE, MSS/14080/6/2. En cuanto al cambio en este final para su representación, el diario unionista *La Época* veía dos alusiones a la silla que se rompe y la señora que queda en pie: «Y aquí encuentro yo, por lo menos, dos alusiones. Una á las sillas ministeriales. Y otra á las sillas del Prado. O mas claro. Una á los ministros, que no deben abusar de las sillas, es decir que no deben calentarlas mucho, ni sentarse en ellas de golpe, ni hacer nada, que pueda producir la rotura de las sillas y su caída por consiguiente. Y otra á los que ocupan en el Prado dos ó tres ó cuatro sillas, no pagando más que una; es decir, que en esta se sientan, y en otra apoyan un brazo, y en otra apoyan el otro, y en otra ponen un pie, y otro en otra, y el sombrero en otra». En *La Época* citada.

⁸⁸ *Una antigua española. Zarzuela original en un acto y en verso*, Madrid, 1861, BNE, MSS/14379/1; MSS/14606/2/1 y MSS/14606/2/2. Estrenada el 24 de octubre de 1861 en el teatro del Circo. *El Clamor Público*, 27 de octubre de 1861, p. 3; *La Iberia*, 27 de octubre de 1861, p. 3; *El mundo militar*, 10 de noviembre de 1861, p. 359.

«Será una mania
el sentir de modo tal;
pero estoy muy mal, muy mal
con los maridos de hoy día.
Esto –aunque no te cuadre–
me hara perder el sentido:
yo quiero que mi marido haga
lo que hizo mi padre.
Ir por la mañana a misa;
el chocolate después;
luego al teatro... cada mes;
y el sábado una camisa.
Procurar... con buenos fines!
dedicarse a algún asunto.
Comer a las doce en punto,
y por la tarde a maitines.
Volver luego a su techumbre
con su Juana o su Francisca;
por la noche... alguna brisca;
cenar y... lo de costumbre.
Porque esa conducta insana
de la tertulia, el café,
la berlina, el cabriolé,
Atocha, la Castellana...
No hables! en vano ha de ser.
Viviendo de tales modos
son maridos... para todos
menos para su mujer.
Nada, terrible bataola!
No quiero esa vida ambigua!
Si lo dicho es ser antigua
yo soy antigua española»⁸⁹

El malestar de Magdalena «con los maridos de hoy en día» y su gusto por las costumbres antiguas se complementa con la ligereza de Manuel, su esposo, hombre poco comprometido con su compromiso conyugal, que aprovecha sus salidas del hogar para frecuentar a otra mujer, a la que ama y ha prometido incluso matrimonio. Magdalena defiende su posición en la sociedad conyugal y finalmente se reconcilian: Manuel deja a su amante y ella le perdona. A pesar del final feliz, la crítica se entiende por contraposición con los modernos *hombre y mujer sociales* de Barcia, orientados a gozar de los beneficios del matrimonio pero también a trascender el círculo doméstico y mejorar con sus semejantes en el trato social.

⁸⁹ En este alegato de Magdalena se suprimió una estrofa censurada: «Sale el hombre de su centro, / Se convierte en calavera, / y... ¡es claro! Lo que da fuera / hace después falta dentro». Se puede leer en *Una antigua española...* BNE, MSS/14379/1.

Finalmente, en tercer lugar, Barcia plantea en *Pedro el marino*⁹⁰ y *Juan Pérez*⁹¹ la contraposición entre el hombre de baja extracción social, pero honrado, con el poderoso que adolece de algún defecto moral. En el primer caso se trata de Pedro, un marinero con problemas de bebida que, sin embargo, evita que un conde –que nació pobre y compró su título tras volver de América, a donde fue movido por su avidez de oro– secuestre a la joven María, de la que se ha prendado. Pedro rechaza el dinero que el conde le ofrece para que le preste ayuda en el asunto:

«Conde:	Pesiami! Tú me haces la guerra acaso?
Pedro:	El primero que dé un paso Muerde la tierra; alto ahí! ¡Alto, que doy al gatillo!
Conde:	Vuestros serán mis doblones
Pedro:	Si por oro sois ladrones ahí tenéis ese bolsillo
María:	Pedro! [...]
Pedro:	No temas, por vida de...! Dios ayuda a quien bien obra [...]
Conde:	Qué eres de ella? No colijo...
Pedro:	Qué soy de ella, voto a quien? Todo hombre es hombre de bien Para devolver un hijo [...] Hay un gusano acá dentro... A donde no llega el oro»

La idea aparece de nuevo en el caso de Juan Pérez, campesino aragonés rústico, burdo y de pocas luces, pero honesto y con buen corazón, que va a Madrid a reclamar al banquero don Baltasar una deuda de honra. Exige el matrimonio de su hija Juana con Anacleto, hijo de Baltasar, ya que habían tenido un encuentro en el pasado y el chico no había cumplido sus promesas de futuro. El banquero no ve adecuado que su hijo se case con una campesina y también pretende saldar el asunto mediante una cantidad de dinero: «no es pobre quien honra tiene», responde Juan rechazando el arreglo

⁹⁰ *Pedro el marino*, BNE, MSS/14365/10 y MSS/14081/4. Estrenada en el teatro de la Zarzuela el 12 de marzo de 1862. AHN, *Consejos*, leg. 11397, nº 78; *La España*, 11 de marzo de 1862, p. 4 y 14 de marzo de 1862, p. 3; *El Clamor Público*, 16 de marzo de 1862, p. 1. También aparece como *Pedro el borracho*, quizás por la alusión a la recientemente reestrenada *Pablo el marino*, una versión del drama *Paul Jones*, de Alexandre Dumas, traducida por Bretón de los Herreros en 1839. En GINÉ, Marta: “Cómo *Paul Jones* se convirtió en *Pablo el marino*”, en LAFARGA, Francisco, PALACIOS, Concepción y SAURA, Alfonso (eds.): *Neoclásicos y románticos ante la traducción*, Murcia, Universidad de Murcia, 2002, pp. 319-332.

⁹¹ *Juan Pérez. Comedia original en tres actos y en verso*, BNE, MSS/14357/7; BARCIA MARTÍ, Roque: *Juan Pérez. Comedia en tres actos y en verso*, Madrid, Imp. de José Rodríguez, 1862. Estrenada en el teatro del Príncipe el 1 de febrero de 1862. AHN, *Consejos*, leg. 11396, nº 52 y nº 283. *La Correspondencia de España*, 2 de febrero de 1862, p. 4.

económico que le ofrece Baltasar. Como ya había ocurrido con *El canapé*, Barcia tuvo que adaptar la obra, ya que inicialmente el censor Ferrer del Río consideró que no se debía autorizar «por lo espinoso de su argumento y por ocasionados á escandalo varios de sus pasajes». En cualquier caso, en ambas obras –*Pedro el marino* y *Juan Pérez*– la figura del malvado se asocia invariablemente con el defecto moral de un personaje elevado, fundamentalmente el orgullo, el arribismo, la usurpación, la codicia o las bajas pasiones. Las dos tramas se resuelven con el triunfo de las pretensiones de los hombres honestos. El ejemplo de los buenos –los morales– acaba siempre redimiendo a los malvados, que reconocen su error y se reconcilian con sus semejantes.

Tanto los temas que trata Barcia en las obras analizadas como la resolución que propone a los conflictos tienen unas claras implicaciones políticas que no pasaban desapercibidas al censor Ferrer del Río. El cuestionamiento de las convenciones sociales encerraba una inversión valorativa de las jerarquías –en clave socioeconómica o de género– en la que los débiles se veían sublimados por sus virtudes morales, mientras que los poderosos eran ridiculizados y vencidos. En definitiva, planteaba alternativas a la estructura social dominante desde una visión del mundo demócrata. Precisamente, la intervención del censor corrigió alguna de esas derivas subversivas, calificadas como *inconvenientes*, como era el caso de *El canapé*. La importancia capital del teatro como herramienta de producción y difusión de referentes culturales e identitarios y, por lo tanto, como escuela moral y política era objeto de reflexión desde la Ilustración, dada su influencia en la formación de la opinión pública⁹². Para un escritor como Barcia, implicado en la educación política del pueblo y convencido de la función moralizadora del arte, la producción teatral iba más allá de la mera tarea literaria y tenía una evidente proyección política.

Es muy probable que Barcia pensara en la búsqueda del bien y de la belleza como altos fines del arte cuando componía las obras mencionadas, pero su fracaso fue estrepitoso. Las críticas oscilan entre negativas y demoledoras. En general, se reconoce

⁹² El papel fundamental que desempeñó este tipo de literatura en el proceso de construcción de las identidades políticas, mediante la difusión y popularización del lenguaje, las narrativas y los imaginarios sociales de la democracia y del republicanismo, en MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La pasión revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 140-143 y ANDREU MIRALLES, Xavier: “«El pueblo y sus opresores»: populismo y nacionalismo en la cultura política del radicalismo democrático, 1844-1848”, *Historia y Política*, 25 (2011), pp. 65-91. GIES, David T.: *El teatro en la España del siglo XIX*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 8-56.

la buena versificación, pero se critica la falta de originalidad y el desarrollo pesado de las tramas, también la falsedad del fundamento de algunos planteamientos y moralejas. En algunas ocasiones, los críticos llegan incluso a lamentar que su buena reputación como pensador y filósofo se pueda ver afectada por la baja calidad de su producción teatral, o señalan la benevolencia con la que le ha obsequiado el público por esta circunstancia. Es el caso de *El canapé*, «especie de imitación violenta y poco feliz del pensamiento de El Último Mono»⁹³ que, sin embargo, fue aplaudida; en *La Discusión* opinaban que «es falso el fundamento de la moraleja con que termina»⁹⁴. De *Una antigua española*, estrenada junto a *Un jaleo en Triana* de Gutiérrez de Alba y Roseti, *La Iberia* decía que «son dos zarzuelas que nos dá pena recordarlas [...] El señor Fernández, que en la primera zarzuela cantó en serio, estuvo fatal»⁹⁵. La opinión de *El mundo militar* era palmaria:

«Libretto inocente y descabellado, sin plan, ni concierto, ni idea de la escena, ni siquiera versos aceptables hoy que los hacen todos los españoles sin distinción de clases. Nada había allí que justificase el trabajo que se tomó la empresa en admitir, disponer, ensayar y representar este *no sé qué*, cuya música parecía que quería ser algo, pero que era imposible que adquiriese ser de un libro que no le tenía»⁹⁶

No fue mejor la crítica de *Pedro el marino*, recibida con desagrado según anunciaba *La España*; por su parte, *El Clamor Público* señalaba los defectos de la obra —«querer encerrar en un solo acto una fábula muy complicada, demasiado lirismo en muchas escenas, pretensiones puerilmente filosóficas en otras y faltas de inesperienza [...] en el arte teatral»—, aunque pensaba que no merecía la frialdad con que fue recibida⁹⁷. Los mismos defectos acusaban los críticos de *Juan Pérez*, obra que tampoco fue muy bien recibida: parte del público llamó al autor a escena al finalizar la representación, mientras que otra parte se opuso a ello⁹⁸. La que más aplauso obtuvo fue la última de sus obras estrenadas, *El pedestal de la estatua* —versión de *Una escena de Cervantes*—, pero tampoco acabó de convencer: «Su argumento es pobre, y está además

⁹³ *La Iberia*, 12 de mayo de 1861, p. 1.

⁹⁴ *La Discusión*, 14 de mayo de 1861, p. 4.

⁹⁵ *La Iberia*, 27 de octubre de 1861, p. 3.

⁹⁶ *El mundo militar*, 10 de noviembre de 1861, p. 359.

⁹⁷ *La España*, 14 de marzo de 1862, p. 3; *El Clamor Público*, 16 de marzo de 1862, p. 1.

⁹⁸ *La Correspondencia de España*, 2 de febrero de 1862, p. 4.

dispuesto con poco arte, como si fuera el trabajo incompleto de un autor que siente y medita, más que espresa»⁹⁹. El balance, desde luego, no era nada bueno.

Poco después del estreno de *El pedestal de la estatua* en abril de 1864, Barcia abandonó definitivamente el teatro y volvió al campo de la opinión y de la polémica políticas. No debía haber sido nada fácil para él, por cierto, encajar las duras críticas a sus obras teatrales sin entrar en disputa. Durante aquellos cinco años, al menos, había seguido presente en la esfera pública trabajando por la idea demócrata desde un ámbito algo menos expuesto que la prensa de partido. Él no podía retirarse a vivir de otro oficio, como había hecho, por ejemplo, Pi y Margall durante aquellos mismos años. Es cierto que la dramaturgia no le había dado ninguna alegría, y es muy posible que buena parte de sus estrenos se debieran al cierto reconocimiento que había alcanzado como pensador y filósofo; pero también había seguido alimentando su imagen de escritor patriota y de profeta social a través de sus proyectos literarios. Es probable que hacia el verano de 1864 se hubiese recuperado de su ruina, pero el momento de su reaparición pública como propagandista demócrata era, además, significativo. El partido trataba de dotarse de una estructura organizativa que permitiera gestionar con eficiencia las diferencias doctrinales y estratégicas que tensionaban el movimiento y que, a falta de otros espacios de debate, se ventilaban en la prensa. En este contexto, Barcia se sumó a la redacción del diario *La Democracia*, dirigido por su antiguo amigo Emilio Castelar, y alcanzó una gran popularidad en muy poco tiempo. Según dicen, el mismo Castelar aseguraba que «el periodismo en España tenía un nombre sin rival, y ese era Roque Barcia»¹⁰⁰.

Hombre de partido

A pesar de su retirada temporal de la escritura política entre 1859 y 1864, Barcia no se desvinculó de los asuntos del partido, aunque tampoco intervino de manera abierta ni en los ensayos organizativos ni en las polémicas que enfrentaron a los republicanos en aquellos años. No participó, por ejemplo, en la suscripción a favor de las huérfanas de Tomás Brú, una iniciativa que movilizó al partido en todo el territorio nacional a principios de 1859. Brú –agente de Rivero en Valencia– había sido asesinado el 31 de

⁹⁹ *La Iberia*, 13 de marzo de 1864, p. 1.

¹⁰⁰ RODRÍGUEZ-SOLÍS, Enrique: *Memorias de un revolucionario*, Madrid, Plutarco, 1931, p. 143; *Anuario republicano federal...*, p. 1428.

octubre de 1858, en pleno proceso electoral. El tema no se reduce a una mera cuestión filantrópica, ya que la democracia aprovechó este instrumento legal a su alcance para plantear un ensayo organizativo del partido y también para tantear la extensión del movimiento. Hay que recordar en esto que, muy poco antes, el periódico conservador *La Época* había puesto el foco –con cierta sorna– en la exigüidad de los apoyos demócratas, por lo que tampoco parece descabellado pensar en un ánimo vindicativo. En cualquier caso, desde *La Discusión* –único órgano del partido en ese momento– se animó a los dirigentes demócratas locales a que formaran juntas directivas por provincias, con el objeto de promover la suscripción. El resultado fue extraordinario: participaron en total 28.630 suscriptores de 346 localidades diferentes y se recaudaron 194.973 reales¹⁰¹. Barcia, como ya se ha adelantado, no participó en esta manifestación pública de fuerza demócrata, ni tampoco formó parte de la junta que organizó la iniciativa en Madrid. La circunstancia extrañó, hasta el punto que Barcia se vio impelido a publicar una carta en *La Discusión* explicando que, en su momento, había dirigido a la viuda una «manifestacion privada» en atención de la «íntima y personal amistad» que le unía con Brú¹⁰². Pero, por alguna razón, no se unió a los suscriptores.

Por el contrario, sí que intervino en la llamada *Declaración de los treinta*, propuesta por Pi y Margall con el ánimo de cancelar la polémica suscitada entre Orense y Garrido en torno al socialismo. El desencuentro fue sonado y tuvo que ver con las diferentes maneras de entender el socialismo que esgrimían unos y otros. Orense, como muchos otros, entendía que implicaba una absorción del individuo por parte del Estado, mientras que Garrido sostenía un significado más *tradicional*, basado en la defensa del principio de asociación como garantía de la libertad y de la autonomía individual. El problema de fondo, con todo, radicaba en cómo solucionar en armonía la tensión entre el individuo y la sociedad¹⁰³. Barcia ya había rechazado el socialismo como sistema en

¹⁰¹ Florencia Peyrou ha analizado los resultados de la suscripción. El 81,8% de los suscriptores pagaron una cantidad pequeña, inferior a los 10 reales, lo que hace pensar en que había buena parte de jornaleros y artesanos. De los 28.630 suscriptores, 1.265 eran mujeres. En cuanto a la distribución geográfica, destaca la participación de las zonas de Madrid, Cataluña, Andalucía y Valencia. Finalmente, se puede resaltar también la presencia de pequeñas localidades en zonas rurales. Todo ello hace pensar en un crecimiento significativo de la democracia desde el Bienio Progresista. En PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 364-372.

¹⁰² *La Discusión*, 26 de febrero de 1859, p. 6.

¹⁰³ PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 428-446. Para las disputas internas de los demócratas, sigue siendo útil el texto ya clásico de CASTRO, Demetrio: “Unidos en la adversidad, unidos en la discordia: el Partido Demócrata, 1849-1868”, en TOWNSON, Nigel (ed.): *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 59-86.

el Bienio Progresista, aunque sin entrar en detalles más allá de que le parecía «un absurdo»¹⁰⁴. Sus planteamientos estaban en la línea mayoritaria de la democracia tras 1856: autonomía individual y un Estado muy limitado en sus funciones. De hecho, su *sistema* en aquellos años no definía una estructura del Estado, pero sí que prefiguraba el mejoramiento social por medio de la liberación de todos los atributos del hombre. Pensaba que su mero ejercicio, orientado por una correcta moral, llevaba de manera espontánea a la riqueza, y por eso rechazaba la simple reforma económica como vía para la reforma social:

«La revolucion de las obligaciones y de los deberes; quiero decir, la reforma política es un hecho tan capital, que solo dentro de ella pueden cumplirse de un modo perfecto las reformas sociales. Muchos opinan que el mejoramiento de las asociaciones debe comenzar por la revolución económica, por el elemento administrativo: yo creo que no [...]. No hemos tenido ni tenemos el bien económico, porque no hemos tenido ni tenemos el bien político.

Cuando se desamortice el hombre, se desamortizará naturalmente la sociedad humana: cuando se desamortice una vez la sociedad humana, se desamortizará necesariamente una de sus partes: *la sociedad administrativa*»¹⁰⁵.

Este pensamiento le acercaba —de una manera muy básica— a los postulados de Orense, Castelar o Pi y Margall en aquella época¹⁰⁶. La polémica llegó a ser muy agria, ya que Orense pretendió que se excluyera a los socialistas del partido. La cuestión se zanjó, al menos por el momento, mediante la aludida *Declaración de los treinta* de 12 de noviembre de 1860. Estaba firmada por treinta demócratas —de ahí el nombre—, reunidos por Pi y Margall con objeto de evitar «toda division del partido democrático»,

¹⁰⁴ BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y...*, p. 93.

¹⁰⁵ *Ibid.*, pp. 235 y 242.

¹⁰⁶ Pi y Margall varió sus opiniones acerca de la reforma social en los primeros años de la década de 1860 y se acercó al *socialismo*. De hecho, la polémica se reavivó en 1864 con Pi como uno de sus protagonistas, enfrentado a vueltas de la *cuestión socialista* con Castelar. En PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 428-462. Los estudios clásicos sobre Francisco Pi y Margall siguen siendo JUTGLAR, Antoni: *Federalismo y revolución. Las ideas sociales de Pi y Margall*, Barcelona, Publicaciones de la Cátedra de Historia General de España, 1966; MOLAS, Isidre: *Ideari de Francesc Pi i Margall*, Barcelona, Edicions 62, 1965; TRÍAS, Juan José: “Estudio preliminar” a PI Y MARGALL, Francisco: *Pensamiento social*, Madrid, Ciencia Nueva, 1968 y HENNESSY, C.A.M.: *La República Federal en España. Pi y Margall y el movimiento republicano federal, 1868-1874*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2010 [1ª ed. en castellano: Madrid, Aguilar, 1966]. Más recientemente, ver el monográfico dedicado a “Pi y Margall y el federalismo” en *Historia y Política*, 6 (2001) y CASTRO, Demetrio: “«Maestro y jefe». Facetas del liderazgo político de Pi y Margall”, en CASTRO, Demetrio (coord.): *Líderes para el pueblo republicano. Liderazgo político en el republicanismo español del siglo XIX*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2015, pp. 149-178.

pero como «expresión de la opinión particular y común de los firmantes». Estos declaraban que:

«Los que suscriben, declaran que consideran como demócratas indistintamente á todos aquellos que, cualesquiera que sean sus opiniones en filosofía, y en cuestiones económicas y sociales, profesen en política el principio de la personalidad humana ó de las libertades individuales, absolutas é ilegislables, y el del sufragio universal, así como los demás principios políticos fundamentales, consignados en el programa democrático»¹⁰⁷

Roque Barcia no había intervenido en la polémica, pero suscribió la declaración junto a Pi y Margall, José María Orense, Eduardo Chao, Romualdo Lafuente o Manuel Becerra, entre otros. Ni Nicolás María Rivero, director de *La Discusión*, ni Castelar accedieron a firmarla. La polémica, con todo, no estaba ni mucho menos zanjada y volvió a surgir en la primavera de 1864, esta vez protagonizada por Pi y Margall y Castelar.

Así pues, Barcia se mantuvo relacionado con el partido, pero tampoco parece que se implicara en las polémicas, al menos en la esfera pública. Además de su situación personal en aquellos años, es posible también que le decepcionaran las disputas del partido, o que no quisiera profundizar en la división echando más leña al fuego. Su postura, en cualquier caso, fue conciliadora a la vista de su participación en la *Declaración*. Sus manifestaciones políticas, por otra parte, fueron muy escasas en esa época, por eso es muy significativa una carta que mandó para su inserción en *La Discusión*, en septiembre de 1861. Tenía que ver con una noticia reciente, relativa a la citación de un tal Giménez Montero por parte de un fiscal de Málaga, bajo la acusación de «propagador de las ideas democráticas». Barcia protesta contra la persecución de la propaganda demócrata y argumenta que, si hubiese razón para citar a Giménez Montero, también habría que citar «á tantos españoles, respecto de cuyas opiniones y trabajos tienen las comisiones militares de Málaga y todo el mundo la mas absoluta evidencia». Pero el razonamiento enseguida deriva hacia él mismo como propagador de la doctrina y reclama su parte en ese martirio mediante un lenguaje marcadamente religioso. Vale la pena citarlo en extenso:

¹⁰⁷ *El Clamor Público*, 16 de noviembre de 1860, p. 2.

«Sepa el señor fiscal de las comisiones de Málaga, que en donde este Gimenez Montero, debo estar yo. En donde un propagador democrático gima, debo yo gemir. Yo que soy de los desventurados que opinan que Dios no hubiera creado nada, si no hubiera creado el pensamiento; yo que soy de los desventurados que opinan que el pensamiento es la gran santidad en las cosas del mundo, yo pido mi parte de sufrimiento, de sacrificio; mi parte de gloria.

Si ha llegado la hora de que una sola idea se torne en muchos mártires, yo reclamo mi pequeña palma en esta corona de martirio. Yo me pongo en manos del fiscal, como el reo que se entrega a la justicia. Yo no consiento que se dé á la historia de mi país el falso testimonio de que, en pleno siglo XIX y en una nación de diez y seis millones de almas, solamente Gimenez Montero sea llamado a juicio como propagador de ideas democráticas, cuando tantos Monteros tiene España por todas partes.

De las catacumbas abiertas á la propaganda religiosa, salió triunfante el cristianismo; de las catacumbas abiertas á la propaganda política, saldrá triunfante un día la democracia. La historia, con ese espíritu sapientísimo, con esa matemática impalpable, con esa prodigiosa y sublime revelación que Dios da á las ideas, la historia, digo, tiene sus concordancias providenciales. [...] Ahórrese, pues, el fiscal de Málaga la tarea de emplazar á Giménez Montero: aquí me tiene á mí»¹⁰⁸

Está claro que el ánimo del texto es poner en evidencia el sinsentido de la citación que pesa sobre Giménez Montero, pero no deja de ser significativa la manera en que Barcia se siente interpelado por el asunto. Por una parte, por su particular lectura de la figura del propagandista —de él mismo—, vinculada al universo simbólico-religioso del martirio. No se puede separar la narrativa martirial de la construcción consciente de su imagen pública. Es una operación simbólica que afianza prácticamente en cada texto que escribe y que hace del sufrimiento el eje organizativo de su experiencia vital y, por lo tanto, política. Pero por otro lado, se reafirma también como propagandista demócrata, en un momento además en el que estaba bastante alejado de esa labor en la esfera pública. En cualquier caso, el gesto tuvo cierto efecto. Los responsables de *La Discusión* reconocieron y aplaudieron la actitud de Barcia, sumándose a su demanda: «Si ser demócratas es un crimen, que se nos juzgue y se nos castigue a todos». Otros periódicos se hicieron eco de aquella carta —«muy oportuna» según el progresista *El Clamor Público*¹⁰⁹— y, algunas semanas después, Francisco Díaz Quintero aún recordaba el gesto del «distinguido escritor Sr. D. Roque Barcia», al que reconocía como «propagador infatigable y activo de las ideas democráticas»¹¹⁰.

¹⁰⁸ *La Discusión*, 8 de septiembre de 1861, p. 2.

¹⁰⁹ *El Clamor Público*, 10 de septiembre de 1860, p. 1.

¹¹⁰ *La Discusión*, 18 de octubre de 1861, p. 1.

Quedaba claro, con todo esto, que Barcia no se había retirado de la política o que, de todas maneras, su ausencia pública era sólo temporal. Es muy posible que, de manera privada, siguiera manteniendo relaciones políticas tanto con los republicanos de Madrid como con núcleos demócratas de diferentes puntos de España. En cualquier caso, parece que los demócratas le tenían en cuenta. De hecho, cuando Emilio Castelar dio a conocer el prospecto de *La Democracia* en los últimos días de 1863, Barcia no aparecía entre los redactores del periódico, pero sí entre los colaboradores. Lo mismo ocurrió cuando, tres meses después, *La Discusión* publicó su nuevo prospecto con ocasión de la llegada de Pi y Margall a la dirección del periódico, en sustitución de Rivero. Por aquel tiempo, los demócratas de Zaragoza le habían invitado al banquete cívico que conmemoraba la *cincomarzada*, pero Barcia no asistió debido al «mal estado de [su] salud»¹¹¹. Seguía siendo un hombre del partido y, en el verano de 1864, dio el paso que le devolvió al camino de la escritura política.

El momento de su reaparición era, ciertamente, significativo. O'Donnell había dimitido en marzo de 1863 y la reina había llamado al moderado marqués de Miraflores a formar gobierno. Esta circunstancia decepcionó a los progresistas, ya que poco antes Isabel II había llamado a consulta al ala derecha del partido, lo que les hizo albergar ciertas esperanzas de alcanzar más peso político en el futuro gobierno. No fue así. Los moderados no estaban dispuestos a abrir la representación política, razón por la que los progresistas –también los demócratas– optaron a partir de ese momento por el retraimiento y la vía conspirativa. Las manifestaciones, los banquetes conmemorativos o las procesiones cívicas, unidos a ensayos insurreccionales sin demasiado éxito, fueron la cara visible de la intensa movilización progresista a partir de 1863, orientada a mostrar su ascendente sobre la opinión pública. Este cambio estratégico abría una posibilidad de acercamiento entre las fuerzas que se consideraban *liberales* –demócratas y progresistas–, favorecida además por una creciente normalización de las posturas filodemócratas en ciertos sectores del progresismo¹¹².

En este contexto, el debate en torno a qué actitud tomar respecto a los progresistas enfrentó a las diferentes facciones demócratas, organizadas en torno a los periódicos *El Pueblo* –del *unitario* Eugenio García Ruiz– y *La Discusión* –del *socialista*

¹¹¹ *La Discusión*, 19 de marzo de 1864, p. 1

¹¹² HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo: *Manuel Ruiz Zorrilla. Con los Borbones, jamás*, Madrid, Marcial Pons, 2016, pp. 67-87.

Pi y Margall–, a los que pronto se sumaría *La Democracia* de Castelar a principios de 1864, de tendencia *individualista*. Mientras que los *unitarios* de *El Pueblo* –respaldados más tarde por los castelarinos– apostaban por un entendimiento con los progresistas puros, el núcleo *socialista* liderado por Pi rechazaba cualquier acercamiento en este sentido. La desconfianza de parte de los republicanos hacia el progresismo se sustentaba no sólo en las evidentes diferencias doctrinales que los separaban –en especial la interpretación de la soberanía nacional, de los derechos individuales y la incompatibilidad de los principios monárquico y republicano–, sino también en la memoria de los acontecimientos de 1843 y, sobre todo, de «la comedia de 1854»¹¹³. En medio de esta polémica, la promesa de Prim de destruir «todos los obstáculos tradicionales» de la libertad, pronunciada en el célebre banquete progresista de los Campos Elíseos en mayo de 1864, fue escuchada con agrado por muchos demócratas. En opinión de Rodríguez-Solís, constituyó esta «la primera jornada de la campaña revolucionaria que la España liberal emprendía»¹¹⁴, pero también supuso un factor más de tensión en el seno de las filas demócratas y republicanas.

Y es que a las discrepancias estratégicas que separaban a los republicanos se añadían, además, las divisiones doctrinales. Las diferentes opiniones en materia política, económica, filosófica y religiosa eran reconocidas y asumidas por las principales personalidades del movimiento, si bien se justificaban como una muestra más de «la vitalidad y la fuerza» del partido frente a los ataques de los conservadores¹¹⁵. El argumento, sin embargo, quedaba oscurecido ante las agrias polémicas que sostenían públicamente las diferentes facciones del partido. La división del campo político demorepublicano era una cuestión de dominio público que, de manera inmediata, llevaba a cuestionar la capacidad del movimiento para, llegado el caso, hacer triunfar sus ideas. Si bien esta circunstancia no era una novedad, el resurgimiento en 1864 del viejo debate en torno a la cabida –o no– de los postulados *socialistas* en la escuela demócrata, puso de manifiesto la magnitud de las fracturas que separaban a los demócratas y republicanos de época isabelina.

¹¹³ RODRÍGUEZ-SOLÍS, Enrique: *Historia del partido republicano español: de sus propagandistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires*, Vol. 2, Madrid, Imp. Fernando Cao y Domingo del Val, 1892-1893, p. 563.

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 563.

¹¹⁵ PI Y MARGALL, Francisco: “Las divisiones de nuestro partido”, *La Discusión*, 14 de agosto de 1860, p. 1.

En esta ocasión, la polémica enfrentó a Pi y Margall, a la cabeza de *La Discusión* desde marzo de 1864, y a Emilio Castelar, director de *La Democracia*, cuya postura *individualista* fue respaldada también por *El Pueblo*. La dureza del enfrentamiento dividió al partido y, aunque la cuestión tampoco llegó a resolverse en este momento, las diferentes partes decidieron dejar la disputa hacia el verano de 1864¹¹⁶. Por ese tiempo, ya se había empezado a hablar de la necesidad de dotar al partido de una estructura organizativa, que permitiera el debate interno y la adopción de soluciones comunes a las cuestiones que se planteaban. Los primeros pasos en este sentido se dieron entre los meses de mayo y junio de 1864, en una serie de reuniones en las que se propuso el nombramiento de una comisión directora de tres personas, la formación de comités provinciales y la reunión de un comité general en Madrid, formado por un delegado de cada provincia. La comisión directora quedó constituida finalmente, el 5 de junio, por Rivero, Orense y Castelar, que iniciaron los trabajos de organización previstos. El proceso fue difícil, ya que a las divisiones que ya se han señalado se sumaron la rivalidad y el personalismo a la hora de organizar una estructura de poder en el seno del partido¹¹⁷.

En este contexto revuelto, marcado por la incapacidad del régimen político isabelino para abrir y estabilizar el sistema liberal, con un partido progresista movilizado y orientado a la acción revolucionaria y con un partido demócrata dividido pero en vías de organización, Roque Barcia reapareció en la esfera de la opinión política en julio de 1864. Y lo hizo desde las páginas de *La Democracia* de Castelar, donde escribió hasta la cancelación del periódico en junio de 1866, en el marco de la represión que siguió a la fallida insurrección del Cuartel de San Gil. De esta manera, Barcia se alineaba con la lectura *individualista* de la democracia que sostenía el diario castelarino, relativa al rechazo del socialismo, así como con la defensa del acercamiento a los progresistas como opción estratégica, si bien no dejó de marcar las distancias con ellos. Era una opción que lo vinculaba a la democracia conservadora en aquel momento ya que, según algunos observadores de la época, *La Democracia* daba voz al sector «más conservador dentro de su mismo partido, en cuyo seno está destinado a representar el

¹¹⁶ PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 450-462.

¹¹⁷ *Ibid.*, pp. 472-473.

día del triunfo el papel de girondino»¹¹⁸. Además, su inclusión en *La Democracia* lo ubicaba en la órbita de Castelar, verdadero hombre fuerte del partido a mediados de la década de 1860 y uno de los directores del proceso de organización que estaba arrancando en esos momentos. Había permanecido cinco años en silencio, pero no podía quedar excluido de la dinámica política acelerada que parecían anunciar las maniobras de unos y de otros. De hecho, Rispa y Perpiñá nombra a Barcia como miembro de la junta demócrata presidida por Rivero que, unida a otra junta progresista y al directorio revolucionario encabezado por Juan Prim, se formó tras el banquete de los Campos Elíseos con objeto de agitar la vía conspirativa desde el verano de 1864¹¹⁹.

De todas maneras, la decisión de volver a la escritura política debió ser trascendental para Barcia y, de hecho, en uno de sus primeros artículos anuncia su regreso reivindicando su lugar en la esfera de la acción política, a pesar de las calumnias y persecuciones de sus *enemigos*, al tiempo que declara sus intenciones en esta nueva etapa profesional –y vital– que iniciaba a mediados de 1864:

«Durante cinco años he sufrido en silencio la maledicencia, las sandeces y las calumnias de mis desdichados enemigos. Despues de cinco años de resignacion y de lástima, cuando tantas almas soberbias me creen cadáver para la política de mi país, voy á escribir en los periódicos de mi comunion. Ahora que calumnien de nuevo cuanto les plazca.

Ellos, influyentes, ricos y poderosos, me ódian y me persiguen.

Yo, proscrito, pobre y desheredado, les perdono y les compadezco.

Declaro que todos los partidos me parecen buenos y aceptables para depurarlos; que toda opinion me parece buena y aceptable para discutirla, como todo aire, por inficionado que esté, me parece bueno para hacer de modo que pierda la infeccion.

Declaro que mi única intencion es ayudar (sin otra razon que la virtud de mi buen deseo) á que la democracia española tenga preparada su inteligencia para recibir cualquier pensamiento que la Europa nos pueda enviar, porque llegará día en que la Europa nos envíe un pensamiento.

Declaro que no pronunciaré ningun nombre propio, sea el que fuere, porque no escribo para las personas, absolutamente para ninguna, sino que mi ánimo es quemar un puñado de incienso ante el altar eterno de las ideas, esas ideas que son los incansables revolucionarios del espiritu; los incansables peregrinos del mundo; los santos mártires de la historia que yo adoro en el secreto de mi corazon.

¹¹⁸ La referencia, en el artículo “La prensa de Madrid”, publicado en *El Diario de Barcelona* y reproducido en *La Democracia* el 18 de julio de 1865. Citado en SEOANE, María Cruz: *Historia del periodismo en España 2. El siglo XIX*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, p. 220.

¹¹⁹ Según Rispa, la junta demócrata formada tras el banquete de los Campos Elíseos estaba compuesta, además de por el presidente Rivero, por Figueras, Castelar, Martos, Pi y Margall, Díaz Quinteros, Manuel Tallares, José Guisasola y Barcia. RISPA Y PERPIÑÁ, Francisco: *Cincuenta años de conspirador (memorias político revolucionarias) 1853-1903*, Barcelona, Librería Vilella, 1932, pp. 61-62; PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, p. 498.

Declaro que todos podemos ser hermanos dentro del espíritu de conciliación y de tolerancia que debe ser el dogma para los partidarios del libre examen; que todos podemos y debemos ser hermanos dentro del amor que el hombre de bien profesa á la verdad y á la justicia.

Declaro también que escucharé con veneración, con humildad y hasta con gratitud todo consejo, todo reparo, todo escrúpulo que se me dirija, y que procuraré contestar á las objeciones que se me hagan, atendiendo menos á mi pasión, como hombre de partido, que á mi probidad, como hombre de conciencia.

Declaro, por último, que no solo escribo para los demócratas, sino para todos los españoles, aun para mis contrarios mas furiosos y empedernidos, porque la verdad es como la luz: no pertenece á ninguna escuela, sino que es el divino patrimonio del género humano»¹²⁰

En cualquier caso, poco hay de nuevo en la doctrina que Barcia expuso en sus artículos de *La Democracia*, ni tampoco en las actitudes que muestra como propagandista demócrata. A lo largo de los casi dos años que duró su relación con el periódico, Barcia publicó unos 160 artículos de fondo en primera página, con lo que se puede afirmar que contribuyó –junto con el propio Castelar, el vicedirector José María Carrascón, Eusebio Blasco o Javier de Ramírez– a construir la doctrina *individualista* de *La Democracia*. Como era habitual en él, muchos de sus artículos forman series sobre un tema concreto, entre las que destaca “Fórmulas aplicadas”, compuesta por diecisiete artículos en los que expone la doctrina democrática y su aplicación práctica, plasmada en un sistema federal algo más elaborado del que había propuesto en el Bienio Progresista. También se pueden señalar “Historias” –compuesta por quince artículos–, “La influencia neo-católica” –ocho artículos– y “Las protestas neo-católicas” –seis artículos–, todas ellas dedicadas a combatir el falso catolicismo oficial. Son relevantes también la serie de ocho artículos “La utopía real”, en los que examina el sistema de los Estados Unidos y, finalmente, los nueve artículos que dedica a señalar las diferencias que separan a la democracia del progresismo en “Progresistas y demócratas”. Para lo que aquí interesa, conviene abordar brevemente, por una parte, las variaciones que se observan en su programa práctico respecto al Bienio y, por otra, su posicionamiento en las grandes polémicas que dividían a los demócratas en aquel momento.

Es significativo que Barcia dedicara “Fórmulas aplicadas”, su primera gran serie de artículos en *La Democracia*, a exponer una aplicación práctica del sistema demócrata y a combatir el socialismo, al que considera incompatible con la democracia. En primer

¹²⁰ BARCIA MARTÍ, Roque: “La democracia antigua y la moderna”, *La Democracia*, 29 de julio de 1864, p. 1.

lugar, se propone mostrar la *creación* de una sociedad democrata, en un movimiento ascendente que lleva de la autonomía individual hasta la articulación nacional¹²¹. La filosofía política que sustenta sus demostraciones es la misma que ya había planteado en el Bienio, aunque hay algunas diferencias que vale la pena reseñar. Por una parte, concreta y amplía aspectos de orden práctico que entonces habían quedado sin perfilar mientras que, por otra, prescinde de argumentos que había esgrimido en 1856 y que ahora resultan irrelevantes para su cometido. Así pues, Barcia parte de su idea de unidad humana, de igualdad radical del hombre creado, e imagina tres esferas de derecho que constituyen finalmente la articulación nacional: el derecho natural, el derecho político y el derecho social –al que también denomina derecho orgánico–. El derecho natural se corresponde con las facultades del hombre: vivir, amar, creer, enseñar, pensar, asociarse o recordar, pero también elegir y constituirse. Este derecho natural, en su opinión, genera tanto el derecho político como el derecho social sucesivamente: la aplicación del derecho natural da lugar al derecho político y, de la misma manera, la aplicación del derecho político da lugar al derecho social. Con esta formulación cree haber hallado «una verdad primera, anterior a todas, perfecta, absoluta, evidentísima, de donde debemos partir para la creación de nuestro pueblo»¹²². Si el derecho natural se refiere a las capacidades del hombre –su *virtud*–, el derecho político se refiere a la «esfera constitucional» que, como ya se vio, se debe limitar a reconocer los derechos naturales: refrendar «nuestra naturaleza», sin otra limitación que «el libre ejercicio de esas mismas fuerzas, atributos y aptitudes por parte de un hermano de sociedad». El único cometido de una Constitución es, por lo tanto, proclamar la inviolabilidad de los derechos del individuo, es decir, su *facultad* de ejercerlos. De esta manera, Barcia entiende que se construye una «indivisible sociedad» de iguales que consagra la unidad de la naturaleza humana, pero también del fuero, del derecho constitucional y de la ley. El derecho político supone, por lo tanto, la consagración del derecho natural, del «dogma de Dios», en cada país¹²³.

Si el derecho natural determina la *virtud* y el derecho político la *facultad*, el derecho social determina el *régimen*, la organización social que lleva a la articulación

¹²¹ Barcia aborda la constitución ideal de la sociedad democrática en los primeros siete artículos de la serie “Fórmulas aplicadas”, publicados en *La Democracia* los días 23, 24, 25, 26, 27, 28 y 30 de agosto de 1864.

¹²² BARCIA MARTÍ, Roque: “Fórmulas aplicadas I”, *La Democracia*, 23 de agosto de 1864, p. 1.

¹²³ BARCIA MARTÍ, Roque: “Fórmulas aplicadas III”, *La Democracia*, 25 de agosto de 1864, p. 1.

nacional. Desde su perspectiva, el derecho social no puede aspirar a otra cosa más que a «la consagración del derecho político», una vez liberado el hombre, aplicándolo en una gradación ascendente que Barcia entiende como diferentes expresiones del individuo. Es un camino que hay que recorrer necesariamente en cuatro pasos y que lleva del individuo a la familia, al municipio, a la provincia y a la nación. Siguiendo el argumento, la realización de las cuatro esferas obedece a necesidades imprescriptibles del individuo y son, de la misma manera, necesarias. Como primera expresión del individuo está la familia, «la unidad sagrada del padre, la madre y del hijo», que es absolutamente necesaria como consecuencia de la facultad que tienen los hombres de amar, una de las más nobles del individuo. Pero en la familia también tiene su aplicación el derecho político:

«El padre, por su mayor inteligencia y constancia, tiene el derecho de dirigir y de representar á la mujer; por la autoridad de la sangre y de la experiencia tiene el derecho de dirigir y de educar al hijo; pero todos son libres ante la razón, la conciencia y la justicia»¹²⁴

El padre no es un tirano en el pensamiento de Barcia, pero queda claro que la familia exige un orden interno sobre el que se pueda basar la organización nacional¹²⁵. La segunda expresión del individuo es la aldea, villa o ciudad: es el ámbito de la municipalidad. La ciudad nombra su gobierno, representante de los poderes del Estado —el alcalde del ejecutivo, la municipalidad del legislativo y el juez de paz del judicial—. Este gobierno cuida de la integridad del territorio, de la contribución, de los pastos, de los aprovechamientos comunes, riegos, culto religioso y escuelas¹²⁶. Extendiendo un grado más el derecho político, el individuo se expresa en la provincia, que «viene a ser como una ciudad en mayor escala»: elige su gobernador, «á sueldo del Estado», su diputación y sus jueces. La provincia se ocupa de la educación, del pauperismo, de los caminos, canales, puertos, calzadas, herencias, casamientos, divorcios, policía urbana,

¹²⁴ BARCIA MARTÍ, Roque: “Fórmulas aplicadas IV”, *La Democracia*, 26 de agosto de 1864, p. 1.

¹²⁵ PEYROU TUBERT, Florencia: “Familia y política...”; MOLINA PUERTOS, Isabel: “La doble cara del discurso doméstico...”; ANDREU MIRALLES, Xavier: “Retratos de familia (nacional): Discursos de género y de nación en las culturas liberales españolas de la primera mitad del siglo XIX”, en SAZ, Ismael y ARCHILÉS, Ferran (eds.): *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Zaragoza, PUZ, 2011, pp. 79-111.

¹²⁶ La consideración, desde la perspectiva federal de Barcia, de lo local como motor del Estado enlaza con la tradición progresista española, que se diferencia en este aspecto de las trayectorias europeas, en MILLÁN, Jesús: “La formación de la España contemporánea: el agotamiento explicativo del fracaso liberal”, *Ayer*, nº 98, 2015, p. 248. Ver también FORCADELL, Carlos y ROMEO, María Cruz (eds.): *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006.

moral pública, archivos y bancos, y también asegura la libertad de palabra, de imprenta y de asociación. No explica Barcia, en este caso, a qué necesidad humana responden el municipio y la provincia, más allá de que siempre han existido¹²⁷. Presciende, en este caso, de argumentar el derecho de cada territorio derivado de su naturaleza, como hiciera en su defensa de la federación en 1856.

Completando el camino, Barcia llega finalmente a la cuarta expresión del individuo, la última extensión del derecho político: la nación, «cuya persona social se llama Estado». Piensa la nación como «individuo nacional», como sujeto colectivo en el que se expresan los hombres. De la misma manera que en el municipio y en la provincia, la nación elige un Congreso «que hace en todo el país lo que la diputación [...] en la provincia, lo que la municipalidad en la aldea» y un Tribunal Supremo que examina los actos del Congreso y del poder ejecutivo «bajo el punto de vista de infracciones constitucionales». Lo que Barcia denomina «Estado social» se completa con el gobierno de «un jefe» que nombra a los ministros y demás funcionarios públicos, y que se ocupa de las cuestiones económicas y administrativas. Es significativo que, a diferencia del resto de instituciones que nombra, todas electivas, Barcia no precise de forma explícita cómo se designa ese *jefe*, aunque el argumento implica su carácter electivo y, desde luego, no es un *rey*. En cualquier caso, la nación tiene competencia en materia de paz y guerra, unidad territorial, unidad de fuero, gobierno de los Estados o provincias, justicia, escuelas profesionales, relaciones extranjeras, tratados, correo, ejército, marina, aduanas, contribución única, empréstitos, deuda pública, fabricación de monedas, pesos y medidas, venta de tierras de dominio público, faros, observatorio astronómico y censos de población¹²⁸. Pero, a pesar de la pretendida complementariedad de la distribución de competencias entre cada una de las esferas, la formulación no deja de ser confusa e incluso contradictoria en algunos aspectos. No aclara, por ejemplo, cómo interviene la nación en el gobierno de las provincias, ni cómo se relaciona con las instituciones provinciales electas. Además, la disponibilidad del dominio público queda

¹²⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: “Fórmulas aplicadas IV”... y “Fórmulas aplicadas V”, *La Democracia*, 27 de agosto de 1864, p. 1.

¹²⁸ *Ibid.*

en principio circunscrita también a la nación, lo que supone una seria limitación de la autonomía municipal¹²⁹.

Barcia considera que, gracias a esta construcción política de la nación de abajo hacia arriba, de corte federal, el hombre «va completándose, hasta convertirse en un pueblo». Es este derecho social el que permite construir el ámbito nacional sin que el hombre pierda «su naturaleza primitiva e inalterable»; si no fuese así, el individuo no haría más que «relajarse y pervertirse». La virtud de su sistema reside en que todo proviene del mismo origen y aspira a los mismos fines, ya que todo se cumple por el «sufragio universal; es decir, por la voluntad de cada uno y de todos los asociados». La perfecta unidad de intereses queda así garantizada: lo que afecta al individuo también afecta a la nación, ya que esta proviene de aquel, «aunque aquel hombre no tenga camisa»; pero también ocurre al contrario, porque el individuo entra en «la esencia y las formas de aquella sociedad» y le compete todo aquello que afecte a la nación: «cuatro unidades lo circuyen todo, y dentro de ellas todos son iguales: la unidad de terreno, de sufragio, de clase y de ley»¹³⁰. El *pueblo*, la masa política, queda así correctamente constituido en torno a la unidad nacional por medio de la voluntad expresada en el sufragio universal.

El edificio político que dibuja Barcia, con todas sus relaciones problemáticas y contradicciones, trata de dar una solución práctica a la doctrina demócrata mediante un sistema republicano federal. Con su habitual tono intransigente y retador, considera que esta –la suya– es la única formulación posible de la democracia: «Por nuestra parte, estamos dispuestos á concederlo todo [...] menos á consentir que se ponga en duda la unidad de nuestra doctrina, la verdad absoluta de nuestro sistema, la evidencia palpable de nuestras opiniones»¹³¹. Pero, más allá de la mayor concreción institucional de su *sistema*, las pretendidas comprobaciones de Barcia vienen a sostener que la sociedad no tiene *virtud* por sí misma, sino que la tiene el hombre como ser dotado de atributos

¹²⁹ Sobre la trascendencia del largo proceso de enajenación de bienes municipales y la influencia de dinámicas sociales de ámbito local en la construcción del Estado liberal español, ver LINARES LUJÁN, Antonio M.: “La construcción social de la desamortización municipal”, en CALATAYUD, Salvador, MILLÁN, Jesús y ROMEO, María Cruz (eds.): *El Estado desde la sociedad. Espacios de poder en la España del siglo XIX*, Alicante, Universidad de Alicante, 2016, pp. 259-298.

¹³⁰ BARCIA MARTÍ, Roque: “Fórmulas aplicadas IV”... y “Fórmulas aplicadas V”...

¹³¹ BARCIA MARTÍ, Roque: “Fórmulas aplicadas V”...

esenciales: los «derechos sociales no son creación de la sociedad, sino una consecuencia necesaria de nuestras propias facultades»¹³².

Apartir de esta *demonstración*, el argumento se dirige contra el socialismo, del que opina que «[c]onsiderado como ciencia, es una ficción, una imagen, una mentira, porque es un artificio, una naturaleza figurada. Considerado como política, es una tiranía, una usurpación, porque es un monopolio»¹³³. Las razones de esta afirmación derivan, en su opinión, de que la sociedad no es más que un agregado de hombres que ejercen su natural necesidad de asociarse para mejorar con sus semejantes y, por lo tanto, no tiene entidad por sí misma. Todos los derechos y libertades proceden de la naturaleza humana, razón por la que niega que la sociedad tenga capacidad para reformarlos, ya que no los ha creado. Es un planteamiento que parte de la narrativa liberal del pacto social, pero su negación del origen social de los derechos se aparta de la tradición gaditana –y rousseauiana–, en la que la libertad pertenece a la nación y sólo a través de ella llega a los ciudadanos. Desde esta lectura, rechaza todo reformismo¹³⁴. En su opinión, tratar de dotar a la sociedad de una entidad que trasciende al individuo es «crear una casta, una absorción, una tiranía»¹³⁵, porque existiendo dos fuerzas sociales –el hombre y la sociedad–, estas no pueden sino ser antagonistas y rivalizar entre ellas. Barcia no aclara por qué deben entrar necesariamente en conflicto, pero esta circunstancia deriva necesariamente, a su entender, en la aniquilación o en la tiranía. Por eso asegura que «la democracia dice que la autonomía individual no cabe, no puede haber, no cabrá nunca dentro de los moldes del socialismo»:

«la sociedad del socialismo es tirana: el individuo socialista es esclavo, porque el socialismo sacrifica el hombre á la sociedad, el ente real al ente colectivo, el elemento á la combinación, lo concreto á lo abstracto, lo necesario á lo contingente, lo absoluto á lo relativo [...] El socialismo ayer, hoy, y mañana, siempre, tiene que inmolarse lo secundario á lo primitivo, la verdad única á la mentira múltiple, la virtud inmutable al vicio movable. Esa escuela tiene que ser absurda en todas las esferas que corra, en todas las formas que organice, en todo lo que toque, en todo lo que piense, en cuanto quiera y en cuanto haga, porque lleva el mal dentro, muy dentro, en su propio principio, en su propio origen, en sus mismas entrañas. [...] Socialismo, tus días están contados: el que sacrifica la naturaleza á las formas, el hombre á la suma, Dios al hombre, tiene que morir

¹³² BARCIA MARTÍ, Roque: “Fórmulas aplicadas X”, *La Democracia*, 3 de septiembre de 1864, p. 1.

¹³³ BARCIA MARTÍ, Roque: “Fórmulas aplicadas VI”, *La Democracia*, 28 de agosto de 1864, p. 1.

¹³⁴ *Ibid.*

¹³⁵ BARCIA MARTÍ, Roque: “Fórmulas aplicadas XII”, *La Democracia*, 6 de septiembre de 1864, p. 1.

necesariamente á manos de Dios, á manos del hombre, á manos de la naturaleza»¹³⁶

El argumento, repetido machaconamente a lo largo de los diecisiete artículos, viene a concluir que el socialismo es incompatible con la escuela *liberal*, con la democracia. Desde luego, más allá de la particular concreción de su *sistema*, el razonamiento de fondo no es demasiado original y se acerca bastante a lo planteado por Castelar unos meses antes, en pleno fragor de la polémica¹³⁷. A pesar de que Barcia advierte que «no objetamos á un periódico de nuestro país, sino que respondemos á los argumentos de la escuela socialista»¹³⁸, la referencia a la polémica con *La Discusión* es más que evidente. De hecho, el periódico dirigido por Pi y Margall se dio por aludido y respondió acusando la «anti-democrática» conducta que *La Democracia* mostraba con esa larga serie de diecisiete artículos, en los que sólo se vertían falsedades, errores y absurdos. No nombraban al autor, por cierto, pero sí lo hizo José Bartorelo, fourierista gaditano que mandó a *La Discusión* una carta en la que reprochaba a Barcia –y con él a «Castelar y comparsa»– su desconocimiento de la doctrina socialista y, más concretamente, de la obra de Fourier. Sus palabras llegan a ser bastante duras: «La verdad es que vosotros os creéis unos sabios, y en realidad sois unos ignorantes; la verdad es que tomáis la pluma para enseñar, cuando os falta muchísimo que aprender»¹³⁹. Barcia, claro está, escribió un nuevo artículo para rebatir estas acusaciones, pero *La Democracia* declinó su publicación porque «las palabras de *La Discusión* no son de las que pueden dar márgen á una polémica urbana y razonada»¹⁴⁰. A la altura de septiembre de 1864, parece que a nadie le interesaba enconar los ánimos en torno a una polémica que había abierto una verdadera sima en el seno del partido demócrata y que se había abandonado un par de meses antes.

¹³⁶ BARCIA MARTÍ, Roque: “Fórmulas aplicadas XIII”, *La Democracia*, 8 de septiembre de 1864, p. 1.

¹³⁷ PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 455-459.

¹³⁸ BARCIA MARTÍ, Roque: “Fórmulas aplicadas XI”, *La Democracia*, 4 de septiembre de 1864, p. 1.

¹³⁹ *La Discusión*, 16 de septiembre de 1864, pp. 1-2. Por otro lado, José Bartorelo y Barcia se conocían, ya que ambos aluden a un intercambio de correspondencia entre ellos. Además, Barcia lo nombra en *Un paseo por París*, entre los amigos y favorecedores a los que agradece su ayuda en los malos momentos.

¹⁴⁰ *La Democracia*, 17 de septiembre de 1864, p. 1.

No era la cuestión doctrinal, de todas maneras, lo único que alejaba a Barcia de las opiniones de los *socialistas* de *La Discusión*¹⁴¹. A pesar de haber combatido con tanta dureza a los progresistas en el gobierno durante 1855 y 1856, su actitud hacia ellos era muy diferente a finales de 1864. Ante la posibilidad de un acercamiento entre los demócratas y los progresistas puros, Barcia era partidario de aprovechar el espacio común de acción que les abría el cambio estratégico de los progresistas tras la vuelta de los moderados al poder:

«¿puede la democracia española, ayudar al progreso español, supuesta una eventualidad política en Europa ó en nuestro país? Sí puede. Todo movimiento hácia la libertad, todo empuje hácia el bien, es un movimiento democrático; un movimiento que participa de nosotros mismos, y los demócratas debemos secundarlo. Sembrar hoy es coger mañana, y lo primero es que desaparezcan esas caducas oligarquías»¹⁴²

Desde su punto de vista, cualquier ampliación de la libertad suponía un paso más en el camino providencial que llevaba al triunfo demócrata. En este sentido, el partido progresista y el partido demócrata —los dos únicos partidos que, a su juicio, existían en España porque «los demás partidos son ó antigüedades o escamoteos»— debían apoyarse mutuamente, si bien advierte que la democracia va a la cabeza y «no se detiene». Puede ayudar a los progresistas, pero sin confundirse con ellos. La razón que justifica este cambio de opinión tiene que ver con la actitud política de los progresistas puros:

«Hoy le apoyamos y le queremos, porque es un partido valeroso, integro, digno, honrado. Le queremos y le saludamos con palmas y olivas, porque en estos tiempos de prevaricación y de apostasía, en que habeis hecho de la política una fèria; en que todo lo habeis deshonrado y vendido; [...] en estos tiempos en que para ser justo se necesita tanto valor como para morir en la cruz tuvo Jesucristo, es una virtud casi heríoca tener vergüenza política. El progreso español es un partido que tiene vergüenza; esa vergüenza le impone el deber de ser lógico, el deber de obrar en armonía con el espíritu de la historia, un espíritu que llena al mundo y que lo empuja hácia la libertad. Por eso le queremos, por eso le apoyamos, por eso nos unimos, sin confundirnos, sin amalgamarnos, sin corrompernos»¹⁴³

¹⁴¹ Pi y Margall abandonó *La Discusión* el 16 de septiembre, aunque su sucesor, Bernardo García, declaró que el diario seguiría la línea política marcada por su antecesor. En PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, p. 461.

¹⁴² BARCIA MARTÍ, Roque: “El progreso y la democracia”, *La Democracia*, 15 de noviembre de 1864, p. 1.

¹⁴³ *Ibid.*

El análisis era del todo carente de profundidad y evitaba tanto la cuestión de los principios como de la conducta del partido progresista en el pasado, acusado por los demócratas de ser incapaz de llevar a la práctica lo que defendía en la oposición. Un aspecto este que, precisamente Barcia, le había reprochado hasta la saciedad durante el Bienio Progresista. Pero también era una opción estratégica que venían defendiendo los sectores afines a *La Democracia* y *El Pueblo*, entendiendo que un ascenso de los progresistas supondría –además de un avance en las libertades– una mayor presencia institucional de la democracia. No opinaban igual los *socialistas* de *La Discusión*, que recordaban la incompatibilidad de principios entre ambas doctrinas y las dificultades de los progresistas para llevar a la realidad aquello que defendían.

En cualquier caso, mediante su vinculación con *La Democracia* y su toma de partido en las disputas que dividían a los demócratas, Barcia se posicionaba de manera clara en un grupo de poder muy concreto dentro del partido, articulado en torno a Castelar, auténtica figura fuerte de la democracia en ese tiempo. No era una cuestión menor en un momento en el que, como ya se ha apuntado, los demócratas trataban de dotarse de una estructura organizativa que imprimiera cierta unidad de acción al partido. Los trabajos se habían iniciado en el mes de junio con el nombramiento de una comisión directora, formada por Rivero, Orense y Castelar, que debía impulsar la formación de los comités provinciales y del comité general previstos. El proceso se desarrolló de manera bastante conflictiva, ya que se dirigieron protestas contra la legitimidad de la comisión directora y se denunció la exclusión de los *socialistas*. De hecho, no se tuvieron en cuenta las opiniones de la *La Discusión* para nada. Esto quedó bien patente al hilo de la reunión de progresistas y demócratas en el banquete del 5 marzo de 1865, celebrado en la fonda Española, en el que tomaron parte «todos los redactores de los diarios *La Iberia*, *Las Novedades*, *La Soberanía*, *La Nación*, *La Democracia*, *La Bolsa* y *El Pueblo*»¹⁴⁴. Se escenificaba así lo que ya empezaba a conocerse como la *coalición revolucionaria*. La polémica que suscitó esta reunión se solapó con la conflictiva constitución, en los primeros días de ese mismo mes de marzo, del Comité Central Democrático liderado por Orense y formado por Rivero, Castelar, García Ruiz y Becerra. Pocos días después, el 15 de marzo, el Comité Central publicó un Manifiesto que proclamaba la igualdad y la libertad como pilares fundamentales de la democracia, consagraba los derechos individuales y rechazaba la intervención del

¹⁴⁴ *La Correspondencia de España*, 7 de marzo de 1865, p. 2.

Estado en la «realización de los fines sociales». Además, señalaba la gravedad del momento, en el que se reanimaban «los obstáculos que de antiguo se oponen a la libertad», pero también argumentaba que «nuestros mismos enemigos aceptan nuestras ideas», por lo que llamaba «no a la confusión [...] pero sí a la unión, la unión firme, inquebrantable, entre todos los oprimidos, para lograr la ruina de todos los opresores», en clara alusión a coalición con los progresistas para los fines revolucionarios. A pesar de las llamadas de *El Pueblo* y de *La Democracia* a la unidad demócrata en torno al Manifiesto, firmadas también por Barcia, el sector afín a *La Discusión* criticó muy duramente tanto la formación del comité como la *coalición* en ciernes. Ni siquiera dieron publicidad al Manifiesto en sus páginas¹⁴⁵.

En medio de todo esta agitación y malestar, los sucesos de la Noche de San Daniel, el 10 de abril de 1865, supusieron un punto de inflexión fundamental, ya que dispararon la espiral revolucionaria y relajaron algo la tensión en el seno de la democracia, al menos de momento. También acrecentaron el prestigio de Castelar, tras la publicación de “El rasgo” y su sonada expulsión de la universidad. En cuanto a Barcia, tal vez fuera su cercanía a Castelar lo que propició su ingreso como miembro del Comité Central Democrático primero y, posteriormente, su elección como representante por Salamanca –con la que no tenía ninguna relación– al Comité Nacional Democrático que se constituyó en Madrid en noviembre de 1865¹⁴⁶. Pero también es cierto que sus artículos en *La Democracia* le reportaron una enorme popularidad en aquel tiempo, sobre todo a raíz de su serie de textos contra el neo-catolicismo recogidos bajo los epígrafes “Historias”, “Influencias neo-católicas” y “Protestas neo-católicas”. En ellos criticaba la influencia de los neos sobre la política del país, aludiendo de manera apenas simulada al ascendiente del padre Claret y sor Patrocinio sobre la familia real; también contestaba a las protestas que habían proferido el Arzobispo de Tarazona y el «diputado del fariseismo» Cándido de Nocedal contra el reconocimiento del reino de Italia. En

¹⁴⁵ *La Discusión*, 7 de marzo de 1865, p. 1; *La Nación*, 8 de marzo de 1865, p. 2; *Revista Hispano-Americana*, 12 de marzo de 1865, p. 159; *La Correspondencia de España*, 7 de marzo de 1865, p. 2 y 17 de marzo de 1865, p. 1. Al parecer, la elección del Comité se realizó en las redacciones de *El Pueblo* y de *La Democracia*, sin que se invitase a tomar parte a *La Discusión*. En *La Discusión*, 24 de febrero de 1865, pp. 1-2. El “Manifiesto del Comité Central del partido democrático”, en ARTOLA GALLEGU, Miguel: *Partidos y programas políticos 1808-1936*, Vol. 2, Madrid, Alianza, 1991, pp. 74-78.

¹⁴⁶ *La Época*, 18 de octubre de 1865, p. 2 y 28 de noviembre de 1865, p. 3; *La España*, 7 de noviembre de 1865, pp. 3-4; *La Discusión*, 1 de diciembre de 1865, p. 1. Es probable que el ingreso de Barcia en el Comité Central se produjera tras la dimisión de quince de sus miembros en abril de 1865. En las elecciones al Comité Nacional del 5 de noviembre de 1865 sólo obtuvo 56 votos, pero fue elegido como representante por Salamanca.

“Historias”, la serie de artículos más extensa, polemizaba con el diario católico *El Pensamiento Español* a causa de un artículo en el que Barcia aludía –sin nombrarlo– al *Syllabus* y criticaba las condenas *absurdas* que había lanzado la Iglesia a lo largo de la historia, sobre todo en relación con los avances de las ciencias¹⁴⁷.

En estos textos repite los argumentos anticlericales ya expuestos en el Bienio Progresista, lamentando que «[u]n poder temporal; mezcla de gentilismo y sinagoga judía, nos á usurpado a Cristo». Acusa además a los neocatólicos de ser una panda de falsos católicos del siglo IV en adelante –hijos del acta de Constantino– y de desconocer la religión: «[l]a religión católica existe, pero no es la vuestra»¹⁴⁸. Su talante polemista y desafiante, su estilo reiterativo, exhortativo y declamatorio, su retórica bíblica, su abundantísima producción –organizada además en series que le garantizaban una presencia constante en la formación de opinión de *La Democracia*– y su eficacia a la hora de construir su imagen doliente de *apóstol de la democracia* –así le llamaban en Andalucía– pueden ayudar a explicar su creciente popularidad. Tal fue su éxito que la publicación le editó dos folletos en 1865 recogiendo sus artículos sobre la materia; el primero de ellos, *Historias*, agotó la primera edición de 4.000 ejemplares en apenas un mes y medio, quedando muchos pedidos sin servir¹⁴⁹. Por aquel tiempo, el joven Enrique Rodríguez-Solís –que se encontraba entre sus lectores– organizaba la biblioteca del recién fundado Casino Popular de Madrid, dirigido por Luis Blanc, incluyendo entre sus volúmenes el *Catón político* de Barcia¹⁵⁰.

¹⁴⁷ El artículo que originó la polémica es “Historias”, *La Democracia*, 6 de enero de 1865, p. 1. Las condenas de los católicos, en las que acusan a Barcia de *hereje* y *volteriano*, en *El Pensamiento Español*, 7 de enero de 1865, pp. 1-2; 23 de febrero de 1865, p. 3 y 28 de febrero de 1865, p. 2.

¹⁴⁸ BARCIA MARTÍ, Roque: *Historias: verdadera y fiel esposición de los grandes principios cristianos contra el falso catolicismo que nos devora*, Madrid, Imp. de *La Democracia* a cargo de L. Polo, 1865.

¹⁴⁹ Nota del editor en BARCIA MARTÍ, Roque: *Influencias y protestas neocatólicas*, Madrid, Imp. de *La Democracia* a cargo de L. Polo, 1865, pp. 63-64.

¹⁵⁰ RODRÍGUEZ-SOLÍS, Enrique: *Memorias...*, pp. 30-31. Además del libro de Barcia, Rodríguez-Solís refiere que, entre los libros del Casino, se encontraban *Resumen de historia general y de España*, de Fernando de Castro; *Diccionario español*, de Ramón Joaquín Domínguez; *Treinta años de gobierno representativo*, de José María Orense; *Cien tratados para el pueblo*, varios autores; *La reacción y la revolución e Historia de la pintura*, de Francisco Pi y Margall; *La fórmula del progreso*, de Emilio Castelar; *La república federal universal*, de Fernando Garrido; *El cantor del pueblo*, de Luis Blanc; *Historia crítica de la Inquisición*, del canónigo Llorente; *La voluntad nacional*, de Antonio Ignacio Cervera; *Los girondinos y Cursos familiares de literatura*, de Lamartine; *Cuadro sinóptico de la democracia española*, de Tresserra; *Gramática de la lengua castellana*; *¿Qué es la propiedad?* y *Filosofía de la miseria*, de Proudhon; *Obras*, de Larra; *El judío errante*, de Eugenio Sue; *Cantos del trovador*, de Zorrilla; *María, la hija de un jornalero*, de Ayguals de Yzco; *Los miserables*, de Víctor Hugo y *Las cuatro épocas*, de Soulié.

En cualquiera de los casos, el ingreso de Barcia en el Comité Nacional le permitía participar tanto en la toma de decisiones del partido como en el diseño de sus programas y estrategias. En las reuniones que siguieron, por ejemplo, votó de manera sistemática contra las propuestas de los *socialistas*¹⁵¹. Además, participó activamente en el enorme esfuerzo organizativo que desplegaron los demócratas en ese tiempo, impulsando la formación de Comités locales y provinciales «[a]llí donde haya uno, dos ó mas demócratas, ya sea ciudad, villa, pueblo ó aldea»¹⁵²; un esfuerzo que, además, se relacionaba en ese contexto con la necesidad de trascender el ámbito del debate doctrinal y pasar a la acción. Era el momento –y así lo recogía el manifiesto de disolución del Comité Central firmado, entre otros, por Orense, Castelar y Barcia– de que «la democracia pasara de escuela a partido, y de la esfera de las abstracciones metafísicas a la realidad práctica, siendo como es la esperanza única de la revolución, y la fórmula única posible de gobierno»¹⁵³. La revolución estaba ya en boca de todos, aunque la dinámica insurreccional, con Prim a la cabeza, se había abierto ya desde agosto de 1864, cosechando un fracaso tras otro hasta que llegó el triunfo revolucionario de septiembre de 1868¹⁵⁴.

El clima represivo que siguió a la Noche de San Daniel tampoco se relajó demasiado con la destitución de Narváez –sustituido por O'Donnell en junio de 1865– y aún se fue intensificando en los meses posteriores. El contexto era muy complicado a finales de 1865, con una agitación e inestabilidad crecientes, más aún tras el fallido golpe progresista de 2 de enero de 1866 que llevó a Prim al exilio portugués. Es muy posible que el paso por prisión de Barcia en ese tiempo estuviese relacionado con esa circunstancia, ya que la prensa anunciaba a finales de ese mes de enero que Roque Barcia había sido puesto en libertad¹⁵⁵. El estado de excepción decretado a raíz de la intentona insurreccional también tuvo consecuencias para la prensa, especialmente la demócrata y progresista. *La Democracia* fue suspendido el 13 de enero, después de haber sido denunciado veintiocho veces desde el verano de 1864. Es el periódico más denunciado del periodo. Reanudó su publicación el 18 de marzo de 1866, aunque los

¹⁵¹ Ver, por ejemplo *La Época*, 18 de diciembre de 1865, p. 3 y *La Discusión*, 6 de enero de 1866, p. 2.

¹⁵² “Bases de organización del partido democrático en España”, en *La Discusión*, 15 de octubre de 1865, pp. 2-3.

¹⁵³ “El Comité central democrático a sus correligionarios”, *La Época*, 18 de octubre de 1865, p. 1.

¹⁵⁴ HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo: *Manuel Ruiz Zorrilla...*, p. 73 y ss.

¹⁵⁵ *La Correspondencia de España*, 31 de enero de 1866, p. 1; *La España*, 1 de febrero de 1866, p. 3

periódicos demócratas pronto denunciaron la persecución a que estaban sometidos. En mayo, *La Democracia* tenía presos o encausados al editor y cinco redactores, entre ellos Castelar y el mismo Barcia¹⁵⁶. Este había sido encausado por un artículo publicado el 29 de diciembre de 1865, en el que contestaba al folleto *Progresistas y demócratas* de Carlos Rubio. En ese folleto, el progresista Rubio subrayaba la igualdad de intereses de los dos partidos *liberales* y se preguntaba si podrían en algún momento refundirse en un solo partido. La idea de que a progresistas y demócratas sólo les separaba una cuestión *de grado* era defendida por ciertos líderes progresistas, como Manuel Ruiz Zorrilla, quien pensaba que, frente a la reacción, sólo podía oponerse un gran partido liberal que reuniera a ambas sensibilidades políticas¹⁵⁷. Claro que la lectura del liberalismo que defendían unos y otros era bastante diferente. Barcia contestó a Rubio rebatiendo, entre otras cuestiones, que progresistas y demócratas pensaran de igual modo los derechos individuales, incluido el sufragio universal:

«El individuo del Sr. Rubio ¿tiene la libertad completa y absoluta del sufragio? ¿Y la monarquía hereditaria, esa monarquía que está fuera de la elección, fuera del sufragio universal, fuera del individuo? El individuo del Sr. Rubio ¿tiene todas las libertades absolutas del individuo democrático, y no tiene la libertad de nombrar á sus reyes? ¡Qué dislate!»¹⁵⁸

Desde luego, resuena en este texto el eco de la situación de 1854. En cualquier caso, la afirmación del sometimiento de la corona a la voluntad nacional era más que suficiente para encausarlo en aquel momento. Pasó un mes en prisión, entre febrero y marzo de 1866, sin formación de causa y, cuando recayó por fin sobre él auto de prisión, sus amigos demócratas debieron prestarle 200 escudos para la fianza¹⁵⁹. Por esos días, Eusebio Blasco publicaba en *La Soberanía Nacional* una copla satírica sobre la persecución del gobierno unionista a la prensa, haciendo referencia a la detención de Barcia y a la suya propia¹⁶⁰.

¹⁵⁶ *La Época*, 20 de marzo de 1866, p. 3; *La Discusión*, 22 de marzo de 1866, p. 2; CASTRO, Demetrio: *Los males de la imprenta. Política y libertad de prensa en una sociedad dual*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1998, pp. 153 y 192.

¹⁵⁷ HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo: *Manuel Ruiz Zorrilla...*, pp. 83-86.

¹⁵⁸ BARCIA MARTÍ, Roque: "Progresistas y demócratas VII", *La Democracia*, 29 de diciembre de 1865, p. 2.

¹⁵⁹ *La Discusión*, 22 de marzo de 1866, p. 2.

¹⁶⁰ *La Soberanía Nacional*, 20 de marzo de 1866, p. 3

Quizás por alejarse de aquel ambiente represivo que se vivía en la capital, Barcia se trasladó a Cádiz apenas salió de prisión gracias a la ayuda prestada. Allí fundó y dirigió *El Demócrata Andaluz*, periódico financiado por el republicano Manuel Francisco Paul y Picardo que inició su andadura el 1 de abril, aunque Barcia siguió escribiendo en *La Democracia*. No parece que hallara demasiada tranquilidad en Cádiz tampoco porque, ese mismo mes de abril, *El Demócrata Andaluz* fue multado por una cantidad de 4.000 duros¹⁶¹. Además, sus opiniones religiosas motivaron una pastoral del obispo de Cádiz en la que prohibía a los fieles de su diócesis la lectura del periódico «porque contiene errores marcados contra la fe, y porque en ellos envuelven doctrinas de panteísmo y racionalismo». Quienes contravinieran la prohibición, incurrirían «*ipso facto* en excomunión mayor»¹⁶². Barcia no tardó en polemizar con el obispo, lamentando las cuarenta y cuatro excomuniones que –según afirma– pesaban ya sobre sus hombros. Posicionado en su verdad religiosa, se sentía interpelado por la disputa doctrinal y no podía dejar de contestar a las *opiniones* del obispo en materia de dogma:

«Nos aseguraban que la Pastoral había sido leída en algunas Parroquias, y nos negábamos á creerlo. Nos aseguraban que varios ejemplares impresos circulaban por Cádiz, y no lo creíamos tampoco. Y si lo creíamos, abrigábamos la esperanza de que ese documento no se haría público, evitándonos el conflicto de tener que hablar sobre esta cuestión pública. Porque en tanto que no se publicara, nosotros veíamos en el escrito Diocesano un documento religioso, y no pretendemos atacar la conciencia de nadie. La verdad no es nunca impaciente ni incauta. Pero una vez lanzado aquel escrito a la opinión, el documento religioso es un hecho público, y todo lo público nos pertenece, porque nosotros somos públicos también. Ya no es posible el disimulo. La prudencia sería ya miedo»¹⁶³.

La polémica fue sonada y tuvo también su repercusión en Madrid, ya que Barcia publicó un artículo en *La Democracia* sobre el tema, al que siguieron otros sobre las

¹⁶¹ *Los Diputados pintados por sus hechos...*, tomo 1, p. 269; CASTRO, Demetrio: *Los males de la imprenta...*, p. 193.

¹⁶² Citado en ESCOT MANGAS, Sergio: *Catolicismo liberal en la obra de Roque Barcia. Filósofo, Masón, Clerófobo, Ácrata, Revolucionario, Demócrata, Republicano Intransigente, y demás gentes de mal vivir*. Tesis doctoral dirigida por Diego Núñez Ruiz., Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, 2002, p. 386. Barcia dedicó una serie de artículos –publicados los días 9, 10 y 11 de mayo de 1866– a contestar al obispo de Cádiz. Reproduce esos artículos en BARCIA MARTÍ, Roque: *Teoría del infierno o ley de la vida*, Madrid, Imp. Manuel Galiano, 1868, p. 87 y ss. No he podido averiguar el origen exacto de la polémica, ya que sólo he localizado los tres ejemplares aludidos de *El Demócrata Andaluz*.

¹⁶³ En *El Demócrata Andaluz*, 9 de mayo de 1866, p. 1 y BARCIA MARTÍ, Roque: *Teoría del infierno...* pp. 87-88.

excomuniones políticas y sobre el neocatolicismo¹⁶⁴. De todas maneras, el recorrido de *El Demócrata Andaluz* no fue muy largo, ya que los sucesos de 22 de junio de 1866 trastocaron todos los planes que Barcia podía haber imaginado en Cádiz. La fallida insurrección del Cuartel de San Gil le sorprendió en La Redondela, donde se encontraba visitando a sus hermanas. Es muy probable que colaborase con la preparación del movimiento, ya que la policía registró cuatro veces su casa de Cádiz y se le abrió una causa por «conspiración política»¹⁶⁵. La represión desatada por el gobierno unionista a raíz del movimiento de 22 de junio fue brutal y supuso la caída de O'Donnell, sustituido de nuevo por Narváez. Los periódicos demócratas y progresistas fueron clausurados, entre ellos *La Democracia* y *El Demócrata Andaluz*. La mayoría de figuras conocidas de la democracia y del progresismo sufrieron persecuciones, registros, exilio o cárcel. A partir de ese momento, los trabajos revolucionarios se multiplicaron, tanto en el interior como desde fuera de España, no sin serias dificultades. Por su parte, Barcia huyó a Portugal, desde donde vivió los preparativos revolucionarios, que aún conocieron algún intento fracasado antes del triunfo de *La Gloriosa* en septiembre de 1868. Ciertamente, a nadie se le ocultaba la proximidad de la revolución y, como recordaría años después Nicolás Estévanez, «[e]ra preciso estar ciego para no verla llegar»¹⁶⁶.

De Portugal a *La Gloriosa*

La imposible apertura del régimen político isabelino y su deriva cada vez más represiva y autoritaria, especialmente tras los acontecimientos de la Noche de San

¹⁶⁴ Se trata de los artículos “El Demócrata Andaluz ante el obispo de Cádiz”, “De las excomuniones políticas”, “A los neo-católicos”, “El neo-catolicismo”, “El neo-catolicismo y el cristianismo” y “El neo-catolicismo y la ciencia (I)”, publicados en *La Democracia* los días 13, 22, 29 de mayo y 3, 15 y 19 de junio, respectivamente. El cese de *La Democracia* el 22 de junio de 1866 supuso la interrupción de la serie, que no continuó.

¹⁶⁵ *La Época*, 12 de agosto de 1867, p. 1. A pesar de la apertura de causa contra Barcia, su nombre no aparece en ninguno de los dos *Informes Reservados* elaborados por el Gabinete particular del Gobierno de Madrid, donde se relata las actividades subversivas de políticos y revolucionarios durante los años 1866 y 1867. Es posible que tenga que ver con que, desde marzo de 1866, Barcia ya no residiese en Madrid, aunque parece que los *Informes* son bastante incompletos. Sí que aparece, sin embargo, su cuñado Salvador de Cantos, hermano de Ana, del que se dice: «Empleado en la Administración de Hacienda Pública de esta provincia [Madrid] y habitante en la calle de la Ruda, núms. 15 y 17. Este sujeto es de reconocidas ideas democráticas y fue detenido en 14 de mayo del año actual [1867] por haber tenido noticias el Gobernador de que este sujeto recibía correspondencia de los emigrados para los revolucionarios de esta Corte y puesto en libertad el 30 del mismo mes». Sin duda, Salvador de Cantos era el enlace entre la Junta Revolucionaria de Lisboa, encabezada por Barcia, y los revolucionarios de Madrid. En ALVARADO PLANAS, Javier: “La sección de Orden Público a fines del reinado de Isabel II: la represión política a través de los ficheros policiales reservados”, en ALVARADO PLANAS, Javier (coord.): *Poder, economía, clientelismo*, Madrid, Marcial Pons, 1997, pp. 149-231. La referencia a Salvador de Cantos en p. 193.

¹⁶⁶ ESTÉVANEZ, Nicolás: *Mis memorias*, Madrid, Tebas, 1975, p. 141.

Daniel y, sobre todo, de la fallida insurrección del Cuartel de San Gil, unió a demócratas y progresistas en torno al objetivo común antidinástico ¹⁶⁷. Un objetivo bastante poco preciso y que, de alguna manera, ponía de nuevo sobre la mesa el problema monárquico que no se había resuelto durante el Bienio. El programa revolucionario, plasmado en el Pacto de Ostende de agosto de 1866 –y ratificado más tarde en la reunión de Bruselas de junio de 1867– había sido acordado por representantes de ambos partidos en aras de lograr la «unión íntima y cordial de los dos partidos liberales» para «destruir todo lo existente en las altas esferas del poder» bajo la dirección del general Prim. El pacto fijaba la formación de un gobierno provisional tras el hipotético triunfo revolucionario, aunque más difícil fue llegar a un acuerdo acerca de qué forma se le daría al Estado después de destruir todo lo existente. Finalmente se decidió que ese espinoso asunto se debía dejar a unas Cortes Constituyentes, que deberían ser formadas por sufragio individual masculino y directo¹⁶⁸. La colaboración entre ambas fuerzas, sin embargo, no fue fácil. La desconfianza de parte de los demócratas hacia el progresismo se sustentaba no sólo en las evidentes diferencias doctrinales que los separaban –fundamentalmente en torno a la forma del Estado a implantar tras la caída de Isabel II, la adopción del sufragio universal como derecho constitucional o la separación de la Iglesia y del Estado–, sino también en la memoria de los desengaños pasados y en la conducta, bastante poco fiable a su juicio, del general Prim¹⁶⁹.

Así pues, no todos los demócratas aceptaban el liderazgo del Marqués de los Castillejos, respaldado por algunas personalidades como Rivero, Martos o Becerra, y pronto se vio que iba a ser difícil unificar el movimiento. Se formó un Centro Revolucionario en Bruselas, encabezado por Prim y con presencia demócrata por medio

¹⁶⁷ SERRANO GARCÍA, Rafael: “El progresismo laico y filodemocrático del Sexenio (1868-1874)”, en SUÁREZ CORTINA, Manuel (ed.): *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006, pp. 346-351.

¹⁶⁸ El Pacto de Ostende se acordó en una reunión de cincuenta progresistas y demócratas, aunque de estos últimos sólo acudieron García Ruiz y Becerra como figuras de peso. Eduardo Higuera afirma, por esto, que el partido demócrata estaba infrarrepresentado y que «Ostende sólo representó la combinación de algunos demócratas con los progresistas que seguían a Prim. En este sentido, sus resoluciones fueron más un acuerdo interno de ese grupo que un pacto con los demócratas». HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo: *Manuel Ruiz Zorrilla...*, p. 92.

¹⁶⁹ PI Y MARGALL, Francisco y PI Y ARSUAGA, Francisco: *Historia de España en el siglo XIX. Sucesos políticos, económicos, sociales y artísticos, acaecidos durante el mismo. Detallada narración de sus acontecimientos y extenso juicio crítico de sus hombres*, tomo IV, Barcelona, Miguel Seguí (ed.), 1902, pp. 388-390. Sobre la figura de Juan Prim, ver ANGUERA, Pere: *El general Prim: biografía de un conspirador*, Barcelona, Edhasa, 2003. Sobre la estrategia de Prim en estos años, ver FRADERA, Josep Maria: “Juan Prim y Prats (1814-1870). Prim conspirador o la pedagogía del sable”, en BURDIEL, Isabel y PÉREZ LEDESMA, Manuel (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores...*, pp. 239-266.

de Manuel Becerra, aunque no todas las fuerzas revolucionarias se veían representadas en esta formación. En París, donde se encontraban Castelar, Pi y Margall o García López, se formó una junta demócrata. Orense, por su parte, organizó otro núcleo en Burdeos y, finalmente, los emigrados en Portugal, encabezados por Barcia, establecieron otra Junta Revolucionaria que funcionaba de manera independiente. Para todos ellos, la revolución sólo podía resolverse mediante la proclamación de la república federal. Todos tenían agentes en diversos centros y estaban en contacto con la red conspirativa que se extendía por toda España, donde se hallaban Rivero y Figueras al frente de una Comisión¹⁷⁰. Pero cada centro –incluso cada líder, se puede decir– trabajaba por su cuenta. La división doctrinal y estratégica, los recelos y las suspicacias sobrevolaron constantemente los trabajos revolucionarios¹⁷¹.

Como se ha señalado, Roque Barcia se refugió en Portugal desde el verano de 1866, donde permaneció durante aquellos «años terribles para los liberales»¹⁷². Parece que se instaló inicialmente en Lisboa con Ana de Cantos y, tras obtener el permiso de residencia en el país vecino, debieron trasladarse a Oporto¹⁷³. Todas las referencias coinciden en señalar que Barcia encabezaba a los emigrados demócratas en Portugal, reunidos en un pequeño núcleo revolucionario formado por el propio Barcia, Juan Pico Domínguez y José Guisasola. No eran, con todo, los únicos revolucionarios emigrados en Portugal. Según refiere Manuel Ibo Alfaro, el Centro Revolucionario –progresista– de Bruselas también estaba representado en Lisboa «por D. Cristino Martos, por D. Nemesio Fernández Cuesta, por el coronel Merelo, por el coronel González y por Bastos»¹⁷⁴. Alguno de ellos, como Merelo, estaba allí desde el fracaso de enero de 1866, mientras que Martos llegó a Lisboa en el verano de 1867. Además, había un nutrido número de militares entre los emigrados españoles –muchos recluidos en los depósitos de Cascais o Madeira por las autoridades portuguesas–, refugiados en el país vecino tras

¹⁷⁰ PI Y MARGALL, Francisco y PI Y ARSUAGA, Francisco: *Historia de España...*, pp. 388-390.

¹⁷¹ ALFARO, Manuel Ibo: *Historia de la interinidad española*, vol. 1, Madrid, Viuda e Hijos de Manuel Álvarez, 1871, p. 152 y ss.; PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 500-508; HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo: *Manuel Ruiz Zorrilla...*, pp. 90-98.

¹⁷² Así denomina Enrique Rodríguez-Solís al periodo de tiempo que transcurre entre el 22 de junio de 1866 y *La Gloriosa*, caracterizado por una creciente agitación política en España y la consiguiente represión. En RODRÍGUEZ-SOLÍS, Enrique: *Historia del partido republicano español...*, vol. 2, p. 571.

¹⁷³ Eso se deduce, al menos, de sendas cartas detenidas en la central de correos por no llevar sellos, a nombre de Ana de Cantos; la primera con destino a Lisboa y la segunda a Oporto. En *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, 19 de diciembre de 1866 y 15 de marzo de 1867.

¹⁷⁴ ALFARO, Manuel Ibo: *Historia de la interinidad...*, vol. 1, p. 152.

los movimientos de enero y junio de 1866. Con todo, apenas contamos con alguna información que pueda esclarecer el papel que desempeñó el pequeño núcleo demócrata en la preparación de *La Gloriosa*, pero da la impresión de que fue bastante residual. Sí sabemos que Barcia estaba en relación con los revolucionarios de Madrid por medio de Salvador de Cantos, hermano de Ana, y también que mantuvo algún contacto, al menos, con el núcleo republicano de Burdeos dirigido por Orense¹⁷⁵. Es difícil saber, de todas maneras, de qué forma colaboró la pequeña junta demócrata en la revolución o cómo se relacionaba con los progresistas que se hallaban también en Portugal. Por algunas noticias, parece que tuvo contacto frecuente con Cristino Martos y, de hecho, volvieron juntos a España en septiembre de 1868.

En cualquier caso, la estancia de Barcia en Portugal no fue demasiado tranquila, ya que estuvo vigilado y se dictaron varias órdenes de detención contra él, lo que indica su significación como agente revolucionario en el país vecino¹⁷⁶. Aunque en alguna semblanza se vincula su detención con el viaje de Isabel II a Lisboa en diciembre de 1866¹⁷⁷, lo cierto es que Barcia fue detenido casi un año después de la visita de la reina y en otras circunstancias. Es posible que algún movimiento hubiera con ocasión del viaje regio, ya que a principios de diciembre de 1866 se publicaron varias noticias anunciando que Barcia y el general Merelo habían sido detenidos en Lisboa y obligados a embarcarse, ya que se sospechaba que pretendían entrar en España por Badajoz¹⁷⁸. Pocos días después, los periódicos rectificaban y se hacían eco de lo publicado en *La Gaceta de Portugal* [sic]. Al parecer, coincidiendo con la próxima llegada de la reina Isabel a Lisboa, las autoridades portuguesas habían observado la concurrencia de «algunos emigrados españoles» a la capital, desde sus lugares de residencia habitual. El gobernador civil los llamó para averiguar las causas de esa afluencia, pero «las personas citadas manifestaron que cualquiera que fuese su situación política, jamás habían podido

¹⁷⁵ ALVARADO PLANAS, Javier: “La sección de Orden Público...”. En una carta sin datar, Barcia informa a sus correligionarios –probablemente de Madrid– que «Guisasola está en Burdeos». Citado en BERMEJO, Ildefonso Antonio: *La estafeta de palacio. Cartas trascendentales dedicadas a S. A. R. el príncipe D. Alfonso de Borbón*, Tomo III, Madrid, Imp. de R. Labajos, 1872, p. 841.

¹⁷⁶ No dejó de cultivar, en esos años, su imagen de hombre estudioso y erudito, ya que la prensa se hacía eco de que estaba recabando datos para un futuro libro acerca de «las consecuencias que bajo el punto de vista filosófico tuvo la desastrosa administración de la casa de Austria, ó sea exámen de la estructura de la lengua portuguesa, el aislamiento en que han vivido ambos pueblos desde 1640». En *El Pabellón Nacional*, 17 de mayo de 1867, p. 1.

¹⁷⁷ ALFARO, Manuel Ibo: *Historia de la interinidad...*, vol. 1, p. 216.

¹⁷⁸ *La Época*, 11 de diciembre de 1866, p. 2; *La España*, 11 de diciembre de 1866, p. 3; *El Pabellón Nacional*, 11 de diciembre de 1866, p. 3; *La Esperanza*, 12 de diciembre de 1866, p. 3.

pensar en nada contrario á su propia dignidad y á la dignidad del pueblo portugués». Como prueba de su buena intención, algunos de ellos, entre los que se encontraba Barcia, habían resuelto trasladarse a Cascais durante la estancia de la familia real española en Lisboa¹⁷⁹. Es de señalar que, precisamente en Cascais, había un *depósito* donde se encontraban internados algunos militares españoles emigrados tras los fracasos de enero y de junio de 1866.

Si bien no parece que hubiese mayor problema con las autoridades portuguesas en relación con el viaje de la reina Isabel, todo apunta a que la detención de Barcia –bastante sonada, por cierto– se produjo a raíz del movimiento insurreccional del 15 de agosto de 1867. El momento era complejo, ya que Prim había decidido lanzar el movimiento en solitario, tras una reunión con los demócratas en la que, si algo había quedado bien patente, era la disparidad de objetivos de las fuerzas revolucionarias. Los demócratas no estaban inclinados a implicarse en una revolución si no era para proclamar la república¹⁸⁰. Martos llegó a Lisboa poco después de esa reunión, seguramente con objeto de preparar la insurrección progresista; al parecer, los emigrados de Portugal debían entrar en España por Extremadura cuando se iniciase el levantamiento¹⁸¹. Desde luego, el mundo de los emigrados en el país vecino andaba revuelto los días previos al 15 de agosto. A finales de julio, se habían fugado del *depósito* de Cascais doce emigrados españoles; otros se habían escapado de Madeira un par de semanas antes. El gobernador civil de Villa Real informaba el 1 de agosto que había aparecido una proclamación de la «junta revolucionaria de Portugal» en la villa de Chaves. Esta circunstancia, unida a la afluencia de los huidos de Cascais hacia la frontera española, hacía pensar al *ministro do Reino* que «se prepara, de accordo com os agitadores de Hespanha, alguna tentativa contra a ordem publica alli establecida» y autorizaba al ministro dos Negocios Estrangeiros a informar al embajador de España en Lisboa¹⁸². No se obtuvo mucha más información acerca de aquella «proclamação

¹⁷⁹ *La Época*, 15 de diciembre de 1866, p. 3. También se publicó esta noticia en *La España*, 16 de diciembre de 1866, p. 3; *El Pabellón Nacional*, 16 de diciembre de 1866, p. 1; *La Correspondencia de España*, 17 de diciembre de 1866, p. 2 y *La Regeneración*, 17 de diciembre de 1866, p. 2. Severo Catalina escribió la crónica del viaje de los reyes a Portugal, en *Viajes de Sus Majestades y Altezas a Portugal en diciembre de 1866*, Madrid, Imp. Manuel Rivadeneyra, 1867.

¹⁸⁰ PI Y MARGALL, Francisco y PI Y ARSUGA, Francisco: *Historia de España...*, pp. 388-390.

¹⁸¹ ALFARO, Manuel Ibo: *Historia de la interinidad...*, vol. 1, p. 165-166.

¹⁸² “Governador Civil de Villa Real a Ministro do Reino”, 1 de agosto de 1867 y “Ministro do Reino a Ministro e Secretario d’Estado dos Negocios Estrangeiros”, 5 de agosto de 1867, Arquivo Nacional da Torre do Tombo [ANTT], *Ministério do Reino*, mc. 3050, nº 643.

incendiaria [...] e da sua circulação e remessa para o Reino vizinho»; no parecía, además, que los agentes de la junta hubiesen encontrado en la villa de Chaves apoyo importante, aunque se intensificó la vigilancia de los pasos fronterizos¹⁸³. La insurrección progresista del 15 de agosto, de todas maneras, fue un fracaso y llevó, además, a profundizar la desconfianza de los demócratas hacia Prim.

La detención de Barcia se produjo unos días después del fracasado movimiento progresista, aunque las autoridades portuguesas lo vigilaban desde bastante antes. En abril de 1867, el *ministro do Reino* de Portugal había informado al gobernador civil de Oporto –donde Barcia residía entonces– que se sospechaba que este era «agente do centro revolucionario d’Hespanha». Ordenaba su vigilancia con objeto de comprobar este extremo y, en su caso, hacerlo apresar¹⁸⁴. Poco después, en mayo, su cuñado Salvador de Cantos era detenido en Madrid por sus contactos con los emigrados de Portugal. Con estos antecedentes, y tras lo ocurrido el 15 de agosto, el *ministro do Reino* cursó la orden de detención de Barcia el 26 de agosto de 1867. Se ordenaba su traslado a Lisboa «para ou ser transportado para qualquer das Ilhas, ou, querendo, dar-se-lhe passaporte para o estrangeiro, pagando-lhe o governo a passagem». Se añadía que debía ser conducido con toda comodidad y atenciones, pero con seguridad.

El traslado se produjo de manera inmediata, acompañado Barcia por un oficial administrativo que debía presentarlo en el gobierno civil de Lisboa¹⁸⁵. Llegó a Lisboa el 29 de agosto y fue embarcado en la fragata *Don Fernando*, surta en el Tajo, en la que esperaban otros emigrados españoles –todos militares– para ser transportados a Le Havre y seguir su camino a Bélgica o Francia. Otros emigrados civiles – como el librero José Pérez Mendoza o el maestro Juan Ruiz de Torres– fueron internados en Peniche o Cascais. Pero Barcia se negó a aceptar ningún transporte y solicitó –«com muita instancia»– permanecer a bordo del navío por tiempo de quince a veinte días, hasta que recibiese noticias de su familia y esta pudiese arreglar sus asuntos domésticos para salir de Oporto. El *ministro do Reino* autorizó la permanencia de Barcia en Portugal durante ese tiempo y le ofreció ser internado en Peniche mientras tanto. Si accedía, el

¹⁸³ “Governador Civil de Villa Real a Ministro do Reino”, 13 de agosto de 1867, ANTT, *Ministério do Reino*, mç. 3050, nº 643.

¹⁸⁴ ANTT, *Ministério do Reino*, mç. 3046, nº 210.

¹⁸⁵ “Ministro do Reino a Governador Civil do Porto”, 26 de agosto de 1867 y “Governador Civil do Porto a Ministro do Reino”, 28 de agosto de 1867, ANTT, *Ministério do Reino*, mç. 3050, nº 643.

gobernador civil de Lisboa debía «prevenir a authoridade administrativa competente para que seja recebido n'aquella praça e bem tratado, dando-se-lhe tudo o que foi necessario tanto para o alojamento, como para o seu sustento»¹⁸⁶. Barcia no debió acceder, porque permaneció cerca de un mes en la fragata *Don Fernando* y, más tarde, fue trasladado a la corbeta *Estefanía*.

Con todo, Barcia no aceptó su situación y recurrió a la prensa. En realidad, tenía permiso de residencia en Portugal y, por lo tanto, no se le podía considerar un emigrado. El proceder de Barcia, en este caso, consistió en mandar una carta al gobernador civil de Lisboa, haciéndole saber su estatuto de residente y amenazándolo con acudir a la prensa con el asunto:

«Antes de acudir á la prensa para demostrar que he sido y soy escandalosamente atropellado, creo prudente y conciliatorio poner este hecho en conocimiento de usía. [...] Van 23 dias que me tienen en un tormento. Esto no es solamente una tropelia, sino una crueldad, y sentiré infinito acudir á la prensa»¹⁸⁷

El gobernador civil mantuvo su resolución y Barcia volvió a la carga, insistiendo en que no era emigrado sino residente y que, si aún así se le expulsaba, se reservaba «los derechos y acciones que me correspondan según las leyes del pais, para reclamar en su dia contra quien hubiere lugar». Además, estaba esperando noticias de Oporto, donde Ana permanecía gravemente enferma¹⁸⁸. El recurso a la prensa, por supuesto, llegó. Se trata de un total de cinco cartas que Barcia dirigió al periódico *Jornal do Commercio*, entre el 21 de septiembre y el 5 de octubre de 1867¹⁸⁹. En ellas, señala a Narváez –«un Nerón español»– como artífice de su orden de expulsión, en la que se dice que «no conviene [su] permanencia en este reino». Pero sus palabras son especialmente duras contra Portugal, al que acusa de ser un «país esclavo», a merced de la voluntad de España. En todo esto, sobrevuela una amenaza: si Portugal sigue mirando

¹⁸⁶ “Quartel General da Marinha a Conselheiro Director da 1ª Direcção”, 29 de agosto de 1867 y “Ministro de Reino a Governador Civil de Lisboa”, 30 de agosto de 1867, ANTT, *Ministério do Reino*, mç. 3050, nº 643.

¹⁸⁷ “Roque Barcia al Gobernador Civil de Lisboa”, a bordo de la corbeta Estefanía, 19 de septiembre de 1867, ANTT, *Ministério do Reino*, mç. 3050, nº 643.

¹⁸⁸ “Roque Barcia al Gobernador Civil de Lisboa”, a bordo de la corbeta Estefanía, 23 de septiembre de 1867, ANTT, *Ministério do Reino*, mç. 3050, nº 643.

¹⁸⁹ Una transcripción de las cartas en ALFARO, Manuel Ibo: *Historia de la interinidad...*, vol. 2, p. 298 y ss. Aunque no lo he podido comprobar, es de suponer que las cartas serían publicadas en portugués, por lo que cabe pensar que las transcripciones que ofrece Ibo Alfaro podrían ser traducciones de las originales.

con «odio profundo» a los liberales españoles, llegarán tribulaciones y ríos de sangre. La protesta final es brutal: «¡Sépalo Portugal! ¡Sépalo el rey! PORTUGAL NO ES UNA NACIÓN: ES UNA COLONIA». Una colonia española, se entiende. A decir de Manuel Ibo Alfaro, las cartas de Barcia causaron sensación en el país vecino:

«[Las cartas] excitaron de una manera asombrosa el interés público en el vecino reino, poco acostumbrado á un lenguaje tan enérgico, á una argumentación tan viva y á unos apóstrofes tan elocuentes contra el poder, como los que en esas cartas usó nuestro querido amigo el republicano Barcia. El rey de Portugal tuvo tambien noticia de aquellas cartas; el rey de Portugal intervino por fin en la cuestion, y D. Roque Barcia fue puesto en libertad»¹⁹⁰

Fuese o no obra del rey de Portugal la libertad de Barcia, el caso es que permaneció en el país vecino hasta *La Gloriosa*, seguramente en Lisboa. Como ya se ha apuntado, es muy probable que su orden de expulsión se hubiese cursado en relación con el movimiento progresista de agosto, ya que fue prácticamente inmediata, pero es dudoso que la proclamación de la junta revolucionaria, encontrada en la villa de Chaves, fuese obra de los demócratas. Es posible que colaboraran pero, por las pocas referencias que tenemos, Barcia declinó siempre los ofrecimientos que provenían de campos políticos ajenos, lo que podía ser un gesto muy íntegro, pero también da cuenta de su escaso pragmatismo. Parece que rechazó la ayuda económica que le ofrecieron tanto el general Prim como el duque de Montpensier, quien quiso conocerlo durante su estancia en Lisboa el verano de 1868¹⁹¹. En cualquier caso, todo apunta a que la junta de Portugal trabajó de manera independiente. Sin duda, debió ser el reconocimiento de sus méritos como incansable propagandista –en especial tras su paso por *La Democracia*– y como miembro de los altos órganos del partido lo que le puso en disposición de encabezar la emigración demócrata en Portugal. Más que una junta, da la impresión de un núcleo reunido bajo la influencia del prestigio de Barcia. De hecho, las proclamas revolucionarias que lanzaron en la primera mitad de 1868, esta vez de autoría inequívoca, estaban firmadas por Barcia, Guisasola y Pico Domínguez, sin alusión a ninguna junta.

Si la división y la desconfianza habían dificultado la colaboración de progresistas y demócratas desde Ostende, el fracaso progresista de 15 de agosto de 1867

¹⁹⁰ ALFARO, Manuel Ibo: *Historia de la interinidad...*, vol 1, p. 216.

¹⁹¹ *Los Diputados pintados por sus hechos...*, p. 448; *Anuario republicano federal...*, p. 1423-1424.

puso en cuestión la figura de Prim y acabó de enfrentar a los revolucionarios¹⁹². Cada centro trabajaba por su cuenta a favor de una revolución que, más allá del programa de mínimos acordado, entendían de manera muy diferente. La tardía incorporación de la conservadora Unión Liberal a la coalición, en el mismo verano de 1868, vino a complicar ese panorama, ya que a las diferencias doctrinales se sumaba la memoria de la brutal represión tras la jornada del 22 de junio de 1866. A todo este malestar había que añadir, además, los recelos personales. Según explicaba Estévanez, el panorama en París en julio de 1868, apenas dos meses antes de la revolución, era caótico:

«Llegamos a París, donde tuvimos el disgusto de ver a los emigrados completamente reñidos los unos con los otros, no tanto por la disparidad de caracteres, las opiniones dispares y la diversidad de apreciaciones en el juicio de los hechos, como por celos, rivalidades y chismes. Cada personaje tenía su camarilla, cada subpersonaje la tenía también. Pi y Margall y Castelar, a cual más laborioso, por su mismo exceso de labor se comunicaban rara vez uno con otro, y mucho menos con los demás emigrados; trabajaban asiduamente para la prensa hispanoamericana y para los editores de París, por lo cual no vimos a ninguno de los dos. Pero vimos a don Blas Pierrad, cuyos amigos apenas saludaban a los íntimos de Prim. Los de Sagasta y Ruiz Zorrilla decían horrores de los de García Ruiz, y éste escribía folletos contra todos los demás.»¹⁹³.

En este contexto, Barcia y su entorno hicieron públicas, a principios de 1868, sus opiniones acerca del carácter de la revolución por la que estaban trabajando y que recogía, sin variaciones reseñables, el programa que el propagandista venía defendiendo desde el Bienio. Así, el 20 de febrero publicaron un manifiesto llamando «a los españoles» a la revolución democrática¹⁹⁴. En él, tras declarar explícitamente que «la forma de gobierno en los sistemas democráticos es una forma necesariamente republicana», argumentan que «es necesario que la revolución penetre en el fondo de las instituciones públicas, y dé á la nación otra forma de ser y de vivir». Por ello, proponen una serie de reformas para resolver «todas las cuestiones capitales, cuya solución espera el país del movimiento revolucionario» según «la nueva escuela, –que es la escuela del

¹⁹² HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo: *Manuel Ruiz Zorrilla...*, pp. 96-97; PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo...*, pp. 504-507; ANGUERA, Pere: *El general Prim...* Para muchos demócratas, la decisión de Prim de dirigirse a Valencia –en vez de a Canfranc y Jaca como estaba previsto– fue vista como una traición. Orense instó a los demócratas a retirar su confianza en Prim, porque «la última revolución ha[bía] sido un pastel indigno». Ante las acusaciones, Prim se vio obligado a publicar un Manifiesto explicando lo sucedido. Algunos párrafos del Manifiesto de Prim en PI Y MARGALL, Francisco y PI Y ARSUAGA, Francisco: *Historia de España...*, p. 393.

¹⁹³ ESTÉVANEZ, Nicolás: *Mis memorias...*, p. 151.

¹⁹⁴ “Manifiesto democrático”, en ALFARO, Manuel Ibo: *Historia de la interinidad...*, vol. 2, pp. 373-386.

pueblo—». Fundamentalmente, se refieren al sufragio universal masculino, a los derechos y libertades individuales —derecho a la vida, libertad de pensamiento, palabra, imprenta, enseñanza, asociación—, a las garantías —inviolabilidad del ciudadano y del domicilio, jurado popular—, reforma militar, económica y administrativa —supresión de quintas y matrículas del mar, abolición de sueldos pasivos, desestanco de sal, pólvora, tabaco, reforma de las aduanas, extinción de la deuda, reforma fiscal—, separación de la Iglesia y del Estado y concesión al municipio y a la provincia de «su régimen propio que hoy usurpa el Estado». Son todas ellas, a su juicio, las reformas que ha de traer la revolución.

El texto identifica de forma inequívoca revolución, democracia y república —«la nueva escuela, la revolución democrática, el sistema republicano»— y señala su objetivo: «[c]on haber llevado a cabo nuestro sistema, habremos conseguido nuestro fin». Había llegado la hora de poner las ideas en acción, ya que consideraban que, hasta el momento, habían sido más bien «demócratas idealistas»; era tiempo ya de ser «demócratas prácticos, experimentadores positivos». La llegada de la revolución era inexorable, pero incierta, y de ella dependía, a su juicio, la salvación del «infortunado pueblo» español. Por si podía quedar alguna duda respecto al carácter de la revolución que se esperaba, finalmente añaden:

«Réstanos decir, aunque escusado parezca, que los autores de este manifiesto son demócratas; exclusiva y absolutamente demócratas, tolerantes; pero intransigentes con todas las demás escuelas, y que aceptando todo lo bueno, venga de donde venga, no buscarán la realización de su pensamiento, sino en la democracia, con ella, por ella y para ella»¹⁹⁵.

La rigidez de la formulación es manifiesta y no deja lugar a duda del objetivo que perseguían. Pero no parecía que los trabajos avanzaran y, tres meses después, los emigrados de Portugal volvían a la carga con una nueva proclama fechada el 16 de mayo¹⁹⁶. El círculo de Barcia se dirigía de manera explícita a sus *correligionarios* y expresaba, en este texto, su malestar tanto por el escaso impulso revolucionario de los demócratas como por su falta de coordinación. Consideran que «los hombres de la

¹⁹⁵ *Ibid.*, p. 385.

¹⁹⁶ La proclama es en realidad una misiva que comienza con «Mi querido correligionario». Tanto esta proclama como la anterior fueron impresas en Gibraltar «por no permitirles verificarlo en Portugal». *Ibid.*, pp. 401-403.

emigración hemos equivocado la conducta que debemos seguir [...] ni dentro ni fuera de España se trabaja como se debe trabajar». Lamentan que lo mismo ocurra con la «emigración de Francia y Portugal», ya que «[c]ada emigrado influye en el círculo de sus relaciones y de sus simpatías, y no ha conseguido hoy, ni conseguirá nunca, otro resultado que un trabajo de simple detalle». Las nuevas llamadas a la acción se combinan esta vez con la vehemente defensa de la intervención de los emigrados –demócratas– en la hipotética batalla que está por venir: «[n]osotros somos los que hemos de mover y encaminar a las masas; nosotros somos realmente los generales de esa milicia que se llama pueblo, y ningún general puede dirigir una batalla á cien leguas del lugar de combate». En todo esto, creen que «ha llegado la hora terrible y sagrada de que algunos hombres deben sacrificarse por la libertad y por la honra de un pueblo desgraciado». Y es por todo esto que instan al diálogo entre los demócratas:

«Tanto para fijar nuestra conducta, como para tratar otros asuntos de grande interés, urge de todo punto que la emigración de Francia y de Portugal nombren una comisión que conferencie en el lugar donde se convenga. Urge de todo punto que la democracia española, el pueblo español, oiga nuestra palabra unida, compacta, fraternal, poderosa, llegando de este modo á una decisión general, á un acuerdo definitivo, á una suprema e irrevocable determinación»¹⁹⁷.

Suscribían estas opiniones el propio Barcia, José Guisasola y Juan Pico Domínguez. Es evidente que la exhortación no pretende alcanzar a los progresistas, organizados en torno a Juan Prim en los centros de Bruselas y de Londres, ni se apela a su concurso en el esfuerzo revolucionario. Es de notar que la actitud que muestra contrasta con su antigua defensa, desde las páginas de *La Democracia*, de la alianza con los progresistas. En este sentido, es significativa una carta que Barcia dirigía a unos correligionarios –también los llama *amigos y hermanos*– de España, presumiblemente de Madrid, en la que reconoce que «estas coaliciones nos convienen, porque conspiran contra nuestros tiranos»; pero también advierte que

«El demócrata no puede aliarse sino con su verdad, con su justicia, con su dogma. ¡Nada de mezcla! ¡Nada de corrupciones! [...] Los demás partidos pueden proclamar lo que tengan por conveniente. El demócrata tiene que decir ¡Abajo los Borbones! ¡Viva el pueblo! ¡Viva la democracia!

¹⁹⁷ *Ibid.*, p. 402.

[...] Apenas se entable el movimiento, todo el mundo á la calle. Si no es una conspiracion armada, que sea una inundacion»¹⁹⁸

La carta no está datada, así que es posible que se refiriera a la proximidad de *La Gloriosa*, o incluso a la intentona del 15 de agosto de 1867. Pero lo que queda claro es que la revolución, para serlo, debía ser democrata y republicana. Otras proclamas en este sentido circularon en esos primeros meses de 1868 por Madrid. José María Orense llamaba también a la revolución al grito de «¡Viva la República Federal!», al tiempo que aseguraba que «La República es poner en planta el popular programa de la Democracia, el solo que el pueblo aplaude». Por su parte, el *Centro democrático* madrileño se esforzaba por «organizar las fuerzas democráticas de Madrid» dando directrices para su encuadramiento. Recomendaban formar pequeños grupos unidos por «la *amistad* íntima ó el *compañerismo* de los talleres» con una única indicación indispensable: «que todos, absolutamente todos los afiliados sean demócratas»¹⁹⁹. Ciertamente, la agitación revolucionaria se intensificó de forma notable desde principios de 1868. La muerte de Narváez en abril –O'Donnell había muerto apenas seis meses antes– y la intensificación de la represión bajo el nuevo gabinete de González Bravo acabaron de exacerbar los ánimos y de minar las ya exiguas bases del trono de Isabel II. A nadie se le ocultaba la proximidad de la revolución y, en los cafés madrileños, las discusiones giraban ya en torno a «la futura forma de gobierno» y a «la influencia de la democracia en la venidera constitución política»²⁰⁰.

Resulta evidente que los republicanos otorgaban un significado muy concreto a la revolución que estaba por venir. Los manifiestos del núcleo republicano de Portugal, encabezado por Roque Barcia, son muy significativos al respecto. En el contexto de la primera mitad del año 1868, sus manifestaciones llenaban de contenido político –y desbordaban– el difuso programa revolucionario acordado en Ostende por progresistas y demócratas, al tiempo que desafiaban tanto el pacto de silencio en torno a la futura

¹⁹⁸ En la carta manifiesta que está escondido en Lisboa porque se ha dictado orden de prisión contra él. Indica que la correspondencia se la envíen a casa de la Excm. Sra. Elvina Incamps. Es de notar la precariedad de medios que parece desprenderse de la carta, por la alusión a la falta de armas para la revolución. La carta, transcrita en BERMEJO, Ildefonso Antonio: *La estafeta de palacio...*, p. 841.

¹⁹⁹ *Ibid.*, pp. 369-372. A diferencia de la junta de Portugal o de Orense, el *Centro democrático* expone de manera manifiesta que, aunque la democracia tiene su forma propia, una «aspiración conocida» (la república), se abstiene de proclamarla y la defenderá ante la soberanía nacional, acatando sí lo acordado en Ostende. En DE LA FUENTE MONGE, Gregorio: *Los revolucionarios de 1868: élites y poder en la España liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2000, p. 24.

²⁰⁰ ESTÉVANEZ, Nicolás: *Mis memorias...*, p. 141.

forma del Estado como el liderazgo del movimiento por parte de Juan Prim y, por lo tanto, de los progresistas. Por un lado, esto no quería decir que, llegado el momento de la lucha, no estuviesen dispuestos a colaborar en el esfuerzo revolucionario, si bien lo harían persiguiendo su propio ideal político. De hecho, a pesar de la ruptura de los líderes republicanos en la emigración con Prim, las juntas revolucionarias que se formaron a partir del pronunciamiento del 18 de septiembre de 1868 en diferentes ciudades españolas estaban integradas, de manera mayoritaria, por demócratas y progresistas²⁰¹. Pero, por otra parte, también señalaban dos de los elementos que iban a tensionar el campo político en los seis años siguientes: por un lado, la estricta identificación entre democracia y república –lo que excluía radicalmente cualquier tipo de solución política monárquica– y, por otro, las diferentes aspiraciones a las que daba cobijo la revolución. La misma composición de la coalición revolucionaria que acabó con el reinado de Isabel II da cuenta de la pluralidad de soluciones políticas posibles a la crisis final de la primera monarquía constitucional española. Las alternativas para lograr la estabilidad del sistema liberal eran variadas a la altura de 1868: desde la opción liberal conservadora representada por los unionistas hasta el republicanismo federal defendido por buena parte de los demócratas, pasando por el progresismo liberal más inclusivo y sus sectores filodemócratas²⁰². Las tensiones que atravesaron al propio movimiento revolucionario y que estallaron inmediatamente después del triunfo de la *Gloriosa* dan cuenta del carácter conflictivo del proceso de construcción del Estado-nación liberal, en torno a la competencia de diferentes proyectos con diferentes tiempos además.

A pesar de las dificultades y de las frustraciones, la revolución que venía a *acabar con todo lo existente* triunfó en otoño de 1868. El 18 de septiembre se pronunció la Marina en Cádiz –con los generales Prim, Serrano y Topete a la cabeza– al grito de *¡Viva España con honra!*, al que pronto se sumó *¡Abajo los Borbones!*. Al primer impulso militar siguió una movilización de carácter cívico y popular, protagonizada en buena parte por republicanos y progresistas. La inmediata formación de juntas, tanto provinciales como locales, llenó el vacío de poder y determinó el triunfo revolucionario,

²⁰¹ GUTIÉRREZ, Rosa A. y ZURITA, Rafael: “Canvi polític i mobilització electoral en la revolució del 1868”, *Recerques*, 39 (1999), pp. 31-54. Un detallado estudio del contexto de la revolución de 1868 y, en concreto, de la composición de las diferentes juntas, en DE LA FUENTE MONGE, Gregorio: *Los revolucionarios de 1868...*

²⁰² BURDIEL, Isabel: *Isabel II...*, pp. 347-394; SERRANO GARCÍA, Rafael: “El progresismo laico...”, pp. 346-351.

imprimiéndole un claro carácter democrático²⁰³. Hacía veinte años, desde las oleadas de 1848, que Europa no había visto una revolución de estas características. La victoria de Serrano en el puente de Alcolea sentenció la suerte de Isabel II, que partió al exilio francés el 30 de septiembre.

²⁰³ HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo: *Manuel Ruiz Zorrilla...*, pp. 105-106; GUTIÉRREZ, Rosa A. y ZURITA, Rafael: “Canvi polític i mobilització...”, pp. 31-43. Por ejemplo, la proclama lanzada por la Junta Provisional Revolucionaria de Sevilla defendía el sufragio universal masculino como expresión de la voluntad nacional, la libertad absoluta de imprenta y la «consagración» de todas las demás libertades individuales, la abolición de la pena de muerte, la abolición de quintas, matrículas de mar, puertas y consumos, el desestanco de la sal y del tabaco y la igualdad en el reparto de cargas públicas. Además, reclamaba la abolición de la Constitución de 1845 y su sustitución provisional por la *nonnata* del 1856, «con supresión del artículo concerniente a la religión del Estado, del título relativo a la dinastía y reglas de sucesión a la Corona». Terminaba dando vivas a la libertad y a la soberanía nacional. En ARTOLA GALLEGU, Miguel: *Partidos y programas...*, p. 79.

Capítulo 5

Dar acción a las ideas

«Un partido se ha levantado bajo la
fe de mi palabra»

Roque Barcia, 1874

El triunfo de *La Gloriosa* en septiembre de 1868 constituyó un punto de inflexión fundamental en el largo proceso de construcción del Estado-nación liberal en España. Ante la incapacidad del régimen político isabelino de avanzar hacia fórmulas integradoras, la soberanía de la nación se volvía a manifestar –de manera violenta– reclamando su legitimidad para refundar el edificio político. Como había ocurrido de manera periódica desde Cádiz, la exaltación de la soberanía nacional y la invocación de su poder constituyente, entendidos como base de la legitimidad política, fueron elementos omnipresentes en las manifestaciones públicas revolucionarias de septiembre de 1868. La formulación venía expresada de manera inequívoca en el conocido manifiesto *¡Viva España con honra!*, en el que los generales insurrectos buscaban movilizar a la nación declarando su resolución de «no deponer las armas hasta que la Nación recobre su soberanía, manifieste su voluntad y se cumpla». Por su parte, la Junta Provisional Revolucionaria de Madrid disponía el adorno del vestíbulo del Palacio del Congreso «con arcos de musgo y flores, banderas y escudos con el lema ¡Viva la Soberanía Nacional!», con objeto de festejar la gloriosa revolución que «ha[bía] librado á España del yugo de los Borbones»¹. La fiebre iconoclasta –antiborbónica– que se

¹ *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, 4 de octubre de 1868, p. 1.

desató en esos días da cuenta de la profundidad de la ruptura entre la nación y el modelo de monarquía que había encarnado Isabel II².

El discurso revolucionario de 1868 viene a subrayar el arraigo de la concepción liberal gaditana y del lenguaje contractualista en el imaginario político español hasta bien avanzado el siglo XIX, anclado en las nociones de soberanía y de voluntad nacional³. A estas se vinculaba ahora el sufragio universal masculino y directo como único medio de expresión de la voluntad nacional, si bien no deja de constituir un eco del universalismo gaditano y su amplia base de participación política⁴. La defensa de las libertades individuales venía a completar el programa revolucionario de los *partidos liberales*, dispuestos a reconstruir sobre esas firmes bases el edificio político. A partir de esos tres elementos –soberanía nacional, sufragio universal masculino, libertades individuales– las aspiraciones revolucionarias recogidas en *¡Viva España con honra!* dibujaban un horizonte inequívocamente liberal y democrático. La amplitud de ese horizonte, sin embargo, venía definida no sólo por la variedad de lecturas del liberalismo y de la democracia que sostenían las diferentes fuerzas revolucionarias, e incluso que pugnaban en el seno de ellas, sino también por la definición de la forma política que daba expresión a esos principios. En realidad, ni siquiera todos los revolucionarios compartían ese espíritu democrático, como era el caso de los unionistas y de parte del progresismo.

Más allá de la más o menos sincera adhesión de las diferentes fuerzas revolucionarias al programa de inspiración democrática proclamado en Cádiz, el pretendido «concurso de todos los liberales» y la declinación de «todo interés de partido»⁵ en aras de la consolidación del movimiento no dejaron de ser ilusorios. Las discrepancias respecto al alcance y los límites de la naciente democracia se polarizaron

² DE LA FUENTE MONGE, Gregorio: *Los revolucionarios de 1868: élites y poder en la España liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 92-107. Sobre la imbricación del escándalo moral y político en torno a la figura de Isabel II, ver BURDIEL, Isabel: “La revolución del pudor: escándalos, género y política en la crisis de la monarquía liberal en España”, *Historia y Política*, 39 (2018), pp. 23-51.

³ MILLÁN, Jesús y ROMEO MATEO, María Cruz: “Modelos de monarquía en el proceso de afirmación nacional de España, 1808-1923”, *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, 16 (2013), 20 pp.

⁴ La insistencia en el sufragio universal masculino y *directo* que se encuentra en muchas proclamas, como la de la Junta de Sevilla, hace pensar en el universo gaditano como marco popular de referencia a la hora de pensar en una participación política amplia, ya que la Constitución de Cádiz establecía un sufragio extenso pero indirecto y, por otra parte, el sufragio había sido directo durante toda la época postrevolucionaria –desde 1837–, pero restringido.

⁵ *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, 4 de octubre de 1868, p. 1.

inmediatamente en torno al eje monarquía-república; una tensión que no era nueva y que marcó la dinámica política de todo el periodo⁶. Si bien el proceso constituyente que se abrió para dotar de forma política al nuevo régimen arrojó una solución monárquica, los progresistas en el poder tuvieron que enfrentarse a la dificultad de recomponer el vínculo entre la nación y la monarquía, ahora democrática pero sin rey. No era, de todas maneras, un modelo que satisficiera a todos los monárquicos, ya que los unionistas pensaban en una «verdadera Monarquía Constitucional» de corte doctrinario, por no hablar de los carlistas que seguían defendiendo un modelo antiliberal que demostró ser operativo además⁷. Si la precariedad de las bases de legitimidad del trono de Isabel II ya había favorecido el surgimiento de cierto republicanismo latente desde mediados de siglo, ampliado notablemente en los años de la crisis final de su reinado, la anómala situación del trono español, vacante durante un año, no pudo sino disparar este fenómeno. El crecimiento de ese republicanismo latente, disponible para ser interpelado con éxito por los muy activos propagandistas federales, puede explicar no sólo la significativa ampliación de las bases del movimiento desde el Bienio Progresista y la *explosión federal* del Sexenio, sino también el acercamiento –tardío– al republicanismo de ciertos sectores progresistas radicales⁸.

En cualquier caso, el desafío republicano fue constante y siguió su propia dinámica política en el marco del Sexenio. La rígida identificación entre democracia y república federal que defendió el refundado Partido Democrático Republicano Federal condicionó, en la práctica, el horizonte de soluciones políticas posibles a la democratización del liberalismo español. El fracaso de la monarquía amadeísta despejó el camino a la república, si bien las dificultades prácticas para constituir la federación desembocaron en el desesperado intento cantonal. El desastroso final del periodo constituyente federal no sólo supuso el agotamiento de las vías conducentes a un Estado-nación democrático, sino también el de una tradición política que bebía de las fuentes gaditanas y del liberalismo exaltado del Trienio Liberal. Pero la división y el

⁶ GUTIÉRREZ LLORET, Rosana y ZURITA Rafael: “Canvi polític i mobilització electoral en la revolució del 1868”, *Recerques: Història, economia i cultura*, 39 (1999), pp. 31-54; MONLLEÓ PERIS, Rosa: “Republicanos contra monárquicos. Del enfrentamiento electoral y parlamentario a la insurrección federal de 1869”, *Ayer*, 44 (2001), pp. 55-82.

⁷ MILLÁN, Jesús y ROMEO MATEO, María Cruz: “Modelos de monarquía...”; DE LA FUENTE MONGE, Gregorio: *Los revolucionarios de 1868...*, p. 95.

⁸ HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo: *Manuel Ruiz Zorrilla. Con los Borbones jamás*, Madrid, Marcial Pons, 2016, p. 237 y ss.

conflicto alcanzaron a todas las fuerzas de la coalición revolucionaria, ya que ninguna sobrevivió al Sexenio: ni los monárquicos ni los republicanos fueron capaces de estabilizar el sistema liberal mediante una fórmula democrática. Con todo, la *Revolución Gloriosa* supuso la apertura de un nuevo tiempo político en el que se exploraron las posibilidades prácticas de democratización del liberalismo español y también sus límites.

En este marco general, la figura de Roque Barcia es fundamental para iluminar algunos aspectos de la dinámica política del Sexenio y su traumático final. En esos años, desplegó una actividad frenética que multiplicó su presencia pública y que le llevó, en poco tiempo, de su posición de propagandista republicano a constituirse en líder del movimiento cantonal. Por un lado, después del desorden de la emigración, retomó su dimensión de hombre de partido, que había quedado en suspenso desde 1866. Su nombre es un habitual de los órganos de decisión y de deliberación del nuevo Partido Republicano Federal durante el Sexenio, desde la Asamblea al Directorio federal. En segundo lugar, accedió a los órganos de representación nacional: fue diputado constituyente por Badajoz en 1869, diputado por Alcoy en 1871, senador por Barcelona en 1872 y, de nuevo, diputado a la Asamblea Constituyente en 1873, esta vez por Vinaroz⁹. Es de señalar que, a pesar de su presencia continuada en la política institucional, fue un parlamentario de escasa relevancia y de comportamiento controvertido. Alternó estas actividades, claro está, con la labor de propagandista republicano que le había hecho célebre y que no abandonó en ningún momento.

Su producción de esos años es espectacular. Sólo entre el mes de octubre y finales del año 1868 publicó *El evangelio del pueblo y Teoría del infierno o la Ley de la vida*, con un éxito enorme. En 1869 fueron *Conversaciones con el pueblo español*, *Cartas a Su Santidad Pío Nono*, *La revolución de la Iglesia en España*, *La federación española*, *Cartilla política dedicada al ilustrísimo señor doctor D. Pedro Lagüera y Menezo* y el manifiesto *Dios salve al País! Dios salve al Rey!*. En 1870 dio a la imprenta *La revolución por dentro, o sea, la República Federal explicada por ella misma*, *El Papado ante Jesucristo*, *Manifiesto á la nacion*, *Otro emplazamiento papal*, *El testamento de los reyes y Ahora ó nunca! Rumores interiores*. El año 1871 fue difícil, ya que estuvo encarcelado por ciertas sospechas acerca de su implicación en el asesinato

⁹ En <http://www.congreso.es> y <http://www.senado.es> [visto el 12-05-2018].

del general Prim, pero en 1872 publicó *Confesiones, Formacion de la lengua española derivada de la formacion nautral racional e historia del idioma humano, ¿Quieres oír, pueblo? O La Cabeza de Barba Azul, La ley natural, ó el premio y el castigo y El nuevo catón: lectura para los niños de las escuelas*. Además, escribió varios prólogos a diversos libros y colaboró en multitud de publicaciones republicanas, como el periódico *La Igualdad*, la *Revista Federal*, *La Ilustración Republicana Federal* o el *Anuario republicano federal* de 1870. Volvió a publicar *El Demócrata Andaluz* en Cádiz en la primavera de 1869 aunque, al parecer, su recorrido fue efímero. Tuvo una vinculación más intensa con la revista semanal *La Federación Española*, dirigida por su discípulo Enrique Rodríguez-Solís. Roque Barcia se ocupaba de la parte doctrinal, aunque acabó asumiendo –de manera oscura– la dirección de la revista en octubre de 1870. Finalmente, fundó y dirigió *La Justicia Federal* en 1873, un periódico que obtuvo un éxito arrollador y desde donde agitó el levantamiento cantonal.

La popularidad que alcanzó en esta trayectoria, en ocasiones tortuosa, fue extraordinaria. Por un lado, esta circunstancia pone de manifiesto su capacidad para atraer la atención del público y para interpelar a las potenciales *masas republicanas*, en un contexto de crecimiento exponencial del republicanismo. El recurso a «la inspiración en la virtud y la ética, [a] la complicidad emotiva, la firme creencia en la República y el ejemplo personal» fue habitual entre los líderes republicanos, quienes lograron por estos medios «la conversión de innumerables seguidores, que se identificaron moralmente con el ideario y actitudes de sus líderes»¹⁰. El carácter del vínculo de identidad política entre el propagandista Roque Barcia y su público, con un clarísimo componente emocional, puede ayudarnos a entender las diferentes formas en que los individuos y los grupos se identifican políticamente, en este caso en el marco de una cultura política republicana muy movilizadora.

Por otro lado, la construcción de ese liderazgo –que le llevó finalmente a asumir la presidencia del *Gobierno Provisional de la Federación Española* en Cartagena– se desarrolló en el marco de una dinámica política muy compleja, que tensionó de manera extraordinaria al ya de por sí conflictivo demo-republicanismo de época isabelina. Las

¹⁰ ROBLES EGEA, Antonio: “El liderazgo político y sus estilos. Homogeneidad y diversidad en el republicanismo español en la segunda mitad del siglo XIX”, en CASTRO, Demetrio (coord.): *Líderes para el pueblo republicano. Liderazgo político en el republicanismo español del siglo XIX*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2015, pp. 13-40. La cita en p. 29.

posibilidades de hacer realidad la democracia republicana pasaban por la concreción de un proyecto político viable y por la elección de las vías de acción política adecuadas al contexto cambiante, pero las discrepancias en torno a estos temas llevaron a múltiples escisiones desde 1868 y a la práctica desintegración del partido federal a finales de 1872. Durante ese tiempo, Barcia se mantuvo cercano a las líneas oficiales del partido, de cuyos órganos de decisión formaba parte, sin dejar de proponer sus propias soluciones al problema de la construcción de la democracia republicana. Fue uno de los primeros republicanos preocupado por dotar de un marco jurídico *–sui generis–* al partido e intervino en las polémicas doctrinales y estratégicas, posicionándose de manera crítica y recomendando a sus correligionarios las prácticas que consideraba más adecuadas para el triunfo. En este sentido, rechazó tanto la vía reformista como la insurreccional, proponiendo de manera bastante ingenua la construcción efectiva *–y pacífica, a su entender–* de la república al margen del Estado monárquico. Una solución que, de alguna manera, resuena en la dinámica cantonal que alentó en el verano de 1873. Con todo, la aventura cantonal supuso a la vez el cénit de su carrera política y su hundimiento sin paliativos.

¿Buscáis un México y un noventa y tres?

La ciudad de Cádiz fue el punto de confluencia de los revolucionarios en septiembre de 1868. A pesar de sus llamadas a la acción desde Portugal, instando a los hombres de la emigración demócrata a encabezar la lucha, Roque Barcia arribó junto a Cristino Martos el 23 de septiembre, unos días después del pronunciamiento militar. Desde allí se dirigió a Sevilla y llegó a Madrid el día 1 de octubre, donde fue nombrado miembro de la Junta Provisional Revolucionaria presidida por Madoz, junto a conocidos políticos como Eugenio García Ruiz, Práxedes Mateo Sagasta, Cristino Martos, Manuel Aguilar e Inocente Ortiz y Casado¹¹. Era un día muy significativo, ya que se celebraban

¹¹ Esta fecha es controvertida. Diferentes periódicos atestiguan su llegada a Cádiz el día 23 y su paso por Sevilla de camino a Madrid. Él, sin embargo, asegura que llegó a Cádiz el día 28 de septiembre, fecha corroborada en la biografía de Cristino Martos en *Los diputados pintados por sus hechos*. Aquí se explica que salieron de Lisboa el 25 de septiembre en el buque inglés *Gibraltar* y llegaron a Cádiz el día 28. En *Los Diputados pintados por sus hechos: colección de estudios biográficos sobre los elegidos por el sufragio universal en las constituyentes de 1869*, tomo 1, Madrid, R. Labajos y Compañía (eds.), 1869, p. 30. El relato de Barcia del viaje junto a Cristino Martos, en *La Federación Española*, 4 de junio de 1871, pp. 429-431. *Diario de Córdoba. De comercio, industria, administración, noticias y avisos*, 26 de septiembre de 1868, p.1; *La Época*, 1 de octubre de 1868, p. 2; *La Correspondencia de España*, 4 de octubre de 1868, p. 1; *La Época*, 4 de octubre de 1868, p. 2. Un análisis de las Juntas revolucionarias en DE LA FUENTE MONGE, Gregorio: *Los revolucionarios de 1868...*

las elecciones a la Junta Revolucionaria definitiva por sufragio universal masculino y directo de los mayores de veinticinco años. Un procedimiento totalmente novedoso, tanto por el tipo de sufragio, que se ejercía por primera vez en España, como por la voluntad de legitimar democráticamente las diferentes juntas provisionales. Este tipo de elecciones se celebraron en muchas ciudades y da cuenta de la extensión y arraigo que había alcanzado entre la población el principio demócrata del sufragio universal masculino como práctica legitimadora del ejercicio del poder¹².

Para un republicano como Barcia, que llevaba tantos años luchando por el sufragio universal masculino, el espectáculo debía ser emocionante. La revolución había triunfado, Isabel II había sido derribada del trono y era hora, tal y como había proclamado desde Lisboa, de hacer realidad la democracia republicana. Sin transigir con otras escuelas. Dio muestras muy pronto de esa convicción, ya que sus labores en la Junta de Madrid apenas cubrieron un par de sesiones. Esta, formada en su gran mayoría por progresistas, actuó como «una sumisa intermediaria de los caudillos de la revolución»¹³ y ejecutó rápidamente las órdenes de Prim, encargando a Serrano la formación de un Gobierno Provisional, tal y como se había acordado en Ostende. Fue una decisión que generó bastante malestar, sobre todo entre los republicanos¹⁴. Por una parte, la Junta no había esperado siquiera al resultado de las elecciones para emitir la

¹² En líneas generales, según Gregorio de la Fuente, la participación en las elecciones de las juntas revolucionarias fue relativamente importante; tendió a ser más elevada que en las municipales de diciembre de 1868, pero más baja que en las constituyentes de enero de 1869. Se celebraron este tipo de elecciones en 20 de las 45 juntas, aunque en algunas no se llevó a cabo el proceso electoral porque les sorprendió el decreto de disolución de las juntas del 20 de octubre de 1868, dictado por el Gobierno Provisional de Serrano. En cuanto a la participación, por ejemplo, la abstención fue del 32% en La Coruña y Salamanca y del 55% en Huesca. En cualquier caso, aunque tardaron varios días en conocerse los resultados de las elecciones en Madrid, resulta algo extraña la inclusión de Barcia –y de otras figuras– en la Junta Provisional presidida por Madoz, a la vista de la inminente renovación del organismo. Algunos periódicos anuncian los nombramientos, aunque también señalan que *La Gaceta de Madrid* no los ha hecho públicos. DE LA FUENTE MONGE, Gregorio: *Los revolucionarios de 1868...*, p. 122 y ss.; *La Época*, 4 de octubre de 1868, p. 2.

¹³ DE LA FUENTE MONGE, Gregorio: *Los revolucionarios de 1868...*, p. 147.

¹⁴ La cuestión generó debate en la primera reunión del partido demócrata tras la revolución. Francisco García López, que había formado parte de la Junta Provisional y se negó a firmar los poderes de Serrano, avalaba finalmente la decisión de la Junta por razones reservadas: «Pues, oid: yo que tengo estos títulos á que me creais; yo que me opuse al nombramiento del ministerio, conozco y confieso que la mayoría de la Junta provisional de Gobierno de Madrid, tenia grandísimas razones, altas consideraciones políticas para acordar el nombramiento del Gobierno provisional. Y no digo más. (*Aplausos*). Yo, que me opuse á que se hiciera, abrigo la íntima convicción, de que de no haberse hecho de esta manera, acaso el país ahora correría grandes y terribles conflictos (*aplausos*): hago justicia á la mayoría de la Junta provisional, con la cual no estuve conforme, y declaro que la movieron altos sentimientos patrióticos, profundas consideraciones de política que no pueden estar al alcance de las muchedumbres, ni tampoco al de la generalidad de los partidos (*Grandes aplausos*)». En *Primera reunión pública que el partido democrático de Madrid ha celebrado después de efectuada la revolución de setiembre de 1868*, Madrid, Imp. de Tomás Núñez Amor, 1868, p. 4.

orden el 3 de octubre, apenas llegado el duque de la Torre a Madrid; por otra, se arrogaba un poder que no le correspondía. Por su parte, Barcia se opuso tajantemente a firmar los poderes de Serrano y abandonó la Junta de inmediato, según dicen, exclamando «[y]o no estoy bien aquí; yo me vuelvo a mi oficio; me vuelvo a mi casa»¹⁵. Su opinión acerca de la composición de la Junta no podía ser más elocuente: a su juicio, se trataba de una «amalgama de metales impuros, arsenal de materiales averiados, resto inútil de inútiles palabras, cansancio de todas las ideas, vejez de todos los partidos»¹⁶. No volvió a aparecer por las sesiones. Esta actitud, que puede parecer anecdótica, fue muy característica de Barcia durante los años siguientes, como veremos. Era la primera vez que accedía a un órgano político de decisión plural, ajeno al partido, pero también era sólo el principio de su trayectoria en la política institucional. Observó la misma conducta más tarde, como representante de la nación en las Cortes o el Senado, y también en las instituciones cantonales. De manera habitual, cuando las decisiones que se tomaban «no estaban en armonía con sus ideas», simplemente se retiraba dando mayores o menores explicaciones públicas¹⁷. Su absoluta intransigencia en los principios, una actitud de la que siempre había hecho gala y que entendía virtuosa, tenía mala conciliación con la política de mayorías.

Las suspicacias que había despertado el irregular nombramiento de Serrano por parte de la Junta Provisional de Madrid no hicieron más que crecer en las semanas siguientes. El 8 de octubre, el duque de la Torre hizo pública la composición del Gobierno Provisional, en la que no figuraba ningún demócrata, rompiendo así la

¹⁵ *Anuario republicano federal*, Madrid, J. Castro y Cía. (eds.), 1870, p. 1424; *Los Diputados pintados por sus hechos...*, tomo 2, p. 448; RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Memorias de un revolucionario*, Madrid, Plutarco, 1930, p. 131. La opinión de Barcia sobre Serrano y Prim era muy negativa desde la época del Bienio. De Prim opinaba que «[c]omo hombre busca oro: como militar no pierde de vista la capitania general de Madrid y el ministerio de la Guerra: como hombre político tiene el genio de sortear las ocasiones, no carece de buen golpe de vista para herir el blanco, y le sobra argucia para comprender á dónde deben ir sus palabras. [...] Puede ser figura de porvenir, aunque alcanzaria mas si ambicionara menos, ó si lo disimulara mejor. [...] España debe alegrarse mucho de que Prim se case con una mujer rica. Siendo rico será infinitamente menos peligroso». De Serrano simplemente opinaba que «[e]s capitan general y marido de su señora». En BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y la burla social*, Madrid, Imp. Tomás Núñez Amor, 1855, pp. 40 y 50.

¹⁶ *La Federación Española*, 4 de junio de 1871, pp. 430. Cuando García López dio cuenta del asunto de la designación de Serrano por parte de la Junta en la reunión demócrata del Circo, dice que «cuando esa cuestion se trató en el seno de la Junta concienzudamente, otro distinguido individuo de ella y yo fuimos los dos únicos que no firmamos la delegacion». No dice quién, pero Gregorio de la Fuente informa que, de los presentes, sólo se opuso Adolfo Joarizti, ya que Figueras no estaba en la capital y García López se ausentó de la votación. Es posible que Barcia ya hubiese abandonado la Junta. En *Primera reunion pública...*, p. 4 y DE LA FUENTE MONGE, Gregorio: *Los revolucionarios de 1868...*, p. 147.

¹⁷ *Los Diputados pintados por sus hechos...*, vol. 2, p. 448.

coalición revolucionaria en la más alta instancia de poder¹⁸. Por su parte, el antiguo partido demócrata se refundó como Partido Demócrata Republicano Federal en una serie de reuniones que tuvieron lugar en el Circo Price de Madrid, entre los meses de octubre y noviembre, a las que asistieron más de ocho mil personas. En ellas se acordó que «la forma peculiar de gobierno» de los demócratas era la república federal, fórmula que levantó quejas en algunos sectores, pero estas se disiparon tras el *Manifiesto del Gobierno Provisional a la Nación* del 25 de octubre¹⁹. Si Serrano ya había roto la coalición revolucionaria excluyendo a los demócratas del gobierno, con el *Manifiesto* se rompía el pacto de silencio en torno a la futura forma del Estado, ya que el gobierno se declaraba decididamente monárquico, aunque aseguraba que «respetaría el voto de la soberanía de la nación, debidamente consultada»²⁰. La maniobra –exclusión de los demócratas del Gobierno y la adhesión de este al principio monárquico– anulaba el carácter neutral que debía observar el Gobierno, hasta que la nación se pronunciara en las Cortes Constituyentes.

La opción republicana, en estas circunstancias, fue la movilización electoral de sus bases en todo el territorio mediante la organización de comités y la agitación propagandística. Las elecciones al Comité electoral de Madrid se celebraron entre el 8 y el 10 de noviembre con una participación muy alta, ya que concurrieron a la cita 13.735 hombres²¹. Barcia fue elegido con 13.148 votos; era el octavo candidato más votado de los treinta que se elegían²². Como ya había ocurrido en 1865, su inclusión en los órganos de decisión del partido le permitía participar en la elaboración de sus líneas

¹⁸ Según algunas versiones, Rivero decidió aplazar su entrada en el Gobierno. En DE LA FUENTE MONGE, Gregorio: *Los revolucionarios de 1868...*, p. 153.

¹⁹ PÉREZ ROLDÁN, Carmen: *El Partido Republicano Federal 1868-1874*, Madrid, Endymion, 2001, pp. 29-37.

²⁰ *Gaceta de Madrid*, 26 de octubre de 1868, pp. 1-3. La cita en p. 3.

²¹ El Comité electoral de Madrid estaba compuesto por un total de treinta individuos, que se correspondían con tres representantes de cada distrito electoral de la capital. Al dar comienzo la sesión, ya corría entre el público una *Candidatura Republicana* encabezada por José María Orense y en la que, entre otros nombres, figuraba el de Barcia. La candidatura completa la formaban José María Orense, Nicolás Rivero, Estanislao Figueras, Francisco García López, Francisco Pi y Margall, José Guisasola, Adolfo Joarizti, Manuel Pallares, Toribio Castrovido, Juan Pico Domínguez, Ramón Chies, Santiago Gutiérrez, León Taillet, Órdax AVECILLA, Pedro Pallares, Roque Barcia, Antonio Orense y Blas Pierrad. PÉREZ ROLDÁN, Carmen: *El Partido Republicano...*, p. 29 y 36; RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Historia del partido republicano español: de sus propagandistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires*, vol. 2, Madrid, Imp. Fernando Cao y Domingo del Val, 1893, pp. 258-259; *La Correspondencia de España*, 25 de octubre de 1868, p. 3.

²² Los más votados fueron José María Orense, 13.710 votos; Emilio Castelar, 13.288 votos; Estanislao Figueras, 13.695 votos; Blas Pierrad, 13.407 votos; Francisco García López, 13.219 votos; Adolfo Joarizti, 13.181 votos y José Guisasola, 13.180 votos. En *La Discusión*, 14 de noviembre de 1868, p. 1.

doctrinales y estratégicas, al tiempo que le dotaba de visibilidad, ya que su nombre aparecía en todas las proclamas y manifiestos que los federales lanzaban y que eran leídos en los espacios de sociabilidad republicana. Con todo, la articulación del Comité supuso la puesta en marcha de la maquinaria electoral de los federales. La movilización política fue extraordinaria: formación de comités locales, publicación de manifiestos, mítines, manifestaciones, presencia de las figuras destacadas del republicanismo en diferentes ciudades apoyando las candidaturas locales... La actividad desplegada por los federales fue fundamental para la articulación de la sociabilidad política durante el Sexenio²³.

La campaña electoral se polarizó rápidamente en torno al eje monarquía-república, una tensión que caracterizó todo el periodo y que reorganizó el campo político en dos bloques desiguales: por un lado, los federales y, por otro, el resto de sensibilidades políticas que habían formado la coalición revolucionaria. Las tensiones entre los republicanos que no transigían con la forma monárquica y los que la aceptaban de manera circunstancial empezaban a ser más que notables en esta coyuntura de definición de posturas políticas. Finalmente, la conciliación de las fuerzas monárquicas se hizo patente con el manifiesto del 12 de noviembre, dirigido *A los electores* y firmado por Salustiano de Olózaga y Ríos Rosas, entre otros. La adhesión a la proclama de antiguos demócratas como Rivero, Becerra o Martos supuso la ruptura definitiva entre los republicanos federales y los demócratas monárquicos —o *cimbrios*—, que se unieron al Gobierno Provisional²⁴. Barcia fue invitado a firmar el manifiesto del 12 de noviembre, cosa que tampoco es de extrañar, ya que pocos días antes había suscrito otra proclama demócrata junto a los más destacados jefes *cimbrios*²⁵. Pero rechazó

²³ GUTIÉRREZ LLORET, Rosana y ZURITA, Rafael: “Canvi polític i mobilització...”, pp. 44-45. Acerca de la sociabilidad republicana en sus diferentes espacios, MORALES MUÑOZ, Manuel: “Cultura política y sociabilidad en la democracia republicana”, en SERRANO, Rafael (dir.): *España, 1868-1874. Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2002, pp. 211-234. La obra de referencia acerca de la sociabilidad política sigue siendo AGULHON, Maurice: *El círculo burgués: la sociabilidad en Francia, 1810-1848*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

²⁴ “A los electores”, *La Correspondencia de España*, 14 de noviembre de 1868, p. 1; DE LA FUENTE, MONGE Gregorio: *Los revolucionarios...*, p. 169.

²⁵ El manifiesto estaba firmado por Rivero, Figueras, Becerra, Castelar, García Ruiz, Martos, Bernardo García, García López, Antonio Orense, Chao, Salmerón y Roque Barcia. En él se declara que la *forma de gobierno* de la democracia es la república, aun sin mencionar el elemento federativo. Pero, aunque se asegura que «no hay más demócratas que los demócratas republicanos», también reconocen que hay quien piensa que no se dan las condiciones para que la república prospere en España, por lo que respaldan la libertad de conducta en ese sentido: «sea quien tal entienda libre para decidirse en conciencia sobre la forma [de gobierno] mas oportuna en el momento á fin de asegurar las conquistas de la Revolución». En *La Discusión*, 1 de noviembre de 1868, p. 1

categoricamente el ofrecimiento monárquico protestando, al parecer, «que era una *indiscreción* o una *apostasía*, y que antes se cortaría la mano que firmarlo»²⁶. Precisamente, en su primer texto dedicado “A los demócratas españoles” tras el exilio portugués, fechado el primer día de diciembre, Barcia lamenta el error de sus antiguos compañeros y rompe con ellos públicamente:

«Acatamos las intenciones, aunque nos cueste suspirar: no profanaremos la conciencia de los que fueron nuestros maestros y nuestros amigos, amigos del alma, memorias que siempre lloraremos, porque son memorias sacratísimas. Sí, memorias sacratísimas, porque son memorias que nos recuerdan muchos días de sacrificio, muchos días de esperanza, muchos días de ese santo dolor, de esa alegría santa, que se llama fe. No queremos tocar á los propósitos de nuestros antiguos compañeros, al dirigirles este triste adiós de despedida; pero tenemos que repetir: ¡Qué error tan lastimoso! ¡Qué desgracia tan grande! ¡Cuán grande ha de ser el arrepentimiento! ¡Cuán terrible será el desengaño!»²⁷.

La toma de posiciones políticas de unos y otros hegemonizó el debate electoral. Así, algunas semanas después, en el propio decreto de convocatoria de las Cortes Constituyentes –publicado poco antes de las elecciones municipales– el Gobierno insistía en recordar su adhesión a la fórmula monárquica²⁸. Por su parte, en su primer manifiesto a los electores fechado el 17 de noviembre, el Comité republicano lamentaba la escisión *cimbria* para afirmar a continuación que «sólo existe la democracia donde existe la República, y sólo se llaman partidos democráticos los partidos republicanos»²⁹. El argumento viene a afirmar que «los principios proclamados por la revolucion [...] son principios incompatibles con la monarquía», una institución «de tal manera injusta, absurda, que donde existe, sólo existe para conservar algún privilegio, para sostener alguna iniquidad». Los republicanos vinculan la misma idea de lucha por la libertad con la lucha contra la monarquía, invocando los nombres de los más populares mártires de la libertad: «[t]endiendo la vista por el largo martirologio de la libertad, recordando los nombres gloriosos de Lacy, de Riego, de Torrijos, de Zurbano, de Cámara, se descubre que sus verdugos fueron los reyes». A todas luces, lo que se representaba en el escenario político revolucionario era una lucha por hegemonizar el significado de la ruptura revolucionaria –que era al fin y al cabo el elemento legitimador del régimen que

²⁶ *Anuario republicano*..., p. 1424.

²⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: *El evangelio del pueblo*, Madrid, Imp. Manuel Galiano, 1868, p. 62.

²⁸ *Gaceta de Madrid*, 7 de diciembre de 1868, pp 1-2.

²⁹ “El Comité republicano de Madrid a los electores”, *La Discusión*, 18 de noviembre de 1868, p. 1.

estaba por venir– pero también el de la lectura democrática de la herencia liberal y su vinculación con la monarquía. En otras palabras, lo que estaba en juego era la definición de las posibles vías de democratización del liberalismo. Como ya había ocurrido en el Bienio Progresista, el alcance de la revolución se dirimía en torno a la cuestión monárquica, desde lecturas contrapuestas acerca de la naturaleza y los fines del propio liberalismo.

Polarizado el campo político de este modo, los federales supieron sacar partido de la radical ampliación de la esfera pública que había acompañado al triunfo revolucionario. Ante la expectativa electoral, recomendaban orden, participación y sometimiento a la autoridad: «[e]l pueblo que, teniendo el derecho de reunión, la libertad de imprenta y el sufragio universal, apela á los tiros y no á los votos, apela á las armas y no á las ideas, ese pueblo es un pueblo suicida»³⁰. Hubo manifestaciones en diversas ciudades con una concurrencia considerable. Según *La Discusión*, a la que se celebró en Barcelona el 22 de noviembre acudieron 40.000 personas. La de Madrid, encabezada por los miembros del Comité electoral, habría reunido –según el mismo periódico– a 80.000 personas³¹. Por su parte, el conservador *La Época* corregía esta última cifra a la baja y la fijaba en unos 8.000 a 10.000 participantes, entre ellos «no pocos niños, muchos estudiantes, á quienes la ley niega el sufragio en razón de su edad, y una gran masa de jornaleros, á quienes no puede suponerse la instrucción necesaria para decidir los graves problemas políticos que la revolución ha planteado; pero en cambio había muy pocos funcionarios publicos, menos cesantes ó que aspiraran á salir de la cesantía»³². Entre una y otra cifra, se puede decir que las bases republicanas respondieron a las llamadas de sus respectivos comités locales, en una oleada de manifestaciones que se reprodujeron en diferentes ciudades como Málaga, Valencia, Sevilla, Cádiz, Alicante, Jerez, Zaragoza, Teruel, Valladolid, Pamplona, Reus, Vélez-Málaga o Ferrol³³. Los federales buscaban mostrar su fuerza y su capacidad organizativa en todo el territorio frente a la unión monárquica y, a principios de diciembre, *La Discusión* aseguraba que los republicanos contaban con 49 comités provinciales, 500

³⁰ *Ibid.*

³¹ *La Discusión*, 30 de noviembre de 1868, p. 2; *La Discusión* 1 de diciembre de 1868, p. 1

³² *La Época*, 30 de noviembre de 1868, p. 2.

³³ *La Época*, 24 de noviembre de 1868, p. 2.

comités de distrito y más de 2.000 subcomités³⁴. La rápida articulación de las bases del partido sólo se entiende a la luz de la capacidad de los republicanos para generar identificación política desde el Bienio y a su constante movilización por vías legales o clandestinas.

La movilización electoral republicana obtuvo un resultado significativo. En las municipales, consolidaron su influencia en los territorios periféricos, especialmente en el arco mediterráneo y en Galicia, donde obtuvieron la mayoría en las ciudades principales y la alcaldía de veintiuna capitales de provincia. La participación, sin embargo, no fue muy alta ya que debió rondar el 50% como mucho³⁵. En este sentido, si bien sus resultados se pueden considerar buenos, también es cierto que el éxito a la hora de canalizar las muestras de adhesión política por cauces institucionales parece limitado. Además, la polarización del campo político había exacerbado la desconfianza y la tensión entre republicanos y monárquicos, ocasionando conatos insurreccionales en Cádiz, Málaga y otros puntos de Andalucía. Las urnas habían demostrado que contaban con una fuerza política nada despreciable, pero su opinión había sido excluida de las altas esferas del poder. En estas circunstancias, los periódicos republicanos publicaban las manifestaciones de adhesión a la república de diferentes ciudades e instaban al Gobierno Provisional a escuchar a la opinión y «dar plaza al elemento republicano» en términos drásticos: «¿Quiere divorciarse de la opinión pública? ¿Quiere retroceder en el camino revolucionario? ¿Quiere gobernar en contra de los deseos del país? Pues no tiene otro medio que dar el golpe de Estado». De manera ciertamente amenazante, *La Discusión* aseguraba que «declina[ba] la responsabilidad de lo que pu[diera] suceder en adelante»³⁶.

La censura de la acción violenta que había caracterizado la actitud del partido se diluyó pronto. Las llamadas a las urnas del Comité electoral de Madrid se presentaban ya como una opción estratégica alternativa a la legítima defensa de la revolución por medio de las armas³⁷. Esto se ve muy claramente en el manifiesto electoral del 5 de

³⁴ Barcia fue elegido miembro del comité democrático-republicano federal de La Latina. Es significativo que muchos de los comités locales que comunican su formación a los periódicos republicanos nombraran a Roque Barcia como su presidente honorífico. *La Discusión*, 26 de noviembre de 1868, p. 1; MONLLEÓ PERIS, Rosa: “Republicanos contra monárquicos...”, pp. 60-62.

³⁵ GUTIÉRREZ LLORET, Rosana y ZURITA, Rafael: “Canvi polític i mobilització...”, p. 46.

³⁶ *La Discusión*, 10 de diciembre de 1868, p. 1.

³⁷ *La Época*, 14 de noviembre de 1868, p. 3; *La Correspondencia de España*, 8 de diciembre de 1868, p. 3; *La Discusión*, 9 de diciembre de 1868, p. 1; *El Imparcial*, 9 de diciembre de 1868.

enero de 1869, relativo a las elecciones a Cortes Constituyentes que se iban a celebrar en pocos días. En él, el Comité –y Barcia entre ellos– relataba los desmanes del Gobierno Provisional que, a su juicio, «no ha hecho mas que contrariar dictatorialmente la Revolución para imponer al país lo que el país rechaza». Las circunstancias eran críticas y había llegado el momento de detener a aquellos quienes «pretenden por insidiosas artes y violentos medios reducir este gran movimiento nacional, admiración de Europa, á las raquílicas proporciones de un menguado pronunciamiento». La actitud que recomendaban a los federales era clara:

«En otra ocasion, quizá os aconsejaríamos que recogierais unánimes la provocación que se os dirige y el escarnio que se hace al gran principio de la Soberanía nacional, que el país ha proclamado. Pero en las circunstancias actuales, llamado el pueblo en breve plazo á decidir de sus destinos en las urnas electorales, no queremos que se diga que apelamos á las armas para hacernos justicia, cuando podemos y debemos esperarla del fallo de la opinión por medio del sufragio»³⁸

Las llamadas a la unidad y «¡A las urnas!» cierran el manifiesto, aunque queda bien claro que la soberanía nacional no sólo se defendía –y se expresaba– en las urnas. El argumento esgrimido por el Comité trae a primer plano las resonancias inmediateistas del soberanismo liberal exaltado, de raíz rousseauiana, en las concepciones federales. Es una interpretación que desborda –y vulnera– la fórmula teórica clásica del liberalismo de orden. Desde una lectura radical del principio de legitimidad política, los federales pensaban en una movilización permanente de la voluntad nacional, entendiendo la opinión no sólo como un poder con función representativa –más allá de las instituciones– sino también como fuente de legitimidad en el ejercicio del poder. Desde esta perspectiva, la tarea de consolidar la revolución correspondía al pueblo, quien podía invocar el derecho de insurrección en defensa de los principios democráticos de la Revolución y, en especial, de los derechos individuales, imprescriptibles e ilegislables. Claro que, a la hora de delimitar la voluntad nacional, los federales entendían que era *naturalmente* republicana. No sólo eso, sino que pensaban que sólo su partido representaba verdaderamente al pueblo. A la luz del marco de significados políticos referido, está claro que la lógica política federal legitimaba plenamente las soluciones políticas extraparlamentarias.

³⁸ *La Discusión*, 7 de enero de 1868, p. 1.

La idea de que la revolución estaba siendo traicionada se había instalado ya entre los federales. A la inquietud de los republicanos ante las derivas revolucionarias subyacía, de manera obvia, su propia articulación significativa del espíritu de *La Gloriosa*, pero también la experiencia de las frustraciones pasadas: la composición del gobierno, la desactivación del impulso revolucionario popular mediante la disolución de las juntas, las declaraciones de intenciones políticas en la convocatoria a las Constituyentes... Parecía inevitable, para quienes habían combatido la política del Bienio Progresista, presentir tras el Gobierno Provisional la sombra de la decepción de 1854. Era un aspecto que no le pasaba desapercibido a un propagandista como Barcia, volcado en aquellos días en agitar la opinión republicana de cara a las elecciones. Su diagnóstico de la situación profundizaba en la falta de espíritu liberal de los revolucionarios. Claro que, establecido el sufragio universal masculino y las libertades, su crítica se dirigía ahora contra las insuficientes –a su juicio– reformas económicas del Gobierno provisional³⁹. Desde su perspectiva, la continuidad con la situación anterior a la revolución era evidente:

«Si atendemos á nombres propios, mandan los progresistas y los unionistas. Si atendemos á la administración, mandan los moderados. ¿Estrañaremos que la reaccion nos devore mañana? ¿Estrañaremos que este movimiento revolucionario sea otro *bienio*? ¿Llegaremos por este camino á los *dos años*?»⁴⁰

Y añadía: «Los moderados no olvidan, ni perdonan. Los progresistas no recuerdan, ni aprenden»⁴¹. A su juicio, la llegada de un nuevo rey –que debía ser por fuerza extranjero– llevaría a la guerra civil realista primero y a otra revolución después, de manera irremediable. Las imágenes que invoca para alertar de ese peligro no pueden ser más significativas:

«Revolucionarios de Setiembre, liberales que habéis espulsado una dinastía que otro siglo nos trajo, ¿queréis para vuestro país *un noventa y tres, un Maximiliano y un Méjico*?

Pues traed un monarca.

Y después de haberlo traído, si llegáis á traerlo, ¿con qué razón llevareis la contra á los liberales que espulsen al rey, cuando vosotros acabais de espulsar a una reina?»⁴²

³⁹ BARCIA MARTÍ, Roque: *El evangelio...*, *passim*.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 53.

⁴¹ *Ibid.*, p. 54.

⁴² *Ibid.*, p. 56.

Sus *profecías* –él las llama así– son, desde luego, amenazantes de una manera apenas velada. Todas concurren, de una u otra manera, en la muerte del rey que pueda venir. Para evitar todos estos males sólo propone una solución: «¡Pueblo! Llegó la hora. Vamos á sortear nuestro destino; vamos á votar la *República federal*». De la correlación de fuerzas resultante en las elecciones dependía, a su juicio, la salvación de España.

Las elecciones a Cortes Constituyentes, celebradas entre el 15 y el 18 de enero de 1869, dieron una mayoría aplastante a las candidaturas monárquicas⁴³. La soberanía nacional se había expresado por medio del sufragio universal masculino, tal y como venían reclamando los republicanos desde hacía veinte años, pero la opinión nacional no resultó ser hegemónicamente republicana. Los progresistas, con Prim a la cabeza, les doblaban en número de diputados. Rodríguez Solís lo justificaba arguyendo el prestigio del partido progresista, protagonista de las luchas por la libertad desde las Cortes de Cádiz⁴⁴. Roque Barcia era uno de los 71 diputados republicanos que accedieron a la representación nacional aquel enero de 1869⁴⁵. Después de tantos años de ostracismo institucional, los republicanos volvían a unas Cortes Constituyentes⁴⁶, aunque la situación había cambiado mucho en aquellos quince años. Los federales eran minoría en la cámara, pero habían cuádruplicado su representación respecto a los demo-republicanos de 1854 y, además, el movimiento había crecido mucho en aquel tiempo. A pesar de la derrota numérica, la particular evaluación que hacían los republicanos de la situación política constituyente no era precisamente derrotista e insistían en su *triunfo moral*⁴⁷. A su favor argumentaban la admirable combinación de movilización política y

⁴³ La participación en estas elecciones fue más elevada que en las recientes municipales. Las cifras oscilan entre el 70% y el 78,92%. En Rosana GUTIÉRREZ LLORET y Rafael ZURITA: “Canvi polític i mobilització...”, p. 50; CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier (coords.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, vol. 1, Bilbao, Fundación BBVA, 2005, p. 1092.

⁴⁴ RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Memorias...*, p. 106.

⁴⁵ Su primera acta como representante de la soberanía nacional recoge que su procedencia socio-económica era alta y que su profesión era la de escritor y periodista, si bien el apartado de estudios permanece en blanco. Referido en ESCOT MANGAS, Sergio: *Catolicismo liberal en la obra de Roque Barcia...* p. 27. Jorge Vilches señala que los republicanos obtuvieron 81 actas que, tras las revisiones, quedaron en 71. Por su parte, las *Estadísticas históricas de España* señalan que fueron 85 diputados. VILCHES, Jorge: “Entre el parlamentarismo y la insurrección: la minoría republicana en las Cortes Constituyentes de la revolución (1869-1871)”, *Historia y Política*, 34 (2015), p. 242; CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier (coords.): *Estadísticas históricas...*, p. 1092.

⁴⁶ De los diecinueve demo-republicanos que obtuvieron representación en las Cortes Constituyentes de 1854, diez fueron elegidos de nuevo en 1869, casi todos por los mismos distritos electorales que en 1854. PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo. Demócratas y republicanos durante el reinado de Isabel II*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, p. 318.

⁴⁷ Es la postura que defiende el Comité electoral de Madrid en un manifiesto fechado el 1 de febrero de 1869, poco antes de la apertura de las Cortes el 11 de febrero. *La Discusión*, 2 de febrero de 1869, p. 1.

perfecto orden que había caracterizado el periodo provisional, lo que suponía una muestra «de ilustración, de madurez en la democracia española». Esto demostraba, a su juicio, la actitud republicana del pueblo español, independientemente del resultado del periodo constituyente:

«El pueblo español sabe ejercer el derecho de reunión, sabe practicar el sufragio universal, las dos facultades mas altas de toda vida republicana. Pues, sea cualquiera el fin de este periodo constituyente, la República está planteada y la República se alza victoriosa en nuestra patria: que nada pueden las maquinaciones de los partidos contra la lógica inflexible de los hechos»

Por lo tanto, en vano había cometido el Gobierno Provisional toda una larga serie de errores «que vienen á ser verdaderos atentados á la soberanía de la nación», tratando de reducir «la mas alta ocasion de nuestra historia, el momento supremo de renovar el pacto social, á una mera cuestion de ministerialismo ó antiministerialismo». Pero, a su juicio, todo había sido inútil: «[t]odo ese lujo de influencia moral sólo ha servido para hacer triunfar moralmente la República». Insistían en la idea de que democracia y república «[s]e compenetran como la esencia y la existencia. Por consiguiente, el reconocimiento de la democracia es el reconocimiento explícito de la República». Por el contrario, la llamada «monarquía democrática» no era más que un «engendro raquíptico del miedo á la libertad, del odio á la democracia». El trono había sido el patíbulo de los mártires de la libertad, razón por la que «la República puede responder tan sólo á las tradiciones revolucionarias: la República es el derecho». En esto, la idea de que liberalismo, democracia y república designan una misma realidad impregna todo el texto. Finalmente, entienden que la parte más inteligente del país es republicana, ya que habían vencido en las grandes ciudades –excepto Madrid– y en las zonas más dinámicas: «[l]a direccion intelectual y la direccion política de la patria les pertenece de derecho». Por todas estas razones, pensaban que «el sufragio universal ha decretado moralmente la República», porque había demostrado que las aspiraciones republicanas eran vigorosas en España: «[y]a no podran decir los reaccionarios que el pueblo español es un pueblo monárquico. Ya no podrá repetir el Gobierno provisional que en España hasta los más avanzados unen la libertad con la monarquía». Si eso era así, «[n]ingun rey puede ser votado, ningun rey será votado por las Córtes Constituyentes». A esta victoria moral podía –y debía– seguir la victoria definitiva, y esa era, a su entender, la labor del periodo constituyente. A pesar de que el gobierno

había adulterado «por mil medios la voluntad del país y el sufragio universal, nosotros nos dirigimos á las Córtes Constituyentes como representantes del pueblo, y fiamos á su decision soberana la suerte». Consideraban, a la vista de todo lo expuesto, que las Cortes no decidirían «nuestros destinos históricos por la preocupacion ó por las pasiones de partido, sino por el consejo de la conciencia»⁴⁸.

El texto anuncia los principales argumentos que iban a sostener los federales en los debates Constituyentes, en concreto la estricta identificación de democracia y república y la consideración del adulteramiento de la voluntad nacional. Con la pretendida *victoria moral*, fundada además en criterios de conducta y de principios, pero también de capacidades segregadas territorialmente, el republicanismo se arrogaba una autoridad y una dirección en el proceso de refundación del edificio político que no se correspondían con la correlación de fuerzas en la Asamblea. En el fondo, el argumento encerraba una advertencia a los partidos de la mayoría monárquica: estaba claro que eran minoría, pero los gubernamentales no podían seguir obviando la opinión republicana a la hora de refundar el edificio político. La actividad parlamentaria de los federales fue, en principio, muy intensa: llegaron a presentar trece proposiciones de ley antes de que comenzara el debate constitucional y multitud de enmiendas a la Constitución después, aunque con poco éxito⁴⁹. Pero, siguiendo con la práctica que ya había observado el Gobierno provisional desde los inicios de la revolución, no se incluyó a ningún republicano en la Comisión encargada de redactar la Constitución, ni en ninguna otra. Estas circunstancias eran leídas por la minoría como una desconsideración, y así lo señalaba el diputado valenciano Cristóbal Sorní cuando las Cortes rechazaron el proyecto republicano de matrimonio civil:

«Hay falta de consideración a mis compañeros por parte de la intolerante mayoría que no nos ha concedido puesto ni en comisiones, ni en las presidencias, ni en la comisión de la Constitución, y ahora no aceptan esta proposición, ¿qué pretenden? Se ha hecho una gran revolución y no se ha tomado ninguna medida revolucionaria. El ejército sigue lo mismo. Ni una reforma en Gracia y Justicia, ni en Gobernación, ni en ningún departamento Ministerial»⁵⁰

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ Un análisis de la actividad parlamentaria de los federales en VILCHES, Jorge: “Entre el parlamentarismo y la insurrección...”, pp. 239-267.

⁵⁰ Citado en MONLLEÓ PERIS, Rosa: “Republicanos contra monárquicos...”, p. 63.

Parece que la pretendida *victoria moral* de los republicanos se diluía, impotente, ante la política de mayorías del sistema representativo, si bien hay que decir que tampoco los gubernamentales mostraron ningún interés por afirmar en la práctica un parlamentarismo inclusivo. De este modo, si bien algunos debates fueron intensos, en especial los relativos a las libertades individuales, a la libertad de cultos o a la forma del Estado, los republicanos veían cómo sus propuestas y enmiendas eran rechazadas una a una⁵¹. No sólo no pudieron evitar que las Cortes Constituyentes resolvieran el diseño del régimen democrático mediante una monarquía, sino que comprobaron que su capacidad para influir en el proceso desde cauces institucionales era prácticamente nula. Con la proclamación de la Constitución de 1869 quedaba cancelada la posibilidad de establecer la democracia republicana como hija de la revolución.

En este contexto, la actitud observada por Roque Barcia como diputado constituyente da cuenta de su manera de entender la acción política, al tiempo que ilustra la creciente pérdida de confianza de los federales en las Cortes revolucionarias y la opción por la política extraparlamentaria. Su actuación fue poco relevante en las Cortes; votó a favor de todas las propuestas de sus *correligionarios*, pero apenas si presentó algunas exposiciones de algunos pueblos contra las quintas y poco más⁵². Sus capacidades oratorias eran bastante limitadas, así que su influencia en los debates parlamentarios –transmitidos de inmediato a la opinión nacional por medio de la prensa– fue nula en ese sentido. Sin embargo, esto no quiere decir que sus escasísimos discursos pasaran desapercibidos, ya que fueron de lo más extravagante en el marco de la política parlamentaria y dieron bastante que hablar. Vale la pena referirlos brevemente, porque resultan muy indicativos de la manera que Barcia tenía de entenderse como sujeto político y de su nula capacidad para adaptar su perfil de *profeta social* a los espacios institucionales de negociación política.

De manera muy significativa, Barcia se sintió interpelado especialmente por las cuestiones religiosas, en las que se pensaba toda una autoridad. Su primera actuación en este sentido fue de lo más extraño, ya que ni siquiera se escenificó en la Asamblea, aunque tenía que ver con el debate constitucional sobre la cuestión religiosa. Olózaga

⁵¹ VILCHES, Jorge: “Entre el parlamentarismo y la insurrección...”, pp. 239-267; DE LA FUENTE MONGE, Gregorio: “Monarquía y república en la España revolucionaria (1868-1873), en LARIO, Ángeles (ed.): *Monarquía y República en la España Contemporánea*, Madrid, UNED-Biblioteca Nueva, 2007, pp. 205-230.

⁵² *La Discusión*, 31 de marzo de 1869, p. 2

había retado a Castelar a tomar parte en la controversia y Barcia se permitió la libertad de intervenir en el asunto: «En esta cuestión, no me preguntan; pero yo respondo. No me llaman, pero yo acudo». El caso es que, como se verá a continuación, Barcia había abandonado por aquel entonces las Cortes, por lo que encauzó su respuesta por medio de la imprenta. Publicó una hoja dirigida a Olózaga en la que aseguraba cosas como que «el Sr. Olózaga y todos los que siguen su funesta doctrina no son descendientes de la cruz sino judíos gentiles y vasallos feudales». En su línea, negaba que el viejo progresista conociese ni el Evangelio, ni la religión cristiana, ni al mismo Cristo. Además, acusaba de todos los males de España al sacrílego «reinado exclusivo, absurdo, despótico, anticristiano de la Iglesia papal». Finalmente retaba a Olózaga –de manera bastante absurda– a que acudiese a batirse con él en la prensa, donde le demostraría punto por punto sus aseveraciones⁵³. Ni que decir tiene que no obtuvo respuesta de Olózaga, aunque sí del obispo de Osma, quien condenó su folleto por herético, impío y blasfemo. La polémica con el obispo derivó en sendas *Cartilla política* y *Cartilla religiosa*, en las que insistía en la gentilidad del catolicismo oficial y de sus ministros.

Sus intervenciones en Cortes tuvieron lugar en enero de 1870, al hilo del debate de presupuestos. En la sesión del 27 de enero defendió la única propuesta de enmienda que dirigió a la Asamblea, contra las cargas de justicia⁵⁴. Para argumentar su postura, leyó un folleto suyo incluido en *El Evangelio del pueblo* –«escrito espresamente para los clubs y las clases ínfimas y mas atrasadas del pueblo»⁵⁵–, a pesar de que el presidente le reconvino porque el reglamento no admitía esa práctica. Los periódicos no dejaron de referir el «espectáculo nuevo y por demás curioso» que ofreció Barcia, leyendo un folleto cuyo lenguaje era «impropio de un cuerpo tan elevado como la Asamblea soberana». Desde que tomó la palabra, «la sesión se convirtió en una amena reunión de confianza, porque como mucha parte de lo que leía estaba en diálogo [...]

⁵³ “Al Exmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga”, en BARCIA MARTÍ, Roque: *Cartilla política dedicada al ilustrísimo señor doctor D. Pedro Lagüera y Menezo*, obispo de Osma, Madrid, Imp. de Manuel Álvarez, 1869, pp. 26-32.

⁵⁴ DSC, 27 de enero de 1870, pp. 5227-5232. La enmienda se presentaba contra los artículos 1 al 5 de la sección cuarta de las obligaciones generales del Estado: «Las cargas de justicia comprendidas en los citados capítulos, que no procedan de título oneroso, serán suprimidas: las que procedan de título oneroso serán indemnizadas, según lo establecido por las Constituyentes del año 12, suspendiéndose el pago de dichas cargas mientras que tribunales competentes no averigüen su origen». Firmaban Barcia, Juan Pablo Soler, Francisco Díaz Quintero, Manuel Carrasco, Emilio Castelar, Pedro J. Moreno Rodríguez y Francisco Pi y Margall. Las *cargas de justicia* se referían a partidas de los presupuestos del Estado destinadas a satisfacer antiguas cargas de la Corona.

⁵⁵ *La Esperanza*, 28 de enero de 1868, p. 2.

era curioso escuchar las inflexiones distintas que el diputado republicano daba á su voz cuando representaba á cada paso uno de ellos»; al final, declamaba abiertamente⁵⁶. La proposición fue rechazada, después de todo.

No fue mucho mejor su intervención del 31 de enero, contra la dotación eclesiástica⁵⁷. En este caso no leyó ningún folleto, pero su discurso repetía sus argumentos anticlericales contra el papado y el carácter gentil de la Iglesia, citando a Cesar Cantu, a fray Jerónimo o a santa Brígida quien, según aseguraba, decía que el papa era peor que Lucifer. El efecto que causó no pudo ser más negativo. La prensa refería divertida aquel «discurso difícil de calificar» y la «oratoria de nuevo género» de Barcia, en la que las ideas se presentaban «á granel, inconexas, desordenadas». Más que al presupuesto, combatió la doctrina con argumentos que produjeron «frecuentemente la hilaridad de la Cámara» o, de manera alternativa, «repugnancia con proposiciones descaradamente impías, que la mayoría de la misma minoría republicana no pudo escuchar serenamente»⁵⁸. El ministro Moret lamentó la «infinita pequeñez con que ha tratado esta cuestión el Sr. Bárcia» y se dirigió a él personalmente, ya que dijo conocer bien «los elementos de que esa minoría está compuesta para saber que el Sr. Bárcia no es intérprete de sus ideas»⁵⁹. Por su parte, Barcia quiso polemizar con él, asegurando que todos sus argumentos quedaban en pie y le retó, como no podía ser de otra manera, a resolver la cuestión en la prensa: «yo suplico al Sr. Moret que tenga la bondad de dejar esta tribuna, siquiera por tres días, y nos vayamos á otra tribuna que, como he dicho, se llama imprenta»⁶⁰. Castelar vino a auxiliar con su florida oratoria la oposición de los republicanos al presupuesto del clero, pero igualmente fueron vencidos en la votación.

Ni su lenguaje, ni su actitud, ni sus extravagantes retos a sus oponentes parlamentarios se adecuaban al imaginario social que informaba la dignidad de un diputado constituyente. La tribuna era diferente, pero Barcia seguía desempeñando el papel del propagandista, polemista y demagógico, llamado a revelar verdades que nadie había escuchado. Así lo hizo saber a la Cámara al hilo de la polémica con Moret. Con frecuencia, era interrumpido por los distintos presidentes porque sus disquisiciones

⁵⁶ *Ibid.*; *La Época*, 28 de enero de 1870, p. 1.

⁵⁷ *DSC*, 31 de enero de 1870, pp. 5356-5360.

⁵⁸ *El Imparcial*, 1 de febrero de 1870, p. 1; *La Nación*, 1 de febrero de 1870, p.1; *La Iberia*, 1 de febrero de 1870, p. 1.

⁵⁹ La respuesta de Moret en *DSC*, 31 de enero de 1870, pp. 5360-5363.

⁶⁰ *DSC*, 31 de enero de 1870, p. 5363.

estaban fuera de la cuestión que se trataba. Esta actitud fue especialmente clamorosa en un debate que tuvo lugar algunos años después, cuando era senador por Barcelona en 1872⁶¹. Creía estar en su derecho de exponer sus doctrinas, aunque el debate versaba sobre la Ley Hipotecaria: como el presidente le reconvino, abandonó la sala. Más que para debatir, las pocas veces que Barcia tomaba la palabra era para propagar sus ideas. Su referente de la acción política seguía siendo la propaganda, la movilización de la opinión desde la imprenta. Al fin y al cabo, era una opción coherente con su ideal de transformación política desde la conquista de las conciencias. Su producción fue espectacular durante las Constituyentes, a lo que se sumó la reedición en un volumen de *Cuestión pontificia y Catón político*. Su editor, a partir de esos años, sería su sobrino José María Faquinetto –joven de apenas veinte años por entonces– con quien compartió proyectos y militancia en el Partido Republicano Federal⁶². También colaboraba con la *biblioteca revolucionaria* de Manero, compuesta por folletos de diferentes autores españoles –Garrido, Rodríguez Solís, Huguet– y también extranjeros, entre los que se incluía *El contrato social* de Rousseau. Además, retomó antiguos proyectos que quedaron truncados por su exilio portugués: a principios de abril de 1869, el mismo día que se presentó a debate el proyecto constitucional, los periódicos anunciaban que había reaparecido en Cádiz *El Demócrata Andaluz* bajo la dirección de Barcia, su antiguo fundador⁶³.

La presentación a debate del proyecto constitucional supuso para Barcia, de manera clara, el cierre de las posibilidades –si es que en algún momento las había habido– de que una república saliese de la Constituyente y marcó su desvinculación de la política parlamentaria. Para él, como para el resto de los federales, la formulación de una monarquía democrática encerraba una contradicción de términos inasumible. La democracia sólo tenía una expresión posible: la república federal. Como reconocía Pi y Margall, todos sabían que la república no saldría de una Asamblea de mayoría monárquica. Por su parte, el incombustible Orense anunciaba en las Cortes que, de haber sabido que el movimiento revolucionario iba a alumbrar una monarquía, nunca lo

⁶¹ *Diarios de las Sesiones de Cortes. Senado [DSCS]*, 27 de noviembre de 1872, pp. 498-460; *DSCS*, 15 de diciembre de 1872, pp. 700-705; *DSCS*, 17 de diciembre de 1872, pp. 750-754; *La Discusión*, 28 de noviembre de 1872, p. 3.

⁶² Según Carmen Pérez Roldán, José María Faquinetto fue uno de los republicanos destacados del distrito de La Latina. En PÉREZ ROLDÁN, Carmen: *El Partido Republicano...*, p. 58, n.58.

⁶³ *La Discusión*, 6 de marzo de 1869, p. 4; *La Correspondencia de España*, 19 de marzo de 1869, p. 6; *El Imparcial*, 6 de abril de 1869, p. 2.

hubiese apoyado⁶⁴. Pocos días después, desde las páginas de *El Demócrata Andaluz*, Barcia dirigió un largo manifiesto a los electores de la circunscripción de Badajoz participándoles que renunciaba al cargo de diputado. Les anunciaba «su firme propósito de no pisar los umbrales de las Cortes, ni aceptar la responsabilidad de cuanto allí se haga y acuerde»⁶⁵. Al parecer, se excusaba también «por ser tardo de oído»⁶⁶. Los debates constitucionales apenas habían comenzado y el tono del manifiesto debía ser desafiante, ya que el periódico republicano *El Pueblo* censuraba su comportamiento: «Los ciudadanos se deben á su patria en todas las circunstancias; sólo en algunas, que, por fortuna nuestra, no han llegado aun, podría emplearse el lenguaje del señor Bárcia. No aprobamos su conducta»⁶⁷. Como ya había ocurrido con el asunto de la Junta Revolucionaria, Barcia se desentendió de los debates constitucionales y se volcó en su tarea publicística.

Podemos hacernos una idea del tono y de los argumentos empleados por Barcia a partir de un pequeño prólogo que escribió, poco después, para un libro en el que su discípulo Enrique Rodríguez Solís comparaba las Constituciones de 1869 y 1812⁶⁸. Barcia critica muy duramente la Constitución que estaba a punto de aprobarse, centrando el argumento en aquello que constituía «la gran novedad democrática de la ley fundamental», es decir, la declaración de derechos individuales que la precedía. No menciona el sufragio universal masculino, clásica demanda demócrata que ya había sido aprobada, aunque más extraño es que no haga mención a la cuestión monárquica. En cualquier caso, la crítica se centra en dos aspectos relacionados con la manera de entender los derechos individuales. En primer lugar, defiende la ilegislabilidad de los derechos naturales, superiores y anteriores a la sociedad, puesto que son los atributos con los que el hombre nace. La cuestión de los derechos ilegislables sería, precisamente, uno de los grandes caballos de batalla de los federales en los años siguientes, junto a la reformulación de la forma del Estado. Barcia pensaba que «el sólo hecho de legislar sobre lo legislado por el sistema del universo, es una tiranía contra naturaleza; es decir,

⁶⁴ DSC, 19 de mayo de 1869, p. 2101; DSC, 17 de mayo de 1869, p. 2000.

⁶⁵ *La Iberia*, 17 de abril de 1864, p. 4. No he podido consultar el original de este manifiesto por no conservarse ejemplares de esta época de *El Demócrata Andaluz*.

⁶⁶ *La Época*, 14 de abril de 1869, p. 3; *El Tío Cayetano*, 18 de abril de 1869, p. 4.

⁶⁷ Referido en *La Iberia*, 17 de abril de 1869, p. 4.

⁶⁸ BARCIA MARTÍ, Roque: "Prólogo", en RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Constitución de la nación española discutida y aprobada por las Cortes Constituyentes de 1869, y Constitución de 1812, con notas comparativas*, Madrid, Imp. de Manuel Galiano, 1869, pp. III-X.

una tiranía contra el mismo sér de la humanidad»⁶⁹. En segundo lugar, condena la declaración de derechos de la Constitución de 1869, señalando la limitación de algunos derechos –como la inviolabilidad del domicilio o de la correspondencia– por orden judicial. La desconfianza hacia el poder ejecutivo que desprende el argumento es clara, ya que plantea el hipotético caso de que el gobierno quiera «deshacerse de un español, y *manda* al juez que le forme un proceso»⁷⁰.

En realidad, la Constitución de 1869 reconocía una amplitud de derechos y libertades individuales que, sumados al principio de soberanía nacional que la informaba y al sufragio universal masculino, hacían de la monarquía democrática española el régimen político más avanzado de Europa en esos momentos⁷¹. Pero no era una república, ni reconocía la ilegislabilidad de los derechos naturales del hombre, por lo que Barcia anunciaba la cancelación del movimiento revolucionario de septiembre pero no de la revolución, que permanecía a su juicio sin realizar:

«No comprendo cómo la honrada, la digna, la enérgica minoría republicana ha tenido paciencia para soportar tanto desafuero. No puedo comprender cómo ha tenido alma para sufrir y autorizar con su presencia un despotismo tan osado. No puedo comprender cómo no ha huido de esa casa, en donde se afrenta de tal modo al SER HUMANO, AL SER DE TODOS.

La Constitución está en el país.

El país no está en la Constitución.

El movimiento revolucionario termina en el día en que se promulgue el Código constitucional.

La revolución española principia al día siguiente. [...]

Cuando la Constitución se promulgue; cuando sea ley del Estado; cuando tengamos que acatarla como fundamento del *reino sin rey*, podrá ser muy buena, la mejor del mundo. Hoy, es muy mala; la peor que España ha tenido, exceptuando la libertad de cultos, aunque esté consignada de un modo escaso y pordiosero. Pero lo que falta, vendrá. [...]

Hay dos Asambleas: una, en la corte; otra, en Cataluña, en Aragón, Valencia, Murcia, Alicante, Extremadura y Andalucía.

En la Asamblea de la corte está Madrid: en la asamblea de la Nación está España.

¡Viva la República democrática federal, única salvación de los españoles!»⁷²

El planteamiento de Barcia participa, desde luego, del inmediateísmo soberanista de los federales y llama la atención sobre un aspecto fundamental para comprender las

⁶⁹ *Ibid.* p. VI.

⁷⁰ *Ibid.* p. VII.

⁷¹ SANTIRSO, Manuel: *El liberalismo. Una herencia disputada*, Madrid, Cátedra, 2014, pp. 277-278.

⁷² BARCIA MARTÍ, Roque: “Prólogo”..., pp. IX-X.

complicadas relaciones entre los federales y la política parlamentaria, entendida como representación y expresión de la soberanía nacional. La disociación que establece entre las Cortes Constituyentes y la nación –que tiene su correlato en las contraposiciones Constitución-país y movimiento revolucionario-revolución– viene a cuestionar la capacidad de las Cortes para representar la voluntad nacional y, por lo tanto, su legitimidad. No era nueva su prevención hacia el sistema representativo, ya expresada durante el Bienio Progresista, al que entendía como un foro de intereses parciales y partidistas. En la línea de lo expresado por el Comité electoral de Madrid, pensaba que la voluntad de la nación estaba adulterada en las Cortes. En este sentido, a su juicio, la Constituyente sólo manifestaba la opinión de las camarillas de Madrid, mientras que la opinión nacional se expresaba por otros cauces y era superior, por lo tanto, al poder de las Cortes⁷³. La afirmación de que existen dos Asambleas y que la nación no reside precisamente en las Cortes de Madrid es clara en ese sentido. Es muy interesante, en relación con esto, un debate que tuvo lugar en las sesiones de Cortes entre Fernando Garrido y el presidente de la Cámara, el viejo demócrata Nicolás María Rivero. Vale la pena citarlo en extenso:

«El Sr. GARRIDO (D. Fernando): Yo había dicho antes que las Córtes Constituyentes eran soberanas por delegacion de la Nacion [...] y esto prueba que si bien es verdad que las Córtes Constituyentes son soberanas, sobre las Córtes está la Nacion, y cuando la Nacion ha hablado, las Córtes no tendrán derecho de hablar. [...] La legitimidad del poder está siempre en la voluntad del que obedece; lo que constituye un poder cualquiera, legítimo; lo que le da verdadera fuerza en la opinion, es que todo el mundo le reconozca como el representante de sus intereses, que todo el mundo esté dispuesto á obedecerle: por encima de esto no hay legitimidad para ningun poder por alto que sea. [...] La opinion pública es quien crea y derriba los poderes. Si la opinion pública, á consecuencia de lo que aquí digamos y de la conducta que la Asamblea observe, condena á la Asamblea, condenada estará. (*Murmullos.*)

El Sr. PRESIDENTE: No hay opinion pública en esta materia. El Poder constituyente ha sido nombrado para mandar, y todos tienen obligacion de obedecerle. ¿Acepta S. S. esta proposicion de que la Asamblea Constituyente es el poder soberano y supremo que todos debemos acatar?

El Sr. GARRIDO (D. Fernando): Sobre el poder de la Asamblea está el del pueblo (*No, no.*), está la Nacion; la Nacion es más grande que la Asamblea.

El Sr. PRESIDENTE: Señor Diputado, de la Nacion emana el poder supremo; pero cuando lo delega en un poder constituyente, éste tiene que ser obedecido de todos. La Nacion y la Asamblea constituyente son en este

⁷³ La idea de que Madrid es criadero de toda iniquidad aparece en muchos de sus escritos. Ver por ejemplo BARCIA MARTÍ, Roque: *La federación española*, Madrid, Imp. de Manuel Álvarez, 1869, *passim*.

momento una sola personalidad. ¿Acepta V. S. esta teoría? ¿Retira V. S. sus palabras, sí ó no?

El Sr. GARRIDO (D. Fernando): Estoy á disposicion de V. S., pero no puedo retirarlas. [...] (*Crecen los murmullos y la confusion.*)»⁷⁴

Está claro que esa manera de pensar la soberanía nacional –a la que no dejan de apelar–, permanentemente movilizada, abría la puerta al derecho de insurrección. Con todo, el tipo de discurso agitado por Barcia –y también por Garrido– desvinculaba la soberanía nacional de sus representantes y deslegitimaba a las Cortes, vaciándolas de contenido político⁷⁵. Esta lectura, unida a la conceptualización de los derechos ilegislables, rompía con el planteamiento liberal gaditano. El correlato inmediato era que la Constitución de 1869 no estaba dictada por la nación en uso de su soberanía. Además, alentaba el descrédito de la política institucional entre los republicanos, reforzado por el progresivo abandono de los diputados federales de la Cámara a medida que avanzaban los debates constitucionales.

En la otra cara de la moneda, estaba esa nación representada en la Asamblea de las provincias a la que se refería Barcia, alejada de la corte de Madrid. Se refería a los diferentes Pactos Federales que se habían empezado a celebrar por iniciativa de las provincias y que, en realidad, se trataba de un nuevo intento de organizar el partido que culminó con la formación del Pacto Nacional en julio de 1869. En él, las federaciones se comprometían a defender los principios republicanos y a acordar las cuestiones de conducta. Además, establecían que los derechos individuales «absolutos, inalienables é imprescriptibles» eran la base fundamental de todas las federaciones, las cuales tenían

⁷⁴ *Diario de Sesiones de Cortes [DSC]*, 5 de octubre de 1869, pp. 3845-3847.

⁷⁵ Hay que decir que la actitud de Barcia en esta cuestión no deja de ser contradictoria, porque de la misma manera que ubicaba la soberanía de la nación fuera de las instituciones, se reclamaba su representante en calidad de diputado constituyente. Así, apenas unas semanas después, Barcia alardeaba de su calidad ante el obispo de Osma: «Usía ilustrísima es obispo. Yo soy diputado de la Asamblea constituyente. Usía ilustrísima es acatado en su Diócesis; yo soy acatado en toda España, como representante de la soberanía de la nacion. Usía ilustrísima tiene autoridad sobre cuatrocientas mil almas; yo la tengo sobre mas de quince millones de criaturas. Esto quiere decir que yo tengo treinta y ocho veces mas autoridad qus usía ilustrísima». En otras ocasiones, niega la existencia de la soberanía de la nación, afirmando la soberanía del hombre: «esa teoría es la teoría equivocada de los sistemas constitucionales, de los partidos de justo medio, impotentes para resolver todo problema. Esa teoría no es la teoría de una república federal, ni de la democracia tampoco. [...] Queda demostrado que la soberanía no está en la nación, *la cual se hace*, sino en el hombre, *el cual nace*, y naciendo es naturaleza, y siendo naturaleza, es el elemento generador de todos los hechos humanos: también de las naciones, las cuales han de ser creaciones humanas, porque sino lo son, no las quiero... ni para mi gato». Esta última proposición es cercana, incluso, a una lectura anarquista. En BARCIA MARTÍ, Roque: *Cartilla religiosa dedicada al ilustrísimo doctor D. Pedro Lagüera y Menezo, obispo de Osma*, Madrid, Imp. de la Viuda e Hijos de M. Álvarez, 1869, p. 5 y “Contestaciones”, *La Federación Española*, 19 de agosto de 1870, p. 107.

«el deber de defenderlos á mano armada, siempre que no haya medios legales de reparación»⁷⁶. Los federales fijaban, de esta manera, las causas legítimas que justificaban el derecho a la insurrección, aunque las diferencias de criterio en torno a la aplicación de este derecho derivaron en polémicas que, como se verá, arrastraron al partido al borde del abismo. Los Pactos Federales no tuvieron mucho recorrido, pero eran una primera muestra de la capacidad de los republicanos para articular estructuras de poder al margen del Estado.

A pesar de que eran una estructura del partido, Barcia veía en los Pactos Federales «el anuncio de otra España [...] el germen del reinado del pueblo»⁷⁷. A principios de junio, aseguraba que los había adivinado con dos meses de antelación —una adivinación que le había ocasionado «gravísimos disgustos»— y esta era la causa por la que había abandonado su labor como diputado constituyente:

«Pensando en ella [en la novedad de los Pactos], abandoné las Cortes constituyentes. Pensando en la Asamblea del pueblo, dejé la Asamblea de una bandería. Es la única gloria de mi vida, pero es gloria. [...] El republicano que quiera quedarse en el Congreso de Madrid, hará perfectamente; pero yo me voy al Congreso de mi partido y de mi idea. El que quiera quedarse en las Cortes de los que mandan, está en su derecho; pero yo me voy á las Cortes de los que gimen y de los que esperan»⁷⁸

Más allá de su más que dudosa *adivinación*, la total confusión entre pueblo y partido es manifiesta. Pero, a pesar de sus duras condenas a las Cortes Constituyentes y de sus altisonantes razones, su abandono no fue definitivo. Dejó de asistir a las sesiones, pero no renunció a su acta de diputado. Esto incomodó a sus electores de Badajoz, quienes le dirigieron una misiva instándole a ocupar su asiento en las Cortes o bien a hacer «la oportuna y formal renuncia del honroso cargo de diputado con que le invistieron», con objeto de que la circunscripción se hallase representada mediante un nuevo sufragio⁷⁹. A primeros de octubre de 1869, Barcia reanudó sus tareas parlamentarias, justificándose en que la república podía necesitar de sus sufragios «en la

⁷⁶ Los diferentes pactos federales eran el Pacto Federal de Tortosa (18 de mayo de 1869), Pacto Federal de las provincias de Andalucía, Extremadura y Murcia (12 de junio de 1869), Pacto Federal de Castilla, Pacto Federal de las Provincias Vascongadas y de Navarra (23 de junio de 1869), Pacto Federal Galaico-Asturiano (18 de julio de 1869). En RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Historia del partido...*, pp. 630-638.

⁷⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: *La federación española...*, p. 40.

⁷⁸ *Ibid.*

⁷⁹ *El Imparcial*, 3 de septiembre de 1869, p. 2.

próxima cuestión del monarca»⁸⁰. Los problemas de Prim para encontrar un rey que ocupase el trono español dilataron ese momento pero, cuando llegó el 16 de noviembre de 1870, Barcia se encontraba entre los sesenta diputados que votaron *república federal* contra Amadeo de Saboya⁸¹. No fue, de todas maneras, un parlamentario constante.

El evangelista del pueblo

Como se ha visto, Barcia pasó por la política parlamentaria con más pena que gloria. Su ámbito era la opinión, la palabra escrita, donde podía dar alas sin cortapisas a sus aspiraciones de profeta social. Más allá de las medidas políticas concretas, su ideal de regeneración política y social pasaba por la revolución de las conciencias, operación esta ajena –en principio– a cualquier parlamento, más aún monárquico. Desde su punto de vista, nada se lograría en el plano social y político si no se conquistaban las opiniones y, para lograr ese objetivo, lo que hacía falta era un guía social que diese conciencia de sí a los hombres mediante la propaganda. Fue la intensísima actividad que desarrolló en ese campo la que le procuró un cierto influjo –o ámbito de dominio– sobre determinados sectores federales, que acabaría eclosionando en el contexto de la escalada cantonalista. A la vista del ambiente de creciente efervescencia política que vivían los republicanos desde finales de 1868, no cabe duda de que había un público receptivo a las doctrinas federales, listo para ser interpelado por los propagandistas. El éxito de Barcia en ese sentido es incuestionable. Todos los testimonios de la época coinciden en subrayar su extraordinaria popularidad y el impacto que sus palabras producían entre sus seguidores, con frecuencia calificados de *alucinados* o *fanatizados*. Ya en el verano de 1869, el clérigo carlista Domingo Hevia lamentaba en la revista *Altar y Trono* los estragos que, a su juicio, producía la propaganda político-religiosa de Barcia, en unos términos muy significativos:

«El Evangelio de Cristo vino siendo ley en España desde hace mas de once siglos. Mas hoy la ley española es la Constitución *atea* de 1869, y el Evangelio de Cristo ha sido reemplazado y sustituido por el *Evangelio popular* de Roque Bárcia *¡o témpora...!* que pasea la Península en triunfo, y escoltado por la *Teoría del infierno*, *La cuestión pontificia*, *El matrimonio civil*, digno remate de *El Evangelio del pueblo*, con las epístolas del mismo Bárcia á Olózaga y Moret, obras todas dignas de la recompensa de la Iglesia y del Estado que aquel autor ha gozado en los calabozos, y lo dejaron tan *pobre y enfermo* como lo asegura él mismo en su *Carta al Prelado de Osma*;

⁸⁰ *La Correspondencia de España*, 7 de septiembre de 1869, p. 3; *La Época*, 2 de octubre de 1869, p.2.

⁸¹ *DSC*, 16 de noviembre de 1870, pp. 9162-9165.

y obras todas ellas en las cuales descuellan todos los delirios del orgullo y de la ignorancia petulante del *evangelista* del pueblo»⁸²

La referencia de Hevia viene a dar cuenta no sólo del éxito de Barcia como propagandista, sino también de su habilidad para construir su imagen pública como apóstol de la verdad republicana, como ya se ha ido apuntando en capítulos anteriores, desde una comprensión carismática y mesiánica de su subjetividad política. Al fin y al cabo, el *evangelista del pueblo* era el resultado de un largo proceso de afirmación en la esfera pública de una personalidad política –el mártir, el profeta social, el redentor– que mostró una notable capacidad para obtener el reconocimiento y la adhesión de, al menos, una parte del público popular. La figura de Barcia adquirió una dimensión enorme en el contexto de extraordinaria agitación política que caracterizó al Sexenio. En relación con esto, cabe plantearse la capacidad de Barcia para construir un discurso eficaz, que persuadiera al público, y qué efecto esperaba producir en él. El alcance prescriptivo de sus soluciones políticas dependía también de la capacidad persuasiva de sus argumentos. O, dicho de otra manera, la eficacia de su discurso no sólo dependía de sus propuestas políticas concretas, sino también de los recursos que movilizaba –y no sólo de manera intencional– para atraerse al público y generar vínculos de identidad política⁸³. Desde esta perspectiva, dado el potencial de las narrativas emocionantes para fijar identidades en un contexto concreto, interesa en primer lugar prestar atención a la narrativa social que propone Barcia a las potenciales *masas republicanas*, sobre todo en relación con el propósito que dibuja⁸⁴. En segundo lugar, podemos preguntarnos acerca de las maneras en que interpela a su público y el papel de su *carisma* en la generación de identidad política.

Hay que decir que su ingente producción publicística del Sexenio ofrece pocas novedades respecto a la filosofía religioso-política que había difundido desde mediados de la década de 1850. La formulación de los principios que infoman su *sistema*, la definición de los objetivos de la vida en común o el diseño de la arquitectura política

⁸² HEVIA, Domingo: “El suicidio”, *Altar y Trono*, 5 de agosto de 1869, p. 206.

⁸³ BERTONI, Federico: “Teorie della ricezione: un contributo dalla letteratura”, en FINELLI, Pietro, FRUCI, Gian Luca y GALIMI, Valeria (coords.): *Parole in azione. Strategie comunicative e ricezione del discorso politico in Europa fra Otto e Novecento*, Florencia, Le Monnier Università, 2012, pp. 3-18

⁸⁴ El poder de las narrativas sociales para fijar identidades sociales y políticas en JOYCE, Patrick: *Democratic subjects: the self and the social in nineteenth-century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

que da forma a los principios demócratas –desde la autonomía individual hasta la esfera nacional, pasando por el municipio y la provincia– reproducen con pocas variaciones lo expuesto en sus textos anteriores. Los dos grandes ejes que articulan su producción y su actitud como propagandista siguen siendo el antimonarquismo y el anticlericalismo, expresado este último en nuevas disputas por cuestiones doctrinales. Según él mismo cuenta, llegó a 1868 con cuarenta y cuatro excomuniones, que se elevarían a sesenta y seis durante el Sexenio⁸⁵. En cualquier caso, la temática de su producción en esos años se centra en el ataque a la monarquía demócrata y a la jerarquía eclesiástica, por un lado, y en la defensa –tanto contra los monárquicos como contra los disidentes internos del partido republicano– de la federación como único sistema que podía salvar a España, por otro. Sus argumentos invocan, como es habitual en él, a la religión y a la historia como elementos de autoridad indiscutible, a los que añade la introducción de datos numéricos para sostener algunas de sus afirmaciones⁸⁶. Son los tres elementos –religión, historia y, en menor medida, estadística– que Barcia utiliza para cimentar la autoridad de sus razonamientos y de su *visión del mundo* republicana. Pero, más allá de estos aspectos, interesa destacar al menos dos ingredientes que dotan a sus argumentos de una considerable fuerza emotiva y expresiva: por un lado, los referentes religiosos de su pensamiento y, muy relacionado con lo anterior, la exhibición de un sentimentalismo exaltado tanto en determinados excursos ejemplarizantes como en el relato de su propia experiencia.

En un contexto caracterizado por la total polarización del campo político en torno al eje monarquía-república, Barcia orienta su ya conocido discurso evangélico a demostrar que la república busca el bien para todo el mundo mientras que la monarquía encarna el mal en términos absolutos. Este aspecto es especialmente visible en *El evangelio del pueblo*, *Teoría del infierno o la Ley de la vida* y *Conversaciones con el pueblo español*, tres obras muy relacionadas entre sí que publicó en el contexto electoral de finales de 1868 y principios de 1869. En ellas, dibuja un imaginario político dual y maniqueo articulado en torno a la oposición de dos campos conceptuales mutuamente excluyentes: república-bien-amor-vida y monarquía-mal-odio-muerte. En esta época, su

⁸⁵ En BARCIA MARTÍ, Roque: *Cartilla política...*, p. 6; ID.: *Cartilla religiosa...*, p. 17-18.

⁸⁶ Ya había utilizado este recurso con anterioridad en algunas estadísticas históricas, pero ahora dedica largas páginas como sus “Cargas de justicia”, por ejemplo, a demostrar el carácter feudal de la monarquía y los supuestos ahorros que supondría el advenimiento de la república. BARCIA MARTÍ, Roque: *El evangelio...*, pp. 3-17.

ley de la contradicción o *ley de las castas* alcanza un protagonismo extraordinario como argumento antimonárquico. Era un concepto que ya había introducido con anterioridad para referirse a la antigua filosofía asiática, origen –a su juicio– de toda tiranía, pero en este momento lo utiliza de manera muy profusa mediante un ejemplo concreto que repite hasta la saciedad.

Todo su argumento persigue demostrar que la desigualdad y la injusticia son consustanciales a la monarquía, por lo que busca el origen del «sistema monárquico-constitucional» en la historia. Sus disquisiciones le llevan a afirmar que la monarquía, la «escuela absolutista» –que él equipara con el feudalismo–, se inspira en la *ley de las castas*, error de la metafísica oriental que elevó la desigualdad entre los hombres a principio filosófico⁸⁷. En su opinión, fue la «brujería de Zoroastro» la que dio vida a esta ley terrible, al reconocer la existencia de dos divinidades, «dos fuerzas contrarias, dos principios antagonistas, un Dios y un Satanás, iguales en poder y en dominio». Esta división de la omnipotencia creadora –encarnada en los dioses *Ormuzd*, el bien, y *Arhiman*, el mal– no podía más que llevar también a la división de la naturaleza humana, creando un «antagonismo monstruoso» que, al aplicarlo a todos los órdenes de la vida, dividió también a la sociedad:

«La metafísica asiática hizo mal el cielo: trajo el cielo á la tierra, y el mal de allá fue la ley de aquí.

Esta es la ley de las castas antiguas, que tiene todavía sus hechuras en los sistemas actuales: la primera hechura es el rey.

La casta no es más que la división de la naturaleza humana, resultado preciso de la división de la naturaleza divina.

Hombre divino en el señor: hombre infernal en el esclavo: hé aquí la casta.

Ormuzd y Arhiman; Dios y diablo: hé aquí toda la historia de las desigualdades que desolan el globo»⁸⁸

A partir de esta afirmación, Barcia considera que la «escuela despótica», inspirada en esta falsa filosofía pagana, dio leyes para regimentar el mal:

⁸⁷ Esta teoría es profusamente referida por Barcia en todas sus obras de filosofía política. Ver especialmente BARCIA MARTÍ, Roque: *Teoría del infierno o la ley de la vida*, Madrid, Imp. Manuel Galiano, 1868, *passim*; ID.: *El evangelio...*, pp. 31-37 y 61-64; ID.: *Conversaciones con el pueblo español*, Murcia, Biblioteca Saavedra Fajardo, 2011, [1ª ed. Barcelona, ed. Manero, 1869], pp. 3-24.

⁸⁸ BARCIA MARTÍ, Roque: *El evangelio...*, p. 33.

«El despotismo no hizo otra cosa que organizar el MAL, viendo en el mal una ley primitiva de la vida, semejante al demonio. Propiamente hablando, la escuela despótica no ha hecho más en la tierra que legislar para el demonio. [...]

La escuela despótica es la organización, el régimen, el gobierno del mal. Es el diablo convertido en ley de las sociedades humanas.

Me parece haber encontrado la verdadera definición; héla aquí: La escuela despótica es el reinado de Lucifer en este mundo.

¿Pueden darse verdaderas razones en contrario?

Ninguna, absolutamente ninguna.

Somos ignorantes, muy ignorantes, y desafiamos á todos los sabios de la tierra.

El que algo tenga que decir, que lo diga.

La escuela despótica es el reinado del demonio, y hay que arrojar á ese demonio de este mundo, ya que la omnipotencia creadora no ha destinado ninguna parte de nuestro globo para establecer el infierno.

Hay que deshacer esa obra satánica, esa obra de inconcebible iniquidad, esa mentira torpe y fea»⁸⁹

Contra esa barbarie, «[l]a escuela moderna, la escuela cristiana, la redención del género humano, tiene que dar leyes para regimenter el bien»⁹⁰. Es una idea que no era nueva tampoco, la de la búsqueda del bien como objetivo de las sociedades, pero insiste mucho en ella en esta época:

«¿Queréis un demonio? Idos con las castas antiguas.

¿Queréis un mundo, una armonía, un bien, un Dios, una naturaleza, una humanidad? Venid con nosotros.[...]

Hay que buscar el bien de todos dentro del derecho de todos: hé aquí la fórmula suprema de la libertad y de la justicia: hé aquí la redención aplicada al gobierno de las sociedades: hé aquí la redención social: hé aquí la verdadera democracia: hé aquí la nueva creación del hombre, la creación que rehacerá el globo, que rehacerá la vida. HÉ AQUÍ EL EVANGELIO DE LOS PUEBLOS.

Lector, abre á ese hombre las puertas de tu casa. Recibiendo á ese hombre en el seno de tu familia, recibes á Cristo.

EL BIEN DE TODOS: esta es la propaganda que hay que hacer.

Esta es la idea que hay que difundir.

Esta es la batalla que hay que ganar.»⁹¹.

Hay que decir que, especialmente, aborda la cuestión del *bien* como principio universal en *Teoría del infierno*, un libro fundamentalmente filosófico bastante extraño, no tanto por su contenido como por la actitud que muestra Barcia en sus páginas. En realidad, la *teoría* que desarrolla es bastante ingenua y simple, ofreciendo multitud de

⁸⁹ *Ibid.*, pp. 33-34.

⁹⁰ *Ibid.* p. 35.

⁹¹ BARCIA MARTÍ, Roque: *El evangelio...*, pp. 37-39. La cita en las pp. 37-38. Desarrolla esta idea también en *ID.: Conversaciones...*, pp. 20-24; *ID.: Teoría del infierno...*, *passim*. esp. pp. 20-24.

ejemplos y argumentos sumamente repetitivos, con objeto de demostrar que el bien es la única moral de la Creación y negándole al mal la categoría de *principio*. Cree haber hallado, con esto, una formulación original e inédita:

«Un hombre insultado y perseguido por la ley del *mal*, proclama en el destierro la ley del BIEN. [...]

La escuela de ellos (que no es tal escuela) reconoce por principio (que no es tal *principio*) la muerte.

Nuestra escuela reconoce por *principio* la vida.

Ellos dan leyes para lo *malo*.

Nosotros damos leyes para lo *bueno*.

Ellos quieren *el mal* para los débiles.

Nosotros queremos *el bien* para todas las criaturas.

¿También para tus enemigos? ¿También para los enemigos del género humano?

Esto nos preguntará algún curioso.

Nosotros respondemos: también.

Queremos y buscamos la felicidad de todos los hombres. [...]

¡Oh, Dios eterno! El hombre que escribe estas líneas, morirá tal vez desvalido; más no puede morir desesperado.

Realizar el bien de todos dentro del derecho de todos: hé aquí la última, la suprema definición de la libertad. Ser liberales de otra manera, no es ser liberales, sino mercaderes, ó habladores, ó tontos. Esto es lo que dicen todos los pueblos, todos los siglos, todos los hombres.

Sea cual fuere la fama que me reserve mi país, nadie puede negarme la gloria de haber sido el primero que ha tenido valor para decir al mundo: «hemos nacido para el bien: ¡fuera el mal!»⁹²

Más allá de la reiteración de la fórmula *realizar el bien de todos dentro del derecho de todos*, repetida en muchos textos suyos del Sexenio, sorprende la mezcla de ingenuidad y desproporcionada arrogancia que desprende la afirmación final. La simpleza del discurso es obvia, pero las interpelaciones a los demócratas desde esta narrativa antimonárquica están dotadas de una considerable fuerza expresiva:

⁹² *Ibid.*, pp. 85-86. En la introducción dice que escribió esos apuntes en la Alcarria: «Las escribimos casi muriéndonos, en horas de profunda tribulación; de manera que no pensábamos escribir un pequeño libro filosófico, sino un testamento» (p. 7). A la vista de los interrogantes que plantea en el texto, referidos a la *ley que comprenda todas las leyes* y a al *principio único de la Creación*, se puede relacionar este texto con un trabajo suyo de juventud titulado *El universo es una grande idea y una grande palabra*. El texto es referido en diferentes semblanzas, a partir de *Los diputados pintados por sus hechos*. Uno de los epígrafes de *Teoría del infierno* incluye exactamente esa fórmula en su inicio (p. 61), aunque también la incluyó al final de *Generación de ideas* (1853). Todas estas circunstancias, unidas a la simpleza de buena parte de los razonamientos, pueden sugerir que tomó los antiguos apuntes de juventud y los amplió durante su exilio en Portugal, al que alude en alguna ocasión en el texto. Acerca de este texto, ver ESCOT MANGAS, Sergio: «Roque Barcia: Teoría del infierno o ley de la vida», en AGENJO BULLÓN, Xavier, ORDEN JIMÉNEZ, Rafael V. y JIMÉNEZ GARCÍA, Antonio (coords.): *Nuevos estudios sobre historia del pensamiento español. Actas de las V Jornadas de Hispanismo Filosófico*, Madrid, Fundación Ignacio Larramendi-Asociación de Hispanismo Filosófico, 2005, pp. 273-292.

«Demócratas, hombres, ¿quereis ser el demonio? ¿Quereis ser el infierno? ¿Comprendereis ahora que no tengo necesidad de deciros que soy demócrata republicano? ¿Comprendereis ahora que no tengo necesidad de deciros que no soy demócrata realista? ¡Cómo! ¿Hemos de ser demócratas, hijos del pueblo, amantes del pueblo, para ser idólatras de la mágica persa? ¿Hemos de ser demócratas para adorar la divinidad del infierno gentil? ¿Hemos de ser demócratas para adorar esa blasfemia que dividió la naturaleza de Dios y del hombre, y que inventó la sangre encarnada y la sangre azul [...]?»⁹³

Este tipo de discurso, anclado en la exaltación de valores morales en términos absolutos pero poco preciso políticamente, tiene la virtud de ofrecer una explicación extremadamente simple –pero radicalmente antagónica– de las luchas políticas que se escenifican en la esfera pública y de interpelar al sentimiento religioso en la toma de posiciones políticas. Pero además, la propuesta de Barcia encierra un propósito final que remite a una promesa de transformación de los hombres:

«Para vivir *bien*; es preciso ser *bueno*.
Para vivir *bien*, es preciso ser justo.
Para vivir bien en la humanidad, es preciso ser libres.
Eso es lo que busco para todos. Eso es lo que quiero.
Quiero que el hombre sea hombre, no rico injusto, ni noble holgazán, ni ladrón, ni asesino, ni esclavo, ni déspota, ni traidor, ni espía.
Busco que el hombre vuelva á la humanidad, ó que la humanidad vuelva al hombre.
Busco verdad, virtud y justicia para todos, porque con la injusticia, con la mentira y con el vicio, no les puedo proporcionar el *bien*, que es la ley del mundo»⁹⁴

Y es precisamente en esa regeneración del hombre, en la toma de conciencia de su *verdad* y su *naturaleza*, donde reside la verdadera revolución: «[l]a revolución nos conduce a la humanidad»⁹⁵. Con todo, se puede decir que el discurso de Barcia acerca de la democracia sitúa al público al que interpela en un marco narrativo que remite a una particular lectura religiosa de la historia de la humanidad, orientada a la dignificación del hombre. Por un lado, las verdades de la *nueva escuela* se insertan en una narrativa cristiana que no sólo era perfectamente conocida por el público, sino que remitía a un elemento consustancial de la cultura española. Este factor podía inducir a una recepción positiva de las *nuevas ideas* no sólo entre los republicanos, sino también

⁹³ BARCIA MARTÍ, Roque: *El evangelio...*, p. 63.

⁹⁴ Ibid. p. 37.

⁹⁵ BARCIA MARTÍ, Roque: *Conversaciones...*, p. 52.

entre sectores neutrales o no movilizados políticamente con anterioridad a las agitaciones de 1868. Por otro lado, la promesa de una dignificación del hombre en clave redentora dotaba a su relato de un objetivo que generaba sensación de propósito –o agencia– y que podía tener un efecto emocionante entre ciertos sectores populares, aspecto este fundamental para la construcción de identidades sociales y políticas⁹⁶.

Si bien se puede considerar que el discurso de Barcia se enmarca en una narrativa del mejoramiento más, de las muchas que circulaban en la esfera pública del Sexenio, podemos preguntarnos también por las claves de su enorme éxito. Las opiniones de sus coetáneos ofrecen una primera aproximación al tema. Todos, ya fueran amigos o detractores, coinciden en señalar la originalidad, rareza o extravagancia de su estilo, entre la agresividad y el sentimentalismo, entre la sublimidad y el ridículo⁹⁷. Era lo que le distinguía y lo que, según la prensa de la época, había logrado «entusiasmar [...] á las masas republicanas»⁹⁸. Su discípulo Rodríguez Solís se refería a ello en sus memorias, explicando las razones de su particular estilo:

«Se tachó su estilo, por algunos, de ampuloso y exagerado, por repetir en demasía –decían– ideas y frases.

Era un estilo que él se había formado, quizás por dirigirse la mayoría de las veces a un público poco ilustrado, a quien era preciso atraer y convencer, repitiendo los conceptos y las palabras. Después de todo, era un estilo suyo, que él, repito, se había creado, y que no le impidió ser claro y diáfano en cuantos escritos lo juzgó necesario»⁹⁹

⁹⁶ Patrick Joyce, en su estudio sobre los sujetos democráticos de mediados del siglo XIX en Inglaterra, señala que para el trabajador Edwin Waugh la dignidad reside en ser *humano*, condición que centra en el corazón y no en el intelecto. Es de destacar también que el sufrimiento y el conflicto eran las fuentes principales de su identidad, tanto en el plano material como en el moral. Las referencias al sufrimiento, la enfermedad y el sepulcro están muy presentes en su diario. Por otra parte, en las narrativas demócratas que analiza también son centrales las categorías religiosas y la idea de que hay que practicar el bien. JOYCE, Patrick: *Democratic subjects...*; FINELLI, Pietro, FRUCI, Gian Luca y GALIMI, Valeria: “Introduzione. La ricezione del discorso politico: scatola nera o poliedro «multifaccia»?”, en FINELLI, Pietro, FRUCI, Gian Luca y GALIMI, Valeria (coords.): *Parole in azione...*, pp. X.

⁹⁷ VERA Y GONZÁLEZ, Enrique: *Pi y Margall y la política contemporánea*, tomo 2, Barcelona, Tipografía La Academia de Evaristo Ullastres, 1886, p. 613, n.; GRIMALDI, Ambrosio: *Emilio Castelar. Semblanza moral, intelectual y política*, Madrid, Est. Tipográfico de R. Vicente, 1869, p. VII; DE CUÉLLAR, F. y BURELL, Julio: *Antología de las Cortes Constituyentes de 1869 y 1870*, tomo III, Madrid, Talleres Tipográficos de La Mañana, 1913, pp. 171-172; SEGOVIA, Ángel María: *Figuras y figurones. Biografías de los hombres que más figuran actualmente así en la política como en las armas, ciencias, arte, magistratura, alta banca, etc.*, tomo XX, Madrid, Imp. de Figuras y Figurones, 1881, pp. 6-9.

⁹⁸ *El Imparcial*, 28 de enero de 1870, p. 1.

⁹⁹ RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Memorias...*, p. 143. El periodista Modesto Sánchez Ortiz aseguraba que el mismo Barcia le había contado que formó su estilo por contraposición al de Castelar. Ponía en su boca las siguientes palabras: «Uno de los odios más grandes de mi alma, añadió, ha sido el que he sentido

Atraer y convencer, de eso se trataba. Barcia había referido en multitud de ocasiones que hablaba a la conciencia de los hombres, para que el espíritu de tolerancia anidara en sus corazones y aprendieran a amar sus doctrinas, es decir, los principios de la democracia. Pero es en la introducción a *Teoría del infierno* –uno de los libros que tanto condenaba Hevia– donde ofrece una explicación acerca de su particular manera de exponer su pensamiento:

«Lo que intentamos es ofrecer imágenes, presentar emblemas que nos den la noción del *razonamiento divino*: una noción clara. [...] En esta introducción manifestaremos el pensamiento de estos apuntes, á fin de que el lector se familiarice con ciertas ideas, y vaya cobrando cariño a estas humildes páginas. [...]

También notarán los lectores que nos valemos de comparaciones, de ejemplos y de imágenes, para reflejar la verdad oculta de lo que queremos decir. Esto es necesario, porque sin tal procedimiento no podríamos hacer sentir ninguna idea, y hay ideas que no se pueden dar á conocer, sino que es preciso hacerlas sentir. Aquí hemos de hacer lo que aquel que se vale de muchos vidrios para reflejar muchos colores. El que no ve un color, ve otro, y lo que se quiere es que vea uno. Luego que vea uno, él buscará todos los demás. [...]

También observará el lector que repetimos ciertas expresiones y ciertas ideas. No le importe tampoco, y siga adelante. Repetimos esas ideas y esas expresiones con toda intención, porque el literato tiene que hacer en muchas ocasiones lo que hace el músico. A veces conviene repetir los temas para que formen armonía en nuestra memoria»¹⁰⁰

El recurso a las repeticiones, comparaciones e imágenes tiene un objetivo fundamental: hacer sentir las ideas. El planteamiento viene a subrayar un elemento omnipresente en la obra de Barcia, pero transversal a todo el republicanismo, como es la apelación al sentimiento como herramienta cognoscitiva. Interesa subrayar este aspecto ahora porque, en el contexto de enorme agitación propagandística del Sexenio y de crecimiento exponencial de las bases federales, permite abrir una vía de aproximación a las formas de recepción de los discursos políticos, pero también a las diferentes maneras de generar vínculos de identidad en el marco de una cultura política como la republicana. Así pues, si bien la perspectiva analítica predominante en las ciencias sociales ha descuidado el estudio de lo emocional, ya que se consideraba que la

por Castelar. Era un odio mezclado de desprecio. Inspirado por este odio, formé mi estilo. En frente de aquellos párrafos seváticos de Castelar, yo me reduje a escribir (en mi periódico "La Justicia Federal" está la prueba) la oración escueta de sujeto, verbo y complemento». En SÁNCHEZ ORTIZ, Modesto: "Testimonios de un ochentón", *El Imparcial*, 1 de marzo de 1933, p. 3.

¹⁰⁰ BARCIA MARTÍ, Roque: *Teoría del infierno o la ley de la vida*, Madrid, Imp. Manuel Galiano, 1868, pp. 7-8.

moderna y secularizada esfera política se regía por la razón, la consideración del sentimiento como motor de adhesión política puede ayudarnos a comprender las variadas formas en las que los individuos y los grupos se identifican políticamente¹⁰¹.

Como ya se ha adelantado, la apelación al sentimiento como forma intuitiva de acceso al conocimiento constituye un aspecto recurrente en la cultura política republicana. Las dudas e incertidumbres en torno al grado de interiorización o de comprensión de los principios doctrinales por parte de las *masas federales* ya eran cuestión de dominio público en la época, si bien Nicolás Estévez las atajaba con un argumento muy significativo para lo que aquí interesa:

«Alguno de éstos [novelistas], en su odio al federalismo, dice que las masas federales no sabían lo que era la federación. Lo dice y lo repite hasta la saciedad. Tal vez no lo supieran; *si lo sentían*, no era preciso pedir más. A las masas católicas nadie les niega su catolicismo; sin embargo, no están compuestas de teólogos capaces de comprender y explicar sus dogmas y sus misterios, que ellas no entienden (ni tampoco yo)»¹⁰²

No se trataba tanto de conocer el trasfondo teórico de la doctrina como de articular un marco de referencias políticas que generasen adhesión de manera eficaz, aunque fuese de forma intuitiva y un tanto difusa. A la luz de las palabras de Estévez, podemos pensar en el papel que desempeña la emoción como herramienta para la articulación identitaria. No deja de ser significativo que compare la forma de adhesión de las masas al federalismo con la religión, una esfera que desde las tesis sociológicas clásicas se ha pensado vinculada a los sentimientos privados y, por lo tanto, diferenciada del racional ámbito político¹⁰³.

¹⁰¹ MEES, Ludger: “Emociones en política. Conceptos, debates y perspectivas analíticas”, en GALEOTE, Géraldine, LLOMBART, Maria y OSTOLAZA, Maitane (eds.): *Emociones e identidad nacional: Cataluña y el País Vasco en perspectiva comparada*, París, Éditions Hispaniques, 2015, pp. 25-45. Los trabajos de referencia sobre la historia de las emociones y sus diferentes conceptualizaciones: STEARNS, Peter y STEARNS, Carol: “Emotionology: Clarifying the history of emotions and emotional standards”, *American Historical Review*, 90 (1985), pp. 813-836; REDDY, William M.: *The navigation of feeling. A framework for the history of emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001; ROSENWEIN, Barbara H.: *Emotional communities in the early Middle Ages*, Ithaca-Nueva York, Cornell University Press, 2006. Aportaciones recientes para el caso español DELGADO, Luisa Elena, FERNÁNDEZ, Pura y LABANYI, Jo (eds.): *La cultura de las emociones y las emociones en la cultura española contemporánea (siglos XVIII-XXI)*, Madrid, Cátedra, 2018; BOLUFER, Mónica, BLUTRACH, Carolina y GOMIS, Juan (eds.): *Educación los sentimientos y las costumbres*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014.

¹⁰² ESTÉVEZ, Nicolás: *Mis memorias*, Madrid, Tebas, 1975, pp. 248-249. La cursiva es mía.

¹⁰³ CASANOVA, José: *Religiones públicas en el mundo moderno*, Madrid, PPC, 2000.

Sin embargo, la expresión de la pertenencia a la comunidad política en términos de afecto y sensibilidad es frecuente entre los republicanos. El mismo Estévanez recordaba «la emoción profunda de un liberal» que leía una hoja clandestina revolucionaria en los prolegómenos de *La Gloriosa*; el «delirio» popular y el abrazo que le dio entre sollozos el tipógrafo Vicente Álvarez, al oírse el grito de «¡Viva la libertad!» que saludó al triunfo revolucionario en Madrid; cómo había sentido «[l]as emociones más hondas que [se] pueden producir en alma humana [...] al escuchar la réplica de Castelar a Manterola, [...] al oír las notas de la Marsellesa»¹⁰⁴. Por su parte, Rodríguez Solís hablaba de su «entrada en la vida política» el día que asistió por primera vez a una reunión del partido demócrata en 1865, motivado por el hecho de que «sentía y amaba esas doctrinas», lo que le llevaba a considerarse un «verdadero republicano». El «amor a un ideal político y patriótico», pero también el «amor al prójimo», son invocados constantemente por Rispa y Perpiñá como motor de identificación y de acción política republicana¹⁰⁵. Las reiteradas referencias de Barcia, en fin, a «las verdades que se sienten» o al «juicio adivinador» que supone el sentir nos hablan, precisamente, del sentimiento como herramienta cognoscitiva. En este sentido se expresaba también Castelar cuando decía que «Yo he nacido para dirigirme á los débiles [...]; á los ignorantes [...]; á los oprimidos, que poco dispuestos para entender la ciencia, entienden siempre la voz del sentimiento»¹⁰⁶. El sentir era, en el universo filosófico republicano, una cualidad inherente al hombre que derivaba de su propia naturaleza imprescriptible. Desde la perspectiva de una cultura política volcada en la educación de las masas no instruidas, el lenguaje de los afectos y de las emociones alcanzaba a todo el mundo.

Esta manera de pensar el mundo político desde la sensibilidad tiene que ver con la pervivencia de «importantes elementos del optimismo sentimental ilustrado», una mirada que aún en época postrevolucionaria seguía entendiendo los buenos sentimientos como guía moral¹⁰⁷. Como ha señalado Xavier Andreu, la herencia de la «cultura de la

¹⁰⁴ ESTÉVANEZ, Nicolás: *Mis memorias...*, pp. 145, 158 y 85.

¹⁰⁵ RISPA Y PERPIÑÁ, Francisco: *Cincuenta años de conspirador (memorias político-revolucionarias) 1853-1903*, Barcelona, Librería Vilella, 1932, pp. 177, 181 y 199.

¹⁰⁶ CASTELAR, Emilio: *La fórmula del progreso*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de J. Casas y Díaz, 1858, p. 4.

¹⁰⁷ María Sierra ha propuesto que esta pervivencia ilustrada constituye, precisamente, uno de los límites con los que chocó la construcción de la sentimentalidad burguesa postrevolucionaria romántico-liberal, entendida como régimen afectivo-político-sexual que reordenaba los significados socialmente construidos de la diferencia sexual. En SIERRA, María: «Entre emociones y política: la historia cruzada de la

sensibilidad» dieciochesca estaba muy presente entre los demócratas de mediados del XIX. Desde la concepción del hombre como ser emocional, la sentimentalidad constituía una herramienta necesaria para la construcción del vínculo social y político. En este marco intelectual, además, la misma noción de virtud política republicana exigía la puesta en marcha de una determinada forma de sensibilidad, orientada al bien común. No se podía sentir de cualquier manera: había que sentir bien, por lo que era necesario inspirar en el pueblo los sentimientos que orientasen una correcta moral. La educación del sentimiento, en este sentido, se configura como un eje esencial del programa republicano¹⁰⁸. Este es un planteamiento que se observa claramente en la filosofía política de Barcia, como ya se vio, orientada a la transformación de las conciencias:

«[l]a república es el sistema que más necesita de buenas costumbres, de buenos sentimientos, de hábitos de trabajo, de hábitos de virtud [...] en la verdadera república se gobierna con libertad, con justicia, con pensamiento y con amor. [...] Para que un pueblo sea feliz, no basta que sea rico, ni floreciente, ni poderoso, ni tampoco sábio: es indispensable que sea bueno»¹⁰⁹

En cualquier caso, si bien la emotividad es un elemento común en los discursos republicanos, adquiere una entidad particular en los textos de Barcia, tanto en su exhibición a través de imágenes y figuras discursivas como en su prescripción como fundamento de la virtud cívica y del vínculo comunitario. El amor –o la caridad, en su dimensión social–, que Barcia entiende como expresión sentimental del bien, ocupa un lugar muy destacado en sus argumentos. El amor es en principio un sentimiento privado, patrimonio de la familia, pero su vinculación con la fraternidad como principio rector de las sociedades hace que se proyecte como virtud pública. Sin él no es posible

virilidad romántica”, *Rúbrica Contemporánea*, vol. 4, 7 (2015), pp. 11-25. Ver también ID: *Género y emociones en el romanticismo. El teatro de Bretón de los Herreros*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013.

¹⁰⁸ ANDREU MIRALLES, Xavier: “Nación, emoción y fantasía. La España melodramática de Ayguals de Izco”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V Historia Contemporánea*, 29 (2017), pp. 65-92 y “Tambores de guerra y lágrimas de emoción. Nación y masculinidad en el primer republicanismo”, en BOSCH, Aurora y SAZ, Ismael (eds.): *Izquierdas y derechas ante el espejo. Culturas políticas en conflicto*, Valencia, Tirant Humanidades, 2016, pp. 91-118.

¹⁰⁹ BARCIA MARTÍ, Roque: *Confesiones*, Madrid, Viuda e Hijos de M. Álvarez, 1872, pp. 6-7. Otro propagandista federal de gran popularidad, Fernando Garrido, se expresaba en términos parecidos cuando afirmaba en *La república federal universal* que la democracia aspiraba a «la realización de un ideal de justicia, de amor y Libertad». Un libro que, por cierto, había tenido un enorme éxito y que se editaba por séptima vez en 1869. La cita en GARRIDO, Fernando: *La república democrática federal universal. Nociones elementales de los principios democráticos, dedicadas a las clases productoras*, 7ª ed., Barcelona, Est. Tipográfico-Editorial de Manero, 1869 [1ª ed.: Lérida, 1855], p. 11.

construir un verdadero vínculo fraternal que sostenga el edificio social democrático, lo que le lleva a asegurar que «la revolución es un universal amor al prójimo»:

«La idea convencida nos trae un sentimiento, como el sentimiento experimentado nos trae una idea. [...]

He aquí el modo de crear a un pueblo: hacer que conozca y que ame una verdad, una virtud y una justicia que tiene por nombre *naturaleza humana*; hacer que conozca y que ame a la humanidad; hacer que el hijo conozca a su madre.

Luego que la conozca, él la amará.

Entonces será un pueblo perfecto, porque será un pueblo humano, que es lo que los pueblos deben ser. Luego que el pueblo se conoce y se siente; luego que se comprende y se ama, la organización está hecha, porque para esta organización bastaría un grito, una mirada, un gesto.

Preparado un pueblo de este modo; organizado bajo el régimen de un sentimiento y de una idea; unido por la eterna fraternidad de un pensamiento y de un amor, ¿qué necesita hacer para llevar a cabo sus revoluciones? [...] Esa unidad de idea y de cariño; esa asociación de familia; esa fraternidad de convencimiento y de propósito, es la revolución: la verdadera revolución humana, la verdadera revolución moral»¹¹⁰.

No concibe el propagandista que, una vez conocida la verdad por los hombres, estos puedan rechazarla: «es imposible no amar la verdad». La revolución, «la suprema emancipación de los hombres», es inspirar amor a la verdad divina, es enseñar amor «para que el hermano no mate al hermano [...] ¿Para qué la sangre, cuando podemos gobernar por el amor?». En la imaginación de Barcia, la revolución democrática deviene un acto de redención por el amor: la última revolución de la historia, asegura, es la caridad¹¹¹. Desde esta perspectiva, la figura del revolucionario deviene un Cristo redentor que se eleva por encima de los hombres de acción y se funde con la figura del propagandista, es decir, con él mismo: «[e]l revolucionario, el revolucionario verdadero, el profeta social que adivina y conquista un pueblo mejor, es el héroe, es el mártir, es el apóstol de la libertad de sus semejantes»¹¹²:

¹¹⁰ BARCIA MARTÍ, Roque: *Confesiones...*, p. 63.

¹¹¹ *Ibid.*, pp. 46-67. La revolución como *gran caridad* también en BARCIA MARTÍ, Roque: *El evangelio...*, pp. 40 y 44. El argumento que desarrolla Barcia es coherente con su idea de un Estado exiguo, hasta el punto de hacer desaparecer su función coercitiva y, en consecuencia, su razón de ser. Es un planteamiento que, como otros que se han visto —la idea de soberanía individual, si bien ambigua—, bordea el anarquismo.

¹¹² BARCIA MARTÍ, Roque: *Conversaciones...*, p. 52.

«El oficio de enseñar humanidad al hombre: el oficio de enseñar al hombre a ser hombre, es muy alto, muy grande, muy noble, muy glorioso; pero ¡se necesita tanta fe, tanto ánimo, tanto olvido del mundo y de sí mismo! ¡Se necesita tanta paciencia, tanta constancia, tanto trabajo y tanto amor! ¡Hay que sufrir tantos dolores, tantos desengaños, tantas apostasías, tantas crueldades, tantas afrentas, tantos insultos!»¹¹³

Este último aspecto, la exhibición pública de sus dolores y emociones, entra en contacto con otra dimensión de esa herencia dieciochesca de la cultura de la sensibilidad que se ha referido, como es la consideración del sentimiento como manifestación de una bondad natural y universal. Y, en esto, la capacidad –e inclinación– de Barcia para compartir sus emociones con el público redunda, en mi opinión, en la eficacia de su construcción como *evangelista del pueblo* en la esfera pública. Desde luego, era una imagen que reunía las cualidades del magisterio y del sacerdocio que había reclamado para sí desde los inicios de su carrera como escritor de pensamiento. Se han ido viendo muchos ejemplos de su sentimentalidad desbordada, pero se puede aportar alguna que viene a reforzar el argumento aquí trazado y que pone en escena su figura mediante imágenes fuertemente emotivas. Es lo que vemos cuando apela al amor como principio transformador de los hombres y sustancia del vínculo social, lo que inspira también su propia labor como profeta social:

«No somos nosotros los que escribimos estos apuntes, estos anuncios de mejor vida, estos mensajes sacrosantos del porvenir. Los escribe un amor que no tiene límites; un amor que abraza a las criaturas que no han nacido; un amor que se llama esperanza. ¡Salud, generaciones venideras! Nosotros somos venturosos, presagiando vuestra ventura. ¡Nada temáis! La vida es como Dios; y Dios es eterno»¹¹⁴

Finalmente, vale la pena referir un pasaje de *Teoría del infierno*, quizás de los más impactantes en el sentido que venimos comentando, en el que se presenta ante el público como un hombre al borde de la muerte. No es la primera vez que dice estar muy enfermo o escribir «como quien hace un testamento»¹¹⁵, pero en esta ocasión llega a asegurar que escribe los apuntes para que se publiquen tras su muerte:

¹¹³ *Ibid.* pp. 59-60.

¹¹⁴ *Ibid.* pp. 11-12.

¹¹⁵ “Cuatro palabras”, en BARCIA MARTÍ, Roque: *Cuestión pontificia*, Madrid, Imp. de Tomás Núñez Amor, 1855.

«Siento que mi alma se enfria, lo siento y lo conozco, y quiero dejar en unas cuantas páginas lo poco que aprendí, lo poco que sé, lo poco que adivino acerca de los grandes arcanos de la vida; pero digo mal: no son muchos arcanos. No es mas que uno, así como uno es el Universo, y una es la redondez, y uno es Dios.

Me parece que escribo desde la sepultura; creo sentir en mi frente ese aire sutil y misterioso que orea las cenizas del muerto; me figuro que el mundo no puede ya juzgarme, y por eso digo las cosas con una ingenuidad tan absoluta. Si un cadáver pensara, y pudiera decir lo que piensa, no lo diría positivamente con mas rudeza, ni con mas altivez. [...]

Quizá la semilla que aquí siembro no nazca hoy; pero muero seguro de que algún día nacerá. No faltará entonces un buen alma que diga: “¡pobre hombre! ¡Lo escarnecieron, lo violentaron, y ahora encontramos que tenia razón!”. Dios se lo pague á quien tenga esta caridad con mi desdichada memoria.

He escrito estos apuntes con la intención de que se publicasen después de mi muerte, y algo supremo debe haber en estas pobres páginas. He querido llevar mi pequeño grano de arena á la obra de todos, no inspirar odio alguno ni contra personas, ni contra clases. Si tengo enemigos, declaro aquí que los perdono en nombre de Dios y de la humanidad»¹¹⁶

Es de notar que perdona a sus enemigos pero no pide perdón a aquellos a los que haya podido ofender. El efecto patético del pasaje, en todo caso, es incuestionable. La imagen de hombre moribundo que dice la verdad y que perdona a sus enemigos tiene una fuerza emotiva evidente, vinculada además a esa calidad de hombre sabio, pero incomprendido, perseguido y vituperado, que tanto reclama para sí. Pero más allá de la veracidad o no de este tipo de manifestaciones, que pueden ponerse en duda, interesa destacar que Barcia vincula los buenos sentimientos que pueden movilizar este tipo de imágenes –compasión, piedad, empatía– con la aceptación de sus doctrinas. De hecho, en alguna ocasión se justifica reconociendo que las inserta con toda la intención «porque es necesario que inspiremos cariño al lector»¹¹⁷. Es el efecto imaginado de su discurso, una reacción emocional positiva que genere amor por sus ideas. En 1870, por ejemplo, refería el amor que le unía a la ciudad de Alcoy porque, a pesar de que nunca había estado en ella, había visto nacer y crecer al partido republicano de aquella ciudad «quizá al calor de mi fe inagotable, tal vez bajo el germen de mi humilde idea, acaso entre los vaticinios de mi ardorosa profecía, entre los himnos de mi conciencia, entre las plegarias de mi corazon»¹¹⁸. A la hora de construir su ámbito de dominio desde la propaganda, su capacidad para constituirse como *evangelista del pueblo* de forma

¹¹⁶ BARCIA MARTÍ, Roque: *Teoría del infierno...*, pp. 3 y 5.

¹¹⁷ *Ibid.* p. 62.

¹¹⁸ Suplemento al nº 43 de *La Federación Española*, 24 de febrero de 1870, p. 1.

creíble no es ajena a la exhibición de un sentimentalismo exaltado, que podía ser leído como signo de bondad natural. Cabe preguntarse, en relación con esto, acerca del vínculo emocional que podía establecer el público con determinadas figuras políticas y qué papel podía desempeñar el sentimiento en la formación de identidades –y lealtades– políticas.

No es fácil valorar la reacción emocional de los lectores al discurso bíblico y apasionado de Barcia, ni qué relación podía tener eso con el grado de aceptación de sus doctrinas políticas, aunque se puede apuntar algún testimonio sugerente a partir de la correspondencia que le enviaban. El 30 de diciembre de 1870, la revista *La Federación Española* publicaba una carta dirigida a Barcia por José P. Márquez. Era un joven obrero del campo natural de Linares, que se había visto obligado a trasladarse a trabajar a Real de la Jara –en Sevilla– a causa de «los feroces usureros, tiranos, hipócritas y fariseos». Explicaba que hacía pocos días había leído las *Luces en el aire* de Barcia, un texto feroz contra Amadeo I en el que el autor simulaba una carta de la antigua Emperatriz de Méjico –viuda de Maximiliano I– a la esposa del rey de España. La advertencia que subyace al texto es evidente, dramatizada por Barcia mediante un relato extremadamente emotivo en el que se entrelaza el dolor de la viuda, la culpa y la locura. La impresión que había causado este texto al obrero era profunda: «[...] no pude menos que echarme... á llorar, y gritar lleno de gozo y entusiasmo, ¡¡¡Viva el segundo Jesucristo!!! El héroe del siglo XIX, que predica las mismas doctrinas que el mártir del Ghólgota». La relación emocional establecida con el autor por vía de sus textos es evidente, además de la identificación de Barcia con la figura del Cristo redentor.

En la misma página, otro testimonio viene a profundizar en esta impresión. José Gómez y Gordillo, de Medina de las Torres, manifiesta su adhesión a *La Federación Española* porque no hay ninguna otra publicación «que sepa conmover tanto los corazones [...]. El día que la recibo es para mí de fiesta, de placer, de alegría. La espero con ansia, y beso repetidamente sus líneas». Pero, sobre todo, el remitente expresa el profundo sentimiento que le ata al autor de esos conmovedores escritos:

«Quizá diga una barbaridad, amigo Bárcia; pero yo lo siento, yo lo concibo: yo siento alimentar en mí ese sentimiento poderoso: “amo mucho á mis padres, mas este amor, este cariño, este afecto intenso, este entrañal y ardiente frenesí, puesto en parangón con la afección inmensísima que por Vd., sin conocerle mas que por sus escritos, profeso, quedaría pálido, insuficiente. ¡Sí, mil veces sí! [...] y... perdonenme mis padres, así lo concibo, lo amo á Vd. más que á ellos»

José Gómez se extiende hablando de la universal lucha contra la tiranía, en un tono ciertamente apocalíptico y plagado de lápidas, muerte, sangre chorreante, mártires, corazones transidos por el dolor, horrores, llanto, amargura... La retórica, desde luego, reproduce el estilo de Barcia, y así lo manifiesta también el apasionado joven federal:

«Vd. [Barcia] es el primer hombre (para mí) que ha sabido llenar el vacío, la necesidad que en lo más recóndito del corazón yo sentía de explicar mis sentimientos, de hallar quien los estereotipara cual los concebía, y encontrar quien [...], los hiciese experimentar y sintiese esa fé tan grande [...] que trasmite á su bien cortada pluma»

Acaba dirigiéndose a los «[e]spanoles, republicanos federales», a los que exhorta a demostrar también su amor por ese gran propagandista.

También encontramos el caso de Josefa Sedó y Barnich, «una mujer jornalera y sin estudio» de Reus. En junio de 1869 se dirigía a Roque Barcia, en una carta que fue publicada al final del folleto anticlerical *Cartilla religiosa* que el autor dio a la imprenta ese mismo año. Josefa explica la emoción que les ha causado a ella y a su marido la lectura de *El evangelio del pueblo* y de *La teoría del infierno*. La jornalera dice haber sentido la necesidad de felicitarle, «[t]raspasados nuestros corazones por la pureza de vuestros escritos, los cuales han quedado impresos en nuestro corazón con letras de fuego». El sentimiento se proyecta, como en los casos anteriores, sobre el artífice de esa conmoción emocional:

«vuestras doctrinas son inmortales como las de Jesucristo, porque sois un segundo Jesucristo, sin duda un segundo Dios. Vos buscáis el bien de toda criatura como Él; vos queréis la igualdad entre todos los hombres, como hizo Dios; teneis las mismas ideas; propagáis las mismas doctrinas; combatis con sus enemigos [...] ¡Oh! Si España tuviera unos cuantos hombres como vos...»

La felicitación se extiende a la madre y a la esposa del propagandista que, según piensa la jornalera, deben ser muy dichosas por causa de él. Concluye manifestando que

«[y]o también soy muy dichosa con mi esposo, el cual tiene las ideas tan santas como las vuestras, y ambos queremos ser vuestros amigos y correligionarios». El compromiso de Josefa Sedó con la causa republicana fue firme y activo, o al menos eso se desprende de otra carta que publicó el 3 de febrero de 1871 en *La Federación Española*. En esta ocasión no se dirigía a su admirado Barcia, sino «A los electores republicanos», en el contexto de la cercanía de las elecciones a Cortes de ese año. En un momento tan trascendente, Josefa —que estaba excluida como mujer del derecho al voto— se dirige a los federales para que asistan a las urnas y voten en conciencia republicana: «Hermanos míos: Se acercan los momentos solemnes de dar la prueba más grata de amor á la patria». Lamenta los engaños que han sufrido por parte de «hombres desleales» que no cumplieron las promesas de sus candidaturas y llama a los republicanos a la movilización electoral para que elijan «hombres justos, hombres dignos»:

«Me diréis que la mayoría del pueblo se compone de obreros, muchos sin trabajo, y que estáis tristes y fastidiados; pues bien: yo soy obrera, sufro como vosotros, y si consiguiera el sagrado derecho del hombre, iría á dar mi voto, aunque estuviere enferma. Esto no os arredre: al mártir, cuanto más le aumentan el martirio, más grande, más inmensa, más decisiva es su fé. ¡No os ocupéis en dudas! Conviene que se salve un pueblo desgraciado, y depende de vosotros ¡Salvadle, hijos del pueblo, salvadlo! ¡Adelante! ¡Todos compactos á las urnas!»¹¹⁹

Los testimonios referidos nos hablan de diferentes reacciones emocionales al discurso republicano de Barcia y su potencial capacidad para generar identidad desde el sentimiento, especialmente en torno a algunas imágenes y figuras dotadas de una alta carga emotiva, como puede ser la narrativa cristiana del martirio. Muchos años después, aún se recordaba en algún periódico republicano «los calificativos de honrado, virtuoso, apóstol, mártir, Cristo, que á cada paso le aplicaban» a Barcia y «aquel sentimentalismo necio que tanto contribuyó á perturbar el sentido político del pueblo»¹²⁰. Más allá del juicio que encierra la sentencia, elaborado *a posteriori* a la luz de la dinámica política

¹¹⁹ El hecho de que, como en este caso, jornaleras sin estudios y sin derecho al voto mandaran este tipo de misivas podría plantear dudas acerca de la fiabilidad de los testimonios, si bien los estudios de Oriol Luján para Cataluña ya muestran el grado de implicación política de los sectores populares progresistas, excluidos del sufragio, durante la época moderada. Tanto hombres sin derechos políticos como mujeres contribuían, en este ámbito, a configurar las listas progresistas c. 1850. Cuando los moderados prohibieron este tipo de reuniones, los progresistas optaron por el retraimiento. En cualquier caso, las cartas referidas remiten a una situación de escritura subrogada. LUJÁN, Oriol: *Ni tan apáticos ni tan subordinados: la politización electoral durante la Década Moderada (1846-1854): el caso de los distritos catalanes*, Lleida, Milenio, 2018.

¹²⁰ *El Motín*, 17 de enero de 1881, p.1.

federal del Sexenio y su abrupta cancelación, interesa destacar la cierta eficacia y capacidad de arrastre popular de un perfil de liderazgo *carismático* como el de Barcia en ese contexto. Un aspecto que contrasta, sin embargo, con el escaso peso político que se le concedía en el seno del partido en Madrid. Podía ser muy buen propagandista, pero su extraño comportamiento y sus salidas de tono causaban malestar entre las figuras destacadas que dirigían el republicanismo. Según explicaba Vera, Barcia pensaba que no ocupaba en el partido el lugar que merecía¹²¹.

Transigir es ralear

Una vez clausurada la vía constituyente con la proclamación de la Constitución de 1869, el problema de la construcción de la república federal pasó a ocupar el espacio central de los debates en el seno del republicanismo. La diferencia de apreciaciones en cuanto a cómo llevar los principios a su aplicación práctica jalonó de rupturas el difícil proceso de búsqueda de soluciones al problema. No se trataba sólo de resolver la aplicación de la doctrina a una arquitectura política viable, sino también de dilucidar cuestiones de conducta que podían abrir o cerrar oportunidades políticas. El contexto, desde luego, era complejo e incierto. El excepcional régimen de vida político que suponía una monarquía sin rey, agravado por las dificultades de Prim para encontrar una candidatura adecuada al trono, indujo a una primera división entre los que optaban por la vía insurreccional –Pierrad, Joarizti, Paul y Angulo– y los que confiaban en la vía legal para el establecimiento de la república –Pi y Margall, Castelar, Figueras–¹²². Pero la frustración y la decepción por los resultados de la vía parlamentaria ya habían cristalizado en iniciativas que miraban a la realización práctica. Los Pactos Federales del verano de 1869, si bien buscaban organizar el partido, también suponían una propuesta pragmática de realización republicana desde las provincias –en buena lógica federal– que trascendía los cauces parlamentarios. Es de destacar que la forma en la que se llevaron a cabo los Pactos Federales ya señalaba otro de los aspectos que caracterizó la dinámica política de los republicanos desde el verano de 1869, como era el gran dinamismo y movilización de las provincias frente al mayor inmovilismo de los líderes del partido en Madrid. Es un aspecto que se vio muy claro en la frustrada insurrección federal de septiembre-octubre de 1869, a raíz de la prohibición de manifestaciones

¹²¹ VERA GONZÁLEZ, Enrique: *Pi y Margall...*, p. 305

¹²² ESTÉVANEZ, Nicolás: *Mis memorias...*, p. 186.

republicanas por parte de Sagasta. La agitación en las provincias fue enorme –y siguió siéndolo durante todo el Sexenio–, pero el Pacto Nacional no desempeñó ningún papel efectivo en el levantamiento. En apariencia, Castelar, Figueras y Orense dieron órdenes y contraórdenes, que introdujeron más confusión que otra cosa, pero sin un mandato expreso del partido¹²³.

En cualquier caso, parece que los Pactos Federales no resultaron demasiado eficaces y dieron paso, a principios de 1870, a una organización más adecuada para el debate y la definición de las líneas doctrinales y estratégicas a seguir por el partido. La nueva organización se concretaba en un órgano deliberativo –la Asamblea federal– y otro ejecutivo –el Directorio–, además de los correspondientes comités provinciales, locales y de distrito. La Asamblea estaba formada por representantes de cada provincia, mientras que el Directorio era elegido por la Asamblea¹²⁴. Roque Barcia asistió como representante electo por Canarias a la I Asamblea federal, que se celebró en Madrid en el mes de marzo de 1870 bajo la presidencia de Pi y Margall. Los acuerdos, suscritos por unanimidad de los asistentes, fijaban tanto los principios como la conducta a seguir por el partido¹²⁵. En primer lugar, reafirmaban el principio federativo –rechazando explícitamente la república unitaria– y aprobaban la organización adoptada siguiendo ese principio, ya que pensaban que la buena articulación del partido ayudaría a un hipotético establecimiento de la república:

«Esta organización, tan completa como sencilla, puede, si se la ejecuta con tino y sentido práctico, ser el ensayo y aun el modelo de la futura federación española [...] de manera que al advenimiento de la República federal no haya mas que hacer extensivo al cuerpo de los ciudadanos todos la organización del partido republicano»¹²⁶

¹²³ SERRANO GARCÍA, Rafael: “La Primera República: el reto no cumplido de construir un Estado federal en España”, en BERAMENDI, Justo y VEIGA, Xosé Ramón (eds.): *Poder y territorio en la España del siglo XIX. De las Cortes de Cádiz a la Restauración*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2014, pp. 260-261; MARTÍNEZ LÓPEZ, Fernando: “Los modelos federales en la España de 1820 a 1873”, en *ibid.*, pp. 233-234; HENNESSY, C.A.M.: *La República Federal en España. Pi y Margall y el movimiento republicano federal, 1868-1874*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2010, pp. 117-135. Una interesante reflexión acerca de la insurrección de 1869 desde una perspectiva que tiene en cuenta tanto las experiencias locales como las herencias del insurreccionalismo de época isabelina y las transformaciones sociales, en GARCÍA BALAÑA, Albert: “Significados de la República: insurrecciones federales, redes milicianas y conflictos laborales en la Cataluña de 1869”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 213-243.

¹²⁴ PÉREZ ROLDÁN, Carmen: *El Partido Republicano...*, pp. 37-38.

¹²⁵ *La Igualdad*, 2 de abril de 1870, pp. 1-2.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 1.

Nada decían de cómo se realizaría ese *advenimiento*, pero se declaraban «un partido de orden que aspira á ir ganado por el convencimiento la opinión pública». El partido se decidió en ese momento por la vía legalista, aunque no descartaban la opción insurreccional en el caso de que el gobierno infringiera la ley o utilizara la fuerza¹²⁷. El punto que resultó más polémico fue el triunfo de las tesis pactistas pimargallianas, por las que se establecía que «el Estado, la provincia y el pueblo son tres entidades igualmente autónomas, enlazadas por pactos sinalagmáticos y concretos». Cerca de un mes después apareció, sin previo aviso, la conocida *Declaración de la prensa*, un texto de inspiración krausista que constituía un claro ataque contra la interpretación federal pactista adoptada por la Asamblea. La *Declaración* causó gran revuelo y, aunque fue desautorizada por el Directorio, serían las tesis que acabarían inspirando los proyectos constitucionales *oficiales* del partido: el de Salmerón y Chao (1872) y el de Castelar en la Constituyente federal (1873)¹²⁸.

En este contexto, tras la celebración de la I Asamblea, vieron la luz varias propuestas de articulación de la futura república. Una de las primeras en aparecer fue el proyecto constitucional de Roque Barcia, publicado en octubre de 1870 coincidiendo con su acceso a la dirección de la revista *La Federación Española*, en sustitución de Enrique Rodríguez Solís. Hay que decir que el episodio, bastante oscuro, causó extrañeza y malestar en el partido republicano¹²⁹. En cualquier caso, su decisión de

¹²⁷ Este planteamiento vuelve a poner de manifiesto la vinculación de los federales con la tradición del liberalismo radical del Trienio Liberal en torno al pueblo vigilante en relación con la interpretación inmatematista del artículo 373 de la Constitución de Cádiz. ROMEO MATEO, María Cruz: *Entre el orden y la revolución*, Alicante, Instituto de Cultura “Juan Gil Abert”, 1993, pp.137-148; PALACIOS CEREALES, Diego: “Ejercer derechos: reivindicación, petición y conflicto”, en ROMEO MATEO, María Cruz y SIERRA, María: *La España liberal 1833-1874*, Madrid, Marcial Pons, 2014, pp. 253-285; ROCA VERNET, Jordi: “¿Hubo republicanos en el Trienio Liberal? Historia, moral y federalismo en el discurso republicano del primer liberalismo (1)”, *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), 156 (2012), pp. 85-123.

¹²⁸ La declaración estaba firmada por los directores de *La Discusión*, *El Pueblo*, *Gil Blas*, *La Igualdad*, *La República Ibérica* y *El Sufragio Universal*. Un análisis en CAGIAO Y CONDE, Jorge: *Tres maneras de entender el federalismo: Pi y Margall, Salmerón y Almirall. La teoría de la federación en la España del siglo XIX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014, pp. 143-150. Sobre los distintos conceptos de federación, MIGUEL GONZÁLEZ, Román: “El concepto de federalismo en la democracia republicana española del siglo XIX”, en ARIAS CASTAÑÓN, Eloy (coord.): *¡Viva la República Federal!: Andalucía y el republicanismo federal*, Sevilla, Fundación Centro de Estudios Andaluces, 2017, pp. 83-96.

¹²⁹ Lo refiere Rodríguez Solís en sus memorias. Había fundado la revista junto a su amigo José María Faquinetto, sobrino de Barcia, y el impresor Luis Álvarez. La revista funcionaba bien pero parece que, andado un tiempo, sus socios le pusieron en la disyuntiva de dejar la dirección a Barcia o cerrar la revista. Rodríguez Solís cedió y mandó una circular a los suscriptores diciendo que dejaba la dirección por hallarse enfermo, y esta misma versión ofreció Barcia en su texto de presentación como director de la revista. Sin embargo, no le preguntó nada, ni habló con él: «Lo cierto es que tomó la dirección de la

escribir una Constitución –según se deduce de la declaración que la acompaña, escrita en un lenguaje bastante críptico– no es ajena a la reciente proclamación de la III República Francesa en el marco de finales de la Guerra Franco-Prusiana. Siempre había pensado que la república española sólo sería posible en el seno de un movimiento de dimensiones latinas, por lo que intuía que algo iba a suceder –«[u]n acontecimiento viene: no sé cuál es. No sé si es una hora de pesadumbre ó de alegría, de derrota ó de triunfo»– pero recomendaba calma y previsión. No deja de ser significativa la conducta a seguir que prescribe, en el caso de que se proclamase la república:

«Cuando se proclame la República en España, sea quien fuere el que la proclame, aunque sea el Gobierno, el partido federal español debe constituirse en Junta en todos los pueblos en que tenga fuerza para hacerlo, publicando inmediatamente, en uso de un derecho legal, la Constitución de nuestro dogma, así en el Municipio, como en la Provincia, como en el Estado, como en la Nación.

La Constitución nacional deberá promulgarse por medio de una Junta ó Directorio federal, que se reúna en cualquier paraje, aunque fuere en un caserío ó en el fondo de un bosque. El objeto es que España vea de qué se trata, y para que lo vea, es indispensable que tenga noticia del pacto republicano federativo»¹³⁰

Al fin y al cabo, lo que propone es proclamar una Constitución sin proceso constituyente. En el contexto de finales de 1870, con el trono todavía vacante, se podía incluso pensar en una proclamación de la república como salida de compromiso por parte del gobierno de Prim¹³¹. Desde luego, la secuencia que propone bebe de la tradición juntista española, con la particularidad de que las juntas que invoca sólo están compuestas por federales. En cualquier caso, es para ayudar en «este importantísimo trabajo de la revolución que ha de salvar á nuestro desgraciado país» por lo que escribe su proyecto, que en realidad son cuatro Constituciones: una municipal, otra provincial, otra cantonal y otra federal, lo que a su juicio presenta «la verdadera idea republicana democrática, en los cuatro organismos que la realizan». En un tono nada extraño en él, dice admitir que se trata de un trabajo modesto, pero también añade: «A pesar de todo,

revista sin preguntarme nada. Resolución que mucho me extrañó, y me dolió». En RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Memorias...*, p. 132 y ss. La cita en p. 135.

¹³⁰ “Al Partido Republicano Federal Español”, *La Federación Española*, 19 de octubre de 1870.

¹³¹ Nicolás Estévanez asegura que se llegó a tratar el tema en un Consejo de Ministros, tras el fin de la Guerra Franco-Prusiana, aunque «ninguno de los ministros sentía por ella el más mínimo entusiasmo». El que más se opuso a la solución republicana fue, según dice, Manuel Ruiz Zorrilla. En ESTÉVANEZ, Nicolás: *Mis memorias...*, p. 202.

tengo un consuelo y una gloria: el consuelo de que España oirá lo que nunca ha oído: la gloria de que soy el primero que lo hago»¹³².

Como ya se ha apuntado, el proyecto se concreta en cuatro Constituciones que definen cuatro ámbitos de soberanía: municipal, provincial, cantonal y nacional¹³³. El esquema no es nuevo, aunque sí lo es su propuesta de diferentes constituciones para cada uno de los ámbitos que articula. Se trata, sin duda, de su particular interpretación del *pacto*, un enlace de tipo jurídico-político que siempre había entendido en términos constitucionales. Es de señalar que, si bien la lógica del sistema implica una construcción ascendente del poder político, del municipio a la nación, su exposición transita justo el camino contrario. Empieza por la Constitución federal y acaba en la municipal, lo que introduce algo de confusión expositiva en algunos puntos, pero también señala de manera clara el límite nacional de sus propuestas federales¹³⁴.

En cuanto a la Constitución federal, hay que decir que el sujeto de soberanía lo constituyen «los ciudadanos del pueblo español, independiente, libre y soberano para constituirse y gobernarse»¹³⁵. La formulación no deja de ser ambigua, ya que parece introducir la soberanía del individuo –en la línea de Pi y Margall–, pero en realidad también parece atribuir la soberanía a un sujeto único: el pueblo español. Las incoherencias son frecuentes en este sentido, ya que se refiere además a «las provincias que constituyen la presente Confederación» y no, en todo caso, a los *pueblos* que deberían constituir tal Confederación, además de pasar por alto los Estados o Cantones –utiliza ambos de manera indistinta–¹³⁶. En cualquier caso, el articulado supone una

¹³² Al Partido Republicano Federal Español”, *La Federación Española*, 19 de octubre de 1870.

¹³³ BARCIA MARTÍ, Roque: *Constitución federal, Cantonal, Provincial y Municipal. La revolución por dentro, o sea, la república federal explicada por ella misma*, Madrid, Imp. de la Viuda e Hijos de M. Álvarez, 1870.

¹³⁴ Barcia piensa la federación desde la experiencia unitaria del Estado-nación ya constituido. Jorge Cagiao ha subrayado que esta manera de pensar la federación rige tanto las tesis pactistas de Pi y Margall como las krausistas de Salmerón o Chao. No sería así en otras visiones de la federación, como la de Almirall, que piensa la federación como unión de diferentes Pueblos o Estados. En CAGIAO Y CONDE, Jorge: *Tres maneras de entender...*, pp. 229-244. Florencia Peyrou también ha señalado que los federales españoles del siglo XIX no pensaban en una pluralidad de pueblos españoles, sino en un solo pueblo que pudiera constituirse políticamente. En PEYROU TUBERT, Florencia: “Los orígenes del federalismo en España: del liberalismo al republicanismo, 1808-1868”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V*, 22 (2010), pp. 257-278.

¹³⁵ BARCIA MARTÍ, Roque: *Constitución federal...*, s.p.

¹³⁶ La alusión a la *confederación* que hace Barcia es problemática con el aparente soberanismo que subyace a la propuesta, si bien ya se ha referido la inconsistencia de sus planteamientos en este sentido. Es muy probable que su utilización poco consecuente del concepto *confederación* se deba a que toma buena parte del articulado de la constitución suiza.

adaptación al caso español de la Constitución de Suiza de 1848, con alguna adición de la Constitución de Estados Unidos. De manera destacada, toma literalmente de la Constitución suiza la organización institucional de los poderes del Estado. El legislativo recae en la Asamblea federal, organismo bicameral compuesto por el Consejo Nacional y el Consejo de los Estados. El primero está compuesto por dos diputados de cada provincia confederada, elegidos por sufragio universal masculino; el segundo está formado también por dos diputados de cada provincia, pero lo elige el Gran Consejo –el órgano legislativo– de cada uno de los Cantones. En la Asamblea federal «reside la Soberanía de la República española». Por su parte, el ejecutivo recae en un Consejo Federal, formado por cinco miembros elegidos por la Asamblea; los propios miembros del Consejo Federal eligen a su presidente entre ellos. Finalmente, el judicial recae en un Tribunal Federal.

En segundo lugar, la Constitución cantonal va precedida por una “Declaración de los Estados” por la que estos manifiestan unirse por su «libre voluntad y en virtud de propio derecho». Los Estados que forman la Confederación son Cataluña; Andalucía; Aragón; Castilla; Valencia, Alicante y Murcia; Extremadura y la Mancha; Galicia y Asturias; Cantabria; Canarias; Baleares; Cuba y Puerto Rico y, finalmente, Filipinas. A diferencia de la Constitución federal, esta presenta una declaración de derechos individuales y políticos, no sujetos a ninguna limitación. Los poderes públicos están constituidos, en primer lugar, por un Consejo General soberano formado por los electores: «El cuerpo electoral, obrando colectivamente, constituye el Consejo general, único verdadero poder del Estado, en el cual reside la soberanía»¹³⁷. Este Consejo General de electores nombra tanto al Gran Consejo –legislativo– como al Consejo de Estado –ejecutivo– por sufragio universal masculino. Este último también está compuesto por cinco miembros, quienes eligen a su presidente. Los magistrados del poder judicial, por su parte, son elegidos por el Gran Consejo y se establece el juicio por jurados para toda clase de delitos.

Pero más allá de la articulación política, vale la pena referir que la Constitución cantonal prevé un proyecto de transformación social por medio de la extensión de la propiedad y el crédito. Su primer artículo establece que «Todos los bienes llamados de la Iglesia, los del Estado realista y los de la antigua Corona que no se hayan incorporado

¹³⁷ *Ibid.* p. 42.

á la Hacienda pública, son de la exclusiva propiedad de los Estados donde radiquen». Sólo podía gestionarlos el ejecutivo de cada Cantón, que debía enajenar todos los que se pudiera por pequeños lotes. El producto de las ventas se tenía que destinar a la fundación de Bancos agrícolas, industriales y comerciales en todas las capitales de provincia, con objeto de desarrollar la riqueza desamortizada y «de ayudar á las sociedades cooperativas de obreros, redimiéndolas de la tiranía del capital»¹³⁸. En realidad, era una reforma que se encontraba ya en sus primeros textos políticos del Bienio. El que se opusiera a este proyecto «de redención, de caridad y de justicia debe ser expulsado de España como una fiera»¹³⁹. No deja de ser significativa la clara opción coercitiva que encierra el aserto, en contraste con sus llamadas al *gobierno por el amor* que se han visto con anterioridad. Es una muestra más de su manera de entender al pueblo, armonizado mediante la homogeneización de las voluntades.

Las Constituciones Provincial y Municipal son más breves y reproducen las instituciones ya conocidas en esos ámbitos. La soberanía de la provincia reside en «el conjunto de los ciudadanos que la forman», quienes eligen una Diputación y un Gobernador, pagado este último por la administración federal. Por su parte, la Constitución Municipal recoge una serie de derechos del hombre y de la familia que reproduce los consignados en la Constitución Cantonal. La soberanía de la localidad reside en «el pueblo que la forma», quien elige el Ayuntamiento, la Alcaldía y el Juez de Paz. Se puede añadir, para completar el panorama general, que el proyecto incluía una reforma del ejército –por medio de una milicia de enganche voluntario– y de la instrucción pública. Todos los ámbitos de soberanía se relacionan mediante los órganos legislativos, ya que tienen iniciativa en los del ámbito sucesivo superior, como si se tratara de un miembro más de ese cuerpo; es decir, los Ayuntamientos pueden presentar iniciativas legislativas a las Diputaciones provinciales, y así sucesivamente. Todos los cargos eran amovibles y únicamente podían ser ocupados por seglares, en todos los niveles, lo que refuerza la total separación de la Iglesia y el Estado. Además, todas las Constituciones debían estar en armonía con el Pacto federal –y las jerárquicamente

¹³⁸ En relación con la idea de la redención de los trabajadores respecto a la tiranía del capital mediante soluciones asociacionistas, muy presente también en el republicanismo de izquierdas francés, ver los trabajos clásicos de MOSS, Bernard H.: *The origins of the French labor movement, 1830-1914. The socialism of skilled workers*, Berkeley, University of California, 1976; BREUILLY, John: “Artisan economy, artisan politics, artisan ideology: the artisan contribution to the 19th century european labour movement”, en EMSLEY, Clive y WALVIN, James (eds.): *Artisans, peasants and proletarians, 1760-1860*, London-Sydney-Dover, Croom Helm, 1985, pp. 187-225.

¹³⁹ BARCIA MARTÍ, Roque: *Constitución federal...*, pp. 36-37.

superiores– y debían ser aprobadas mediante un plebiscito popular en su ámbito de soberanía. La Constitución Cantonal tenía que ser sometida, además, a aprobación de la Asamblea federal. Finalmente, las Constituciones eran revisables de manera parcial o en su totalidad.

Mediante esta arquitectura política, Roque Barcia pensaba que era posible hacer realidad lo que él denominaba «los Estados Unidos de España». A pesar de sus incoherencias y de algunos problemas, como la gestión estatal de todo lo desamortizado en perjuicio de los ayuntamientos, se trata de un proyecto de transformación social y política que pretende ser bastante pragmático. De hecho, toma el modelo del caso suizo, que llevaba tantos años funcionando. Con la polémica entre pactistas y antipactistas como telón de fondo, proyectos como el de Barcia proponían una salida práctica al problema de la construcción de la república. Es significativo, en estas circunstancias, que Barcia dirigiese su proyecto constitucional al partido republicano, de manera explícita, convencido de que debían estar preparados para una situación de cambio inminente. Quizás esperaba que el partido actuara en consecuencia y adoptara su proyecto, pero no fue así. En un contexto que Barcia entendía de urgencia, el partido también vio la necesidad de fijar los principios en un texto constitucional –además de para cerrar polémicas doctrinarias– pero encargó su redacción a una Comisión unos meses después, en mayo de 1871, en el marco de la II Asamblea federal. Es cierto que Barcia fue nombrado miembro de esa Comisión –tal vez por haber escrito ya un proyecto– junto a Pi y Margall, Eduardo Chao, Nicolás Salmerón, Ramón de Cala, Emilio Castelar, Joaquín Martín de Olías, Eustaquio Santos Manso y Francisco Díaz Quintero. También fue elegido miembro del Directorio federal –máximo órgano del partido– con Pi, Orense, Castelar, Víctor Pruneda, Fermín Salvochea y Adolfo Joarizti. Sin embargo, no pudo asistir a las sesiones ni incorporarse a la Comisión redactora porque, en ese momento, se encontraba detenido en las Prisiones Militares de San Francisco, como sospechoso en el asesinato del general Prim. Había sido muy crítico con el marqués de los Castillejos, en su habitual estilo, llegando en alguna ocasión a escribir: «¡Cuántas veces hubiera sido necesario fusilarlo á el [a Prim], en cumplimiento de las leyes sagradas de la conciencia!»¹⁴⁰.

¹⁴⁰ “Luces en el aire”, *La Federación Española*, 25 de noviembre de 1870, p. 206.

El episodio fue muy controvertido, ya que Barcia había sido elegido diputado por Alcoy en las elecciones de marzo de 1871 y fue detenido apenas unos días después de conocerse el resultado. El asunto dio lugar a largos debates en las Cortes y a varios artículos de Barcia, escritos desde la cárcel en un tono entre desafiante y patético¹⁴¹. Destacan los dirigidos “A los señores diputados”, en el que rechaza las acusaciones que se le hacen, y también los que dirige personalmente a Cristino Martos y a Romero Girón¹⁴². Las referencias a su martirio y a su inminente fallecimiento son constantes en esas páginas, aunque alcanza tintes realmente brutales en su misiva a Martos quien, según dice, había resuelto que Barcia muriese en prisión. Tras recordarle los días que compartieron en Lisboa, le dirige unas palabras muy duras que se extienden a los miembros de la Comisión que resolvieron autorizar su enjuiciamiento:

«¡Martos! ¡Martos! ¿No tiembla Vd.?
 Pero no, no quiero que tiemble; no quiero que vacile; no quiero, en fin, que se apiade.
 Pudiera esperar algo de un Pontífice.
 Pudiera esperar algo de un rey.
 Pudiera esperar de un avaro, de un noble, de un déspota.
 No espero nada de un plebeyo endiosado.
 No hay tiranía más dura; no hay crueldad más ciega; no hay víbora más sorda, que una plebe hinchada.
 Mi cuerpo será acaso dentro de poco un pedazo de carne fría.
 ¡Bárbaros! comed carne enferma.
 ¡Hombres crueles, corazones baldíos, eriales del mundo, almas secas, que no comprendéis la sacrosanta religión de los dolores, comed carne helada!
 Y después de comer carne enferma, llamáos demócratas y cristianos»¹⁴³

¹⁴¹ Barcia fue detenido el 13 de marzo de 1871. Se acababan de saber los resultados de las elecciones generales celebradas el 8 de marzo, en las que fue elegido diputado por Alcoy, pero aún no se habían abierto las Cortes. Esto dio lugar a una larga disputa acerca de si se le podía considerar diputado o no, ya que en el momento de su detención no se había aprobado su acta aún, que no fue aceptada hasta el 25 de mayo. Los federales adujeron que su detención respondía, en aquellas circunstancias, a causas políticas. Se formó una Comisión para estudiar si las Cortes debían dar permiso para que fuera juzgado, y se dictaminó que sí. *DSC*, 25 de mayo de 1871, pp. 1174 y 1183; *DSC*, Apéndice 2º del 9 de junio de 1871.

¹⁴² *La Federación Española*, 28 de mayo de 1871, 4 de junio de 1871 y 18 de junio de 1871, respectivamente. Su defensa, en *La Federación Española*, 26 de junio de 1871. También dirige a su hijo una poesía desde la cárcel: «Ven, yo te quiero besar, / Aunque á mi suerte no cuadre. / ¡Ay de mí! Juez que no es padre / No debiera sentenciar. / Tú inflamas mi corazón / Con un santo desvarío: / Por tu recuerdo, hijo mio, / No muero en esta prisión. [...] Di tú (como digo yo) / Al que no ve mi camino: / Mi padre no es asesino; / Mártir, sí; asesino, no». En *La Federación Española*, 1 de abril de 1871, p. 357.

¹⁴³ *La Federación Española*, 4 de junio de 1871, p. 431.

De nada sirvieron sus alegatos desde prisión. Finalmente fue puesto en libertad a mediados de agosto por falta de pruebas, pero no se incorporó a la Comisión redactora de la constitución federal¹⁴⁴.

El asesinato de Prim y la llegada de Amadeo de Saboya a principios de enero de 1871 supusieron el cierre de la etapa constituyente, pero también un punto de inflexión fundamental en la dinámica política del Sexenio. El giro conservador de los gobiernos unionistas de Serrano y constitucionalistas de Sagasta se orientó hacia el mantenimiento del orden público y la contención de la radicalidad democrática que había alumbrado la revolución desde los últimos meses de 1868. Esta deriva se encuadraba en una reacción más amplia, de ámbito europeo, a raíz de los acontecimientos de la Comuna de París en la primavera de 1871, aunque en España ya se venía manifestando desde, al menos, la insurrección federal de 1869¹⁴⁵. El fraude electoral en las generales de febrero de 1871, de mano de Sagasta, la prohibición de la Internacional o la política de contención contra los federales –quienes consolidaban su poder local en las elecciones municipales– se enmarcan en esa reacción conservadora que buscaba rebajar el contenido democrático de la revolución. Las tensiones que generó esta dinámica llevaron a la disgregación del progresismo, ya que los radicales de Ruiz Zorrilla también se veían obstruidos por los conservadores. Desde 1871, incluso, fue creciendo el republicanismo entre las filas radicales, si bien desde una lectura unitaria y de orden cercana al modelo que sería la III República francesa¹⁴⁶.

Para los republicanos, la proclamación de Amadeo cerraba una posible puerta para la instauración de la república por vías legales. La agitación propagandística contra

¹⁴⁴ No faltaron las muestras de apoyo de sus lectores. Eusebio Aguilera, de Deusto, quien condenaba a los «gobiernos inquisitoriales, hombres espúreos, hombres do poca fé, hombres sin conciencia, hombres sin creencias, [...] hombres malvados; gobiernos farsantes, gobiernos humanicidas» que condenaban a Barcia, víctima de sus «evangélicas palabras» y sus «predicaciones». Le mandaba consuelo porque «el mártir del Góigotá, el mártir en quien sus falsos acusadores no pudieron encontrar falta ni delito alguno, fue también colocado y crucificado entre dos ladrones». En *La Federación Española*, 25 de marzo de 1871, pp. 352-353. En los días posteriores a su liberación, *La Federación Española* publica multitud de telegramas de felicitación. Algunos están firmados por mujeres, como Petra Palma (Ayamonte), Pastora Jiménez (San Ildefonso), María Martínez de González (Murcia) o Josefa Sedó de Pruneda (Reus).

¹⁴⁵ Un estudio sobre el impacto de la Comuna de París en el contexto de la España de 1871, a partir del caso de Barcelona, en GARCÍA BALAÑA, Albert: “Bajo la sombra de la Comuna: sindicalismo y republicanismo en la Barcelona de 1871”, *Historia Contemporánea*, 53 (2016), pp. 491-520.

¹⁴⁶ HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo: *Manuel Ruiz Zorrilla...*, pp. 191-273; VILCHES, Jorge: *Progreso y libertad. El partido progresista en la revolución liberal española*, Madrid, Alianza, 2001, pp. 147-217. Para la figura de Sagasta, ver MILAN GARCÍA, José Ramón: *Sagasta o el arte de hacer política*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

el duque de Aosta fue extraordinaria. Según Estévanez, «se apasionó la prensa como nunca» contra el futuro rey, siendo especialmente intensa la campaña de *El Combate*¹⁴⁷. Barcia también le dedicó algunos folletos y artículos en *La Federación Española* que llegaban a ser francamente despiadados. Los argumentos que esgrimía eran tres: era un extranjero, por lo que no podía tomar cargo público según el artículo 27 de la Constitución, la figura del monarca era incompatible con la soberanía nacional y no había sido refrendado por plebiscito popular. A partir de ahí, sus textos estaban plagados de imágenes que vinculaban a Amadeo con los tiranos extranjeros que postraron la patria –«Y Castilla, que no sabe nada, reclina la frente y dice llorando: OTRO EXTRANGERO FUE EL DE LA HORCA DE VILLALAR: OTRO SOLDADO FUE EL QUE MATÓ MIS COMUNIDADES»¹⁴⁸– y, sobre todo, con la figura del emperador Maximiliano I:

«Sabe que viene á devorarnos con la guerra civil; sabe que viene á presenciar un sacrificio; sabe que el sacrificio puede llegar al trono; sabe perfectamente (SE LE HA DICHO TRES VECES) que puede ser víctima; sabe que pasa los Pirineos como Maximiliano pasó el mar; sabe que viene á este desgraciado pais como Maximiliano fué á Méjico, y acepta»¹⁴⁹

El tono amenazante y la reiteración de argumentos son una constante en sus escritos sobre el tema, pero su éxito era enorme¹⁵⁰. Sus artículos eran reimpresos y se tiraban en hojas sueltas por todas partes. Tanto era así que la revista publicaba advertencias sobre el tema: «España está inundada de los escritos de *La Federación Española*; todo el mundo gana con nuestro periódico»¹⁵¹. Todo ello contribuyó a crear un clima hostil contra el rey Amadeo, quien gozaba de poco apoyo: «al ser elegido no era más que un príncipe sin ventura, compadecido por unos, aborrecido por otros, fatalmente condenado a la impopularidad y la impotencia»¹⁵².

¹⁴⁷ ESTÉVANEZ, Nicolás: *Mis memorias...*, p. 204.

¹⁴⁸ BARCIA MARTÍ, Roque: *Manifiesto a la nación*, Madrid, Imp. de la Viuda e Hijos de M. Álvarez, 1870, p. 7.

¹⁴⁹ *Ibid.* p. 11.

¹⁵⁰ Ver en especial “Luces en el aire”, *La Federación Española*, 25 de noviembre de 1870, pp. 205-208; “Carta de una amiga á María Victoria Enriqueta, duquesa de Aosta, reina electa de España”, *La Federación Española*, 2 de diciembre de 1870, pp. 211-215; “¡Cinco veces rey o cinco reyes!”, *La Federación Española*, 17 de diciembre de 1870, pp. 227-228; BARCIA MARTÍ, Roque: *Manifiesto a la nación...*

¹⁵¹ “Advertencias”, *La Federación Española*, 7 de enero de 1871, p. 251.

¹⁵² ESTÉVANEZ, Nicolás: *Mis memorias...*, p. 204.

En estas circunstancias, los líderes federales acordaron, en una reunión en casa de Pi y Margall, «no hacer resistencia y confiar en el fracaso de la nueva dinastía»¹⁵³. Era una opción, aunque incierta, para el establecimiento de la república. Pero, entre el triunfo de la solución amadeísta al trono y el giro conservador del régimen, los defensores de las vías legales iban perdiendo autoridad y prestigio. El Directorio del partido, en una circular de agosto de 1871 firmada por Pi, Castelar y Barcia, rechazaba de plano cualquier iniciativa armada y consideraba que no había acabado aún el tiempo de la propaganda. Pero la agitación era enorme en las provincias y las posturas *intransigentes* iban ganando apoyo a marchas forzadas, frente a la actitud *benevolente* que el partido había adoptado ante el gobierno radical de Ruiz Zorrilla¹⁵⁴. Si la polémica por la cuestión pactista ya había sido agria, el grado de tensión alcanzado entre los que se reconocían como *benevolentes* e *intransigentes* en el marco de la III Asamblea federal, inaugurada el 25 de febrero de 1872, llevó al partido al borde de la disolución a finales de ese año. De hecho, la separación definitiva de los *intransigentes* respecto a la línea política adoptada oficialmente por el partido –legalista y parlamentaria– constituye un punto de inflexión fundamental para comprender la dinámica política que alimentó la ruptura cantonalista unos meses después.

La III Asamblea se desarrolló de forma intermitente a lo largo de 1872, en un contexto de creciente agitación política. Sagasta había convocado elecciones para abril y el debate giró en torno a si los federales debían retraerse o concurrir a la cita y, en caso de hacerlo, si debían presentarse en solitario o integrarse en la *coalición nacional* propuesta por los radicales, que incluía también a alfonsinos y carlistas¹⁵⁵. Las sesiones fueron tensas pero se decidió, finalmente, concurrir junto a la *coalición nacional*. Barcia se presentó a diputado por Alcoy, pero no asistió a la Asamblea hasta final de año, ya que se encontraba retirado en Gibraltar a causa de una enfermedad y por hallarse amenazado, según explicaba, por auto de prisión. Alguna razón más debía haber para su ausencia, porque protagonizó una polémica extraña que deja ver el malestar entre Barcia

¹⁵³ *Ibid.*

¹⁵⁴ *Ibid.*; “Directorio del Partido Republicano Federal. Circular”, *La Federación Española*, 13 de agosto de 1871, pp. 509-511; HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo: *Manuel Ruiz Zorrilla...*, p. 203.

¹⁵⁵ Esta alianza «*contra natura*» se fraguó para hacer frente a la reacción conservadora de la fusión entre sagastinos y unionistas. Era un pacto «defensivo y transitorio» pensado para repartir escaños entre las diferentes fuerzas políticas, si bien la colaboración entre ellas no fue nada fácil. En HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo: *Manuel Ruiz Zorrilla...*, pp. 237-240; VILCHES, Jorge: *Progreso y libertad...*, pp. 244-245.

y el partido. La pregunta de un representante acerca de su ausencia desató, precisamente, un conflicto que poco tenía que ver con lo que allí se debatía. El representante Mario Ponciano López se refirió a cierta cantidad de dinero que Barcia habría solicitado al partido para su subsistencia. El propagandista lo tomó como una afrenta inaceptable y ventiló el tema en la prensa. Anunció su decisión de abandonar el partido y de retirarse a Marruecos, renunciando a su candidatura de diputado por Alcoy y recomendando a los federales de esa localidad que votaran a Emilio Castelar en su lugar. El comunicado de Barcia alimentó las críticas contra el partido y generó gran malestar entre las filas federales. Los periódicos republicanos le reconvenían por su conducta, aunque también recibió alguna muestra de apoyo. La incomodidad que causó su salida de tono se agudizó porque, finalmente, ni fue a Marruecos ni abandonó la vida política, sino que volvió a Madrid a principios de julio de 1872. Incluso trató de recuperar su candidatura de diputado por Alcoy. A decir de Enrique Vera, su comportamiento se tomó como «una verdadera puerilidad, á todas luces indigna de un político serio»¹⁵⁶

Después de toda la polémica, Barcia llegó a Madrid en el momento en el que se reanudaban las sesiones de la III Asamblea, suspendidas desde el 1 de mayo. Y lo que encontró fue un partido totalmente dividido. Las elecciones de abril se vieron desautorizadas por el escándalo electoral de Sagasta, los carlistas habían optado por la vía insurreccional y los gobiernos se sucedían. La situación era crítica, pero el nuevo Directorio del partido había optado por una línea de conducta que «[viniera] á cerrar, por la práctica de nuestras ideas, el largo período de las revoluciones sangrientas»¹⁵⁷. Los *intransigentes*, desde luego, esperaban una actuación más contundente. La ruptura se produjo de manera definitiva cuando Amadeo nombró el gabinete radical de Ruiz Zorrilla a mediados de junio, ante el temor de que el Directorio mantuviese con él una política de expectación y benevolencia. Así lo recogía un comunicado remitido por un grupo de *intransigentes* a *La Igualdad*, el 28 de junio, en el que anunciaban su baja como socios del *Casino Ateneo Republicano* de Madrid, presidido por Pi y Margall. La razón era que se había votado en contra una proposición por la que se instaba al partido a no variar de conducta y a seguir «por el sendero revolucionario que su origen y

¹⁵⁶ VERA GONZÁLEZ, Enrique: *Pi y Margall...*, p. 305. La polémica se puede seguir en la prensa del momento, entre los meses de marzo y abril de 1872. *El Pensamiento Español*, 18 de marzo de 1872, p. 2.

¹⁵⁷ “El Directorio republicano federal a sus correligionarios”, *La Igualdad*, 14 de mayo de 1872, p. 1.

tradiciones le marcan». Parte de los firmantes convocaba, al mismo tiempo, a los «republicanos federales» a una reunión que se celebró en el teatro del Circo el 30 de junio «para tratar de la conducta que conviene seguir á nuestro partido en las actuales circunstancias [...] sin mistificaciones, benevolencia ni expectación»¹⁵⁸. Asistieron más de seis mil federales. Así las cosas, cuando la III Asamblea se volvió a reunir el 15 de julio, los *intransigentes* no concurrieron a ella, sino que optaron por celebrar una reunión paralela en la redacción de *El Combate*.

Ante esta situación, Barcia se apresuró a hacer lo que hacía siempre: recurrir a la imprenta. No tenemos noticia de que asistiera en esa época a las sesiones de la Asamblea ni a las reuniones *intransigentes*, pero mostró una actitud muy crítica con el partido en el folleto *Confesiones*, fechado en Madrid a 23 de julio de 1872. En él expone su particular lectura tanto del contexto político como de la crisis que atravesaba el partido, y también propone la solución necesaria para la «salvación de España». Su diagnóstico político es claro: si Amadeo mantiene a los radicales en el poder, «la sublevación militar es inevitable, y tenemos república unitaria»; si los despide, «los unionistas se harán alfonsinos y viene el golpe de los Borbones»¹⁵⁹. No baraja, en su planteamiento, la abdicación de Amadeo. A su juicio, sólo la intervención de los federales en la lucha podía conjurar una perspectiva tan poco halagüeña.

La solución que Barcia propone no se encuentra, sin embargo, ni en las urnas ni en las insurrecciones, sino en la organización federal. Por un lado, rechaza que los federales participen en esa «pantomima» que suponen las «elecciones con el sistema centralizador», refiriéndose a los cercanos comicios de agosto de 1872. Pero, a pesar de su defensa del retraimiento, y dada la decisión del partido de concurrir a la cita electoral, justifica su candidatura por razones pragmáticas y personales:

«Si el partido republicano acude á las urnas, deseo que un distrito me elija diputado á Cortes para no morir en un calabozo; pero entiendan mis electores que no pisaré nunca unas alfombras que deben quemarse: sí, deben quemarse públicamente para que no puedan manchar los piés de ningún sér humano»¹⁶⁰

¹⁵⁸ *La Igualdad*, 28 de junio de 1872, p. 3.

¹⁵⁹ BARCIA MARTÍ, Roque: *Confesiones...*, pp. 5-6.

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 8.

Efectivamente, dedicó buena parte de ese verano a realizar viajes políticos por las ciudades de la costa mediterránea, siendo elegido finalmente senador por Barcelona. Pero deja bien claro que ese no es el camino. En este punto es extremadamente crítico con los federales. Atribuye la nulidad en la que ha caído el partido, precisamente, a la falta de «espíritu federal» de los republicanos, y sentencia: «queremos ser republicanos, cuando no somos otra cosa que camarillas cortesanas, viejas y caducas [...] no somos más que caballeros de salón». Extiende esa falta de «espíritu federal» a los órganos del partido, fundamentalmente a la Asamblea, ya que asegura que casi todos los representantes viven en Madrid. Bien lo sabía él, que había sido representante a la Asamblea por Canarias, Baleares y Orense. Desde esta acusación interroga al partido: «¿Podemos descentralizar, acudiendo á la centralización? [...] ¿Podemos sistematizar á nuestro partido, procediendo contra nuestro sistema? [...] ¿Podremos ser nunca republicanos federales, contrariando los principios y el régimen de la república federal?». Su respuesta es invariable: no. Es por esta razón por la que propone que «en lugar de acudir á las urnas para enviar embajadores a la corte del rey; organicemos á nuestro partido»¹⁶¹.

Pero si para Barcia estaba claro que la república no llegaría mediante «pactos y ajustes» ni con la «magia del lenguaje», tampoco respalda a «esos hombres que hablan de la revolución como de una romería». No quiere «tumultos», «asonadas», «aventuras» ni «azares», porque cree que un fracaso en ese sentido llevaría directamente a la restauración borbónica. Barcia era un revolucionario, siempre había defendido esa vía, pero para él la revolución iba mucho más allá de las simples insurrecciones: la revolución era «fabricar un mundo nuevo»¹⁶². Y esa revolución sólo sería «decisiva» y «unánime» si brotaba de «un gran Parlamento federal, encarnación viva y palpitante de todos los distritos, [...] de toda la familia republicana»¹⁶³. Un Parlamento, claro está, federalmente constituido. Al contrario de lo que ocurría con la Asamblea *centralizadora* del partido, Barcia proponía la convocatoria de Consejos federales provinciales y de un Parlamento federal ubicado lejos de la corte, «en Valencia», el cual elegiría un Consejo federal nacional «encargado de gobernar á todo el pueblo republicano»¹⁶⁴. Cada distrito elegiría un representante, hijo de la localidad, para el Consejo provincial y otro para el

¹⁶¹ *Ibid.*, p. 8-10.

¹⁶² *Ibid.*, pp. 12-13.

¹⁶³ *Ibid.*, p. 10.

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. 9.

Parlamento. Eso es lo que debía hacer el partido si quería salvar la revolución republicana: o se organizaba, o vendría la tiranía borbónica.

En realidad, la organización que propone no estaba muy alejada de la que ya existía. Su insistencia en este punto y la interpelación directa al Directorio federal para que actuase en este sentido responde a la percepción de un peligro muy concreto que provenía, precisamente, de lo que Barcia llama «los republicanos de pensamiento». La distinción que establece es muy interesante para comprender cómo interpretaba la fractura que atravesaba a los republicanos y que enfrentaba a *intransigentes* y *benevolentes*. En su opinión, esos *republicanos de pensamiento* creían que la república unitaria sería un paso intermedio para alcanzar la federación sin trastornos. Barcia rechaza totalmente esa vía, y no ahorra en calificativos para expresar el trastorno que supondría el establecimiento de esa «república embustera, [...] esa estafa política», «una república de hombres desesperados y de hombres vendidos: una república de apóstatas». Finalmente sentencia: «una república unitaria en nuestro país no sería otra cosa que una nueva unión liberal: [...] un cementerio de cadáveres asquerosos, de muertos gangrenados». Frente a estos, se encuentran los republicanos que opinan que la única salvación es la república federal. Y es a partir de esa dicotomía unitarios-federales como Barcia comprende la división de los republicanos: «A los unitarios del porvenir se les llama *benévolos*. A los federales de ayer, de hoy y de mañana, se les da el nombre de *intransigentes*»¹⁶⁵. En este esquema, obviamente, Barcia se incluye entre estos últimos; no era, además, la primera vez que proclamaba su intransigencia con «todas las demás escuelas»¹⁶⁶, incluso antes de la *Revolución Gloriosa*:

«¡Intransigentes! Pues ¿qué hemos de ser? ¿qué quereis que seamos?
¿Cuándo se ha visto que un hombre de ciencia transija con la escuela contraria?
¿Cuándo se ha visto que la verdad transija con el error, que la virtud transija con el vicio, que la honradez transija con el dolo? [...] Pues nosotros no transigimos; aunque se hundiese el cielo; aunque se desplomase la tierra.
Transigir no es mas que ralea.
La transaccion es el principio del alejamiento, el principio de la apostasía»¹⁶⁷

¹⁶⁵ *Ibid.*, pp. 5 y 14.

¹⁶⁶ “Manifiesto democrático” en ALFARO, Manuel Ibo: *Historia de la interinidad...*, vol. 2, p. 385.

¹⁶⁷ BARCIA MARTÍ, Roque: *Confesiones...*, pp. 14-15.

La intransigencia en los principios era, para Barcia, virtud política. Esta actitud le lleva a vaticinar la futura traición de los *benévolo*s que, según su opinión, abrazarían el unitarismo. Es más, cree que «la revolución que algunos esperan» supondría el hundimiento del partido federal, «parte del cual se pasaría á la república unitaria»¹⁶⁸. Sin embargo, y a pesar de la vehemencia con que defiende unos principios que considera *absolutos*, su posicionamiento no deja de ser ambiguo. No aplaude la actitud de unos ni de otros y se sitúa «entre el insulto de los intransigentes y la duda terrible de los benévolos», mientras que reclama la necesaria organización federal. De hecho, excluye explícitamente al Directorio de sus advertencias contra los *benévolo*s y expresa su confianza en él, aunque también advierte de que «si pudiera llegar la hora en que debiera apartarme de ellos, lo haría con inmenso dolor; pero lo haría, porque para mí hay una idea sobre toda idea, la república federal»¹⁶⁹.

El folleto, que no aportaba en realidad nada de nuevo, venía a todas luces a mostrar su descontento con el partido y, sobre todo, una advertencia para el futuro. Aun así, Barcia asistió a las últimas sesiones de la III Asamblea, donde insinuó que quien no pensara como él no debía estar allí, lo que levantó algo de revuelo, pero se desdijo rápidamente. Reafirmó que era *intransigente* «en las ideas» y que tenía «espíritu revolucionario, pero no belicoso o guerrero, porque son cosas distintas»¹⁷⁰. Quizás por eso, Pi y Margall recordaba que Barcia había sido «benévolo antes del advenimiento de la República y á poco intransigente furibundo»¹⁷¹. Con todo, la crisis del partido no hizo más que agudizarse a lo largo del otoño, a raíz del rechazo explícito de la vía insurreccional por parte del Directorio, que justificaba su opción por la conducta legalista en el respeto que mostraba el gobierno radical a las libertades individuales y al sufragio universal masculino. Según apuntan Estévanez o Rispa y Perpiñá, parece que Pi y Castelar andaban en aquella época en negociaciones secretas con el *cimbrio* Rivero para proclamar la República pacíficamente. Ni siquiera algunos miembros del Directorio, como el futuro cantonal Contreras o Estévanez, tenían conocimiento de estos tratos. Estos últimos abandonaron el Directorio precisamente, optando por la vía insurreccional. Buena parte de los Comités federales tampoco entendieron la actitud del

¹⁶⁸ *Ibid.*, pp. 15-16.

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 17

¹⁷⁰ *La Igualdad*, 25 de noviembre de 1872, p. 1.

¹⁷¹ PI Y MARGALL, Francisco y PI Y ARSUAGA, Francisco: *Historia de España en el siglo XIX*, tomo V, Barcelona, Miguel Seguí (ed.), 1902, p. 388.

máximo órgano del partido, que fue muy criticada. Cuando se reanudaron las sesiones de la III Asamblea el 17 de noviembre, había insurrecciones federales en Andalucía, Extremadura, Cataluña, Valencia, Castilla y Aragón. Por su parte, Contreras había establecido un Directorio rival al margen del partido –el *Consejo Provisional de la Federación Española*– que apelaba a los *intransigentes* y que él mismo presidía¹⁷².

La situación era caótica en el partido. La opción de los *intransigentes* de organizarse por separado condenó a los órganos de decisión federales a la inoperancia; desde el verano, ni siquiera se pudieron celebrar algunas sesiones por falta de representantes y, cuando llegó febrero de 1873, tampoco había sido posible nombrar un Directorio¹⁷³. Hay que destacar que las actuaciones de los *intransigentes* desde mediados de 1872 prefiguran la práctica política observada por los agitadores del movimiento cantonal en la primavera y el verano de 1873. No es casualidad que, apenas un mes después de proclamada la República, los mismos federales que abandonaron la III Asamblea –Casalduero, García López, Altoaguirre, Galiana, Contreras– se organizaran en el *Centro Republicano Federal Español* e impulsaran la constitución del Comité de Salud Pública en junio de 1873. Pero era una fractura que atravesó al republicanismo a todos los niveles, con duros enfrentamientos en los espacios locales. En cualquier caso, la sima abierta entre *benevolentes* e *intransigentes* por la cuestión de conducta sembró una desconfianza que no hizo más que profundizarse tras la proclamación de la república¹⁷⁴.

La Constituyente que nada constituyó

La abdicación del rey Amadeo sorprendió a los federales en uno de sus peores momentos. Después de todo, la república llegó como una solución de compromiso ante el fracaso de la monarquía. Como dijo Castelar en aquella primera sesión de la Asamblea del 11 de febrero, el partido republicano no se podía arrogar la gloria de haber acabado con ella¹⁷⁵. Era una de las soluciones que se había barajado para el establecimiento de la federación por vías pacíficas, pero esta circunstancia también privaba a los federales de la legitimidad de origen que les hubiese podido otorgar un

¹⁷² PÉREZ ROLDÁN, Carmen: *El Partido Republicano...*, pp. 46-47.

¹⁷³ *Ibid.*, pp. 30-47.

¹⁷⁴ MONLLEÓ PERIS, Rosa: “Republicanos contra monárquicos...”, pp. 55-82

¹⁷⁵ DSC, 10 de febrero de 1873, p. 46.

hipotético triunfo revolucionario. Por el contrario, la forma en la que se proclamó la república, votada por una mayoría radical inclinada hacia una solución unitaria y conservadora a la francesa, condicionó de inicio las posibles vías de construcción de la federación¹⁷⁶. La decisión de los líderes parlamentarios de optar por una vía legalista y constituyente, sostenida con especial persistencia por Pi y Margall, no sólo marcaba un tiempo lento para la construcción del edificio político republicano, sino que introducía incertidumbre acerca de su resolución y contravenía la lógica política federal en cuanto a la construcción del Estado y del poder político en un movimiento ascendente desde los municipios. No era, desde luego, lo que esperaban las bases federales ni buena parte de los comités de las provincias. La escalada cantonalista que se diparó a partir del mes de junio de 1873 respondió en buena medida a la impaciencia de los *intransigentes* respecto a la lentitud del proceso que debía conducir a la república federal.

En los últimos años, Barcia había expuesto en varias ocasiones lo que se debía hacer cuando se proclamase la república, incluso si no llegaba por la vía insurreccional: formación de juntas y realización de la federación por la práctica, siguiendo un procedimiento como el que había propuesto en su proyecto constitucional. Sin embargo, en las circunstancias en que se había proclamado, no actuó en ese sentido. En su calidad de senador por Barcelona, se incorporó a la refundida Asamblea nacional el 10 de febrero de 1873 y respaldó la proposición de Pi y Margall, Salmerón y Figueras para que se proclamase la República «dejando á las Córtes Constituyentes la organizacion de esta forma de gobierno»¹⁷⁷. A pesar de su habitual belicosidad en el lenguaje y la radicalidad de las posiciones que exhibía en la esfera pública, asumió la vía legalista emprendida por los líderes del partido. La indefinición de la forma republicana y la inicial política de conciliación con los radicales, plasmada en los dos primeros gabinetes de Figueras, profundizaron el recelo de los *intransigentes*. La situación era tensa: los diputados *intransigentes* aumentaban la presión sobre el gabinete en la Asamblea, exigiendo reformas y la rápida convocatoria de las Constituyente, mientras que las provincias empezaban a agitarse. En estas circunstancias, Barcia se mostraba conciliador a finales de marzo, aconsejando a su partido «la paciencia y la confianza, pues no quedando establecida la república hasta que la sancionen las nuevas Córtes, toda exigencia de alteración en las leyes y en la administración es hoy

¹⁷⁶ SERRANO GARCÍA, Rafael: “La Primera República...”, pp. 265-267.

¹⁷⁷ DSC, 10 de febrero de 1873, p. 34.

estemporánea»¹⁷⁸. Se mantenía, por lo tanto, en el legalismo a la espera de la resolución del proceso constituyente.

Por aquellos días culminaba la organización del *Centro Republicano Federal Español*. De entre los muchos clubs federales que proliferaron en Madrid, fue el que hegemonizó la actividad *intransigente* y el que impulsó, a finales de junio, la formación del *Comité de Salud Pública* de Madrid bajo la presidencia de Barcia¹⁷⁹. Eso sucedería ya en plena escalada cantonal, pero no parece que Barcia tuviese en principio ninguna relación con el *Centro Republicano* ni que desempeñase ningún papel en su formación. Las reuniones preparatorias se celebraron a lo largo de todo el mes de marzo y quedó finalmente constituido el 30 de ese mes. Su manifiesto de presentación es indicativo de la manera que tenían de pensar su función y del eco jacobino que encerraba su actitud¹⁸⁰. Así, el *Centro Republicano* se erigía en intérprete de la opinión pública, hasta el extremo de afirmar que «todas las clases y partidos» consideraban precisa la revolución. Se presentaban además como «centinelas avanzados y vigilantes perpetuos de las instituciones democráticas republicanas» y, para lograr el fin revolucionario, se proponían trabajar por «el establecimiento inmediato de la federación republicana». Ese trabajo se concretaba, en principio, en labores de propaganda, pero también advertían al gobierno de su labor vigilante. Finalmente, declaraban que prestarían su apoyo y ayuda al «poder constituido ó á cualquiera otro que, compuesto de republicanos federales, marche decidido por el camino de las reformas y plantee y sostenga los principios que venimos proclamando»¹⁸¹.

La formulación, sostenida a su juicio en el «voto unánime» de la opinión pública, remite a esa idea de ejercicio sostenido de la soberanía que ya se vio entre los federales en el contexto de la anterior Constituyente. Entre los firmantes se encontraban Francisco García López, Francisco Casaldueiro y la práctica totalidad de los *intransigentes* que, en el verano de 1872, habían convocado las reuniones alternativas a la III Asamblea y que habían abandonado el *Casino Ateneo Republicano* de Madrid, dirigido por Pi y Margall. Ninguno de ellos era diputado en ese momento, pero buena

¹⁷⁸ *La Paz de Murcia*, 29 de marzo de 1873, p. 1.

¹⁷⁹ MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La pasión revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 353-355.

¹⁸⁰ RMG *La pasión...*

¹⁸¹ *La Igualdad*, 4 de abril de 1873, p. 2.

parte sí lo sería tras las elecciones a Cortes constituyentes, que se celebraron finalmente en el mes de mayo de 1873. Como ya se ha apuntado, Barcia no tuvo aparente relación con los orígenes del Centro Revolucionario, ni hay referencia a que interviniera en sus sesiones. Sí que las frecuentaron algunos redactores de *La Justicia Federal* –periódico que fundó Barcia a mediados de abril y desde donde agitó la sublevación cantonal– como Manuel Hiraldez de Acosta o Manuel Fernández Herrero¹⁸². Este último figuraba entre los miembros de la primera Junta directiva el *Centro Republicano*.

Con todo, Barcia no mantuvo mucho tiempo la actitud legalista que había adoptado en un principio. Su salto a la abierta oposición al Gobierno es controvertida. Todos los testimonios de la época refieren que su cambio de actitud se debió al despecho, relacionado con ciertas aspiraciones frustradas a ocupar una embajada europea, razón por la que no sería solo el amor a los ideales lo que le empujó a la insurrección¹⁸³. Lo cierto es que, a finales de marzo, Barcia aparecía en una lista de «los hombres políticos que ocuparán cargos diplomáticos en Europa y América» publicada en *La Correspondencia de España*¹⁸⁴. Su discípulo, Rodríguez Solís, explica la cuestión y disculpa a Barcia, pero no niega el asunto. Según dice, Barcia recibió una carta de Castelar «ofreciendo enviarle una nota de las embajadas vacantes para que eligiera la que más le agradase», pero al final la lista no llegó. La defensa de Rodríguez Solís no logra desviar la cuestión: «¿Por qué llamar «despecho» a lo que bien pudo ser hondo «sentimiento» al verse de tal modo olvidado o burlado?»¹⁸⁵. Según Vera, la cuestión tenía más largo recorrido y hacía tiempo que Barcia se sentía incómodo con el partido por el escaso reconocimiento que le dispensaba. Parece que se sintió «hondamente lastimado» porque se prescindió de él en los primeros gobiernos de la República, pretendió ser embajador en París pero no pudo ser y, finalmente, amenazó al gobierno con publicar un periódico «de ruda oposición». Esto último imposibilitó ya colocarlo en ningún sitio y sería, según Vera, lo que le llevó a ofrecer «su pluma y su influencia á los

¹⁸² Barcia había escrito en 1870 el prólogo de un libro de Manuel Fernández Herrero dedicado a las Germanías de Valencia. FERNÁNDEZ HERRERO, Manuel: *Historia de las Germanías de Valencia y breve reseña del levantamiento republicano de 1869*, Madrid, Imp. de la Viuda e hijos de Manuel Álvarez, 1870.

¹⁸³ PI Y MARGALL, Francisco y PI Y ARSUAGA, Francisco: *Historia de España...*, p. 388; RISPA Y PERPIÑÁ, Francisco: *Cincuenta años de conspirador...*, p. 240; VERA GONZÁLEZ, Enrique: *Pi y Margall...*, p. 613; ESTÉVANEZ, Nicolás: *Mis memorias...*, p. 268.

¹⁸⁴ *La Correspondencia de España*, 23 de marzo de 1873, p.3.

¹⁸⁵ RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Memorias...*, p. 141.

intransigentes y pronto fué su jefe civil»¹⁸⁶. Un hombre como Barcia, que se pensaba todo un profeta, que se había ofrecido al sacrificio tantas veces, que había sufrido toda una vida de martirio y de dolores por la causa republicana, que había dado conciencia a tantos hombres, reconocido por un público enfervorecido que le llamaba Cristo... sin duda, pensaba que merecía mucho más de lo que le daba el partido. Pero su perfil de *evangelista del pueblo*, alternativamente sentimental e iracundo, extravagante y pueril, no era precisamente el idóneo para las altas esferas políticas. Según Vera, «sus pretensiones eran infinitamente mayores que sus méritos»¹⁸⁷.

Es muy posible que aquel *hondo sentimiento* empujara a Barcia a hacerle una *ruda oposición* al gobierno, pero también es verdad que su cambio de actitud coincidió con el fallido golpe del 23 de abril contra la República, orquestado por los radicales y en el que estaba involucrado el mismo Serrano. La deslealtad de los radicales llevó a Figueras a apartarlos del gobierno definitivamente, pero la levedad del castigo aplicado a los implicados por Pi y Margall –ministro de Gobernación en aquel momento– vino a profundizar la imagen inmovilista y vacilante del gobierno. La impresión que tenía Rispa, desde su perspectiva de militar, era que la República estaba gobernada por «varones insignes, de gran honradez y de miras elevadas; pero de acción floja y desmayada, de contemplaciones excesivas y nada a propósito para consolidarla»¹⁸⁸. El malestar, la incertidumbre y la sensación de peligro crecían entre las filas federales y fueron muchos los clubs y batallones que se presentaron ante Pi el mismo día 24 de abril para exigirle reformas y una acción enérgica. El *Centro Republicano* dirigió un mensaje al «poder ejecutivo», declarando que «sólo la revolución republicana federal, vigorosa y prontamente desarrollada, puede salvar á la patria del abismo á cuyo borde está»¹⁸⁹. Por su parte, Barcia se encontraba entre aquellos que visitaron al ministro de Gobernación, aunque no debía de pertenecer a ningún club ya que, según cuenta Rispa, se coló en la representación del centro que el propio Rispa presidía y trató de erigirse en portavoz del grupo. Antes de ser desautorizado por Rispa, Barcia comenzó una perorata

¹⁸⁶ VERA GONZÁLEZ, Enrique: *Pi y Margall...*, p. 613. Barcia negó en *La Justicia Federal* haber solicitado la embajada de París: «Quien afirme que yo he solicitado la embajada de París, ni puesto alguno, me calumnia. Ni el ministro de Estado, ni el secretario general de dicho ministerio, son capaces del deshonor de la impostura; pero si lo dice el secretario general, que no puede decirlo, el Secretario miente: si el ministro lo dice, que no lo dirá, miente el ministro». El desmentido no es incompatible con lo expuesto por Rodríguez Solís. Citado en *El Imparcial*, 5 de junio de 1873, p. 2.

¹⁸⁷ *Ibid.*

¹⁸⁸ RISPA Y PERPIÑÁ, Francisco: *Cincuenta años de conspirador...*, p. 201.

¹⁸⁹ *La Igualdad*, 25 de abril de 1873, p. 3.

exigiendo a Pi que proclamara «la República federal desde el balcón de Gobernación» y que emprendiera reformas federales¹⁹⁰. Pi desoyó todas las exigencias y persistió en seguir con el proceso constituyente. Esta decisión supuso un punto de inflexión fundamental en la dinámica política de la I República, ya que si bien quedaron los federales al frente de la situación –por la expulsión de los radicales–, la agitación *intransigente* no hizo más que crecer a partir de ese momento¹⁹¹. Según Antoni Jutglar, la negativa de Pi a proclamar la Federal tras el golpe del 23 de abril constituyó uno de sus errores políticos más graves¹⁹².

En cualquier caso, los días del legalismo habían quedado atrás para Barcia. Al día siguiente de presentarse ante Pi y Margall, en un artículo de *La Justicia Federal*, el propagandista exigía al Gobierno que proclamase «la República federal con sus lógicas y naturales consecuencias» mientras aseguraba que, si no actuaba en ese sentido, el periódico le recordaría «de un modo severo el indispensable cumplimiento de supremas obligaciones». Añadía, además, que el pueblo español tenía derecho a la revolución y «si el Gobierno se olvidara de obrar revolucionariamente, el Gobierno sería usurpador de la sagrada autoridad del pueblo». Finalmente, situaba a los hombres del gobierno ante la disyuntiva de «*obrar ó dimitir*; ser gobernantes republicanos federales, ó dejar el Gobierno»¹⁹³. Como bien prometía, sus ataques al Gobierno republicano no cesaron. Su célebre estilo cortante y airado se dirigió ahora hacia sus *amigos*, con los que tampoco mostraba ninguna piedad:

«¿Estais en el poder para dar cumplimiento á las leyes del realismo? Pues sois realistas.

¿Formais un poder republicano para no crear su legalidad republicana? Pues sois traidores á la República.

¿Teneis ojos para no ver? Pues sois ciegos.

¿Teneis pensamiento para no pensar? Pues sois idiotas.

Los contrarios lo callan: un amigo lo dice»¹⁹⁴

¹⁹⁰ RISPA Y PERPIÑÁ, Francisco: *Cincuenta años de conspirador...*, p. 223; *La Paz de Murcia*, 26 de abril de 1873, p. 3.

¹⁹¹ HENNESSY, C.A.M.: *La República Federal en España...*, pp. 192-193; MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La pasión revolucionaria...*, p. 350 y ss.

¹⁹² Su hijo aseguraba que, muchas veces, Pi se había arrepentido de no haber aprovechado la oportunidad de proclamar la República Federal en ese momento. SERRANO GARCÍA, Rafael: “La Primera República...”, pp. 266-267.

¹⁹³ Citado en *La Paz de Murcia*, 25 de abril de 1873, p. 3.

¹⁹⁴ Citado en *La Paz de Murcia*, 2 de mayo de 1873, p. 2.

La dureza de su estilo entusiasmaba a los *intransigentes*, de quienes *La Justicia Federal* se erigió órgano. En aquellos días de finales de abril, un telegrama de Cartagena expresaba a la perfección el estado de ánimo que podían llegar a suscitar sus artículos: «Para ciudadano Roque Barcia. Vuestro artículo *Legalidad* ha enloquecido quinientos revolucionarios reunidos club Amigos libertad; lo hacen suyo y dicen: estamos dispuestos. Ordenad»¹⁹⁵. El conservador Julio Burell recordaba, años más tarde, a aquel «conductor de muchedumbres»:

«Todos los que en aquellos días éramos niños recordamos el grito de los vendedores de periódicos: “¡*La Justicia Federal*, escrita por Roque Barcia!”. Las volanderas hojas volaban de verdad. Parecían pan bendito. Así pasaban de las manos del vendedor á las de millares de fanatizados y anhelantes lectores»¹⁹⁶. Refiriéndose a la insurrección cantonal, Barcia llegó a afirmar –con su acostumbrada arrogancia– que «un partido se ha[bía] levantado bajo la fè de [su] palabra»¹⁹⁷.

Si el 23 de abril constituyó un punto de inflexión en la agitación *intransigente*, la tensión aún aumentó más desde la reunión de la Asamblea constituyente el 1 de junio de 1873. Barcia fue elegido diputado por Vinaroz y, aunque se le suele nombrar como uno de los líderes del grupo parlamentario de la extrema izquierda, junto a Casaldueiro y García López, lo cierto es que ni apareció por las Cortes¹⁹⁸. Ni siquiera asistió a la sesión del 8 de junio, en la que se proclamó la República Federal a propuesta de José María Orense. Recibió críticas por esta circunstancia, pero él aducía que prefería estar con España: «¡Oh España mia! ¡Oh madre de mi alma! Yo estoy mejor contigo, oyendo tus quejas, viendo tus amarguras, venerando tus infortunios, inspirándote mis esperanzas, dándote mi amor, alumbrando tu vida con la luz de mi fè»¹⁹⁹. La cita es enormemente rica en significado. Por un lado, insiste en su rechazo al principio representativo, aunque la Asamblea fuera hegemoníicamente federal. No se trataba de una cuestión de opción política, por lo tanto, sino de la misma concepción del campo político como una movilización permanente de la voluntad, entendida además de manera homogénea y

¹⁹⁵ *La Igualdad*, 21 de abril de 1873, p. 3. No he podido consultar el artículo referido por no conservarse números de *La Justicia Federal* de esas fechas.

¹⁹⁶ DE CUÉLLAR, F. Y BURELL, Julio: *Antología de las Cortes Constituyentes de 1869 y 1870*, tomo III, Madrid, Talleres Tipográficos de La Mañana, 1913, p. 171.

¹⁹⁷ *La Igualdad*, 22 de enero de 1874, p. 2.

¹⁹⁸ García López, presidente del *Centro Republicano* de los *intransigentes*, fue el candidato más votado en Madrid. Obtuvo 5.031 votos frente a los 2.125 de Figueras. HENNESSY, C.A.M.: *La República Federal en España...*, p. 195.

¹⁹⁹ *La Justicia Federal*, 25 de junio de 1873, p. 1.

alejada de la noción de pluralidad de sensibilidades políticas. La nación se expresaba de forma inmediata, por cauces extraños a la política institucional, y necesitaba de un redentor –él– que supiera escucharla y guiar sus pasos por el camino de la salvación. Este tipo de interpelaciones podrían ser muy efectivas, pero dudosas a la hora de desarrollar una política práctica.

Así pues, toda la actuación política de Barcia en el contexto constituyente federal fue extraparlamentaria, entre la agitación propagandística y la conspiración. Antes de que se abrieran las sesiones, ya decía estar persuadido de que la federación no saldría de la Asamblea, e incluso sembraba dudas acerca del carácter *federal* de los representantes nacionales²⁰⁰. Si las Cortes no proclamaban inmediatamente la República Federal en el momento de su apertura, decía, la revolución era «improrrogable»: «cada provincia enviará su representante á donde se convenga, y ese Congreso federal debe decretar la revolucion en toda España»²⁰¹. El día que se abrió la Asamblea, *La Justicia Federal* encabezaba su número diciendo que no la obedecería si no proclamaba la República Federal²⁰². Cuando pocos días después fue proclamada, era «sin organismo republicano y sin federación»²⁰³. No faltaban las llamadas a la revolución en términos apocalípticos:

«Estamos en el verdadero principio de la revolucion.

No hay creacion sin cáos, como no hay mudanza sin trastorno; y por eso dicen las Escrituras que Dios sacó al mundo de la nada.

Esta sombra nos rodea, es anuncio de luz: este cáos es el principio de una creacion»²⁰⁴

«¡Indisciplina! ¿Quién levanta la cruz en todos los calvarios de la tierra? ¿Quién bebe la sangre del Cristo de la vida en todas las edades de la historia?

¡Indisciplina! No es la indisciplina; es un grito santo, un grito redentor, porque es un grito de la naturaleza.

Es la conversión del bruto en hombre.

Es el retorno de ese hombre á la humanidad.

Es el expatriado que vuelve á su patria.

Es el desterrado que vuelve á su tierra.

Es un hijo que abraza á su madre.

Es la madre que abraza á su hijo, como dijimos otra vez.

No es indisciplina; es un misterio sacrosanto porque es un misterio de amor»²⁰⁵

²⁰⁰ *La Igualdad*, 25 de mayo de 1873, p. 1.

²⁰¹ Citado en *El Imparcial*, 23 de mayo de 1873, p.1.

²⁰² Citado en *El Imparcial*, 2 de junio de 1873, p. 3.

²⁰³ Citado en *El Imparcial*, 11 de junio de 1873, p. 3.

²⁰⁴ Citado en *El Imparcial*, 12 de junio de 1873, p. 3.

Proclamada la Federal, para muchos había llegado el momento inaplazable de dar acción a las ideas, pero episodios como la huida de Figueras o las serias dificultades de Pi para formar gobierno afectaron de manera muy negativa a la imagen de la República, que sólo había sido reconocida internacionalmente por Estados Unidos y Suiza. Además, los *intransigentes* se impacientaban y exigían reformas. En las concurridas reuniones del *Centro Republicano* se debatía acerca de «¿Qué peligros amenazan a la República federal y qué medios deben emplearse para salvarla?»²⁰⁶. Se hablaba también de las reformas necesarias y, aunque aseguraban que no tenían intención de «hacer una oposición sistemática y exagerada a la Asamblea Constituyente», también se consideraban «la vanguardia revolucionaria y reformista que abre el camino por donde el Gobierno debe marchar»²⁰⁷. Barcia, en este contexto, insistía hasta la saciedad en que lo necesario era hacer la federación, constituir la por la práctica. Al igual que esta solución práctica, argumenta su desconfianza a partir de tres circunstancias que ya había planteado con anterioridad en *Confesiones*. Por un lado, entiende que los *benevolentes* son unitarios encubiertos lo que, sumado al pecado de origen del voto radical, tendría como consecuencia una república *progresista*. En segundo lugar, nunca sería posible que de las instituciones *viejas* de la monarquía surgiera la federación, que implicaba la construcción de un mundo *nuevo*. Finalmente, los gobiernos federales no eran más que una camarilla cortesana y palaciega. En este sentido, poco había cambiado su planteamiento desde el Bienio: era la revolución política lo que salvaría a España y le daría una nueva vida.

Parece claro que fue el anuncio de las próximas elecciones de ayuntamientos y diputaciones provinciales –que se celebrarían entre el 12 y el 15 de julio– lo que decidió a los *intransigentes* madrileños a dar los primeros pasos hacia la realización práctica de la federación. El 20 de junio –al día siguiente del anuncio de las elecciones– Barcia abrió la edición de *La Justicia Federal* llamando a la «España federal» a que se constituyese en «juntas de gobierno para realizar la soberanía administrativa y económica de los Estados particulares, así como antes se constituyó en una junta nacional, llamada Asamblea, para realizar la soberanía política ó constitucional del

²⁰⁵ Citado en *La Discusión*, 19 de junio de 1873, p. 1.

²⁰⁶ *La Igualdad*, 8 de junio de 1873, p. 4.

²⁰⁷ *La Igualdad*, 16 de junio de 1873, p. 3.

Estado grande»²⁰⁸. Para Barcia, querer construir la federación «con la division territorial del Sr. Sagasta; con la legislación electoral del Sr. Rivero; con los absurdos del realismo; con las iniquidades del sistema centralizador» era, simplemente, «monstruoso». Declarado el sistema federal, «España entera debió constituirse pacíficamente en juntas de gobierno, representantes de la Soberanía de la Nación, creadoras del nuevo sistema», pero no había ocurrido así:

«la elección de los ayuntamientos y diputaciones, bajo las leyes del realismo, es una usurpación, un despojo, cometido por el viejo Estado, contra la federacion democrática; ó sea contra la soberanía administrativa y económica de los municipios, de las provincias y de los cantones»

El Gobierno erraba el camino, pero Barcia animaba al país a enderezarlo al grito de «¡Españoles, ahora o nunca!»²⁰⁹. Ese mismo día, el *Centro* convocó una reunión con el objeto de discutir si se debía convocar a los comités republicanos provinciales de Toledo, Ciudad Real, Cuenca y Guadalajara –que, junto a Madrid, debían formar el cantón de Castilla la Nueva– para que «en union de los individuos de la junta directiva del Centro republicano federal español, discutan y acuerden las bases sobre que redactará y formará el pacto de Castilla la Nueva»²¹⁰. El debate fue intenso y dio lugar a la reformulación de la propuesta. La que se sometió a votación finalmente, el día 25 de junio, fue la redactada por Antonio Lacalle, Guerrero, Andrés Lafuente, Alfonso Moyano y Manuel Fernández Herrero, redactor este último de *La Justicia Federal*. Aduciendo que «la autonomía del municipio es la sola, la única é imprescindible base de toda federación práctica», proponían al Centro Republicano que nombrase «una comisión que, auxiliada por la Junta directiva, proceda [...] en el más breve plazo á la convocación del partido republicano, para, por el sufragio universal y directo, constituir el municipio revolucionario de la ciudad de Madrid»²¹¹. Esta proposición debía ser, además, aprobada por aclamación popular en un «*meeting*». Defendió la proposición el futuro cantonal Antonio Lacalle, como uno de los firmantes, explicando que:

²⁰⁸ *La Justicia Federal*, 20 de junio de 1873, p. 1.

²⁰⁹ *Ibid.*

²¹⁰ *La Igualdad*, 20 de junio de 1873, p. 3.

²¹¹ Se pueden seguir los debates de esta reunión en *La Igualdad*, 21 de junio de 1873, p. 3. y 26 de junio de 1873, pp. 2-3.

«la proposición tendía á formar el municipio, y que este sea autónomo y haga la revolución y regenere la humanidad; declaró que la revolución que se quiere hacer es por medio de las ideas, no por la fuerza de las armas. Añadió que el municipio es el padre de la localidad y el llamado á hacer las economías y la revolución social»²¹²

El planteamiento es, desde luego, bastante ingenuo y enlaza con la idea de regeneración del hombre mediante la transformación política. Con todo, ante el anuncio electoral, proponían desconocer la convocatoria del Gobierno y llevar a cabo su propio proceso de constitución municipal. ¿De forma pacífica? ¿Es posible que no se planteasen que sus propios correligionarios los combatirían? Es difícil de asumir. En cualquier caso, lo que está claro es que los *intransigentes* trataban de desencadenar –y liderar– un proceso constituyente *verdaderamente federal* que construyese el poder político de forma ascendente desde el municipio, en competencia con el proyecto *centralista* diseñado por los líderes republicanos. La proposición se aprobó y, entre los elegidos para formar la comisión, se encontraba Roque Barcia. No gustó la manera de proceder del *Centro Republicano* a algunos comités republicanos provinciales, que le acusaron de arrogarse una representación que no se le reconocía²¹³.

Paralelamente a la movilización extraparlamentaria, los diputados *intransigentes* vinculados al *Centro Republicano* presentaron una propuesta a las Cortes con el objeto de, a su juicio, agilizar las reformas. Proponían a la Constituyente que refundiera todos los poderes y se declarara en Convención Nacional, de la cual debía emanar una Junta de Salud Pública con poder ejecutivo. La resonancia jacobina de la propuesta es incuestionable. La proposición estaba fechada a 21 de junio, aunque no se presentó a debate hasta el día 27; su rechazo fue lo que abrió las puertas a la formación del *Comité de Salud Pública* de Madrid²¹⁴. Al día siguiente, Roque Barcia dirigió al *Centro Republicano*, por medio de *La Justicia Federal*, una proposición para que se nombrase «un Directorio de nuestro partido» para que llevase «á la práctica sus deliberaciones y acuerdos [del *Centro Republicano*]]» para la salvación de la República. Apelaba también al grupo parlamentario *intransigente* que, al igual que el *Centro Republicano*, debía «tener en dicho Directorio [...] la representación que por su importancia merece». Además, se daban directrices al partido para la reunión de los diputados cantonales de

²¹² *La Igualdad*, 26 de junio de 1873, p. 2.

²¹³ *La Igualdad*, 27 de junio de 1873, p. 2; 15 de julio de 1873, p. 3; 19 de julio de 1873, p. 2

²¹⁴ MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La pasión revolucionaria...*, pp. 394-395.

las diferentes provincias y para el procedimiento que se debía seguir. El esquema reproducía más o menos otras propuestas de Barcia, exhortando a la elección de instancias legislativas y ejecutivas en cada ámbito, empezando por el municipal. Finalmente, el proceso debía culminar en la elección de unas nuevas Cortes Constituyentes, las cuales «no siendo producto de una legalidad realista, no tendrán amor á las barbaries del realismo; no siendo producto de una realidad realenga, que es la ILEGALIDAD REPUBLICANA, NO SERÁN ILEGALES»²¹⁵. Tras un acalorado debate, el *Centro Republicano* aprobó el día 29 la constitución del *Comité de Salud Pública* bajo la dirección de Barcia²¹⁶.

Toda esta actividad precedió al polémico abandono de las Cortes por parte de los diputados *intransigentes*, el día 1 de julio, en protesta por la concesión de poderes extraordinarios a Pi para hacer frente a la situación de guerra en la que se hallaban algunas provincias, por el conflicto carlista. Los *intransigentes*, con José María Orense a la cabeza, entendieron que era un ataque inaceptable contra las libertades individuales. En realidad, habían actuado de la misma manera que el conjunto de los federales hicieron aquel octubre de 1869, cuando el entonces ministro Sagasta suspendió las garantías constitucionales. Barcia se sumó a la protesta, celebrando la conducta de los diputados. *La Justicia Federal* anunció, ese mismo día, la muerte de la Asamblea. Por su parte, el *Comité de Salud Pública* hizo público su primer manifiesto el 8 de julio, dirigido a los federales del Cantón de Castilla la Nueva. En él, Barcia formula de manera muy clara qué significa el camino que han tomado:

«Si el actual Gobierno rasga nuestra bandera; si desconoce nuestra autonomía; si nos disputa la federacion democrática; si nos escatima la República federal, proclamada solemnemente en la Asamblea, si fuera sedicioso contra el dogma de la soberanía nacional, delegada en unas Córtes Constituyentes, derecho que nos toca como pueblo político [...] vuestro Comité de salud pública declara, de una vez para siempre, que el partido republicano federal, el pueblo español, resistiendo á esos gobernantes, expulsándolos de nuestro país, obraría con el mismo fuero con que se levantó para expulsar á los Borbones»²¹⁷

Como había pasado ya otras veces, y con el referente inmediato de la *Gloriosa*, invoca la soberanía de la nación y su poder constituyente para legitimar la defensa por

²¹⁵ *La Justicia Federal*, 29 de junio de 1873, p. 1.

²¹⁶ *La Igualdad*, 30 de junio de 1873, p. 1.

²¹⁷ *La Justicia Federal*, 8 de julio de 1873, p. 1.

las armas de la solución cantonal. Al fin y al cabo, se trata de la escenificación de un conflicto por hegemonizar la dirección del proceso de construcción del Estado-nación republicano. El *Comité de Salud Pública*, según Pi y Margall, obtuvo muchas adhesiones y alcanzó una importancia notoria. Llegó incluso a nombrar una *Comisión de Guerra* en su seno, presidida por el general Contreras, y a llamar al alistamiento de un batallón de voluntarios con objeto de «conservar la República federal y combatir contra todos sus enemigos»²¹⁸. El *Comité de Salud Pública* se pensaba legitimado en la opinión federal, a la cual creía representar: actuaba como un «Estado dentro del Estado legítimo», animando a las provincias «á reivindicar su derecho, anterior y superior á la soberanía de las Cortes»²¹⁹.

La publicación del manifiesto del *Comité de Salud Pública* fue acompañada de la salida de agentes *intransigentes* hacia diversos puntos de España, con el ánimo de agitar la sublevación²²⁰. Según Carnide, embajador de Portugal en Madrid, Barcia dirigía estas expediciones y estaba en contacto con los revolucionarios portugueses por medio de Antonio Pereira dos Reis, portugués afincado en Madrid que escribía en *La Justicia Federal*. El plan cantonal, al parecer, incluía también la agitación de un movimiento simultáneo en Portugal. Barcia partió hacia Cádiz, San Fernando y después El Ferrol, con objeto de ganar los puertos de mar importantes del norte y del Mediterráneo, pero regresó a Madrid el 18 de julio, a causa de la renuncia de Pi y de las insurrecciones cantonales que le sucedieron. Siempre según la misma fuente, Barcia se dirigió a continuación hacia Badajoz, quizás punto de encuentro con los conspiradores portugueses, aunque parece que se comunicó a los que estaban en la frontera que se abstuviesen de todo movimiento hasta que los *intransigentes* españoles no se hubiesen apoderado de los puertos de mar y de los puestos fronterizos y estuviesen en posición de prestarles ayuda²²¹. Con todo, el tema debió quedar ahí, ya que la mayoría de los cantones fueron controlados rápidamente y Carnide no vuelve a mencionar el asunto. Pero parece que Barcia, que nunca había sido un hombre de acción, sí que se implicó en las sublevaciones.

²¹⁸ *La Igualdad*, 4 de julio de 1873, p. 2.

²¹⁹ PI Y MARGALL, Francisco y PI Y ARSUAGA, Francisco: *Historia de España...*, p. 388.

²²⁰ *Ibid.* p. 389.

²²¹ Carnide a ministro dos Negócios Estrangeiros (Madrid, 9, 12, 14, 17, 18, 20, 24 y 25 de julio de 1873), Arquivo Histórico Diplomático-Ministério dos Negócios Estrangeiros [AHD-MNE], *Correspondência de Espanha (Visconde de Carnide)*, S2.1/E1/P1/14610.

En cualquier caso, la insurrección que se preparaba en Madrid fue atajada por Pi y no tuvo demasiadas consecuencias. Cartagena fue la primera ciudad en sublevarse el 12 de julio, día de las elecciones municipales²²². Según los planes del *Comité*, el diputado cartagenero Antonio Gálvez debía ser el iniciador del movimiento, pero se le adelantó el joven médico Manuel Cárcelos. Estaba este desde hacía tiempo en contacto con Barcia y llevaba semanas agitando la insurrección cantonal en la ciudad. No esperó a las instrucciones que Barcia le había prometido el día 11 para actuar. El levantamiento siguió, en principio, una secuencia insurreccional que no tenía nada de nuevo y que se correspondía con la tradición juntera revolucionaria española. Tras semanas de agitación contra el ayuntamiento *benevolente*, Manuel Cárcelos logró la adhesión de la escuadra de la Armada que estaba fondeada en el puerto de la ciudad. El levantamiento se produjo la noche del 11 al 12 de julio, resultando la deposición del ayuntamiento y la instalación de una Junta de Salvación Pública, bajo la presidencia de Pedro Gutiérrez – decano del federalismo cartagenero –, que asumió todos los poderes. Por otra parte, hay que distinguir el caso de Cartagena del resto de proclamaciones cantonales, que se produjeron entre el día 18 y el 22 de julio como respuesta a la renuncia de Pi y al acceso de Salmerón a la presidencia del poder ejecutivo²²³. En estas no tuvieron demasiada influencia los *intransigentes* del *Comité de Salud Pública* de Madrid, quienes se refugiaron a finales de julio en Cartagena.

La reacción de Pi, presidente del Poder Ejecutivo y Ministro de Gobernación en ese momento, no se hizo esperar, ya que cursó el día 13 un telegrama a los gobernadores de las provincias asegurando que «las insurrecciones carecen hoy de razón de ser, puesto que hay una Asamblea soberana, producto del sufragio universal, y pueden todos los ciudadanos emitir libremente sus ideas, reunirse y asociarse. Cabe proceder contra ellas con rigurosa justicia»²²⁴. El problema fue decidir hasta dónde llegaba ese rigor del

²²² Sobre el Cantón murciano, ver PÉREZ CRESPO, Antonio: *El Cantón Murciano*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1990; PUIG CAMPILLO, Antonio: *El Cantón Murciano*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 1986.

²²³ SERRANO GARCÍA, Rafael: “La Primera República...”, p. 273. Un análisis de los diferentes cantones en MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La pasión revolucionaria...*, 429-451. Desde el 18 de julio, se proclamaron cantones en Murcia, Sevilla, Cádiz, Valencia, Alicante, Almansa, Torreveja, Castellón, Granada, Ávila, Salamanca, Málaga, Jaén, Bailén, Andújar, Tarifa y Algeciras. Un estado de la cuestión en ESPIGADO TOCINO, Gloria: “La historiografía del cantonalismo: pautas metodológicas para un estudio comparado”, en SERRANO, Rafael (dir.): *España, 1868-1874. Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2002, pp. 111-138.

²²⁴ PIRALA, Antonio: *Historia Contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión de la última guerra civil*, tomo IV, Madrid, Imprenta y Fundición de Manuel Tello, 1877, p. 403.

que hablaba el presidente Pi. Proclamado el Cantón Murciano, los federales se vieron en la difícil tesitura de cruzar una barrera psicológica y cultural cuyas consecuencias, quizás, no se han valorado lo suficiente a la hora de pensar el hundimiento federal: ¿debía el gobierno, republicano y –nominalmente– federal, tomar las armas contra sus *amigos y correligionarios* sublevados en Cartagena? Los republicanos se veían, por primera vez, en trance de matarse entre ellos. La cuestión no era en absoluto menor. En una dura intervención en la Asamblea, el diputado Prefumo –bajo cuyas órdenes se encontraba el recién destituido ayuntamiento *benévolo* de Cartagena– interpeló al gobierno acerca de la tibia postura que había adoptado frente a la sublevación. Llegó incluso a acusar a Pi de conspirador. La respuesta de Sunyer i Capdevila –Ministro de Ultramar en aquel momento– fue clara: «yo estoy dispuesto á combatir hasta con uñas y dientes á los carlistas; [...] pero, Sres. Diputados, cuando se trata de luchar y de derramar la sangre de mis amigos y de mis correligionarios, declaro que hasta aquí no llega mi heroísmo». Y añadía: «Yo no he de poner mi firma al pie de ningun documento en el que se diga que las tropas atacarán á tiros y balazos a mis correligionarios levantados en armas»²²⁵. Esa política de «concesiones y consideración» desapareció rápidamente con el cambio de gobierno del 18 de julio, por el que Salmerón asumió la Presidencia del Poder Ejecutivo.

Roque Barcia permaneció en Madrid hasta finales del mes de julio, pero no se unió a los diputados *intransigentes* que volvieron a la Asamblea a votar contra la candidatura de Salmerón. Al contrario, los criticó muy duramente. Pero, ni la presentación a debate en Cortes del Proyecto de Constitución Federal –el 17 de julio–, ni el anuncio de Salmerón de que aplicaría «inexorablemente» todo el peso de la ley contra los *correligionarios* «que se han levantado en armas contra estas Córtes, contra la Nacion española y contra la misma federacion que pretenden hacer imposible»²²⁶, pudieron contener la extensión del movimiento cantonal a partir del día 18 de julio. En realidad, en ese momento, la Junta de Cartagena no había roto con la Asamblea, sino que había declarado oficialmente que «reconocemos y acatamos la soberanía de las Cortes Constituyentes, [...] nuestra actitud es solo la ejecución de uno de sus acuerdos»²²⁷. La ruptura se produjo a partir del conocido decreto del 21 de julio, por el

²²⁵ DSC, 14 de julio de 1873, p. 714.

²²⁶ DSC, 19 de julio de 1873, p. 799.

²²⁷ *El Cantón Murciano, Diario oficial de la Federación*, 23 de julio de 1873, p. 1.

que se declaraban piratas a los buques de la Armada Nacional surtos en Cartagena y se autorizaba a «las Potencias amigas de España» a detenerlos, tanto si se encontraban en aguas españolas como internacionales. Fue una medida muy polémica que dividió a las Cortes, en torno al cuestionamiento de la autoridad del gobierno para llevar a cabo lo que se consideró una vulneración de la soberanía nacional; al fin y al cabo, se estaba invitando a las potencias extranjeras a intervenir en un conflicto interno.

La reacción de la Junta de Cartagena fue inmediata. Conocido el decreto, declararon que el «gobierno residente en Madrid» había incurrido en «el delito de traición á la patria y á la república federal Española» y anunciaban que «las fuerzas públicas federales procederán á su captura»²²⁸. La ruptura dio paso a la constitución, entre el 24 y el 27 de julio, del Gobierno Provisional de la Federación Española. Con objeto de dar «unidad y cohesión al movimiento federal de toda España», la Junta, en uso de su autoridad, nombró un Directorio provisional que asumió «los poderes superiores de la Federación Española». Debería estar formado por «las delegaciones que nombren los cantones» y no podría, en ningún caso, oponerse a las disposiciones que los municipios y cantones acordasen de manera autónoma. Preveía también la Junta la convocatoria de una Asamblea Federal, cuando «hayan proclamado la Federación española la mitad más una de las antiguas provincias», ante la que debería resignar sus poderes el Directorio ²²⁹. Pero, a pesar de las pretensiones nacionales, el Directorio quedó formado por Juan Contreras, Antonio Gálvez y Eduardo Romero. El plan decretado por la Junta no se llevó a cabo exactamente, ya que derivó en el nombramiento, por parte del Directorio –y sin el concurso de otros cantones, más allá de los diputados y representantes de la Junta madrileña que se hallaban en la ciudad–, del Gobierno Provisional de la Federación Española. Nunca llegó a convocarse la Asamblea Federal. Finalmente, el Gobierno Provisional se compuso de una presidencia y ocho ministerios: Gobernación, Guerra, Marina, Ultramar, Fomento, Hacienda, Estado y Justicia.

El 26 de julio, Barcia anunció la suspensión provisional de *La Justicia Federal*, declarando que «ha pasado la hora de escribir, porque ha llegado la hora de hacer»²³⁰. Llegó a Cartagena al día siguiente, cuando el Gobierno Provisional de la Federación

²²⁸ *El Cantón Murciano, Diario oficial de la Federación*, 24 de julio de 1873, p. 1.

²²⁹ *El Cantón Murciano, Diario oficial de la Federación*, 25 de julio de 1873, p. 1.

²³⁰ *La Justicia Federal*, 26 de julio de 1873, p. 1.

Española ya estaba constituido. Mientras tanto, había asumido la presidencia Juan Contreras, aunque dejó en manos de Barcia el desempeño de esa responsabilidad el mismo día de su llegada. Los líderes cantonales habían mantenido en secreto su nombramiento como miembro del Directorio, por razones de prudencia, pero una vez en la ciudad, ya no había razones para el sigilo. Parece que se había constituido también en Madrid una «comisión ejecutiva», nombrada por la «Junta de Salvación pública» de la capital –que Barcia presidía–, pero desde Cartagena se aseguraba que la existencia de esos «dos poderes nacionales» no sería fuente de ningún conflicto. Las explicaciones que se ofrecían de su repentina llegada refieren que Barcia –al que se califica de «iniciador de este movimiento»– rehusó, en principio, abandonar su compromiso con la Junta madrileña para ocupar la presidencia del Gobierno Provisional que le ofreció el Directorio cartagenero. Finalmente, «comprendió la gravedad de la situación y cerrando los ojos aceptó toda la parte que pueda caberle en el peligro». Es posible, pero también es verdad que en Madrid se estaba deteniendo a los miembros del *Comité de Salud Pública*, por lo que parece que la abnegación de Barcia tenía bastante de huída. Consideraban los líderes cantonales que «no quedaba otro hombre de bastante representación para continuar al frente del gobierno» y que, viendo las implicaciones internacionales que podía alcanzar el conflicto, sólo se podían hacer ciertas reclamaciones «en nombre de una persona caracterizada y reconocida en toda Europa, como Barcia». Además, al pueblo le costaría dejarse guiar por otros que no fueran «los caudillos amados que han sido el alma de esta revolución»²³¹. Más allá de la retórica, lo que queda claro es que, simplemente, no había ninguna figura de peso del partido a quien recurrir. En realidad, Barcia no era conocido en Europa –como sí lo eran otros líderes como Castelar, Orense o Garrido–, ni siquiera se había traducido alguna de sus obras, ni había transcurrido tanto tiempo en exilios. Se dio a conocer en el ámbito europeo, precisamente, a partir de su implicación en el cantón de Cartagena²³².

A pesar de las acusaciones de separatismo que se levantaron desde la propia Asamblea constituyente, queda bastante claro que el Gobierno Provisional no pretendía la secesión, sino que reclamaba para sí el ejercicio del poder legítimo –y, por lo tanto, constituyente– en la Federación Española. Esta era la cuestión clave, lo que llevaba al

²³¹ *El Cantón Murciano, Diario oficial de la Federación*, 28 de julio de 1873, pp. 1-2.

²³² En un periódico francés le llamaban, a raíz de su implicación en Cartagena, «le Félix Pyat de l'Espagne». En *Le Gaulois*, 28 de enero de 1874, p. 1.

diario *La Igualdad* a preguntarse «¿Y quién ha elegido á Roque Barcia y á sus compañeros de *ministerio*?». Nombrados por sí mismos, los organismos cartageneros no podían más que representar, desde la perspectiva del diario, la voluntad «de unos cuantos caballeros particulares»²³³. Desde el punto de vista de la práctica política, parece claro que el conflicto entre *benevolentes* e *intransigentes* polarizó a los federales en torno a la disyuntiva entre parlamento o insurrección, como vía de realización de la república federal, pero el fondo del conflicto tiene que ver con las diferentes maneras de pensar las bases de la legitimidad política y su representatividad ¿Era legítima la vía insurreccional? ¿En qué casos? ¿Representaba o no representaba la Asamblea el sentir federal? Eran estas las cuestiones que tensionaron el inestable proceso de construcción de la legalidad republicana y que llevaron, finalmente, a la articulación alternativa de la solución cantonal. Era cierto que no se habían convocado elecciones en Cartagena para elegir ni la Junta definitiva, ni el Directorio, ni el Gobierno Provisional, y tampoco se convocarían hasta el mes de noviembre por presión popular. Para entonces, Cartagena se encontraba aislada –se había vencido militarmente al resto de cantones– y sitiada por el ejército gubernamental. Ya ni siquiera existía el Gobierno Provisional de la Federación Española, refundido con la antigua Junta desde el 2 de septiembre en una nueva Junta Soberana de Salvación Pública.

La situación derivó rápidamente en un estado de guerra civil a mediados de agosto. Salmerón ordenó la reducción militar de la plaza, una de las mejor guarnecidas de España. Fue Barcia quien, en calidad de Presidente, declaró el estado de sitio el 13 de agosto. A pesar de la actividad del Gobierno Provisional, no es fácil discernir el papel que Barcia desempeñó en sus decisiones. Él mismo asegura que, desde que los cantonales bombardearon Almería el 30 de julio, dejó de asistir a las reuniones de la Junta y buscó dejar Cartagena, aunque la Junta se lo impidió. No era este un comportamiento nuevo en él. También dice que no se tenía en cuenta su opinión y que fue reducido a prisión en dos ocasiones por parte de sus compañeros cantonales. No era aquello, afirma, la federación que él buscaba. Otros testigos, por el contrario, si bien admiten que su presencia en Cartagena «no sirvió de nada», también argumentan que sus opiniones se tenían en gran consideración²³⁴. Lo cierto es que los decretos del

²³³ *La Igualdad*, 2 de agosto de 1873, p. 1.

²³⁴ GARCÍA ALCÁNTARA, Eduardo: *Memorias de la revolución cantonal iniciada en Cartagena el 14 de julio de 1873*, Buenos Aires, Imprenta de El Argentino, 1875, p. 47.

Gobierno Provisional llevaban su firma y que, en su calidad de Presidente, encabezó las asambleas convocadas para tratar asuntos importantes. De hecho, aún en septiembre defendía la legitimidad del Gobierno Provisional, «depositario de la voluntad de una Asamblea constituyente», y consideraba a sus hombres «legítimos representantes del voto de unas Cortes soberanas»²³⁵. Tras el 2 de septiembre asumió, además, tanto la vicepresidencia de la nueva Junta Soberana de Salvación Pública como la presidencia de su Comisión de Relaciones Cantonales y Extranjeras.

Finalmente, ante la resistencia de la plaza, el gobierno del ya presidente Castelar decidió bombardear Cartagena desde mediados de noviembre. No hubo intentos de negociación con los cantonales, más allá de algunas propuestas de soborno para que la ciudad fuese entregada desde dentro. Tampoco quisieron capitular los insurrectos, aunque parece que Barcia no era partidario de prolongar la situación desde prácticamente el inicio del sitio. Tras el golpe de Pavía, que puso fin al periodo constituyente federal, la situación era ya insostenible. Aun así, no se venció militarmente a Cartagena, sino que la Junta convocó una sesión pública el 11 de enero de 1874 en la que se optó, finalmente, por una capitulación honrosa. Barcia presidió la sesión junto a Pedro Gutiérrez y, según cuentan, «abundantes lágrimas corrieron por sus mejillas y fue sacado del local por sus amigos»²³⁶. Fue Barcia también quien firmó la capitulación con el general López Domínguez el 12 de enero.

En estas circunstancias, Barcia tardó un tiempo en reaparecer en público. La prensa llevaba días haciéndose eco de contradictorias informaciones acerca de la suerte corrida por el «Jeremías del cantonalismo» que igual lo situaban en Orán, a donde habría huido a bordo de la *Numancia*, como paseando tranquilamente por Cartagena o incluso oculto en alguno de sus consulados. No faltaba quien pensara que el destino de Barcia se había cumplido bajo las heroicas ruinas de la ciudad. Para otros, simplemente, «querer saber dónde está Barcia es querer saber más que él»²³⁷. En efecto, Barcia no se embarcó con el resto de los componentes de la Junta en la *Numancia* rumbo a Orán, sino que permaneció en Cartagena oculto, con toda probabilidad, en el Consulado de

²³⁵ PI Y MARGALL, Francisco y PI Y ARSUAGA, Francisco: *Historia de España...* citado pp. 500-501.

²³⁶ GARCÍA ALCÁNTARA, Eduardo: *Memorias de la revolución cantonal...*, pp. 135-139.

²³⁷ *El Imparcial*, 17 de enero de 1874, p. 2; *La Iberia*, 18 de enero de 1874, p. 3.

Portugal²³⁸. Su regreso a Madrid, de todas maneras, no pasó en absoluto desapercibido. Fiel a su estilo, dirigió un par de cartas –fechadas el 16 y el 17 de enero– a diferentes periódicos madrileños rogando su publicación. Para sorpresa del público, Barcia no sólo se presentaba ahora como una víctima de la Junta Soberana de Cartagena, sino que denunciaba una larga serie de desmanes llevados a cabo por las instituciones cantonales que él mismo había encabezado y, además, se desvinculaba de sus actuaciones. Finalmente, desaconsejaba cualquier intento de establecimiento de la república federal y, aunque no declinaba sus ideales, aceptaba el nuevo régimen encabezado por Serrano. Fue un escándalo mayúsculo. Desde su recepción, en la noche del día 20, no se hablaba de otra cosa en los círculos políticos de la capital y, en los días siguientes, las cartas corrieron como la pólvora por la prensa de todo el país. Las manifestaciones de Barcia cayeron como una bomba en la opinión pública y las reacciones no se hicieron esperar. La sentencia de *La Discusión*, el más antiguo periódico republicano, era brutal:

«¡Ah, Sr. Bárcia, Sr. Bárcia, cuánto mejor no hubiera sido contener á tiempo los impulsos de la soberbia y del orgullo y no haber contribuido á extraviar las masas crédulas é ignorantes que venir ahora á mostrar un arrepentimiento tardío de difícil justificación. [...] Pero lo repetimos, el arrepentimiento es, por desgracia de la República, algo tardío, y la historia no os perdonará, el partido republicano no os perdonará; ese grito de la conciencia que os acusaba por las inocentes víctimas que la barbárie de vuestros correligionarios causó en Almería no os dejará punto de reposo; si la libertad huye de España, su sombra os perseguirá tambien, y si la República desaparece, todos los amantes del progreso os señalarán como uno de los causantes de tan inmensa desgracia»²³⁹

Más allá de su implicación cantonal, su hundimiento definitivo vino de mano de aquellas incomprensibles cartas que publicó a mediados de enero de 1874. Francisco Pi y Margall condenó duramente esa conducta «extraña y por todo extremo censurable» propia de un «cerebro positivamente desequilibrado». Tras aquella flagrante *apostasía*, «Roque Barcia quedó como político anulado para siempre»²⁴⁰. Nunca volvió a tomar la pluma en defensa de sus convicciones políticas. El conflicto abierto en torno a la

²³⁸ Carnide subraya la impunidad de Barcia y otros cantonales, que se pasean por Madrid. Asegura, en relación con esto, que el acuerdo firmado para la rendición de Cartagena que se había publicado no se correspondía con el auténtico, que no se iba a publicar. Atribuye esto a las condiciones de impunidad que habrían logrado Barcia y otros, envueltas en misterio. Si esto es así, sugiere una fortaleza y capacidad de resistencia de la plaza bastante mayor de la que se podría pensar. Carnide a ministro dos Negocios Estrangeiros (Madrid, 20 y 21 de enero de 1874), AHD-MNE, *Correspondência de Espanha (Visconde de Carnide)*, S2.1/E1/P1/14610.

²³⁹ *La Discusión*, 21 de enero de 1874, p. 1.

²⁴⁰ Francisco Pi y MARGALL y Francisco PI Y ARSUAGA: *Historia de España...*, pp. 756-757.

constitución del Estado-nación republicano, y su desastroso final, marcó la memoria de generaciones de españoles. Como apuntó Antonio Maura, «aquel año 1873 fue un año tal que si hubieran quedado vivos los testigos presenciales, con ellos solos, mudos, sin que nada dijeran, estaría perpetuamente preservada la nación de nuevos trastornos»²⁴¹. La experiencia de 1873 no se debía repetir jamás. Así visto, la ruptura cantonal supuso el canto del cisne de una larga tradición política española que hundía sus raíces en una interpretación inmediateista de la soberanía nacional –de inspiración rousseauiana y tintes mesiánicos–, y que legitimaba plenamente el derecho de insurrección como expresión de la voluntad general²⁴². La traumática quiebra de esta tradición ayuda a entender la aceptación del nuevo orden restauracionista tras el golpe de Martínez Campos. Lejos de suponer un episodio anecdótico, el movimiento cantonal alentado por Barcia constituyó un punto de inflexión fundamental en el proceso de formación del Estado nacional en España.

²⁴¹ Citado en TUSELL, Javier: *Antonio Maura. Una biografía política*, Madrid, Alianza, 1994, p. 17. Sobre la construcción de la imagen caótica de 1873, sobre todo durante la Restauración, ver JOVER ZAMORA, José María: *Realidad y mito de la Primera República : del “Gran Miedo” meridional a la utopía de Galdós*, Madrid, Espasa Calpe, 1991. Una reflexión sobre el olvido historiográfico de la I República en DÉZ CANO, L. Santiago: “¿Existió alguna vez la I República? Notas para recuperar un periodo historiográfico”, SERRANO, Rafael (dir.): *España, 1868-1874. Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2002, pp. 75-92.

²⁴² La opción insurreccional fue perpetuada por Ruiz Zorrilla durante la Restauración. Si bien su insurreccionalismo militarista mantuvo vivos algunos tintes jacobinos y supo atraerse a algunos federales, su proyecto político no tenía nada que ver con la tradición federal, que rechazaba vivamente. Verlo en HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo: *Manuel Ruiz Zorrilla...*, esp.pp. 281-376.

Epílogo

«Yo creí que un padre de familia,
ausente de la patria, debía merecer algún
respeto»

Roque Barcia. París, 1878

La cancelación del periodo constituyente federal no puso fin a la república, que aún sobrevivió un año bajo un régimen político excepcional presidido por Serrano¹. La represión contra los cantonales fue intensa tras la capitulación. El ministro de Gobernación –el unitario Eugenio García Ruiz– ordenó el día 17 de enero prender a todos los cantonales que se paseaban por Cartagena, operación que se saldó con más de 500 detenidos. En las diligencias que siguieron se dictaron 37 penas de muerte –una de ellas contra Barcia–, si bien no se llegaron a ejecutar por estar los condenados huidos². No se arrestó a Barcia quien, en medio del escándalo que suscitó su *apostasía*, se presentó en Madrid y dirigió una «atenta carta» al ministro García Ruiz solicitándole pasaporte para Francia. Según la prensa, el propagandista prometía «prestar todo el apoyo de su pluma al actual orden de cosas» desde el país vecino. También se decía que había dirigido correspondencia a todos los miembros del ejecutivo y al mismo Serrano,

¹ Para la interinidad de Serrano, ver TORO MÉRIDA, Julián: *Poder político y conflictos sociales en la España de la Primera República: la dictadura del General Serrano* [recurso electrónico], Tesis doctoral dirigida por Juan Sisinio Pérez Garzón, Madrid, Universidad Complutense, 2002; ID.: “La República unitaria de 1874: el “acto” del 3 de enero y sus consecuencias políticas”, en SERRANO GARCÍA, Rafael (coord.): *España, 1868-1874: nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*, León, Consejería de Educación y Cultura, 2002, pp. 93-110.

² VICTORIA MORENO, Diego: “La represión política durante y después del Cantón murciano: estructura y connotaciones sociales”, *Anales de Historia Contemporánea*, 10 (1994), pp. 463-476. Sobre la figura de García Ruiz, ver DEL VALLE CALZADO, Ángel Ramón: “El sueño de la república unitaria: Eugenio García Ruiz (1818-1883)”, en PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (ed.): *Experiencias republicanas en la historia de España*, Madrid, Catarata, 2015, pp. 85-107; DE LA FUENTE MONGE, Gregorio y ÁLVAREZ JUNCO, José: “Eugenio García Ruiz, un republicano de orden”, en DE PRADO MOURA, Ángel (coord.): *Memoria, progreso y cultura. Homenaje al profesor Rafael Serrano García*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2017, pp. 91-121.

a quien declaraba su adhesión³. Barcia no desmintió estas informaciones, tan dado que era él a protestar contra cualquier especulación que se hiciera acerca de su conducta⁴.

La experiencia cantonal debió ser demoledora para él. Se había convencido de que los federales no se podían encargar de la nación ni del gobierno; que teniendo los apoyos y las ideas, les faltaban hombres capaces de hacer realidad el mundo nuevo que vislumbraban. No estaban preparados para disponer de la gestión de los negocios públicos: «Cuando los hechos no se experimentan, la opinion es irresponsable, pero cuando están experimentados, hay que ajustar nuestra razon a la exacta medida del experimento»⁵. La confrontación con los hechos, en este caso, había hundido a los federales. Después de tanta intransigencia en las ideas y de tanta rectitud de la conciencia, Barcia asumía que no era posible gobernar sin el concurso de otras escuelas y acataba la misma jefatura –la de Serrano– que se había negado a refrendar de manera tan vehemente cinco años antes. Volvían a dominar la situación los héroes de 1868, pero no era posible ya recuperar aquel momento después de la experiencia de la monarquía amadeísta y de la constituyente federal. Para Barcia, lo prioritario en aquellas circunstancias era acabar con el carlismo y evitar la restauración borbónica, por lo que, en cualquier caso, no iba a oponerse al nuevo gobierno.

Según cuenta Rodríguez Solís, Barcia comprendió –da la impresión que tarde– que aquellas cartas en las que condenaba la insurrección cantonal supusieron su muerte política, y así lo reconoció muchas veces años después «con lágrimas salidas de lo más profundo del alma»⁶. Pero no sólo fue su muerte política. Si sus *extravagancias* y *exageraciones sentimentales* ya habían causado incomodidad entre las élites políticas propias y ajenas –si bien no entre buena parte del público federal–, su comportamiento al hilo del desenlace cantonal arruinó completamente su respetabilidad. Una respetabilidad que el diario castelarino *El Globo* cifraba en «la lealtad política y una

³ *La Iberia*, 25 de febrero de 1874, p. 3; *La Época*, 27 de enero de 1874, p. 2.

⁴ En esos mismos días, por ejemplo, mandó a los periódicos una carta en la que rechazaba ciertos rumores que empezaban a circular, acerca de su hipotético enriquecimiento a raíz de la apropiación de fondos de la Junta en Cartagena. En “Al público”, *El Mundo*, 24 de enero de 1874, p. 3.

⁵ BARCIA MARTÍ, Roque: “A los republicanos federales de España”, *La Discusión*, 27 de enero de 1874, p. 2.

⁶ RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Historia del partido republicano español: de sus propagandistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires*, vol. 2, Madrid, Imp. Fernando Cao y Domingo del Val, 1893, p. 731.

vida ejemplarísima de honradez y modestia»⁷. Si el primer aspecto no precisa más comentario después de todo lo expuesto, al cuestionamiento de su ejemplaridad contribuyeron también algunos testimonios de antiguos cantonales. De manera destacada, le acusaron de enriquecese en Cartagena o le reprocharon su comportamiento pueril, plasmado en su inclinación a hacerse el mártir y a agitar a la población cuando se le contravenía en la Junta⁸. En el mismo sentido, se aseguraba que «Barcia parece que cuando no se le quiere dar gusto se finje calenturiento y manda la dimision, la cual no es aceptada, y al momento sana y ocupa otra vez su elevado puesto»⁹. Quizás una de las críticas más duras sea la del antiguo comunalista Joseph Lucien Combatz, quien reprochaba a los federales su división y escasa capacidad para obrar en estos términos:

«Y aun si hubieseis sabido agrupar vuestras oposiciones y darles un jefe capaz, una cabeza privilegiada. Pero lejos de eso, tomáis unos á Barcia, pitoflero político, parodia de Lamennais, sauce llorón, no de las causas que pierde, sino de lo que pierde él en los barullos políticos que ha amasado»¹⁰.

Entre unas cosas y otras, Barcia se convirtió en objeto e instrumento de burla. Algunos, como el diario conservador *La Época*, optaban de manera explícita por no hablar de él ni dar publicidad a sus «dislates», pero las abiertas referencias a su dudoso estado mental o la ridiculización de su característico estilo fueron habituales a partir de entonces y durante muchos años.

Como buena parte de los federales tras el 2 de enero de 1874, Barcia abandonó España pero, a pesar de su solicitud al ministro García Ruiz, todo parece apuntar a que no se instaló en Francia inmediatamente. En aquellas circunstancias, emprendió un largo viaje que hacía tiempo deseaba realizar, lleno de significado en un momento en el que, como él mismo confesaba, su fuero interno no estaba tranquilo¹¹. Su destino fue Tierra Santa, siguiendo la estela de grandes escritores como Lamartine o Chateaubriand. Volvía, después de tantos años, a ponerse en la piel del peregrino. Según relata Rodríguez Solís, partió empujado por una necesidad, solo y enfermo, sin apenas

⁷ *El Globo*, 17 de enero de 1878, p. 2.

⁸ GARCÍA ALCÁNTARA, Eduardo: *Memorias de la revolución cantonal iniciada en Cartagena el 14 de julio de 1873*, Buenos Aires, Imprenta de El Argentino, 1875, pp. 46-50.

⁹ *La Iberia*, 12 de noviembre de 1873, p. 1.

¹⁰ Combatz relató su experiencia cantonal en una serie de cartas titulada “Hombres y cosas de Cartagena”. La cita en *Las Circunstancias*, 21 de febrero de 1874, p. 1.

¹¹ BARCIA MARTÍ, Roque: “A los republicanos federales...”

recursos, desoyendo los ruegos de Ana de Cantos y de su pequeño hijo Roque, quienes temían no volver a verle más: «una noche, con un temporal horrible, saltó en una lancha, y se hizo conducir desde el puerto de Nápoles al vapor que pocas horas después le depositaba milagrosamente en el canal de Mesina»¹². Viajó por Grecia, Galilea y Egipto, visitando los lugares históricos y bíblicos, buscando «en el mundo de las ruinas la explicación última de la historia del hombre»¹³. A decir de Gumersindo Laverde, en carta a Menéndez y Pelayo, Barcia «había quedado á partir un piñón con los PP. Franciscanos de Tierra Santa y resuelto á variar de rumbo, y que, á alguno de aquellos que le vió luego en Madrid, reiteró sus buenos propósitos, viviendo solo *para mi hijo* (decía) *y mi lengua*»¹⁴. Más allá de la valoración moral que hace Laverde de las intenciones de Barcia, es cierto que se retiró a la vida privada, dedicado a su familia y al trabajo lexicográfico, principalmente.

Se instaló en París al regreso de su viaje, en julio de 1874. Otra vez París, aunque en esta ocasión la estancia fue bastante más prolongada que la de 1858. La vida en la capital francesa fue, en cualquier caso, penosa. Por un lado, no mantuvo ninguna relación –de manera más o menos voluntaria– con los emigrados políticos españoles, especialmente numerosa a partir del golpe de Martínez Campos y de la restauración de la dinastía borbónica en los primeros días de 1875¹⁵. Pero, además, la situación

¹² En RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Panorama literario. Colección de estudios históricos y biográficos, artículos, cuentos, leyendas y poesías*, Madrid, Imp. de Fernando Cao y Domingo del Val, 1881, p. 242.

¹³ BARCIA MARTÍ, Roque: “La cruz de ciprés o el libro de piedra. Introducción”, en *Revista Latino-Americana*, 1 de diciembre de 1874, p. 453. El itinerario que siguió es descrito por Rodríguez Solís: «Nápoles; Canal de Mesina; Golfo Sérico; Pireo (puerto de Atenas); Volo; Tesalónica; Dardanelos; Constantinopla; Mitilene (antigua Troya); Rodas; Sira; Smirna; Chipre; Cayfa; Jaffa; Jerusalen; Bethleem; convento de San Sabas, desde el cual se contempla una de las vistas más bellas del mundo; Desierto de la Judea; Mar Muerto; Jordán; Valle de Jerico; Montaña de la Cuarentena; Fuente de los apóstoles; Desierto de San Juan; Valle de Terebinto; Bethel; Samaria; Sichem; tumba de Judit; Betulia; Pozo de la Samaritana; Campos de Jacob; Montaña del Precipicio; Montaña del Temblor; Nazareth; Canaá de Galilea; Lago de Tiberiades; Visita á la casa en que se escribió el Talmud; Bethsaída; Ruinas de Cafarnaun (confines de la Idumea); Fenicia, Tiro y Sidon; San Juan de Acre; Beyrhut; Líbano; Damasco; Desierto de Bagdad; Ruinas de Balbec; Cedros del Líbano; vuelta á Beyrhut; Port-Said; Egipto; Suez; Alejandría; El Cairo; Heliópolis; Arbol de la Virgen; Menfis; Desierto de Ghizé; Grandes Pirámides; Luxsor; Ruinas de Karnac (las más grandes de la tierra); Regreso al Cairo y Alejandría, y por la Isla de Candía á Italia». En RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Panorama literario...*, p. 247.

¹⁴ Carta de Gumensindo Laverde a Marcelino Menéndez y Pelayo (Santiago, 14 de febrero de 1882), en MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino: *Epistolario*, vol. 5, carta nº 253. La cursiva en el original. [En Biblioteca Virtual de la Fundación Ignacio Larramendi: <http://www.larramendi.es> (visto 21/05/2017)].

¹⁵ A pesar de la intensa vigilancia a la que sometía la policía parisina a los emigrados políticos, no se conserva en el Archive de la Préfecture de Police de París ningún expediente ni ninguna referencia a Barcia en esa época. Para el exilio español en París, ver MARTÍNEZ, Fernando, CANAL, Jordi y LEMUS, Encarnación (eds.): *París, ciudad de acogida. El exilio español durante los siglos XIX y XX*, Madrid, Marcial Pons, 2010. En especial, los capítulos de Fernando Martínez sobre “La «corte

económica de Barcia era muy precaria. Ana de Cantos había solicitado la pensión de montepío que le correspondía por herencia de su padre, fallecido el 11 de marzo de 1874, lo que suponía 950 pesetas anuales, pero se la retiraron en julio de 1875 al contraer matrimonio con Barcia¹⁶. Una celebración a la que, por cierto, sólo asistieron como testigos su sobrino José María Faquinet, su casero y el traductor jurado que preparó la documentación para el enlace. La prensa refería de manera regular la «situación menesterosa» en la que vivían Barcia y su familia; tan conocido era el tema que un malhechor llamado José Rebollo andaba por Cataluña haciéndose pasar por el propagandista, pidiendo dinero en algunas casas¹⁷. La anécdota subraya su popularidad.

La muy escasa correspondencia que conocemos de Barcia en esta época corrobora sus penurias económicas, ya que se dirige a diferentes amigos como Narciso Campillo o Protasio Solís suplicando ayuda para que su familia no muera de hambre: «Si algunas almas generosas no acuden en mi ayuda llegará una hora no lejana en que aparecerán tres cadáveres: el de mi señora, el de mi hijo y el mío con ellos, porque yo acabaré donde ellos acaben»¹⁸. La imagen de padre de familia dedicado a los suyos está presente en todas las referencias de esa época. En realidad, según recordaba años después su hijo Roque, apenas vio a su padre en los años que pasaron en París. El niño estaba interno en un colegio de Choisy-le-Roi, a las afueras de la ciudad, pero dice que lo visitaban algún que otro domingo. Recordaba el rostro de su padre «encendido por la sonrisa paternal», pero preocupado y angustiado. No tuvo una imagen precisa de su progenitor hasta que regresaron a Madrid en 1879¹⁹.

Las penurias de Barcia en el país vecino tenían que ver con las dificultades que encontró para dar salida a su obra a partir de 1874. Una circunstancia que, en mi opinión, no fue nada ajena a la absoluta demolición de su imagen pública de escritor prestigioso y respetable al hilo del episodio cantonal. Cuando regresó de Tierra Santa,

revolucionaria». Ruiz Zorrilla en París” (pp. 113-157) y el de Pere Gabriel sobre “Militantes y activistas bajo control. Federales, socialistas y anarquistas en París, 1868-1914” (pp. 159-182).

¹⁶ Archivo General de la Administración, Expediente de Ana de Cantos y Oller, c. 19461, expt. C-375.

¹⁷ *La Correspondencia de España*, 19 de enero de 1875, p. 1 y 28 de febrero de 1875, p. 5; *El Imparcial*, 15 de junio de 1875, p. 3. El caso de José Rebollo en *Crónica de Cataluña*, 17 de septiembre de 1875, p. 2; *La Correspondencia de España* el 21 de septiembre de 1875, p. 2; *El Siglo Futuro*, 22 de septiembre de 1875, p. 2; *El Globo*, 27 de septiembre de 1875, p. 1.

¹⁸ Carta de Roque Barcia a Protasio Solís, citada en *El Heraldo de Madrid*, 25 de septiembre de 1930, p. 4; Correspondencia de Roque Barcia con Narciso Campillo, Biblioteca Nacional de España [BNE], MSS/20286/21.

¹⁹ “El hijo de Roque Barcia pide trabajo”, *El Heraldo de Madrid*, 12 de enero de 1932, p. 15.

quiso compartir con el público español –«un pueblo grande»– lo que había sentido y pensado en el curso de su viaje, por lo que se propuso escribir un libro acerca de sus experiencias. En principio, publicó la introducción de *La cruz de ciprés* o *El libro de piedra* en la *Revista Latino-Americana* de París, pero pronto se vio que no le iba a resultar tan fácil volver a publicar en España. Con toda probabilidad, el texto llegó a varias revistas o periódicos españoles, ya que *La Iberia* insertaba un comentario sobre el tema en sus páginas. Vale la pena reseñarlo porque da cuenta, precisamente, de la operación de resignificación de la figura de Barcia en la esfera pública, a partir de la vinculación de su imagen con lo absurdo y lo ridículo. El redactor dice tener a la vista la introducción de libro, que comenta en estos términos:

«¡Felices nosotros! Hace tiempo que, privados de los escritos de Roque Barcia, teníamos que contentarnos con los del Lunático. [...] Esta obra se titulará: *La cruz de ciprés*. O *El libro de piedra*. Sólo le falta aquel título de cierta obra bufa: *Esto no tiene nada que ver con el sentido comun*»²⁰

No parece que el simple título justifique el comentario. En la misma página hay otro suelto que profundiza en esa idea, cuyo asunto, en realidad, nada tiene que ver con Barcia: «Al doctor Garrido le han hecho socio en una academia italiana. ¡Valiente academia! Sólo le falta contar á don Roque entre sus individuos». Más elocuente es el reproche que dirigía *La Época* al estilo «retumbante y figurado» de su colega *La Nueva Prensa*:

«¿No es pueril y risible en un periódico formal el párrafo que ayer dedica al jefe del gobierno, el cual vamos á reproducir, porque este género de ataques solo daña al que los concibe, pues demuestra un estado patológico de la mente, de que no se había dado caso en la prensa desde que dejó de escribir el Sr. D. Roque Bárcia?»²¹

La imagen de Barcia es utilizada, como se ve en estos ejemplos, no sólo como objeto sino también como herramienta de ridiculización. No se trataba, como decía *La Época*, de que Barcia hubiese dejado de escribir. Trabajaba de manera incansable en diferentes textos y, sobre todo, en lo que sería el primer diccionario etimológico de la lengua española. Lo que ahora no podía hacer el que había sido *periodista sin rival* era, precisamente, publicar. Es muy elocuente, en este sentido, una carta que mandó desde

²⁰ *La Iberia*, 27 de noviembre de 1874, p. 3.

²¹ *La Época*, 26 de septiembre de 1876, p. 2.

Londres –una ciudad que siempre había querido visitar– a Juan Eugenio Hartzenbusch a finales de 1874. En ella le expone sus trabajos y le pide ayuda al viejo literato para que, como miembro de la Academia española, ofrezca a esta institución en su nombre la publicación de sus etimologías:

«Mi distinguido compañero: trabajando de día y de noche bajo una atmósfera de hielo, escribo “el mundo curioso” y “el libro de piedra”, que acaso está llamado á ser una modesta gloria nacional; y permita V. que mi desventura se solace con esta lisonja del orgullo, porque nada es tan orgulloso como el sufrimiento.

Propuse la publicación de “el mundo curioso” á los diferentes editores de Madrid y de Barcelona: no lo quieren. [...]

Usted sabe que ese habla gloriosa es quizá la única lengua neo-latina que carece de una obra maestra, verdadera matriz de todas las obras, el espíritu de todo lenguaje, la ciencia de toda palabra, el momento de todo idioma, el linaje de los linajes, el libro de los libros: un diccionario general etimológico.

Propuse á un editor la publicacion de ese diccionario, para cuya empresa contaba y cuento con un caudal de doce á trece mil etimologías, propias y extrañas: el editor no lo quiere tampoco.

Ofrecí artículos á la Revista internacional de Bruselas, al Correo de Europa de Londres, á todas las revistas de Marid, á todas las Revistas de España: tampoco los quieren.

He propuesto la publicacion de una Revista para la Península y Ultramar: no responden.

He propuesto la traducción de un gran romance: no contestan.

He propuesto la traducción de un libro célebre: callan.

Réstame, mi distinguido compañero, llamar á su puerta, para que V. se digne llamar á las de la antigua Academia española [...]

Cuando tantos me niegan la hospitalidad de la vida, yo sé que V. no ha de negarme la sagrada hospitalidad del pensamiento.

Cuando tantos oídos ensordecen, yo estoy seguro de que V. tiene oídos que me oirán [...]

Si las Academias española y francesa ensordecen también, tendré que decir á mi señora y á mi hijo: “puesto que no hallamos oídos que nos oigan; puesto que vivimos en medio de esta sordera univesal, no hay mas camino que morir abrazados á un santo madero que á todos perdona, que á todos ama, que por todos suspira, que llora por todos”»²²

Nadie estaba ya interesado en publicar a Barcia. Ni *El mundo curioso* ni *El libro de piedra* llegaron a ver la luz. Por su parte, la Academia tampoco andaba muy holgada de fondos y, aunque se planteó en la junta correspondiente pedirle alguna muestra de las etimologías, al final resolvió no comprometerse con más gastos²³. La situación de Barcia

²² Carta de Roque Barcia a Juan Eugenio Hartzenbusch (Londres, 29 de noviembre [de 1874]), BNE, MSS/20805/209.

²³ *Libro de Actas de la Real Academia Española (1874-1876)*, 4 de febrero de 1875, pp. 87-88; Carta de Juan Eugenio Hartzenbusch a Roque Barcia (Madrid, 8 de febrero de 1875), BNE, MSS/20824/7.

era realmente difícil, aunque no se puede descartar que escribiera de manera anónima en alguna publicación²⁴. No parece que, a pesar de las circunstancias, pensara en dedicarse a otra tarea que no fuera la escritura, a la que decía dedicar dieciocho horas al día.

A pesar de todo, Barcia no se acogió a la ley dictada el 22 de julio de 1876, por la que se podían sobreseer «los procesos incoados antes del 30 de diciembre de 1874 por delitos políticos»²⁵. Aún permaneció unos años en el exilio, hasta que pudo publicar en París el *Prólogo del primer Diccionario General Etimológico de la lengua española* a finales de 1878²⁶. Los periódicos españoles se hicieron eco de la noticia rápidamente, augurando «el buen nombre» que la empresa depararía a Barcia, quien había acometido por primera vez una obra muy necesaria que la Academia llevaba años anunciando sin llegar a realizar²⁷. El prólogo contenía unos apuntes introductorios e históricos, pero también una nota en la que Barcia protestaba contra algunos rumores que circulaban acerca de él: que había solicitado el indulto, que trabajaba como secretario del marqués de Molins —embajador en París en aquel momento— o que estaba asalariado en la embajada. Negaba todo ello y lamentaba tener que dar esas explicaciones: «yo creí que un padre de familia, ausente de la patria, debía merecer algún respeto; si no por propia dignidad, por amor al prójimo»²⁸. No era, de todas maneras, lo peor que se decía de él, como se ha visto. En cualquier caso, no pedía un indulto al Gobierno de Cánovas del Castillo, sino un «período de tolerancia» para poder publicar su Diccionario.

En diciembre de 1878, apenas un mes después de publicar el *Prólogo*, Barcia anunció que «no pudiendo publicar en el extranjero el primer Diccionario general etimológico de la lengua española, ni volver á España como hombre político», había tomado la determinación de retirarse de la política. «Vuelvo á ser lo que era ántes de ser republicano: español»²⁹. La noticia fue bastante comentada, aunque no faltó quien le reprochara con agrias palabras su pasado cantonal y reconviniera al pueblo a recordar las lecciones que su conducta ofrecía, después de que «sus exageraciones, sus

²⁴ En *El Pabellón Nacional* aseguraban que «el estilo bíblico» que usaba en sus artículos *El Clamor de la Patria* se debía a que, según les habían confirmado, estaban escritos por Barcia. *El Pabellón Nacional*, 12 de julio de 1878, p. 2.

²⁵ *Gazeta de Madrid*, 25 de julio de 1876, p. 213.

²⁶ El prólogo está fechado a 13 de octubre de 1878. En BARCIA MARTÍ, Roque: *Prólogo del primer Diccionario General Etimológico de la lengua española*, París, Tipografía de A. Lahure, 1878.

²⁷ *La Iberia*, 1 de noviembre de 1878, p. 3.

²⁸ BARCIA MARTÍ, Roque: *Prólogo del primer...*, s.p.

²⁹ *Diario de Avisos de Madrid*, 4 de diciembre de 1878.

intemperancias y sus locuras» trajeran «la catástrofe del 3 de enero». Precisamente, la censura provenía de *El Globo*, el periódico de Castelar, que incluso fue criticado por «varios periódicos afectos a la situación» debido a la crueldad de sus comentarios³⁰. Por mucho que Barcia quisiera retirarse, la sombra de su etapa política era alargada y, de hecho, por esas mismas fechas en las que anunciaba su retirada, su nombre se vio envuelto en un asunto que volvía a sacar a la palestra –si bien indirectamente– los hipotéticos *efectos caóticos* de su radical antimonarquismo.

Se trataba del caso de Juan Oliva Moncusí, joven tonelero de 22 años, natural de Cabra del Camp (Tarragona), republicano federal e internacionalista declarado, que había atentado contra la vida de Alfonso XII el 25 de octubre de 1878³¹. Le había disparado con un revólver Lefauchaux, sin alcanzar su objetivo. Entre las pruebas de cargo que citaba el juez se encontraban sus lecturas:

«Que Juan Oliva, que desde hace tiempo se ha dedicado á la lectura de periódicos, teniendo especial complacencia en hacerlo con los escritos y artículos de Roque Barcia, Pí, Víctor Hugo y otros escritores de exageradas ideas políticas y sociales; que es republicano federal; que se halla afiliado á la sociedad Internacional, que á pesar de estar prohibida en España existe clandestinamente; y que guiado por sus inclinaciones especialmente, ha leído cuantos artículos, noticias y antecedentes se han publicado referentes á los dos últimos atentados cometidos contra la vida del emperador de Alemania, cuyos hechos se declaran probados por confesión del Oliva»³²

Uno de los médicos que lo examinó, con objeto de averiguar el estado de sus facultades mentales, dictaminó «que la educación de Oliva es poco sólida, habiendo cultivado sólo la instrucción política de una manera torcida, no pensando más que en el triunfo de la república federal, considerando el medio más eficaz el regicidio». No hallaba en el reo enajenación mental, pero sugería que podría sufrir «monomanía». La educación *torcida* de Juan Oliva provenía, está claro, de la lectura de propagandistas federales como Barcia y otros, que le habían movido a la acción política. A la vista del

³⁰ *El Globo*, 4 de diciembre de 1878, pp. 2 y 3 y 5 de diciembre de 1878, p. 2.

³¹ El estudio de referencia sobre el fenómeno de la concurrencia entre federales e internacionalistas sigue siendo LÓPEZ ESTUDILLO, Antonio: *Republicanismo y anarquismo en Andalucía. Conflictividad social agraria y crisis finisecular (1868-1900)*, Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, 2001.

³² La sentencia completa de Juan Oliva en *La Iberia*, 13 de noviembre de 1878, p. 1. No era la primera vez que Oliva trataba de asesinar a Alfonso XII. Cuando el rey visitó Tarragona, lo siguió en una barquilla con objeto de matarle, por si se le presentaba la ocasión en el momento del desembarco, y luego lo siguió hasta la catedral, donde no pudo ejecutar su plan porque, al cambiarse de ropa, olvidó el revólver en su casa.

caso, y habiendo salido su nombre, Barcia se sintió en la obligación de emitir un comunicado en el que condenaba categóricamente el asesinato: «Si una inteligencia extraviada se inspiró en mis escritos para cometer un horrible atentado [...] millares y millares de inteligencias rectas se inspiraron en ellos para detestar la vil alevosía y ser hombres honrados, dignos, laboriosos»³³. Oliva fue condenado a muerte por un delito frustrado de lesa majestad y ejecutado a garrote³⁴.

Finalmente, tal y como había anunciado, Barcia regresó a España en abril de 1879, a un Madrid «pequeñito y pálido [...] lleno de silencio»³⁵. No fue fácil lograr su objetivo de publicar el *Diccionario general etimológico* y, aunque en ocasiones lo dio todo por perdido, consiguió sacarlo a la luz a principios de 1880 gracias «á los esfuerzos combinados de algunos amigos, tan nobles como desinteresados»³⁶. La obra tuvo buena acogida y, desde luego, algún amigo influyente le quedaba, porque el ministerio de Fomento adquirió doscientos ejemplares del *Diccionario* con destino a las bibliotecas públicas³⁷. Por aquel entonces ya se hacía notar que no entrara en la Academia en reconocimiento de su valía como lexicógrafo; incluso Gumersindo Laverde le aseguraba a Menéndez y Pelayo que «algo mas útil sería en la Academia que los Balagueres y los Echegarays»³⁸. En efecto, después de escribir tres diccionarios a lo largo de toda su carrera literaria, Barcia nunca ingresó en la Academia. Con todo, el *Diccionario general etimológico* fue la última obra que publicó, aunque siguió escribiendo de manera infatigable.

Durante sus últimos años llevó una vida retirada y discreta, apenas entretenida por las visitas de unos pocos discípulos y correligionarios, con los que compartía partidas de ajedrez y recuerdos de sus exilios y de su viaje por Tierra Santa. Algunos le

³³ *El Pabellón Nacional*, 5 de noviembre de 1878, p. 3.

³⁴ No era el único magnicida español que mantuvo contacto con el federalismo de una u otra manera. El anarquista Mateo Morral, célebre por su intento de asesinato perpetrado contra Alfonso XIII el día de su boda, mantuvo una relación cercana al pupilaje con Nicolás Estévanez. Llegó a publicar un volumen, fruto de sus conversaciones, titulado *Pensamientos revolucionarios de Nicolás Estévanez*. En el prólogo a la obra, Federico Urales se refiere al cantonalismo –aunque no nombra a Barcia en relación con Cartagena, sino a José López Montenegro– y afirma que «El espíritu de aquellas insurrecciones cantonales era el espíritu del anarquismo de hoy». Mateo Morral explicaba que sus compañeros conocían los artículos de Estévanez e, incluso, sabían alguno de memoria. MORRAL, Mateo: *Pensamientos revolucionarios de Nicolás Estévanez*, Barcelona, José J. de Olañeta, 1978.

³⁵ *La Época*, 26 de abril de 1879, p. 3; *La Iberia*, 27 de abril de 1879. La cita en “El hijo de Roque...”

³⁶ RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Panorama literario...*, p. 248.

³⁷ *Gaceta de Madrid*, 25 de enero de 1880, p. 229.

³⁸ Carta de Gumersindo Laverde a Marcelino Menéndez y Pelayo (Santiago, 14 de febrero de 1882)...

llevaban noticias y saludos de Pi y Margall o de Castelar, viejos y queridos amigos a los que lamentaba no ver desde hacía mucho tiempo³⁹. Pero, a pesar de la atmósfera de indiferencia que rodeó su figura al final de su vida, no todo el mundo debía haberle olvidado. En 1881, en Castellón de la Plana, una «mujer del pueblo» sorprendió a Pi y Margall y sus acompañantes por su entusiasmo, «su nada común instrucción y su extraño valor revolucionario». Según Vicente Suárez Casañ, quien tuvo ocasión de conocerla –aunque no recoge su nombre–, «sab[ía] de memoria muchos folletos de Roque Barcia»⁴⁰. Por aquel entonces, hacía cerca de diez años que el propagandista no publicaba ningún folleto.

A las cinco de la tarde del 2 de julio de 1885, Roque Barcia falleció de un catarro senil en su vivienda de la calle Atocha de Madrid, sin dejar testamento. Su hijo Roque contaría, muchos años después, que este era el recuerdo más penoso de su infancia. Recordaba el silencio que cayó sobre aquella casa, atestada de libros, papeles, mapas y pinturas que el propagandista federal había ido atesorando a lo largo de su agitada vida, dedicada al estudio y a la escritura. Sólo se oían los sollozos de las sombras enlutadas que se movían, sigilosas, por los pasillos⁴¹. El acompañamiento, en esos momentos, debió ser escaso; apenas la familia más cercana y unos pocos amigos. Fue enterrado en el Cementerio Sacramental de San Lorenzo y San José de Madrid bajo una lápida que hoy ya no existe y en la que no figuraba su nombre, sino el de su padre. Junto a él, como único epitafio, sólo aparecía inscrito su oficio: escritor público⁴².

³⁹ SÁNCHEZ ORTIZ, Modesto: “Testimonios de un ochentón”, *El Imparcial*, 1 de marzo de 1833, p. 3; RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Memorias de un revolucionario*, Madrid, Plutarco, 1931, p. 142. En sus últimos años, sólo sabemos de su participación, como Socio Honorario, en la Sociedad Colombina Onubense, fundada en 1880 para conmemorar el IV centenario de «la salida de Colón hacia el Nuevo Mundo». Parece que también perteneció a la logia masónica *Comuneros de Castilla*, fundada el 1 de mayo de 1871. No se sabe cuándo ingresó ni cuándo la abandonó, pero el libro de reglamentos de la logia fue publicado en 1888 y aparece Roque Barcia en una lista de hermanos fallecidos. Según este documento, Barcia adoptó el nombre simbólico *Danton* y alcanzó el grado 18. MÁRQUEZ MACÍAS, Rosario: “La creación de la sociedad colombina onubense”, *Huelva en su Historia*, 2 (1988), pp. 633-654; ESCOT MANGAS, Sergio: *Catolicismo liberal en la obra de Roque Barcia. Filósofo, Masón, Clerófono, Ácrata, Revolucionario, Demócrata, Republicano Intransigente, y demás gentes de mal vivir*. Tesis doctoral dirigida por Diego Núñez Ruiz., Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, 2002, pp. 208-209.

⁴⁰ SUÁREZ CASAÑ, Vicente: *Viaje de Don Francisco Pi y Margall a Valencia*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Góngora, 1883, p. 78.

⁴¹ *El Heraldo de Madrid*, 12 de enero de 1932, p. 15.

⁴² *Recuerdo de los cementerios de Madrid*, Madrid, Imp. de José M. Ducazal, 1891, p. 17. Es posible que la familia utilizara el nombre del padre para poder enterrarlo en sagrado, ya que estaba excomulgado.

Conclusioni

L'approccio alla figura di Roque Barcia tracciato nelle pagine precedenti non pretende certo di esaurire le possibilità analitiche offerte dal personaggio, ma intende piuttosto affrontare alcuni aspetti che aiutino a comprendere la cristallizzazione di una traiettoria intellettuale e politica come la sua nel quadro del processo di costruzione dello Stato-nazione liberale in Spagna. Il percorso tortuoso che portò il figlio minore di uno scrivano pubblico della Real Isla de la Higuey a trovarsi nella condizione di poter sfidare seriamente le strutture dello Stato all'altezza del 1873 mostra per l'appunto le possibilità di scalata sociale che l'articolazione del nuovo spazio pubblico liberale offriva a un profilo come quello di Barcia. Un percorso che, nonostante le pretese di unicità e coerenza avanzate dal propagandista, era costellato di deviazioni, rotture, ostacoli e contraddizioni. Il suo formidabile successo come scrittore pubblico democratico, repubblicano e federale dà conto della sua particolare capacità di stabilire un contatto con il pubblico, ma mette in evidenza anche il fatto che la sua posizione nella sfera pubblica doveva molto al suo impegno politico con il repubblicanismo risalente al Biennio Progressista. La notevole diffusione del movimento repubblicano a partire dalla metà degli anni '50 e la sua esplosione dopo la *Rivoluzione Gloriosa* costituiscono infatti lo sfondo della grande affermazione di Barcia come propagandista popolare. La sua azione a partire dal 1868 e il suo coinvolgimento nell'insurrezione cantonale dell'estate del 1873 mettono in luce non solo le possibilità effettive di una leadership come la sua – carismatica e messianica –, ma anche le difficoltà dei repubblicani nella consolidazione effettiva del processo di democratizzazione del sistema.

Affrontare lo studio di Barcia come propagandista politico esige un'attenzione particolare nei confronti del quadro di riferimento – sociale, politico, culturale – che lo costituì come soggetto agente nella sfera politica. È evidente che questo processo non si

esaurisce negli anni di formazione, sebbene si possa certamente dire che esso assume i suoi tratti distintivi fondamentalmente nei primi trentaquattro anni di vita, fino alla piena identificazione nella figura dello scrittore pubblico democratico, repubblicano e federale dopo la rivoluzione del 1854. Lo studio dei contesti nei quali trascorsero l'infanzia e la giovinezza di Barcia rimanda non solo all'esperienza del tempo storico vissuto, tra il Triennio Liberale e il Biennio Progressista, ma anche alle diverse tradizioni intellettuali che andarono formando la matrice conoscitiva che gli permetteva di dare senso alla realtà che lo circondava e alle azioni che in essa realizzava. In questo senso, si possono mettere in rilievo alcune chiavi che aiutano a comprendere il suo modo di pensarsi e di agire, come soggetto politico dotato di una posizione sociale determinata, così come appare a metà degli anni '50.

Da una parte, la storia familiare inquadra Barcia nel processo di formazione di nuove élites liberali che si possono assimilare alla *borghesia umanistica* italiana¹. Il caso del padre illustra bene questo processo, che accelerò notevolmente a ridosso della rottura liberale della metà del decennio 1830-1840, ma che affondava le proprie radici nel contesto del riformismo borbonico e del tardo Illuminismo nel quale esso si era formato. Tra la crisi dell'Ancien Régime e il successo liberale, il suo profilo di scrivano pubblico trasse beneficio dai nuovi modi di intendere il prestigio sociale propri appunto dell'ultimo Illuminismo, intorno al merito, alla capacità personale e alla proprietà. Per la sua promozione non fu certo secondaria la capacità di intervenire nella sfera pubblica, capacità basata tanto sulle sue conoscenze quanto sullo spirito di portavoce del bene comune che caratterizzava i funzionari pubblici – intesi come corpo – nell'ambito del riformismo illuminato e delle concezioni liberali relative alla sfera pubblica come istanza con funzione rappresentativa della volontà generale. La sua definitiva affermazione come scrittore politico avvenne nel contesto dell'articolazione della sfera pubblica liberale, che aprì a nuove possibilità di relazione con lo Stato centrale e contribuì al consolidamento di nuove élites professionali, soprattutto quelle legate al mondo del diritto. Dalla metà degli anni '30 queste trasformazioni crearono inoltre nuove opportunità di ascesa sociale – e di realizzazione personale – per i giovani più inquieti, in campi come la letteratura e la politica, nei quali confluiva la comprensione della cosa pubblica.

¹ MERIGGI, Marco: "La burguesía italiana y alemana: un análisis comparativo", in FRADERA, Josep María e MILLÁN, Jesús (a cura di): *Las burguesías europeas del siglo XIX. Sociedad civil, política, cultura*, Madrid, Biblioteca Nueva-PUV, 2000, pp. 259-276.

Dall'altro lato, ma in stretta connessione con quanto appena detto, l'infanzia e la giovinezza situano Barcia nel conflittuale processo di crisi dell'Ancien Régime e del trionfo del liberalismo. Sebbene occorra prudenza quando si vogliano fare attribuzioni automatiche in riferimento ai modelli identitari trasmessi nel seno familiare, all'immagine autoreferenziale di *borghesia umanistica* si può aggiungere una precoce esperienza politica grazie all'attività patriottica del padre. Nell'ambito familiare dovette ricevere un'educazione conforme ai valori e ai principi del liberalismo radicale di matrice illuminista professati da quello, nonché al suo rigorismo religioso. A partire da questo modello, in un contesto segnato dal trionfo rivoluzionario liberale e dai primi passi nella costruzione del nuovo ordine sotto la direzione dei progressisti, il giovane Barcia mostra il suo pieno inserimento nella narrativa sociale del progresso liberale. Questa si articolava intorno alle nozioni di istruzione, virtù, merito e utilità, vincolate all'ideale del cittadino libero e autonomo. Realizzò il suo particolare incontro con la politica mediante la professione di un progressismo egualitario e vicino alle dottrine del patto sociale che lo avvicinano a personalità come Joaquín María López. La sua evidente ammirazione nei confronti del repubblicano Ayguals de Izco fa pensare, addirittura, a una posizione filodemocratica entro i margini incerti del liberalismo avanzato. È necessario rimarcare che le risonanze del pensiero politico del padre – anticlericalismo, rigorismo, lettura civico-politica della dottrina cristiana, adattamento amministrativo alla natura di ciascun luogo – che troviamo nel repubblicanesimo federale difeso da Barcia anni dopo richiamano la nostra attenzione, precisamente, sul radicamento e la sopravvivenza di alcuni elementi della tradizione illuminista nella cultura politica repubblicana dell'Ottocento.

Infine, in stretto legame con l'articolazione della sfera pubblica dalla metà degli anni '30, gli anni da studente lo vedono operare nel contesto in cui emerge la figura dell'*autore* come professionista della scrittura, modulata dalla sensibilità romantica allora in auge. La letteratura veniva intesa non solo come un percorso di realizzazione professionale, ma anche come spazio di propagazione di verità morali, attinte dal letterato grazie alla sua genialità artistica: nell'immagine dello scrittore romantico confluiscono il genio individuale e la guida spirituale. Occorre segnalare che Barcia dimostrò un'autocomprensione *artistica* fin dai suoi primi testi, pubblicati nel 1843, espressa mediante un carattere impressionabile e una personalità segnata dalla fatalità, dal dolore, dalla malattia e dalla costante minaccia della tomba. La sofferenza si

presenta come l'asse organizzativo della sua esperienza di vita, ma egli comprende anche che il dolore è un modo per entrare in contatto con il sublime e racchiude un potenziale rigeneratore destinato soltanto agli *eletti*, ai grandi geni. È evidente che, fin dalla giovinezza, pensasse a sé stesso come a un uomo dotato di qualità – morali, intellettuali – straordinarie. Gli atteggiamenti che mostra contribuiscono a sottolineare l'importanza dei riferimenti letterari come materiali di costruzione del soggetto, in quanto fonti di comportamenti e immagini autoreferenziali che orientano il suo modo di sentire e costruiscono la sua esperienza.

In tal modo, dunque, durante l'infanzia e la prima giovinezza Roque Barcia andò annettendo alla propria soggettività tutte queste matrici di significato, di modo che esse ne costituirono le diverse dimensioni. A partire dall'immaginario autoreferenziale che legava la distinzione sociale della famiglia al merito della conoscenza, della proprietà e della capacità di intervenire nella sfera pubblica, era in grado di immaginare un orizzonte ipotetico di sviluppo sociale e professionale che concordasse con un certo *status* nel seno della *borghesia umanistica*. L'immagine includeva la sua istruzione, dalla scuola secondaria agli studi superiori, secondo criteri di utilità sociale e di formazione delle capacità. Ciò era perfettamente compatibile con l'espressione della propria genialità per mezzo della poesia, coltivata durante gli studi. Questo immaginario dava forma all'aspirazione a una vita piena, caratterizzata da riferimenti specificamente maschili: raggiungere una posizione rilevante nella sfera pubblica, insieme alla possibilità di accumulare esperienze importanti e qualificanti². Non per caso volle studiare Giurisprudenza e brillare nel teatro pubblico grazie all'esercizio di una professione liberale che riunisse merito e utilità, anche se la frustrazione delle sue ambizioni lo obbligò a ridisegnare lo scenario nel quale immaginare il proprio sviluppo personale e professionale. La ricerca di un percorso di realizzazione personale lo portò, a partire dal 1843, a riorientare i suoi passi verso il campo letterario, la qual cosa implicava l'assimilazione della sfera pubblica liberale post-rivoluzionaria come uno spazio di azione e di professionalizzazione accessibile, in cui fosse possibile sviluppare liberamente il proprio genio creativo e in cui il talento individuale venisse debitamente ricompensato. Spicca, in questo contesto, l'ansia di ottenere il riconoscimento pubblico

² CRUZ VALENCIANO, Jesús: *El surgimiento de la cultura burguesa. Personas, hogares y ciudades en la España del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 2014, in particolare pp. 37-99.

e la gloria per mezzo dell'attività letteraria, intesa come espressione della propria genialità.

Occorre segnalare almeno tre questioni riguardo alle possibilità pratiche che offriva il nuovo scenario di autorealizzazione immaginato da Barcia. In primo luogo, la preminenza di Madrid come asse dell'articolazione della sfera pubblica – e dello Stato – liberale, che lo obbligò a trasferirsi nella capitale nella primavera del 1844. Si trattò di una strada percorsa da molti figli delle borghesie professionali di provincia, come strategia di inclusione nelle élites a ridosso dell'articolazione dello Stato-nazione liberale; a mo' di esempio si può ricordare che nessuna delle grandi figure del repubblicanesimo con le quali condivise in seguito gli spazi – Pi y Margall, Castelar, Garrido, Figueras, Salmerón – era nato a Madrid. In secondo luogo, la letteratura e la politica costituivano due dimensioni inseparabili del soggetto liberale post-rivoluzionario che si stava costruendo in quei momenti, un fatto che si plasmava nella scelta di temi, generi e formati diversi. Ciò si collega al terzo aspetto, riguardante i limiti e le contraddizioni di una sfera pubblica liberale nella quale l'accesso dipendeva non solo dal talento e dal merito, ma anche da altri mezzi – come le relazioni personali o di patronato – che non erano alla portata di molti. Le possibilità di un giovane progressista appena arrivato a Madrid, senza relazioni in città, erano piuttosto limitate, e tanto più in una sfera pubblica che dal 1843 è ferreamente controllata dai moderati. In questo senso è significativa la proibizione del suo dramma *El dos de mayo!*, avvenuta nel 1846. Nonostante i tentativi di ottenere protezione e patronato da qualche grande figura politica del moderatismo, il suo successo fu praticamente nullo e la sua esperienza deludente.

Un po' più di successo ottenne invece a partire dal 1850, quando riapparve nello spazio pubblico dopo il rientro da un lungo viaggio di formazione in Italia compiuto tra la primavera del 1846 e la fine del 1849. L'esperienza del viaggio – coerente, d'altro canto, con il suo immaginario relativo allo *status* e alla formazione – si configura come un punto di svolta fondamentale nella formazione del suo pensiero filosofico e nel modo di intendere la propria funzione di scrittore. Il contatto con altre società e con istituzioni culturali europee in Francia e in Italia e l'esperienza rivoluzionaria del *Quarantotto* italiano dovettero influire sul suo animo impressionabile, per quanto quasi non ne faccia menzione nei pochi testi di carattere memorialistico che lasciò. Una cosa notevole

dell'azione politica di Barcia durante la tappa in cui si fece conoscere come *El Autor de los Viajes* – tra il 1852 e il 1854 – è proprio la sua inibizione assoluta nei riguardi dell'opinione pubblica. I progetti di questi anni, materializzati nella pubblicazione di diverse riviste letterarie illustrate e di un dizionario, perseguono una finalità istruttiva e moralizzante rivolta ai giovani delle classi medie che nasconde una certa critica contro l'élite culturale *ufficiale* dei moderati. Però, allo stesso tempo, presuppongono un tentativo di autorealizzazione della sua personalità *artistica* nella sfera pubblica: in questo periodo tutti i suoi sforzi sono diretti alla consolidazione di una qualche leadership di tipo carismatico attraverso il riconoscimento pubblico della sua autorità intellettuale, intesa come magistero morale.

El Autor de los Viajes può essere inteso come una messa in scena pubblica del letterato che nel frattempo era diventato, ossia come il suo *io letterario* in azione. Barcia costruisce la propria immagine di maestro e sacerdote, scopritore di una verità elevata alla categoria di *dottrina* che si impone in virtù della mera enunciazione e che egli offre alla patria per contribuire, con sacrificio, al suo progresso. La sua retorica patriottica racchiude un evidente nazionalismo culturale, che vuole legare l'indipendenza del suo pensiero all'indipendenza nazionale. L'atteggiamento mostrato nello svolgimento della sua funzione di *letterato del pensiero* denota un carattere polemico, sfidante, dogmatico e intransigente, saldamente ancorato al fatto di essere assolutamente convinto della verità dei propri principi e della rettitudine del proprio giudizio. Si noti che già in quest'epoca lo stesso Barcia sintetizza il suo carattere e la sua missione nell'immagine del Cristo redentore, un punto di riferimento che lo accompagnò lungo tutta la carriera. A partire da questo modo di pensare sé stesso, il proposito del suo magistero si materializza nell'articolazione di uno spazio d'azione comune – patriottico, istruttivo e moralizzante – al di sopra delle parzialità – in seno al liberalismo – e delle passioni politiche. È una proposta che rimanda già alla notevole influenza di Rousseau sul suo pensiero, riscontrabile anche negli elementi di continuità più che notevoli che troviamo tra la figura del *precettore* rousseauiano e il ruolo rappresentato da Barcia nella sfera pubblica.

Il suo magistero morale diede i suoi frutti, visto che riuscì a circondarsi di una piccola *famiglia letteraria*, composta da giovani scrittori di provincia con ambizioni, che lo accompagnò nei suoi progetti editoriali fino alla rivoluzione del 1854. È molto significativo il fatto che, tra di essi, troviamo tanto un giovane tradizionalista come

Gumersindo Laverde – che in quest’epoca ha un’eccellente opinione di Barcia³ – quanto democratici come Juan de Dios de Mora e Heliodoro del Busto. La sua sociabilità in questi anni ci mostra un circolo filodemocratico sorto intorno alle sue pubblicazioni, almeno dall’inizio del 1854, ma anche un vivaio di relazioni con grandi figure letterarie del liberalismo moderato. Barcia poteva essere un progressista vicino alla democrazia del tempo, ma tutte queste circostanze suggeriscono una ricerca di integrazione nei circoli dell’élite liberale, nello spazio creato da un certo consenso tra progressisti e moderati intorno all’elitarismo socio-culturale e al patriottismo⁴.

Ad ogni modo sembra chiaro che questo progetto di inclusione nelle élites liberali perse idealità – o attuabilità – a causa della rivoluzione del 1854. Se il percorso di Barcia era già stato un insieme di tortuosità e rotture, il suo incontro con la democrazia repubblicana e federale nel contesto del Biennio Progressista rappresentò il punto di svolta più importante nella sua carriera intellettuale, professionale e anche personale. L’identificazione come *scrittore pubblico repubblicano* fissò nella sua immaginazione un modo di pensare tanto la posizione dalla quale parlava quanto il senso della propria missione provvidenziale. All’inizio, se si guarda al suo primo manifesto politico del 30 luglio 1854 – nel quale, significativamente, abbandonò già il suo pseudonimo letterario –, non gli si può attribuire una posizione repubblicana, ma piuttosto un progressismo democratico e sovranista compatibile con una monarchia molto limitata nelle sue funzioni. È possibile che nei primi mesi del Biennio rimanesse in attesa, confidando nella sociabilità consolidata, sebbene tutto sembri indicare una virata brusca verso posizioni antimonarchiche in vista degli esiti della rivoluzione. Ciò è da connettere all’effetto di rottura che certe congiunture possono produrre nelle identità politiche – individuali o collettive –, in relazione con la frustrazione di aspettative di cambiamento politico⁵.

Occorre rilevare come la *conversione* di Barcia al repubblicanesimo lo legasse a una cultura politica di opposizione che aveva visto le proprie aspirazioni frustrate in tutto l’ambito europeo, salvo nella Svizzera del 1848, sebbene nel caso della Spagna –

³ BUENO SÁNCHEZ, Gustavo: “Gumersindo Laverde y la Historia de la Filosofía Española”, *El Basilisco*, 5 (1990), pp. 51-52.

⁴ BURGUERA, Mónica: *Las damas del liberalismo respetable. Los imaginarios sociales del feminismo liberal en España (1834-1850)*, Madrid, Cátedra, 2012, in particolare pp. 31-67.

⁵ BERSTEIN, Serge: “La cultura política”, in RIOUX, Jean-Pierre e SIRINELLI, Jean-François: *Para una historia cultural*, Città del Messico, Taurus, 1999, pp. 390-391.

come in altri paesi dell'Europa del Sud – il repubblicanesimo si fosse caratterizzato per la capacità di competere nella sfera pubblica con il liberalismo elitario e monarchico dominante. La notevole diffusione del repubblicanesimo a partire dalla rivoluzione del 1854 – e nei due decenni successivi – si alimentò di dinamiche politiche di lungo corso in relazione con le caratteristiche specifiche che in Spagna aveva assunto il processo di transizione dall'Ancien Régime al nuovo ordine liberale. Da un lato, la palese incapacità della monarchia spagnola di guidare dall'alto un processo di riforma politica graduale e pacifico, come era accaduto nella maggior parte dei paesi europei a partire dal 1815 e, nuovamente, dopo il 1848; dall'altro, il grande radicamento delle concezioni liberali contrattualiste e sovraniste, di matrice gaditana, nell'immaginario politico di ampi settori della popolazione; infine, l'evidente mancanza di consenso intorno a un modello monarchico che sancisse un'alleanza efficace e duratura tra la nazione spagnola e la monarchia: tutti questi fattori avevano favorito lo sviluppo di un *repubblicanesimo latente* che poteva essere interpellato con efficacia in contesti di rottura delle basi di legittimità della corona⁶.

Il contesto del Biennio Progressista mostra di fatto la capacità dei demo-repubblicani dell'epoca isabellina di mettere in discussione, nei momenti di crisi del sistema, le concezioni liberali egemoniche del mondo sociale e politico. Il timore di un esito repubblicano del conflitto aperto tra nazione e corona – con scarse possibilità reali, ma ancora credibile all'altezza del 1854 – fu uno dei fattori che in quel momento salvarono il trono di Isabella II, anche se la precarietà con la quale fu gestita tale continuità creò le condizioni che resero possibile la diffusione del movimento nella seconda metà del secolo. Dinanzi alle difficoltà dei progressisti di conciliare la difesa del trono di Isabella II con il principio della sovranità nazionale, i demo-repubblicani capitalizzarono il linguaggio della difesa del sovranismo e delle libertà, portandolo fino alle sue estreme conseguenze. Il crescente discredito della monarchia isabellina rafforzò la grande capacità dei repubblicani di articolare un discorso che potesse rompere il nesso indissolubile tra liberalismo e monarchia forgiato a ridosso della rivoluzione, a partire da una lettura radicale e individualista dei principi liberali. La mobilitazione di forme di identificazione politica intorno a una *visione del mondo* repubblicana non fu

⁶ MILLÁN, Jesús e ROMEO MATEO, María Cruz: "Modelos de monarquía en el proceso de afirmación nacional de España, 1808-1923", *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, 16 (2013), 20 pp.

affatto estranea, in questo senso, alla disputa per l'eredità liberale scaturita in seguito alla questione monarchica.

In questo contesto, nel quale si confrontano in modo problematico la dinamica politica e la sua costruzione significativa, bisogna collocare l'adesione di Barcia a un acceso repubblicanesimo e il successivo percorso propagandistico. Dalla primavera del 1855 le sue critiche al progressismo e al sistema rappresentativo rendono conto della cornice discorsiva nel quale egli cominciò ad agire come scrittore pubblico democratico, repubblicano e federale. Il suo impegno democratico lo situava, inoltre, nell'ambito di un partito in piena formazione discorsiva e organizzativa, che per questo si configurava per lui come uno spazio ideale per lo sviluppo dell'ideale autoreferenziale del profeta – nel quale concorrevano magistero e sacerdozio – chiamato a mostrare alla società il cammino che porta alla salvezza. A questo riguardo giova segnalare il suo modo di proporsi come guida e redentore sociale, portatore dell'unica *verità politica*. Il discorso sulla democrazia di Barcia viene ad aggiungere nuovi argomenti alla tesi – abbracciata in questo momento da figure come Francisco Pi y Margall, Fernando Garrido o José María Orense – che la libertà fosse assolutamente incompatibile con la monarchia, contribuendo alla formazione della cultura politica repubblicana della seconda metà dell'Ottocento.

In questo contesto la figura di Barcia rappresenta una via di accesso alle concezioni della democrazia articolate dalla metà del secolo, ma anche ai diversi tipi di leadership che si confrontarono nell'ambito della Prima Repubblica. Un approfondimento, sia delle articolazioni discorsive sia delle caratteristiche delle personalità chiamate a condurre la loro realizzazione pratica, può aiutare a comprendere l'orizzonte di soluzioni possibili – politiche, strategiche – che il repubblicanesimo apriva con l'obiettivo di una democratizzazione effettiva del sistema politico. In questo senso, sebbene le sue proposte concrete non si discostino molto dal programma democratico del momento, si possono mettere in rilievo alcuni aspetti che caratterizzano il modo in cui Barcia pensa la democrazia, repubblicana e federale, come l'unico sistema adeguato alla natura dell'uomo.

In primo luogo, e come tratto caratteristico di tutto il suo pensiero, spicca il peso dell'elemento religioso nei suoi argomenti, anche se si tratta di un elemento comune ai discorsi emancipatori della metà del XIX secolo. In quanto credente, la religione è uno

dei materiali culturali che lo costituisce come soggetto politico, una realtà necessaria, imprescindibile quando si pensa il mondo e si riflette sulla sua possibile trasformazione. Da una parte, la religione fornisce a Barcia un punto fermo – sia identitario sia filosofico – di fronte alla molteplicità dei principi, alla contingenza e al conflitto politico che si osservano in un mondo in piena trasformazione. Le sue *teorie* religioso-politiche – per mezzo delle quali pensa di aver raggiunto una *verità assoluta* – propongono una soluzione univoca ed essenzialista al problema del governo umano che pone serie limitazioni al pluralismo. La risoluzione delle tensioni – specialmente tra individui e società – passa per la via dell’omogeneizzazione essenziale degli uomini intorno all’*unità umana*, la quale può cancellare il conflitto sul piano teorico, ma non risolve problemi pratici. Dall’altra parte, il suo modo di intendere quella politica – unica e necessaria – esige una trasformazione delle coscienze orientate dalla morale cristiana verso il bene, sulle quali poter erigere l’edificio politico. La sua insistenza sulla necessità di un *cristianesimo cristiano*, depurato dal paganesimo e dalla superstizione, si trova in relazione diretta con quest’ultimo aspetto. La centralità della religione nelle proposte di Barica richiama l’attenzione sulla complessità del processo secolarizzante che si aprì in età contemporanea, non solo in rapporto con l’interrelazione tra religione e politica nella sfera pubblica, ma anche con la capacità delle narrative religiose di veicolare modelli identitari, anche politici, in epoca contemporanea⁷.

D’altro canto, sulla sua particolare narrativa cristiana del progresso, Barcia costruisce il significato della democrazia repubblicana e federale mediante tre linee argomentative intrecciate tra loro: come progetto di *umanizzazione*, come progetto di *cristianizzazione* e come progetto *politico*. Il suo anticlericalismo e il suo antimonarchismo, sui quali costruisce la propria immagine di propagandista repubblicano, contribuiscono ad approfondire la questione del *gentilesimo* della Chiesa e della corona, con un atteggiamento decisamente antisemita. Al contrario, la democrazia presuppone un *cristianesimo politico*, chiamato a emancipare radicalmente l’uomo mediante la semplice proclamazione delle libertà individuali intese come diritti non legiferabili derivati dalla natura umana. Nel suo *sistema*, ogni scopo appare

⁷ KATZNELSON, Ira e STEDMAN JONES, Gareth, “Introduction: multiple secularities”, in KATZNELSON, Ira e STEDMAN JONES, Gareth (a cura di), *Religion and the political imagination*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 1-22; ASAD, Talal: “Secularism, Nation-State, Religion”, in ID.: *Formations of the secular. Christianity, Islam, modernity*, Stanford, Stanford University Press, 2003, pp. 181-201; DE LA CUEVA, Julio: “Conflictiva secularización: sobre sociología, religión e historia”, *Historia Contemporánea*, 51 (2015), pp. 365-395.

subordinato alla riforma politica sotto la repubblica federale, unica espressione possibile della democrazia. È necessario segnalare quanto siano trascurati gli aspetti economici nelle teorie e nelle riflessioni di Barcia, di natura decisamente filosofica e incentrate sulla relazione dell'uomo – inteso come essere creato – con il sistema politico. Persino la sua concezione della federazione deriva da ragionamenti filosofici sulla natura, argomentati peraltro in un modo molto simile a come il padre, vent'anni prima, difendeva la diversità legislativa negli spazi locali. Il suo rifiuto del socialismo, in questo senso, dice bene la subordinazione delle questioni socioeconomiche alla politica intesa come strumento di armonizzazione degli interessi sociali. È assai interessante, all'altezza del 1865, anche il suo rifiuto di qualsiasi tipo di riforma, sebbene non sia affatto improbabile che in questo caso la forzatura degli argomenti fosse in qualche modo legata alla polemica tra *individualisti* e *socialisti*.

In ogni caso, è difficile estrarre dalle dottrine di Barcia una pratica politica attuabile che non passi per la necessaria riformulazione della forma dello Stato – tramite un movimento che possa costruire il potere politico dal basso verso l'alto – e per una ancora più necessaria trasformazione della coscienza degli uomini. Tutto il resto sarebbe arrivato da sé, spontaneamente. Da una parte, è vero che l'applicazione delle sue proposte concrete, dal suffragio universale maschile alla soppressione del monopolio su sali e tabacchi, all'abolizione della pena di morte – il programma democratico, in buona sostanza –, non presupponeva, teoricamente, la rivendicazione di uno Stato repubblicano. Pare chiaro che questa necessità irrinunciabile deriva dalla sovrapposizione simbolica della monarchia costituzionale – come sistema – con la pratica politica in epoca moderata, in virtù tanto dell'azione della corona quanto di quella del partito moderato, alla qual cosa si aggiunge la percezione problematica della prassi politica progressista. Oltre a ciò, tuttavia, l'orientamento esplicito del lavoro del Barcia propagandista verso la missione apostolica di trasformazione della coscienza degli uomini spiega il peso che le questioni di dottrina hanno nei suoi testi, fatto che contribuisce a diluire il piano della politica pratica. La sua proposta raccoglie e proietta verso la seconda metà del secolo, in maniera chiara, aspetti fondamentali del pensiero di Rousseau, specialmente il ruolo privilegiato della politica di fronte alle questioni economiche. A questo aggiunge però, sulla scia democratica dell'affermazione della *personalità umana*, un'evidente preminenza dell'individuo sulla società, nel senso che a esso attribuisce una serie di diritti non legiferabili che derivano dalla sua stessa natura –

dalle sue facoltà –, aspetto questo che si discosta dalla tradizione del liberalismo gaditano. Il rapporto stretto tra l'uomo e il sistema politico implica uno schietto sovranoismo che, unito all'esiguità dello Stato – appena accennato – può dar luogo a letture antistataliste, anche se l'idea che lo Stato dovesse avere funzioni molto limitate era comune nel liberalismo di metà secolo. Proprio questi due ultimi aspetti – diritti individuali illegiferabili e restrizione dello Stato – caratterizzano il discorso del repubblicanesimo dopo il Biennio Progressista.

Nel contesto del Biennio Progressista un discorso come quello di Barcia veniva ad alimentare una lettura radicalmente antimonarchica e anticlericale – e però evangelica – della democrazia che metteva in discussione le concezioni del liberalismo egemonico, specialmente di quello progressista. Si può dire che la democrazia repubblicana e federale contendeva ai progressisti, con un certo successo, lo spazio discorsivo del sovranoismo e della difesa dei diritti individuali portati fino alle loro estreme conseguenze, ma anche quello dell'autonomia del locale contro il centralismo moderato. In un contesto che vede la crescita del movimento demo-repubblicano, la quale non avrebbe smesso di accelerare nel corso dei due decenni successivi, i testi di Barcia riscossero una buona accoglienza tra i democratici. Il loro successo e la crescente popolarità non possono essere compresi senza tener conto dell'alleanza con una cultura politica in espansione che lo stesso Barcia contribuì a formulare dalla metà degli anni '50. L'inserimento nel partito democratico e nelle sue reti di sociabilità gli garantiva l'accesso a un pubblico, avido di letteratura politica, che in quegli anni cresceva notevolmente. Sebbene il nuovo successo dei moderati a partire dal 1856 si accompagnasse alla chiusura della sfera pubblica e alla persecuzione dell'opposizione, il cambiamento dell'immaginazione politica di almeno una parte degli spagnoli a ridosso dei dibattiti del Biennio fu alimentato negli anni successivi dal crescente discredito della corona e dalla profonda crisi del partito progressista. La diffusione del movimento repubblicano dal 1856 si verificò fondamentalmente a partire dall'articolazione di reti di azione e di propaganda clandestine che, anche se non riuscirono a raggiungere i loro obiettivi politici, seppero attrarre una parte della popolazione per nulla disprezzabile.

La chiusura della sfera pubblica dopo la fine del Biennio Progressista rappresentò un duro colpo per un uomo che, come Barcia, conosceva solo il mestiere di scrittore. Senza molte possibilità di collaborare con la stampa democratica, con le sue

opere proibite e relegate alla distribuzione clandestina, minacciato dalle perquisizioni di polizia, la situazione lo portò alla rovina economica a metà 1858. Eppure, nonostante le difficoltà seppe trovare la propria strada per diventare uno dei propagandisti repubblicani più popolari nel contesto della crisi finale della monarchia isabellina. Dopo un breve soggiorno a Parigi, Barcia dimostrò la propria capacità di trovare un mercato e un pubblico, riorientando la sua carriera verso il campo delle arti sceniche e ricavando profitto da generi che gli avevano già dato buoni risultati nel passato e che all'epoca contavano molti lettori, come la letteratura di viaggio e i dizionari. Tra il 1859 e il 1864, anche se non si distaccò mai dal partito, non collaborò apertamente con la stampa democratica.

Ciò non vuol dire che l'attività letteraria che svolse in quest'epoca sia priva di significato politico. Spiccano le sue riflessioni sul ruolo delle donne nella società post-rivoluzionaria, per le quali invoca una funzione attiva nel progresso della società attraverso l'esercizio di lavori utili, pur senza abbandonare mai l'ideale domestico dell'angelo del focolare. La sua idea di *donna sociale* nasconde contraddizioni notevoli a partire dagli stessi presupposti, ma nondimeno riconosce alle donne una dignità sociale che va oltre le nozioni di ordine e rispettabilità della società liberale e in ogni caso si distacca sensibilmente dalla misoginia che pure aveva mostrato nel periodo precedente al Biennio Progressista. È un argomento che lo interessò molto in quel momento e che riprodusse anche in alcune delle opere di teatro e zarzuela composte allora, nelle quali appare evidente la sua critica alle convenzioni sociali, cosa che gli procurò qualche problema con la censura. Il suo teatro dava spazio a temi e pensieri già presenti sulla scena spagnola – gerarchizzazione delle relazioni sociali di potere, conseguenze dei costumi sociali tradizionali, scontro tra l'uomo semplice e onesto e il potente immorale –, ma il modo particolare in cui risolveva i conflitti racchiudeva un'infrazione dell'ordine sociale con implicazioni politiche. Sebbene dunque per alcuni anni rimanesse lontano dalla stampa di partito, nondimeno veicolò la difesa della sua visione del mondo democratico per mezzo del teatro, in un modo peraltro coerente con la sua concezione della funzione moralizzante ed educativa dello spettacolo, proprie anche del tardo Illuminismo.

Il ritorno di Barcia alla stampa democratica avvenne nel 1864, e coincise con la mobilitazione insurrezionale dei progressisti dopo la ritrazione e con il tentativo dei democratici di articolare una struttura di partito nonostante le divisioni interne.

L'indecisione sull'atteggiamento da adottare di fronte all'orientamento rivoluzionario dei progressisti e la riapertura della polemica tra *individualisti* e *socialisti* segnarono la dinamica interna dei democratici in questa particolare congiuntura. In tale contesto Barcia si allineò chiaramente con il nucleo che si era formato intorno a Castelar e alla sua testata *La Democracia*: con i suoi numerosi articoli di fondo contribuì a elaborare le dottrine *individualiste* del giornale. Si possono ricordare, oltre alle polemiche con i neocattolici, gli attacchi al socialismo e la difesa di un'alleanza rivoluzionaria con i progressisti, alla quale partecipò attivamente, a quanto pare, grazie al suo coinvolgimento nella composita trama cospirativa nell'estate del 1864. Anche se nel primo caso non siamo dinanzi a una novità nell'attività politica di Barcia, colpisce comunque la convergenza con i progressisti, da lui duramente criticati sia precedentemente sia negli anni successivi. Tutto fa pensare a un'operazione di strategia politica finalizzata ad avvicinare il gruppo di potere organizzato intorno a Castelar, autentico uomo forte del partito in questo momento. La manovra diede i suoi risultati, se pensiamo che gli articoli di Barcia su *La Democracia* gli procurarono un'enorme popolarità e che inoltre egli entrò a far parte degli organi decisionali del partito, cosa che gli permise di partecipare al disegno dei programmi e delle strategie. La sua ascesa nelle file democratiche lo portò a capo della Giunta Rivoluzionaria del Portogallo durante il suo esilio in quel Paese, dopo l'insuccesso dell'insurrezione della caserma di San Gil, anche se il ruolo di questa Giunta non sembra sia stato molto rilevante nella preparazione della rivoluzione destinata a trionfare nel settembre 1868.

La Gloriosa significò il fallimento della monarchia costituzionale di Isabella II e l'apertura di una nuova epoca politica nella quale fu tentata una rifondazione dello Stato-nazione su basi democratiche. Come era già successo nel 1854, la rottura fu alimentata da dinamiche di lungo corso che avevano reso impossibile un'alleanza efficace e durevole tra la nazione e la monarchia in Spagna. Questa volta però non era più possibile la permanenza di Isabella II sul trono. Di nuovo la sovranità della nazione si manifestò attraverso la rivendicazione della legittimità a rifondare l'edificio politico, dando un'ulteriore prova del peso della concezione liberale gaditana e del linguaggio contrattualista nell'immaginario politico spagnolo legato alle idee di sovranità e volontà nazionali, destinati a perdurare per buona parte del XIX secolo. Questo percorso lascia intravedere una particolarità dell'esperienza spagnola rispetto ai processi di costruzione degli Stati-nazione europei ancora nella seconda metà del secolo, considerato che le

monarchie costituzionali predilessero sistemi di Carta Concessa dopo l'ondata rivoluzionaria del 1848. Si trattava di una via che si era mostrata efficace in altri casi, come in Italia, dove la monarchia sabauda aveva riscosso un ampio consenso grazie allo Statuto del 1848, persino da parte del repubblicano Garibaldi nonostante esso concedesse un suffragio assai ristretto⁸. In Spagna la dinamica fu molto diversa. Nei momenti di crisi del sistema, come era già successo nel 1854 e come sarebbe avvenuto ancora nel 1868, la sovranità della nazione – e il suo potere costituente – veniva invocata come principio di legittimità politica. Allo stesso tempo, però, il contenuto apertamente democratico del programma rivoluzionario, promosso dal movimento civico-popolare che accompagnò il pronunciamento militare, rende conto dell'estensione delle istanze democratiche – suffragio universale maschile, diritti individuali – a partire dal Biennio Progressista. *L'esplosione federale* che ebbe luogo nel corso del Sessennio Democratico ne è una prova evidente.

La complessa dinamica politica del Sessennio permette di osservare le possibilità e i limiti del federalismo spagnolo quanto al processo di democratizzazione del sistema, ma anche le possibilità di ascesa per un profilo politico come quello di Barcia, nell'ambito dello scontro tra monarchici e repubblicani e nel contesto di apertura radicale della sfera pubblica e di crescita esponenziale delle basi federali. In primo luogo, occorre rimarcare la stretta identificazione tra democrazia e repubblica federale sostenuta da gran parte del vecchio partito democratico dopo la sua rifondazione come Partito Democratico Repubblicano Federale. Si trattava di un'articolazione discorsiva che veniva da lontano e che condizionò le risposte possibili al problema della costruzione effettiva della democrazia nel contesto del Sessennio. Non era in ballo la semplice questione della forma dello Stato, bensì il fatto che la Repubblica Federale facesse proprio un ideale politico di emancipazione nel quale risuonavano la tradizione del liberalismo gaditano e le concezioni immediatiste del sovranismo esaltato del Triennio Liberale. L'atteggiamento ambivalente dei repubblicani di fronte alla proclamazione della monarchia democratica, tra legalità e insurrezione, deve essere inteso nella cornice di questa tradizione politica. A tal proposito bisogna segnalare che, anche se la difesa del diritto di insurrezione restò

⁸ LANGEWIESCHE, Dieter: "Monarchie und Republik im Europa des 19. Jahrhunderts", in DANIEL, Ute e FREY, Christian K. (a cura di): *Die preussisch-welfische Hochzeit 1913: Das dynastische Europa in seinem letzten Friedensjahrzehnt*, Brunswick, Appelhans Verlag, 2016, pp. 16-25.

sempre nel programma federale, è altrettanto vero che la posizione ufficiale del partito non si discostò dalla via legalista, almeno dopo il fallimento della rivolta dell'autunno del 1869. Di fatto questo fu l'aspetto che più profondamente divise il partito federale e che lo ridusse alla sostanziale disintegrazione alla fine del 1872. Cancellata la via costituente per legittimare la repubblica come figlia della rivoluzione, la soluzione ufficiale fu quella di articolare un'organizzazione del partito che riproducesse l'ipotetica struttura del futuro Stato federale e, soprattutto, diffondere le idee per mezzo dell'agitazione propagandistica.

In questo contesto la figura di Barcia assunse una dimensione enorme in qualità di apostolo della verità repubblicana. La sua grande popolarità lo promosse agli organi decisionali del partito e gli aprì le porte della rappresentazione nazionale come deputato e senatore, sebbene il suo principale campo d'azione politica continuasse a essere quello della propaganda. Ad ogni modo, se c'è una cosa che rappresenta bene la sua traiettoria politica durante il Sessennio, questa è senz'altro il contrasto tra il successo come *profeta sociale* e la sua incapacità come politico pratico. Quanto al primo aspetto, è possibile evidenziare alcune chiavi fondamentali che aiutano a comprendere la sua capacità di interpellare le potenziali *masse repubblicane*. In primo luogo, risalta la sua capacità di semplificare e rendere comprensibili, spesso in maniera manichea, la complessa realtà politica. Le sue spiegazioni si inseriscono inoltre in una narrativa cristiana del miglioramento che promette un orizzonte di nobilitazione degli uomini, cosa che poteva propiziare una ricezione positiva in certi settori popolari, anche neutrali o non mobilitati politicamente prima del 1868. In secondo luogo, il suo particolare stile biblico e appassionato, spietato e sentimentale, declamatorio e reiterativo, entusiasmava il pubblico federale. Ciò è strettamente legato a un terzo aspetto, ossia l'appello al sentimento come strumento conoscitivo, un elemento onnipresente nella sua opera. L'emotività e la forza espressiva delle immagini religiose cui ricorre si sommano al sentimentalismo debordante che Barcia esibisce nei suoi testi con l'obiettivo di muovere i buoni sentimenti affinché il pubblico apprenda ad *amare le sue idee*. Infine, l'efficacia della sua costruzione di sé – pienamente cosciente – come *evangelista del popolo* nella sfera pubblica non può essere compresa senza tener conto della sua capacità di condividere con il pubblico dolori ed emozioni, cosa che rimanda a sua volta alla considerazione del sentimento come manifestazione di una bontà naturale e universale. Questi ultimi due aspetti mettono in evidenza il permanere della cultura della sensibilità

settecentesca – modulata dal romanticismo – fino a Ottocento inoltrato, almeno nella cultura repubblicana⁹. Si tratta di una componente che peraltro era assai presente nei romanzi di autori repubblicani molto popolari dopo il 1840 circa, come ad esempio Ayguals de Izco e il suo *María o la hija de un jornalero*. Possiamo chiederci fino a che punto il pubblico fosse pronto, grazie a un’*educazione sentimentale* letteraria durata decenni, a recepire proposte come quella di Barcia. In ogni caso il suo successo richiama l’attenzione sulla rilevanza delle emozioni in un approccio alle varie forme assunte dai rapporti di identificazione politica tra il pubblico e alcune figure carismatiche in quel contesto¹⁰.

Come si è già avuto modo di notare, il notevole impatto della personalità pubblica di Barcia come *evangelista del popolo* contrasta con la sua incapacità assoluta di adattare il proprio profilo di *profeta sociale* agli spazi di realizzazione – e di negoziazione – politica. Ciò si avverte chiaramente nella sua problematica relazione con la politica parlamentare, ma anche nel disagio provocato dal suo carattere stravagante presso le élites del partito. Le sue cadute di tono e le sue puerilità non erano compatibili con l’immagine di un *politico serio* e, secondo i testimoni, il fatto che al suo enorme successo di pubblico non corrispondesse una posizione di rilievo nel partito fu motivo di disagio. Fu però nel contesto della Prima Repubblica che i suoi limiti come politico d’azione si manifestarono in maniera più evidente. Non si trattò comunque di un caso isolato. Proclamata come soluzione di compromesso dopo l’abdicazione al trono di Amedeo, la scelta della via legalista verso la Repubblica Federale da parte delle élites federali esacerbò la sfiducia tra coloro che si riconoscevano come *benevolenti* e *intransigenti*. Invece di generare dinamiche congiunte per consolidare la nascente repubblica – peraltro in un contesto di doppia guerra civile e coloniale –, la tensione sfociò in un conflitto intorno all’egemonia del processo di costruzione dello Stato-nazione repubblicano, rappresentato dall’escalation cantonale guidata – intellettualmente – da Barcia. La sua proposta, agitata con enorme virulenza – e con un certo successo tra i settori *intransigenti* – sulle pagine de *La Justicia Federal*, si riduceva a un’unica soluzione: costruire la federazione in maniera efficiente e al

⁹ BOLUFER, Mónica: “Afectos razonables: equilibrios de la sensibilidad dieciochesca”, in DELGADO, Luisa Elena, FERNÁNDEZ, Pura e LABANYI, Jo (a cura di): *La cultura de las emociones y las emociones en la cultura española contemporánea (siglos XVIII-XXI)*, Madrid, Cátedra, 2018, pp. 35-56.

¹⁰ ANDREU MIRALLES, Xavier: “Nación, emoción y fantasía. La España melodramática de Ayguals de Izco”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V Historia Contemporánea*, 29 (2017), pp. 65-92.

marginale delle istituzioni dello Stato repubblicano. In fondo era ciò che Barcia aveva proclamato con insistenza durante il regno di Amedeo. E in realtà era anche l'unica politica pratica che potesse scaturire dal suo sistema, come si è detto precedentemente. Nel suo pensiero la repubblica federale diventa un fine a sé che cancella ogni conflitto per la sua stessa virtù, cosa che implica anche un orizzonte in cui la politica è cancellata per mezzo dell'omogeneizzazione delle volontà. La confusione assoluta tra partito e popolo che caratterizza i suoi proclami è molto significativa in questo senso. È lecito chiedersi, guardando alla dualità di cui si è detto, quale fosse il percorso possibile per la soluzione escogitata da Barcia, orientata da una parte verso la mobilitazione di un'identità repubblicana che egli stesso aveva contribuito a costruire, ma senza gli strumenti per risolvere le sfide poste dalla complessa realtà politica.

Il conflitto intorno alla costruzione dello Stato-nazione repubblicano condusse il partito federale a una crisi che non seppe superare. Lo scontro armato tra repubblicani costituisce, in questo contesto, un fattore assolutamente non trascurabile per comprendere l'impossibile ricomposizione del movimento dopo il 1873. In ogni caso la rottura cantonale rappresentò per Barcia un nuovo punto di svolta: per la prima volta abbandonò il mondo della stampa e passò all'azione come leader repubblicano. Cartagena fu l'apice della sua carriera politica, ma anche la sua rovina. Con l'*apostasia* successiva non solo gettò discredito su sé stesso, ma contribuì anche a costruire quell'immagine caotica del 1873 che segnò la memoria collettiva e aprì una frattura abissale: quei «tempi di desolazione apocalittica» di cui avrebbe parlato Menéndez y Pelayo non dovevano ripetersi mai più. Da questo punto di vista si può dire che la rottura cantonale rappresentò l'esaurirsi di una tradizione politica di lungo corso, radicata in un'interpretazione immediatista della sovranità nazionale d'ispirazione rousseauiana che legittimava il diritto di insurrezione come espressione della volontà generale. Il caso di Barcia mostra in qualche modo come la traumatica rottura di questa tradizione poté portare all'accettazione del regime restaurazionista. Secondo la mia opinione, esso sintetizza uno dei grandi problemi storici della Spagna contemporanea: il passaggio tortuoso da un sovranismo politico – socialmente inclusivo – a un liberalismo delle élites – non democratico e in gran parte fittizio – che alla lunga si sarebbe mostrato inefficace nell'epoca della crescente affermazione della *società di massa*.

Conclusiones

La aproximación a la figura de Roque Barcia que se ha trazado en las páginas precedentes no pretende agotar las posibilidades analíticas que ofrece el personaje, sino abordar algunos aspectos que ayuden a comprender la cristalización de una trayectoria intelectual y política como la suya en el marco del proceso de construcción del Estado-nación liberal en España. El sinuoso camino que llevó al hijo pequeño de un escribano público de la Real Isla de la Higueyrita a verse en disposición de desafiar seriamente a las estructuras del Estado a la altura de 1873 muestra, precisamente, las posibilidades que ofrecía la articulación del nuevo espacio público liberal para el ascenso de un perfil como el de Barcia. Un camino que, a pesar de las pretensiones de unicidad y coherencia del propagandista, estaba jalonado de giros, rupturas, tropiezos y contradicciones. Su enorme éxito como escritor público demócrata, republicano y federal viene a dar cuenta de su particular capacidad para conectar con el público, pero también pone de manifiesto que su posición en la esfera pública era deudora de su compromiso político con el republicanismo desde el Bienio Progresista. La notable extensión del movimiento republicano a partir de mediados de la década de 1850 y su explosión tras la *Revolución Gloriosa* constituyen, precisamente, el marco del auge de Barcia como propagandista popular. Su actuación a partir de 1868 y su implicación en la insurrección cantonal del verano de 1873 ponen el foco no sólo en las posibilidades efectivas de un liderazgo como el suyo –carismático y mesiánico–, sino también en las dificultades de los republicanos para afirmar, en la práctica, la democratización del sistema.

Abordar el estudio de Barcia como propagandista político exige prestar atención al marco de referencias –sociales, políticas, culturales– significativas que lo constituyeron como sujeto actuante en la esfera pública. Es evidente que este proceso no se agota en sus años de formación, pero sí que se puede decir que se conforma en sus

rasgos dominantes durante sus primeros treinta y cuatro años de vida aproximadamente, hasta su identificación como escritor público demócrata, republicano y federal tras la revolución de 1854. El estudio de los contextos en los que discurrió su infancia y juventud remite no sólo a la experiencia del tiempo histórico vivido, entre el Trienio Liberal y el Bienio Progresista, sino también a las diferentes tradiciones intelectuales que fueron conformando la matriz cognoscitiva que le permitía dar sentido a la realidad que le rodeaba y a sus propias actuaciones en ella. En este sentido, se pueden destacar algunas claves que ayudan a entender su forma de pensarse y de actuar, como sujeto político socialmente posicionado, tal y como aparece a mediados de la década de 1850.

Por un lado, la historia familiar encuadra a Barcia en el proceso de concreción de unas nuevas élites liberales que se pueden equiparar con la *burguesía humanística* italiana¹. El caso de su padre ilustra ese proceso, que precipitó al hilo de la ruptura liberal desde mediados de la década de 1830, pero que tenía sus raíces en el contexto del reformismo borbónico y de la Ilustración tardía en el que se había formado. Entre la crisis del Antiguo Régimen y el auge liberal, su perfil de escribano público se benefició de las nuevas formas de pensar el prestigio social desde la Ilustración tardía, en torno al mérito, la capacidad y la propiedad. Su ascenso tampoco fue ajeno a su capacidad de intervenir en la esfera pública. Esta se basaba tanto en sus conocimientos como en el espíritu de portavoces del bien común que desarrollaron los servidores públicos –como cuerpo– en el marco del reformismo ilustrado y las concepciones liberales acerca de la esfera pública como instancia con función representativa de la voluntad general. Su definitiva eclosión como escritor político se produjo en el contexto de la articulación de la esfera pública liberal, que abrió nuevas vías de relación con el Estado central e impulsó la consolidación de nuevas élites profesionales, en especial relacionadas con el mundo del derecho. Desde mediados de la década de 1830, estas transformaciones también hicieron posibles nuevos caminos de ascenso social –y de realización personal– para jóvenes inquietos, en campos como la literatura y la política, en los que confluía la comprensión de lo público.

Por otro lado, pero muy vinculado con lo anterior, la infancia y la juventud de Barcia lo enmarcan en el conflictivo proceso de crisis del Antiguo Régimen y triunfo

¹ MERIGGI, Marco: “La burguesía italiana y alemana: un análisis comparativo”, en FRADERA, Josep María y MILLÁN, Jesús (eds.): *Las burguesías europeas del siglo XIX. Sociedad civil, política, cultura*, Madrid, Biblioteca Nueva-PUV, 2000, pp. 259-276.

del liberalismo. Aunque hay que ser prudentes a la hora de plantear atribuciones automáticas en relación con los modelos identitarios transmitidos en el seno familiar, a esa imagen autorreferencial de *burguesía humanística* se puede añadir una temprana experiencia de lo político a través de la actividad patriótica de su padre. En el ámbito familiar, debió recibir una educación acorde con los valores y principios del liberalismo radical de raíz ilustrada que aquel profesaba, así como con su rigorismo religioso. A partir de este modelo, en un contexto marcado por el triunfo revolucionario liberal y por los inicios de la construcción del nuevo orden bajo la dirección de los progresistas, el joven Barcia muestra su plena inserción en la narrativa social del progreso liberal. Esta se articulaba en torno a las nociones de instrucción, virtud, mérito y utilidad, vinculadas al ideal del ciudadano libre y autónomo. Resolvió su particular encuentro con la política mediante la profesión de un progresismo igualitarista y cercano a las doctrinas del pacto social que lo aproximan a personalidades como Joaquín María López. Su admiración manifiesta por el republicano Ayguals de Izco hace pensar, incluso, en una posición filodemócrata en los imprecisos márgenes del liberalismo avanzado. Cabe destacar que las resonancias del pensamiento político de su padre –anticlericalismo, rigorismo, lectura cívico-política de la doctrina cristiana, adaptación administrativa a la naturaleza de cada lugar– que encontramos en el republicanismo federal que Barcia defendió años después llaman la atención, precisamente, sobre el arraigo y pervivencia de algunos elementos de la tradición ilustrada en la cultura política republicana del siglo XIX.

Finalmente, muy relacionado con la articulación de la esfera pública desde mediados de la década de 1830, su época de estudiante lo encuadra en el contexto de emergencia de la figura del *autor* como profesional de la escritura, modulada por la sensibilidad romántica en auge. La literatura no sólo se entendía como un camino de realización profesional, sino como espacio de propagación de verdades morales, alcanzadas por el literato por medio de su genialidad artística: en la imagen del escritor romántico confluyen el genio individual y el guía espiritual. Es de señalar que Barcia dio muestras de una autocomprensión *artística* desde sus primeros textos, publicados en 1843, expresada mediante un carácter impresionable y una personalidad marcada por la fatalidad, el dolor, la enfermedad y la constante amenaza del sepulcro. El sufrimiento se perfila como el eje organizativo de su experiencia vital, pero también entiende que el dolor es una vía de contacto con lo sublime y encierra un potencial regenerador que sólo toca a los *elegidos*, a los grandes genios. Es evidente que, desde su juventud, se pensaba

un hombre dotado de cualidades –morales, intelectuales– extraordinarias. Las actitudes que muestra vienen a subrayar la importancia de los referentes literarios como materiales de construcción del sujeto, en cuanto fuente de actitudes e imágenes autorreferenciales que orientan la manera de sentir y que construyen la propia experiencia.

Así pues, Roque Barcia fue incorporando todos estos marcos de significados a su subjetividad a lo largo de su infancia y su primera juventud, constituyendo sus diferentes dimensiones. Desde el imaginario autorreferencial que vinculaba la distinción social de la familia con el mérito del conocimiento, la propiedad y la capacidad para intervenir en la esfera pública, podía imaginar un hipotético horizonte de desarrollo social y profesional acorde con cierto *status* en el seno de la *burguesía humanística*. La imagen incluía su instrucción desde la enseñanza secundaria hasta los estudios superiores, bajo criterios de utilidad social y de formación de capacidades. Esto era perfectamente compatible con el desahogo de su genialidad por medio de la poesía, que cultivaba al mismo tiempo que se dedicaba al estudio. Este imaginario modelaba las aspiraciones a una vida plena según referentes específicamente masculinos: alcanzar una posición relevante en la esfera pública, acompañada de la posibilidad de reunir experiencias distinguidas y selectas². No era casualidad que pretendiera cursar Leyes y brillar en el teatro público mediante el ejercicio de una profesión liberal que aunara mérito y utilidad, pero la frustración de sus pretensiones le obligó a recomponer el escenario en el que imaginar su desarrollo vital y profesional, sin renunciar a sus aspiraciones. La búsqueda de un camino de realización personal le llevó a reorientar sus pasos hacia el campo literario desde 1843, lo que implicaba la comprensión de la esfera pública liberal postrevolucionaria como un espacio de acción y de profesionalización accesible, en el que era posible desarrollar libremente el genio creativo y en el que se recompensaba el talento individual. Destaca, en este contexto, su ansia por obtener reconocimiento público y gloria por medio de su actividad literaria, entendida como expresión de su genialidad.

Hay que señalar al menos tres cuestiones en relación con las posibilidades prácticas que abría el nuevo escenario de autorrealización imaginado por Barcia. En primer lugar, la preeminencia de Madrid como eje de la articulación de la esfera pública

² CRUZ VALENCIANO, Jesús: *El surgimiento de la cultura burguesa. Personas, hogares y ciudades en la España del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 2014, esp. pp. 37-99.

–y del Estado– liberal, lo que le obligó a trasladarse a la capital en la primavera de 1844. Fue un camino seguido por muchos hijos de las burguesías profesionales de provincias, como estrategia de inclusión en las élites al calor de la articulación del Estado-nación liberal; como ejemplo, se puede decir que ninguna de las grandes figuras del republicanismo con las que compartió espacios más tarde –Pi y Margall, Castelar, Garrido, Figueras, Salmerón– había nacido en Madrid. En segundo lugar, literatura y política constituían dos dimensiones inseparables del sujeto liberal postrevolucionario que se estaba construyendo en aquellos momentos, lo que se plasmaba en diferentes temas, géneros y formatos. Esto enlaza con el tercer aspecto, como es los límites y contradicciones de una esfera pública liberal en la que el acceso no sólo dependía del talento o el mérito, sino de otros medios de acción –como relaciones personales o patronazgo– que no estaban al alcance de muchos. Las opciones de un joven progresista recién llegado, sin relaciones en Madrid, eran bastante limitadas, más aún en una esfera pública férreamente controlada por los moderados desde 1843. La prohibición de su drama *El dos de mayo!* en 1846 es significativo en este sentido. A pesar de sus intentos de lograr protección y patronazgo por parte de alguna gran figura política del moderantismo, su éxito fue prácticamente nulo y su experiencia, decepcionante.

Algo más de éxito obtuvo a partir de 1850, cuando reapareció en el espacio público tras regresar de un largo viaje de formación a Italia que transcurrió entre la primavera de 1846 y finales de 1849. La experiencia del viaje –acorde, por otro lado, con su imaginario en torno al *status* y la formación– se dibuja como un punto de inflexión fundamental en la formación de su pensamiento filosófico y en la manera de entender su propia función como escritor. El contacto con otras sociedades y con instituciones culturales europeas en Francia e Italia o la experiencia revolucionaria del *quarantotto* italiano debieron influir en su impresionable ánimo, si bien apenas habla de ello en los pocos textos de carácter memorialístico que dejó. Si algo llama la atención de su actuación pública durante la etapa en la que se dio a conocer como *El Autor de los Viajes* –entre 1852 y 1854– es, precisamente, su total inhibición respecto a la opinión política. Sus proyectos de esos años, materializados en la publicación de diferentes revistas literarias ilustradas y un diccionario, persiguen un fin instructivo y moralizador orientado a los jóvenes de clases medias que encierra una cierta crítica contra la élite cultural *oficial* de los moderados. Pero, al mismo tiempo, suponen un intento de autorrealización de su personalidad *artística* en la esfera pública: todos sus esfuerzos en

esa época se dirigen a lograr la consolidación de un cierto liderazgo de corte carismático a través del reconocimiento público de su autoridad intelectual, entendida como magisterio moral.

El *Autor de los Viajes* se puede entender como una escenificación pública del literato que había llegado a ser, es decir, como su *yo literario* en acción. Barcia se construye a través de él como maestro y sacerdote, descubridor de una verdad elevada a la categoría de *doctrina* que se impone por su mera enunciación y que él ofrece a la patria para contribuir, sacrificadamente, a su progreso. Su retórica patriótica encierra un señalado nacionalismo cultural, que vincula la independencia de su propio pensamiento con la independencia nacional. La actitud que muestra en el desempeño de su función como *literato de pensamiento* denota un carácter polemista, retador, dogmático e intransigente, firmemente anclado en la absoluta convicción en la verdad de sus principios y en la certeza de su recto juicio. Hay que señalar que, ya en este tiempo, el mismo Barcia sintetiza su carácter y cometido en la imagen del Cristo redentor, un referente que le acompañó durante el resto de su carrera. Desde esa forma de pensarse, el propósito de su magisterio se concreta en la articulación de un espacio de acción común –patriótico, instructivo y moralizador– por encima de las parcialidades –dentro del liberalismo– y de las pasiones políticas. Es una propuesta que ya remite a la notable influencia de Rousseau en su pensamiento, perceptible también en los elementos de continuidad más que notables que encontramos entre la figura del *preceptor* rousseauiano y el papel que representa Barcia en la esfera pública.

Su magisterio moral dio sus frutos, ya que logró rodearse de una pequeña *familia literaria*, compuesta por jóvenes escritores de provincias con pretensiones, que le acompañó en sus proyectos editoriales hasta la revolución de 1854. Es muy significativo que, entre ellos, encontremos desde un joven tradicionalista como Gumersindo Laverde –quien en aquella época tenía una excelente opinión de Barcia³– hasta demócratas como Juan de Dios de Mora o Heliodoro del Busto. Su sociabilidad en esos años muestra un círculo filodemócrata en torno a sus publicaciones, al menos desde principios de 1854, pero también el cultivo de relaciones con grandes figuras literarias del liberalismo moderado. Barcia podía ser un progresista cercano a la

³ BUENO SÁNCHEZ, Gustavo: “Gumersindo Laverde y la Historia de la Filosofía Española”, *El Basilisco*, 5 (1990), pp. 51-52.

democracia en aquel tiempo, pero todas estas circunstancias sugieren una búsqueda de integración en círculos de la élite liberal, en un espacio de cierto consenso entre progresistas y moderados en torno al elitismo socio-cultural y al patriotismo⁴.

En cualquier caso, parece claro que ese proyecto de inclusión en las élites liberales perdió idealidad –o viabilidad– a raíz de la revolución de 1854. Si el recorrido de Barcia ya había sido un cúmulo de giros y rupturas, su encuentro con la democracia republicana y federal en el contexto del Bienio Progresista constituyó el punto de inflexión más trascendental de su trayectoria intelectual, profesional y también vital. Su identificación como *escritor público republicano* fijó en su imaginación su forma de pensar tanto la posición desde la que hablaba como el sentido de su misión providencial. En principio, a la vista de su primer manifiesto político del 30 de julio de 1854 –en el que, de manera significativa, abandonó ya su pseudónimo literario–, no se le puede atribuir un posicionamiento republicano, aunque sí un progresismo demócrata y soberanista compatible con una monarquía muy limitada en sus funciones. Es posible que se mantuviera a la expectativa durante los primeros meses del Bienio, teniendo en cuenta su sociabilidad previa. Pero todo parece apuntar a una decantación brusca hacia posiciones antimonárquicas a la vista de los resultados de la revolución, lo que viene a subrayar el efecto disruptivo que ciertas coyunturas pueden producir en las identidades políticas –individuales o colectivas–, en relación con la frustración de expectativas de cambio político⁵.

Hay que destacar que la *conversión* de Barcia al republicanismo lo vinculaba con una cultura política de oposición que había visto frustradas sus pretensiones en todo el ámbito europeo, salvo en Suiza desde 1848, si bien en el caso de España –como en otros países del sur de Europa– el republicanismo se caracterizó por su capacidad para competir en la esfera pública con el liberalismo elitista y monárquico dominante. La notable extensión del republicanismo a partir de la revolución de 1854 –y en las dos décadas posteriores– se alimentó de dinámicas políticas de largo recorrido, que tenían que ver con los rasgos específicos que había adoptado en España el proceso de tránsito del Antiguo Régimen al nuevo orden liberal. Por un lado, la manifiesta incapacidad de

⁴ BURGUERA, Mónica: *Las damas del liberalismo respetable. Los imaginarios sociales del feminismo liberal en España (1834-1850)*, Madrid, Cátedra, 2012, esp. pp. 31-67.

⁵ BERSTEIN, Serge: “La cultura política”, en RIOUX, Jean-Pierre y SIRINELLI, Jean-François: *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1999, pp. 390-391.

la monarquía española para liderar un proceso de reforma política gradual y pacífico desde arriba, como había pasado en la mayor parte de los países europeos a partir de 1815 y, de nuevo, después de 1848. Por otro, el enorme arraigo de las concepciones liberales contractualistas y soberanistas, de raíz gaditana, en el imaginario político de amplios sectores de la población. Finalmente, la evidente falta de consenso en torno a un modelo monárquico que sellase una alianza eficaz y duradera entre la nación española y el trono. Todos estos factores habían beneficiado el desarrollo de un *republicanismo latente* que podía ser interpelado con eficacia en contextos de quiebra de las bases de legitimidad de la corona⁶.

Precisamente, el contexto del Bienio Progresista muestra la capacidad de los demo-republicanos de época isabelina para, en momentos de crisis del sistema, cuestionar las concepciones liberales hegemónicas del mundo social y político. El temor a una salida republicana al conflicto abierto entre la nación y la corona –sin demasiadas posibilidades en realidad, pero creíble a la altura del verano de 1854– fue uno de los factores que salvó el trono de Isabel II en ese momento, pero la precariedad con la que se gestionó esa continuidad también procuró las condiciones de extensión del movimiento en la segunda mitad del siglo XIX. Ante las dificultades de los progresistas para conciliar la defensa del trono de Isabel II con el principio de la soberanía nacional, los demo-republicanos capitalizaron el lenguaje de la defensa del soberanismo y de las libertades llevándolos hasta sus últimas consecuencias. El creciente descrédito de la monarquía isabelina arropó la enorme eficacia de los republicanos a la hora de articular un discurso que rompía el nexo indisoluble entre liberalismo y monarquía fraguado al hilo de la revolución, desde una lectura radical e individualista de los principios liberales. La movilización de formas de identificación política en torno a una *visión del mundo* republicana no fue nada ajena, en este sentido, a la disputa por la herencia liberal al hilo de la cuestión monárquica.

Es en este contexto, en el que se relacionan de forma problemática dinámica política y su construcción significativa, donde hay que ubicar el tránsito de Barcia hacia un encendido republicanismo y su posterior trayectoria propagandística. Desde la primavera de 1855, sus críticas al progresismo y al sistema representativo dan cuenta

⁶ MILLÁN, Jesús y ROMEO MATEO, María Cruz: “Modelos de monarquía en el proceso de afirmación nacional de España, 1808-1923”, *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, 16 (2013), 20 pp.

del marco discursivo en el que se puso en acción como escritor público demócrata, republicano y federal. Su compromiso con la democracia, además, lo situaba en el ámbito de un partido en plena formación discursiva y organizativa, por lo que constituía un espacio perfecto para desarrollar su ideal autorreferencial del profeta –en el que concurrían magisterio y sacerdocio– llamado a mostrar a la sociedad el camino de la salvación. Es de señalar, en esto, su manera de postularse como guía y redentor social, portador de la única *verdad política*. El discurso acerca de la democracia de Barcia viene a sumar argumentos al supuesto –abrazado en ese momento por figuras como Francisco Pi y Margall, Fernando Garrido o José María Orense– de que la libertad era absolutamente incompatible con la monarquía, contribuyendo a la formación de la cultura política republicana de la segunda mitad del siglo XIX.

La figura de Barcia, en este contexto, supone una vía de acceso a los conceptos de democracia que se articularon desde mediados del siglo XIX en España, pero también al tipo de liderazgos que se confrontaron en el marco de la I República. La profundización en todo ello, tanto en las articulaciones discursivas como en las cualidades de las personalidades llamadas a encabezar su realización práctica, puede ayudar a entender el horizonte de soluciones posibles –políticas, estratégicas– que abría el republicanismo para avanzar hacia la democratización efectiva del sistema político. En este sentido, si bien sus propuestas concretas no difieren demasiado del programa demócrata del momento, se pueden destacar algunos de los aspectos que caracterizan su forma de pensar la democracia, republicana y federal, como el único sistema adecuado a la naturaleza del hombre.

En primer lugar, y como rasgo característico de todo su pensamiento, destaca el peso del elemento religioso en sus argumentos, si bien esto era algo común en los discursos emancipadores de mediados del XIX. Como hombre creyente, la religión es uno de los materiales culturales que lo constituye como sujeto político, un tipo de realidad necesaria de la que no puede prescindir a la hora de pensar el mundo y de reflexionar acerca de sus posibles transformaciones. Por un lado, la religión le proporciona un anclaje –tanto identitario como filosófico– frente a la multiplicidad de principios, a la contingencia y al conflicto político que se observan en un mundo en plena transformación. Pero sus *teorías* religioso-políticas –con las que piensa haber alcanzado una *verdad absoluta*– proponen una solución unívoca y esencialista al

problema del gobierno humano que plantea serias limitaciones respecto al pluralismo. La resolución de las tensiones –especialmente entre individuos y sociedad– pasa por la vía de la homogeneización esencial de los hombres en torno a la *unidad humana*, lo que puede cancelar el conflicto en el plano teórico, pero no resuelve problemas prácticos. Por otra parte, su forma de entender esa política –única y necesaria– exige una transformación de las conciencias, orientadas por la moral cristiana hacia el bien, sobre la que levantar el edificio político. Su insistencia en la necesidad de un *cristianismo cristiano*, depurado de gentilismos y supersticiones, se relaciona directamente con este último aspecto. La centralidad que ocupa la religión en las propuestas de Barcia llama la atención sobre la complejidad del proceso secularizador que se abrió con la contemporaneidad, no sólo en relación con la interrelación de religión y política en la esfera pública, sino también con la potencialidad de las narrativas religiosas para vehicular modelos identitarios, también políticos, en época contemporánea⁷.

Por otro lado, en torno a su particular narrativa cristiana del progreso, Barcia construye el significado de la democracia republicana y federal a través de tres líneas argumentativas entrelazadas: como proyecto de *humanización*, como proyecto de *cristianización* y como proyecto *político*. Su anticlericalismo y su antimonarquismo, las dos actitudes sobre las que construye su imagen de propagandista republicano, vienen a profundizar en la *gentilidad* de la Iglesia y del trono, con un claro sesgo antisemítico. Por el contrario, la democracia supone el *cristianismo político*, llamado a emancipar radicalmente al hombre mediante la simple proclamación de las libertades individuales, entendidas como derechos ilegislables derivados de la naturaleza humana. En su *sistema*, todo efecto se subordina a la reforma política bajo la república federal, única expresión posible de la democracia. Es de señalar el notable subdesarrollo de los aspectos económicos en las teorías y reflexiones de Barcia, marcadamente filosóficas y centradas en la relación del hombre –como ser creado– con el sistema político. Incluso su planteamiento de la federación deriva de razonamientos filosóficos acerca de la naturaleza argumentados, por cierto, de una manera muy parecida a como defendía su padre la diversidad legislativa en los espacios locales veinte años antes. Su rechazo al

⁷ KATZNELSON, Ira y STEDMAN JONES, Gareth, “Introduction: multiple secularities”, en KATZNELSON, Ira y STEDMAN JONES, Gareth (eds.), *Religion and the political imagination*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 1-22; ASAD, Talal: “Secularism, Nation-State, Religion”, en ID.: *Formations of the secular. Christianity, Islam, modernity*, Stanford, Stanford University Press, 2003, pp. 181-201; DE LA CUEVA, Julio: “Conflictiva secularización: sobre sociología, religión e historia”, *Historia Contemporánea*, 51 (2015), pp. 365-395.

socialismo, en este sentido, es significativo de la subordinación de las cuestiones socioeconómicas respecto a la política como herramienta de armonización de los intereses sociales. Es muy llamativa su negativa, a la altura de 1865, a aceptar cualquier tipo de reforma, si bien es muy posible que forzase los argumentos al hilo de la polémica entre *individualistas* y *socialistas*.

En cualquier caso, es difícil extraer de las doctrinas de Barcia una práctica política viable que no pase por la necesaria reformulación de la forma del Estado –mediante un movimiento que construya de abajo a arriba el poder político– y por la aún más necesaria transformación de la conciencia de los hombres. El resto llegaría solo, de manera espontánea. Por un lado, es cierto que la aplicación de sus propuestas concretas, desde el sufragio universal masculino al desestanco de la sal o el tabaco, o la abolición de la pena de muerte –el programa demócrata, en definitiva–, no tendrían por qué exigir, en principio, un Estado republicano. Parece claro que esa necesidad irrenunciable proviene de la superposición simbólica de la monarquía constitucional –como sistema– con la práctica política en época moderada, por la actuación tanto de la corona como del partido moderado, a lo que se suma la percepción problemática de la práctica política progresista. Pero, además, la explícita orientación de su labor de propagandista hacia la tarea apostólica de transformar la conciencia de los hombres otorga mucho peso a las cuestiones de doctrina en sus textos, por lo que se diluye el plano de la política práctica. Su propuesta recoge y proyecta hacia la segunda mitad del XIX, de manera clara, aspectos definitorios del planteamiento de Rousseau, en especial el papel privilegiado de la política frente a las cuestiones económicas. Pero a esto añade, en la línea demócrata de la afirmación de la *personalidad humana*, una clara preeminencia del individuo con respecto a la sociedad, en el sentido de que le atribuye a aquel una serie de derechos ilegislables que derivan de su propia naturaleza –de sus facultades–, aspecto este que se aleja de la tradición del liberalismo gaditano. La estrecha vinculación entre el hombre y el sistema político implica un rotundo soberanismo que, unido a la exigüidad del Estado –apenas esbozado– puede dar lugar a lecturas antiestatalistas, si bien la idea de que el Estado debía tener funciones muy limitadas era común entre el liberalismo de mediados del XIX. Precisamente, estos dos últimos aspectos –derechos individuales ilegislables y restricción del Estado– caracterizaron el discurso del republicanismo desde el Bienio Progresista.

En el contexto del Bienio Progresista, un discurso como el de Barcia venía a alimentar una lectura radicalmente antimonárquica y anticlerical –pero evangélica– de la democracia que cuestionaba las concepciones del liberalismo hegemónico, en especial del progresista. Se puede decir que la democracia republicana y federal disputaba a los progresistas, con cierto éxito, el espacio discursivo del soberanismo y de la defensa de los derechos individuales llevados hasta sus últimas consecuencias, pero también el de la autonomía de lo local frente al centralismo moderado. En un marco de crecimiento del movimiento demo-republicano, que no dejaría de acelerarse en las dos décadas siguientes, los textos de Barcia tuvieron buena acogida entre los demócratas. Su éxito y creciente popularidad no se pueden entender sin tener en cuenta su compromiso con una cultura política en expansión, que él mismo contribuyó a formular desde mediados de la década de 1850. Su integración en el partido demócrata y en sus redes de sociabilidad le garantizaba el acceso a un público, ávido de literatura política, que no dejaba de crecer en aquellos años. Si bien el nuevo ascenso de los moderados a partir de 1856 estuvo acompañado del cierre de la esfera pública y la persecución a la oposición, la transformación en la imaginación política de, al menos, una parte de los españoles al hilo de los debates del Bienio se vio alimentada, en los años siguientes, por el creciente desprestigio de la corona y la profunda crisis del partido progresista. La extensión del movimiento republicano a partir de 1856 se produjo, fundamentalmente, a partir de la articulación de redes de acción y propaganda clandestinas que, si bien no lograron sus objetivos políticos, supieron atraer a un contingente popular nada despreciable.

El cierre de la esfera pública tras el fin del Bienio Progresista supuso un duro golpe para un hombre como Barcia, que sólo conocía el oficio de la escritura. Sin demasiadas posibilidades de colaborar en la prensa demócrata, con sus obras prohibidas y dependientes de la distribución clandestina, amenazado por los registros policiales, la situación le llevó a la ruina económica a mediados de 1858. Pero, a pesar de las dificultades, supo encontrar el camino para convertirse en uno de los propagandistas republicanos más populares en el contexto de la crisis final de la monarquía isabelina. Tras una breve estancia en París, Barcia mostró su habilidad para buscar mercado y público, reorientando su carrera hacia el campo de las artes escénicas y también rentabilizando géneros que le habían dado buen resultado en otros momentos, como la literatura de viajes y los diccionarios, que tenían una audiencia amplia. Entre 1859 y

1864, si bien no se desvinculó de los asuntos del partido, tampoco participó de manera abierta en la prensa demócrata.

Esto no quiere decir que la actividad literaria que desarrolló en ese tiempo estuviera exenta de sentido político. Destacan sus reflexiones en torno al papel de las mujeres en la sociedad postrevolucionaria, para las que reclama una función en el mejoramiento social a través del ejercicio de trabajos útiles, pero sin abandonar el ideal doméstico del ángel del hogar. Su idea de la *mujer social* encierra contradicciones importantes desde sus propios supuestos, pero otorga una dignidad social a las mujeres que desborda las nociones de orden y respetabilidad en la sociedad liberal y, en cualquier caso, se aleja bastante de la misoginia que había mostrado en la época anterior al Bienio Progresista. Es un tema que le interesó mucho en aquel momento y que también recreó en alguna de las piezas de teatro y zarzuelas que compuso por entonces, en las que destaca su crítica a las convenciones sociales, lo que le valió algunos problemas con la censura. Su teatro aludía a temas y pensamientos ya presentes en la escena española –jerarquización de las relaciones sociales de poder, consecuencias de los usos sociales tradicionales, confrontación entre el hombre sencillo y honrado frente al poderoso inmoral–, pero su particular resolución de los conflictos encerraba una transgresión del orden social con implicaciones políticas. Así pues, si bien estuvo alejado de la prensa de partido por unos años, canalizó la defensa de su visión del mundo demócrata por medio del teatro, de manera acorde además con sus concepciones acerca de la función moralizante y educativa del espectáculo, también propias de la Ilustración tardía.

Su regreso a la prensa demócrata se produjo en 1864, coincidiendo con la movilización insurreccional de los progresistas tras el retraimiento y con los intentos de los demócratas por articular una estructura de partido, a pesar de las divisiones internas. Las dudas acerca de qué postura adoptar ante la orientación revolucionaria de los progresistas y la reapertura de la polémica entre *individualistas* y *socialistas* marcaron la dinámica interna de los demócratas en esa coyuntura. En este contexto, Barcia se alineó de manera clara con el núcleo formado en torno a Castelar y su periódico, *La Democracia*, donde contribuyó a elaborar las doctrinas *individualistas* del periódico a través de sus numerosos artículos de fondo. Se pueden destacar, además de las polémicas con los neocatólicos, sus ataques contra el socialismo y su defensa de una

alianza revolucionaria con los progresistas, en la que parece que participó activamente mediante su integración en la trama conspirativa conjunta desde el verano de 1864. Si bien lo primero no era nuevo en su actitud política, sí que llama la atención la cuestión de la convergencia con los progresistas, a los que había criticado muy duramente en el pasado y volvería a hacerlo en el futuro. Todo apunta hacia una operación de tacticismo político, orientada a acercarse al grupo de poder organizado en torno a Castelar, verdadero hombre fuerte del partido en aquel momento. La maniobra dio resultado, ya que sus artículos en *La Democracia* le proporcionaron una enorme popularidad y, además, ingresó en los órganos de decisión del partido, lo que le permitió participar en el diseño de sus programas y estrategias. Su ascenso entre las filas demócratas le llevó a encabezar la Junta Revolucionaria de Portugal durante su exilio en el país vecino, tras la fallida insurrección del Cuartel de San Gil, aunque no parece que la labor de esta Junta fuese muy relevante en la preparación de la revolución que finalmente triunfó en septiembre de 1868.

La Gloriosa supuso el fracaso de la monarquía constitucional de Isabel II y la apertura de un nuevo tiempo político en el que se trató de refundar el Estado-nación sobre bases democráticas. Como ya había ocurrido en 1854, la ruptura se alimentó de dinámicas de largo recorrido que habían hecho imposible establecer una alianza eficaz y perdurable entre la nación y la monarquía en España. Esta vez, sin embargo, ya no era posible la continuidad del trono de Isabel II. De nuevo, la soberanía de la nación se manifestó reclamando su legitimidad para refundar el edificio político, dando una nueva muestra del peso de la concepción liberal gaditana y del lenguaje contractualista en el imaginario político español, vinculado a las ideas de soberanía y voluntad nacionales, hasta bien avanzado el siglo XIX. Esta trayectoria supone una particularidad de la experiencia española respecto a los procesos de construcción de los Estados-nación europeos, incluso en la segunda mitad del siglo, ya que las monarquías constitucionales optaron por sistemas de Carta Otorgada tras la oleada revolucionaria de 1848. Era una vía que se había mostrado eficaz en otros casos, como en Italia, en el que la monarquía Saboya había logrado un amplio consenso en torno a su *Statuto* desde 1848, incluso por parte del republicano Garibaldi, a pesar de que otorgaba un sufragio muy restringido⁸.

⁸ LANGEWIESCHE, Dieter: "Monarchie und Republik im Europa des 19. Jahrhunderts", en DANIEL, Ute y FREY, Christian K. (eds.): *Die preussisch-welfische Hochzeit 1913: Das dynastische Europa in seinem letzten Friedensjahrzehnt*, Brunswick, Appelhans Verlag, 2016, pp. 16-25.

En España, la dinámica fue muy distinta. En los momentos de crisis del sistema, como ya había pasado en 1854 y volvía a pasar en 1868, se invocaba la soberanía de la nación –y su poder constituyente– como principio de legitimidad política. Pero además, el claro contenido democrático del programa revolucionario, impulsado por el movimiento cívico-popular que acompañó al pronunciamiento militar, da cuenta de la extensión que habían alcanzado las demandas demócratas –sufragio universal masculino, derechos individuales– desde el Bienio Progresista. La *explosión federal* que se vivió durante el Sexenio Democrático es buena prueba de ello.

La compleja dinámica política del Sexenio permite observar las posibilidades y los límites del federalismo español a la hora de impulsar la democratización del sistema, pero también las opciones de un perfil político como el de Barcia para ascender al hilo de la extrema confrontación entre monárquicos y republicanos, en un contexto de apertura radical de la esfera pública y de crecimiento exponencial de las bases federales. En primer lugar, cabe destacar la estricta identificación entre democracia y república federal que sostuvo el grueso del antiguo partido demócrata tras su refundación como Partido Democrático Republicano Federal. Esta era una articulación discursiva que venía de lejos y que condicionó las posibles respuestas al problema de la construcción efectiva de la democracia en el marco del Sexenio. No era una mera cuestión de la forma del Estado, sino que la Federal recogía un ideal político emancipador en el que resonaban la tradición del liberalismo gaditano y las concepciones inmediateistas del soberanismo exaltado del Trienio Liberal. La ambivalente actitud de los republicanos ante la proclamación de la monarquía democrática, entre la legalidad y la insurrección, debe entenderse en el marco de esa tradición política. Es de señalar en relación con esto que, si bien la defensa del derecho de insurrección estuvo siempre en el programa federal, también es cierto que la postura oficial del partido no se apartó de la vía legalista, al menos, desde el fracaso del levantamiento de otoño de 1869. De hecho, este fue el aspecto que más profundamente dividió al partido federal y que lo llevó a la práctica desintegración a finales de 1872. Cancelada la vía constituyente para legitimar la república como hija de la revolución, la opción oficial fue articular una organización del partido que reprodujera la hipotética estructura del futuro Estado federal y, sobre todo, difundir las ideas por medio de la agitación propagandística.

En este contexto, la figura de Barcia adquirió una dimensión enorme como apóstol de la verdad republicana. Su gran popularidad lo aupó a los órganos de decisión del partido y le abrió las puertas de la representación nacional como diputado y senador, si bien su principal campo de acción política siguió siendo la propaganda. Pero, si algo pone de manifiesto su trayectoria política en el Sexenio, es el contraste entre su éxito como *profeta social* y su incapacidad como político práctico. En cuanto al primer aspecto, se pueden resaltar algunas claves que ayuden a entender su capacidad para interpelar a las potenciales *masas republicanas*. En primer lugar, destaca su capacidad para simplificar y hacer comprensibles, frecuentemente de forma maniquea, la compleja realidad política. Sus explicaciones se insertan, además, en una narrativa cristiana del mejoramiento que promete un horizonte de dignificación de los hombres, lo que podía propiciar una recepción positiva entre ciertos sectores populares, incluso neutrales o no movilizados políticamente antes de 1868. En segundo lugar, su particular estilo bíblico y apasionado, despiadado y sentimental, declamatorio y reiterativo, entusiasmaba al público federal. Esto se relaciona muy estrechamente con un tercer aspecto, como es la apelación al sentimiento como herramienta cognoscitiva, un elemento omnipresente en su obra. La emotividad y la fuerza expresiva de las imágenes religiosas que utiliza se suman al sentimentalismo desbordante que exhibe Barcia en sus textos, con objeto de movilizar los buenos sentimientos para que el público aprenda a *amar sus ideas*. Finalmente, la eficacia de su construcción –plenamente consciente– como *evangelista del pueblo* en la esfera pública no se puede entender sin tener en cuenta su capacidad para compartir con el público sus dolores y emociones, lo que remite a la consideración del sentimiento como manifestación de una bondad natural y universal. Estos dos últimos aspectos ponen de relieve la pervivencia de la cultura de la sensibilidad dieciochesca –modulada por el romanticismo– hasta bien entrado el siglo XIX, al menos en la cultura republicana⁹. Este es un componente, además, que estuvo muy presente en las novelas de autores republicanos muy populares desde c. 1840, como puede ser Ayguals de Izco y su *María o la hija de un jornalero*. Podemos preguntarnos hasta qué punto el campo estaba abonado, mediante una *educación sentimental* literaria de décadas, para la recepción de propuestas como la de Barcia. En cualquier caso, su éxito llama la atención sobre la relevancia de las emociones a la hora de abordar las

⁹ BOLUFER, Mónica: “Afectos razonables: equilibrios de la sensibilidad dieciochesca”, en DELGADO, Luisa Elena, FERNÁNDEZ, Pura y LABANYI, Jo (eds.): *La cultura de las emociones y las emociones en la cultura española contemporánea (siglos XVIII-XXI)*, Madrid, Cátedra, 2018, pp. 35-56.

variadas formas en que se trazan los vínculos de identificación política entre el público y determinadas figuras carismáticas en aquel contexto¹⁰.

Como ya se ha apuntado, la notable aceptación de su personalidad pública como *evangelista del pueblo* contrasta con su nula capacidad para adaptar su perfil de *profeta social* a los espacios de realización –y negociación– política. Esto es algo que se advierte claramente en su problemática relación con la política parlamentaria, pero también en la incomodidad que causaba su carácter extravagante entre las élites del partido. Sus salidas de tono y sus puerilidades no se compadecían con la imagen de un *político serio* y, según los testimonios, la falta de correspondencia entre su enorme éxito de público y el escaso protagonismo que se le otorgaba en el partido fue fuente de incomodidades. Pero fue en el contexto de la I República cuando sus limitaciones como político práctico se manifestaron con mayor contundencia. No fue el único, de todos modos. Proclamada como solución de compromiso tras la abdicación del rey Amadeo, la opción de las élites federales por la vía legalista para realizar la Federal exacerbó la desconfianza entre quienes se reconocían como *benevolentes e intransigentes*. En lugar de generar dinámicas conjuntas para consolidar la naciente república –en un contexto, además, de doble guerra civil y colonial–, la tensión desembocó en un conflicto por hegemonizar el proceso de construcción del Estado-nación republicano, escenificado en la escalada cantonal liderada –intelectualmente– por Barcia. Su propuesta, agitada con enorme virulencia –y bastante éxito entre los sectores *intransigentes*– desde las páginas de *La Justicia Federal*, se reducía a una única solución: construir la federación de manera efectiva al margen de las instituciones del Estado republicano. En el fondo, era lo mismo que había proclamado sin cesar durante la monarquía amadeísta. Y también era, en realidad, la única política práctica que se podía extraer de su sistema, como se ha apuntado más arriba. La república federal, en su pensamiento, acaba constituyendo un fin en sí mismo que cancela todo conflicto por su propia virtud, lo que implica también un horizonte de cancelación de la política por vía de la homogeneización de las voluntades. La total confusión entre partido y pueblo que caracterizan sus proclamas es muy significativa en este sentido. Nos podemos preguntar, a la vista de la dualidad que se viene comentando, acerca del recorrido que podía tener la solución en la que pensaba Barcia, orientada por un lado hacia la movilización de una identidad republicana que él

¹⁰ ANDREU MIRALLES, Xavier: “Nación, emoción y fantasía. La España melodramática de Ayguals de Izco”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V Historia Contemporánea*, 29 (2017), pp. 65-92.

mismo había contribuido a construir, pero sin herramientas para resolver los retos de la compleja realidad política.

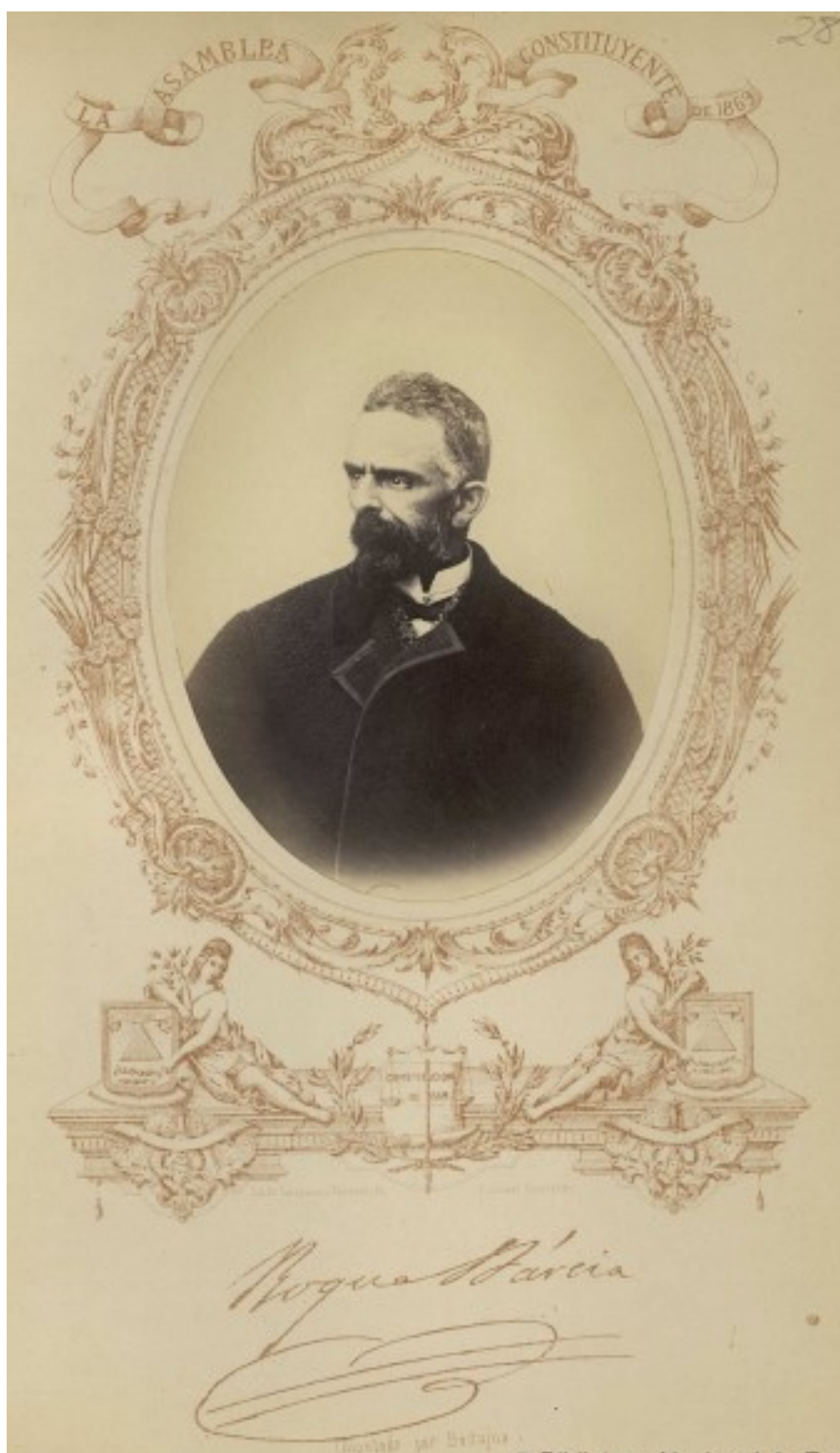
El conflicto en torno a la construcción del Estado-nación republicano arrastró al partido federal a una crisis que no fue capaz de superar. El enfrentamiento armado entre republicanos constituye, en este contexto, un factor nada despreciable para entender la imposible recomposición del movimiento tras 1873. En cualquier caso, la ruptura cantonal supuso para Barcia un nuevo punto de inflexión: por primera vez, abandonó el mundo de la imprenta y pasó a la acción como líder republicano. En Cartagena alcanzó el punto álgido de su carrera política, pero también supuso su más absoluto hundimiento. Con su *apostasía* posterior no sólo se desacreditó él, sino que contribuyó a construir esa imagen caótica del año 1873 que marcó la memoria colectiva y que abrió una cesura abismal: aquellos «tiempos de desolación apocalíptica» de los que hablara Menéndez y Pelayo no se debían repetir jamás. Desde este punto de vista, se puede decir que la ruptura cantonal supuso el agotamiento de una tradición política de largo recorrido, arraigada en una interpretación inmediateista de la soberanía nacional de inspiración rousseauniana, que legitimaba el derecho de insurrección como expresión de la voluntad general. El caso de Barcia muestra, de alguna manera, cómo la traumática quiebra de esa tradición pudo llevar a la aceptación del régimen Restauracionista. En mi opinión, sintetiza uno de los grandes problemas históricos de la España contemporánea: el sinuoso paso de un soberanismo político –socialmente inclusivo– a un liberalismo de élites –no democrático y en gran medida ficticio– que, a la larga, se mostró ineficaz en la época de la ascendente *sociedad de masas*.

Anexo

Retrato de Roque Barcia (1856). Acompañaba al *Catón Político*



Retrato de Roque Barcia (1869). Biblioteca Nacional de España



Retrato de Roque Barcia (1872). Biblioteca Nacional de España



Un sobrino del Sr. Roque Bárcia, residente en París, escribe con fecha 25, desmintiendo un anuncio de *La Correspondencia*, que su señor tío va á los *Estados Unidos de maestro de escuela*.

"D. Roque Bárcia, añade, permanece exclusivamente consagrado á su familia y á un *Diccionario general etimológico*, monumento de que carece nuestra hermosa lengua castellana."



La calumnia se ceba en los grandes hombres: cuando el levantamiento de Cartagena (Q. E. P. D.) se atribuyeron al verdadero tribuno —que los hay verdaderos como hay verdadero zaragozano para construir almanasques— multitud de actos á cual más ridículos.

Roque triunfó de sus detractores. Consagrado siempre á sus libros y á su familia, una vez pasaba entre la

multitud disfrazado de moro manchego, según sus iníquos detractores, y otra vez predicaba en desierto.

Varon no comprendido su reino no fué de esta tierra.

Y no fué de esta tierra porque era superior.

Y era superior porque no era de esta tierra.

Y todavía no ha publicado su *libro de piedra*, esa obra de cien generaciones petrificadas.

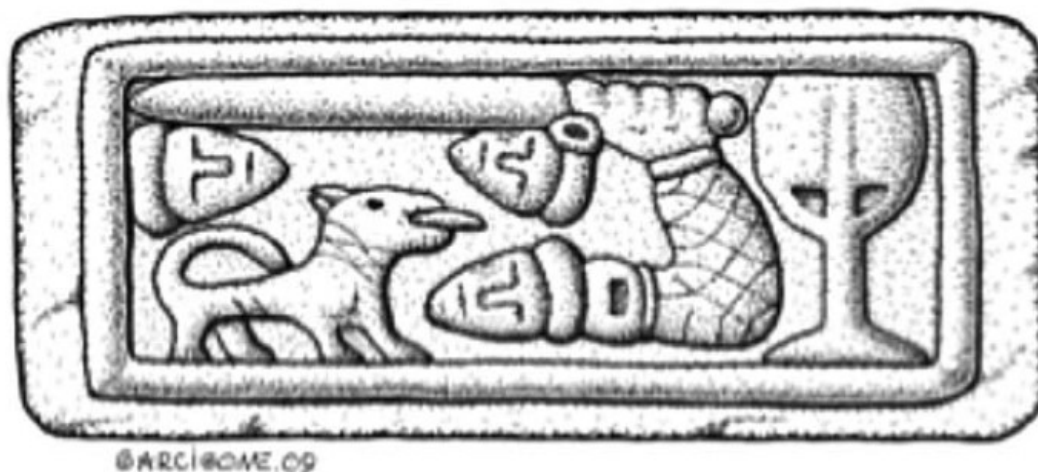
..

En la calle de las Tres Cruces se ha suicidado un niño; y en un número de *La Correspondencia* piden otro niño.

¡Qué coincidencias tan terribles!

Eduardo de Palacio.

Escudo de la Casa Barcia, en San Miguel de Cora. En BÉRTOLO, José M. BALLESTEROS y FERRO PEGO, Luis: “La «Casa Barcia» en San Miguel de Cora (A Estrada)”, *A Estrada: Miscelánea histórica e cultural*, 13 (2010).



Encabezado de La España Literaria. Hemeroteca Municipal de Madrid..



Barcia como el Nuevo Jeremías. *El Lío*, 14 de febrero de 1874



Fuentes

Fuentes hemerográficas

Altar y Trono

Boletín del Obispado de León

Círculo Científico y Literario

Correo del Orinoco

Crónica de Cataluña

Diario de Córdoba. De comercio, industria, administración, noticias y avisos

Diario Oficial de Avisos de Madrid

Eco del comercio

El Cantón Murciano, Diario oficial de la Federación

El Céfitro

El Clamor Público

El Contemporáneo

El Demócrata Andaluz

El Español

El Espectador

El Genio de la Libertad

El Globo

El Heraldito

El Heraldito de Madrid

El Imparcial

El lío

El Motín

El mundo militar

El Pabellón Nacional

El Pensamiento Español

El Pensil de Iberia

El Siglo Futuro

El Teatro Español

El Tío Cayetano

El Universal
Gaceta de Madrid
Guadalquivir
La América
La Corona
La Correspondencia de España
La Democracia
La Discusión
La Época
La España Literaria
La España Literaria y Recreativa
La Esperanza
La Federación Española
La Iberia
La Igualdad
La Ilustración. Revista Universal
La Justicia Federal
La Nación
La Paz de Murcia
La Razón. Revista política, filosófica y literaria
La Regeneración
La Soberanía Nacional
La Voz del Pueblo
Las Circunstancias
Le Gaulois
Revista Española, periódico dedicado a S. M. la Reina Gobernadora
Revista Hispano-Americana
Revista Mensajero
Suplemento al Diario de Palma

Fuentes bibliográficas

- ALFARO, Manuel Ibo: *Historia de la interinidad española*, 2 vols., Madrid, Viuda e Hijos de Manuel Álvarez, 1871.
- Anuario republicano federal. Compendio de lo más útil e indispensable del saber humano en filosofía, ciencias, literatura, artes y política, con el calendario republicano para 1871*, Madrid, J. Castro y Cía. (eds.), 1870.
- ÁVILA, Antonio [pseud. Roque Barcia Ferraces de la Cueva]: *Cuadro que representa lo que es y lo que puede y debe ser España política y económicamente considerada: bosqueja los*

males y ofrece los remedios mas eficaces y expeditos para curarlos de una manera radical y metódica, Madrid, Imp. Victoriano Hernando, 1834.

BARCIA FERRACES DE LA CUEVA, Roque: *España manifiesta los males que la afectan, y propone los medios mas expeditos y eficaces para obtener su cura radical al Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros*, Madrid, Of. de Julián Viana Razola, 1836.

BARCIA FERRACES DE LA CUEVA, Roque: *La superchería orgullosa y atrevida, o sea la almadraza concebida en pecado por don Juan Buigas, burlándose del poder, de las leyes y de los pueblos*, Madrid, Imp. D. N. Sanchiz, 1838.

BARCIA FERRACES DE LA CUEVA, Roque: *Las clases productoras agonizantes, manifiestan sus dolencias, a los que tienen la facultad y la sagrada obligación de curarlas radicalmente*, Madrid, Imp. de D. Francisco Pascual, 1837.

BARCIA FERRACES DE LA CUEVA, Roque: *Pequeña memoria de grandes desaciertos sobre la pesca*, s.l., Roque Bárcia Ediciones, 2011.

BARCIA MARTÍ, Roque: *Conversaciones con el pueblo español*, Murcia, Biblioteca Saavedra Fajardo, 2001 [1ª ed.: 1869].

BARCIA MARTÍ, Roque: “La cruz de ciprés o el libro de piedra. Introducción”, en *Revista Latino-Americana*, 1 de diciembre de 1874, p. 453.

BARCIA MARTÍ, Roque: *Cartas a Su Santidad Pío nono*, Madrid, Imp. Viuda e Hijos de M. Álvarez, 1869.

BARCIA MARTÍ, Roque: *Cartilla política dedicada al ilustrísimo señor doctor D. Pedro Lagüera y Menezo*, obispo de Osma, Madrid, Imp. de Manuel Álvarez, 1869.

BARCIA MARTÍ, Roque: *Cartilla política dedicada al ilustrísimo señor doctor D. Pedro Lagüera y Menezo*, Obispo de Osma, Madrid, Imp. de Manuel Álvarez, 1869.

BARCIA MARTÍ, Roque: *Catón político*, Madrid, Imp. de Tomás Núñez Amor, 1856.

BARCIA MARTÍ, Roque: *Confesiones*, Madrid, Viuda e Hijos de M. Álvarez, 1872.

BARCIA MARTÍ, Roque: *Constitución federal, Cantonal, Provincial y Municipal. La revolución por dentro, o sea, la república federal explicada por ella misma*, Madrid, Imp. de la Viuda e Hijos de M. Álvarez, 1870.

BARCIA MARTÍ, Roque: *Conversaciones con el pueblo español*, Murcia, Biblioteca Saavedra Fajardo, 2011, [1ª ed. Barcelona, ed. Manero, 1869].

BARCIA MARTÍ, Roque: *Cuestión de Italia*, Madrid, Imp. de J. Casas y Diaz, 1859.

BARCIA MARTÍ, Roque: *Cuestión pontificia*, Madrid, Imp. Tomás Núñez Amor, 1855.

BARCIA MARTÍ, Roque: *El dos de mayo!*, Madrid, Imp. de la Sociedad de Operarios del mismo Arte, 1846.

BARCIA MARTÍ, Roque: *El evangelio del pueblo*, Madrid, Imp. Manuel Galiano, 1868.

BARCIA MARTÍ, Roque: *El pedestal de la estatua. Drama original, en dos actos y en verso*, Madrid, Imp. de F. Martínez García, 1864

BARCIA MARTÍ, Roque: *Ensayos poéticos*, Sevilla, Establecimiento Tipográfico, 1843.

BARCIA MARTÍ, Roque: *Filosofía de la lengua española. Sinónimos castellanos*, vol. 1, Madrid, Imp. de la Viuda e Hijos de José Cuesta, 1863.

BARCIA MARTÍ, Roque: *Filosofía del alma humana, o sea, teoría de los actos externos e internos del hombre; Generación de ideas*, Madrid, Agencia General de la Librería, 1856.

- BARCIA MARTÍ, Roque: *Historias. Verdadera y fiel esposicion de los grandes principios cristianos contra el falso catolicismo que nos devora*, Madrid, Imp. de La Democracia a cargo de L. Polo, 1865.
- BARCIA MARTÍ, Roque: *Influencias y protestas neocatólicas*, Madrid, Imp. de La Democracia a cargo de L. Polo, 1865.
- BARCIA MARTÍ, Roque: *Juan Pérez. Comedia en tres actos y en verso*, Madrid, Imp. de José Rodríguez, 1862.
- BARCIA MARTÍ, Roque: *La federación española*, Madrid, Imp. de Manuel Álvarez, 1869.
- BARCIA MARTÍ, Roque: *La revolución de la Iglesia en España. Cartilla religiosa dedicada al ilustrísimo señor doctor D. Pedro Lagüera y Menezo, Obispo de Osmá*, Madrid, Imp. de Manuel Álvarez, 1869.
- BARCIA MARTÍ, Roque: *La verdad y la burla social*, Madrid, Imp. Tomás Núñez Amor, 1855, p. 299.
- BARCIA MARTÍ, Roque: *Manifiesto a la nación*, Madrid, Imp. de la Viuda e Hijos de M. Álvarez, 1870.
- BARCIA MARTÍ, Roque: *Otro emplazamiento papal. Segunda parte de El papado ante Jesucristo*, Madrid, Imp. de la Viuda e Hijos de M. Álvarez, 1870.
- BARCIA MARTÍ, Roque: *Prólogo del primer Diccionario General Etimológico de la lengua española*, París, Tipografía de A. Lahure, 1878.
- BARCIA MARTÍ, Roque: *Sinónimos castellanos*, tomo 1, Madrid, Imprenta de la Sra. Viuda é Hijos de D. José Cuesta, 1863.
- BARCIA MARTÍ, Roque: *Solicitud que se eleva al Gobierno provisional de la nación, en pretensión de que sea admitido su autor en el colejo público de la Corte para el curso de leyes próximo venidero: escrita en prosa y verso*, Sevilla, Establecimiento Tipográfico, 1843.
- BARCIA MARTÍ, Roque: *Teoría del infierno o la ley de la vida*, Madrid, Imp. Manuel Galiano, 1868.
- BARCIA MARTÍ, Roque: *Un paseo por París, retratos al natural*, Madrid, Imp. de Manuel Galiano, 1863.
- BERMEJO, Ildelfonso Antonio: *La estafeta de palacio. Cartas trascendentales dedicadas a S. A. R. el príncipe D. Alfonso de Borbón*, Tomo III, Madrid, Imp. de R. Labajos, 1872.
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente: *Historia de la revolución española: desde la guerra de la independencia hasta la Restauración en Sagunto (1808-1874)*, 3 vols., Barcelona, La Enciclopedia Democrática, 1890-1892.
- CANGA ARGÜELLES, José: *Diccionario de Hacienda, con aplicación a España*, tomo 1, Madrid, Imp. de D. Marcelino Calero y Portocarrero, 1833.
- CASTELAR, Emilio: *Historia del movimiento republicano en Europa*, 9 vols., Madrid, Manuel Rodríguez, 1874.
- CASTELAR, Emilio: *La fórmula del progreso*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de J. Casas y Díaz, 1858.
- CATALINA, Severo: *Viajes de Sus Majestades y Altezas a Portugal en diciembre de 1866*, Madrid, Imp. Manuel Rivadeneyra, 1867.
- Curso de psicología y lógica escrito con arreglo al programa de esta asignatura para uso de los institutos y colegios de segunda enseñanza. Psicología, por D. Pedro Felipe Monlau. Lógica, por D. José María Rey y Heredia, vol. I, Psicología; vol. II, Lógica*, Madrid, Imprenta y Estereotipia, 1849.

- DE LA CUEVA, D.R.B. (pseud. Roque Barcia Martí): *El cristianismo y el progreso*, Madrid, Imp. Tomás Núñez Amor, 1858.
- DE LA FUENTE, Vicente: *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España, y especialmente la franc-masonería*, Lugo, Imp. de Soto Freire (ed.), 1870.
- DE MESONERO ROMANOS, Ramón: *Panorama matritense*, tomo 2, Madrid, Imprenta de Repullés, 1835.
- DE MESONERO ROMANOS, Ramón: *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841*, Madrid, Imprenta de D. M. de Burgos, 1841.
- DE STAËL, Madame: *Corina ó Italia*, tomo I, Valencia, Imprenta de Estévan, 1820.
- DEL BUSTO, Heliodoro: *Los partidos en cueros ó apuntes para escribir la historia de doce años (1843-1855)*, Madrid, Imp. de D. Anselmo Santa Coloma, 1856.
- Diario de Sesiones de Cortes*
- Diarios de las Sesiones de Cortes. Senado*
- DONATO, Nicolò: *El hombre de Estado*, t. 1, Madrid, Imp. de D. Benito Cano, 1789.
- El pronunciamiento y sitio de Sevilla: redactado para dirigir a sus amigos, que le han felicitado por no haber sufrido daño alguno en su persona, familia e intereses, a causa del cerco y bombardeo con que ha sido aflijida esta ciudad invicta por un miliciano nacional del escuadrón de la misma*, Sevilla, Establecimiento Tipográfico, 1843.
- FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel (dir.): *La Asamblea constituyente de 1869: biografías de todos los representantes de la nación*, Madrid, Imp. de Tomás Rey y Compañía, 1869.
- FERNÁNDEZ HERRERO, Manuel: *Historia de las Germanías de Valencia y breve reseña del levantamiento republicano de 1869*, Madrid, Imp. de la Viuda e hijos de Manuel Álvarez, 1870.
- GARCÍA RUIZ, Eugenio: *Historia de la Internacional y del federalismo en España*, Madrid, Imp. Española, 1872.
- GARCÍA RUIZ, Eugenio: *La revolución en España: con la historia de los movimientos de enero y junio de 1866 y el del mes de agosto último*, París, Imp. de Ch. Lahure, 1867.
- GARRIDO, Fernando: *Historia del reinado del último Borbón de España. De los crímenes, apostasías, opresión, corrupción, inmoralidad, despilfarros, hipocresía, crueldad y fanatismo de los gobiernos que han regido á España durante el reinado de Isabel de Borbón*, Barcelona, Salvador Manero (ed.), 1868.
- GARRIDO, Fernando: *La república democrática federal universal. Nociones elementales de los principios democráticos, dedicadas á las clases productoras*, 7ª ed., Barcelona, Est. Tipográfico-Editorial de Manero, 1869 [1ª edición: Lérida, 1855].
- GIMENO Y CABAÑAS, Amalio: *El partido republicano de Valencia ante la historia. Memoria extensa y detallada de los sucesos de octubre de 1869, con relación exacta e imparcial de las circunstancias que los motivaron*, Valencia, Imp. El Avisador Valenciano, 1870.
- GRIMALDI, Ambrosio: *Emilio Castelar. Semblanza moral, intelectual y política*, Madrid, Est. Tipográfico de R. Vicente, 1869.
- Guía de Barcelona para 1847. Contiene cuanto puede ser útil á los forasteros y habitantes*, Barcelona, Imprenta de La Fraternidad, 1847.
- HARTZENBUSCH, Juan Eugenio: *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870*, Madrid, Establecimiento Tipográfico “Sucesores de Rivadeneyra”, 1894,

- Los Diputados pintados por sus hechos: colección de estudios biográficos sobre los elegidos por el sufragio universal en las constituyentes de 1869*, Madrid, R. Labajos y Compañía (eds.), 1869.
- Los españoles pintados por sí mismos*, 2 tomos, Madrid, J. Boix Editor, 1844.
- MARQUÉS DE MIRAFLORES: *Documentos a los que se hace referencia en los apuntes histórico-críticos sobre la Revolución de España*, t. 2, Londres, Oficina de Ricardo Taylor, 1834.
- MARTOS, Cristino: *La revolución de julio en 1854*, Madrid, Imp. del Colegio de Sordo-Mudos y de Ciegos, 1854.
- MELLADO, Francisco de Paula: "Apéndice", en *Guía del viajero en España*, Madrid, Establecimiento Tipográfico, 1842.
- Nombramiento de Comendador de la Orden de Isabel la Católica a Juan de Dios Bulnes, Tesorero de la Iglesia de Arequipa; Isidro Barradas; Mr. Biderman, Encargado de Negocios de Sajonia; Juan Ramón Barcia, Médico de los Reales Ejércitos; y de Caballero de la Orden de Isabel la Católica a Manuel Béjar, Capellán Castrense; Tomás Bastus y Faya, del Comercio*, Archivo Histórico Nacional, Estado, c. 6317, exp. 94 [en www.pares.mcu.es (visto el 16-03-2018)]
- PI Y MARGALL, Francisco y PI ARSUGA: Francisco, *Historia de España en el siglo XIX: sucesos políticos, económicos, sociales y artísticos... detallada narración de sus acontecimientos y extenso juicio crítico de sus hombres*, 8 vols., Barcelona, Miguel Seguí, 1902.
- PI Y MARGALL, Francisco: *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*, Madrid, Imprenta y Esterotipia de M. Rivadeneyra, 1854.
- PI Y MARGALL, Francisco: *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*, Imp. de Aribau y Comp^a., Madrid, 1874.
- PIRALA, Antonio: *Historia Contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión de la última guerra civil*, tomo IV, Madrid, Imprenta y Fundición de Manuel Tello, 1877.
- Primera reunion pública que el partido democratico de Madrid ha celebrado después de efectuada la revolucion de setiembre de 1868*, Madrid, Imp. de Tomás Núñez Amor, 1868.
- Recuerdo de los cementerios de Madrid*, Madrid, Imp. de José M. Ducal, 1891.
- RIBOT Y FONSERÉ, Antonio: *La revolución de julio en Madrid*, Madrid, Imp. de Gaspar y Roig, 1854.
- RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Constitución de la nación española discutida y aprobada por las Cortes Constituyentes de 1869, y Constitución de 1812, con notas comparativas*, Madrid, Imp. de Manuel Galiano, 1869.
- RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Panorama literario. Colección de estudios históricos y biográficos, artículos, cuentos, leyendas y poesías*, Madrid, Imp. de Fernando Cao y Domingo del Val, 1881.
- RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Reseña histórica de las monarquías españolas*, Barcelona, Salvador Manero (ed.), 1869 e *Historia del partido republicano español: de sus propagandistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires*, 2 vols., Madrid, Imp. Fernando Cao y Domingo del Val, 1892-1893.
- RODRÍGUEZ-SOLÍS, Enrique: *Historia del partido republicano español: de sus propagandistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires*, vol. 2, Madrid, Imp. Fernando Cao y Domingo del Val, 1893.

SEGOVIA, Ángel María: *Figuras y figurones. Biografías de los hombres que más figuran actualmente así en política como en las armas, ciencias, artes, magistratura, alta banca, etc.*, tomo XX, Madrid, Imp. de Figuras y Figurones, 1881.

SEGOVIA, Antonio María: *Manual del viajero español, de Madrid a París y Londres*, Madrid, Imprenta de Don Gabriel Gil, 1851, p. 3.

SUÁREZ CASAÑ, Vicente: *Viaje de Don Francisco Pi y Margall a Valencia*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Góngora, 1883.

VERA Y GONZÁLEZ, Enrique: *Pi y Margall y la política contemporánea*, 2 tomos, Barcelona, Tipografía La Academia de Evaristo Ullastres, 1886.

Bibliografía

- “Los retos de la biografía”, *Ayer*, 93 (2014).
- “Masculinidades, nación y civilización en la España contemporánea”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39 (2017).
- “Pi y Margall y el federalismo”, *Historia y Política*, 6 (2001)
- AGULHON, Maurice: *El círculo burgués: la sociabilidad en Francia, 1810-1848*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.
- ALBURQUERQUE-GARCÍA, Luis: “El ‘relato de viajes’: hitos y formas en la evolución del género”, *Revista de Literatura*, 73-145 (2011), pp. 15-34.
- ALMOND, Gabriel A. y VERBA, Sydney: “La cultura política” en ALMOND, Gabriel A. *et alii: Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona, Ariel, 1992, pp. 171-201.
- ALONSO SEOANE, María José: “El debate sobre el Romanticismo y su temprana defensa en la traducción de *Corinne*, de Mme. De Stäel, por Juan Ángel Caamaño”, en *Los románticos teorizan sobre sí mismos. Romanticismo 8. Actas del VIII Congreso del Centro Internacional de Estudios sobre el Romanticismo Hispánico*, Bologna, Il Capitello del Sole, 2002, pp. 7-24.
- ALVAR EZQUERRA, Manuel: “A vueltas con el *Nuevo Diccionario de Roque Barcia*”, en CORBELLÁ, Dolores *et al.* (coords.): *Lexicografía hispánica del siglo XXI, nuevos proyectos y perspectivas: homenaje al profesor Cristóbal Corrales Zumbado*, Madrid, Arco Libros, 2012, pp. 57-70.
- ALVARADO PLANAS, Javier: “La sección de Orden Público a fines del reinado de Isabel II: la represión política a través de los ficheros policiales reservados”, en ALVARADO PLANAS, Javier (coord.): *Poder, economía, clientelismo*, Madrid, Marcial Pons, 1997, pp. 149-231.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (ed.): *Se hicieron literatos para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004.
- ÁLVAREZ JUNCO, José: *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.
- ANDREU MIRALLES, Xavier: “«El pueblo y sus opresores»: populismo y nacionalismo en la cultura política del radicalismo democrático, 1844-1848”, *Historia y Política*, 25 (2011), pp. 65-91.
- ANDREU MIRALLES, Xavier: “La cultura”, en BURDIEL, Isabel (coord.): *España. La construcción nacional, 1830/1880*, Madrid, Fundación Mapfre, 2012, pp. 335-425.
- ANDREU MIRALLES, Xavier: “Nación, emoción y fantasía. La España melodramática de Ayguals de Izco”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V Historia Contemporánea*, 29 (2017), pp. 65-92.
- ANDREU MIRALLES, Xavier: “Retratos de familia (nacional): Discursos de género y de nación en las culturas liberales españolas de la primera mitad del siglo XIX”, en SAZ, Ismael y ARCHILÉS, Ferran (eds.): *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Zaragoza, PUZ, 2011, pp. 79-111.

- ANDREU MIRALLES, Xavier: "Tambores de guerra y lágrimas de emoción. Nación y masculinidad en el primer republicanismo", en BOSCH, Aurora y SAZ, Ismael (eds.): *Izquierdas y derechas ante el espejo. Culturas políticas en conflicto*, Valencia, Tirant Humanidades, 2016, pp. 91-118.
- ANDREU MIRALLES, Xavier: *El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional*, Barcelona, Taurus, 2016.
- ANGUERA, Pere: *El general Prim: biografía de un conspirador*, Barcelona, Edhasa, 2003.
- ARCHILÉS, Ferran: *Parlar en nom del poble: cultura política, discurs i mobilització social al republicanisme de Castelló de la Plana, 1891-1909*, Castellón, Ayuntamiento de Castellón, 2002.
- ARESTI, Nerea: "La historia de género y el estudio de las masculinidades. Reflexiones sobre conceptos y métodos", en GALLEGO, Henar (ed.): *Feminidades y masculinidades en la historiografía de género*, Granada, Comares, 2018, pp. 173-194.
- ARESTI, Nerea: *Masculinidades en tela de juicio: hombres y género en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2018.
- ARISTI ROTA, Ariana: *I piccoli cospiratori. Politica ed emozioni nei primi mazziniani*, Bologna, Il Mulino, 2010.
- ARMAS AYALA, Alfonso: "Graciliano Afonso, un prerromántico español", *Revista de Historia Canaria*, 137-149 (1962), pp. 52-181.
- ARRARÁS, Joaquín: *Historia de la Segunda República española*, 4 vols. Madrid, Editora Nacional, 1956-68.
- ARRARÁS, Joaquín: *Memorias íntimas de Azaña*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939.
- ARTOLA GALLEGO, Miguel: *Partidos y programas políticos 1808-1936*, Vol. 2, Madrid, Alianza, 1991.
- ASAD, Talal: "Secularism, Nation-State, Religion", en ID.: *Formations of the secular. Christianity, Islam, modernity*, Stanford, Stanford University Press, 2003, pp. 181-201.
- BAJO PÉREZ, Elena: "El Nuevo Diccionario de la Lengua Castellana dirigido por R. Barcia", *Anuario de Estudios Filológicos*, XXX (2007), pp. 19-31.
- BAKER, Keith Michael: "El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa", *Ayer*, nº 62, 2006, pp. 89-110.
- BARCIA GOYANES, Juan José: *La saga de los Barcia*, Valencia, J. J. Barcia, 2003.
- BARNOSELL, Genís: "God and freedom: radical liberalism, republicanism, and religion in Spain (1808-1847)", *International Review of Social History*, 57 (2012), pp. 37-59.
- BARNOSELL, Genís: "Libertad, Igualdad, Humanidad: la construcción de la democracia en Cataluña (1839-1843)", en SUÁREZ CORTINA, Manuel (coord.): *La redención del pueblo: la cultura progresista en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006, pp. 145-182.
- BARREIRO FERNÁNDEZ, Xosé Ramón (coord.): *Historia de la Universidad de Santiago de Compostela*, vol. II, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2003.
- BÉNICHOU, Paul: *La coronación del escritor. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- BERAMENDI, Justo: "Republicanismos y nacionalismos subestatales en España (1875-1923)", *Ayer*, 39 (2000), pp. 135-161.

- BERSTEIN, Serge: “La cultura política”, en RIOUX, Jean-Pierre y SIRINELLI, Jean-François: *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1999, pp. 389-405.
- BERSTEIN, Serge: “Nature et fonction de les cultures politiques”, en BERSTEIN, Serge (dir.): *Les cultures politiques en France*, París, Seuil, 1999, pp 7-91.
- BÉRTOLO, José M. BALLESTEROS y FERRO PEGO, Luis: “La «Casa Barcia» en San Miguel de Cora (A Estrada)”, *A Estrada: Miscelánea histórica e cultural*, 13 (2010), pp. 123-125.
- Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclee de Brouwer, 1975.
- BOGARÍN DÍAZ, Jesús: *150 linajes isleños*, Huelva, Universidad de Huelva, 2007.
- BOLUFER, Mónica, BLUTRACH, Carolina y GOMIS, Juan (eds.): *Educación los sentimientos y las costumbres*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014.
- BOTREL, Jean François: “Pueblo y literatura. España, siglo XIX”, en SEVILLA, Florencio y ALVAR, Carlos (eds.): *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. Madrid, 6-11 de julio de 1998*, tomo 2, Madrid, Castalia, 2000, pp. 49-66.
- BOTREL, Jean François: “Teoría y práctica de la lectura en el siglo XIX: el arte de leer”, *Bulletin Hispanique*, 100-2 (1998), pp. 577-590.
- BOURDIEU, Pierre: “L’illusion biographique”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 62-63 (1986), pp. 69-72.
- BOURDIEU, Pierre: *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988.
- BOURKE, Joanna: “Fear and anxiety: writing about emotion in Modern History”, *History Workshop Journal*, 55 (2003), pp. 111-133.
- BREUILLY, John: “Artisan economy, artisan politics, artisan ideology: the artisan contribution to the 19th century european labour movement”, en EMSLEY, Clive y WALVIN, James (eds.): *Artisans, peasants and proletarians, 1760-1860*, London-Sydney-Dover, Croom Helm, 1985, pp. 187-225.
- BRILLI, Attilio: *El viaje a Italia. Historia de una gran tradición cultural*, Boadilla del Monte, A. Machado Libros, 2010.
- BRUBAKER, Rogers y COOPER, Frederick: “Beyond identity”, *Theory and Society*, 29 (2000), pp. 1-47.
- BUENO SÁNCHEZ, Gustavo: “Gumersindo Laverde y la Historia de la Filosofía Española”, *El Basilisco*, 5 (1990), pp. 49-85.
- BURDIEL, Isabel y FOSTER, Roy (eds.): “Introducción”, en BURDIEL, Isabel y FOSTER, Roy (eds.): *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015.
- BURDIEL, Isabel y PÉREZ LEDESMA, Manuel (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000.
- BURDIEL, Isabel y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.): *Liberales eminentes*, Madrid, Marcial Pons, 2004.
- BURDIEL, Isabel: “Historia política y biografía: más allá de las fronteras”, *Ayer*, 93 (2014), pp. 47-83.
- BURDIEL, Isabel: “La consolidación del liberalismo y el punto de fuga de la monarquía (1843-1870)”, en SUÁREZ CORTINA, Manuel (coord.): *Las máscaras de la libertad: el liberalismo español, 1808-1950*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 101-133.

- BURDIEL, Isabel: “La dama de blanco: notas sobre la biografía histórica”, en BURDIEL, Isabel y PÉREZ LEDESMA, Manuel (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pp. 17-48
- BURDIEL, Isabel: “La revolución del pudor: escándalos, género y política en la crisis de la monarquía liberal en España”, *Historia y Política*, 39 (2018), pp. 23-51.
- BURDIEL, Isabel: “Monarquía y nación en la cultura progresista. La encrucijada de 1854”, en GARCÍA MONERRIS, Encarna, MORENO SECO, Mónica y MARCUELLO, Juan I. (eds.): *Culturas políticas monárquicas en la España liberal. Discursos, representaciones y prácticas (1808-1902)*, Valencia, PUV, 2013, pp. 213-232.
- BURDIEL, Isabel: “Salustiano Olózaga: la res más brava del progresismo”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel y BURDIEL, Isabel (coords.): *Liberales eminentes*, Madrid, Marcial Pons, 2004, pp. 77-124.
- BURDIEL, Isabel: *Isabel II, no se puede reinar inocentemente*, Madrid, Espasa Calpe, 2004.
- BURDIEL, Isabel: *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*, Madrid, Taurus, 2010.
- BURGUERA, Mónica: “La estrategia biográfica. Gertrudis Gómez de Avellaneda y Carolina Coronado, románticas después del romanticismo”, *Política y Sociedad*, 55-1 (2018), pp. 43-69.
- BURGUERA, Mónica: *Las damas del liberalismo respetable. Los imaginarios sociales del feminismo liberal en España (1834-1850)*, Madrid, Cátedra, 2012.
- BURLEIGH, Michael: *Poder terrenal. Religión y política en Europa. De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Taurus, 2005.
- CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Sonsoles: *Los sucesos de 1848 en España*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1981.
- CABRERA, Miguel Ángel: “La investigación histórica y el concepto de cultura política”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (CSIC), 2010, pp. 19-86
- CABRERA, Miguel Ángel: “Lenguaje, experiencia e identidad. La contribución de Joan Scott a la renovación teórica de los estudios históricos”, en Cristina BORDERÍAS (ed.): *Joan Scott y las políticas de la historia*, Barcelona, Icaria, 2006, pp. 233-257.
- CABRERA, Miguel Ángel: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001.
- CABRERO BLANCO, Claudia et al. (coords.): *La escarapela tricolor. El republicanismo en la España contemporánea*, Oviedo, Universidad de Oviedo-KRK, 2008.
- CAGIAO Y CONDE, Jorge: *Tres maneras de entender el federalismo: Pi y Margall, Salmerón y Almirall. La teoría de la federación en la España del siglo XIX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014.
- CALVO CARILLA, José Luis: “Wenceslao Ayguals de Izco, un editor y traductor adelantado a su tiempo”, en LAFARGA, Francisco y PEGENAUTE, Luis (coords.): *Autores traductores en la España del siglo XIX*, Kassel, Reichenberger, 2016, pp. 165-172.
- CALVO MATURANA, Antonio: *Cuando manden los que obedecen. La clase política e intelectual de la España preliberal (1780-1808)*, Madrid, Marcial Pons, 2013.
- CAMPOS MATOS, Sérgio: “Was Iberism a Nationalism? Conceptions of Iberism in Portugal in the Nineteenth and Twentieth Centuries”, *Portuguese Studies*, 25-2 (2009), pp.215-229.
- CAMPOS MATOS, Sérgio: *Iberismos: nação e transnação, Portugal e Espanha c.1807-c.1931*, Coimbre, Universidade de Coimbra, 2017.
- CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo: “¿Mejora la Humanidad? El concepto de progreso en la España liberal”, en SUÁREZ CORTINA, Manuel (coord.): *La redención del pueblo: la*

- cultura progresista en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006, pp. 41-80.
- CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo: “La opinión secuestrada. Prensa y opinión pública en el siglo XIX”, *Berceo*, 152 (2010), pp. 23-62.
- CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo: “Liberalismo armónico. La teoría política del primer krausismo español (1860-1868)”, *Historia y Política*, 17 (2007), pp. 89-120.
- CARMONA, Antonio y CABALLERO, Pablo: *Roque Bárcia. Luces recobradas*, s.l., Roque Bárcia Ediciones, 2013.
- CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier (coords.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, vol. 1, Bilbao, Fundación BBVA, 2005.
- CASANOVA, José: *Religiones públicas en el mundo moderno*, Madrid, PPC, 2000.
- CASEY, James: *Familia, poder y comunidad en la España Moderna. Los ciudadanos de Granada (1570-1739)*, Valencia, PUV, 2009.
- CASTILLA DEL PINO, Carlos: “Teoría de la intimidad”, *Revista de Occidente*, 182-183 (1996), pp. 15-30.
- CASTRO ALFÍN, Demetrio (coord.): *Líderes para el pueblo republicano. Liderazgo político en el republicanismo español del siglo XIX*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2015.
- CASTRO ALFÍN, Demetrio: “«Maestro y jefe». Facetas del liderazgo político de Pi y Margall”, en CASTRO, Demetrio (coord.): *Líderes para el pueblo republicano. Liderazgo político en el republicanismo español del siglo XIX*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2015, pp. 149-178.
- CASTRO ALFÍN, Demetrio: “Jacobinos y populistas: el republicanismo español a mediados del siglo XIX”, en ÁLVAREZ JUNCO, José (coord.): *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1987.
- CASTRO ALFÍN, Demetrio: “*La Voz del Pueblo* (1855-56). Prensa política para jornaleros”, en VV. AA., *Prensa obrera en Madrid*, Madrid, Revista Alfoz, 1987, pp. 122-133.
- CASTRO ALFÍN, Demetrio: “Orígenes y etapas del republicanismo en España”, en TOWNSON, Nigel (ed.): *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994.
- CASTRO ALFÍN, Demetrio: “Unidos en la adversidad, unidos en la discordia: el Partido Demócrata, 1849-1868”, en TOWNSON, Nigel (ed.): *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 59-86.
- CASTRO ALFÍN, Demetrio: *Los males de la imprenta. Política y libertad de prensa en una sociedad dual*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1998.
- CHUST, Manuel y PIQUERAS, José A (comps.): *Republicanos y repúblicas en España*, Madrid, Siglo XXI, 1996.
- CLARK, Cristopher: “From 1848 to Christian Democracy”, en KATZNELSON, Ira y STEDMAN JONES, Gareth, (eds.): *Religion and the political imagination*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 190-213.
- COMELLAS AGUIRREZÁBAL, Mercedes: “Viajes y aprendizaje. Del Grand Tour dieciochesco al viaje romántico”, en NAVARRO DOMÍNGUEZ, Eloy (ed.): *Imagen del mundo: seis estudios sobre literatura de viajes*, Huelva, Universidad de Huelva, 2014, pp. 81-140.
- COMÍN COLOMER, Eduardo: *Historia secreta de la Segunda República*, 2 vols., Madrid, NOS, 1954-55; ID: *Historia de la Primera República*, Barcelona, AHR, 1956.

- CONNELL, R. W. y MESSERSCHMIDT, James W.: "Hegemonic Masculinity: rethinking the concept", *Gender and Society*, 19-6 (2005), pp. 829-859.
- CONNELL, R. W.: "La organización social de la masculinidad", en VALDÉS, Teresa y OLAVARRÍA, José: *Masculinidad/es. Poder y Crisis*, Santiago de Chile, Isis Internacional-FLACSO Chile, 1997, pp. 31-48.
- CRUZ VALENCIANO, Jesús: "Lealtad y meritocracia: ambivalencias entre discurso público y práctica privada en las élites ilustradas y liberales españolas", *Historia Social*, 23 (1995), pp. 101-120.
- CRUZ VALENCIANO, Jesús: *El surgimiento de la cultura burguesa. Personas, hogares y ciudades en la España del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 2014.
- DAVIS, J. C.: "Decadencia final de una necesidad cultural: la biografía y su credibilidad intelectual", en DAVIS, J. C. y BURDIEL, Isabel (eds.): *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, Universidad de Valencia, 2005, pp. 31-47.
- DE BLAS GUERRERO, Andrés: *Tradición republicana y nacionalismo español (1876-1930)*, Madrid, Tecnos, 1991.
- DE CUÉLLAR, F. y BURELL, Julio: *Antología de las Cortes Constituyentes de 1869 y 1870*, tomo III, Madrid, Talleres Tipográficos de La Mañana, 1913.
- DE DIEGO ROMERO, Javier: "El concepto de cultura política en ciencia política y sus implicaciones para la historia", *Ayer*, nº 61, 2006, pp. 133-266.
- DE DIEGO ROMERO, Javier: "La cultura política de los republicanos finiseculares", *Ayer*, 37 (2008), pp. 409-440.
- DE DIEGO ROMERO, Javier: *Imaginar la República. La cultura política del republicanismo español (1876-1908)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.
- DE LA CUEVA, Julio: "Conflictiva secularización: sobre sociología, religión e historia", *Historia Contemporánea*, 51 (2015), pp. 365-395.
- DE LA FUENTE MONGE, Gregorio y ÁLVAREZ JUNCO, José: "Eugenio García Ruiz, un republicano de orden", en DE PRADO MOURA, Ángel (coord.): *Memoria, progreso y cultura. Homenaje al profesor Rafael Serrano García*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2017, pp. 91-121.
- DE LA FUENTE MONGE, Gregorio: "Monarquía y república en la España revolucionaria (1868-1873)", en LARIO, Ángeles (ed.): *Monarquía y República en la España Contemporánea*, Madrid, UNED-Biblioteca Nueva, 2007, pp. 205-230.
- DE LA FUENTE MONGE, Gregorio: *Los revolucionarios de 1868: élites y poder en la España liberal*, Madrid, Marcial Pons, 2000.
- DEDIEU, Jean-Pierre y WINDLER-DIRISIO, Christian: "La familia: ¿una clave para entender la historia política? El ejemplo de la España moderna", *Studia historica. Historia moderna*, 18 (1998), pp. 201-236.
- DEL PALACIO, Manuel y RIVERA, Luis: *Cabezas y calabazas*, Madrid, Librería de D. Miguel Guijarro (ed.), 1864.
- DEL VALLE CALZADO, Ángel Ramón: "El sueño de la república unitaria: Eugenio García Ruiz (1818-1883)", en PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (ed.): *Experiencias republicanas en la historia de España*, Madrid, Catarata, 2015, pp. 85-107.
- DELGADO RUIZ, Manuel: *La ira sagrada. Anticlericalismo, iconoclastia y antirritualismo en la España contemporánea*, Barcelona, ed. Humanidades, 1992.

- DELGADO, Luisa Elena, FERNÁNDEZ, Pura y LABANYI, Jo (eds.): *La cultura de las emociones y las emociones en la cultura española contemporánea (siglos XVIII-XXI)*, Madrid, Cátedra, 2018.
- DEMANGE, Christian (et al.): *Sombras de mayo: mitos y memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2007.
- DEMANGE, Christian: *El dos de mayo: mito y fiesta nacional, 1808-1958*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004.
- DÉZ CANO, L. Santiago: “¿Existió alguna vez la I República? Notas para recuperar un periodo historiográfico”, SERRANO, Rafael (dir.): *España, 1868-1874. Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2002, pp. 75-92.
- DÍAZ MARÍN, Pedro: *La monarquía tutelada: el progresismo durante la regencia de Espartero (1840-1843)*, Alicante, Universitat d'Alacant, 2015.
- Diccionario Biográfico Español*, Real Academia de la Historia [<http://dbe.rah.es/>] (visto el 13 de julio de 2018)].
- DITTRICH, Lisa: *Antiklerikalismus in Europa. Öffentlichkeit und Säkularisierung in Frankreich, Spanien und Deutschland (1848-1914)*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 2014.
- DOSSE, François: *La apuesta biográfica*, Valencia, PUV, 2007.
- DUARTE, Ángel y GABRIEL, Pere: “¿Una sola cultura política republicana ochocentista en España?”, *Ayer*, 39 (2000), pp. 11-34.
- DUARTE, Ángel: “Historias de federales, historia republicana”, *Historia y Política*, 6 (2001), p. 11.
- DUARTE, Ángel: “Nación de republicanos. Siglo XIX”, en MORALES MOYA, Antonio, FUSI AIZPURÚA Juan Pablo y DE BLAS GUERRERO, Andrés (dirs.): *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores, 2013, pp. 293-306.
- DUARTE, Ángel: “Republicanos y nacionalismo. El impacto del catalanismo en la cultura política republicana”, *Historia Contemporánea*, 10 (1993), pp. 157-180.
- DUARTE, Ángel: “Sin historia no hay republicanos”, *Historia Contemporánea*, 37 (2008), p. 336.
- DUARTE, Ángel: *El republicanismo. Una pasión política*, Madrid, Cátedra, 2013.
- DURÁN DE LA RUA, Nelson: *La Unión Liberal y la modernización de la España isabelina: una convivencia frustrada 1854-1868*, Torrejón de Ardoz, Akal, 1979.
- DURÁN LÓPEZ, Fernando: “Las censuras ilustradas de José Vargas Ponce para la Real Academia de la Historia (1786-1805)”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CCIX-III (2012), pp. 363-414.
- DURÁN LÓPEZ, Fernando: “«Entrar dentro de sí mismos»: la crisis del Antiguo Régimen en las autobiografías de sus protagonistas”, en ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (ed.): *Se hicieron literatos para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004.
- EIRAS ROEL, Antonio: “Sociedades secretas republicanas en el reinado de Isabel II”, *Hispania*, 86 (1962), pp. 251-310.
- EIRAS ROEL, Antonio: *El partido demócrata español (1849-1868)*, Madrid, Rialp, 1961.
- ELEY, Geoff: “Nations, publics and political cultures: placing Habermas in the Nineteenth Century”, en DIRKS, Nicholas B., ELEY, Geoff y ORTNER, Sherry B. (eds.):

Culture/Power/History. A reader in contemporary social theory, Princeton, Princeton University Press, 1994.

- ESCOT MANGAS, Sergio: “Roque Barcia: *Teoría del infierno o ley de la vida*”, en AGENJO BULLÓN, Xavier, JIMÉNEZ GARCÍA, Antonio y ORDEN JIMÉNEZ, Rafael V. (coords.): *Nuevos estudios sobre historia del pensamiento español: Actas de las V Jornadas de Hispanismo Filosófico*, Madrid, Fundación Larremendi, 2005, pp. 273-292.
- ESCOT MANGAS, Sergio: *Catolicismo liberal en la obra de Roque Barcia. Filósofo, masón, clerófobo, ácrata, revolucionario, demócrata, republicano, intransigente y demás gentes de mal vivir* [recurso electrónico], Tesis Doctoral dirigida por Diego Núñez Ruiz, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2004.
- ESPIGADO TOCINO, Gloria: “El discurso republicano sobre la mujer en el Sexenio Democrático, 1868-1874: los límites de la modernidad”, *Ayer*, 78 (2010), pp. 143-168.
- ESPIGADO TOCINO, Gloria: “La historiografía del cantonalismo: pautas metodológicas para un estudio comparado”, en SERRANO, Rafael (dir.): *España, 1868-1874. Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2002, pp. 111-138.
- ESPIGADO, Gloria: “Editoras de prensa en España a mediados del siglo XIX: el caso de las fourieristas”, en CANTOS, Marieta (ed.): *Redes y espacios de opinión pública: de la Ilustración al Romanticismo. Cádiz, América y Europa ante la Modernidad, 1750-1850. XII Encuentro, Cádiz 3, 4 y 5 de noviembre de 2004*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2006.
- ESPIGADO, Gloria: “El discurso republicano sobre la mujer en el Sexenio Democrático, 1868-1874: los límites de la modernidad”, *Ayer*, 78 (2010), pp. 143-168.
- ESPIGADO, Gloria: “La Buena Nueva de la Mujer Profeta. Identidad y cultura política en las fourieristas M^a Josefa Zapata y Margarita Pérez de Celis”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2008), pp. 15-33.
- ESPIGADO, Gloria: “Las primeras republicanas en España. Prácticas y discursos identitarios (1868-1874)”, *Historia Social*, 67 (2010), pp. 75-91.
- ESTÉVANEZ, Nicolás: *Mis memorias*, Madrid, Tebas, 1975.
- FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, José Luis: *Jovellanos: antropología y teoría de la sociedad*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 1990.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier et CHASSIN, Joëlle (coords.): *L'avènement de l'opinion publique: Europe et Amérique, XVIIIe-XIXe siècles*, Paris, L'Harmattan, 2004.
- FERNÁNDEZ URBINA, José Miguel: *Sixto Cámara, un utopista revolucionario*, Leioa, Euskal Herriko Unibersitatea, 1984.
- FERNÁNDEZ, Pura: “Construyendo a la lectora moderna: lecturas emocionales para nuevas comunidades interpretativas. La *Galería fúnebre* (1831) de Agustín Pérez Zaragoza”, en DELGADO, Luisa Elena, FERNÁNDEZ, Pura y LABANYI, Jo (eds.): *La cultura de las emociones y las emociones en la cultura española contemporánea (siglos XVIII-XXI)*, Madrid, Cátedra, 2018, pp. 75-98.
- FINELLI, Pietro, FRUCI, Gian Luca y GALIMI, Valeria (coords.): *Parole in azione. Strategie comunicative e ricezione del discorso politico in Europa fra Otto e Novecento*, Florencia, Le Monnier Università, 2012.
- FLITTER, Derek: *Teoría y crítica del romanticismo español*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.
- FORCADELL, Carlos y ROMEO, María Cruz (eds.): *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006.
- FRADERA, Josep Maria: “Juan Prim y Prats (1814-1870). Prim conspirador o la pedagogía del sable”, en BURDIEL, Isabel y PÉREZ LEDESMA, Manuel (coords.): *Liberales*,

agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pp. 239-266.

FRANCIA, Enrico: *1848. La Rivoluzione del Risorgimento*, Il Mulino, Bologna, 2012.

FREIRE, Ana María: “La Guerra de la Independencia en el teatro: cuándo, cómo y por qué”, en GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel y RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja (eds.): *Desde la platea. Estudios sobre teatro decimonónico*, Santander, Universidad de Cantabria, 2010, pp. 251-260.

FREVERT, Ute: “Männergeschichte oder die Suche nach dem ‘ersten’ Geschlecht”, en HETTLING, Manfred *et al.* (eds.) eds.: *Was ist Gesellschaftsgeschichte? Positionen, Themen, Analysen*, München, Verlag C.H. Beck, 1991, pp. 31-43.

FUENTES, Juan Francisco: “Mito y concepto de pueblo en el siglo XIX: una comparación entre España y Francia”, *Historia Contemporánea*, 28 (2004), pp. 95-110.

GABRIEL, Pere: “Republicanismos y federalismos en la España del siglo XIX. El federalismo catalán”, *Historia y Política*, 6 (2001), pp. 32-56.

GARCÍA ALCÁNTARA, Eduardo: *Memorias de la revolución cantonal iniciada en Cartagena el 14 de julio de 1873*, Buenos Aires, Imprenta de El Argentino, 1875.

GARCÍA BALAÑÀ, Albert: “«Ya no existe el Partido Progresista en Barcelona»: experiencia social y protesta obrera en la insurrección republicana de 1869”, *Hispania. Revista española de historia*, 68-230 (2008), pp. 735-759.

GARCÍA BALAÑÀ, Albert: “Bajo la sombra de la Comuna: sindicalismo y republicanismo en la Barcelona de 1871”, *Historia Contemporánea*, 53 (2016), pp. 491-520.

GARCÍA BALAÑÀ, Albert: “Significados de la República: insurrecciones federales, redes milicianas y conflictos laborales en la Cataluña de 1869”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 213-243.

GARCÍA DE PASO, Ignacio: “El 1848 español ¿Una excepción europea?”, *Ayer*, 106 (2017), pp. 185-206.

GARCÍA PLATERO, Juan Manuel: “Roque Barcia y la lexicografía no académica en el siglo XIX: apuntes sobre su vida y obra”, en GARCÍA TURZA, Claudio, GONZÁLEZ BACHILLER, Fabián y MANGADO MARTÍNEZ, José Javier (eds.): *Actas del IV Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española: La Rioja, 1-5 de abril de 1997*, vol. 2, La Rioja, Universidad de La Rioja, 1998, pp. 137-142.

GARCÍA ROVIRA, Anna Maria: “Liberalisme «no respectable» i poble menut urbà: bullangues i revolució (1832-35)”, *Recerques. Història, economia i cultura*, 22 (1989), pp. 45-62.

GARCÍA ROVIRA, Anna Maria: “Radicalismo liberal, republicanismo y revolución (1835-37)”, *Ayer*, 29 (1988), pp. 63-90.

GARRIDO MORAGA, Antonio: “Un capítulo de filología trasnochada: el prólogo del Diccionario etimológico de Roque Barcia”, *Español Actual: Revista de Español Vivo*, 41 (1984), pp. 5-12.

GIES, David T.: *El teatro en la España del siglo XIX*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

GINÉ, Marta: “Cómo Paul Jones se convirtió en Pablo el marino”, en LAFARGA, Francisco, PALACIOS, Concepción y SAURA, Alfonso (eds.): *Neoclásicos y románticos ante la traducción*, Murcia, Universidad de Murcia, 2002, pp. 319-332.

GONZÁLEZ PÉREZ, Rosario: “Sinonimia y teoría semántica en diccionarios de sinónimos de los siglos XVIII y XIX”, *Revista española de lingüística*, nº 24, 1994.

GUILLAMET, Jaume: *Abdón Terradas. Primer dirigent republicà, periodista i alcalde de Figueres*, Figueres, IEE, 2000.

- GUNN, Simon: *Historia y teoría cultural*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 2011.
- GUTIÉRREZ LLORET, Rosa Ana: “Los orígenes del Republicanismo en Alicante: el Partido Demócrata (1864-1868)”, *Investigaciones Históricas*, 10 (1990).
- GUTIÉRREZ LLORET, Rosana y ZURITA Rafael: “Canvi polític i mobilització electoral en la revolució del 1868”, *Recerques: Història, economia i cultura*, 39 (1999), pp. 31-54.
- GUTIÉRREZ, Rosa A. y ZURITA, Rafael: “Canvi polític i mobilització electoral en la revolució del 1868”, *Recerques*, 39 (1999), pp. 31-54.
- HABERMAS, Jürgen: *Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981.
- HAUPT, Heinz-Gerhard y LANGEWIESCHE, Dieter (eds.): *Nación y religión en Europa. Sociedades multiconfesionesales en los siglos XIX y XX*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2010.
- HENNESSY, C.A.M.: *La República Federal en España. Pi y Margall y el movimiento republicano federal, 1868-1874*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2010 [1ª ed. en castellano: Madrid, Aguilar, 1966].
- HENRÍQUEZ SALIDO, María de Carmo: “El dominio forense en el *Primer Diccionario general etimológico de la lengua española* de Roque Barcia”, *Revista de Lexicografía*, XIV (2008), pp. 97-109.
- HENRÍQUEZ SALIDO, María de Carmo: “Las ideas de democracia, igualdad, justicia y libertad en el *Primer diccionario general etimológico de la lengua española* de Roque Barcia”, en GARCÍA MARTÍN, José María (dir.) y GAVIÑO RODRÍGUEZ, Victoriano (ed.): *Las ideas y realidades lingüísticas en los siglos XVIII y XIX*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2002, pp. 361-377.
- HENRÍQUEZ SALIDO, María de Carmo: “Los contenidos francmasónicos en el Diccionario de Roque Barcia”, *Revista de Lexicografía*, 21 (2015), pp. 31-45.
- HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo, PÉREZ TRUJILLANO, Rubén y VADILLO MUÑOZ, Julián (coords.): *Activistas, militantes y propagandistas. Biografías en los márgenes de la cultura republicana (1868-1978)*, Sevilla, Athenaica, 2018.
- HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo: *Manuel Ruiz Zorrilla. Con los Borbones, jamás*, Madrid, Marcial Pons, 2016.
- IGUALADA BELCHÍ, Dolores A.: “Sobre la técnica lexicográfica del siglo XIX: el *Diccionario general etimológico* de Roque Barcia”, en CAMPOS SOUTO, Mar y PÉREZ PASCUAL, José Ignacio: *De historia de la lexicografía*, Noia, Toxosoutos, 2002, pp. 137-147.
- IMÍZCOZ, José María: “Las redes de la monarquía: familias y redes sociales en la construcción de España”, en CHACÓN, Francisco y BESTARD, Joan (dirs.): *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*, Madrid, Cátedra, 2011, pp. 393-444.
- JAÉN MILLA, Santiago: *Ni iglesias ni tabernas: republicanismo y escuelas de ciudadanía en Jaén (1849-1923)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2016.
- JIMÉNEZ MORELL, Inmaculada: *La prensa femenina en España (desde sus orígenes a 1868)*, Madrid, Ed. De la Torre, 1992.
- JOVER ZAMORA, José María: *Realidad y mito de la Primera República : del “Gran Miedo” meridional a la utopía de Galdós*, Madrid, Espasa Calpe, 1991.
- JOYCE, Patrick: *Democratic subjects: the self and the social in nineteenth-century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

- JOYCE, Patrick: *Democratic subjects: the self and the social in nineteenth-century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.
- JUTGLAR, Antoni: *Federalismo y revolución. Las ideas sociales de Pi y Margall*, Barcelona, Publicaciones de la Cátedra de Historia General de España, 1966.
- KAHAN, Alan S.: *Liberalism in Nineteenth-Century Europe. The political culture of limited suffrage*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2003.
- KATZNELSON, Ira y STEDMAN JONES, Gareth, "Introduction: multiple secularities", en KATZNELSON, Ira y STEDMAN JONES, Gareth (eds.), *Religion and the political imagination*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 1-22
- KIERNAN, Victor G.: *La Revolución de 1854 en España*, Madrid, Aguilar, 1970.
- KIRKPATRICK, Susan: *Las románticas: escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*, Madrid, Cátedra, 1991.
- KIRSCH, Martin: "Los cambios constitucionales tras la revolución de 1848: el fortalecimiento de la democracia europea a largo plazo", *Ayer*, 70 (2008), pp. 199-239.
- LA PARRA LÓPEZ, Emilio: "La canción del Trágala. Cultura y política popular en el inicio de la revolución liberal en España", en ÉTIENVRE, Françoise y SALAÜN, Serge (coords.): *La réception des cultures de masse et des cultures populaires en Espagne: XVIIIe-XXe siècles*, Centre de Recherche sur l'Espagne Contemporaine - Université de la Sorbonne Nouvelle (Paris III), 2006, pp. 68-86.
- LA PARRA LÓPEZ, Emilio: "Los inicios del anticlericalismo español contemporáneo (1750-1833)", en LA PARRA LÓPEZ, Emilio y SUÁREZ CORTINA, Manuel (eds.): *El anticlericalismo español contemporáneo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 17-68.
- LA PARRA LÓPEZ, Emilio: *Fernando VII: un rey deseado y detestado*, Barcelona, Tusquets, 2018.
- LAGUNA PLATERO, Antonio: "José María Orense, ideólogo del Partido Demócrata español", *Hispania*, XLIV (1984).
- LAGUNA PLATERO, Antonio: "Para una historia del republicanismo valenciano: J.C. Sorní, defensor de la democracia", *Estudis d'Història Contemporània del País Valencià*, 4 (1983).
- LANGEWIESCHE, Dieter: "Monarchie und Republik im Europa des 19. Jahrhunderts", en DANIEL, Ute y FREY, Christian K. (eds.): *Die preussisch-welfische Hochzeit 1913: Das dynastische Europa in seinem letzten Friedensjahrzehnt*, Braunschweig, Appelhaus Verlag, 2016, pp. 16-25.
- LANGEWIESCHE, Dieter: *La época del Estado-nación en Europa*, Valencia, PUV, 2012.
- LARIO, Ángeles (ed.): *Monarquía y República en la historia contemporánea*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- LARIO, Ángeles: "La monarquía herida de muerte. El primer debate monarquía / república en España", en LARIO, Ángeles (ed.): *Monarquía y República en la historia contemporánea*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 183-204.
- LEERSEN, Joep: "El nacionalisme i el conreu de la cultura", *Afers*, 86 (2017), pp. 21-46.
- LEVI, Guido: "Pi y Margall y el federalismo español del siglo XIX", *Sistema*, 112 (1993).
- LEVY, Bernard: "Libros de sinonimia española", *Hispanic Review*, vol. X, 4 (1942), pp. 304-305.
- Libro de Actas de la Real Academia Española (1874-1876)*

- LIDA, Clara E.: “Conspiradores e internacionalistas en vísperas de la revolución”, *La revolución de 1868. Historia, pensamiento, literatura*, Nueva York, Las Americas Publishing Company, 1970, pp. 50-52.
- LINARES LUJÁN, Antonio M.: “La construcción social de la desamortización municipal”, en CALATAYUD, Salvador, MILLÁN, Jesús y ROMEO, María Cruz (eds.): *El Estado desde la sociedad. Espacios de poder en la España del siglo XIX*, Alicante, Universidad de Alicante, 2016, pp. 259-298.
- LLOMBART, Vicent: “Traducciones españolas de economía política (1700-1812): catálogo bibliográfico y una nueva perspectiva”, *Cromohs*, nº 9, 2004, pp. 1-14.
- LLORCA, Carmen: *Castelar, precursor de la democracia cristiana*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1966.
- LÓPEZ ESTUDILLO, Antonio: *Republicanismo y anarquismo en Andalucía. Conflictividad social agraria y crisis finisecular (1868-1900)*, Córdoba, Posada, 2001.
- LORIGA, Sabina: “La escritura biográfica y la escritura histórica en los siglos XIX y XX”, en BURDIEL, Isabel y FOSTER, Roy (eds.): *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp. 15-45.
- LORIGA, Sabina: *Le petit x. De la biographie à l'histoire*, París, Éditions du Seuil, 2010.
- LUJÁN, Oriol: *Ni tan apáticos ni tan subordinados: la politización electoral durante la Década Moderada (1846-1854): el caso de los distritos catalanes*, Lleida, Milenio, 2018.
- MADRAZO MADRAZO, Santos: *El sistema de transportes en España, 1750-1850*, vol. 2, Madrid, Turner, 1984.
- MADRAZO MADRAZO, Santos: *La edad de oro de las diligencias. Madrid y el tráfico de viajeros en España antes del ferrocarril*, Madrid, Nerea, 1991.
- MÁRQUEZ MACÍAS, Rosario: “La creación de la sociedad colombina onubense”, *Huelva en su Historia*, 2 (1988), pp. 633-654.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, Fernando y RUIZ GARCÍA, Maribel (eds.): *El republicanismo de ayer a hoy. Culturas políticas y retos de futuro*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, Fernando: “Los modelos federales en la España de 1820 a 1873”, en BERAMENDI, Justo y VEIGA, Xosé Ramón (eds.): *Poder y territorio en la España del siglo XIX. De las Cortes de Cádiz a la Restauración*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2014, pp. 233-234.
- MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: “La lectura en la España contemporánea: lectores, discursos y prácticas de lectura”, *Ayer*, 58 (2005), pp. 15-34.
- MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: *Vivir de la pluma. La profesionalización del escritor, 1836-1936*, Madrid, Marcial Pons, 2006.
- MARTÍNEZ PASTOR, Eugenio: *Fernando Garrido, su obra y su tiempo*, Cartagena, 1976.
- MARTÍNEZ, Fernando, CANAL, Jordi y LEMUS, Encarnación (eds.): *París, ciudad de acogida. El exilio español durante los siglos XIX y XX*, Madrid, Marcial Pons, 2010.
- MEES, Ludger: “Emociones en política. Conceptos, debates y perspectivas analíticas”, en GALEOTE, Géraldine, LLOMBART, Maria y OSTOLAZA, Maitane (eds.): *Emociones e identidad nacional: Cataluña y el País Vasco en perspectiva comparada*, París, Éditions Hispaniques, 2015, pp. 25-45.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: *Historia de los heterodoxos españoles*, Libro VIII, Barcelona, Linkgua, 2011.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino: *Epistolario* [En la Biblioteca Virtual de la Fundación Ignacio Larramendi: <http://www.larramendi.es> (visto 06/07/2018)]

- MENOZZI, Daniele: “Iglesia y modernidad política: catolicismo y derechos humanos en la primera mitad del siglo XIX”, en SERRANO GARCÍA, Rafael, DE PRADO MOURA, Ángel y LARRIBA, Elisabel (eds.): *Disursos y devociones religiosas en la Península Ibérica, 1750-1850. De la crisis del Antiguo Régimen a la consolidación del liberalismo*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2014, pp. 11-22.
- MIGUEL GONZÁLEZ, Román: “El concepto de federalismo en la democracia republicana española del siglo XIX”, en ARIAS CASTAÑÓN, Eloy (coord.): *¡Viva la República Federal!: Andalucía y el republicanismo federal*, Sevilla, Fundación Centro de Estudios Andaluces, 2017, pp. 83-96.
- MIGUEL GONZÁLEZ, Román: “Estudio preliminar”, en ORENSE, José María: *Treinta años de gobierno representativo en España*, Santander, Universidad de Cantabria, 206, pp. 11-81.
- MIGUEL GONZÁLEZ, Román: “Las culturas políticas del *republicanismo histórico* español”, *Ayer*, 53 (2004), p. 208.
- MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La pasión revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*, Madrid, CEPC, 2007.
- MILAN GARCÍA, José Ramón: *Sagasta o el arte de hacer política*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.
- MILLÁN, Jesús y ROMEO MATEO, María Cruz: “La nación católica en el liberalismo. Las perspectivas sobre la unidad religiosa en la España liberal, 1808-1868”, *Historia y Política*, 34 (2015), pp. 183-209.
- MILLÁN, Jesús y ROMEO MATEO, María Cruz: “Liberals i burgesos? Els «respectables» en la nació liberal”, en *Josep Fontana: història i projecte social. Reconeixement a una trajectòria*, vol. II, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 925-939.
- MILLÁN, Jesús y ROMEO MATEO, María Cruz: “Modelos de monarquía en el proceso de afirmación nacional de España, 1808-1923”, *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, 16 (2013), 20 pp.
- MILLÁN, Jesús y ROMEO, María Cruz: “La nación católica en el liberalismo. Las perspectivas sobre la unidad religiosa en la España liberal, 1808-1868”, *Historia y Política*, 34 (2015), pp. 183-209.
- MILLÁN, Jesús: “Del poble del regne al poble de la nació: la guerra del Francès i l’espai social de la política”, en SAUCH CRUZ, Núria (ed.): *La guerra del Francès als territoris de parla catalana*, Catarroja, Editorial Afers, 2011, pp. 329-346.
- MILLÁN, Jesús: “La formación de la España contemporánea: el agotamiento explicativo del *fracaso liberal*”, *Ayer*, nº 98, 2015, p. 248.
- MILLÁN, Jesús: “Poder político y legitimación social ante el «apogeo del Estado»”, *Alcores: revista de historia contemporánea*, 12 (2011), pp. 257-288.
- MÍNGUEZ BLASCO, Raúl: *Evas, Marías y Magdalenas: género y modernidad católica en la España liberal (1833-1874)*, Madrid, AHC-CEPC, 2016.
- MIRABENT, José: *Memoria sobre la fundación y progresos de la Real Ysla de la Higerita*, Huelva, Diputación de Huelva-Ayuntamiento de Isla Cristina, 2006.
- MOLAS, Isidre: *Ideari de Francesc Pi i Margall*, Barcelona, Edicions 62, 1965.
- MOLINA PUERTOS, Isabel: “La doble cara del discurso doméstico en la España liberal: el «ángel del hogar» de Pilar Sinués”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 8 (2009), pp. 181-197.
- MONLLEÓ PERIS, Rosa: “Republicanos contra monárquicos. Del enfrentamiento electoral y parlamentario a la insurrección federal de 1869”, *Ayer*, 44 (2001), pp. 55-82.

- MORALES MUÑOZ, Manuel: “Cultura política y sociabilidad en la democracia republicana”, en SERRANO, Rafael (dir.): *España, 1868-1874. Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2002, pp. 211-234.
- MORALES MUÑOZ, Manuel: *El republicanismo malagueño en el siglo XIX. Propaganda electoral, prácticas políticas y formas de sociabilidad*, Málaga, Asukaría Mediterránea, 1999.
- MORRAL, Mateo: *Pensamientos revolucionarios de Nicolás Estévez*, Barcelona, José J. de Olañeta, 1978.
- MOSCOSO, Javier: *Historia cultural del dolor*, Madrid, Taurus, 2011.
- MOSS, Bernard H.: *The origins of the French labor movement, 1830-1914. The socialism of skilled workers*, Berkeley, University of California, 1976.
- MOSSE, George L.: *La imagen del hombre: la creación de la moderna masculinidad*, Madrid, Talasa, 2001.
- MOUTA FARIA, Ana: “Referentes religiosos en los discursos del primer periodo liberal portugués”, en SERRANO GARCÍA, Rafael, DE PRADO MOURA, Ángel y LARRIBA, Elisabel (eds.): *Discursos y devociones religiosas en la Península Ibérica, 1750-1850. De la crisis del Antiguo Régimen a la consolidación del liberalismo*, Valladolid, Universidad de Valladolid, pp. 141-150.
- PALACIOS CEREZALES, Diego: “Ejercer derechos: reivindicación, petición y conflicto”, en ROMEO MATEO, María Cruz y SIERRA, María: *La España liberal 1833-1874*, Madrid, Marcial Pons, 2014, pp. 253-285.
- PASCUAL SASTRE, Isabel María: *La Italia del Risorgimento y la España del Sexenio Democrático (1868-1874)*, Madrid, CSIC, 2002.
- PEDRÓ, Francesc: *Los precursores españoles de la educación comparada*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1987.
- PEÑATE RIVERO, Julio: “Viajeros españoles por Europa en los años cuarenta del siglo XIX: tres formas de entender el relato de viaje”, *Revista de Literatura*, LXXXIII, 145 (2011), pp. 245-268.
- PÉREZ CRESPO, Antonio: *El Cantón Murciano*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1990.
- PÉREZ DE GUZMÁN, Juan: “De guante blanco. Historia del periódico *El Padre Cobos*”, *La España Moderna*, 145 (1901), pp. 93-119.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio: *Experiencias republicanas en la Historia de España*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015.
- PÉREZ ROLDÁN, Carmen: *El Partido Republicano Federal 1868-1874*, Madrid, Endymion, 2001.
- PEYROU TUBERT, Florencia: “¿Hubo una cultura política democrática transnacional en la Europa del siglo XIX? Aproximación desde España”, en FORCADELL, Carlos y FRÍAS, Carmen (eds.): *X Congreso de Historia Local en Aragón. 20 años de congresos de Historia Contemporánea (1997-2016)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2017, pp. 45-68.
- PEYROU TUBERT, Florencia: “¿Voto o barricada? Ciudadanía y revolución en el movimiento demo-republicano del periodo de Isabel II”, *Ayer*, 70 (2008), pp. 171-198.
- PEYROU TUBERT, Florencia: “1848 et le parti démocratique espagnol”, *Le Mouvement Social*, 234 (2011), pp. 17-32.
- PEYROU TUBERT, Florencia: “Exilios, viajes y la emergencia de una cultura política transnacional democrática en las décadas centrales del siglo XIX”, en DÍAZ, Delphine et

- al. (dirs.): *Exils entre les deux mondes: migrations et spaces politiques atlantiques au XIXe siècle*, Mordelles, Les Perséides, pp. 143-160.
- PEYROU TUBERT, Florencia: "Familia y política. Masculinidad y feminidad en el discurso democrático isabelino", *Historia y Política*, 25 (2011), pp. 149-174.
- PEYROU TUBERT, Florencia: "Harmonia en la discòrdia? Reflexions al voltant de la cultura política democràtica-republicana a Espanya, 1840-1868", *Recerques*, 58-59 (2009), pp. 31-57.
- PEYROU TUBERT, Florencia: "José María Orense. Un aristócrata entre republicanos", en PÉREZ LEDESMA, Manuel y BURDIEL, Isabel (coords.): *Liberales eminentes*, Madrid, Marcial Pons, 2004, pp.179-202.
- PEYROU TUBERT, Florencia: "La formación del partido demócrata español: ¿Crónica de un conflicto anunciado?", *Historia Contemporánea*, 37 (2008), pp. 343-372.
- PEYROU TUBERT, Florencia: "Los orígenes del federalismo en España: del liberalismo al republicanismo, 1808-1868", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V*, 22 (2010), pp. 257-278.
- PEYROU TUBERT, Florencia: *El republicanismo popular en España, 1840-1843*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2002, pp. 35-52; ÍD.: *Tribunos del pueblo. Demócratas y republicanos durante el reinado de Isabel II*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.
- PEYROU TUBERT, Florencia: *Tribunos del pueblo. Demócratas y republicanos durante el reinado de Isabel II*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.
- PIQUERAS, José Antonio: *El Federalismo. La libertad protegida. La convivencia pactada*, Madrid, Cátedra, 2014.
- POMÉS, Jordi: "Sindicalismo rural republicano en la España de la Restauración", *Ayer*, 39 (2000), pp. 103-134.
- PONS, Anacleto: *El desorden digital. Guía para historiadores y humanistas*, Madrid, Siglo XXI de España, 2013.
- PRO RUIZ, Juan: *Bravo Murillo: política de orden en la España liberal*, Madrid, Síntesis, 2006.
- PUCHE LORENZO, Miguel Ángel: "Los diccionarios etimológicos en el siglo XIX: de Roque Barcia a Eduardo de Echegaray", en CAMPOS SOUTO, Mar y PÉREZ PASCUAL, José Ignacio (eds.): *De historia de la lexicografía*, Noia, Toxosoutos, 2002, pp. 181-191.
- PUIG CAMPILLO, Antonio: *El Cantón Murciano*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 1986.
- PURIFICACIÓN NICLÓS, Matilde: "La Unión Liberal en el sistema político isabelino. Concepciones, alcances y limitaciones (1858-1863)", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V*, 29 (2017), pp. 225-250.
- RAMÓN SOLANS, Francisco Javier: *La Virgen del Pilar dice... Usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea*, Zaragoza, PUZ, 2014.
- REDDY, William M.: "Historical research on the self and emotions", *Emotion Review*, 1-4 (2009), pp. 302-315.
- REDDY, William M.: *The navigation of feeling. A framework for the history of emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- RHODES DRAAYER, Suzanne: *Art song composers of Spain. An Encyclopedia*, Lanham, The Scarecrow Press, 2009.
- RIALL, Lucy: *Garibaldi. Invention of a hero*, New Haven-London, Yale University Press, 2008.
- RICOEUR, Paul: *Sí mismo como otro*, Madrid, Siglo XXI, 1996, esp. pp. 106-172

- RIDOLFI, Maurizio: “El republicanismo en el siglo XIX: recorridos y perspectivas de investigación en la Europa meridional”, *Historia y Política*, 25 (2011), pp. 29-63.
- RIERA, Santiago: *Narcís Monturiol: una vida apassionant, una obra apassionada*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1986.
- RINA SIMÓN, César: *Iberismos, Expectativas peninsulares en el siglo XIX*, Madrid, Funcas, 2016.
- RISPA Y PERPIÑÁ, Francisco: *Cincuenta años de conspirador (memorias político revolucionarias) 1853-1903*, Barcelona, Librería Vilella, 1932.
- ROBLES EGEA, Antonio: “El liderazgo político y sus estilos. Homogeneidad y diversidad en el republicanismo español en la segunda mitad del siglo XIX”, en CASTRO, Demetrio (coord.): *Líderes para el pueblo republicano. Liderazgo político en el republicanismo español del siglo XIX*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2015, pp. 13-40
- ROCA VERNET, Jordi: “¿Hubo republicanos en el Trienio Liberal? Historia, moral y federalismo en el discurso republicano del primer liberalismo (1)”, *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), 156 (2012), pp. 85-123.
- RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja: “La narrativa en *La Ilustración* (1849-1857). La «serie B» del *Semanario Pintoresco Español*”, *Anales de Literatura Española*, 25 (2013), pp. 283-303.
- RODRÍGUEZ RUBIO, Jesús: “Roque Barcia, su último manifiesto cantonal”, *Anales de Historia Contemporánea*, 9 (1993), pp. 217-225.
- RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Memorias de un revolucionario*, Madrid, Plutarco, 1931.
- ROMEO MATEO, María Cruz: “Domesticidad y política. Las relaciones de género en la sociedad posrevolucionaria”, en ROMEO MATEO, María Cruz y SIERRA, María: *La España liberal 1833-1874*, Madrid, Marcial Pons, 2014, pp. 89-130.
- ROMEO MATEO, María Cruz: “El otro género de la religión: masculinidad católica en la España isabelina”, en BLASCO HERRANZ, Inmaculada (coord.): *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea: nuevas visiones desde la historia*, Valencia, Tirant Humanidades, 2018, pp. 69-91.
- ROMEO MATEO, María Cruz: “Joaquín María López: un tribuno republicano en el liberalismo”, en MORENO LUZÓN, Javier (coord.): *Progresistas: biografías de reformistas españoles (1808-1939)*, Madrid, Taurus-Fundación Pablo Iglesias, 2005, pp. 59-98.
- ROMEO MATEO, María Cruz: “Juana María de la Vega, condesa de Espoz y Mina (1805-1872). Por amor al esposo, por amor a la patria”, en BURDIEL, Isabel y PÉREZ LEDESMA, Manuel (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, pp. 209-238.
- ROMEO MATEO, María Cruz: “La cultura política del progresismo: las utopías liberales, una herencia en discusión”, *Berceo*, 139 (2000), pp. 9-30.
- ROMEO MATEO, María Cruz: “La ficción monárquica y la magia de la nación en el progresismo isabelino”, en LARIO, Ángeles (ed.): *Monarquía y República en la España Contemporánea*, Madrid, UNED-Biblioteca Nueva, 2007, pp. 107-126.
- ROMEO MATEO, María Cruz: “La sombra del pasado y la expectativa de futuro: ‘jacobinos’, radicales y republicanos en la revolución liberal”, en ROURA I AULINAS, Lluís y CASTELLS, Irene (eds.): *Revolución y democracia. El jacobinismo europeo*, Madrid, Ediciones del Orto, 1995, pp. 107-138.
- ROMEO MATEO, María Cruz: “Lenguaje y política del nuevo liberalismo: moderados y progresistas, 1834-1845”, *Ayer*, 29 (1998), pp. 37-62.

- ROMEO MATEO, María Cruz: “Progreso y religión: Nicomedes Martín Mateos”, en SERRANO GARCÍA, Rafael, DE PRADO MOURA, Ángel y LARRIBA, Elisabel (eds.): *Disursos y devociones religiosas en la Península Ibérica, 1750-1850. De la crisis del Antiguo Régimen a la consolidación del liberalismo*, Valladolid, Universidad de Valladolid, pp. 219-248.
- ROMEO MATEO, María Cruz: *Entre el orden y la revolución*, Alicante, Instituto de Cultura “Juan Gil Abert”, 1993, pp.137-148.
- ROSA, Silvia: “Un’immagine che prende corpo: il «popolo» democratico nel Risorgimento”, en BANTI, Alberto Mario y GINSBORG, Paul: *Il Risorgimento*, Storia d’Italia, Annali 22, Torino, Giulio Einaudi, 2007, pp. 379-399.
- ROSANVALLON, Pierre: *Por una historia conceptual de lo político*, Buenos Aires-México DF, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- ROSENWEIN, Barbara H.: *Emotional communities in the early Middle Ages*, Ithaca-Nueva York, Cornell University Press, 2006.
- SÁNCHEZ COLLANTES, Sergio (coord.): *Estudios sobre republicanismo histórico en España: luchas políticas, constitucionalismo y alcance sociocultural*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, 2017.
- SÁNCHEZ COLLANTES, Sergio: “La construcción simbólica del republicanismo español en el Sexenio Democrático”, *Investigaciones Históricas: Época Moderna y Contemporánea*, 37 (2017), pp. 132-164.
- SÁNCHEZ COLLANTES, Sergio: “Las insurrecciones republicanas en la España del siglo XIX: más que un arrebato romántico”, en MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel y PUELL DE LA VILLA, Fernando (eds.): *David contra Goliath: guerra y asimetría en la Edad Contemporánea*, Madrid, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED, 2014.
- SÁNCHEZ DE ANDRÉS, Leticia: “España en música. La búsqueda imposible de una identidad musical nacional durante el siglo XIX”, en MORALES MOYA, Antonio, FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo y DE BLAS GUERRERO, Andrés (dirs.): *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores, 2013, pp. 464-478.
- SANTIRSO, Manuel: *El liberalismo. Una herencia disputada*, Madrid, Cátedra, 2014.
- SCOTT, Joan W.: “El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad”, *Ayer*, 62 (2006), pp. 111-138.
- SCOTT, Joan W.: “La experiencia como prueba”, en CARBONELL, Núria y TORRAS, Meri (eds.): *Feminismos literarios*, Madrid, Arco Libros, 1999, pp. 77-112.
- SEOANE, María Cruz: *Historia del periodismo en España 2. El siglo XIX*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.
- SERNA, Justo y PONS, Anacleto: “Menocchio y yo. Carlo Ginzburg y el relato de la identidad”, en DAVIS, J. C. y BURDIEL, Isabel (eds.): *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, Universidad de Valencia, 2005, pp. 73-87.
- SERRANO GARCÍA, Rafael (coord.): *Figuras de La Gloriosa. Aproximación biográfica al Sexenio Democrático*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2006.
- SERRANO GARCÍA, Rafael: “El progresismo laico y filodemocrático del Sexenio (1868-1874)”, en SUÁREZ CORTINA, Manuel (ed.): *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006, pp. 346-351.
- SERRANO GARCÍA, Rafael: “La Primera República: el reto no cumplido de construir un Estado federal en España”, en BERAMENDI, Justo y VEIGA, Xosé Ramón (eds.): *Poder y*

- territorio en la España del siglo XIX. De las Cortes de Cádiz a la Restauración*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2014, pp. 260-261.
- SERRANO GARCÍA, Rafael: *Fernando de Castro (1814-1874): un obrero de la humanidad*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2010.
- SEWELL, William H.: “The concept(s) of culture”, en BONNELL, Victoria E. y HUNT, Lynn: *Beyond the cultural turn: new directions in the study of society and culture*, Berkeley, University of California Press, 1999, pp. 35-61.
- SHUBERT, Adrian: “Being –and staying– famous in 19th-Century Spain: Baldomero Espartero and the birth of political celebrity”, *Historia y Política*, 34 (2015), pp. 211-237.
- SHUBERT, Adrián: *Espartero, el Pacificador*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018
- SIERRA, María, “La cultura política en el estudio del liberalismo y sus conceptos de representación”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (CSIC), 2010, pp. 235-261.
- SIERRA, María, ZURITA, Rafael y PEÑA, María Antonia: “La representación política en el discurso del liberalismo español (1845-1874)”, *Ayer*, 61 (2006), pp. 15-45.
- SIERRA, María: “Entre emociones y política: la historia cruzada de la virilidad romántica”, *Rúbrica Contemporánea*, vol. 4, 7 (2015), pp. 11-25.
- SIERRA, María: “Política, romanticismo y masculinidad: Tassara (1817-1875)”, *Historia y Política*, 27 (2012), pp. 203-226.
- SIERRA, María: *Género y emociones en el romanticismo. El teatro de Bretón de los Herreros*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013.
- SIMÓN DÍAZ, José: *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, tomo 2, Madrid, CSIC, 1959.
- SIRERA MIRALLES, Carles: *Un título para las clases medias. El instituto de bachillerato Lluís Vives de Valencia, 1859-1902*, Valencia, PUV, 2011.
- SOLER VIDAL, Josep: *Abdó Terrades. Primer apóstol de la democracia catalana (1812-1856)*, Barcelona, La Magrana, 1983.
- SPERBER, Jonathan: *The European Revolutions, 1848-1851*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.
- SPIEGEL, Gabrielle M.: “La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico”, *Ayer*, 62 (2006), pp. 19-50.
- STEARNS, Peter y STEARNS, Carol: “Emotionology: Clarifying the history of emotions and emotional standards”, *American Historical Review*, 90 (1985), pp. 813-836.
- STEDMAN JONES, Gareth: “Religion and the origins of socialism”, en KATZNELSON, Ira y STEDMAN JONES, Gareth, (eds.): *Religion and the political imagination*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 171-189.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel y RIDOLFI, Maurizio (eds.): *El Estado y la Nación. Cuestión nacional, centralismo y federalismo en la Europa del Sur*, Santander, Universidad de Cantabria, 2013.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel: “Demócratas sin democracia. Republicanos sin república. Los demócratas españoles e italianos en el apogeo y crisis del Estado liberal”, en SUÁREZ CORTINA, Manuel (ed.): *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 317-366.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel: “El republicanismo como cultura política. La búsqueda de una identidad”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (CSIC), 2010, pp. 263-311.

- SUÁREZ CORTINA, Manuel: “Entre la barricada y el parlamento. La cultura republicana en la Restauración”, en SUÁREZ CORTINA, Manuel (ed.): *La Cultura Española en la Restauración*, Santander, 1999, pp. 499-524.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel: “Federalismo y cuestión religiosa: la experiencia española”, en SUÁREZ CORTINA, Manuel (ed.): *Federalismos. Europa del sur y América Latina en perspectiva histórica*, Granada, Comares, 2016, pp. 187-214.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel: “La quiebra del republicanismo histórico, 1898-1931”, en TOWNSON, Nigel (ed.): *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 139-164;
- SUÁREZ CORTINA, Manuel: “Secularización y laicismo en la cultura política del republicanismo español del siglo XIX”, en CABRERO BLANCO, Claudia *et al.* (coords.): *La escarapela tricolor. El republicanismo en la España contemporánea*, Oviedo, Universidad de Oviedo-KRK, 2008, pp. 87-114.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel: *Entre cirios y garrotes. Política y religión en la España Contemporánea, 1808-1936*, Santander-Cuenca, UC-UCLM, 2014;
- TAYLOR, Barbara: “Subjetividad histórica”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V*, 29 (2017), pp. 21-40.
- TAYLOR, Charles: *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós, 1996.
- TORO MÉRIDA, Julián: “La República unitaria de 1874: el “acto” del 3 de enero y sus consecuencias políticas”, en SERRANO GARCÍA, Rafael (coord.): *España, 1868-1874: nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*, León, Consejería de Educación y Cultura, 2002, pp. 93-110.
- TORO MÉRIDA, Julián: *Poder político y conflictos sociales en la España de la Primera República: la dictadura del General Serrano* [recurso electrónico], Tesis doctoral dirigida por Juan Sisinio Pérez Garzón, Madrid, Universidad Complutense, 2002.
- TOSH, Josh: “Hegemonic masculinity and the history of gender”, en DUDINK, Stephan, HAGEMANN, Karen y TOSH, Josh (eds.): *Masculinities in politics and par. Gendering Modern History*, Manchester, Manchester University Press, 2004, pp. 41-58.
- TRÍAS, Juan J. y ELORZA, Antonio: *Federalismo y reforma social en España (1840-1870)*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1975.
- TRÍAS, Juan José: “Estudio preliminar”, en PI Y MARGALL, Francisco: *Pensamiento social*, Madrid, Ciencia Nueva, 1968.
- TRUJILLO, Gumersindo: “Las primeras manifestaciones del federalismo español”, *Anales de la Universidad de La Laguna*, Facultad de Derecho, 1964.
- TRUJILLO, Gumersindo: *Introducción al federalismo español*, Edicusa, Madrid, 1967.
- TUSELL, Javier: *Antonio Maura. Una biografía política*, Madrid, Alianza, 1994.
- URQUIJO Y GOITIA, José Ramón: *La revolución de 1854 en Madrid*, Madrid, Instituto de Historia Jerónimo Zurita, 1984.
- VALERA, Juan: *151 cartas inéditas a Gumersindo Laverde*, Madrid, R. Díaz-Casariago, 1984, p. 34.
- VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín: “El sentido moral del liberalismo democrático español a mediados del siglo XIX”, en ID.: *Política y Constitución en España (1808-1978)*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 479-494.
- VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín: *La monarquía doceañista (1810-1837): avatares, encomios y denuestos de una extraña forma de gobierno*, Madrid, Marcial Pons, 2013.

- VEGA, Jesusa: “Viajar a España en la primera mitad del siglo XIX: Una aventura lejos de la civilización”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LIX, 2 (2004), pp. 93-125.
- VEIGA, Xosé Ramón: “«Juan Pérez, español». Discurso patriótico, identidad local y proceso político (Galicia 1808-1868)”, en ESTEBAN DE VEGA, Mariano y DE LA CALLE, M^a Dolores (coords.): *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2010, pp. 89-106.
- VICTORIA MORENO, Diego: “La represión política durante y después del Cantón murciano: estructura y connotaciones sociales”, *Anales de Historia Contemporánea*, 10 (1994), pp. 463-476.
- VILCHES, Jorge: “Entre el parlamentarismo y la insurrección: la minoría republicana en las Cortes Constituyentes de la revolución (1869-1871)”, *Historia y Política*, 34 (2015), p. 242.
- VILCHES, Jorge: *Emilio Castelar, la patria y la república*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.
- VILCHES, Jorge: *Progreso y libertad. El partido progresista en la revolución liberal española*, Madrid, Alianza, 2001, pp. 147-217.
- VILLANUEVA HERRERO, José Ramón: *El republicanismo turolense durante el siglo XIX (1840-1898)*, Zaragoza, Mira Editores, 1993.
- VILLANUEVA HERRERO, José Ramón: *Víctor Pruneda. Una pasión republicana en tierras turolenses*, Zaragoza, Sender Ediciones, 2001.
- VIÑAO FRAGO, Antonio: *Política y educación en los orígenes de la España contemporánea: examen especial de sus relaciones en la enseñanza secundaria*, Madrid, Siglo XXI de España, 1982.
- WEBER, Max: *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 193-204 y 847-938.
- WINDLER-DIRISIO, Christian: “Poder polític i societat a la segona meitat del segle XVIII”, *Recerques. Història, economia i cultura*, 30 (1994), pp. 27-45.
- WINDLER-DIRISIO, Christian: *Élites locales, señores, reformistas: redes clientelares y monarquía hacia finales del Antiguo Régimen*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1997.
- ZAVALA, Iris M.: *Masones, comuneros y carbonarios*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1971.